BRENT WEEKS

EL CAMINO DE LAS SOMBRAS



EL ÁNGEL DE LA NOCHE

Lectulandia

El asesino perfecto no tiene amigos, sino objetivos.

La muerte es un arte, y Durzo Blint lo ejecuta a la perfección, sea en una callejuela oscura o en las grandes estancias de palacio. Incluso el poderoso Sa'kagé, la organización criminal que mueve los hilos y los intereses en la ciudad de Cenaria, le respeta.

La vida carece de valor si se ha nacido en las calles, y para Azoth la única manera de escapar a la miseria y el miedo que siempre le han acompañado es ser temido antes que temer, matar antes de que le maten. Si quiere sobrevivir, debe convencer a Blint de que le acepte como aprendiz.

Pero aprender a asesinar con el mejor exige más que un duro adiestramiento. Hay que cambiar de identidad. Hay que olvidar el pasado y aquello en que se creía. Hay que aprender a moverse como las sombras en un mundo de intrigas donde nobles, plebeyos y criminales son meras piezas en una partida que acaba de empezar.

Lectulandia

Brent Weeks

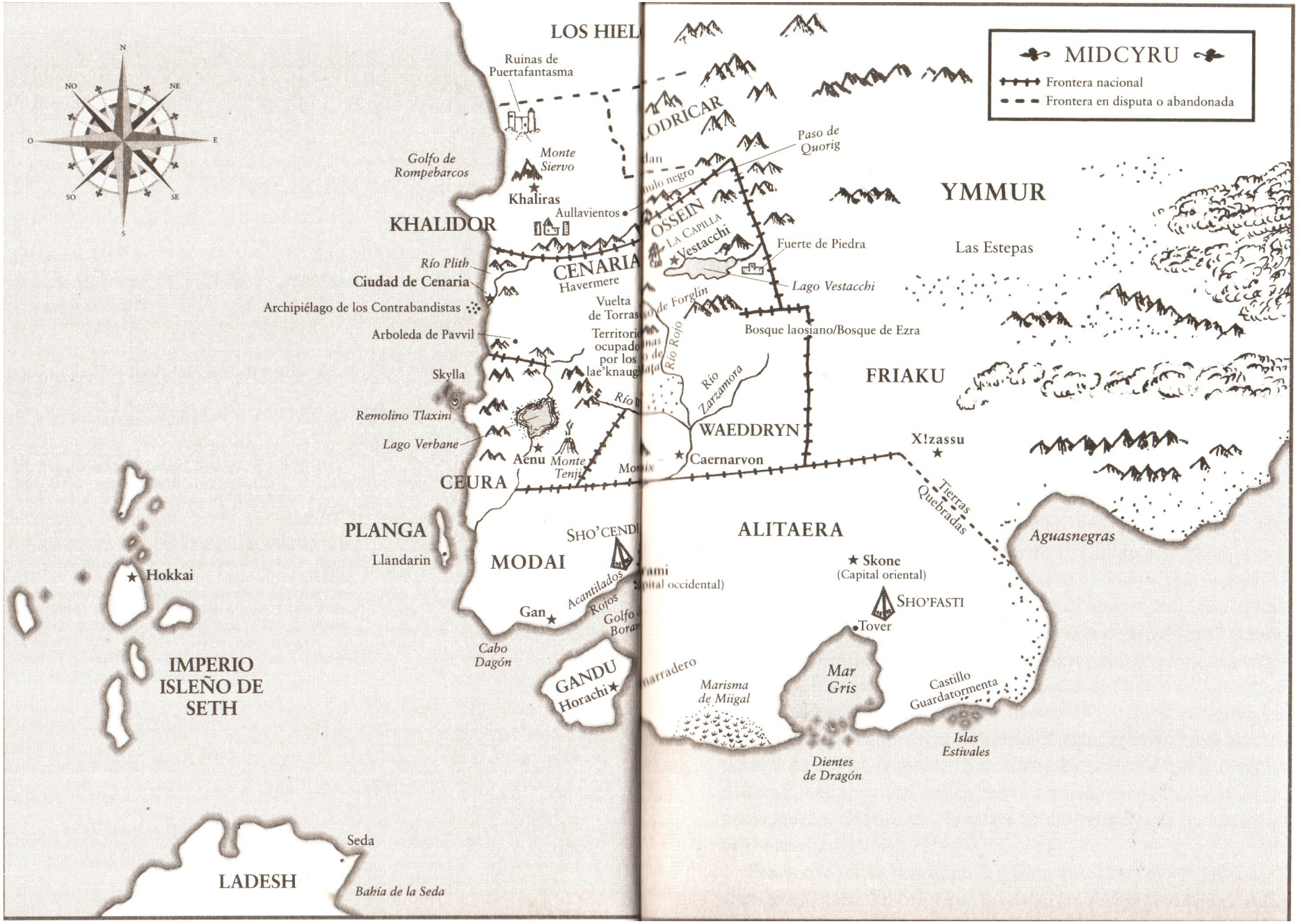
El Camino de las Sombras

El Ángel de la Noche I

ePUB v1.5
Anónimo 21.05.11

más libros en lectulandia.com

Para Kristi,
confidente, compañera, mejor amiga, esposa.
Todos son para ti.



www.lectulandia.com - Página 5

Capítulo 1

Azoth estaba agachado en el callejón y el lodo frío se le metía entre los dedos de los pies. Tenía la vista puesta en el estrecho hueco que había entre la pared y el suelo, e intentaba armarse de valor. Aún faltaban horas para que amaneciera y la taberna estaba vacía. En casi todos los tugurios de la ciudad el suelo era de tierra, pero esa parte de las Madrigueras estaba construida sobre terreno pantanoso y, como ni siquiera un borracho quiere beber con fango hasta los tobillos, habían elevado unos centímetros la taberna sobre unos pilares de madera y habían entarimado el suelo con cañas grandes de bambú.

A veces se colaban monedas por las rendijas entre las cañas, y aquel espacio entre el bambú y la tierra era tan estrecho que pocos podían arrastrarse por él para recogerlas. Los mayores de la hermandad eran demasiado corpulentos y los pequeños tenían demasiado miedo para adentrarse en aquella oscuridad asfixiante, compartida con arañas, cucarachas, ratas y el perverso gato semisalvaje del dueño. Lo peor era que las cañas de bambú se combaban y presionaban contra la espalda cuando los parroquianos caminaban encima. Durante un año había sido el lugar favorito de Azoth, pero ya no era tan pequeño como antes. La última vez se había quedado atascado, y pasó varias horas aterrado hasta que una lluvia providencial reblandeció la tierra lo suficiente para que pudiera salir escarbando.

Esa noche había barro, no llegarían más clientes y Azoth había visto irse al gato. En principio no deberían surgir problemas. Además, debía pagar la cuota de la hermandad a Rata el día siguiente, y no tenía los cuatro cobres, ni siquiera uno, así que no había otra elección. Rata no era comprensivo ni consciente de su propia fuerza. Sus palizas habían matado a más de un pequeño.

Apartó el barro a los lados y se tumbó boca abajo. La tierra mojada le empapó la túnica, fina y mugrienta, al instante. Tendría que trabajar rápido. Estaba en los huesos y, si se resfriaba, ya podía ir despidiéndose de este mundo.

Empezó a arrastrarse a toda prisa por la oscuridad en busca del brillo delator del metal. La taberna aún tenía un par de lámparas encendidas, y la luz se filtraba por las rendijas del suelo de bambú, dibujando extraños rectángulos sobre el lodo y el agua estancada. La niebla espesa del pantano ascendía por los haces de luz y volvía a caer. Las telarañas se rompían al pegarse a la cara de Azoth. De repente notó un cosquilleo en la nuca.

Se quedó inmóvil. Nada, imaginaciones suyas. Exhaló despacio. Avistó un destello, y cogió su primera moneda de cobre. Reptó hasta la viga de pino mal desbastada bajo la cual se había quedado atrapado la vez anterior y escarbó debajo hasta que el agujero se llenó de agua. Aun así, quedaba tan poco espacio que tuvo que ladear la cabeza. Contuvo el aliento, hundió la cara en el agua fangosa y comenzó a

reptar.

Logró pasar la cabeza y los hombros por debajo de la viga, pero entonces un tocón de rama mal pulido se le enganchó en la túnica, rasgó la tela y se le clavó en la espalda. Estuvo a punto de gritar, pero se alegró al instante de no haberlo hecho. Por un resquicio más ancho entre las cañas de bambú, divisó a un hombre que bebía sentado a la barra. En las Madrigueras tenías que aprender a juzgar a primera vista. Aunque se tuviesen unas manos tan ligeras como las de Azoth, cuando se robaba a diario era inevitable que tarde o temprano te pillaran. Todos los mercaderes zurraban a los ratas de las hermandades cuando intentaban robarles; era la única forma de conservar algo de género que vender. El truco era escoger a los comerciantes que se limitaban a darte unas bofetadas para que no probases suerte con su puesto la próxima vez; otros propinaban tales palizas que ya no había próxima vez. Azoth creyó ver algo bondadoso, triste y solitario en aquel personaje desgarbado. Debía de tener unos treinta años, llevaba una barba rubia desaliñada y una espada enorme al cinto.

—¿Cómo has podido abandonarme? —murmuró el hombre en voz tan baja que Azoth apenas pudo distinguir las palabras. Sostenía una jarra con la mano izquierda y algo en la palma derecha que Azoth no alcanzó a ver—. Después de todos estos años sirviéndote, ¿cómo me abandonas ahora? ¿Es por Vonda?

Azoth notó un picor en la pantorrilla. No hizo caso. Solo eran imaginaciones suyas otra vez. Estiró el brazo hacia atrás para desenganchar la túnica. Tenía que encontrar sus monedas y largarse de allí.

Algo pesado cayó sobre el entarimado de bambú, justo encima de Azoth. Las cañas se combaron, le hundieron la cara en el charco y se le cortó la respiración. Intentó coger aire y estuvo a punto de tragar agua.

—Vaya, vaya, Durzo Blint, eres una caja de sorpresas —dijo el peso que Azoth tenía encima. Por las rendijas entre las cañas no podía ver al recién llegado, tan solo una daga desenvainada. Debía de haberse dejado caer desde las vigas del techo—. Oye, que a mí me parece estupendo que no te dejes chantajear, pero tendrías que haber visto a Vonda cuando comprendió que no irías a salvarla. Casi se me saltan las lágrimas.

El hombre desgarbado se volvió en su taburete. Habló con voz lenta y cascada:

—Esta noche he matado a seis hombres. ¿Seguro que quieres que sean siete?

Azoth empezó a comprenderlo. El hombre desgarbado era el ejecutor Durzo Blint. Un ejecutor era con respecto a un asesino a sueldo lo que un tigre es con relación a un gatito. Entre los ejecutores, Durzo Blint era el mejor sin discusión. O, como decía el cabecilla de la hermandad de Azoth, por lo menos las discusiones no duraban mucho. «¿Y me había parecido que Durzo Blint era un hombre bondadoso?»

Volvió a notar un picor en la pantorrilla. No eran imaginaciones; algo se le había

metido por las calzas y estaba trepándole por la pierna. Algo grande, aunque no tanto como una cucaracha. El miedo le hizo reconocer ese peso: una araña lobo blanca. Su veneno penetraba en la carne y luego iba extendiéndose en círculo. En caso de picadura, aun con los cuidados de un sanador, lo mejor que podía esperar un adulto era perder la extremidad. Un rata de hermandad no tendría tanta suerte.

—Blint, suerte tendrás si no te decapitas tú solo después de todo lo que has bebido. Solamente en el rato que llevo vigilando te has tomado...

—Ocho jarras. Y ya llevaba cuatro de antes.

Azoth siguió quieto. Si juntaba de golpe las piernas para aplastar a la araña, se oiría un chapoteo y los dos hombres se darían cuenta de que estaba allí abajo. Aunque Durzo Blint le hubiese dado la impresión de ser buena persona, aquello que llevaba era un pedazo de espada, y Azoth sabía que los adultos no eran de fiar.

—Es un farol —dijo el hombre, pero había un deje de miedo en su voz.

—Yo no me tiro faroles —replicó Durzo Blint—. ¿Por qué no invitas a entrar a tus amigos?

La araña trepó hasta la parte interior del muslo de Azoth. Temblando, se subió la túnica y tiró de la cintura de sus calzas, con la esperanza de que el animal saliese por allí.

Por encima de él, el sicario desconocido se llevó dos dedos a los labios y silbó. Azoth no vio moverse a Durzo, pero el silbido terminó en un gorgoteo y, acto seguido, un cuerpo se desplomaba en el suelo. Se oyeron gritos, y la puerta principal y la trasera se abrieron de golpe. Las cañas saltaban y se combaban. Concentrado en no sobresaltar a la araña, Azoth no se movió, ni siquiera cuando cayó otro cuerpo y volvió a hundirle la cara en el agua por un momento.

La araña recorrió una nalga y le saltó al pulgar. Poco a poco, el chico desplazó la mano para poder verla. Lo que se había temido: una araña lobo blanca, de patas tan largas como su dedo. Sacudió la mano y el bicho salió despedido. Se frotó las yemas para asegurarse de que no le había picado.

Luego estiró el brazo hacia atrás y partió el tocón de rama en el que se había enganchado su túnica. El crujido pareció estruendoso en el repentino silencio que se había hecho arriba. Azoth no veía a nadie por entre las cañas de bambú. A un metro de él, algo goteaba desde el entarimado y formaba un charco. Estaba demasiado oscuro para ver qué era, pero tampoco hacía falta mucha imaginación para adivinarlo.

Aquel silencio resultaba siniestro. Si alguien estuviera caminando arriba, el chirrido y la flexión del suelo lo habrían delatado. La pelea entera había durado quizá veinte segundos, y Azoth estaba seguro de que nadie había salido de la taberna. ¿Se habían matado todos entre sí?

Se estremeció, y no solo por culpa del agua helada. La muerte no era ninguna extraña en las Madrigueras, pero jamás había visto morir a tanta gente junta, tan

deprisa y con tanta facilidad.

Aun moviéndose con cuidado por si aparecía la araña, en pocos minutos había encontrado otros cinco cobres. Si hubiera sido más valiente, habría desvalijado los cadáveres de la taberna, pero no creía que Durzo Blint estuviese muerto. A lo mejor era un demonio, como decían los demás ratas de su hermandad. A lo mejor esperaba fuera para matarlo por haberlo espiado.

Notó una opresión en el pecho. Dio media vuelta y se arrastró deprisa hacia el exterior. Los seis cobres eran un buen botín. La cuota de la hermandad eran cuatro, así que podría comprar una hogaza de pan a la mañana siguiente para compartirla con Jarl y con Muñeca.

Apenas le faltaban treinta centímetros para alcanzar la salida cuando algo centelleó justo delante de su nariz. Lo tenía tan cerca que le costó un momento enfocar la mirada. Era la enorme espada de Durzo Blint. La hoja había atravesado el suelo y se había clavado en el lodo, de tal modo que le cortaba el paso.

Encima de su cabeza, al otro lado del suelo de cañas, Durzo Blint susurró:

—Jamás hables de esto, ¿queda claro? He hecho cosas peores que matar críos.

La espada desapareció, y Azoth salió a rastras a la noche. No dejó de correr durante varios kilómetros.

Capítulo 2

—¡Cuatro cobres! ¡Cuatro! Esto no son cuatro.

Rata tenía la cara tan roja de furia que sus granos solo eran visibles como puntitos blancos. Agarró la raída túnica de Jarl y lo levantó del suelo con un brazo. Azoth agachó la cabeza, incapaz de mirar.

—¡Esto son cuatro! —gritó Rata, escupiendo al hablar.

Mientras Jarl encajaba los bofetones, Azoth se dio cuenta de que aquello era puro teatro. No la paliza en sí; Rata estaba zurrando a Jarl de verdad. Sin embargo, le pegaba con la mano abierta para que hiciera más ruido. Rata ni siquiera estaba prestando atención a Jarl; vigilaba al resto de la hermandad, se regodeaba en su miedo.

—¡Siguiente! —exclamó Rata mientras soltaba a Jarl.

Azoth dio un paso al frente enseguida para evitar que Rata pateara a su amigo. A sus dieciséis años, Rata ya era tan corpulento como un adulto y además tenía grasa, algo insólito entre los nacidos de esclavos.

Azoth le tendió sus cuatro cobres.

—Ocho, mierdecilla —dijo Rata mientras cogía las cuatro monedas de su mano.

—¿Ocho?

—También tienes que pagar por Muñeca.

Azoth miró a su alrededor en busca de apoyo. Varios de los mayores cambiaron de postura y se miraron entre ellos, intranquilos, pero nadie pronunció una palabra.

—Es demasiado joven —protestó Azoth—. Los pequeños no pagan cuota hasta cumplir los ocho.

La atención se desplazó hacia Muñeca, que estaba sentada en el sucio callejón. La niña reparó en las miradas y se encogió. Muñeca era una chiquilla menuda y de ojos enormes; por debajo de la mugre sus rasgos eran tan delicados y perfectos que hacían honor a su nombre.

—Y yo digo que tiene ocho a menos que ella afirme lo contrario —replicó Rata con malicia—. Dilo, Muñeca, dilo o le pego una paliza a tu novio.

Muñeca abrió aún más sus grandes ojos y Rata se rió. Azoth no protestó, no le señaló que Muñeca era muda. Rata ya lo sabía. Lo sabían todos. Pero Rata ocupaba el puesto de puño y, por lo tanto, solo respondía ante Ja'laliel. Ante Ja'laliel, que no estaba presente.

Rata tiró de Azoth para acercárselo y bajó la voz.

—¿Por qué no te unes a mis guapitos, Azo? No volverías a pagar cuotas nunca más.

Azoth intentó hablar, pero tenía la garganta tan seca que solo le salió un graznido. Rata volvió a reírse y todo el mundo le hizo coro, algunos porque disfrutaban con la

humillación de Azoth y otros en un vano intento de apaciguar a Rata antes de que les llegara el turno. Azoth notó una punzada de odio negro. Odiaba a Rata, odiaba la hermandad, se odiaba a sí mismo.

Carraspeó para volver a intentarlo. Rata cruzó la mirada con él y le dedicó una sonrisa torva. Era grande, pero no estúpido. Sabía en qué medida estaba presionando a Azoth. Sabía que terminaría acobardándose, como todos los demás.

Azoth le escupió toda la flema que tenía en la boca a la cara.

—Que te den por culo, Rataburra.

El silencio estupefacto que se hizo pareció durar una eternidad. Fue un momento dorado de victoria. No le hizo falta girarse para saber que todos se habían quedado boquiabiertos. La cordura apenas empezaba a regresar cuando el puño de Rata lo alcanzó en la oreja. El mundo se emborronó de manchas negras, y Azoth cayó al suelo. Alzó la vista parpadeando hacia el grandullón, cuyo pelo moreno resplandecía como una aureola al tapar el sol de mediodía, y supo que iba a morir.

—¡Rata! Rata, te necesito.

Azoth rodó de espaldas y vio que Ja'lalíel salía del edificio de la hermandad. Su tez pálida estaba perlada de sudor aunque no hacía calor, y tosía de forma malsana.

—¡Rata! Ahora, he dicho.

Rata se secó la cara, y ver apagarse su ira de manera tan repentina fue casi más terrorífico que verla estallar en un instante. Se le despejaron las facciones y sonrió a Azoth. Simplemente sonrió.

—¿Qué hay, Jay? —dijo Azoth.

—¿Qué tal, Azo? —respondió Jarl, que acababa de llegar donde estaban Azoth y Muñeca—. Eres más tonto que un zapato, ¿sabes? Se tirarán años llamándole Rataburra a sus espaldas.

—Quería que fuese una de sus nenas —explicó Azoth.

Estaban apoyados en una pared a varias manzanas de distancia, dispuestos a compartir la hogaza rancia que Azoth había comprado. El olor a pan horneado, aunque menos intenso que a primera hora, disimulaba al menos en parte el hedor de las aguas residuales, de la acumulación de basura descomponiéndose a orillas del río y de la penetrante peste a orina y sesos que emanaba de las tenerías.

Si la arquitectura de Ceura se basaba en paredes y biombos de bambú y papel de arroz, la cenariana era más tosca, maciza, sin la estudiada simplicidad de los diseños ceuríes. Si la arquitectura de Alitaera era toda granito y pino, la cenariana resultaba menos imponente, sin el propósito de durabilidad de las estructuras alitaeranas. Si la arquitectura de Ossein era un muestrario de agujas etéreas y arcos altísimos, la cenariana no se alzaba por encima de una planta más que en unas pocas mansiones de la nobleza en la orilla oriental. Los edificios de Cenaria eran un compendio de todo lo

achaparrado, húmedo, barato y pobre, sobre todo en las Madrigueras. Jamás se utilizaba un material que costara el doble, por mucho que durase cuatro veces más. Los cenarianos no pensaban a largo plazo porque no vivían a largo plazo. Sus edificios incorporaban con frecuencia bambú y papel de arroz, pues ambos crecían junto a la ciudad, y también pino y granito, que no estaban demasiado lejos. Sin embargo, Cenaria no tenía un estilo propio. El país había sufrido demasiadas conquistas a lo largo de los siglos para enorgullecerse de nada que no fuese la supervivencia. En las Madrigueras, ni siquiera quedaba orgullo.

Azoth partió la hogaza en tres trozos sin prestar atención y enseguida torció el gesto. Había hecho dos más o menos del mismo tamaño, y un tercero más pequeño. Dejó uno de los pedazos grandes sobre su pierna y le dio el otro a Muñeca, que siempre le seguía como una sombra. Estaba a punto de pasarle el trozo pequeño a Jarl cuando vio una mueca de desaprobación en el rostro de la niña.

Azoth suspiró y se quedó el pedazo pequeño para él. Jarl no se había dado cuenta de nada.

—Mejor una de sus nenas que muerto —observó su amigo.

—No pienso acabar como Bim.

—Azo, en cuanto Ja'laliel se pague la reválida, Rata será el jefe de nuestra hermandad. Tú tienes once años. Todavía faltan cinco para tu reválida. No vas a llegar vivo ni de milagro. Lo de Bim no es nada, comparado con lo que Rata te hará a ti.

—¿Y qué hago, Jarl?

Por lo general, aquel momento del día era el favorito de Azoth. Estaba con las únicas dos personas a las que no debía temer, acallando la voz insistente del hambre. Sin embargo, el pan le sabía a ceniza. Miró hacia el mercado, sin ver siquiera a la pescadera que pegaba a su marido.

Jarl sonrió, y sus dientes brillaron en contraste con su negra piel ladeshiana.

—Si te cuento un secreto, ¿me lo guardarás?

Azoth miró a los dos lados y se inclinó hacia Jarl. Se detuvo al oír un sonoro crujir de pan y unos labios que se relamían.

—Bueno, yo sí. No pongo la mano en el fuego por Muñeca.

Se volvieron los tíos hacia la niña, que roía el cuscurro de la hogaza. La combinación de las migas que tenía pegadas a la cara y su mueca de indignación les hizo desternillarse de risa.

Azoth le revolvió la melena rubia y, al ver que eso no le quitaba el enfado, la acercó a él. Ella se revolvió pero, cuando Azoth le pasó el brazo por encima, no hizo ademán de apartarse. Miró a Jarl con rostro expectante.

El chico se levantó la túnica y desanudó un harapo que llevaba en torno al cuerpo como una faja.

—No seré como los demás, Azo. No pienso dejarme llevar por la vida sin hacer nada. Saldré de aquí.

Abrió la faja. Ocultas entre sus pliegues había una docena de monedas de cobre, cuatro de plata y, lo más inverosímil de todo, dos gunders de oro.

—Cuatro años. Llevo ahorrando cuatro años. —Dejó caer dos cobres más en la faja.

—¿Estás diciéndome que siempre que Rata te ha dado de palos por no pagar la cuota, tenías esto guardado?

Jarl sonrió y Azoth lo empezó a comprender. Las palizas eran un precio pequeño a cambio de la esperanza. Al cabo de un tiempo, la mayoría de los ratas de hermandad desesperaban y permitían que la vida los machacara. Se convertían en animales. O perdían el juicio, como le había pasado ese día a Azoth, y se buscaban la muerte.

Mientras contemplaba aquel tesoro, una parte de Azoth quería golpear a Jarl, agarrar la faja y salir corriendo. Con ese dinero podría dejar las calles, procurarse ropa para sustituir sus harapos y pagar la cuota para entrar de aprendiz en alguna parte, donde fuera. Quizá incluso con Durzo Blint, como tantas veces había dicho a Jarl y Muñeca que haría.

Entonces reparó en su amiga. Se imaginó la mirada que pondría si él robaba esa faja llena de vida.

—Si alguno de nosotros va a salir de las Madrigueras, ese serás tú, Jarl. Te lo mereces. ¿Tienes un plan?

—Siempre —respondió su amigo. Alzó la mirada y brillaron sus ojos oscuros—. Quiero que te lo quedes tú, Azo. En cuanto descubramos dónde vive Durzo Blint, te sacaremos de aquí. ¿Vale?

Azoth se quedó mirando el montón de monedas. Cuatro años.

Docenas de palizas. No solo dudaba si él habría dado tanto por Jarl, sino que además había pensado en robárselo. No pudo contener unas lágrimas cálidas. Qué vergüenza sentía. Qué miedo. Miedo de Rata, miedo de Durzo Blint; siempre miedo. Sin embargo, si lograba salir de las calles, podría ayudar a Jarl. Blint le enseñaría a matar.

Azoth alzó la vista hacia Jarl, sin atreverse a mirar a Muñeca, por miedo a lo que pudiesen decir sus grandes ojos castaños.

—Lo acepto.

Sabía a quién mataría primero.

Capítulo 3

Durzo Blint se encaramó al muro de la pequeña mansión y observó al centinela que pasaba en aquel momento. «El guardia perfecto», pensó Durzo: algo lento, con poca imaginación y cumplidor. El vigilante dio sus treinta y nueve pasos, paró en la esquina, plantó su alabarda, se rascó la barriga por debajo del gambesón, miró en todas las direcciones y, completado el ritual, echó a caminar de nuevo.

«Treinta y cinco, treinta y seis.» Durzo abandonó la sombra del centinela y se dejó caer por el borde de la pasarela, al que se mantuvo agarrado con la punta de los dedos.

«Ahora.» Se soltó y aterrizó sobre la hierba en el preciso instante en que el guardia daba un golpe con la contera de su alabarda en los tablones de madera. Seguramente el centinela tampoco lo habría oído, pero la paranoia era la madre de la ciencia para un ejecutor. El patio era pequeño, y la casa no mucho más grande. Estaba construida al estilo ceurí, con paredes traslúcidas de papel de arroz. Las puertas y los arcos estaban hechos de ciprés calvo y ciprés blanco, aunque para el armazón y los suelos se había empleado madera de pino local, más barato. Era austera como todas las casas ceuríes, algo que se ajustaba a la formación militar del general Agón y su personalidad ascética. Es más, se ajustaba a su presupuesto. A pesar de los muchos éxitos del general, el rey Davin nunca lo había recompensado con generosidad; en parte, por eso estaba allí el ejecutor.

Durzo encontró una ventana abierta en la planta superior. La esposa del general dormía en una cama: no eran tan ceuríes como para acostarse en esteras tejidas. Sí eran, sin embargo, lo bastante pobres para que el colchón estuviese relleno de paja en vez de plumas. La esposa del general era una mujer poco agraciada, que roncaba con suavidad, con el cuerpo más cerca del centro de la cama que en un extremo. En el lado hacia donde estaba girada, las mantas se veían revueltas.

El ejecutor entró con sigilo en la habitación, usando su Talento para amortiguar el sonido de sus pasos sobre el suelo de madera.

«Curioso.» Un vistazo rápido confirmó que el general no había acudido para una mera visita conyugal. Realmente compartían el dormitorio. Tal vez fuera aún más pobre de lo que pensaba la gente.

Durzo arrugó la frente por debajo de la máscara. Era un detalle que no necesitaba saber. Desenfundó el corto puñal de envenenador y se acercó a la cama. La mujer no sentiría nada.

Se detuvo. Estaba vuelta hacia las mantas desordenadas, no de espaldas. Había estado durmiendo pegada a su marido hasta que él se levantó. No en la otra punta de la cama, como haría una mujer que se limitase a cumplir con sus deberes maritales.

El matrimonio se quería. Después del asesinato de la mujer, Aleine de Gunder

tenía planeado ofrecer enseguida al general una noble acaudalada en segundas nupcias. Sin embargo, el general, casado por amor con una plebeya, reaccionaría al asesinato de su esposa de forma muy distinta a un hombre que hubiera contraído un matrimonio de conveniencia.

«Será idiota.» El príncipe estaba tan ciego de ambición que pensaba que todos los demás compartían sus ansias. El ejecutor envainó el puñal y salió al pasillo. Aún debía saber a qué bando apoyaría el general. Y de inmediato.

—¡Maldita sea! El rey Davin se muere. Me sorprendería que durase una semana más.

Quienquiera que hubiese hablado acertaba en casi todo. El ejecutor había administrado al rey su dosis final de veneno esa misma noche. Al alba estaría muerto y el trono se lo disputarían un hombre fuerte y justo y otro débil y corrupto. Al clandestino Sa'kagé no le era indiferente el resultado de la disputa.

La voz procedía del salón del piso de abajo. El ejecutor corrió hasta el final del pasillo. La casa era tan pequeña que el salón también hacía las veces de estudio. Podía ver perfectamente a los dos hombres.

El general Brant Agón tenía la barba entrecana, el pelo corto y sin peinar y se movía con gestos bruscos, sin perder nada de vista. Era delgado y fibroso, con las piernas algo arqueadas tras una vida a lomos de un caballo.

El hombre que tenía delante era el duque Regnus de Gyre. El sillón de orejas crujió cuando desplazó su peso. Se trataba de un hombretón enorme, alto además de fornido, pero en su corpachón había poca grasa. Descansó los dedos cubiertos de anillos en el abdomen.

«Por los Ángeles de la Noche. Podría matarlos a los dos y acabar de un plumazo con las preocupaciones de los Nueve.»

—¿Nos estamos engañando a nosotros mismos, Brant? —preguntó el duque de Gyre.

El general no respondió de inmediato.

—Mi señor...

—No, Brant, necesito tu opinión como amigo, no como vasallo.

Durzo se acercó un poco más. Desenfundó los cuchillos arrojadizos poco a poco, con cuidado de no tocar los filos envenenados.

—Si no hacemos nada —dijo el general—, Aleine de Gunder será rey. Es un hombre débil, ruin e impío. El Sa'kagé ya es dueño de las Madrigueras; con Aleine en el trono, las patrullas no saldrán ni siquiera de las calles principales, y vos sabéis tan bien como yo que las cosas solo irán a peor. Los Juegos Mortales afianzaron al Sa'kagé. Aleine no tiene ni voluntad ni inclinación para plantarles cara ahora, cuando todavía estamos a tiempo de erradicarlos. Así pues, ¿nos engañamos al creer que vos seríais un rey mejor? Ni por asomo. Y el trono os corresponde por derecho.

Blint casi sonrió. Los señores del hampa, los Nueve del Sa'kagé, estaban de acuerdo palabra por palabra... motivo por el cual Blint debía encargarse de que Regnus de Gyre jamás llegara a rey.

—¿Y tácticamente? ¿Podríamos hacerlo?

—Con un mínimo derramamiento de sangre. El duque Wesseros está fuera del país. Mi propio regimiento se encuentra en la ciudad. Los hombres creen en vos, mi señor. Necesitamos un rey fuerte. Un buen rey. Os necesitamos, Regnus.

El duque de Gyre se miró las manos.

—¿Y la familia de Aleine? ¿Formarían parte de ese «mínimo derramamiento de sangre»?

El general bajó la voz.

—¿Queréis la verdad? Sí. Aunque no lo ordenásemos, alguno de vuestros hombres los matará para protegeros, aunque le supusiera la horca. Hasta ese punto creen en vos.

El duque de Gyre respiró hondo.

—Entonces, la cuestión es: ¿el bien futuro de muchos compensa el asesinato de unos pocos ahora?

«¿Cuánto hace que yo no tengo esos escrúpulos?» Durzo contuvo a duras penas el arrollador impulso de lanzar los cuchillos.

Lo repentino de su furia lo sorprendió. «¿A qué ha venido esto?»

Era Regnus. Ese hombre le recordaba a otro rey al que había servido antaño. Un rey digno de ese nombre.

—La respuesta está en vuestras manos, mi señor —dijo el general Agón—. De todos modos, si me permitís una pregunta, ¿de verdad se trata de una cuestión filosófica?

—¿Qué quieres decir?

—Todavía amáis a Nalia, ¿no es así?

Nalia era la esposa de Aleine de Gunder. Regnus tenía el gesto afligido.

—Estuvimos prometidos durante diez años, Brant. Ella fue mi primer amor, y yo el suyo.

—Mi señor, lo siento —se disculpó el general—. No es de mi...

—No, Brant. Nunca hablo del tema. Permíteme seguir así mientras decido si seré un hombre o un rey. —Respiró hondo—. Han pasado quince años desde que el padre de Nalia rompió nuestro compromiso y la casó con ese perro de Aleine. Debería haberlo superado. Y lo he superado, salvo cuando tengo que verla con sus hijos e imaginármela compartiendo cama con Aleine de Gunder. La única alegría que me ha dado mi matrimonio es mi hijo Logan, y me cuesta creer que el suyo haya sido mejor.

—Mi señor, dada la naturaleza involuntaria de ambos esponsales, ¿no sería posible divorciaros de Catrinna y casaros con...?

—No. —Regnus meneó la cabeza—. Si los hijos de la reina sobreviven, siempre serán una amenaza para mi hijo, tanto si los destierro como si los adopto. El mayor de Nalia tiene catorce años: demasiados para olvidar que estaba destinado al trono.

—La razón está de vuestra parte, mi señor. ¿Quién sabe si no hallaréis soluciones imprevistas a esos problemas una vez estéis sentado en el trono?

Regnus asintió con gesto apenado, consciente a todas luces de tener millares de vidas en sus manos, desconocedor de que entre ellas estaba la suya propia. «Si trama una rebelión, lo mato ahora mismo, lo juro por los Ángeles de la Noche. Ahora solo sirvo al Sa'kagé. Y a mí mismo. Siempre a mí mismo.»

—Que me perdonen las generaciones que están por nacer —dijo Regnus de Gyre, con lágrimas en los ojos—, pero no cometeré asesinatos por algo que podría suceder o no, Brant. No puedo hacerlo. Juraré mi lealtad.

El ejecutor enfundó de nuevo sus dagas, sin hacer caso de los sentimientos aparejados de alivio y desesperación que lo embargaron.

«Es esa maldita mujer. Me ha echado a perder. Lo ha echado todo a perder.»

Blint avistó la emboscada a cincuenta pasos de distancia y se metió de lleno en sus fauces. Todavía faltaba una hora para que amaneciera y los únicos que circulaban por las callejuelas serpenteantes de las Madrigueras eran los mercaderes que se habían quedado dormidos donde no debían y corrían de vuelta a sus casas y sus esposas.

La hermandad (el Dragón Negro a juzgar por los símbolos pintados que había dejado atrás) estaba agazapada en torno a un angosto cuello de botella en el callejón, donde sus chicos podían bloquear los dos extremos y además atacar desde los tejados bajos.

Blint había fingido una lesión en la rodilla derecha y se había ceñido la capa a los hombros, con la capucha baja sobre la cara. Entró cojeando en la trampa y uno de los niños más grandes, un «mayor» como lo llamaban ellos, saltó al callejón por delante de él y silbó, blandiendo un sable herrumbroso. Los ratas de la hermandad rodearon al ejecutor.

—Muy listos —comentó Durzo—. Montáis guardia antes del amanecer, cuando casi todas las otras hermandades duermen, y así podéis atracar a unas cuantas sacas que se han pasado toda la noche de putas. No quieren dar explicaciones sobre ningún moratón a sus mujeres, de modo que aflojan las monedas. No está mal. ¿De quién es la idea?

—De Azoth —respondió un mayor, señalando detrás del ejecutor.

—¡Cállate, Roth! —exclamó el cabecilla de la hermandad.

El ejecutor miró hacia el chavalín del tejado. Sostenía en alto una piedra y lo observaba, resuelto y preparado, con sus ojos de color azul pálido. Le sonaba su cara.

—Vaya, ahora lo habéis delatado —dijo Durzo.

—¡Cállate tú también! —gritó el cabecilla, sacudiendo su sable hacia él—. Danos la bolsa o te matamos.

—Ja'lalíel —dijo un rata de hermandad negro—, este tipo los ha llamado «sacas». Un mercader no sabría que los llamamos así. Es del Sa'kagé.

—¡Cállate, Jarl! Necesitamos esto. —Ja'lalíel tosió y escupió sangre—. Danos ya la...

—No tengo tiempo para esto. Aparta —dijo Durzo.

—La bolsa...

El ejecutor salió disparado hacia delante. Con la mano izquierda retorció la mano armada de Ja'lalíel y le arrebató el sable. Giró sobre sus talones e hizo chocar su codo derecho contra la sien del cabecilla de la hermandad, pero contuvo la fuerza del golpe para no matarlo.

La pelea había terminado antes de que los otros ratas de la hermandad reaccionaran.

—He dicho que no tengo tiempo para esto —repitió Durzo. Se retiró la capucha.

Sabía que no tenía un aspecto especial. Era larguirucho y de facciones marcadas, con el pelo rubio oscuro y una barba rala del mismo color sobre unas mejillas algo picadas, como si hubiera pasado la viruela. Sin embargo, a juzgar por el modo en que los niños retrocedieron, podría haber tenido tres cabezas.

—Durzo Blint —murmuró Roth.

Se oyeron piedras que caían al suelo.

—Durzo Blint. —El nombre recorrió las filas de la hermandad como una onda. Blint percibió en sus ojos miedo y sobrecogimiento. Habían intentado atracar a una leyenda.

Se sonrió.

—Afila este trasto. Dejar que la hoja se oxide es de aficionados.

Lanzó el sable a una alcantarilla llena de aguas residuales. Después atravesó el grupo caminando sin prisa. Los niños se dispersaron como si Durzo fuera a matarlos a todos.

Azoth lo miró perderse entre la niebla temprana, desaparecer como tantas otras de sus esperanzas por el sumidero de las Madrigueras. Durzo Blint representaba todo lo que él no era. Poderoso, peligroso, confiado, intrépido. Era como un dios. Había contemplado a una hermandad entera alzada en su contra —incluidos los mayores como Roth, Ja'lalíel y Rata— y lo había encontrado divertido. ¡Divertido! «Algún día», juró Azoth. Ni siquiera se atrevió a formular el pensamiento completo, no fuera que Blint captase su presunción, pero lo anhelaba con toda su alma. «Algún día.»

Cuando Blint estuvo lo bastante lejos para no darse cuenta, se puso a seguirlo.

Capítulo 4

Los matones que montaban guardia ante la cámara subterránea de los Nueve observaron a Durzo con cara de pocos amigos. Eran gemelos y dos de los hombres más corpulentos del Sa'kagé. Ambos tenían un rayo tatuado en la frente.

—¿Armas? —preguntó uno.

—Zocato —contestó Durzo a modo de saludo, mientras se quitaba la espada, tres dagas, los dardos que llevaba sujetos al cinto y una serie de bolitas de cristal que desprendió de su otro brazo.

—Zocato soy yo —observó el otro, que ya había empezado a cachear a Blint con vigor.

—¿Quieres dejarlo estar? —pidió Durzo—. Los dos sabemos que podría matar a alguien ahí dentro si quisiera, con o sin armas.

Zocato enrojeció de furia.

—¿Por qué no te meto esta bonita espada...?

—Lo que Zocato quiere decir es: ¿por qué no finges que no eres un riesgo y nosotros fingimos ser el motivo? —interrumpió Bernerd—. Es una formalidad, Blint. Como preguntarle a alguien cómo está cuando te da igual.

—Yo no lo pregunto.

—Sentí mucho enterarme de lo de Vonda —dijo Bernerd. Durzo se paró en seco; notó como si una lanza le retorciera las tripas—. De verdad —añadió el grandullón. Le abrió la puerta y miró de reojo a su hermano.

Una parte de Durzo sabía que debía soltar algún comentario hiriente, amenazador o gracioso, pero la lengua se le había transformado en plomo.

—Esto, ¿maese Blint? —dijo Bernerd.

Durzo recobró la compostura y entró en la sala de audiencias de los Nueve sin levantar la mirada.

Era un lugar diseñado para inspirar miedo. Dominaba la sala una plataforma, labrada en negro vidrio volcánico, sobre la cual había nueve sillas. Una décima se elevaba por encima de ellas como un trono. Delante solo tenían el suelo desnudo. Aquellos a quienes los Nueve convocaban permanecían de pie.

La cámara formaba un rectángulo estrecho, aunque profundo: el techo era tan alto que se perdía en la oscuridad. Daba a los convocados la impresión de que los interrogaban en el infierno. Las pequeñas tallas de gárgolas, dragones y personas gritando que recubrían sillas, paredes y hasta el suelo no hacían nada por atenuar el efecto.

Sin embargo, Durzo entró con una desenfadada familiaridad. La noche no le inspiraba ningún terror. Las sombras daban la bienvenida a sus ojos y no les ocultaban nada. «Por lo menos eso no lo he perdido.»

Los Nueve, con la excepción de Mama K, llevaban puestas las capuchas, aunque la mayoría sabía que no podía esconder su identidad a Durzo. Por encima de ellos, el shinga Pon Dradin ocupaba el trono. Estaba quieto y callado, como de costumbre.

—¿Ha muerto la ezpoza? —preguntó Corbin Fishill. Era un hombre elegante y apuesto con fama de cruel, sobre todo con los niños de las hermandades que administraba. La risa que podría haber provocado su ceceo de algún modo se marchitaba ante la perenne malicia de su rostro.

—La situación no es la que esperabais —dijo Durzo.

Dio su informe en pocas palabras. El rey moriría pronto y los hombres que el Sa'kagé temía que intentaran sucederlo no iban a postularse. Eso dejaba vía libre hacia el trono a Aleine de Gunder, que era demasiado débil para atreverse a buscar las cosquillas al Sa'kagé.

—Yo sugeriría —concluyó Durzo— hacer que el príncipe ascienda al general Agón a general supremo. Agón impediría que el príncipe consolidase su poder, y si Khalidor hace algún movimiento...

El diminuto ex maestro de los esclavos lo interrumpió.

—Por mucho que entendamos vuestro... resentimiento contra Khalidor, maese Blint, no pensamos despilfarrar nuestro capital político en un general cualquiera.

—No tenemos por qué —intercedió Mama K. La maestra de los placeres seguía siendo bella, aunque habían pasado años desde que fuera la cortesana más célebre de la ciudad—. Podemos conseguir lo que queremos fingiendo que lo ha pedido otro. —Todos prestaron atención—. El príncipe estaba dispuesto a sobornar al general con un matrimonio político. Le podemos contar que el precio para comprar a Agón no es un matrimonio, sino un nombramiento político. El general no se enterará nunca, y es poco probable que el príncipe le pregunte al respecto.

—Y eso nos proporciona fuerza para replantear el asunto de la esclavitud —dijo el maestro de los esclavos.

—Ni de coña vamos a volvernos esclavistas otra vez —exclamó otro. Era un hombre corpulento, tirando a gordo, con los carrillos macizos, los ojos pequeños y unos puños surcados de cicatrices que hacían honor al maestro de los matones del Sa'kagé.

—Eza converzación puede ezperar. No hace falta que ezté Blint prezente —dijo Corbin Fishill. Dirigió sus ojos de párpados pesados hacia Blint—. Ezta noche no haz matado. —Dejó la frase en el aire, sin adornarla.

Durzo lo miró, negándose a dejarse provocar.

—¿Todavía puedez hacerlo?

Las palabras eran inútiles con un hombre como Corbin Fishill, que hablaba el lenguaje de la carne. Durzo caminó hacia él. Corbin no se inmutó ni apartó el rostro mientras Durzo se acercaba a la plataforma, aunque varios de los Nueve estaban

claramente nerviosos. Durzo vio que Fishill tensaba los músculos bajo sus pantalones de terciopelo.

Corbin lanzó una patada hacia la cara de Durzo, pero este ya se había movido. Hundió una aguja con fuerza en la pantorrilla de Corbin y se retiró.

Sonó una campana y, al momento, Bernerd y Zocato irrumpieron en la sala. Blint cruzó los brazos y no hizo el menor gesto para defenderse.

Blint era alto y delgado, puro músculo y nervio. Zocato cargó como un caballo de guerra. Durzo se limitó a extender las dos manos abiertas, pero, cuando Zocato chocó contra él, sucedió lo imposible. En vez de aplastar al delgado ejecutor, la embestida de Zocato terminó de sopetón.

Lo primero en detenerse fue su cara, la nariz estrellada contra la mano extendida de Durzo. El resto de su cuerpo continuó hacia delante, se elevó en paralelo al suelo y después cayó a plomo sobre la superficie de piedra.

—¡Bazta! —gritó Corbin Fishill.

Bernerd fue a detenerse con un patinazo delante de Durzo y después se arrodilló junto a su hermano. Zocato gemía, y la sangre que manaba de su nariz llenaba la boca de una rata tallada en el suelo de piedra.

Corbin se sacó la aguja de la pantorrilla con una mueca.

—¿Qué ez ezto, Blint?

—¿Quieres saber si todavía puedo matar? —Durzo dejó un frasquito delante de Fishill—. Si la aguja estaba envenenada, este es el antídoto. Sin embargo, si no lo estaba, el antídoto te matará. Bébelo o no te lo bebas.

—Bébetelo, Corbin —dijo Pon Dradin. Era la primera vez que el shinga hablaba desde que Blint había entrado—. Mira, Blint, serías mejor ejecutor si no supieses que eres el mejor. Lo eres, pero no por eso dejas de acatar mis órdenes. La próxima vez que toques a uno de mis Nueve, habrá consecuencias. Ahora lárgate de aquí.

Había algo raro en el túnel. Azoth había estado en otros túneles y, si bien no se sentía exactamente cómodo moviéndose a tientas en la espesa oscuridad, podía arreglárselas. Ese túnel había empezado como cualquier otro: con las paredes ásperas, sinuoso y, por supuesto, oscuro. Sin embargo, a medida que se adentraba en la tierra, los muros se volvieron más rectos, el suelo más liso. Ese túnel era importante.

Pero eso no pasaba de ser algo distinto. Lo raro de verdad estaba un paso por delante de Azoth. Se puso en cuclillas para descansar y pensar. No se sentó; solo lo hacía cuando sabía que no había nada de qué huir.

No olía nada diferente, aunque el aire allí abajo era denso como el puré. Si entrecerraba los ojos le parecía distinguir algo, pero estaba convencido de que era solo por el esfuerzo de apretarlos. Volvió a extender el brazo. ¿Corría una brisa más fresca justo allí?

Entonces notó un cambio en el aire. Lo recorrió un miedo repentino. Blint había pasado por allí hacía veinte minutos, sin llevar antorcha. Entonces Azoth no le había dado ninguna importancia. En ese momento recordó las historias.

Una leve bocanada de aire rancio le rozó la mejilla. Azoth casi arrancó a correr, pero no sabía en qué dirección sería seguro escapar. No tenía medios para defenderse, ya que el puño de la hermandad guardaba todas las armas. Una segunda bocanada le acarició la otra mejilla. «Huele a... ¿ajo?»

—En este mundo existen secretos, chaval —dijo una voz—. Secretos como las alarmas mágicas y las identidades de los Nueve. Si das otro paso, descubrirás uno de esos secretos. Y entonces, dos simpáticos matones con órdenes de liquidar a los intrusos te descubrirán a ti.

—¿Maese Blint? —Azoth escudriñó la oscuridad.

—La próxima vez que sigas a un hombre, no seas tan furtivo. Te vuelve conspicuo.

Significara lo que significase aquello, no sonaba bien.

—¿Maese Blint?

Azoth oyó una carcajada que se alejaba por el túnel. Se puso en pie de un salto, sintiendo que su esperanza se le escapaba con la risa que se iba apagando. Echó a correr por el túnel en la oscuridad.

—¡Esperad!

No hubo respuesta. Azoth corrió más deprisa. Tropezó con una piedra y cayó de bruces; se peló las rodillas y las manos contra el suelo de piedra.

—¡Maese Blint, esperad! Necesito ser vuestro aprendiz. ¡Maese Blint, por favor!

La voz habló justo por encima de él aunque, al mirar hacia arriba, Azoth no vio nada.

—No tomo aprendices. Vete a casa, chaval.

—¡Pero yo soy diferente! Haré lo que sea. ¡Tengo dinero!

No hubo respuesta. Blint se había ido.

El silencio dolía, palpitaba al ritmo de los cortes en las rodillas y las palmas de Azoth. Sin embargo, no había nada que pudiera hacer. Quería llorar, pero eso era cosa de críos.

Volvió al territorio del Dragón Negro cuando el cielo empezaba a clarear. Partes de las Madrigueras comenzaban a sacudirse su sueño resacoso. Los panaderos estaban levantados y los aprendices de herrero encendían los fuegos de las forjas; los ratas de hermandad, las putas, los matones y los desvalijadores se habían ido a acostar, mientras que los cortabolsas, los timadores, los descuideros y el resto de quienes trabajaban de día seguían dormidos.

Por lo general, los olores de las Madrigueras le resultaban familiares. Estaba el penetrante hedor de los corrales, superpuesto al más cercano de los residuos humanos

que en cada calle borbollaban canalón abajo hasta contaminar más aún el río Plith. Estaba la vegetación putrefacta en los bajíos y remansos de la lenta corriente de agua, el olor menos acre del océano cuando soplaba una brisa afortunada y la peste de los mendigos sucísimos que dormían por las calles y podían atacar a un rata de hermandad sin otro motivo que su ira contra el mundo. Por primera vez, para Azoth esos olores no denotaban su hogar, sino la inmundicia. El rechazo y la desesperación eran los vapores que surgían de cada ruina enmohecida y cada montón de mierda de las Madrigueras.

El molino abandonado, usado tiempo atrás para descascarillar arroz, no era solo un edificio vacío en el que podía dormir la hermandad. Era un símbolo. En la orilla occidental, no había molino seguro frente a quienes estaban tan hambrientos como para superar a los matones que los propietarios contratasen para defenderlo. Todo era basura y rechazo, y Azoth formaba parte de ello.

Cuando llegó a la sede de la hermandad, hizo un gesto con la cabeza al centinela y entró sin pretensiones de disimulo. Ya estaban acostumbrados a que los niños se levantasen a orinar por la noche, de modo que nadie pensaría que había estado ausente. En cambio, si intentaba entrar a hurtadillas, llamaría la atención.

A lo mejor eso era lo que significaba «furtivo».

Se dirigió a su hueco habitual junto a la ventana y se tumbó entre Muñeca y Jarl. Allí hacía frío, pero el suelo era liso y no había muchas astillas. Le dio un golpecito a su amigo.

—Jay, ¿tú sabes qué significa «furtivo»?

Jarl se apartó dando media vuelta, con un gruñido. Azoth le clavó el dedo otra vez, pero no obtuvo respuesta. «Una noche larga, supongo.»

Como todos los ratas de la hermandad, Azoth, Jarl y Muñeca dormían pegados para darse calor. Normalmente ponían en medio a Muñeca porque era pequeña y se enfriaba con facilidad, pero esa noche Jarl y la niña se habían mantenido separados.

Muñeca se acurrucó junto a él y lo abrazó con fuerza; Azoth se alegró de contar con su calor. Una preocupación le roía el pensamiento como una rata, pero estaba demasiado cansado. Se durmió.

Capítulo 5

La pesadilla empezó nada más despertar Azoth.

—Buenos días —dijo Rata—. ¿Cómo está mi cagarruta de alcantarilla favorita?

El júbilo en la cara de Rata anunció a Azoth que ocurría algo malo de verdad. Roth y Leporino estaban a los lados del puño, rebosantes de entusiasmo.

Muñeca había desaparecido. Jarl había desaparecido. No había señales de Ja'laliel. Parpadeando por el sol que entraba a raudales por el techo destartalado de la casa de la hermandad, Azoth se puso en pie e intentó orientarse. Todos los demás chicos habían salido, ya fuese a trabajar, a rebuscar o simplemente porque hubiesen decidido que era un buen momento para estar fuera. En otras palabras, porque habían visto entrar a Rata.

Roth se situó junto a la puerta trasera y Leporino detrás de Rata, por si Azoth salía corriendo hacia la entrada principal o una ventana.

—¿Dónde estuviste anoche? —preguntó Rata.

—Tenía que mear.

—Vaya meada más larga. Te perdiste toda la diversión.

Cuando Rata hablaba así, sin entonación alguna, sin afectación en la voz, Azoth sentía un miedo demasiado profundo para desahogarlo temblando. La violencia no le era desconocida. Había visto a marineros asesinados, había visto a prostitutas con cicatrices recientes, un amigo suyo había muerto de la paliza que le dio un vendedor. La crueldad campaba por las Madrigueras de la mano de la pobreza y la ira. Sin embargo, la expresión inerte de los ojos de Rata lo señalaba como un fenómeno más monstruoso que Leporino: este había nacido sin parte del labio, Rata había nacido sin conciencia.

—¿Qué has hecho? —preguntó Azoth.

—¿Roth? —Rata alzó la barbilla en dirección a su secuaz.

Roth abrió la puerta.

—Buen chico —dijo, como si hablara con un perro, y agarró algo. Tiró de ello hacia dentro y Azoth vio que se trataba de Jarl. Tenía los labios hinchados y ambos ojos morados, tan inflamados que apenas veía por las rendijas. Le faltaban dientes y tenía pegotes de sangre en la cara, fruto de unos tirones de pelo tan fuertes que le habían desgarrado el cuero cabelludo.

Llevaba puesto un vestido.

Azoth sintió un hormigueo caliente y frío en la piel; se le agolpó la sangre a la cara. No podía demostrar debilidad ante Rata. Estaba paralizado. Se dio la vuelta para no vomitar.

Detrás de él, Jarl emitió un débil gimoteo.

—Azo, por favor, Azo, no me des la espalda. No quería...

Rata le pegó en la cara. Jarl cayó al suelo y se quedó quieto.

—Ahora Jarl es mío —explicó Rata—. Cree que luchará todas las noches, y lo hará. Durante un tiempo. —Sonrió—. Pero lo domaré. El tiempo corre a mi favor.

—Te mataré. Lo juro —dijo Azoth.

—Ah, es verdad, ¿ya eres el aprendiz de maese Blint? —Rata sonrió mientras Azoth, que se sentía traicionado, miraba a Jarl. Su amigo bajó la cabeza, sacudiendo los hombros mientras lloraba en silencio—. Jarl nos lo ha contado todo, en algún momento entre Roth y Davi, creo. De todas formas, estoy confundido. Si maese Blint te ha tomado como aprendiz, ¿qué haces aquí, Azo? ¿Has vuelto para matarme?

Jarl se tragó las lágrimas y se volvió, agarrado a un clavo ardiendo.

No había nada que decir.

—No quiso aceptarme —reconoció Azoth. Jarl se hundió.

—Todo el mundo sabe que no quiere aprendices, idiota —dijo Rata—. Pues te diré lo que vamos a hacer, Azo. No sé qué favor le has hecho, pero Ja'laliel me ha ordenado que no te toque, y no lo haré. Pero tarde o temprano, esta hermandad será mía.

—Temprano, diría yo —apuntó Roth. Alzó las cejas mirando a Azoth.

—Tengo grandes planes para Dragón Negro, Azo, y no consentiré que te entrometas —prosiguió Rata.

—¿Qué quieres de mí? —La voz de Azoth sonó tenue y aflautada.

—Quiero que seas un héroe. Quiero que todos los que no se atreven a plantarme cara por su cuenta te miren y empiecen a hacerse ilusiones. Y entonces destruiré todo lo que hayas hecho. Destruiré todo lo que ames. Te destruiré de manera tan absoluta que nadie volverá a desafiarme nunca. De modo que haz lo mejor que sepas, haz lo peor, no hagas nada de nada. Yo gano pase lo que pase. Siempre gano.

Azoth no pagó su cuota al día siguiente. Esperaba que Rata le pegase. Solo una vez, y se caería del pedestal, volvería a ser un mero rata de la hermandad. Sin embargo, Rata no le pegó. Se puso hecho una furia y le insultó, pero sonriendo con los ojos; luego le ordenó que pagase el doble la vez siguiente.

Por supuesto, la vez siguiente Azoth no le llevó nada. Se limitó a tender una mano vacía, como si ya diese la paliza por hecha. Nada cambió. Rata se subió por las paredes, lo acusó de desafiarlo y no le puso la mano encima. Y así fue, todos los días de pago. Poco a poco, Azoth volvió al trabajo y empezó a acumular monedas de cobre para meterlas en la bolsa de Jarl. Los días eran espantosos: Rata no dejaba que Jarl hablase con Azoth y, al cabo de un tiempo, Azoth dejó de creer que su amigo tuviese ganas de charlar con él. El Jarl que conocía fue desapareciendo poco a poco. Tampoco nada cambió cuando dejaron de obligarle a llevar aquel vestido.

Las noches eran peores. Rata tomaba a Jarl cada noche mientras el resto de la hermandad fingía no oír nada. Azoth y Muñeca se abrazaban y, en la calma alterada

solo por los quedos sollozos de después, Azoth pasaba largas horas tumbado boca arriba, planeando minuciosas venganzas que sabía que jamás pondría en práctica.

Se volvió temerario: insultaba a Rata a la cara, cuestionaba todas las órdenes que daba y defendía a cualquiera a quien golpease. Rata le devolvía los insultos, pero siempre con aquella sonrisilla en los ojos. Los pequeños y los fracasados de la hermandad empezaron a buscar el consejo de Azoth y a mirarlo con reverencia.

Notó que su grupo alcanzaba una masa crítica el día en que dos mayores le llevaron la comida y se sentaron con él en el porche. Fue una revelación. Nunca había creído que los mayores lo seguirían. ¿Por qué iban a hacerlo? No era nadie. Y entonces cayó en la cuenta de su error. No había planeado qué hacer cuando se le empezaron a unir los mayores. Al otro lado del patio estaba sentado Ja'lalíel, consumido, tosiendo sangre y con aspecto de estar acabado.

«Qué estúpido soy.» Rata esperaba ese momento. Se había encargado de que Azoth fuese un héroe. Si hasta se lo había anunciado. Aquello no iba a ser un golpe; iba a ser una purga.

—Padre, por favor, no vayas. —Logan de Gyre sostenía las riendas del corcel de guerra de su padre, desafiando el frío del amanecer y conteniendo las lágrimas.

—No, deja eso aquí —ordenó el duque de Gyre a Wendel North, su mayordomo, que dirigía a unos criados cargados de cofres con ropa del duque—. Pero quiero que me envíen mil capas de lana antes de que pase una semana. Usa nuestros fondos y no pidas reembolso. No quiero darle al rey ninguna excusa para negarse. —Unió sus manos enguantadas por detrás de la espalda—. No sé en qué estado encontraremos las caballerizas de la guarnición, pero me gustaría tener noticias de Havermere sobre cuántos caballos pueden enviar antes del invierno.

—Ya está hecho, mi señor.

Por todos lados iban y venían criados, cargando de provisiones y pertrechos los carros que viajarían al norte. Cien caballeros de la Casa de Gyre atendían a sus propios preparativos de última hora, revisando sus sillas de montar, sus caballos y sus armas. Los criados que dejaban atrás a sus familias estaban despidiéndose a toda prisa.

El duque de Gyre se volvió hacia Logan, y la imagen de su padre con la cota de malla bastó para llevar lágrimas de orgullo y miedo a los ojos del chico.

—Hijo, tienes doce años.

—Puedo luchar. Hasta el maestro Vorden reconoce que manejo la espada casi tan bien como los soldados.

—Logan, si te hago quedarte no es porque no crea en tu capacidad. Es porque sí creo en ella. La cuestión es que tu madre te necesita aquí más de lo que yo te necesito en las montañas.

—Pero yo quiero ir contigo.

—Y yo quiero quedarme. Esto no tiene nada que ver con lo que nosotros queramos.

—Jasin dice que el Nono intenta avergonzarte. Dice que para un duque es un insulto recibir un mando tan pequeño.

No mencionó las otras cosas que había dicho Jasin. Logan no se consideraba irascible, pero en los tres meses transcurridos desde que el rey Davin había muerto y Aleine de Gunder había asumido el título de Aleine IX (apodado burlonamente el Nono), ya se había metido en una docena de peleas.

—¿Y qué opinas tú, hijo?

—No creo que le tengas miedo a nadie.

—Conque Jasin dijo que tenía miedo, ¿eh? ¿De ahí salen las magulladuras que tienes en los nudillos?

Logan sonrió de repente. Era tan alto como su padre y, si todavía no tenía la corpulencia de Regnus de Gyre, el maestro de sus guardias Ren Vorden decía que solo era cuestión de tiempo. Cuando Logan peleaba con otros chicos, no perdía.

—Hijo, no te equivoques. Ponerme al mando de la guarnición de Aullavientos es un desaire, pero es mejor que el exilio o la muerte. Si me quedo, el rey acabará por sentenciarme a una cosa o la otra. Todos los veranos vendrás a entrenarte con mis hombres, pero también te necesito aquí. Durante medio año, serás mis ojos y mis oídos en Cenaria. Tu madre... —Dejó la frase en el aire y miró hacia detrás de Logan.

—Cree que tu padre es un necio —concluyó Catrinna de Gyre, que se había acercado hasta ellos. Había nacido en otra familia ducal, los Graesin, a quienes debía sus ojos verdes, sus rasgos menudos y su genio. A pesar de lo temprano de la hora, lucía un bello vestido de seda verde ribeteado de armiño y llevaba el pelo cepillado hasta relucir—. Regnus, si te subes a ese caballo, no quiero verte regresar jamás.

—Catrinna, no vamos a tener otra vez esa discusión.

—Ese chacal quiere echarte contra mi familia, lo sabes. Destruirte a ti, destruirlos a ellos... Él gana pase lo que pase.

—Tu familia es esta, Catrinna. Y ya he tomado mi decisión. —La voz del duque de Gyre sonó con un restallido de mando, un énfasis que dio ganas a Logan de encogerse para no llamar la atención.

—¿Cuál de tus rameras te llevas?

—No me llevo a ninguna de las doncellas, Catrinna, aunque algunas serán difíciles de sustituir. Las dejo aquí por respeto a tu...

—¿Me tomas por tonta? Encontrarás otras zorras allí y punto.

—Catrinna. Adentro. ¡Ya!

La duquesa obedeció y Regnus de Gyre se la quedó mirando mientras se alejaba. Habló sin volverse hacia Logan.

—Tu madre... Hay cosas que te explicaré cuando seas más mayor. De momento, espero que la honres, pero tú serás el señor de Gyre mientras yo no esté.

Logan abrió los ojos como platos.

Su padre le dio una palmada en el hombro.

—Eso no significa que puedas saltarte tus lecciones. Wendel te enseñará todo lo que necesitas saber. Te juro que ese hombre sabe más de administrar nuestras tierras que yo. Solo estoy a cuatro días a caballo de distancia. Tienes la cabeza bien amueblada, hijo, y por eso debes quedarte. Esta ciudad es un nido de víboras. Hay quienes quieren destruirnos. Tu madre lo ha visto venir y por eso se pone así, en parte. Corro un riesgo contigo, Logan. Ojalá no tuviera que hacerlo, pero eres la única ficha que me queda por jugar.

Sorpréndelos. Sé más listo, mejor, más valiente y más rápido de lo que nadie se espera. No es una carga justa la que te echo a las espaldas, pero debo hacerlo. Cuento contigo. La Casa de Gyre cuenta contigo. Todos tus vasallos y sirvientes cuentan contigo, y a lo mejor hasta el reino entero.

El duque de Gyre se subió a su enorme corcel blanco.

—Te quiero, hijo. Pero no me decepciones.

Capítulo 6

Reinaba una oscuridad cerrada y fría como el abrazo de los muertos. Azoth, agachado contra la pared del callejón, confiaba en que el viento nocturno ocultase el latido desbocado de su corazón. El quinto mayor en unírsele había robado una tosca navaja del escondrijo de armas de Rata, y Azoth aferraba el fino metal con tanta fuerza que le dolía la mano.

No se apreciaba todavía ningún movimiento en el callejón. Clavó la navaja en el suelo de tierra y se metió las manos bajo las axilas para calentarlas. Quizá no sucediera nada en horas. Daba igual. Se estaba quedando sin oportunidades. Ya había perdido demasiado tiempo.

Rata no era idiota. Era cruel, pero había hecho planes. Azoth, no. Llevaba tres meses dando tumbos presa del miedo. Dando tumbos cuando podría haber estado trazando su propio plan. El puño había declarado sus intenciones. Eso facilitaba las cosas. Azoth sabía parte de lo que planeaba; lo único que tenía que hacer era figurarse el cómo. Se puso a pensar y notó que le era demasiado fácil meterse en el pellejo de Rata, hacer suyos los pensamientos del puño de su hermandad.

«Una purga no basta. Una purga solo me daría seguridad durante un par de años. No sería el primer cabecilla de una hermandad que mata para conservar su poder. Matar no me hará diferente.» Azoth dio vueltas a esa idea. Rata no tenía ambiciones modestas. Se había tragado su odio durante tres meses. ¿Qué lo había llevado a aguantar todo ese tiempo sin pegar siquiera a Azoth?

Destrucción. En eso terminaba todo. Rata lo destruiría de algún modo espectacular. Saciaría su crueldad y afianzaría su poder. Haría algo tan atroz que la historia de Azoth se repetiría una y otra vez entre las hermandades. Quizá ni siquiera lo matase; lo mutilaría de un modo horrendo para que quien lo viese temiera más a Rata.

Se oyó un ruido sordo en el callejón y Azoth tensó los músculos. Despacio, muy despacio, levantó la navaja. Era un callejón estrecho, con las paredes de las casas tan abombadas que un adulto podía tocar ambos muros al mismo tiempo. Azoth lo había escogido por ese motivo. No pensaba dejar que su presa se escabullese ante sus narices. Sin embargo, de repente le pareció que las paredes eran malévolas, que estiraban sus dedos hambrientos una hacia la otra, ocultando las estrellas y decididas a apresarlo. El murmullo del viento por encima de los tejados contaba historias de asesinatos.

Azoth oyó el ruido otra vez y se relajó. Una rata vieja y cubierta de cicatrices surgió de debajo de una pila de tablones mohosos y olisqueó. Azoth permaneció inmóvil mientras la rata avanzaba contoneándose. Olfateó los pies descalzos de Azoth, los tanteó con su hocico húmedo y, al no detectar ningún peligro, se dispuso a

alimentarse.

En el preciso instante en que la rata se preparaba para morder, Azoth le hundió la navaja por detrás de la oreja hasta clavarla en el suelo. El animal se estremeció pero no chilló. Azoth retiró la delgada hoja de hierro, satisfecho con su sigilo. Echó otro vistazo al callejón. Nada todavía.

«Entonces, ¿qué me hace débil? ¿Qué haría yo para destruirme si fuese Rata?»

Algo le hizo cosquillas en el cuello y Azoth lo apartó de un manotazo. «Malditos bichos.»

«¿Bichos? Pero si aquí hace un frío que pela.» Al retirar la mano de su cuello la notó caliente y pegajosa.

Azoth dio media vuelta y asestó una cuchillada, pero el arma salió disparada de su mano cuando algo le golpeó la muñeca.

Durzo Blint estaba agachado a menos de medio metro. No habló. Se limitó a mirarlo, con ojos más fríos que la noche.

Hubo una larga pausa en la que ambos se miraron fijamente sin mediar palabra.

—Habéis visto a la rata —dijo Azoth.

Una ceja se elevó.

—Me habéis hecho un corte donde yo la he cortado a ella. Queríais demostrarme que me superáis tanto como yo a la rata.

Un atisbo de sonrisa.

—Eres un ratilla de hermandad muy raro. Tan listo y a la vez tan tonto.

Azoth observó la navaja, que había pasado por arte de magia a la mano de Durzo, y sintió vergüenza. Sí que era tonto. ¿Qué se había creído? ¿Que iba a amenazar a un ejecutor? Pese a todo, dijo:

—Voy a ser vuestro aprendiz.

Blint le dio un sopapo con la mano plana que lo estampó de lleno contra la pared. Se arañó la cara con la piedra y cayó al suelo como un fardo.

Cuando se puso boca arriba, Blint estaba plantado encima de él.

—Dame un buen motivo por el que no debería matarte —dijo.

«Muñeca.» No era solo la respuesta a la pregunta de Blint, era el punto débil de Azoth. Rata le golpearía por medio de ella. Sintió náuseas. Primero Jarl y ahora Muñeca.

—Deberíais —respondió.

Blint alzó una ceja de nuevo.

—Sois el mejor ejecutor de la ciudad, pero no el único. Si no me tomáis como aprendiz y tampoco me matáis, me adiestraré a las órdenes de Hu Patíbulo o Wrable Cicatrices. Me pasaré la vida entrenándome solo para el momento en que me llegue la oportunidad de mataros. Esperaré hasta que creáis que me he olvidado del día de hoy. Esperaré hasta que os convenzáis de que solo fue la amenaza de un rata de

hermandad idiota. Cuando llegue a maestro, las sombras os asustarán durante una temporada pero, cuando os hayáis asustado una docena de veces sin que sea yo, dejaréis de saltar una sola vez, y entonces allí estaré. No me importa si me matáis al mismo tiempo. Cambiaré mi vida por la vuestra.

Los ojos de Durzo apenas tuvieron que cambiar para pasar de peligrosamente entretenidos a peligrosos sin más. Azoth ni siquiera los vio, cegado por las lágrimas que inundaban sus propios ojos. Solo veía la expresión perdida que se había adueñado de la mirada de Jarl y se la imaginaba en la de Muñeca. Imaginaba los gritos que daría la niña si Rata la tomaba todas las noches. Gritaría sin articular palabras durante las primeras semanas, tal vez lucharía —algunos mordiscos y arañazos—, y después dejaría de chillar, dejaría de pelear. Solo se oirían gruñidos, los sonidos de la carne y el placer de Rata. Igual que con Jarl.

—¿Tan vacía está tu vida, chico?

«Lo estará si me decís que no.»

—Quiero ser como vos.

—Nadie quiere ser como yo.

Blint desenvainó una enorme espada negra y llevó el filo hasta la garganta de Azoth. En ese momento, al chico le daba igual si la hoja se bebía la sangre de su vida. La muerte sería más dulce que ver desaparecer a Muñeca con sus propios ojos.

—¿Te gusta hacer daño a la gente? —preguntó Blint.

—No, señor.

—¿Has matado alguna vez a alguien?

—No.

—Entonces, ¿por qué me haces perder el tiempo?

¿Cuál era el problema? ¿Hablaba en serio el ejecutor? No podía ser.

—He oído que no os gusta. Que no hace falta que a uno le guste para ser bueno —dijo Azoth.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Mama K. Ella dijo que esa es la diferencia entre vos y algunos de los demás.

Blint frunció el entrecejo. Sacó un diente de ajo de una bolsita y se lo echó a la boca. Enfundó su espada mientras masticaba.

—Vale, chico. ¿Quieres hacerte rico? —Azoth asintió—. Eres rápido, pero ¿puedes adivinar lo que piensan tus presas y recordar cincuenta cosas a la vez? ¿Tienes buenas manos?

Asentimiento, asentimiento, asentimiento.

—Hazte jugador de cartas. —Durzo se rió.

Azoth no. Bajó la vista a sus pies.

—Quiero dejar de tener miedo.

—¿Ja'lalielte pega?

—Ja'lalíel no es nadie.

—Entonces, ¿quién? —preguntó Blint.

—Nuestro puño, Rata. —¿Por qué era tan difícil pronunciar su nombre?

—¿Os da palizas?

—Si no hacemos... Si no hacemos cosas con él. —Sonaba débil, y Blint no dijo nada, de modo que Azoth añadió—: No dejaré que nadie me vuelva a pegar. Nunca más.

Blint siguió mirando más allá de Azoth, para darle tiempo a enjugar sus lágrimas. La luna llena bañaba la ciudad de una luz dorada.

—La vieja puta puede ser bella —comentó—. A pesar de todo.

Azoth siguió la mirada de Blint, pero no había nadie más a la vista. Una neblina plateada se elevaba desde el estiércol caliente de los corrales y se enroscaba en torno a los viejos acueductos rotos. En la oscuridad, Azoth no distinguía al Hombre Sangrante recién garabateado sobre el Dragón Negro de su propia hermandad, pero sabía que estaba allí. Su hermandad no había dejado de perder territorio desde que Ja'lalíel enfermó.

—¿Señor? —dijo Azoth.

—Esta ciudad no tiene otra cultura que la callejera. Los edificios son de ladrillo en una calle, de adobe y cañas en la siguiente y de bambú en la de más allá. Los títulos son alitaeranos, la ropa caleana, la música un batiburrillo de arpas sethíes y liras lodricarias... y hasta los malditos arrozales están robados de Ceura. Pero mientras no la toques ni la mires demasiado de cerca, a veces es bella.

Azoth creía entenderlo. En las Madrigueras había que ir con cuidado con qué se tocaba y dónde se pisaba. Las calles estaban salpicadas de charcos de vómito y otros fluidos corporales, y las hogueras alimentadas con estiércol y el vapor aceitoso de las cubas de sebo que hervían a todas horas cubrían el mundo con una pátina grasienta y fuliginosa. Sin embargo, no tenía nada que responder. Ni siquiera estaba seguro de que Blint le hablase a él.

—Estás cerca, chico. Pero nunca tomo aprendices, y no te aceptaré a ti. —Blint dejó de hablar e hizo girar la navaja de un dedo a otro sin prestar atención—. No a menos que hagas algo de lo que eres incapaz.

La esperanza prendió en el pecho de Azoth por primera vez en meses.

—Haré lo que sea —aseveró.

—Tendrías que hacerlo solo. Nadie más podría saberlo. Tendrías que pensar cómo, cuándo y dónde. Tú solo.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Azoth. Sentía a los Ángeles de la Noche enroscando los dedos en torno a su estómago. ¿Cómo era que sabía lo que Blint iba a decir a continuación?

Blint recogió la rata muerta y se la lanzó.

—Esto mismo. Mata a tu Rata y tráeme una prueba. Tienes una semana.

Capítulo 7

Solon Tofusin llevaba de las riendas a su caballo por el paseo de Sidlin, entre las mansiones chabacanas y apiñadas de las grandes familias de Cenaria. Muchas de las casas tenían menos de una década. Otras eran más antiguas, pero presentaban reformas recientes. Los edificios de esa calle en concreto eran cualitativamente distintos del resto de la arquitectura cenariana. Los habían erigido personas que esperaban que su dinero pudiera pagar cultura. Todos eran ostentosos y rivalizaban con sus vecinos en lo exótico de sus diseños: aquí fantasías de arquitecto con agujas ladeshianas o cúpulas del placer friakíes, allá mansiones alitaeranas erigidas con mayor rigor funcional, más lejos imitaciones a perfecta escala de los famosos palacios veraniegos ceuríes. Había incluso lo que Solon creyó reconocer gracias a un cuadro como un bulboso templo ymmurí, al que no faltaban ni sus banderolas de oración. Dinero esclavista, pensó.

No era la esclavitud lo que lo horrorizaba. En su isla, se trataba de algo habitual. Sin embargo, no en las mismas condiciones. Estas mansiones se habían construido con gladiadores y granjas de bebés. Aunque no le pillaban de camino, había atravesado antes las Madrigueras para ver cómo era la mitad silenciosa de su nueva ciudad de acogida. La sordidez de la zona hacía que la riqueza del otro lado pareciese obscena.

Estaba cansado. Aunque no era alto, era ancho. Ancho de barriga y, por suerte, más ancho todavía de pecho y de hombros. La yegua era un buen animal, pero no precisamente un corcel de guerra, y tenía que llevarla de la brida la mitad del tiempo.

Las grandes villas se alzaban más adelante, diferenciadas de las demás no tanto por el tamaño de los edificios como por la extensión de terreno tras sus muros. Si las mansiones estaban apiñadas unas junto a otras, las villas se extendían sin escatimar suelo. Los centinelas custodiaban portones de durísima madera en vez de elaborada rejería; eran puertas construidas hacía mucho para la defensa, y no con fines decorativos.

Las puertas de la primera villa lucían la trucha de los Jadwin laminadas con pan de oro. Por el portillo, Solon distinguió un exuberante jardín lleno de estatuas, algunas de mármol, otras cubiertas de oro batido. «No me extraña que tengan una docena de guardias.» Todos los centinelas eran profesionales y tirando a guapos, lo que daba crédito a los rumores sobre la duquesa e hizo que se alegrara de dejar atrás la villa de los Jadwin. Compartir casa con una duquesa voraz cuyo marido partía en frecuentes y prolongadas embajadas era lo último que necesitaba.

«No es que vaya a encontrarme nada mejor allá adónde voy. Dorian, amigo mío, espero que esto haya sido una genialidad.» No quería plantearse la otra posibilidad.

—Soy Solon Tofusin. Vengo a ver al señor de Gyre —dijo al llegar ante los

portones de la villa que era su destino.

—¿Al duque? —preguntó el centinela. Se retiró un poco el casco y se pasó la mano por la frente.

«Este hombre es bobo.»

—Sí, al duque de Gyre. —Habló despacio y con más énfasis del necesario, pero estaba cansado.

—Vaya, qué pena —replicó el guardia.

Solon esperó, pero el hombre no se explicó. «Bobo no, imbécil.»

—¿Ha salido el señor de Gyre?

—Pues no.

«Conque esas tenemos. El pelo rojo tendría que haberme puesto sobre aviso.»

—Sé que, tras siglos y siglos de incursiones —dijo Solon—, los ceuríes más listos se mudaron tierra adentro y dejaron a tus antepasados en la costa, y también me hago cargo de que, cuando los piratas sethíes asaltaban y saqueaban los pueblos costeros, raptaban a las mujeres más presentables y, una vez más, dejaron atrás a las que acabarían siendo tus antepasadas, por lo que, por causas ajenas a tu voluntad, eres poco agraciado y estúpido. Aun así, ¿podrías intentar explicarme cómo es que el señor de Gyre está y a la vez no está? Puedes usar palabras cortitas.

El hombre parecía perversamente satisfecho.

—No tienes marcas en la piel ni anillos por la cara, y ni siquiera hablas como un pez. Además estás gordo, para ser un pescado. A ver si lo adivino: te entregaron al mar como ofrenda pero los dioses marinos no te quisieron, y cuando apareciste en la playa te amamantó una troll que te tomó por uno de los suyos.

—Era ciega —replicó Solon, y cuando el centinela se rió, decidió que le caía bien.

—El duque de Gyre ha partido esta mañana. No volverá —explicó el guardia.

—¿No volverá? ¿Quieres decir que nunca?

—No me corresponde a mí hablar de eso. Pero no, nunca, a menos que me equivoque. Ha partido para ponerse al mando de la guarnición de Aullavientos.

—Pero me has dicho que el señor de Gyre no ha salido —objetó Solon.

—El duque ha nombrado a su hijo señor de Gyre hasta su regreso.

—O sea, para siempre.

—Eres rápido para ser un pez. Su hijo Logan es el señor de Gyre.

«Mal asunto.» Por mucho que se devanara los sesos, Solon no recordaba si Dorian había dicho «duque de Gyre» o «señor de Gyre». Ni siquiera se había planteado que la Casa de Gyre pudiese tener dos cabezas. Si la profecía hablaba del duque de Gyre, tenía que seguir su camino, sin dilación. Sin embargo, si concernía a su hijo, Solon estaría abandonando a quien debía cuidar en el momento en que más lo necesitaba.

—¿Puedo hablar con el señor de Gyre?

—¿Sabes usar ese acero? —preguntó el centinela—. Si no, te sugiero que lo escondas.

—¿Disculpa?

—No digas que no te avisé. Sígueme.

El guardia le dio una voz a otro, apostado sobre el muro, que bajó a vigilar la puerta mientras el ceurí conducía a Solon al interior de la villa. Un mozo de cuadra se llevó a la yegua y Solon conservó su espada.

No pudo evitar sentirse impresionado. De la villa de los Gyre emanaba permanencia, la solemnidad consciente de una familia antigua. Había plantas de acanto dentro y fuera de los muros, creciendo en una tierra roja que Solon sabía que debieron de traer con ese propósito concreto. La espinosa planta no solo se había escogido para apartar de las paredes a mendigos y ladrones; también se asociaba desde hacía tiempo a la nobleza alitaerana. La mansión en sí no resultaba menos imponente, con su piedra maciza, sus amplios arcos y sus gruesas puertas capaces de resistir los embates de una máquina de asedio. La única concesión que la firmeza había hecho a la decoración estaba en los rosales trepadores de color rojo sangre que enmarcaban todas las puertas y ventanas de la planta baja. Sobre el fondo de la piedra negra y las ventanas con barrotes de hierro, su perfecta tonalidad carmesí creaba un efecto llamativo.

Solon no prestó atención al repique del acero hasta que el centinela pasó de largo la entrada de la mansión y dobló la esquina del edificio para dirigirse a la parte de atrás. Allí, con vistas al Castillo de Cenaria que se elevaba en la otra orilla del Plith, varios guardias hacían de espectadores mientras dos hombres envueltos en armadura de prácticas se aporreaban con saña. El más menudo estaba a la defensiva, retrocediendo en círculos mientras los golpes del más grande se estrellaban en su escudo. Entonces el más bajo tropezó y su oponente aprovechó para embestir como un toro y tumbarlo usando el escudo de ariete. El caído levantó la espada, pero el golpe siguiente se la arrancó de las manos y el que vino después tañó su casco como una campana.

Logan de Gyre se quitó el yelmo y rió mientras ayudaba a su guardia a levantarse. A Solon se le cayó el alma a los pies. ¿Ese era el señor de Gyre? Un niño en el cuerpo de un gigante que no había perdido todavía las facciones infantiles. No podía tener más de catorce años, probablemente menos. Solon se imaginó a Dorian riéndose. Su amigo sabía que no le gustaban los niños.

El centinela ceurí dio un paso al frente y se dirigió en voz baja al señor de Gyre.

—Hola —dijo el jovencísimo noble, volviéndose hacia Solon—. Marcus me cuenta que te tienes por todo un espadachín. ¿Es cierto?

Solon miró al ceurí, quien le dedicó una sonrisa ufana. «¿Se llama Marcus?» En

aquel país hasta los nombres eran un galimatías. Sin ningún miramiento por los orígenes de cada persona, los nombres alitaeranos como Marcus o Lucienne convivían alegremente con los de raíz lodricaria como Rodo o Daydra, ceuríes como Hideo o Shizumi y con los nombres cenarianos corrientes como Aleine o Ferlene. Se diría que los únicos nombres que aquella gente no estaba dispuesta a poner a sus hijos eran los apodos de esclavo habituales en las Madrigueras, como Cicatriz o Leporino.

—Me defiendo, mi señor. Pero lo que deseo intercambiar con vos son palabras, y no golpes. —«Si parto ya, mi vieja yegua y yo podemos llegar a la guarnición en seis días, quizá siete.»

—Hablaremos, entonces... después de un poco de ejercicio. Marcus, tráele una armadura de entrenamiento.

Los hombres parecían complacidos, y Solon vio que adoraban al joven señor como si fuese su propio hijo. Le reían las gracias y lo mimaban demasiado. De repente había pasado a ser el señor de Gyre, y los hombres todavía estaban encantados con lo novedoso de la idea.

—No la necesito —dijo Solon.

Las risillas se interrumpieron y los hombres lo miraron.

—¿Quieres practicar sin armadura? —preguntó Logan.

—No quiero practicar en absoluto. Si esa es vuestra voluntad, accederé a ello... pero no lucharé con una espada de prácticas.

Los hombres lanzaron exclamaciones ante la perspectiva de ver luchar a aquel sethí bajito contra su gigante, y sin armadura. Solo Marcus y un par más parecían inquietos. Con la gruesa armadura que Logan llevaba, había poco peligro de que saliera malherido aun contra una hoja afilada. Pero el peligro existía. Solon vio en los ojos de Logan que él también lo sabía: de repente dudaba si debería haberse mostrado tan lanzado con alguien de quien no sabía nada, alguien que podría tener malas intenciones. Logan observó de nuevo las macizas hechuras de Solon.

—Mi señor —dijo Marcus—, quizá sería mejor que...

—De acuerdo —dijo Logan a Solon. Se puso el yelmo y cerró la visera. Desenvainó la espada—. Cuando quieras.

Antes de que Logan acertara a reaccionar, Solon coló sus dedos por la visera del chico y agarró la pieza que protegía la nariz. Tiró de Logan hacia delante y torció la muñeca. El chico cayó redondo al suelo con un gruñido. Solon desenvainó un cuchillo del cinto de Logan y lo llevó hasta el ojo del muchacho, con la rodilla apoyada en el costado de su yelmo para mantenerlo quieto.

—¿Os rendís? —preguntó Solon.

La respiración del chico era trabajosa.

—Me rindo.

Solon lo soltó y se puso en pie, sacudiéndose el polvo de las perneras de sus

pantalones de montar. No se ofreció a ayudar al señor de Gyre a levantarse.

Los hombres estaban callados. Varios habían desenvainado, pero ninguno dio un paso al frente. Era obvio que, si la intención de Solon hubiera sido matar a Logan, ya lo habría hecho. Sin duda pensaban en lo que les habría hecho a ellos el duque de Gyre de haber sucedido lo peor.

—Sois un mocoso insensato, señor de Gyre —dijo Solon—. Un bufón que actúa ante unos hombres a los que tal vez algún día deba pedir que mueran por él.

«Dijo "duque de Gyre", seguro que Dorian dijo "duque de Gyre". Pero me envió aquí. Si se hubiera referido al duque, sin duda me habría mandado directamente a la guarnición. La profecía no trataba de mí. No había forma de que Dorian supiera que me retrasaría y llegaría tan tarde a la ciudad. ¿O sí?»

Logan se quitó el yelmo y tenía la cara enrojecida, pero no dejó que su vergüenza estallara en ira.

—Yo... me lo merecía —dijo—. Y también el repaso que me acabáis de dar. O algo peor. Lo siento. Mal anfitrión el que agrede a sus invitados.

—Sabéis que los guardias se han estado dejando ganar, ¿verdad?

Logan pareció afligirse. Lanzó un vistazo al hombre con quien peleaba cuando Solon llegó y luego bajó la vista a sus pies. Después, como si le costara un esfuerzo de voluntad, alzó los ojos hasta los de Solon.

—Veo que decís la verdad. Aunque me avergüence enterarme, os lo agradezco.

Y entonces fueron sus hombres quienes parecieron avergonzarse. Le habían dejado ganar porque lo amaban, y resultaba que habían puesto en evidencia a su señor. Más que arrepentidos, estaban desconsolados.

«¿Cómo despierta este chico semejante lealtad? ¿Es solo por fidelidad a su padre?» Mientras observaba a Logan mirando a sus hombres uno por uno, fijamente hasta que cada soldado cruzaba la mirada con él y la rehuía enseguida, Solon dudó que fuese lo segundo. Logan dejó que el penoso silencio se prolongara e intensificara.

—Dentro de seis meses —dijo al fin, dirigiéndose a sus hombres—, serviré en la guarnición de mi padre. No me quedaré a buen recaudo en el castillo. Combatiré, como haréis muchos de vosotros. Sin embargo, como al parecer creéis que la práctica es una diversión, así sea. Os divertiréis practicando hasta medianoche. Todos. Y mañana, empezaremos a entrenar. Espero que estéis todos aquí una hora antes del alba. ¿Entendido?

—¡Sí, señor!

Logan se volvió hacia Solon.

—Mis disculpas, maese Tofusin. Por todo. Os ruego que me llaméis Logan. Os quedaréis a cenar, por supuesto, pero ¿puedo disponer también que los criados os preparen una habitación?

—Sí —contestó Solon—. Creo que me gustaría.

Capítulo 8

Siempre que el vürdmeister Neph Dada se encontraba con Rata, lo hacía en un lugar diferente. Habitaciones de posada, bodegas de tiendas de aparejos para barcos, panaderías, parques del lado este y callejones sin salida en las Madrigueras. Desde que Neph se había barruntado que a Rata le daba miedo la oscuridad, siempre se aseguraba de citarlo por la noche.

Neph vio entrar a Rata y sus guardaespaldas en el diminuto, antiguo y hacinado cementerio. No estaba tan oscuro como Neph se esperaba, ya que había tabernas, garitos de juego y casas de putas apiñados a menos de treinta pasos de distancia. Rata no despidió de inmediato a sus guardaespaldas. Como la mayor parte de las Madrigueras, el cementerio estaba menos de medio metro por encima del nivel del mar. Los conejos, como se conocía a los nativos de las Madrigueras, enterraban a sus muertos directamente en el barro. Si tenían dinero suficiente, erigían sarcófagos por encima del suelo. Sin embargo, algunos recién llegados ignorantes habían sepultado a sus difuntos en ataúdes después de un disturbio sucedido años atrás, y el terreno se había hinchado en montículos a medida que los ataúdes de debajo intentaban flotar hasta la superficie. Algunos se habían roto y su contenido había sido pasto de los perros salvajes.

Rata y sus guardaespaldas parecían enfermos de terror.

—Idos —dijo por fin el puño a sus mayores, mientras recogía una calavera con indiferencia y se la arrojaba a uno. El chico se apartó con celeridad y el cráneo, frágil por la edad o la enfermedad, se hizo añicos contra una lápida.

—Hola, niño —dijo Neph con voz rasposa al oído de Rata. Este dio un respingo y el vürdmeister esbozó su sonrisa mellada, enmarcada por el largo y ralo pelo blanco que le caía en cortinilla hasta los hombros. Estaba tan cerca que el chico dio un paso atrás.

—¿Qué quieres? ¿Qué hago aquí? —preguntó Rata.

—Caramba, insolencia y filosofía, todo en uno.

Neph se acercó más. Se había criado en Lodricar, al este de Khalidor. Los lodricarios enseñaban que si un hombre se ponía tan lejos que ni se le podía oler el aliento, era porque ocultaba algo. Los mercaderes cenarianos que trataban con los de Lodricar se quejaban de ello con amargura, pero se arrimaban sin protestar cuando había monedas en juego. Sin embargo, Neph no se colocaba cerca por motivos culturales. Hacía medio siglo que no vivía en Lodricar. Se aproximaba a su interlocutor porque disfrutaba poniendo incómodo a Rata.

—¡Ja! —dijo, exhalando una vaharada putrefacta a la cara del muchacho.

—¿Qué? —preguntó Rata, que intentaba no echarse atrás.

—Todavía no he desesperado contigo, estúpido grandullón. A veces te las apañas

para aprender algo a pesar de tu estupidez. Pero no estoy aquí por eso, y tú tampoco. Ha llegado el momento de actuar. Tus enemigos se han posicionado contra ti, pero todavía no están organizados.

—¿Cómo lo sabes?

—Sé más de lo que te crees, Rataburra. —Neph volvió a reírse y roció de saliva la cara de Rata.

El chico estuvo en un tris de pegarle en ese momento, y Neph lo notó. Rata había llegado a puño de una hermandad por algo. Sin embargo, se cuidaría mucho de golpear a Neph. El anciano sabía que parecía frágil, pero un vürdmeister tenía otras defensas.

—¿Sabes cuántos niños ha engendrado tu padre? —preguntó Neph.

Rata escrutó las sombras del cementerio, como si Neph no hubiese comprobado ya que no había nadie escuchándolos. El chico era tonto de remate. Tonto, pero capaz de mostrarse astuto, y sin el menor escrúpulo. Además, Neph no tenía mucho donde elegir.

Al llegar a Cenaria lo habían puesto a cargo de cuatro chicos. El más prometedor había comido carne en mal estado el primer año y había muerto antes de que Neph se enterase siquiera de que estaba enfermo. El segundo había muerto esa misma semana en una pelea por territorio entre hermandades. Eso le dejaba solo dos.

—Su santidad había procreado ciento treinta y dos hijos varones la última vez que los conté. La mayoría carecían de Talento y fueron sacrificados. Tú eres uno de entre los cuarenta y tres que son su simiente. Eso ya te lo había explicado. Lo que no te conté es que cada uno de vosotros recibís una misión, una prueba con la que demostrar vuestra utilidad para vuestro padre. Si la superas, es posible que algún día te conviertas tú mismo en rey dios. ¿Adivinas cuál es tu tarea?

A Rata le centellearon los ojos con visiones de opulento esplendor. Neph le dio una bofetada.

—Tu tarea, crío.

Rata se frotó la mejilla, temblando de rabia.

—Convertirme en shinga —respondió en voz baja.

Bueno, el chico apuntaba más alto de lo que Neph había supuesto. Bien.

—Su santidad ha declarado que Cenaria caerá, como sucederá con todas las tierras del sur. El Sa'kagé es el único poder real de Cenaria, de modo que, en efecto, te convertirás en shinga. Entonces entregarás a tu padre Cenaria y todo lo que contiene... o, lo que es más probable, fracasarás, morirás y uno de tus hermanos lo hará por ti.

—¿Hay otros en la ciudad? —preguntó Rata.

—Tu padre es un dios, pero sus herramientas son hombres y, por tanto, falibles. Su santidad traza sus planes en consecuencia. Y ahora, mi pequeño fracaso en

ciernes, ¿cuál es tu brillante plan para ajustar cuentas con Azoth?

La rabia volvió a asomar con ímpetu a los ojos de Rata, pero la controló. A una palabra de Neph, Rata sería un cadáver más flotando en el Plith a la mañana siguiente, y los dos lo sabían. A decir verdad, Neph lo estaba poniendo a prueba. La crueldad era la mejor baza de Rata —Neph lo había visto amedrentar con su saña a chicos más mayores que podrían haberlo matado—, pero no valía de nada si no sabía controlarla.

—Mataré a Azoth —respondió el muchacho—. Lo haré sangrar como un...

—Lo que no puedes hacer es precisamente matarlo. Si lo matas, lo olvidarán y otro ocupará su lugar. Debe vivir quebrantado, a la vista de todo el mundo.

—Le pegaré una paliza delante de todos. Le romperé los huesos de las manos y...

—¿Qué pasa si sus «lagartos» saltan para defenderlo?

—Son... bueno... no lo harán. Tienen demasiado miedo.

—A diferencia de otros chicos que conozco —dijo Neph—, Azoth no es estúpido. Entendió las consecuencias de que esos mayores acudieran a él. Quizá hasta lo haya planeado todo así desde el principio. Lo primero que se esperará es que te asustes e intentes pegarle. De modo que tendrá un plan para ello.

Neph vio cómo calaba en Rata la idea de que en verdad podría perder el control de la hermandad. Si perdía la hermandad, perdía la vida.

—Pero tú tienes un plan —dijo Rata—. Un modo con el que pueda destruirlo, ¿verdad?

—Y hasta podría compartirlo contigo —replicó Neph.

Faltaba poco. Azoth lo notaba, tendido en el suelo y rodeado de sus lagartos, su hermandad. Suya. Quince pequeños y cinco mayores. La mitad de los pequeños del Dragón Negro y un cuarto de los mayores eran ya suyos. Dormían todos apaciblemente a su alrededor, incluso también Tejón, quien se suponía que solo debía hacerse el dormido.

Azoth llevaba cuatro días sin pegar ojo. Desde su último encuentro con Blint, Azoth había yacido despierto noche tras noche, planeando, dudando, enfebrecido de emoción ante la perspectiva de una vida sin Rata. Y con cada amanecer, la luz naciente del día evaporaba sus planes al mismo tiempo que la niebla. Había bautizado a modo de broma como "lagartos» a quienes se ponían de su lado (desde luego, no eran dragones), pero los niños habían adoptado el nombre con orgullo, sordos a la desesperación que contenía el apelativo.

De día Azoth actuaba, daba órdenes, intentaba hacer de sus patéticos lagartos una fuerza útil, cualquier cosa con tal de quitarse de la cabeza el asesinato de Rata. ¿Cuánto tiempo esperaría su enemigo antes de actuar? El momento propicio para la purga había llegado. Todo el mundo esperaba a ver qué decisión tomaría Rata. Todos

seguían convencidos de que haría algo porque si no lo hacía, y pronto, sus fieles empezarían a dudar de él y perdería la hermandad en un instante.

Azoth incluso había ordenado a tres de los pequeños en los que más confiaba que vigilasen a Muñeca a todas horas. Después había dudado. No era un buen uso de las fuerzas con que contaba. Necesitaba que esos pequeños le llevasen información, que escuchasen a los demás miembros de la hermandad y que hiciesen indagaciones para ver si alguna otra hermandad vería con buenos ojos que los lagartos se les unieran. Además, ¿qué podrían hacer tres pequeños contra todos los mayores de Rata? Unos niños de ocho, nueve y once años no iban a detener a los quinceañeros del puño. Había acabado por encomendar a dos de los primeros mayores que se le habían unido que cuidasen de su amiga, a la que además mantenía cerca de él a todas horas del día.

Aun así, estaba empezando a perder el norte. Las noches en vela le estaban pasando factura. Tenía la cabeza hecha un lío. Era solo cuestión de tiempo que cometiera algún error tonto. Y todo porque no tenía agallas para matar a Rata.

Podía hacerlo esa misma noche. Sería fácil, a decir verdad. Rata había salido antes de medianoche con dos mayores pero, al volver, se dormiría al instante. El muy desgraciado nunca tenía problemas para conciliar el sueño. Azoth conservaba la navaja. Tenía incluso un puñal de verdad, que uno de sus mayores había robado. Lo único que debía hacer era acercarse a Rata y clavárselo. Cualquier punto del estómago serviría. Aunque los dragones de Rata fueran lo bastante leales para llevarlo a un sanador, sin duda le robarían todo el dinero. ¿Qué sanador iba a trabajar gratis para un rata de hermandad? Lo único que Azoth tenía que hacer era esperar cinco minutos tras la llegada de Rata y entonces levantarse a hacer pis. Al volver, lo mataría.

Era la única manera de que Muñeca estuviese a salvo.

Sabía lo que significaría para él convertirse en ejecutor. Todo cambiaría. Los ejecutores eran cuchillos en la oscuridad. Azoth aprendería a luchar, a matar. No solo aprendería, sino que lo haría. Blint esperaría de él que matase. Eso le remordía la conciencia, igual que una de aquellas miradas de Muñeca que solo podía apartar de su mente si no la miraba a los ojos. Sin embargo, no dedicaba mucho tiempo a pensar en los detalles del oficio de asesinar. Se aferraba a aquella imagen de Durzo Blint riéndose de la hermandad entera. Durzo Blint, riéndose de Rata y su pequeño ejército. Durzo Blint, que no conocía el miedo. Durzo Blint, en quien Azoth podía convertirse.

Blint se lo llevaría. Azoth nunca dirigiría Dragón Negro. Ni siquiera dirigiría a sus lagartos. De todas formas, tampoco quería ser su líder. No quería que los pequeños lo mirasen como si fuera su padre, ni que unos mayores que le sacaban una cabeza se llevaran la falsa impresión de que sabía lo que hacía, de que iba a protegerlos a todos. Ni siquiera podía protegerse a sí mismo. Todo era un fraude. El era un fraude. Le habían tendido una trampa y los demás ni siquiera se lo imaginaban.

El inconfundible sonido de la puerta de entrada anunció el regreso de Rata. Azoth estaba tan asustado que habría llorado si no le hubiese dicho a Tejón que aguantase despierto; no podía llorar delante de sus mayores. Estaba seguro de que Rata llegaría hasta él, haría que sus mayores lo alzasen en vilo y se lo llevaría para administrarle algún castigo horrendo que dejaría el de Jarl a la altura del betún. Pero Rata, animal de costumbres, se dirigió a su harén, se tumbó y cayó dormido en cuestión de segundos.

Un ejecutor no lloraría. Azoth intentó calmar su respiración y trató de ver si los guardaespaldas de Rata también dormían.

Los ejecutores no tenían miedo. Eran asesinos. Los demás eran quienes les tenían miedo a ellos. Todos los integrantes del Sa'kagé los temían.

«Si me quedo tumbado y procuro quedarme dormido, podría continuar sin que pasara nada durante otra noche o quizá otra semana, pero al final Rata acabará conmigo. Lo destruirá todo.» Azoth había visto la expresión de sus ojos. Estaba seguro de que Rata lo aniquilaría, y no pensaba que fuese a tardar una semana. «O eso o lo mato yo primero.» En su cabeza, Azoth se vio como un héroe, un personaje salido de la balada de un bardo: devolvía a Jarl su dinero, entregaba a Ja'laliel la cantidad suficiente para pagar su reválida, todos los miembros de la hermandad lo adoraban por haber matado a Rata y Muñeca hablaba por primera vez, con los ojos resplandecientes de aprobación, para decirle lo valiente que era.

Era una tontería, y Azoth no podía permitirse tonterías.

Tenía que mear. Se puso en pie enfurecido y salió por la puerta de atrás. Los guardaespaldas de Rata ni siquiera se agitaron en sueños cuando les pasó por delante.

El aire nocturno era frío y hediondo. Azoth se había gastado la mayor parte del dinero de las cuotas en alimentar a sus lagartos. Ese mismo día había comprado pescado. Los voraces pequeños se habían comido hasta las vísceras y se habían puesto malos. Mientras su orina caía trazando un arco en el callejón, pensó que debería haber encargado a alguien que los vigilara para evitarlo. Otro detalle más que se le había escapado.

Oyó un ruido sordo en el interior y se volvió mientras se ataba las calzas. Al escudriñar la oscuridad, sin embargo, no vio nada. Estaba perdiendo los nervios, saltando ante cualquier sonido cuando había tres veintenas de ratas de hermandad apiñados en la casa, durmiendo, gimiendo con la panza vacía y topando con sus vecinos al moverse.

De repente, sonrió y tocó la navaja. Quizá hubiese cien cosas que no sabía y otras mil que no podía controlar, pero sí sabía lo que debía hacer en ese momento.

Rata tenía que morir, así de sencillo. A Azoth no le importaba lo que fuese de él después. Tanto si le daban las gracias como si lo liquidaban, tenía que matar a Rata. Tenía que matarlo antes de que actuase contra Muñeca. Tenía que matarlo ya.

Y así quedó tomada la decisión. Agarró la navaja ocultando el filo con su antebrazo y entró. Rata estaría durmiendo apretujado entre su harén. Solo tendría que desviarse dos pasos de su camino. Podía fingir que tropezaba por si los mayores estaban vigilándolo y a continuación hundirle a Rata la navaja en el vientre. Lo acuchillaría una y otra vez hasta que uno de los dos estuviese muerto.

Se hallaba a cuatro pasos de su destino cuando alcanzó a ver el lugar donde solía dormir él mismo.

Tejón estaba tumbado boca arriba en la oscuridad, con una fina línea cruzándole el cuello, negra sobre la piel blanca. Tenía los ojos abiertos, pero no se movía.

El hueco de Muñeca estaba vacío. La chica había desaparecido, y también Rata.

Capítulo 9

Estaba tumbado en la oscuridad, demasiado atónito para llorar. Aun siendo presa de una repentina ofuscación, Azoth comprendió que los mayores de Rata no podían haber estado dormidos. Aquello era lo que habían estado esperando. Azoth había salido un momentito y ellos se habían llevado a Muñeca. Ni siquiera le serviría de nada despertar a toda la hermandad. Con la oscuridad y la confusión, sería imposible enterarse de cuáles de los mayores de Rata habían desaparecido. Además, ¿qué iba a hacer, aunque lo supiese? Aunque descubriese quién faltaba, no sabría adonde había ido. E incluso si se enterase de su paradero, ¿qué iba a hacer?

Estaba tumbado en la oscuridad con la mirada clavada en el techo abombado, saltando de un pensamiento a otro. Los había oído. Maldito fuera para siempre. Había oído el ruido y ni siquiera había entrado a mirar.

Estaba tumbado en la oscuridad, acabado. Se produjo el cambio de guardia. Salió el sol. Los ratas de la hermandad se despertaron, y él seguía contemplando el techo abombado, deseando que se le viniera encima como todo lo demás. No podría haberse movido ni aunque hubiese querido.

Estaba tumbado a plena luz del día. Había niños chillando, pequeños que le tiraban de la ropa y le gritaban algo. Algo sobre Tejón. Preguntas. No eran más que palabras. Las palabras eran viento. Alguien lo sacudió, pero Azoth estaba muy lejos.

No despertó hasta mucho después de eso. Solo existía un sonido capaz de arrancarlo de su trance: la risa de Rata.

Sintió un cosquilleo en la piel y se incorporó. Todavía tenía la navaja. Había sangre seca en el suelo, pero Azoth apenas reparó en ella. Se puso en pie y caminó hacia la puerta.

Aquella risa terrible sonó de nuevo, y Azoth arrancó a correr.

Nada más atravesar la puerta, vio con el rabillo del ojo que la sombra del marco se alargaba y saltaba hacia delante para cerrarle el camino. Fue tan rápido como una araña trampera que había visto una vez, e igual de eficaz. Se estrelló contra la sombra como si hubiera topado con una pared. Sintió que le daba vueltas la cabeza y que lo apartaban de un tirón a las profundas sombras que separaban el edificio de la hermandad de las ruinas contiguas.

—¿Tantas ganas tienes de morir, canijo?

Azoth no podía sacudir la cabeza, no podía zafarse. La sombra le tapaba la cara con mano de hierro. Poco a poco, cayó en la cuenta de que era maese Blint.

—Cinco días, chico. Cinco días has tenido para matarlo. —Susurraba al oído de Azoth, con un aliento que insinuaba un leve matiz de cebollas y ajo. Cerca de ellos, Rata hablaba con la hermandad, riendo y haciendo que los demás se riesen con él. Varios de los lagartos de Azoth estaban presentes, también risueños, esperando rehuir

la atención de Rata.

«Así que ya ha empezado.»

Cualquier cosa que Azoth hubiese logrado comenzaba a desmoronarse. El resto de los lagartos había desaparecido. Sin duda regresarían arrastrándose más tarde para ver qué había pasado. Azoth ni siquiera podía enfadarse con ellos. En las Madrigueras, se hacía lo que fuera para sobrevivir. No habían fallado sus lagartos, sino él. Blint tenía razón: los mayores que rodeaban a Rata estaban preparados para actuar. El propio Rata lo estaba. Si Azoth hubiese salido a la carga, habría muerto. O algo peor. Con todo el tiempo que había tenido para planear, no había hecho nada. Esa muerte estaría bien merecida.

—¿Ya estás tranquilo, chaval? —preguntó Blint—. Bien. Porque voy a enseñarte lo que han costado tus dudas.

Solon acudió a la cena conducido por un anciano de espalda encorvada, que llevaba un uniforme planchado de forma impecable y adornado con galones dorados y un blasón en campo de sable con el halcón blanco de los Gyre, que con el paso de los siglos apenas se reconocía como el gerifalte que era. Un halcón de las tierras del norte. Y no de Khalidor ni de Lodricar siquiera: los gerifaltes solo se encontraban en los Hielos. «De modo que los Gyre son tan oriundos de Cenaria como yo.»

La cena se sirvió en el gran salón, una elección extraña en opinión de Solon. No era que no fuese impresionante, sino que lo era demasiado. Debía de ser casi tan grande como el mismísimo gran salón del Castillo de Cenaria, y estaba decorado con tapices, estandartes, escudos de enemigos muertos tiempo atrás, lienzos enormes, estatuas de mármol o bañadas en oro, y un mural en el techo que representaba una escena de la Alkestia. En medio de tanto esplendor, la mesa quedaba reducida a la insignificancia, aunque midiese quince pasos de longitud.

—Señor Solon Tofusin, de la Casa de Tofusin, buscavientos de la casa real de Bra'aden del Imperio Isleño de Seth —anunció el anciano.

A Solon le complació que el hombre conociera o hubiese desenterrado los títulos de rigor, aunque Seth tuviera poco de imperio en aquellos días. Avanzó para saludar a la señora de Gyre.

Era una mujer atractiva, de buen porte, con los ojos de color verde oscuro, la tez morena y los huesos delicados de la Casa de Graesin. Aunque tenía una figura admirable, vestía con mayor recato que el acostumbrado en Cenaria: llevaba el escote alto, una falda larga que caía casi hasta sus esbeltos tobillos y un vestido gris entallado pero no ceñido.

—Bendiciones, mi señora —dijo Solon, dedicándole la tradicional reverencia sethí de palmas abiertas—. Que el sol os sonría y todas las tormentas os hallen en puerto. —Era un poco excesivo, pero también lo era disponer que tres personas cenaran en una sala lo bastante grande para tener clima propio.

La duquesa emitió un gruñido, sin molestarse siquiera en contestarle. Se sentaron y los criados sacaron el primer plato, una sopa de pato con hinojo.

—Mi hijo me ha advertido de lo que erais, pero habláis muy bien y no habéis creído conveniente ensartaros la cara con abalorios de metal. Y lleváis ropa, lo cual me complace no poco.

Era evidente que la buena duquesa se había enterado de la suerte que había corrido Logan al practicar contra Solon y no veía con buenos ojos que nadie humillase a su hijo.

—¿Es cierto, entonces? —preguntó Logan. Estaba sentado a una cabecera de la mesa, con su madre a la otra y Solon, por desgracia, en el centro—. ¿De verdad van desnudos los sethíes en sus barcos?

—Logan —atajó Catrinna de Gyre con tono cortante.

—No pasa nada. Si me permitís, mi señora, se trata de un lugar común erróneo. Nuestra isla divide en dos la corriente más cálida del Gran Mar, de modo que allí hace bastante calor hasta en invierno. En verano, resulta casi intolerable. Aun así, aunque no llevamos tanta ropa ni tan gruesa como la gente de aquí, no carecemos de nuestros propios criterios de pudor.

—¿Pudor? ¿Llamáis pudorosas a unas mujeres que se pasean medio desnudas por los barcos? —preguntó la señora de Gyre. Logan parecía embelesado por la idea.

—No todas son pudorosas, claro está. Sin embargo, para nosotros los pechos vienen a ser tan eróticos como los cuellos. Quizá resulte placentero besarlos, pero no hay motivo para...

—¡Vais demasiado lejos! —protestó la duquesa.

—Por otro lado, una mujer que enseñe los tobillos es una señal clara de que no espera bajar sola de la cubierta. En realidad, señora de Gyre —añadió alzando una ceja y fingiendo que le miraba los tobillos, aunque estuvieran demasiado lejos y al otro lado de las patas de la mesa—, las sethíes os considerarían de lo más descocada.

Catrinna de Gyre se puso lívida.

Antes de que acertara a decir nada, sin embargo, Logan rompió a reír.

—¿Tobillos? ¿Tobillos? ¡Menuda... bobada! —Silbó—. Bonitos tobillos, madre. —Volvió a reír.

Llegó un criado con el segundo plato, pero Solon ni siquiera vio cómo lo servía. «¿Por qué hago siempre estas cosas?» No sería la primera vez que se buscaba la ruina con su lengua viperina.

—Veo que vuestra falta de respeto no se limita a golpear al señor de Gyre —dijo la duquesa.

«Conque ahora es el señor de Gyre.» Así pues, los hombres no eran estúpidos y no malcriaban a Logan; la duquesa probablemente les había ordenado que no lo golpearan al practicar.

—Madre, no me ha faltado al respeto en ningún momento. Y tampoco pretendía faltarte al respeto a ti. —Logan miró a su madre y luego a Solon y topó con expresiones glaciales en ambos casos—. ¿No es cierto, señor de Tofusin?

—Mi señora —dijo Solon—, mi padre me dijo una vez que no hay señores en los terrenos de entrenamiento porque no hay señores en el campo de batalla.

—Sandeces —replicó la duquesa—. Un verdadero señor lo es siempre, esté donde esté. Eso en Cenaria lo tenemos claro.

—Madre, lo que quiere decir es que las espadas enemigas cortan a los nobles tan limpiamente como a los campesinos.

La señora de Gyre hizo caso omiso de su hijo y preguntó:

—¿Qué es lo que queréis de nosotros, maese Tofusin?

Era una grosería hacer esa pregunta a un invitado, y no solo por dirigirse a él como a un plebeyo. Solon había contado con que la cortesía de los Gyre le concediese tiempo suficiente para dilucidar esa precisa cuestión. Había pensado que podría observar y esperar, comer con los Gyre en cada ocasión que surgiera y disfrutar de quince días o un mes antes de anunciar sus planes. Creía que el chico podía llegar a caerle bien, pero aquella mujer... ¡dioses! Quizá le habría ido mejor con la duquesa casquivana de los Jadwin.

—Madre, ¿no te parece que estás siendo un poco...?

La duquesa ni siquiera miró a su hijo; se limitó a levantar la palma hacia él con la vista clavada en Solon, sin parpadear.

«Conque esas tenemos.»

Logan no solo era su hijo. Aunque no fuera más que un crío, también era el señor de Catrinna de Gyre. En ese gesto desdeñoso, Solon leyó la historia de la familia. Ella alzaba la mano, y su hijo era aún lo bastante joven, lo bastante inexperto, para callar como un buen hijo en vez de castigarla como un buen señor. En ese desprecio y en el desdén con que la mujer lo había recibido a él, Solon vio por qué el duque había nombrado a su hijo señor de Gyre en su ausencia. El duque no podía confiar en cederle el mando a su esposa.

—Estoy esperando —dijo la señora de Gyre.

Su tono glacial acabó de convencer a Solon. No le gustaban los niños, pero aborrecía a los tiranos. «Maldito seas, Dorian.»

—He venido a ser el consejero del señor de Gyre —dijo, con una sonrisa amistosa.

—¡Ja! Ni hablar.

—Madre —terció Logan, a cuya voz asomó un deje acerado.

—No. Jamás —insistió ella—. A decir verdad, maese Tofusin, me gustaría que os fuerais.

—Madre.

—De inmediato —remachó la duquesa.

Solon no se movió. Sostuvo su cuchillo y su tenedor de dos puntas (se alegraba de recordar cómo usaban los cenarianos aquellos trastos) sobre su plato, obligándose a quedarse quieto.

—¿Cuándo pensáis permitir que el señor de Gyre actúe como tal? —preguntó a la duquesa.

—Cuando esté listo. Cuando sea mayor. Y no pienso consentir que me enmiende la plana un salvaje sethí que...

—¿Es eso lo que os ordenó el duque cuando nombró señor a su hijo en su ausencia? ¿Que Logan fuese el señor de Gyre cuando estuviese listo? Mi padre me dijo una vez que la obediencia tardía en realidad es desobediencia.

—¡Guardias! —gritó ella.

—¡Maldita sea, madre! ¡Para! —Logan se puso en pie tan de golpe que su silla cayó al suelo con estrépito.

Los guardias se hallaban a medio camino hacia la silla de Solon. De repente parecieron sorprendidos, violentos. Se miraron entre sí y aminoraron la marcha, en un vano intento de acercarse con discreción que echaron a perder sus cotas de malla, que tintineaban a cada paso.

—Logan, ya hablaremos después de esto —dijo Catrinna de Gyre—. Tallan, Bran, acompañad a este hombre a la salida. Ahora mismo.

—¡Yo soy el señor de Gyre! No lo toquéis —gritó Logan.

Los guardias se detuvieron. A Catrinna se le encendieron los ojos de furia.

—¿Cómo te atreves a poner en entredicho mi autoridad? ¿Corriges a tu madre delante de un desconocido? Eres una vergüenza, Logan de Gyre. Deshonras a tu familia. Tu padre cometió un terrible error al confiar en ti.

Solon se sentía enfermo, y Logan tenía peor aspecto todavía. Temblaba, presa de una repentina vacilación, a punto de echarse atrás. «Menuda víbora. Destruye lo que debería proteger. Mina la confianza de su propio hijo.»

Logan miró a Tallan y Bran. Los hombres parecían acongojados al presenciar la evidente humillación de su joven señor. Logan se encogió, pareció desinflarse.

«Tengo que hacer algo.»

—Mi señor de Gyre —dijo Solon, mientras se ponía en pie y atraía todas las miradas—. Lo lamento muchísimo. No deseo abusar de vuestra hospitalidad. Lo último que querría es ser motivo de desacuerdo en vuestra familia y, en verdad, me he dejado llevar y he hablado con excesiva franqueza a vuestra madre. No siempre acierto a... templar la verdad para las sensibilidades cenarianas. Señora de Gyre, os pido disculpas por cualquier ofensa que haya podido causaros a vos o a vuestro señor. Señor de Gyre, pido disculpas si sentís que os he tratado con ligereza y por supuesto me marcharé, si me concedéis vuestra venia. —Con un ligero énfasis en el «si me

concedéis vuestra venia».

Logan se enderezó.

—No os la concedo.

—¿Mi señor? —Solon se hizo el perplejo.

—He encontrado demasiada templanza y no la suficiente verdad en esta casa, señor de Tofusin —continuó Logan—. No habéis hecho nada para ofenderme. Me gustaría que os quedaseis. Y estoy seguro de que mi madre hará todo lo que pueda para que os sintáis bienvenido.

—Logan de Gyre, no te atrevas a... —dijo la duquesa.

—¡Hombres! —gritó Logan a los guardias para interrumpirla—. La señora de Gyre está cansada y alterada. Acompañadla a sus aposentos. Agradecería que uno de vosotros montara guardia a su puerta esta noche por si requiere algo. Por la mañana desayunaremos todos en la sala de costumbre.

A Solon le encantó. Logan acababa de confinar a su madre a sus aposentos y había puesto bajo guardia su puerta para mantenerla allí hasta la mañana siguiente, todo sin proporcionarle un solo cauce para la queja. «Este chico será un hombre grandioso.»

«¿Será? Ya lo es. Y yo acabo de encadenarme a él.» No era una idea reconfortante. Ni siquiera había decidido quedarse. En realidad, media hora antes había decidido no decidirse durante unas semanas. Ahora pertenecía a Logan.

«¿Sabías que pasaría esto, Dorian?» Dorian no creía en las coincidencias, pero Solon nunca había tenido la fe de su amigo. En ese momento, con fe o sin ella, estaba comprometido. La sensación le oprimía el cuello, como si llevara un collar de esclavo dos tallas menor que la suya.

El resto de una cena excelente transcurrió en silencio. Solon rogó la venia de su señor y salió a buscar la taberna más cercana que sirviera vino sethí.

Capítulo 10

Tenía el rostro destrozado. Azoth había visto una vez a un hombre al que un caballo había coceado de lleno en la cara. El pobre había muerto ahogándose en dientes rotos y sangre. La cara de Muñeca estaba peor.

Apartó la vista, pero Durzo lo agarró por el pelo y le volvió la cabeza.

—Mira, maldito seas, mira. Esto es lo que has hecho, chaval. Este es el precio de la vacilación. Cuando te digo que mates, matas. No mañana, no cinco días más tarde. Matas en ese instante. Sin vacilar. Sin dudas. Sin pararte a pensártelo. Obediencia. ¿Entiendes la palabra? Sé más que tú. Tú no sabes nada. No eres nada. Esto es lo que eres. Eres debilidad. Eres suciedad. Eres la sangre que borbotea de la nariz de esa niñita.

A Azoth se le escapaban los sollozos de la garganta. Se debatió y trató de apartarse, pero Durzo lo agarraba con mano de acero.

—¡No! ¡Mira! ¡Esto es lo que has hecho! ¡Esto es culpa tuya! ¡Es tu fracaso! Tu muriente hizo esto. Un muriente no debería hacer nada. Un muriente está muerto. Y no al cabo de cinco días; lo está en el preciso instante en que aceptas el encargo. ¿Lo entiendes?

Azoth vomitó, y aun así Durzo lo agarró por el pelo, volviéndolo para que no salpicase a Muñeca. Cuando hubo acabado, Durzo le dio media vuelta y lo soltó. Pero en esta ocasión, Azoth giró la cabeza, sin siquiera limpiarse el vómito de los labios. Miró a Muñeca. No podía quedarle mucho tiempo: cada aliento era trabajoso; la sangre se acumulaba, fluía, goteaba, caía a las sábanas y luego al suelo.

Se quedó mirándola hasta que desapareció su cara, hasta que solo pudo ver ángulos y curvas rojos allá donde antes estuviera aquel rostro angelical. Los ángulos rojos se volvieron incandescentes y se le grabaron a fuego en la memoria. Se mantuvo totalmente quieto para que las cicatrices de su recuerdo ofrecieran una imagen perfecta de lo que había hecho, para que cuadrasen a la perfección con las heridas de la cara de su amiga.

Durzo no pronunció ni una palabra. No importaba. Él no importaba. Azoth no importaba. Lo único que importaba era la niña ensangrentada, tendida sobre las sábanas ensangrentadas. Sintió que algo en su interior se venía abajo, algo que le atenazó el cuerpo hasta dejarlo sin aliento. Una parte de él se alegraba; una parte de él vitoreaba mientras se sentía aplastado, comprimido hasta la insignificancia, hasta el olvido. Era lo que se merecía.

Entonces la sensación cesó. Azoth parpadeó y reparó en que no tenía lágrimas en los ojos. No se dejaría aplastar. Algo en él se negaba a que lo aplastaran. Se volvió hacia Durzo.

—Si la salváis, soy vuestro. Para siempre.

—No lo entiendes, chaval. Ya has fallado. Además, se muere. No puedes evitarlo. Ahora ella no vale nada. Una chica de la calle vale exactamente lo que pueda sacarse como puta. Salvarle la vida no es hacerle ningún favor. No te lo agradecerá.

—Os encontraré cuando Rata esté muerto —dijo Azoth.

—Ya has fallado.

—Me disteis una semana. Solo han pasado cinco días.

Durzo meneó la cabeza.

—Por los Ángeles de la Noche. Así sea. Pero si no me traes pruebas, acabaré contigo.

Azoth no respondió. Ya se estaba alejando.

La chica no se moría deprisa, pero sin duda se moría. Durzo no pudo evitar una sensación de rabia fría y profesional. Había sido un trabajo chapucero y cruel. Aquellas heridas horribles de su cara tenían la clara intención de que la chica sobreviviera y que lo hiciera con unas cicatrices espantosas que la avergonzasen de por vida. Sin embargo, en lugar de eso se moría, exhalando su vida entre estertores por una nariz rota y ensangrentada.

El tampoco podía hacer nada por ella. Eso quedó de manifiesto enseguida. Había matado al par de mayores que la vigilaban después de la carnicería, pero sospechaba que ninguno de los dos había sido el responsable de los cortes. Ambos le habían parecido algo horripilados por la maldad de la que eran partícipes. La parte de Durzo que aún conservaba un retazo de decencia le había exigido que fuese de inmediato a matar al sádico responsable de aquello, pero se había quedado para atender a la niñita.

Estaba tumbada en un camastro bajo, en una de las casas seguras más pequeñas que tenía en las Madrigueras. La lavó tan bien como pudo. Sabía mucho de preservar la vida: lo había aprendido mientras aprendía a matar. Solo era cuestión de acercarse a la línea entre la vida y la muerte desde el otro lado. Así, no tardó en resultar evidente que las heridas de la niña escapaban a sus habilidades. La habían pateado, y sangraba por dentro. Eso la mataría aunque no lo hiciese la sangre que estaba perdiendo por la cara.

—La vida está vacía —dijo a su forma inmóvil—. La vida no tiene valor ni sentido. La vida es dolor y sufrimiento. Te hago un favor si te dejo morir. Ahora serás fea. Se reirán de ti. Te mirarán. Te señalarán. Se estremecerán. Oirás sin querer sus preguntas. Conocerás su piedad interesada. Serás una curiosidad, un espanto. Ahora tu vida no vale nada.

No tenía elección. Tenía que dejarla morir. Era por su bien. No era justo, tal vez, pero sí para bien. «No es justo.» El pensamiento lo reconcomía, como lo reconcomían la fealdad y la sangre, los estertores.

A lo mejor necesitaba salvarla. Por el chico. A lo mejor la pequeña sería el aguijonazo perfecto para incitarlo. Mama K decía que Azoth tal vez tuviese demasiado buen corazón. Con suerte, aquello enseñaría al chico a actuar primero, a actuar rápido, a matar a cualquiera que lo amenazase. Azoth ya había esperado demasiado.

Era un riesgo hiciera lo que hiciese. El chico había jurado lealtad a Durzo si la salvaba, pero ¿cómo afectaría a un muchacho tener a esa lisiada cerca? Sería un recordatorio viviente de su fracaso.

No podía permitir que Azoth se destruyese por una chica. No pensaba permitirlo.

Los estertores lo decidieron. No la mataría él mismo, y no era tan cobarde como para salir corriendo y dejarla morir a solas. Muy bien. Haría lo que pudiese por salvarla. Si moría, no era culpa suya. Si vivía, ya se ocuparía él de Azoth.

Aunque, ¿quién demonios podía salvarla?

Solon contempló los posos en su sexta copa de lo que, siendo generoso, llamaría infecto tinto sethí. Cualquier vinicultor honrado de su isla se habría avergonzado de servir semejante brebaje en la fiesta de la mayoría de edad del menos favorito entre sus sobrinos. ¿Y el poso? Por lo menos media copa de aquel vino era poso. Alguien debería explicarle al tabernero que ese vino nunca se dejaba envejecer. Se servía en el plazo de un año. Y eso, como mucho. Kaede no lo hubiese consentido.

Así se lo hizo saber al tabernero. Y por la cara del hombre dedujo que ya se lo había dicho antes. Por lo menos dos veces.

En fin, al cuerno con todo. Estaba pagando su buen dinero por un vino malo, y no perdía la esperanza de dejar de notar lo malo que era al cabo de unas cuantas copas. Se equivocaba. Cada copa no hacía sino irritarlo un poco más por su pésima calidad. ¿Por qué se molestaban en transportar un vino malo de una punta a otra del Gran Mar? ¿Realmente obtenían algún beneficio?

Mientras sacaba otra moneda de plata, cayó en la cuenta de que si obtenían beneficios era gracias a botarates con morriña como él. La idea le revolvió el estómago. O quizá fue el vino. Algún día tendría que convencer al señor de Gyre de que invirtiese en vinos sethíes.

Se hundió un poco más en su asiento e hizo señas para que le sirviesen otra copa, sin hacer ningún caso a los escasos clientes y al aburrido tabernero. Aquello era en realidad un ejercicio inexcusable de autocompasión, de los que valdrían unos azotes a Logan de Gyre si alguna vez lo viera entregado a algo tan inmaduro. Sin embargo, había viajado hasta allí, y ¿para qué? Recordó la sonrisa de Dorian, esa sonrisilla picara que traía locas a las chicas.

«Tienes un reino en tus manos, Solon.»

«¿Ya mí qué me importa Cenaria? ¡Está a medio mundo de distancia!»

«No he dicho que el reino fuese Cenaria, ¿o sí? —Esa maldita sonrisilla otra vez. Después desapareció—. Solon, sabes que no te lo pediría si hubiese algún otro modo...»

«Tú no lo ves todo. Tiene que haber algún otro modo. Por lo menos cuéntame qué se supone que debo hacer. Dorian, sabes lo que dejaré atrás. Sabes lo que esto me costará.»

«Lo sé —dijo Dorian, mostrando en sus facciones aristocráticas el dolor que padecería un gran señor al enviar a sus hombres a la muerte para cumplir un objetivo necesario—. El te necesita, Solon...»

Los recuerdos de Solon se interrumpieron de pronto por el leve pinchazo de una daga en la columna vertebral. Se enderezó de sopetón y derramó en la mesa los posos de su séptima copa.

—Ni un movimiento más, amigo —dijo una voz queda a su oído—. Sé lo que eres, y necesito que vengas conmigo.

—¿O si no? —preguntó Solon, mareado. ¿Quién podía saber que estaba allí?

—Exacto. O si no. —Con humor.

—¿O si no qué? ¿Vas a matarme delante de cinco testigos? —preguntó Solon. Rara vez bebía más de dos copas de vino seguidas. Estaba demasiado tocado para aquello. ¿Quién rayos era ese hombre?

—Y se supone que eres listo —dijo el desconocido—. Si sé lo que eres y aun así te amenazo, ¿crees que me falta voluntad para matarte?

Ahí había pillado a Solon.

—¿Y qué me impide a mí...?

Volvió a notar el pinchazo de la daga.

—Basta de hablar. Te he envenenado. Haz lo que te diga y te entregaré el antídoto. ¿Responde eso al resto de tus preguntas?

—A decir verdad...

—Sabrás que has sido realmente envenenado porque en cualquier momento te empezarán a picar el cuello y las axilas.

—Ajá. ¿Raíz de ariamu? —preguntó Solon, intentando pensar. ¿Era un farol? ¿Por qué iba a farolear ese hombre?

—Y unas cuantas cosas más. Último aviso.

Empezó a picarle el hombro. Maldición. De la raíz de ariamu se podría encargar por sí mismo, pero aquello...

—¿Qué quieres?

—Sal afuera. No te vuelvas, no digas nada.

Solon caminó hasta la puerta, casi temblando. El hombre había dicho «lo que eres» y no «quién eres». Podría haberse referido a su origen sethí, pero el otro comentario dejaba claro que no se trataba de eso. Los sethíes quizá fueran famosos o

infames por muchas cosas pero, con razón o sin ella, la inteligencia no era una de ellas.

Apenas había pisado la calle cuando notó que la daga volvía a amenazar su columna. Una mano sacó su espada de la vaina.

—Eso no será necesario —dijo Solon. ¿Eran imaginaciones suyas, o le picaba el cuello?—. Enséñame lo que quieres.

El envenenador lo llevó hasta dos caballos que esperaban al doblar la esquina del edificio. Juntos cabalgaron hacia el sur y después cruzaron el puente de Vanden. Se los tragaron las Madrigueras y, aunque Solon no creía que el hombre estuviese dando vueltas únicamente para despistarlo, no tardó en sentirse perdido. Maldito vino.

Por fin, pararon delante de una minúscula chabola entre muchas otras. Desmontó con movimientos inseguros y siguió al hombre hacia la entrada.

El envenenador llevaba ropa oscura y una voluminosa capa gris y negra con la capucha puesta. Solon distinguía poco más que su figura alta, obviamente atlética y probablemente delgada. El hombre señaló con la cabeza la puerta, y Solon entró.

El olor a sangre lo asalto de inmediato. Había una niña pequeña tumbada en una cama baja, casi sin respiración, casi sin sangre, con la cara hecha un desastre de coágulos rojos. Solon se volvió.

—Está muriéndose. No puedo hacer nada.

—Yo he hecho lo que he podido —dijo el hombre—. Ahora tú haz lo tuyo. He dejado todos los instrumentos que puedes necesitar.

—No sé qué creerás que soy, pero te equivocas. ¡No soy un sanador!

—Si ella muere, tú también. —Solon sintió el peso de la mirada del hombre sobre él. Después el envenenador dio media vuelta y salió.

Solon contempló la puerta cerrada y sintió crecer el desespero como un par de olas gemelas de oscuridad que lo asaltasen desde cada lado. Entonces sacudió la cabeza. «Basta.» Sí, estaba cansado, todavía borracho, envenenado, con picores y nunca había sido gran cosa como sanador. Dorian había dicho que allí había alguien que lo necesitaba, ¿no? Pues seguro que no podía morir todavía.

A menos, por supuesto, que hacer que Logan plantase cara a su madre hubiese sido su único cometido.

«En fin. Ese es el problema que tienen las profecías, ¿verdad? Que nunca se sabe.» Solon se arrodilló junto a la niña y empezó a trabajar.

Capítulo 11

Mama K cruzó las piernas con esa provocación casi inconsciente que solo estaba al alcance de una cortesana experimentada. Había quien tenía el hábito de revolverse en la silla. Mama K tenía el hábito de seducir. Con una figura que era la envidia de la mayoría de sus chicas, podría hacerse pasar por una mujer de treinta años, pero la maestra de los placeres no se avergonzaba de su edad. De hecho había celebrado una fiesta por todo lo alto con motivo de su cuadragésimo cumpleaños. Pocos de quienes le habían dicho que eclipsaba a sus propias meretrices mentían, pues Gwinvere Kirena había sido una cortesana de las que marcan una época. Durzo sabía de una docena de duelos librados por ella, y de al menos la misma cantidad de nobles que le habían propuesto matrimonio, pero Gwinvere Kirena nunca quiso encadenarse a nadie. Conocía demasiado bien a todos los hombres que conocía.

—Este Azoth te tiene realmente de los nervios, ¿no es así? —preguntó Mama K.

—No.

—Embustero. —Mama K sonrió con sus labios rojos y voluptuosos y sus dientes perfectos.

—¿Qué me ha delatado? —preguntó Durzo, poco interesado en realidad. Sí que estaba nervioso, con todo. De repente las cosas se habían salido de madre.

—Estabas mirándome los pechos. Solo me miras como a una mujer cuando estás demasiado distraído para mantener la guardia alta. —Volvió a sonreír—. No te preocupes; me parece entrañable.

—¿No descansas nunca?

—Eres un hombre más sencillo de lo que te gusta creer, Durzo Blint. En realidad solo tienes tres refugios a los que acudir cuando el mundo te supera. ¿Quieres que te diga cuáles son, mi gran y fuerte ejecutor?

—¿Este es el tipo de cosas de las que hablas con tus clientes?

Era un golpe bajo y ruin. Además, era el tipo de comentario que a una puta ya le habrían tirado a la cara tantas veces que a esas alturas estaría inmunizada. Mama K ni siquiera parpadeó.

—No —dijo—, pero había un barón de calibre tirando a lamentable al que le gustaba que fingiera ser su niñera y, cuando era malo, yo le...

—Ahórramelo. —Era una pena hacerla parar, pero hubiese seguido durante diez minutos, sin saltarse un solo detalle.

—Entonces, ¿qué quieres, Durzo? Ahora vuelves a mirarte las manos.

En efecto, se las estaba mirando. Gwinvere podía sacarle de sus casillas, pero su consejo siempre merecía la pena. Era la persona más perspicaz que conocía, y más lista que él con diferencia.

—Quiero saber qué hacer, Gwinvere. —Al cabo de un largo momento de silencio,

alzó la vista de sus manos.

—¿Sobre el chico? —preguntó ella.

—No creo que valga.

Cuando Azoth dobló la esquina, Rata estaba sentado en el porche trasero de la ruina que la hermandad llamaba hogar. Le dio un vuelco el corazón al ver al feo muchacho. Rata estaba solo, esperándolo. Hacía girar una espada corta sobre su punta. Las manchas de herrumbre se combinaban en un juego de colores con el centelleo del cuarto menguante sobre el acero.

En ese momento, desprevenido, la cara de Rata parecía tan mutable como ese acero dando vueltas: en un instante era el monstruo que Azoth siempre había conocido, al siguiente un niño asustado y demasiado grande. Azoth avanzó arrastrando los pies, más confuso y asustado que tranquilizado por ese atisbo de humanidad. Había visto demasiado.

Atravesó el callejón hediondo que la hermandad entera utilizaba como retrete. Ni siquiera se preocupó de mirar dónde pisaba. Se sentía vacío.

Cuando alzó la vista, Rata estaba de pie, con su acostumbrada sonrisa cruel en los labios y la herrumbrosa espada apuntada a la garganta de Azoth.

—No sigas —dijo.

Azoth se estremeció.

—Rata —saludó, y tragó saliva.

—No te acerques más —ordenó Rata—. Tienes una navaja. Dámela.

Azoth estaba al borde de las lágrimas. Sacó el cuchillo del cinto y lo tendió, con el mango por delante.

—Por favor —dijo—. No quiero morir. Lo siento. Haré lo que quieras, pero no me hagas daño.

Rata cogió la navaja.

—Reconozco que es listo —dijo Durzo—. Pero hace falta algo más que inteligencia. Lo has visto por aquí, con todos los demás ratas de hermandad. ¿Tiene ese...? —Chasqueó los dedos, incapaz de encontrar la palabra.

—A la mayoría solo los veo en invierno. Duermen en las calles el resto del año. Les doy cobijo, Durzo, no un hogar.

—Pero lo has visto.

—Lo he visto. —Mama K nunca lo olvidaría.

—Gwinvere, ¿es astuto?

Rata se guardó la navaja al cinto y cacheó a Azoth. No encontró más armas. Su miedo se disolvió y dejó solo júbilo.

—¿Que no te haga daño? —preguntó. Le dio un bofetón a Azoth con el dorso de la mano.

Era casi ridículo. Azoth salió prácticamente volando por la fuerza del golpe. Cayó cuan largo era sobre la tierra y se levantó poco a poco, sangrando por las manos y las rodillas. «¡Qué pequeño es!»

«¿Cómo pude temer a esto en algún momento?» Los ojos de Azoth destilaban miedo. Lloraba y gimoteaba en la oscuridad con un hilo de voz.

—Voy a tener que hacerte daño, Azoth —dijo Rata—. Me has obligado. Yo no quería que esto acabara así. Te quería conmigo.

Era demasiado fácil. Azoth había vuelto a la hermandad ya destruido. A Rata no le gustaba. Quería hacer algo que sellase la humillación.

Dio un paso adelante y agarró al mocoso por el pelo. Lo puso de rodillas de un tirón, regodeándose en los débiles gritos de dolor.

Le debía a Neph lo que vendría a continuación. A Rata no le gustaban los chicos en especial, no más que las chicas. No veía mucha diferencia. Sin embargo, jamás habría considerado aquello como un arma si Neph no le hubiese explicado hasta qué punto quebrantaba el ánimo de una persona que la forzasen.

Se había convertido en una de sus tácticas favoritas. Cualquiera podía asustar a una chica, pero los varones de la hermandad le temían más de lo que habían temido jamás a nadie. Miraban a Bim, Weese, Pod o Jarl y se encogían. Además, cuanto más lo hacía, más lo excitaba. La mera visión de Azoth en ese momento, de rodillas, con los ojos abiertos de miedo, le provocaba un cosquilleo en la entrepierna. No había nada como ver elevarse el fuego del desafío para después, con rapidez o a lo largo de muchas noches, apagarse, prender de nuevo y morir para siempre.

—Un ejecutor tiene que perderse a sí mismo —dijo Durzo—. No, abandonarse. Para ser un asesino perfecto, debe llevar la piel perfecta para cada muerte. Gwinvere, lo entiendes, ¿verdad?

Ella volvió a cruzar sus largas piernas.

—Entender es lo que distingue a las cortesanas de las putas. Yo me meto en la piel de cada hombre que pasa por mi puerta. Si conozco a un hombre, sé cómo complacerle. Sé cómo manipularlo para que intente comprar mi amor y compita con los demás que intentan lo mismo, pero sin tenerles celos.

—Un ejecutor tiene que conocer así a sus murientes —dijo Durzo.

—¿Y no crees que Azoth pueda hacerlo?

—No, no. Creo que puede —respondió Durzo—. Pero después de conocer de ese modo a un hombre o una mujer, después de ponerte en su piel y recorrer con ella un

buen trecho, no puedes evitar amarlos...

—Pero no es amor verdadero —dijo Gwinvere con voz queda.

—Y el momento en que los amas es cuando un ejecutor debe matar.

—Y eso es lo que no puede hacer Azoth.

—Es demasiado blando.

—¿Incluso ahora, incluso después de lo que le pasó a su amiguita?

—Incluso ahora.

—Tenías razón —dijo Azoth tragándose las lágrimas. Alzó la vista hacia Rata, plantado por encima de él, de tal modo que la luna proyectaba su sombra sobre Azoth —. Sabía lo que querías, y yo lo quería también. Es solo que... Es solo que no podía. Pero ahora estoy listo.

Un leve destello de suspicacia afloró a los ojos de Rata mientras lo contemplaba.

—He encontrado un lugar especial para nosotros... —Azoth hizo una pausa—. Pero da igual, podemos hacerlo aquí. Deberíamos hacerlo aquí. —La expresión de Rata era dura, pero inescrutable. Azoth se puso en pie poco a poco, agarrado a las caderas de Rata—. Venga, vamos a hacerlo aquí. Que nos oiga toda la hermandad. Que lo sepa todo el mundo.

Le temblaba el cuerpo entero y no tenía manera de ocultarlo. El asco lo recorría de arriba abajo como un rayo, pero mantuvo su expresión esperanzada, fingiendo que los temblores eran pura incertidumbre inocente. «No puedo. No puedo. Que me mate. Cualquier cosa menos...» Si pensaba, si se planteaba cualquier cosa durante un segundo más, estaba perdido.

Azoth alzó una mano temblorosa hasta la mejilla de Rata, se irguió, se puso de puntillas y lo besó.

—No —dijo Rata, y le dio una bofetada—. Lo haremos a mi manera.

—Para dedicarse a este oficio, un hombre no tiene que apreciar nada, tiene que sacrificar... —Durzo dejó la frase en el aire.

—¿Todo? —preguntó Gwinvere—. ¿Como tú has hecho tan bien? Mi hermana tendría algo que decir al respecto.

—Vonda está muerta precisamente porque me salté esa norma —replicó Durzo. No quería mirar a Gwinvere a los ojos. Por la ventana, la noche empezaba en ese momento a ceder su dominio sobre la ciudad.

Al mirar a Durzo, al ver su cara severa y picada reflejando pesar a la luz amarillenta de la lámpara, Gwinvere se ablandó.

—Vale, te enamoraste, Durzo. Ni siquiera los ejecutores son inmunes. El amor es una locura.

—El amor es el fracaso. Lo perdí todo porque fracasé.

—¿Y qué harás si Azoth fracasa? —preguntó Gwinvere.

—Lo dejaré morir. O lo mataré.

—Lo necesitas —observó ella con amabilidad—. Tú mismo dijiste que atraerá un ka'kari hasta ti.

Antes de que Durzo pudiera replicar, llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Mama K.

Una de las doncellas de Gwinvere, que a todas luces había sido también cortesana y estaba ya demasiado mayor para los burdeles, asomó la cabeza por la puerta.

—Ha venido a veros un niño, mi señora. Se llama Azoth.

—Que pase —dijo Gwinvere.

Durzo la miró.

—¿Qué demonios hace él aquí?

—No lo sé. —Gwinvere parecía encontrarlo divertido—. Supongo que, si es el tipo de chico al que puedes moldear para que se convierta en ejecutor, no pueden faltarle algunos recursos.

—Maldición, no hace ni tres horas que lo he dejado —dijo Durzo. —¿Y?

—Y le dije que lo mataría si lo veía sin pruebas. Sabes que no puedo hacer amenazas vacías. —Durzo suspiró—. Puede que llevaras razón hace un momento, pero tengo las manos atadas.

—No ha venido a verte a ti, Durzo. Viene a verme a mí. Así que, ¿por qué no haces tu truquillo ese de las sombras y desapareces?

—¿Mi truquillo de las sombras?

—Ya, Durzo.

La puerta se abrió e hicieron pasar a un niño ensangrentado y en un estado deplorable. Aun así, Gwinvere lo habría seleccionado entre un millar de ratas de hermandad. Ese muchacho tenía fuego en los ojos. Se mantenía derecho, aunque tuviese la cara señalada y le gotease sangre de la boca y la nariz. Le clavó la mirada sin dejarse intimidar, pero era lo bastante joven o lo bastante listo para mirarla a los ojos en vez de al escote.

—Tú ves más que la mayoría, a que sí —dijo Mama K. No era una pregunta.

El chico ni siquiera asintió. Era demasiado pequeño para burlarse de su tendencia a pronunciar preguntas como si fuesen afirmaciones, de modo que había algo más en esa mirada impasible con que la contemplaba.

«Por supuesto.»

—Y has visto algo espantoso, ¿no es así?

Azoth se limitó a mirarla con sus grandes ojos, temblando. Era la viva imagen de la inocencia desnuda que moría a diario en las Madrigueras. Despertó en ella algo que creía muerto hacía tiempo. No hacían falta palabras; supo que podría ofrecer al chico

los brazos de una madre, el abrazo de una madre, un lugar seguro. Podría ofrecerle refugio, incluso a ese hijo de las Madrigueras, al que probablemente jamás en la vida habían abrazado. Una mirada dulce, una caricia en la mejilla y una palabra, y se vendría abajo llorando entre sus brazos.

«¿Y qué hará Durzo?» Vonda apenas llevaba muerta tres meses. Durzo había perdido más que una amante cuando ella murió, y Gwinvere no sabía si llegaría a recuperarse alguna vez. «¿Entenderá que las lágrimas de Azoth no lo vuelven débil?»

Para ser sincera consigo misma, Gwinvere sabía que abrazar a Azoth no sería justo para el chico. No recordaba la última vez que había abrazado a alguien que no le hubiese pagado por tal privilegio.

«¿Y qué hará Durzo si ve auténtico amor ahora? ¿Lo hará ser más humano, o se dirá que Azoth es demasiado débil y lo matará en vez de reconocer que lo necesita?»

Le llevó apenas un segundo calar al chico y sopesar sus opciones. Había demasiado en juego. No podía hacerlo.

—Entonces, Azoth —preguntó, cruzando los brazos bajo los pechos—, ¿a quién has matado?

Azoth se quedó blanco. Parpadeó y un miedo repentino despejó sus ojos de las lágrimas que amenazaban con brotar.

—Y el primer muerto, además —observó Mama K—. Bien.

—No sé de qué habláis —replicó Azoth, demasiado rápido.

—Sé el aspecto que tiene un asesino. —La voz de la ex cortesana era tajante—. Entonces, ¿a quién has matado?

—Necesito hablar con Durzo Blint. Por favor. ¿Dónde está?

—Aquí mismo —dijo Blint, por detrás de Azoth. El chico dio un respingo—. Y ya que me has encontrado —prosiguió—, más vale que alguien haya muerto.

—El... —Azoth miró a Mama K, sin duda preguntándose si podía hablar delante de ella—. Lo está.

—¿Dónde está el cuerpo? —exigió saber Blint.

—Está... Está en el río.

—Así que no hay pruebas. Qué cosas.

—Aquí tenéis vuestra prueba —gritó Azoth, furioso de repente. Le lanzó a Durzo algo que sostenía en las manos. El ejecutor lo agarró al vuelo.

—¿Y a esto lo llamas prueba? —preguntó. Abrió la palma y Mama K vio una oreja ensangrentada—. Yo lo llamo una oreja. ¿Alguna vez has conocido a alguien que muriera por perder una oreja, Gwin?

—A mí no me metas en esto, Durzo Blint —advirtió Mama K.

—Puedo enseñaros el cuerpo —dijo Azoth.

—Has dicho que estaba en el río.

—Allí está.

Durzo vaciló.

—Maldito seas, Durzo. Ve —dijo Mama K—. Eso al menos se lo debes.

El sol reposaba ya sobre el horizonte cuando llegaron al taller de barcas. Durzo entró solo y salió al cabo de diez minutos, bajándose la manga mojada de un brazo. No miró a Azoth al preguntar:

—Hijo, estaba desnudo. ¿Es que te...?

—Le he cerrado el nudo alrededor del pie antes de... antes de que pudiera... Lo he matado antes. —Con tono frío y distante, Azoth se lo contó todo. La noche se evaporaba como una pesadilla, y él no podía creerse lo que recordaba haber hecho. Debía de haber sido otra persona. Mientras contaba su historia, Blint lo miraba con una expresión desconocida para él. Quizá fuera piedad. Azoth no podía saberlo. Nunca había visto piedad antes—. ¿Muñeca ha sobrevivido? —preguntó.

Durzo le puso las manos en los hombros y lo miró a los ojos.

—No lo sé. Tenía mal aspecto. Está intentando salvarla la mejor persona que he podido encontrar. —Blint apartó la vista, parpadeando—. Chico, voy a darte otra oportunidad.

—¿Otra prueba? —Los hombros de Azoth se vinieron abajo. Tenía la voz plana, desinflada. No le quedaba energía ni para indignarse—. No puede ser. He hecho todo lo que me pedíais.

—Se acabaron las pruebas. Te doy otra oportunidad de echarte atrás. Has hecho todo lo que te pedí. Pero esta no es la vida que quieres. ¿Quieres salir de las calles? Te daré una bolsa de plata y te buscaré un puesto de aprendiz con un flechero o un herborista en la orilla del este. Pero si vienes conmigo, renuncias a todo lo demás. En cuanto te metas en este trabajo, no volverás a ser el mismo. Estarás solo. Serás diferente. Siempre.

»Y eso no es lo peor. No intento asustarte. Bueno, a lo mejor sí.

Pero no exagero, no te miento. Lo peor, chico, es lo siguiente: las relaciones son sogas. El amor es un nudo corredizo. Si vienes conmigo, tienes que renunciar al amor. ¿Sabes lo que eso significa?

Azoth negó con la cabeza.

—Significa que puedes tirarte a todas las mujeres que quieras, pero jamás podrás querer a ninguna. No te permitiré que te eches a perder por una chica. —Durzo elevó la voz con violencia al pronunciar las últimas palabras. Sus manos eran garras clavadas en los hombros de Azoth, sus ojos los de un depredador—. ¿Lo entiendes?

—¿Qué pasa con Muñeca? —preguntó Azoth. Debía de estar cansado. Supo que mencionarla era un error antes de terminar la pregunta.

—¿Qué tienes, diez, once años? ¿Crees que la amas?

—No.—«Demasiado tarde.»

—Te haré saber si sobrevive pero, si vienes conmigo, Azoth, nunca volverás a hablar con ella. ¿Lo entiendes? Si te haces aprendiz del flechero o del herborista, podrás verla tanto como quieras. Por favor, chico. Acepta. Podría ser tu última oportunidad de ser feliz.

«¿Feliz? Lo que quiero es no tener miedo nunca más.» Blint no tenía miedo. La gente lo temía a él. Su nombre se pronunciaba en voz baja y sobrecogida.

—Si me sigues ahora —dijo Blint—, por los Ángeles de la Noche que me pertenecerás del todo. Una vez empecemos, llegarás a ser un ejecutor o morirás en el intento. El Sa'kagé no puede permitirse hacerlo de otra manera. La otra opción es quedarte aquí, y dentro de un par de días te encontraré y te llevaré con tu nuevo maestro.

Blint se irguió y se frotó las manos todavía mojadas como si se las lavara del asunto. Dio media vuelta bruscamente y echó a andar con paso firme hacia las sombras de un callejón.

Azoth salió de la cavidad de la pared donde había estado y miró calle abajo hacia la casa de la hermandad, que estaba a cien pasos de distancia. Quizá ya no necesitaba irse con Blint. Había matado a Rata. A lo mejor podía volver y todo saldría bien.

«¿Volver a qué? Sigo siendo demasiado pequeño para ser jefe de la hermandad. Ja'laliel sigue muriéndose.» Jarl y Muñeca seguían mutilados. No habría ningún recibimiento de héroe para Azoth. Roth o algún otro mayor tomaría las riendas de la hermandad, y Azoth volvería a tener miedo, como si nada hubiera pasado.

«¡Pero él me prometió aceptarme como aprendiz!» Sí, lo había prometido, pero todo el mundo sabía que los adultos no eran de fiar.

Blint seguía confundiéndolo. No le gustaba el tono con que hablaba de Muñeca, pero Azoth acababa de ver algo nuevo en el ejecutor. Había una parte de él que no era indiferente. Había una parte del legendario asesino que deseaba lo mejor para Azoth.

El chico no creía que Muñeca no valiese nada solo porque ya no era hermosa. No estaba seguro de poder volver a matar. No sabía qué le haría Blint ni por qué. Sin embargo, fuera lo que fuese lo que había visto en el ejecutor, era mucho más precioso para Azoth que todas sus dudas.

Calle abajo, Jarl salió del edificio de la hermandad. Vio a Azoth e, incluso a tanta distancia, este distinguió que sonreía, con los dientes blancos brillantes sobre su piel ladeshiana. Por la sangre en el porche de atrás y la ausencia de Rata, debían de haber adivinado que estaba muerto. Jarl lo saludó con la mano y empezó a caminar a toda prisa hacia él bajo la deslumbrante luz del sol.

Azoth dio la espalda a su mejor amigo y se sumió en el abrazo de las sombras.

Capítulo 12

—Bienvenido al hogar. —La voz del maestro Blint rezumaba sarcasmo, pero Azoth no lo percibió. La palabra «hogar» resonaba con magia. Nunca había tenido uno.

La casa de Durzo Blint estaba escondida en lo más recóndito de las Madrigueras, bajo las ruinas de un viejo templo. Azoth la observó maravillado. Desde fuera parecía que allí no hubiese nada, pero Blint tenía varias habitaciones, ninguna de ellas pequeña.

—Aquí aprenderás a luchar —dijo Blint, corriendo, descorriendo y volviendo a correr cada uno de los tres cerrojos de la puerta.

La habitación era ancha y profunda, y estaba llena a rebosar de equipo: varias dianas, cojines rellenos de paja y todo tipo de armas de práctica, vigas suspendidas en el aire, extraños trípodes con apéndices de madera, cables, cuerdas, ganchos y escalerillas.

—Y aprenderás a usar todas estas. —Blint señaló las armas que cubrían las paredes, cada una de ellas limpiamente contorneada sobre el muro con pintura blanca. Había armas de todos los tamaños y formas, desde dagas de un solo filo hasta enormes cuchillas. Hojas rectas o curvadas, de uno o dos filos, de una o dos manos, de diferentes colores y tipos de acero. Espadas con ganchos, muescas y puntas. También había mazas, mayales, hachas, martillos de guerra, cachiporras, bastones de combate, alabardas, hoces, lanzas, hondas, dardos, garrotes, arcos cortos, arcos largos y ballestas.

La siguiente sala era igual de asombrosa. Las paredes estaban cubiertas de disfraces y más equipo, cada objeto perfilado con esmero para indicar su sitio. En aquella estancia también había mesas cubiertas de libros y frascos. Los libros estaban erizados de puntos de lectura. Los tarros cubrían una mesa enorme y estaban llenos de semillas, flores, hojas, setas, líquidos y polvos.

—Son los ingredientes básicos de la mayoría de los venenos del mundo. En cuanto Mama K te enseñe a leer, leerás y memorizarás casi todo el contenido de estos libros. El arte del envenenador es, en efecto, un arte. Lo dominarás.

—Sí, señor.

—Dentro de un par de años, cuando brote tu Talento, te ensenaré a usar la magia.

—¿Magia? —Azoth se sentía más agotado con cada segundo que pasaba.

—¿Te crees que te he aceptado por tu cara bonita? La magia es esencial para lo que hacemos. Sin Talento, no hay ejecutor.

Azoth empezó a tambalearse pero, antes de que pudiera caer, el maestro Blint lo agarró por la espalda de su astrosa túnica y lo guió hasta la siguiente habitación. Solo había un camastro, pero Blint no lo condujo hasta él, sino que lo guió hasta un rincón

junto a la pequeña chimenea.

—Las primeras muertes son duras —dijo Blint. Parecía hablar desde muy lejos—. En algún momento de esta semana, probablemente llorarás. Hazlo cuando yo no esté.

—No lloraré —juró Azoth.

—Claro. Ahora duerme.

—La vida está vacía. Cuando quitamos una vida, no arrebatamos nada de valor. Los ejecutores matamos. Es todo lo que hacemos. Es todo lo que somos. No hay poetas en el oficio amargo —dijo Blint.

Debía de haber salido mientras Azoth dormía, porque en ese momento el chico sostenía una espada lo bastante pequeña para un niño de once años; se sentía torpe.

—Ahora, atácame —ordenó Blint.

—¿Qué?

Blint le atizó en la cabeza con la parte plana de su espada.

—Yo doy las órdenes. Tú obedeces. Nada de vacilaciones. ¿Entendido?

—Sí, señor. —Azoth se levantó del suelo y recogió la espada. Se frotó la cabeza.

—Ataca —dijo Blint.

Eso hizo Azoth, como un loco. Blint desviaba sus golpes o se hacía a un lado para que Azoth perdiera el equilibrio por el impulso de sus propios mandobles. Mientras tanto, su nuevo maestro no paraba de hablar.

—No creas arte, creas cadáveres. Un muerto es un muerto. —Hizo un bloqueo rápido y la espada de Azoth cruzó la sala rebotando por el suelo—. Recógela. —Blint siguió a Azoth y volvieron a cruzar sus aceros—. No juegues con tus víctimas. No esperes a la estocada limpia y certera para acabar. Hazle veinte cortes, deja que se derrumbe por la pérdida de sangre y entonces lo rematas. No lo hagas bonito. No creas arte, creas cadáveres.

Y así continuaron las lecciones, acción física con un monólogo incesante, y todas las lecciones explicadas, demostradas y vueltas a explicar.

En el estudio:

—Nunca pruebes la muerte. Todos los frascos, todos los tarros que hay aquí son muerte. Si trabajas con la muerte, te mancharás las manos de polvos, ungüentos y pastas. Nunca te lamas la muerte de los dedos. Nunca te lleves la muerte a los ojos. Te lavarás las manos con este licor y te las enjuagarás con esta agua, siempre en esta palangana que no se usa para nada más y que solo se vaciará donde te enseñe. Nunca pruebes la muerte.

En la calle:

—Abraza las sombras... Respira el silencio... Sé ordinario, sé invisible... Marca al hombre... Conoce todas las salidas...

Cuando cometía errores, Blint no le gritaba. Si Azoth no bloqueaba

correctamente, ya recibía su merecido cuando la espada de madera le alcanzaba en la pantorrilla. Si no podía recitar las lecciones del día y extenderse sobre cualquiera por la que Blint le preguntase, recibía un coscorrón por cada olvido.

Todo era ecuánime. Todo era justo, pero aun así Azoth no bajó la guardia. Si fallaba demasiado, el maestro Blint podría matarlo con el mismo desapego con el que le daba un cachete. Le bastaría con dejar de contener cualquiera de los golpes. Azoth ni siquiera sabría que había fallado hasta que se viese morir.

Más de una vez quiso dejarlo, pero no había vuelta atrás. Más de una vez quiso matar a Blint, pero intentarlo significaría la muerte. Más de una vez quiso llorar. Pero había jurado no hacerlo, y no lo hizo.

—Mama K, ¿quién es Vonda? —preguntó Azoth.

Tras las lecciones de lectura, Mama K se tomaba una taza de ootai antes de que empezaran con la política, la historia y la etiqueta cortesana. Después de entrenar con Blint toda la mañana, Azoth estudiaba con ella por las tardes. Estaba agotado y dolorido todo el tiempo, pero dormía como un tronco todas las noches y se despertaba calentito, no temblando. La voz insidiosa del hambre y la debilidad que conllevaba eran solo un recuerdo.

Nunca se quejaba. Si lo hiciera, tal vez lo obligarían a volver.

Mama K no respondió enseguida.

—Es una pregunta muy delicada.

—¿Significa eso que no me lo contaréis?

—Significa que no quiero. Pero lo haré porque puedes necesitar saberlo, y el hombre que debería contártelo no lo hará. —Cerró los ojos por un momento y, cuando continuó, su voz era desapasionada—. Vonda era la amante de Durzo. Durzo tenía un tesoro y el rey dios de Khalidor lo quería. ¿Recuerdas lo que te expliqué de Khalidor?

Azoth asintió.

Mama K abrió los ojos y enarcó las cejas. Azoth hizo una mueca y empezó a recitar:

—Khalidor es nuestro vecino del norte. Siempre han creído que Cenaria y la mayor parte de Midcyru les pertenece, pero no pueden tomarla porque el duque de Gyre y sus hombres protegen Aullavientos.

—El paso de Aullavientos es muy, muy defendible —apuntó Mama K—. ¿Y qué me dices del premio?

Al ver que Azoth la miraba sin comprender, Mama K se explicó:

—Khalidor podría tomar la ruta larga y rodear las montañas, pero no lo hace porque...

—Porque en el fondo no valemos la pena, y aquí el Sa'kagé lo gobierna todo.

—Cenaria es corrupta, el tesoro está vacío, los ceuríes nos hostigan desde el sur... y los lae'knaught se han adueñado de nuestros territorios orientales, y odian a los khalidoranos aún más que a la mayoría de los magos. Por tanto, no valemos la pena.

—¿No es lo que he dicho?

—Tenías razón, pero no por todos los motivos correctos —replicó ella. Dio otro sorbo a su ootai, y Azoth pensó que había olvidado su pregunta original o esperaba que la olvidara él. Entonces Mama K siguió hablando—: Para quitarle el tesoro a Durzo, el rey dios secuestró a Vonda y propuso un trueque: el tesoro por la vida de Vonda. Durzo decidió que su tesoro era más importante, de modo que la dejó morir. Pero algo pasó, y Durzo perdió también su tesoro. O sea que Vonda murió por nada.

—Estáis enfadada con él —aventuró Azoth.

La voz de Mama K no dejó mostrar la menor inflexión y sus ojos quedaron sin vida mientras decía:

—Era un gran tesoro, Azoth. Si yo hubiera estado en el lugar de Durzo, podría haber hecho lo mismo, salvo por un detalle... —Apartó la vista—. Vonda era mi hermana pequeña.

Capítulo 13

Solon paró el filo de la alabarda con su espada larga, la echó a un lado, luego dio un paso adelante y pateó a uno de los hombres de Logan en el vientre. Unos años atrás, esa patada habría llegado al casco de su oponente. En fin, suponía que debería estar agradecido de poder vencer todavía a los guardias de los Gyre. Era lo que pasaba por tener como amigos íntimos a un profeta y a un maestro de armas del segundo grado.

«Feir tendría algo que decir sobre lo gordo que me he puesto por dejadez. Y lo lento que estoy.»

—Mi señor —dijo Wendel North, que se acercó a los hombres que luchaban.

Logan abandonó un combate que iba perdiendo y Solon lo siguió. El mayordomo lanzó a Solon una mirada impasible, pero no protestó por su presencia.

—Mi señor, vuestra madre acaba de volver.

—¿Ah sí? ¿Dónde se había metido, Wendel, esto, quiero decir, maese North? —preguntó Logan. Con los soldados se le daba mejor, pero actuar como señor de un hombre que probablemente había estado a cargo de azotarlo hasta hacía unas pocas semanas era demasiado para Logan por el momento. Solon no se permitió sonreír, sin embargo. Ya se ocuparía la señora de Gyre de socavar la autoridad de Logan. Él no pensaba contribuir.

—Estaba hablando con la reina.

—¿Por qué?

—Ha presentado una petición de custodia.

—¿Qué? —preguntó Solon.

—Solicita a la Corona que la nombre duquesa hasta que el duque regrese o hasta que mi señor alcance la mayoría de edad, que en este país, maese Tofusin, son los veintiún años.

—Pero si tenemos las cartas en las que mi padre me nombra a mí —dijo Logan —. El rey no puede interferir en los nombramientos de una Casa a menos que sean culpables de traición.

Wendel North se subió los anteojos con nerviosismo.

—Eso no es del todo cierto, mi señor.

Solon miró hacia los guardias, que iban dejando de pelear y se acercaban como quien no quiere la cosa.

—¡No paréis, perros! —Obedecieron a toda prisa.

—El rey puede asignar un tutor a un señor menor de edad si el señor anterior de esa Casa no ha dejado las estipulaciones pertinentes —explicó Wendel—. El meollo de la cuestión es que vuestro padre dejó dos copias de la carta en la que os nombraba señor en su ausencia. Una se la dio a vuestra madre y la otra a mí. En cuanto me he

enterado de adónde iba la duquesa Catrinna, he corrido a buscar mi copia, que guardaba bajo llave. Ha desaparecido. Perdonadme, mi señor. —El mayordomo se ruborizó—. Os juro que no tengo nada que ver con esto. Pensaba que tenía la única llave.

—¿Qué ha dicho la reina? —preguntó Solon.

Wendel parpadeó. Conocía la respuesta, como Solon había anticipado, pero le contrariaba mostrarle al extranjero hasta dónde alcanzaba su red de ojos y oídos. Al cabo de un momento, el mayordomo respondió:

—El asunto podría haberse despachado con bastante facilidad, pero el rey no deja que la reina tome ninguna decisión sin él. Las ha interrumpido mientras hablaban y ha dicho que sometería la cuestión a consultas. Lo siento, no sé qué significa eso.

—Me temo que yo sí —dijo Solon.

—¿Qué significa? —preguntó Logan.

—¿Quién es el procurador de vuestra familia?

—Yo he preguntado primero —protestó Logan.

—¡Chico!

—El conde Rimbold Drake —dijo Logan, algo enfurruñado.

—Significa que tenemos que hablar con el conde Drake. De inmediato.

—¿Tengo que calzarme? —preguntó Azoth. No le gustaban los zapatos. Impedían tantear el suelo para comprobar si resbalaba, y le apretaban.

—Qué va, puedes acompañarme a ver al conde Drake vestido con una túnica de noble y descalzo —respondió Durzo.

—¿De verdad?

—No.

Todas aquellas veces en que Azoth había envidiado a los hijos de los comerciantes y los señores al verlos en el mercado, nunca se había parado a pensar en lo incómoda que era su ropa. Sin embargo, Durzo era su maestro y ya estaba impacientándose por lo mucho que tardaba Azoth en prepararse, de modo que cerró la boca. No llevaba mucho tiempo siendo aprendiz de Durzo y todavía le preocupaba que el ejecutor le diese la patada.

Cruzaron el puente de Vanden para llegar a la ribera oriental. Para Azoth, fue una revelación. Nunca había intentado cruzar siquiera ese puente, ni había creído a los ratas de hermandad que juraban haberlo atravesado pasando de largo los guardias. En la orilla oriental del río no había ruinas ni edificios vacíos. No había mendigos por las calles. Olía diferente, extraño, ajeno. No le llegaba ni rastro del hedor a estiércol de los corrales. Hasta las alcantarillas eran diferentes. Solo había una cada tres calles, y ninguna en las avenidas principales. La gente no vaciaba los orinales y la basura por la ventana y dejaba que se acumulase la porquería hasta que poco a poco fluyera calle

abajo. Allí, la llevaban hasta esa tercera calle y la tiraban para que bajara por unos canales de piedra practicados en las calles adoquinadas, de tal modo que hasta por esas vías era seguro caminar. Lo más alarmante, sin embargo, era que la gente olía raro. Los hombres no apestaban a sudor y a su oficio. Cuando pasaba una mujer, el olor a perfume era solo leve, en vez de asfixiante y superpuesto al del sexo y el sudor.

Cuando Azoth preguntó a Blint al respecto, el ejecutor se limitó a responder:

—Madre mía, cuánto trabajo vas a dar.

Pasaron por delante de un edificio ancho y envuelto en nubes de vapor. De él salían hombres y mujeres radiantes y perfectamente peinados. Azoth ni siquiera preguntó.

—Es una casa de baños —dijo Blint—. Otra importación ceurí. La única diferencia es que aquí los hombres y las mujeres se bañan por separado... salvo en los locales de Mama K, por supuesto.

El propietario de La Fulana Alegre saludó a Blint como «maese Tulii». El ejecutor le respondió con acento extranjero y mostrando una actitud amanerada y pidió que sacaran su carruaje.

En cuanto estuvieron en camino, Azoth preguntó:

—¿Adónde vamos? ¿Quién es el conde Drake?

—Es un viejo amigo, un noble que tiene que trabajar para ganarse la vida. Es procurador. —Al ver que Azoth parecía desconcertado, el maestro Blint añadió—: Un procurador es un hombre que hace cosas peores dentro de la ley que la mayoría de los delincuentes fuera de ella. Pero es un buen hombre. Me ayudará a volverte útil.

—¿Maestro? —preguntó Azoth—. ¿Cómo está Muñeca?

—Ya no es tu problema. No me preguntes por ella nunca más. —Pasó un minuto mientras iban traqueteando por las calles—. Está muy maltrecha, pero sobrevivirá.

No dijo nada más hasta que les hicieron pasar a la minúscula villa del conde.

El conde Drake era un hombre de aspecto afable y unos cuarenta años, con unos quevedos asomando del bolsillo de su chaleco. Cerró la puerta después de que entraran y, cojeando, tomó asiento tras un escritorio cargado de pilas de papeles.

—Jamás pensé que tomarías un aprendiz, Durzo. A decir verdad, creo recordar que juraste no hacerlo... y con bastante contundencia —dijo el conde.

—Y sigo creyendo hasta la última palabra que pronuncié —replicó Durzo con tono de cascarrabias.

—Vaya, estás siendo pasmosamente sutil o no sabes lo que te dices, amigo mío. —El conde acompañó la pulla con una sonrisa que Azoth intuyó real, sin malicia ni cálculo.

Muy a su pesar, Durzo también sonrió.

—Se acuerdan mucho de ti, Rimbold.

—Y más aún de mis muertos, supongo.

Durzo rompió a reír, y Azoth casi se cayó de la silla. Creía que el ejecutor era inmune a la carcajada.

—Necesito tu ayuda —dijo su maestro.

—Todo cuanto tengo es tuyo, Durzo.

—Quiero rehacer a este chico desde cero.

—¿En qué estás pensando? —preguntó el conde Drake, mientras miraba a Azoth con curiosidad.

—Un noble de algún tipo, relativamente pobre. De esos a los que invitan a actos sociales pero no llaman la atención.

—Hum. El tercer hijo de un barón, pues. Será de la alta nobleza, pero nadie importante. O mejor: un barón del este. Mi primo segundo vive a dos días a caballo, pasado Havermere, y ha perdido la mayor parte de sus tierras a manos de los lae'knaught, así que, si quieres una identidad a toda prueba, podemos convertirlo en un Stern.

—Servirá.

—¿Nombre de pila? —preguntó el conde Drake al muchacho.

—Azoth.

—No el de verdad, chico —corrigió el conde—. Tu nuevo nombre.

—Kylar —dijo Durzo.

El conde sacó un papel en blanco y se apoyó los quevedos en la nariz.

—¿Cómo quieres escribirlo? *¿K-i-l-l-a-r?** Durzo lo deletreó y el procurador tomó nota; después sonrió.

**(Suena de forma parecida killer, asesino en inglés. (N. del T.)*

—¿Jueguecitos de palabras en jaerano antiguo?

—Ya me conoces —dijo el ejecutor.

—No, Durzo, no creo que nadie te conozca. Aun así, resulta un poco ominoso, ¿no te parece?

—Es lo que hay.

Por enésima vez, Azoth se sintió no solo como un niño sino como un extraño. Se diría que en todas partes había secretos que no podía desentrañar, misterios que le estaban vedados. Ya no eran las conversaciones susurradas con Mama K sobre algo llamado ka'kari o sobre la política del Sa'kagé, las intrigas de la corte, la magia o criaturas de los Hielos que eran imaginarias aunque Durzo insistiera en que existían, u otras que según él eran inventadas, o referencias a dioses y ángeles que Blint no le explicaba ni siquiera cuando preguntaba. Ahora era su propio nombre. Azoth se dispuso a exigir una explicación, pero los adultos ya habían pasado a otros detalles.

—¿Para cuándo lo necesitas y hasta qué punto tiene que ser creíble? —preguntó el conde.

—Muy creíble. Cuanto antes mejor.

—Ya me lo parecía. Lo haré lo bastante bueno para que nadie lo note a menos que los Stern auténticos vengan a la ciudad. Por supuesto, te sigue quedando pendiente un problema de cierta envergadura. Tienes que adiestrarlo para que sea un noble.

—Error, yo no tengo que adiestrarlo.

—Pues claro que... —El conde dejó la frase en el aire. Chasqueó la lengua—. Ya veo. —Se ajustó los quevedos y miró a Azoth—. ¿Cuándo se viene a vivir?

—Dentro de unos meses, si sobrevive hasta entonces. Antes tengo que enseñarle unas cuantas cosas. —Durzo miró por la ventana—. ¿Quién es ese?

—Ah —dijo el conde Drake—. Es el joven señor Logan de Gyre. Un muchacho que algún día será un duque magnífico.

—No, el sethí.

—No lo sé. No lo había visto nunca. Parece un consejero.

Durzo maldijo. Agarró a Azoth por la mano y lo sacó prácticamente a rastras de la habitación.

—¿Estás preparado para obedecer? —le preguntó con tono imperioso.

Azoth se apresuró a asentir.

—¿Ves a ese chico?

—¿A eso lo llamáis chico? —preguntó Azoth.

El joven al que el conde había llamado Logan de Gyre llevaba una capa verde con ribetes oscuros, unas buenas botas de cuero negro abrillantadas hasta resplandecer, una túnica de algodón y una espada. Estaba a veinte pasos de la puerta, acompañado de un sirviente del conde. Tenía cara de mozalbete, pero su constitución hacía que pareciese años mayor que Azoth. Era enorme, más alto ya de lo que Azoth probablemente sería nunca, y más ancho y grueso que nadie que conociera, aunque no parecía gordo. Mientras que Azoth se sentía torpe y raro con su ropa, Logan transmitía comodidad, confianza, apostura y señorío. Solo mirarlo hacía que se sintiera un andrajoso.

—Busca pelea con él. Distrae al sethí hasta que yo pueda salir.

—¡Logan! —gritó una chica desde el piso de arriba.

—¡Serah! —respondió Logan, alzando la vista.

Azoth miró hacia el maestro Blint, pero había desaparecido. No había tiempo de decir nada. Daba igual si lo entendía o no. Había misterios que aún no tenía permitido comprender. Solo podía actuar o esperar, obedecer o desobedecer.

El criado abrió la puerta y Azoth retrocedió hasta esconderse detrás de la esquina. Cuando Logan entró y miró escalera arriba, con una sonrisa en los labios, Azoth volvió a doblar la esquina con paso decidido.

Chocaron y Azoth dio con la espalda en el suelo. Rodó a un lado y Logan, intentando no trabarse con él, le dio sin querer una patada en el estómago.

—¡Uuuf!

Logan se agarró al pasamanos para no caer.

—Lo siento mucho...

—¡Simio gordinflas! —Azoth se puso en pie trabajosamente, agarrándose la barriga—. Torpe cagarruta de alcantarilla... —Dejó la imprecación en el aire al darse cuenta de que todos los insultos que conocía lo delatarían como habitante de las Madrigueras.

—No pretendía... —dijo Logan.

—¿Qué pasa? —preguntó la chica desde lo alto de la escalera. Logan alzó la vista, con cara de culpabilidad.

Azoth le dio un puñetazo en la nariz que le dobló el cuello hacia atrás.

—¡Logan! —gritó el sethí.

La expresión bonachona del joven había desaparecido. Su rostro era una máscara, intensa, aunque no furiosa. Agarró la capa de Azoth y lo levantó del suelo.

A Azoth le entró el pánico; se puso a chillar y a lanzar puñetazos sin ton ni son, que magullaron las mejillas y la barbilla de Logan.

—¡Logan!

—¡Para! —gritó Logan a la cara de Azoth—. ¡Que pares!

Azoth enloqueció, y aquella intensidad de Logan se avivó hasta estallar en furia. Cambió de posición para sostener a Azoth en vilo con una sola mano y hundió el otro puño en su estómago una vez, dos. Azoth se quedó sin respiración. Entonces, un puño del tamaño de un martillo pilón le aplastó la nariz y lo dejó ciego por el dolor y las lágrimas que brotaron al instante.

Después, entre gritos lejanos, sintió que lo hacían girar en un círculo cerrado y, por un instante, volaba.

Su cabeza chocó contra madera noble y el mundo se iluminó con un fogonazo.

Capítulo 14

Logan había insistido en subir a ayudar a la condesa a cuidar del joven Kylar Stern. Le mortificaban los remordimientos, y al parecer no solo por haber perdido los nervios delante de la hermosa hija del conde Drake. Para Solon, habían sido diez segundos muy instructivos.

El conde Drake y Solon se quedaron a solas. El anfitrión lo hizo pasar a su estudio.

—¿Por qué no os sentáis? —dijo, mientras ocupaba su lugar detrás del escritorio —. ¿De dónde sois, maese Tofusin?

Era o bien cortesía o bien un señuelo. Solon soltó una risilla.

—Es la primera vez que me hacen esa pregunta. —Se señaló a sí mismo como si dijera: «¿Quieres mirarme la piel?».

—No veo ningún anillo de clan —replicó el conde—, ni cicatrices que indiquen que los han arrancado.

—Bueno, no todos los sethíes llevan los anillos.

—Hubiese jurado que sí —objetó el conde Drake.

—¿A qué viene esto? ¿Qué pretendéis?

—Siento curiosidad por saber quién sois de verdad, maese Tofusin. Logan de Gyre no solo es un joven estupendo al que considero casi como un hijo, sino también y de repente el señor de una de las Casas más poderosas del país. No os he visto nunca ni he oído hablar de vos, ¿y de la noche a la mañana sois el consejero del chico? Eso me llama la atención. No me importa que seáis sethí, si es que lo sois, pero he pasado alguna temporada en Hokkai y Tawgathu, y los únicos sethíes que no se perforan las mejillas son los exiliados despojados de clan y de familia. Sin embargo, si sois un exiliado, deberíais tener las cicatrices de cuando os arrancaron los anillos, y no es el caso.

—Vuestro conocimiento de nuestra cultura es admirable, pero incompleto. Soy de la Casa de Tofusin, buscavientos de la casa real. Mi padre estaba destinado en Sho'cendi.

—¿Un embajador ante los magos rojos?

—Sí. Sho'cendi acepta a estudiantes de todo el mundo. Como no tenía ningún talento mágico, recibí mi educación entre los mercaderes y los nobles, que no son tan tolerantes. No llevar los anillos me hizo la vida un poco más fácil. Existen más motivos, pero no creo que el resto de mi historia sea de vuestra incumbencia.

—Me parece correcto.

—¿Qué os llevó a Seth? —preguntó Solon.

—La esclavitud —contestó el conde—. Antes de incorporarme de lleno al movimiento que terminaría con la esclavitud en Cenaria hace siete años, creí que una

vía más moderada podría funcionar. Fui a Hokkai a ver si podía descubrir modos de mejorar la vida de los esclavos.

Por el tamaño reducido de la casa —muy pequeña para un noble, incluso para un conde de baja alcurnia—, Solon supo que su anfitrión no había sido un esclavista que luego se sintió culpable por su flamante riqueza. Debía de haber sido un cruzado genuino desde el principio.

—En Seth todo es muy distinto —dijo Solon—. El Año de la Alegría lo cambia todo.

—Sí, propuse la idea aquí, y hasta conseguí que se aprobara la ley, pero el Sa'kagé la saboteó de inmediato a base de sobornos. En vez de liberar a todos los esclavos el séptimo año, había que ponerlos en libertad pasados siete años de su adquisición. El Sa'kagé afirmaba que así era más sencillo, que sería ridículo comprar un esclavo el sexto año y poseerlo solo durante un mes o una semana. Por supuesto, en la práctica las cuentas las llevaba gente del Sa'kagé, de modo que, si en vuestro país el séptimo año se celebraba por todo lo alto la liberación de los esclavos, aquí pasaban los años y nunca los emancipaban. Se convirtieron en esclavos de por vida. Les daban palizas, los sacrificaban en los Juegos Mortales, mandaban a sus hijos a las granjas de bebés.

—Tengo entendido que llegaron a ser un auténtico horror —comentó Solon.

—Las instauró el Sa'kagé, diciendo que serían sitios donde los hijos de las prostitutas podrían integrarse. Siendo esclavos, sí, pero integrados. Sonaba bien, pero nos regaló lugares como la Casa de Misericordia. Lo siento, no debería seguir. Fue una época negra. ¿Es que ese chico no piensa bajar?

—A lo mejor deberíamos ir empezando —dijo Solon—. No creo que esto deba esperar y, a juzgar por el modo en que Logan miraba a vuestra hija, quizá se pasen un rato charlando.

El conde soltó una risilla.

—¿Ahora me ponéis vos a prueba?

—¿Lo sabe el duque de Gyre?

—Sí. Somos amigos. Regnus es reacio a exigirme que controle los escarceos de Logan, dadas las circunstancias de su propio matrimonio.

—No las conozco. ¿Podríais ilustrarme? —pidió Solon.

—No me corresponde a mí. En cualquier caso, Logan y Serah ya se cansarán. ¿Qué problema los ha traído aquí?

—Catrinna de Gyre.

—Cuidado —advirtió el conde.

—¿Os hizo entrega el duque de unas cartas que declaraban señor de Gyre a su hijo en su ausencia?

—Habló del tema, pero tuvo que partir a toda prisa. Dijo que su mayordomo las

traería.

—La duquesa de Gyre ha robado las cartas y las ha destruido. Después ha ido a ver a la reina.

—¿A ver a quién? —El conde estaba estupefacto.

—¿Acaso es inusual?

—No se tienen mucho aprecio. ¿Qué ha pasado?

—La señora de Gyre ha solicitado que la nombraran tutora de Logan. El rey las ha oído hablar. Ha tomado cartas en el asunto y ha anunciado que lo sometería a consultas. ¿Qué significa eso?

El conde Drake se quitó los quevedos y se frotó el caballete de la nariz.

—Significa que, si actúa con rapidez, el rey puede designar un tutor para Logan.

—¿Tan mal lo haría Catrinna de Gyre? —preguntó Solon.

El conde Drake suspiró.

—Legalmente, el rey puede poner a quien le apetezca en el lugar de Logan siempre que esté emparentado con él, lo que significa casi cualquier miembro de la nobleza. Además, en cuanto tenga al tutor colocado, ni siquiera Regnus podrá invalidar el nombramiento. Catrinna acaba de entregarle la Casa de Gyre en bandeja al rey.

—Pero vos sois el procurador del duque de Gyre, y él os comunicó sus deseos. ¿Acaso eso no vale para nada? —preguntó Solon.

—Si al rey le interesara la verdad, sí. En la práctica, necesitaríamos el pergamino de la familia de Gyre, el Gran Sello del duque y una disposición temeraria a falsificar un documento de estado. El rey celebra audiencia en media hora. Me barrunto que este será el primer punto del orden del día. No hay tiempo, así de sencillo.

Solon carraspeó y sacó un rollo de grueso pergamino y un gran sello.

El conde Drake se sonrió y agarró el pergamino.

—Creo que de repente me caéis bien, maese Tofusin.

—Wendel North me ha ayudado a redactarlo —explicó Solon—. Me ha parecido mejor dejaros a vos la firma y el sello.

El conde Drake rebuscó en su escritorio, encontró una carta del duque y la situó encima de la escritura de custodia. Con trazos rápidos y seguros, falsificó a la perfección la firma de Regnus de Gyre. Luego alzó la vista con expresión culpable y dijo:

—Llamémoslo un vestigio de mi disipada juventud.

Solon dejó caer un chorrito de lacre sobre el pergamino.

—Entonces, a la salud de la juventud disipada.

—La próxima vez te moverás —dijo Blint mientras Azoth recobraba la consciencia con un gruñido.

—No creo que vuelva a moverme jamás. Me siento como si hubieran tirado mi cabeza contra una pared.

Blint se rió, la segunda vez que Azoth le oía hacerlo en poco tiempo. Estaba sentado al borde de su cama.

—Lo has hecho bien. Creen que estabas aturullado por haberte caído delante de la hija de Drake, de modo que lo achacan todo a una riña de críos. El joven señor de Gyre se moría de remordimientos por haberte pegado: por lo visto es todo un gigante bonachón, de esos que nunca se ponen nerviosos. También nos ha ido bien que tengas como un cuarto de su tamaño y que Serah se haya enfadado con él. Has armado un buen revuelo.

—¿Revuelo? Qué tontería.

—En su mundo hay reglas para las peleas, de modo que no suponen más riesgo que el de quedar mal o hacerse un poco de daño. En el peor de los casos, se juegan su aspecto si les rompen la nariz o les dejan una cicatriz fea. No son peleas a vida o muerte. En su mundo, puedes luchar con un hombre y después hacerte su amigo. De hecho, jugarás tus cartas de tal modo que Logan se haga amigo tuyo porque, con un hombre como él, solo podéis acabar siendo grandes amigos o enemigos jurados. ¿Lo entiendes, «Kylar»? Pronto trabajaremos en tu nueva identidad.

—Sí, señor. Señor, ¿por qué no queríais que os viese maese Tofusin? Por eso me habéis ordenado que pelee con Logan, ¿no? Para actuar de distracción.

—Solon Tofusin es un mago. La mayoría de los magos varones no pueden distinguir si tienes Talento con solo mirarte. Las magas, en cambio, sí. Hay disfraces contra su visión que te enseñaré más adelante, pero no tenía tiempo para hacerlo y no me apetecía subir la escalera y saltar por una ventana.

Azoth estaba confundido.

—Pero si no actúa como un mago.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Durzo.

—Eh... —Azoth no creía que responder «No es como los magos de los cuentos» fuese a complacer a Durzo.

—La verdad —explicó el maestro— es que Solon no le ha contado a Logan ni a nadie que es un mago, y tú tampoco lo revelarás.

Cuando conoces los secretos de un hombre, tienes poder sobre él. El secreto de un hombre es su debilidad. Todo hombre tiene su debilidad, no importa... —El maestro Blint dejó la frase en el aire, con los ojos repentinamente distantes, inertes. Se puso en pie y salió sin decir más.

Azoth cerró los ojos, desconcertado. Se preguntó por las rarezas de su nuevo maestro. Se preguntó por la hermandad. Se preguntó si Ja'laliel habría comprado su reválida. Se preguntó cómo le iría a Jarl. Por encima de todo, se preguntó por Muñeca.

—¿Qué tal, Azo?

—¿Qué hay, Jay? —dijo Azoth. Aunque entonó las palabras con el mismo énfasis de siempre, sintió morir una parte de sí mismo. Se suponía que esa era una de sus últimas excursiones como Azoth. Pronto tendría que convertirse en Kylar. Caminaría diferente, hablaría diferente. Nunca volvería a visitar sus viejos barrios de las Madrigueras. En ese momento comprendió que el mundo de Azoth ya estaba muriendo, que jamás volvería a conectar con Jarl. No tenía nada que ver con las mentiras que contaría Kylar, y sí todo que ver con Rata. La situación había cambiado. Para siempre.

Azoth y Jarl se miraron durante un largo rato en la sala común del local de Mama K. Era casi medianoche, y pronto echarían del establecimiento a los ratas de hermandad. Eran bienvenidos en esa sala durante todo el día, pero solo les permitían dormir allí en invierno, y aun entonces únicamente si obedecían las reglas: nada de peleas, nada de robos, nada de explorar más allá de la cocina y la sala común y nada de molestar a los adultos que entraban. Si algún rata se saltaba las normas, el acceso al local de Mama K era denegado a su hermandad entera durante ese invierno. Por lo general, eso equivalía a la pena de muerte para el infractor, pues significaba que la hermandad tendría que dormir en las alcantarillas para resguardarse un poco del frío y se lo haría pagar.

Aun así, la sala siempre estaba abarrotada. Había chimenea y un suelo cubierto de mullidas alfombras sobre las que se dormía muy bien. En un tiempo estuvieron limpias, pero sus cuerpos mugrientos las habían manchado. Por mucho que lo estropeasen todo, Mama K nunca se enfadaba con ellos y cada pocos meses aparecían alfombras nuevas. Había sillas resistentes en las que tenían permitido sentarse, juguetes, muñecas y montones de juegos. A veces Mama K hasta les compraba chucherías. Allí jugaban, alardeaban y chismorreaban a sus anchas con cualquiera, incluso con chicos que no fueran de su hermandad. Era el único lugar donde los ratas podían permitirse parecer niños. Era el único lugar seguro que conocían.

A su regreso, Azoth lo vio con otros ojos. Lo que hasta hacía tan poco se le había antojado el colmo del lujo era solo una sala cualquiera, con muebles feos y juguetes sencillos, porque los ratas de hermandad destrozarían cualquier cosa mejor. Lo mancharían todo y romperían los objetos delicados, no a mala fe sino por ignorancia. El lugar era el mismo; era Azoth quien había cambiado. Azoth... o Kylar, quienquiera que fuese, se asombró ante el hedor de los que fueran sus iguales. ¿Es que no se olían a sí mismos? ¿No les daba vergüenza, o era solo él quien se abochornaba al ver lo que había sido?

Como siempre hacía tras su clase de lectura con Mama K, Azoth había buscado a Jarl. Sin embargo, ahora que se veían cara a cara, ninguno de los dos encontraba nada

que decir.

—Necesito tu ayuda —comenzó Azoth por fin. No había manera de disimular sus intenciones. No estaba allí para visitar a un amigo. Estaba allí para hacer un trabajo.

—¿Mi ayuda?

—Necesito saber qué ha sido de Muñeca. ¿Dónde está? Y necesito saber qué está pasando con las hermandades.

—Claro, no debes de tener ni idea.

—No. —Las hermandades ya no formaban parte de su vida. Nada era como antes.

—¿Tu maestro te pega? —preguntó Jarl, señalando los ojos morados de Azoth.

—Fue en una pelea. Sí que me pega, pero no como... —Azoth dejó la frase a medias.

—¿No como Rata?

—¿Cómo está? —inquirió Azoth, haciéndose el tonto.

—¿Por qué no me lo cuentas tú? Fuiste quien lo mató.

Azoth abrió la boca pero, al ver a dos pequeños en el recibidor de Mama K, se calló.

—Blint te hizo matar a Rata para ver si eras capaz, ¿verdad? —preguntó Jarl en voz baja.

—No. ¿Estás loco? —En la cabeza de Azoth resonaba el eco de la voz del maestro Blint durante los entrenamientos: «Las cosas se saben. Las cosas siempre acaban sabiéndose».

Jarl adoptó una expresión dolida y no dijo nada durante un buen rato.

—No debería incordiarte, Azoth. Lo siento. Solo debería darte las gracias. Rata... me dejó destrozado. Ando siempre muy confundido. Lo odiaba, pero a veces... Cuando Rata desapareció y te vi alejarte con Blint... —Jarl parpadeó deprisa y apartó la mirada—. A veces te odio. Me dejaste sin nadie. Pero eso no está bien, tú no hiciste nada malo. Fue Rata... y yo.

Azoth no sabía qué decir. Su amigo volvió a parpadear con furia.

—Cállate, Jarl —se reprendió, secándose los ojos con un puño cerrado—. Cállate.

Azoth era consciente de que hubiese debido decir algo. Habría debido consolarle de alguna manera, pero no sabía cómo. Jarl había sido su amigo (era su amigo, ¿o no?), pero había cambiado. Y Azoth había cambiado. Se suponía que ahora era Kylar pero, lejos de eso, no era más que un impostor a caballo entre dos mundos a los que intentaba agarrarse mientras se desgajaban. Para sobrevivir al cataclismo llamado Rata, Azoth se había aferrado a algo que no comprendía, pero de una cosa sí estaba seguro: entre él y Jarl se había abierto una sima a la que Azoth temía acercarse aun sin distinguir su naturaleza, aun sabiendo solo de ella que contenía miedo e inmundicia. Jarl le estaba dejando espacio para reconstruir los muros planteando su pregunta, una pregunta sencilla que se pudiera responder con sencillez, un problema

que de verdad pudieran resolver.

—Muñeca —dijo Azoth. Sintió alivio al distanciarse del que fuera su amigo, y remordimientos por ese alivio.

—Ah —replicó Jarl—. ¿Sabes que la...?

—¿Ahora está bien?

—Está viva, pero no sé si saldrá adelante. Se ríen de ella. Ahora que tú no estás, no es la de antes. Llevo un tiempo compartiendo mi comida con ella, pero la hermandad se desmorona. Las cosas van muy mal. No tenemos suficiente comida.

«"La hermandad", no "nuestra hermandad".» Azoth mantuvo la expresión impasible, negándose a acusar cuánto dolía eso. No debería haber dolido. Fue él quien quiso dejarlo, fue él quien se fue, pero aun así le hacía sentirse vacío.

«Estarás solo. Serás diferente. Siempre.»

—Ja'laliel está en las últimas; resulta que Rata robó el dinero de su reválida. Y ahora han perdido los muelles contra la hermandad del Hombre Ardiendo, y hay otras que también aprietan.

—¿«Han» perdido?

Jarl torció el gesto.

—Si tanto te interesa, me echaron del Dragón Negro. Nos echaron a todos. No querían maricas ni besarratas, dijeron.

—¿Estás sin hermandad? —preguntó Azoth. Era un desastre. los ratas sin hermandad eran presa fácil para cualquiera. Que Jarl se hubiese mantenido con vida tras su expulsión era sorprendente, que tuviera comida para compartir con Muñeca, asombroso, y que estuviese dispuesto a compartirla, toda una lección.

—Unos cuantos nos hemos juntado durante una temporada. Nos llaman los Maricas. Tengo pensado unirme a Dos Puños, en el lado norte. Se dice que pueden dominar pronto el mercado de Durdun —dijo Jarl.

El Jarl de toda la vida, siempre con un plan.

—¿También aceptarán a Muñeca?

La respuesta fue un silencio culpable.

—Se lo pedí. De verdad, Azoth. Es que no quieren, y punto. Si tú... —Jarl abrió la boca para añadir algo y luego la cerró.

—No hace falta que me lo pidas, Jarl. Te he estado buscando para devolvértelo. —Azoth se levantó la túnica y se desató la faja llena de monedas, que entregó a Jarl.

—Azoth, esto... esto pesa el doble que antes.

—Yo me ocuparé de Muñeca. Dame un par de semanas. ¿Puedes cuidar de ella hasta entonces?

A Jarl se le estaban llenando los ojos de lágrimas, y Azoth tenía miedo de que le pasara lo mismo. Ya se llamaban Jarl y Azoth entre sí, no Jay y Azo.

—Le contaré a Mama K lo listo que eres, a ver si tiene trabajo para ti —dijo

Azoth—. Ya sabes, por si no cuaja el asunto de Dos Puños.

—¿Me harías ese favor?

—Claro, Jay.

—¿Azo? —dijo Jarl.

—¿Sí?

Jarl vaciló y tragó saliva.

—Habría dado cualquier cosa por...

—Yo también, Jarl. Yo también.

Capítulo 15

«El precio de la desobediencia es la muerte.» Día tras día, la frase daba vueltas en la cabeza de Azoth mientras planeaba cómo desobedecería.

El entrenamiento era brutalmente duro, pero no brutal. En las hermandades, un puño podía pegarle una paliza a alguien para escarmentarlo y cometer un error que lo dejara lisiado de por vida. El maestro Blint jamás cometía errores. Azoth sentía exactamente tanto dolor como Blint quería, que, por lo general, era mucho.

«¿Y qué?» Disfrutaba de dos comidas al día. Podía comer tanto como desease, y Blint le quitaba el dolor de los músculos a base de entrenamiento.

Al principio todo eran maldiciones y golpes. Azoth no hacía nada a derechas. Sin embargo, las maldiciones eran aire, y los golpes un dolor pasajero. Blint nunca lisiaría a Azoth y, si decidía matarlo, no había nada que él pudiera hacer para evitarlo.

Era lo más parecido a la seguridad que había experimentado nunca.

En cuestión de semanas, se dio cuenta de que le gustaba entrenar. Los combates de prácticas, las armas embotadas de entrenamiento, las pistas de obstáculos, hasta la botánica. Aprender a leer con Mama K era difícil. «¿Y qué?» Dos horas de frustración al día no eran nada. Azoth no podía quejarse.

Al cabo de un mes, se dio cuenta de que valía. No era obvio y, de no haberse habituado tanto a captar los estados de ánimo y reacciones de Blint, nunca habría reparado en ello, pero, de vez en cuando, veía una leve expresión de sorpresa cuando dominaba alguna habilidad nueva antes de lo que su maestro se esperaba.

Eso lo impulsó a redoblar sus esfuerzos, con la esperanza de ver esa expresión no una vez por semana, sino una vez al día. Por su parte, Mama K lo hacía descifrar garabatos durante más tiempo del que podía imaginarse. Tenía una manera de sonreír y decir exactamente lo correcto que hacía que se le pasaran las horas volando. Las palabras eran poder, decía la antigua cortesana. Las palabras eran una segunda espada para el hombre que las blandía bien. Y Azoth las necesitaría si el mundo debía creer que era Kylar Stern, así que Mama K trabajó con él en su nueva identidad, planteándole las preguntas que le harían otros nobles, ayudándole a idear anécdotas inofensivas sobre su juventud en el este de Cenaria y enseñándole rudimentos de etiqueta. Le dijo que el conde Drake le enseñaría el resto una vez fuera a vivir con su familia. Cuando Azoth atravesara la puerta de los Drake, le dijo, sería Kylar para siempre jamás. Blint lo entrenaría en una casa segura en la orilla oriental. Mama K se vería con él en uno de sus locales de ese mismo lado. Solo cuando empezase a acompañar a Blint en sus encargos regresaría a las Madrigueras.

Azoth trabajó para ella con ahínco y sin quejas, salvo la vez en que, asqueado por su propia estupidez, lanzó un libro a la otra punta de la habitación. Estudió durante una semana en el infierno de la desaprobación de Mama K, hasta que le llevó unas

flores que había robado y ella lo perdonó.

Le había entregado a Jarl dinero de sobra para ocuparse de Muñeca, pero su amigo no podría limitarse a entregarle las monedas a la niña: alguien podía robárselas. Lo peor era que Muñeca estaba sola. Muda y con la cara destrozada a golpes, ella tampoco estaría haciendo muchos amigos.

«El precio de la desobediencia es la muerte», había dicho el maestro Blint. Y le había prohibido volver a ver a Muñeca. Jamás.

Mama K explicó a Azoth que, con el tiempo, el maestro Blint lo apreciaría y confiaría en él pero que, cuando decía cosas como aquella, por el momento Azoth debía tomarlas como la ley. Eso le infundió esperanzas, hasta que Mama k se lo aclaró: se refería a la ley de la calle, que era inmutable y omnipotente, no a la patética ley del rey. Era una pena, porque Azoth necesitaba ver a Muñeca una última vez.

Cuando por fin le surgió la oportunidad, no fue gracias a ninguna artimaña suya. El maestro Blint tenía un trabajo, de modo que dejó a Azoth solo. También dejó una lista de tareas, pero Azoth sabía que, si se daba prisa, podía terminarlas todas y aun así disponer de varias horas antes de encontrarse con Mama K para su lección de lectura.

Se volcó en cumplir con la lista. Sacó el polvo a la sala de las armas, sin olvidarse de usar una escalera para llegar a las hileras más altas y al equipo que estaba fuera de su alcance. Revisó y limpió las armas de práctica de madera. Aceitó y limpió las herramientas que el maestro Blint había utilizado recientemente. Aplicó un tipo distinto de aceite a las dianas y los muñecos de cuero que el maestro le hacía atacar durante horas enteras. Repasó las costuras de aquellos que había pateado el propio maestro y, al ver que varios puntos habían saltado, volvió a coserlos. No era muy diestro con la aguja pero, aunque solo fuera en aquello, el maestro Blint toleraba un trabajo menos que perfecto. Barrió el suelo y, como siempre, no tiró la suciedad a la calle, sino que la recogió en un cubo pequeño. El maestro Blint no quería que saliese de la casa segura. Nunca, a menos que tuviese órdenes directas.

Se sorprendió a sí mismo limpiando por segunda vez una daga de Blint. Era una hoja larga y delgada con una minúscula filigrana de oro. Por obra de la casualidad o del paso del tiempo, el oro se había desgastado en los surcos practicados para él, de modo que se había metido sangre en los estrechos cauces de la filigrana: Blint había usado la daga hacía poco y debía de haber tenido prisa al enfundarla. Azoth empleó la punta de otra fina daga para sacar la sangre.

Debería haber hundido la hoja en agua para después frotarla con vigor, pero aquella era su última tarea. Mama K no lo esperáis hasta al cabo de tres horas. Si se entretenía hasta entonces con sus tareas, no sería culpa suya no actuar.

«¿Qué pasa si no haces nada? le había preguntado Blint—.

Nada. Eso conlleva un precio y una libertad terrible, chico. Recuérdalo.» El

maestro Blint lo había dicho a propósito de actuar contra un muriente cuando la situación parecía arriesgada, pero Azoth sentía el peso de aquellas palabras en ese momento.

«Si hago algo, ¿qué es lo peor que puede pasar? Que el maestro Blint me mate.» Eso era bastante malo. Las posibilidades de que sucediera eran escasas, sin embargo. A diferencia de otros ejecutores que podían pasar la vida entera en las Madrigueras, el maestro Blint solo aceptaba encargos de quienes pudieran permitirse sus tarifas. Eso solía significar nobles. Eso significaba siempre el lado este. De modo que estaría en la otra punta de la ciudad.

«¿Lo peor de verdad si no hago nada? Muñeca muere.»

Dejó la daga con una mueca.

Encontrar a Muñeca no era tan fácil como proponérselo. La hermandad del Dragón Negro había dejado de existir. Había desaparecido sin más. Kylar fue a su antiguo territorio y descubrió que se lo habían comido Mano Roja, Hombre Ardiendo y Cuchillo Oxidado. Los viejos dragones negros garabateados en edificios y acueductos empezaban ya a descolorarse. Llevaba un par de dagas, pero no tuvo que usarlas. En un momento dado lo pararon varios ratas de Hombre Ardiendo, pero uno de los mayores había formado parte de sus lagartos. El chico les dijo unas palabras a los demás, que estaban a punto de atracar a Azoth, y lo dejaron correr. El lagarto no llegó a dirigirle una sola palabra.

Cruzó de un lado a otro su antiguo territorio media docena de veces, pero sin encontrar a Muñeca. Le pareció ver a Corbin Fishill, alguien que siempre había sabido que era importante y del que ahora sabía, porque se lo había contado el maestro Blint, que era uno de los Nueve. Sin embargo, todos los ratas de hermandad que vio guardaron las distancias.

Se estaba agotando el tiempo cuando Azoth pensó por fin en la vieja panadería. Muñeca estaba allí, sola. Se encontraba de espaldas a él y, por un momento, Azoth se quedó quieto, temeroso de llamar su atención. Entonces ella se volvió.

Los efectos del sadismo de Rata eran evidentes. Un mes no había bastado para que sus heridas sanaran. Solo había bastado para mostrar al mismo tiempo el aspecto que debió de tener su cara en las últimas semanas y el que tendría durante el resto de su vida. Rata la había golpeado primero, le había pegado hasta dejarla sumisa o inconsciente. Luego le había llevado el cuchillo a la cara.

Un corte profundo trazaba una curva desde el rabillo del ojo izquierdo hasta la comisura de la boca. Se lo habían cosido con docenas de puntos minúsculos, pero la cicatriz tiraría para siempre de la boca de Muñeca en una media sonrisa antinatural. En la otra mejilla tenía un corte ancho en forma de X, a juego con otra X más pequeña que le cruzaba el centro de los labios. Comer, sonreír, fruncir la boca... cualquier movimiento de los labios debía de haber sido un tormento. Aún tenía un ojo

hinchado, y Azoth no estaba seguro de que fuera a poder usarlo nunca más. Las demás heridas posiblemente desaparecerían con el tiempo. Una costra en la frente, el contorno amarillo casi indistinguible de su otro ojo y una nariz que debían de haberle enderezado, porque Azoth estaba convencido de que Rata se la había roto.

En conjunto, su cara era el testimonio de crueldad que se había pretendido. Rata quería que todo el que mirase a Muñeca supiera que no había sido un mero accidente. Quería que todos supieran que aquello se había hecho adrede. Por un momento, Azoth deseó que la muerte de Rata hubiera sido más espantosa todavía.

El tiempo pareció arrancar de nuevo. Estaba mirando fijamente a Muñeca, contemplando la cara de su amiga con horror manifiesto. Los ojos de la niña, que habían estado tan llenos de sorpresa y repentina esperanza, se poblaron de lágrimas. Se tapó y dio media vuelta, llorando en silencio, sacudiendo sus delgados hombros.

Azoth se sentó a su lado.

—He venido en cuanto he podido. Ahora tengo un maestro y he tenido que desobedecerle solo para estar aquí, pero no podía dejarte tirada. No lo has pasado muy bien, ¿verdad?

Muñeca empezó a sollozar. Azoth se imaginaba los motes que debían de haberle puesto. A veces le entraban ganas de matar a tollos los habitantes de las Madrigueras. ¿Cómo podían reírse de Muñeca? ¿Cómo podían hacerle daño? Era un milagro que siguiera viva. Un milagro, y Jarl. Jarl debía de haberse jugado la vida una docena de veces.

Azoth se acercó a ella y la atrajo hacia sí. Muñeca se dio la vuelta y se agarró a él como si sus lágrimas pudieran arrastrarla corriente abajo. Azoth la abrazó y lloró.

Pasó el tiempo. Azoth se sentía como si lo hubieran exprimido. No estaba seguro de cuánto tiempo la había abrazado, pero sabía que había sido demasiado.

—Tengo buenas noticias —le dijo.

Muñeca lo miró con esos grandes ojos castaños.

—Ven conmigo —añadió Azoth.

Juntos salieron de las Madrigueras, cruzaron el puente de Vanden y llegaron a la villa del conde Drake. Muñeca abrió los ojos como platos cuando se dirigieron a la mansión del conde, y más aún cuando el viejo portero franqueó el paso a Azoth y los acompañó adentro.

El conde Drake estaba en su estudio. Se puso en pie y les dio la bienvenida, evitando de algún modo sorprenderse siquiera por el terrible aspecto del rostro de Muñeca. Era mejor persona que Azoth.

—¿Te ha contado Azoth por qué estás aquí, señorita? —preguntó el conde. El nombre era una elección consciente. Muñeca formaba parte de la vida de Azoth; no formaría parte de la de Kylar. No debía conocer su nuevo nombre.

Muñeca meneó la cabeza con timidez, agarrada a Azoth.

—Te hemos encontrado una familia, Muñeca —explicó el conde Drake—. Quieren que vivas con ellos y seas su hija. Cuidarán de ti. No tendrás que dormir en las calles nunca más. Sirven en una casa de aquí, en el lado este. Si no quieres, no tendrás que volver nunca más a las Madrigueras.

Por supuesto, todo había sido un poco más complicado. El conde Drake conocía a la familia desde hacía tiempo. Habían acogido a otros huérfanos hijos de esclavos a lo largo de los años, pero no podían permitirse alimentar a otro. De modo que Azoth había jurado costear la manutención de Muñeca con su paga, que ya era generosa y que, según el maestro Blint, aumentaría a medida que se fuese haciendo más útil. Al conde Drake no le había hecho gracia ocultarle ningún secreto al ejecutor pero, después de que Azoth le explicara lo sucedido, se había mostrado dispuesto a ayudar.

Muñeca se aferró a Azoth, incapaz de comprender o de creer lo que el conde acababa de decir. Drake se puso en pie.

—Bueno, estoy seguro de que probablemente desearás decirle algunas cosas, y yo tengo que preparar el carruaje, de modo que si me disculpáis... —Los dejó a solas, y Muñeca miró a Azoth con ojos acusadores.

—Nunca fuiste tonta —dijo él.

Muñeca le apretó la mano con fuerza.

—Mi maestro me ordenó no volver a verte. Hoy es la última vez que estaremos juntos. —Muñeca le tiraba de la mano, con expresión belicosa—. Sí, la última —repitió él—. No es lo que yo querría, pero como se entere de que lo he desobedecido aunque sea con esto, me mata. Lo siento. Por favor, no te enfades conmigo.

Muñeca lloraba y él no podía hacer nada.

—Ahora tengo que irme. Volverá en cualquier momento. Lo siento. —Apartó con esfuerzo la mirada de su amiga y caminó hacia la puerta.

—No me dejes.

La voz le surcó la columna como una lanza de hielo. Se volvió, incrédulo. Era una voz de niña pequeña, exactamente la que uno esperaría si no supiera que Muñeca era muda.

—¿Por favor? —rogó la niña. Era una voz bonita, incongruente al salir de la máscara maltrecha que Rata le había dejado por cara.

A Azoth volvieron a poblársele los ojos de lágrimas, y salió corriendo por la puerta...

Para chocar contra alguien alto, delgado y duro como si estuviese tallado en roca maciza. Azoth cayó de culo y levantó la vista horrorizado.

El maestro Blint tenía la cara amoratada de furia.

—¿Cómo te atreves? —gritó—. Con todo lo que he hecho por ti, ¿me desafías? Acabo de matar a uno de los Nueve y ¿qué haces tú? Pasearte por la zona de ejecución durante dos horas, para que todo el mundo sepa que el aprendiz de Blint

estuvo allí. ¡Puede que me hayas buscado la ruina!

Levantó a Azoth del suelo como si fuera un gatito y le pegó. La fuerza del golpe rasgó un jirón de túnica que se quedó en la mano de Blint mientras Azoth salía despedido hacia atrás. Blint se adelantó y esta vez golpeó a Azoth en la mandíbula con el puño cerrado.

La cara del chico rebotó contra el suelo del conde y apenas pudo ver que Muñeca arremetía contra el maestro Blint mientras la enorme espada negra salía de su vaina.

—¡No le hagáis daño a ella! —gritó Azoth. Se lanzó sobre Blint como un loco y agarró el filo de Sentencia, pero Blint era una fuerza de la naturaleza. Alzó a Muñeca en vilo con la otra mano y la sacó al pasillo. Corrió el cerrojo, lo descorrió y volvió a correrlo en rápida sucesión. Entonces se volvió de cara a Azoth, pero lo que estuviera a punto de decir murió en sus labios. La gran espada negra seguía enterrada en las manos del chico, cortando hasta el hueso. Solo que ya no era negra. La hoja brillaba con un resplandor azul.

Un fuego azul incandescente envolvió la mano de Azoth, le quemó de frío los dedos heridos, se extendió por el filo hacia la empuñadura...

—¡No, eso no! ¡Es mío! —gritó Blint. Arrojó la espada a un lado como si fuera una víbora, lejos de los dos. La ira de sus ojos había dado paso a una furia absoluta y ciega. Azoth ni siquiera vio venir el primer golpe. Ni siquiera supo cómo volvía a estar en el suelo. Algo húmedo y pegajoso le enturbiaba la visión.

Entonces el mundo se desvaneció en una sucesión de duros impactos, luz cegadora, dolor, el intenso aliento a ajo del maestro Blint y unos gritos y golpes en la puerta que se hicieron cada vez más lejanos.

Capítulo 16

Durzo contempló la espumosa cerveza marrón como si contuviera respuestas. No iba a darle ninguna, y él debía tomar una decisión. Lo rodeaba el habitual jolgorio forzado del burdel, pero nadie, hombre o mujer, lo molestaba. Quizá fuera por Sentencia, desenvainada sobre la mesa a su lado. Quizá fuera solo por la expresión de su cara.

«¡No le hagáis daño a ella!», había gritado Azoth. Como si Durzo fuera a asesinar a una niña de siete años. ¿Por qué clase de monstruo lo tomaba el chico? Vino a su mente la tremenda tunda que había dado a Azoth, golpeando de cualquier manera esa tierna carne infantil hasta dejarlo inconsciente, antes de que el conde Drake echara la puerta abajo y lo agarrase. Casi había matado al conde en ese momento, de tan enloquecido que estaba. Drake lo había mirado de una manera... Maldito fuera el conde Drake y sus condenados ojos de santurrón.

Ese azul incandescente. Maldito fuera. Maldita toda la magia. (ion ese destello azul de Sentencia había visto morir su esperanza. La esperanza ya agonizaba desde que Vonda falleció, pero ese azul era una puerta que se cerraba para siempre. Significaba que Azoth era digno allí donde Durzo no lo era, como si todos sus años de servicio no valieran nada. El chico le estaba arrebatando todo aquello que lo hacía especial. ¿Qué le quedaría a Durzo Blint?

Cenizas. Cenizas, y sangre, y nada más.

De repente la espada que tenía delante parecía una burla.

¿Sentencia? ¿Dar a la gente lo que se merece? Si de verdad me dedicara a eso, tendría que tragármela hasta la maldita empuñadura. La última vez que había estado tan cerca de la locura fue al morir Vonda, hacía cuatro meses y seis días. Con un suspiro, hizo girar la cerveza en el vaso, pero no bebió. Ya tendría tiempo de sobra para eso luego. Luego, después de tomar su decisión, necesitaría una jarra. Necesitaría doce, con independencia de lo que decidiese.

Había bebido mucho con Vonda. Eso cabreaba a su hermana. Por supuesto, la relación entera había cabreado a Mama K. Había prohibido a Durzo que se viera con su inocente hermanita. Había prohibido a Vonda que se viera con el ejecutor. Tan lista para otros asuntos como era, lo único que logró Mama K fue espolear una relación que podría no haber existido de otro modo. Aun rodeado de carne fácil, previo pago o no, la hermana pequeña de Gwinvere había despertado de repente la curiosidad de Durzo. Quería saber si aquella pose virginal era un camelo.

Lo era. Durzo se había llevado un chasco, pero lo disimuló pagando hipocresía por hipocresía. En cualquier caso, Vonda tenía muchos otros misterios. No siempre lo trataba bien, pero al menos no le tenía miedo. Durzo no creía que lo conociese lo bastante bien para tenerle miedo. Vonda daba la impresión de surcar la superficie de

la vida mientras los demás se hundían hasta el cuello en el agua de las alcantarillas. Durzo no la entendía, y eso lo embelesaba.

Después de que empezara su romance, podría haberlo mantenido en secreto. Era posible: conocía el día a día de Gwinvere lo bastante bien para haber mantenido oculto el asunto durante años. Pese a toda la perspicacia de Gwinvere, Durzo sabía ser inescrutable. Sin embargo, no había sucedido así. Vonda se lo había contado a su hermana. Probablemente lo había anunciado a las primeras de cambio, conociéndola. Quizá hubiera sido un gesto insensible, pero Vonda no sabía lo que se hacía.

«Pon fin a esto ahora, Durzo Blint —le había dicho Gwinvere, con considerable calma—. Ella te destruirá. Quiero a mi hermana, pero será tu ruina.» Todo habían sido palabras. Palabras de Gwinvere para salirse con la suya, como siempre. Con todo su poder, la enfurecía no poder dirigir las vidas que más le interesaba controlar.

El tiempo le había dado la razón, por supuesto. Quizá no en el modo en que ella pensaba, pero había acertado. Gwinvere siempre había entendido a Durzo mejor que ninguna otra persona, y él la comprendía a ella. Eran espejos uno del otro. Gwinvere Kirena habría sido perfecta para él... si él pudiera amar lo que veía en el espejo.

«¿Por qué pienso en todo esto? Son estupideces, agua pasada. Ya terminó todo.» Había que tomar una decisión: ¿educaba al chico y conservaba la esperanza, o lo mataba de inmediato?

«Esperanza. Ya. La esperanza son las mentiras que nos contamos sobre el futuro.» Había tenido esperanzas antes. Había osado soñar con una vida diferente, pero al llegar el momento...

—Se te ve pensativo, Gaelan Fuego de Estrella —dijo un bardo ladeshiano, que se sentó delante de Durzo sin pedir permiso.

—Estoy decidiendo a quién matar. Vuélveme a llamar así y saltarás al primer puesto de la lista, Aristarco.

El bardo sonrió con la confianza de quien sabe que sus perfectos dientes blancos no hacen sino resaltar una cara agraciada. «Por los Ángeles de la Noche.»

—Sentimos una curiosidad tremenda por lo que ha pasado estos últimos meses.

—Tú y la Sociedad podéis iros a tomar por saco —le espetó Durzo.

—Creo que te gusta nuestra atención, «Durzo Blint». Si nos quisieras muertos, estaríamos muertos. ¿O de verdad estás atado por ese código tuyo de sentenciar y dar a cada uno lo que se merece? Es una cuestión muy debatida en la Sociedad.

—Todavía peleándoos por los mismos asuntos, ¿eh? ¿No tenéis nada mejor que hacer? Hablar, hablar, hablar. ¿Por qué no hacéis algo productivo por una vez?

—Lo intentamos, Durzo. A decir verdad, por eso estoy aquí. Quiero ayudarte.

—Qué amable.

—Lo has perdido, ¿no es así? preguntó Aristarco—. ¿Lo has perdido, o te ha abandonado? ¿De verdad escogen las piedras a sus propios amos?

Durzo reparó en que estaba haciendo girar el cuchillo entre sus dedos una vez más. No era para intimidar al ladeshiano, que con aplomo encomiable no lanzó ni una mirada fugaz al arma, sino para mantener las manos ocupadas. No servía para nada. Paró.

—Te diré por qué nunca he sido amigo de ninguno de vosotros, Aristarco: no sé si vuestro pequeño círculo se ha interesado alguna vez por mí, o si solo le interesa mi poder. Una vez, casi me decidí a revelar algunos de mis misterios, pero me di cuenta de que lo que compartiera con uno de vosotros, lo compartía con todos. Así que dime, ¿por qué iba a dar semejante poder a mis enemigos?

—¿A eso hemos llegado? —preguntó Aristarco—. ¿Enemigos? ¿Por qué no nos borras entonces de la faz de la tierra? Estás más capacitado que nadie para ese empeño.

—No mato sin motivo. El miedo no es suficiente para motivarme. Quizá escape a vuestra comprensión, pero puedo tener poder sin usarlo.

Aristarco se acarició la barbilla.

—Entonces eres mejor hombre de lo que muchos se temen. Ahora veo por qué fuiste elegido de buen principio. —El bardo se puso en pie—. Debes saber una cosa, Durzo Blint. Estoy lejos de casa y no dispongo de los medios que desearía pero, si acudes a mí, te prestaré toda la ayuda que pueda. Y saber que has considerado justa la causa será explicación suficiente para mí. Que tengas un buen día.

El hombre salió del burdel, sonriendo y guiñando el ojo a las putas que parecían decepcionadas al perder ese cliente. Durzo vio que el bardo llevaba su encanto como una máscara.

«Las máscaras cambian, pero los enmascarados siguen siendo los mismos, ¿no?» Durzo había convivido tanto tiempo con la hez de la humanidad que veía porquería en todos los corazones. Sabía que la porquería estaba allí; en eso tenía razón. Había mugre y oscuridad incluso en el corazón de Rimbold Drake. Pero Drake no actuaba al dictado de esa oscuridad, ¿verdad? No. Ese enmascarado, aunque fuera el único, sí había cambiado.

«El miedo no es suficiente para motivarme», había dicho... mientras planeaba el asesinato de un niño. «Pero ¿qué clase de monstruo soy?»

Estaba atrapado. Verdadera y desesperadamente atrapado. Había matado a Corbin Fishill ese mismo día. El shinga y los Nueve habían sancionado la muerte. Corbin gestionaba las hermandades como si estuviera en Khalidor, enfrentando unas contra otras, fomentando una guerra abierta entre ellas y sin hacer absolutamente nada para regular la brutalidad en su seno. Los khalidoranos actuaban de aquel modo creyendo que así los mejores saldrían solos, pero el Sa'kagé quería miembros, no monstruos.

Peor aún: acababan de llegarles ciertos indicios de que Corbin podría haber estado trabajando realmente para Khalidor. Eso era inexcusable. No el aceptar el

trabajo, sino aceptarlo sin informar al resto de los Nueve. La primera lealtad debía ser siempre hacia el Sa'kagé.

La muerte estaba sancionada y había sido justa. Eso no significaba que los amigos de Corbin fuesen a aceptarla. Durzo había matado antes a miembros de los Nueve, pero siempre con especial cuidado de ocultar quién había sido el responsable. Azoth había paseado como si tal cosa por su zona de actuación durante horas, un poco antes de que consumase el encargo y hasta mucho después. Demasiada gente sabía o sospechaba que Durzo había adoptado a Azoth como aprendiz para que nadie los relacionase. «Ha sido una ejecución chapucera», dirían. «A lo mejor Durzo Blint empieza a perder facultades.»

Ser el mejor lo convertía en un objetivo. La apariencia de debilidad proporcionaba a cualquier ejecutor de segunda la esperanza de ocupar su puesto. Azoth no podía haberlo sabido, por supuesto. Había tantas cosas que aún no sabía. Sin embargo, en ese destello azulado de la hoja de Sentencia, Durzo había visto su propia muerte. Si dejaba vivir al chico, él moriría. Tarde o temprano.

Y allí estaba. La economía divina. Para que alguien viviera, alguien debía morir.

Durzo Blint tomó su decisión y empezó a beber.

—El maestro Blint no ha venido a verme.

—No —respondió Mama K.

—Han pasado cuatro días. Me dijisteis que ya no estaba enfadado conmigo —dijo Azoth, cerrando las manos en puños. Pensaba que se las había cortado, pero estaban bien. Le dolían muchos otros puntos de su cuerpo, con lo que la paliza no había sido imaginaria, pero sus manos estaban bien.

—Tres días. Y no está enfadado. Bébete esto.

—No. No quiero más de esa porquería. Me pone peor. —Lamentó las palabras en el mismo instante de pronunciarlas.

Mama K alzó las cejas y enfrió la mirada. Aun arrebujado entre las mantas calientes de un dormitorio libre en el local de Mama K, cuando los ojos de la mujer se volvían gélidos nada podía transmitir calor.

—Niño, deja que te cuente una historia. ¿Has oído hablar de la Serpiente de Haran?

Azoth negó con la cabeza.

—La serpiente tiene siete cabezas pero, cada vez que alguien le corta una, crecen dos más en su lugar.

—¿De verdad? ¿Existe realmente algo así?

—No. En Haran la llaman la Serpiente de Ladesh. Es imaginaria.

—Entonces, ¿por qué me habláis de ella? —preguntó Azoth.

—¿Te estás haciendo el obtuso adrede? —Al ver que el chico no respondía,

Mama K prosiguió—: Si me dejas terminar, verás que la historia es una analogía. Las analogías son mentiras que cuentan los mayores.

—¿Por qué? —Tantos días en la cama estaban volviendo respondón a Azoth.

—¿Por qué cuenta nadie mentiras? Porque son útiles. Ahora bébete tu medicina y luego cierra la boca —respondió Mama K.

Azoth sabía que se estaba pasando, de modo que no preguntó nada más. Se bebió el espeso brebaje con sabor a menta y anís.

—Ahora mismo el Sa'kagé tiene su propia Serpiente de Haran, Azoth... Kylar. ¿Te suena Corbin Fishill?

Azoth asintió. Corbin era el joven apuesto e imponente que visitaba de vez en cuando a Ja'laliel.

—Corbin era uno de los Nueve. Era el encargado de las hermandades de niños.

—¿Era? —casi graznó Azoth. No le correspondía saber siquiera que Corbin era importante, y mucho menos cuán importante.

—Durzo lo mató hace tres días. Cuando cerraron las granjas de bebés, al Sa'kagé se le abrió la posibilidad de ver crecer literalmente su propio ejército. Sin embargo, Corbin permitió o fomentó una guerra entre hermandades que estaba exterminando a los nacidos de esclavos. Y era un espía. El Sa'kagé pensaba que era un agente ceurí, pero ahora cree que estaba a sueldo de Khalidor. Los khalidoranos le pagaban con oro ceurí, probablemente por si lo descubrían, y también para que no empezase a derrochar el dinero de inmediato y llamara la atención.

»Ahora que Corbin ha muerto, han registrado sus cosas y, por desgracia, no se ha encontrado ninguna respuesta clara. Si era khalidorano, era mucho más peligroso de lo que pensábamos y el Sa'kagé debería haberlo apresado y torturado hasta estar seguro, pero, en su momento, le pareció más importante dar un ejemplo gráfico de lo que pasa a quienes administran mal los intereses del Sa'kagé. Ahora el problema es más grande.

»No creemos que Corbin ocupara su puesto el tiempo suficiente para cultivar alguna lealtad a Khalidor entre las hermandades, y a los ratas de las calles no les importa mucho de dónde venga su comida, pero, si Khalidor está intentando hacerse con las hermandades, podemos estar seguros de que hace planes a largo plazo.

—¿Cómo sabéis que no era la persona más fácil que pudieron encontrar en el Sa'kagé y ya está?

Mama K sonrió.

—No lo sabemos. Ahora mismo Khalidor está apurado sofocando unas rebeliones. Pero el rey dios se ha ganado la reputación de ser un hombre que planifica victorias, y mi suposición es que opina que faltan años para que pueda marchar al sur, pero que, cuando llegue el momento, desea que Cenaria caiga a las primeras de cambio. Si controla el Sa'kagé, tomar la ciudad será fácil. Nuestro problema es que, si

fue capaz de llegar a un hombre tan bien situado como Corbin, tal vez haya docenas más. El resto de las cabezas de la serpiente pueden asomar en cualquier momento. Cualquiera en quien confiemos podría estar trabajando para Khalidor.

—¿Por qué es vuestro problema? —preguntó Azoth.

—Es mi problema porque yo también soy una de los Nueve, Kylar. Soy la maestra de los placeres.

Azoth se quedó boquiabierto. El Sa'kagé siempre había sido para él algo peligroso, enorme y lejano. Pensándolo bien, encajaba: todo el mundo sabía que Mama K había sido puta y que era rica, pero jamás se le había pasado por la cabeza. Ser la maestra de los placeres significaba que Mama K controlaba toda la prostitución de Cenaria. Cualquiera que practicara el oficio del placer respondía en última instancia ante ella.

Mama K sonrió.

—Aparte de sus deberes más... gimnásticos, mis chicas también mantienen abiertos los oídos. Te sorprendería lo parlanchines que pueden ser los hombres delante de lo que creen que es solo una puta tonta. Yo estoy al mando de los espías del Sa'kagé. Necesito saber lo que hace Khalidor. Si yo no lo sé, el Sa'kagé no lo sabe y, si nosotros no lo sabemos, el país puede caer. Créeme, no queremos que Garoth Ursuul sea nuestro rey.

—¿Por qué me contáis todo esto? —preguntó Azoth—. No soy nadie.

—Azoth no era nadie. Estás a punto de convertirte en Kylar Stern —dijo ella—. Y creo que eres más listo de lo que admite Durzo. Te lo cuento porque te necesitamos de nuestro lado. Azoth fue estúpido al salir de paseo el otro día, y podría costaros a ti o a Durzo la vida. Pero, si hubieras sabido lo que pasaba, no habrías ido allí. Metiste la pata, pero Durzo no debería haberte pegado por demostrar iniciativa. En realidad, estoy segura de que lamenta haberlo hecho, aunque nunca se disculpará. No es hombre que reconozca sus errores. Necesitamos que seas más que un aprendiz, Kylar. Necesitamos que seas un aliado. ¿Estás preparado para eso?

Azoth... Kylar asintió poco a poco.

—¿Qué queréis que haga?

Capítulo 17

Kylar intentó quedarse boquiabierto ante los adornos correctos mientras atravesaba con un sirviente la mansión de los Gyre. Mama K le había dicho que Azoth se habría quedado pasmado delante de todo lo que fuera grande o dorado. El barón Kylar Stern solo se quedaría boquiabierto ante lo que reuniese ambas cualidades, y ante las obras de arte. Logan lo había invitado como desagravio por haberle pegado, y el primer trabajo de Kylar para el Sa'kagé consistía en asegurarse de que se hacían amigos.

El portero lo dejó en manos de otro hombre mejor vestido; Kylar estuvo a punto de saludarlo como duque de Gyre antes de comprender que debía tratarse del chambelán de la casa. Con el chambelán atravesó un inmenso vestíbulo de entrada, con una escalinata doble que ascendía tres pisos flanqueando una enorme estatua de mármol de dos hombres gemelos enfrentados en batalla, ambos viendo el mismo punto débil en la defensa del otro, ambos acometiéndose. Era una de las estatuas más famosas del mundo, según Mama K: *El fin de los gemelos Grasq*. En el pasado, contó Mama K, los gemelos Grasq combatían en ejércitos distintos. Durante una larga batalla ambos perdieron las finas sobrevestes que, en su tiempo, todos los hombres llevaban sobre la coraza y que permitía identificarles si se alejaban de sus portaestandartes. No se reconocieron y entablaron combate singular. Aquel día se mataron mutuamente, aunque en anteriores batallas se habían evitado. En la escultura aparecían desnudos, armados con escudo y espada. La posición de los escudos había impedido a cada gemelo ver la cara del otro hasta el preciso instante en que ambos asestaban el golpe mortal.

El chambelán llevó a Kylar escalera arriba y lo hizo recorrer un ala de la mansión. El pasillo era más ancho que la mayoría de los callejones de las Madrigueras. Ambos lados estaban repletos de bustos de mármol y cuadros de hombres hablando, hombres luchando, hombres llevándose mujeres, familias mudándose, mujeres llorando, paisajes después de la batalla y monstruos espantosos surgiendo de grietas en el suelo. Todos los cuadros tenían marcos dorados con pan de oro. La mayoría eran grandes. Caminando detrás del chambelán, Kylar podía mirar boquiabierto tanto como le apeteciera, y eso hizo. Entonces se detuvieron ante una puerta enorme. El chambelán llamó a ella con su bastón e hizo entrar a Kylar en una biblioteca con docenas de estanterías dispuestas en ordenadas hileras, y cuyas paredes estaban recubiertas de libros y pergaminos hasta una altura de dos pisos.

—Mi señor, el barón Kylar Stern.

Logan de Gyre se levantó de una mesa que tenía un pergamino abierto encima.

—¡Kylar! Ahora mismo terminaba... Saqué prestado este pergamino de... Bah, da lo mismo. ¡Bienvenido!

—Gracias por invitarme, duque de Gyre; vuestro palacio es magnífico. La estatua de los gemelos Grasq quita el aliento. —Lo recitó como Mama K le había enseñado, pero en aquel momento lo decía de corazón.

—Logan, por favor. Sois muy amable. ¿De verdad os gusta? —preguntó Logan.

El «sois muy amable» lo delató. Logan estaba haciendo tantos esfuerzos como Kylar por dárselas de adulto. Kylar estaba nervioso porque era un impostor, pero el «duque» Logan también se sentía en falso: el título era demasiado grande y demasiado nuevo para que lo llevase a gusto de forma convincente. Así que Kylar decidió responder con sinceridad:

—La verdad es que me parece increíble. Ojalá no estuviesen desnudos, eso sí.

Logan rompió a reír.

—¡Lo sé! Yo ya casi nunca me fijo, pero de vez en cuando entro por la puerta y... hay dos hombres desnudos enormes en mi casa. A causa de mis nuevas obligaciones tengo que ver a todos los vasallos y amigos de mi padre. Con las damas, en realidad es una excusa para que me presenten a sus hijas con la esperanza de que caiga locamente enamorado. Un día estaba saludando a una dama y a su hija, no daré nombres, pero son unas mujeres muy bellas y muy recatadas, muy castas las dos. La cuestión es que yo soy muy alto, ¿vale?, o sea que las dos tenían que alzar la vista para mirarme a la cara. Yo estaba contándoles una historia y de pronto veo que a la madre se le escapa la risa y que la hija parece absolutamente embelesada, y empiezo a preguntarme si tengo algo en el pelo o en la oreja, o si pasa algo, porque las dos seguían echando miraditas de reojo un poquito hacia un lado.

—Oh, no —dijo Kylar, riendo.

—Miro por encima del hombro y me encuentro... bueno, me encuentro que allí hay unos... genitales de mármol del triple del tamaño normal. Y se produce ese momento en que comprenden que me he dado cuenta de que estaban mirando por encima de mi hombro todo el rato y yo caigo en que la hija nunca ha visto antes a un hombre desnudo... y me olvido por completo de la historia que les estaba contando.

Se rieron juntos, Kylar enormemente agradecido de que Logan le hubiese proporcionado el suficiente contexto para deducir lo que significaba «genitales». ¿Hablaban así todos los nobles? ¿Y si la próxima vez Logan terminaba la anécdota sin dar contexto? El señor de Gyre señaló un retrato, colgado en la pared de la biblioteca, de un hombre calvo y de mandíbula cuadrada vestido con un estilo de ropa que le era desconocido.

—La culpa es de él. Mi ta-ta-tarabuelo, el mecenas de las artes.

Kylar esbozó una sonrisilla, pero se sintió como si lo hubieran abofeteado. Logan sabía cosas sobre su antepasado. Él ni siquiera sabía quién era su padre. Hubo un momento de silencio, y Kylar supo que era su turno de llenarlo.

—Esto, tengo entendido que los gemelos Grasq en realidad libraron algo así como

seis batallas uno contra otro.

—¿Conoces su historia? —preguntó Logan—. Poca gente de nuestra edad se la sabe.

Demasiado tarde, Kylar cayó en la cuenta de lo arriesgado que era hacerse pasar por amante de la historia ante ese hombre que adoraba los libros... y además sabía leerlos.

—Me gustan mucho las historias antiguas —dijo—, pero a mis padres no les hace ninguna gracia que «pierda el tiempo llenándome la cabeza de batallitas».

—¿De verdad te gustan? Aleine siempre se pone a fingir que ronca en cuanto hablo de historia.

«¿Aleine? Ah, Aleine de Gunder, el príncipe Aleine X de Gunder.» El mundo de Logan en verdad era diferente.

—Mira esto. —Hizo una seña a Kylar para que se acercara a la mesa—. Aquí, lee esta parte.

«Sería un placer, si supiera leer.» A Kylar le dio un vuelco el corazón. Qué frágil era todavía su disfraz.

—Pareces uno de mis tutores —dijo, rechazando con un gesto de la mano—. No quiero tirarme una hora leyendo mientras tú esperas sin nada que hacer. ¿Por qué no me cuentas las partes buenas?

—Me da la impresión de que solo hablo yo —explicó Logan, de repente incómodo—. Es como de mala educación.

Kylar se encogió de hombros.

—A mí no me parece que estés siendo maleducado. ¿Es una historia nueva o qué?

A Logan se le encendieron los ojos y Kylar supo que estaba a salvo.

—No, es el final del Ciclo de la Alkestia, justo antes de que caigan los Siete Reinos. Mi padre me ha puesto a estudiar a los grandes líderes del pasado. En este caso, Jorsin Alkestes, claro está. Cuando estaban bajo asedio en el Túmulo Negro, su mano derecha, Ezra el Loco... bueno, todavía no era el Túmulo Negro, y Ezra aún tardaría cincuenta años o así en esconderse en el Bosque de Ezra... Da igual; Ezra quizá haya sido el mejor mago de la historia, detrás del propio emperador Jorsin Alkestes. Estaban bajo asedio en lo que hoy se conoce como Túmulo Negro y Ezra empezó a construir los inventos más maravillosos de la historia: los martillos de guerra de Oren Razin; trampas de fuego y rayos que podían usar hasta los soldados sin Talento; Curoch, la espada del poder; Iures, el báculo de la ley, y luego seis artefactos mágicos, los «ka'kari». Cada uno de ellos parecía una esfera resplandeciente, pero los Seis Campeones podían estrujarlo y el ka'kari se fundía, cubría su cuerpo entero como una segunda piel y les otorgaba poder sobre el elemento que representaba. A Arikus Daadrul lo cubría una piel de metal líquido plateado, que le hacía invulnerable a las armas de filo. Corvaer Negropozo se

convirtió en Corvaer el Rojo, maestro del fuego. Trace Arvagulania, una mujer horriblemente fea, pasó a ser la más bella de su época. A Oren Razin le tocó la tierra: pesaba media tonelada y convertía su piel en piedra. Irenaea Blochwei obtuvo el poder de todo lo que es verde y crece. Shrad Marden recibió el agua y podía absorber el mismísimo líquido de la sangre de un hombre.

»Lo que siempre me ha parecido curioso es que Jorsin Alkestes era un gran líder. Unió a muchísimas personas brillantes, y muchas de ellas eran difíciles y egoístas, pero él las puso a trabajar juntas y funcionó. Sin embargo, al final insultó a uno de sus mejores amigos, Acaelus Thorne, y en vez de a él le dio un ka'kari a Shrad Marden, que ni siquiera le caía bien. ¿Conoces a Acaelus Thorne?

—Me suena el nombre —fue lo máximo que osó decir Kylar. Al menos era verdad. A veces los ratas de su hermandad hacían corro en torno a la ventana de una taberna cuando actuaba algún bardo, pero solo oían trozos sueltos de las historias.

—Acaelus era un guerrero asombroso pero un noble descerebrado, sin la menor sutileza. Odiaba las mentiras, la política y la magia pero, si le ponías una espada en la mano, podía cargar él solo contra el ejército enemigo si hacía falta. Estaba tan loco y era tan bueno que sus hombres estaban dispuestos a seguirlo a cualquier parte. Sin embargo, el honor lo era todo para él, y consideró un gran insulto que recompensaran antes a hombres de menor valía que la suya. Fue ese insulto lo que condujo a Acaelus a traicionar a Jorsin. ¿Cómo pudo pasársele eso por alto? Jorsin tenía que saber que estaba insultando a su amigo.

—¿Tú qué piensas? —preguntó Kylar.

Logan se pasó una mano por el pelo.

—Probablemente sea algo aburrido, como que estaban en guerra y todo el mundo estaba agotado y muerto de hambre, nadie pensaba claro y Jorsin cometió un error, sin más.

—Entonces, ¿qué te enseña eso acerca de ser líder? —preguntó Kylar.

Logan parecía perplejo.

—¿Come verdura y duerme tus horas?

—¿Qué tal «sé amable con tus inferiores o te patearán el culo»? —sugirió Kylar.

—¿Me estáis retando a un duelo, barón de Stern?

—Su excelentísima duquesidad, será para mí un placer machacaros.

Capítulo 18

Kylar entró en la casa segura, emocionado por su victoria. Había vencido a Logan por tres toques a dos. El joven señor de Gyre luchaba mejor pero, como Mama K le había explicado, también había crecido dos palmos en el año anterior y todavía no se había acostumbrado a su nueva altura.

—No solo acabo de hacerme amigo de Logan de Gyre —anunció Kylar—, también le he vencido en un duelo de prácticas.

Durzo ni siquiera alzó la vista del calcinatorio. Dio más potencia a la llama bajo el platillo de cobre.

—Bien. Ahora no vuelvas a luchar nunca contra él. Pásame eso.

Dolido, Kylar retiró el frasco donde terminaban los enrevesados tubos del alambique y se lo alcanzó. Durzo vertió la espesa mezcla azul sobre el calcinatorio. Durante un momento, no pasó nada. Después empezaron a formarse pequeñas burbujas y al poco tiempo el preparado ya hervía con fuerza.

—¿Por qué no? —preguntó Kylar.

—Trae las sobras, chaval. —Kylar recogió el cuenco donde tiraban las sobras para el cerdo y lo llevó hasta la mesa.

—Nuestra manera de luchar es distinta a la que enseña cualquier maestro de esgrima de esta ciudad. Si practicas con Logan, adoptarás su estilo convencional y te convertirás en un mal luchador, o bien dejarás entrever que te están enseñando algo totalmente distinto, o las dos cosas.

Kylar miró el calcinatorio con el ceño fruncido. Su maestro tenía razón, por supuesto, y aunque no la tuviera, su palabra era la ley. La mezcla líquida se había convertido en un polvo azul oscuro. Durzo apartó el platillo de cobre de las llamas con un grueso trapo de lana y echó el polvo en el cuenco de las sobras. Cogió otro platillo de cobre, vertió en él un poco más del preparado azul y lo puso al fuego, mientras con una gruesa manopla apartaba el primero para que se enfriara.

—Maestro, ¿tenéis idea de por qué Jorsin Alkestes insultó a su mejor amigo al no darle un ka'kari?

—A lo mejor hacía demasiadas preguntas.

—Logan dice que Acaelus Thorne era el más honorable de los amigos de Jorsin, pero que lo traicionó y eso provocó la caída de los Siete Reinos —dijo Kylar.

—La mayoría no son lo bastante fuertes para nuestro credo, Kylar, de manera que creen en ilusiones cómodas, como los dioses, la justicia o la bondad básica del hombre. Esas ilusiones se vienen abajo en la guerra, que quiebra a los hombres. Probablemente fue eso lo que le pasó a Acaelus.

—¿Estáis seguro? —preguntó Kylar. La interpretación de Logan había sido muy diferente.

—¿Seguro? —repitió Blint con tono burlón—. No estoy seguro ni de lo que hicieron aquí los nobles hace siete años para acabar con la esclavitud. ¿Cómo podría nadie estar seguro de algo que ocurrió hace siglos y muy lejos? Dale esto al cerdo.

Kylar cogió las sobras y las llevó hasta el gorrino que habían adquirido hacía poco para los experimentos de su maestro.

Cuando volvía, vio que Blint lo miraba como si estuviera a punto de decirle algo. Entonces se oyó un ruido, y del platillo de cobre que Blint tenía detrás saltó una llama. Antes de que Kylar acertara a hacer el menor movimiento, su maestro había dado media vuelta. Una mano fantasmal salió disparada de sus brazos, agarró el recipiente de metal directamente del fuego y lo dejó sobre la mesa. Después la mano desapareció. Sucedió tan deprisa que Kylar no estaba seguro de no haberlo imaginado.

El platillo humeaba y lo que debería haber sido un polvo azul se había transformado en una costra negra. Una costra negra que, a Kylar no le cabía ninguna duda, pronto estaría rascando hasta que el cobre resplandeciera. Blint soltó una maldición.

—¿Lo ves? Te enredas con el pasado y te vuelves inútil en el presente. Venga, vamos a ver si ese cerdo apestoso sigue vivo. Después tendremos que hacer algo con tu pelo.

El cerdo no seguía vivo y, con la cantidad de veneno que había ingerido, sería arriesgado comérselo, de modo que Kylar pasó medio día troceándolo y enterrándolo. Después de eso, el maestro Blint lo hizo desnudarse de cintura para arriba y le frotó por el pelo un mejunje de olor muy fuerte. Le quemaba el cuero cabelludo, pero Blint le obligó a aguantar durante una hora. Cuando por fin se aclaró el pelo, su maestro le acercó un espejo y Kylar apenas se reconoció. Tenía el cabello de un rubio casi blanco.

—Da gracias a que eres joven o también te lo habría tenido que poner en las cejas —dijo Blint—. Ahora vístete. La ropa de Azoth. La personalidad de Azoth.

—¿Os acompaño? ¿En un trabajo?

—Vístete.

—Entiendo que «Tisis aparente» valga novecientos gunders. Seguro que hay que realizar múltiples envenenamientos para imitar el transcurso de la enfermedad —dijo el noble—. Pero ¿mil quinientos por un suicidio aparente? Ridículo. Apuñalad a vuestro hombre y ponedle el cuchillo en la mano.

—Mejor empezamos otra vez —dijo el maestro Blint con calma—. Vos habláis como si yo fuera el mejor ejecutor de la ciudad y yo hablaré como si existiese una remotísima posibilidad de aceptar el trabajo.

La tensión se hizo palpable en la habitación del piso de arriba de la posada. El

general supremo Brant Agón no estaba complacido, pero respiró hondo, se pasó una mano por el pelo canoso y dijo:

—¿Por qué cuesta mil quinientos oros fingir un suicidio?

—Un suicidio debidamente escenificado lleva meses —explicó el maestro Blint —. Depende de la historia del muriente. Si voy tras una persona conocida por su carácter melancólico, el plazo puede abreviarse a seis semanas. Si ha intentado suicidarse antes, podría bastar con una sola semana. Obtengo acceso de alguna manera y le administro unas cocciones especiales.

Azoth intentaba prestar atención, pero volver a llevar su ropa vieja tenía algo que derrumbaba la ilusión en que había vivido las últimas semanas. Kylar había desaparecido, y no porque él estuviera siguiendo órdenes y fingiendo ser Azoth. Kylar había sido una máscara de confianza. Había engañado a Logan, y había engañado a Azoth por un tiempo corto, pero la máscara había caído. Era Azoth. Era débil. No entendía qué hacía allí, ni por qué, y tenía miedo.

Blint prosiguió, sin siquiera mirarlo de reojo.

—El muriente empieza a dar muestras de depresión, retraimiento, suspicacia. Los síntomas empeoran poco a poco. Entonces, a lo mejor, muere una mascota muy querida. El blanco ya está irritable y paranoico, y no tarda en tomarla con sus amigos. Quienes le visitan, al menos los que se quedan a tomar algo, se ponen de mal humor cuando están con el muriente. Se pelean. Dejan de visitarlo. A veces la víctima escribe la nota de su puño y letra. A veces hasta se suicida él solo, aunque eso lo superviso de cerca para asegurarme de que elija un método apropiado para el efecto que se desea. Cuando se cuenta con tiempo suficiente, nadie sospecha nada que no sea un suicidio. La propia familia a menudo echa tierra sobre los detalles y disemina las escasas pruebas que existan.

—Por las barbas del Gran Rey, ¿es posible hacer algo como eso? —preguntó el general supremo.

—¿Posible? Sí. ¿Difícil? Mucho. Requiere una cantidad considerable tanto de mi tiempo como de venenos que debo mezclar con sumo cuidado. ¿Sabíais, por cierto, que cada persona reacciona de manera distinta a los venenos? Si hace falta una nota falsificada, hay que analizar la correspondencia y los diarios del blanco para que no solo la letra, sino también el estilo y hasta ciertas elecciones de palabras resulten idénticos. —Durzo esbozó una sonrisa lobuna—. El asesinato es un arte, mi señor, y yo soy el artista más consumado de la ciudad.

—¿A cuántos hombres habéis matado? —preguntó el general supremo.

—Baste con decir que no estoy nunca ocioso.

El hombre se acarició la barba mientras seguía examinando el folleto que le había dado el maestro Blint, con obvia desazón.

—¿Puedo preguntaros por otros servicios, maese Blint? —inquirió, con repentino

respeto.

—Preferiría que os interesarais solo por aquellas muertes que os estéis planteando en serio —respondió el maestro Blint.

—¿Cómo es eso?

—Valoro mucho los secretos, como es mi deber. De modo que no me gusta comentar mi metodología. Además, para ser sincero, saber demasiado tiende a asustar a quienes contratan mis servicios. Hace tiempo tuve un cliente que estaba muy orgulloso de sus defensas. Me preguntó cómo cumpliría un contrato contra él. Me irritó, de forma que se lo expliqué.

»Después, intentó contratar a otro ejecutor para que me matase. Lo rechazaron todos los profesionales de Cenaria. Acabó recurriendo a un aficionado.

—Os arrogáis la condición de leyenda viviente —dijo el general, con una mueca de su cara delgada.

¡Pues claro que Durzo Blint era una leyenda! ¿Quién lo contrataría si no lo supiera? Y al mismo tiempo, se hacía extraño oír hablar al maestro Blint de su oficio a un noble, a alguien como el conde Drake. Era como si los dos mundos de Azoth se estuvieran acercando demasiado el uno al otro y notara el sobrecogimiento del noble en sus carnes.

En la hermandad, Durzo Blint había sido una leyenda porque tenía poder, porque la gente le tenía miedo y él nunca tenía motivo para temer a nadie. Era lo que había atraído a Azoth hacia él. Pero ese noble estaba sobrecogido por motivos diferentes. Para él, Durzo Blint era una criatura de la noche. Era un hombre capaz de violar todo lo que él más apreciaba. Socavaba todo aquello que el general supremo había creído seguro. El noble no parecía asustado: parecía asqueado.

—No estoy diciendo que tenga aterrorizados a todos los ejecutores de la ciudad. —El maestro Blint sonrió—. Lo que pasa es que los profesionales somos, si no un grupo unido, por lo menos sí uno reducido. Somos colegas, algunos incluso amigos. El segundo ejecutor al que acudió fue Wrable Cicatrices...

—He oído hablar de él —dijo Brant Agón—. Al parecer es el segundo mejor asesino de la ciudad.

—Ejecutor —corrigió Blint—. Y amigo mío. Me contó lo que tramaba ese cliente. Después de eso... en fin, usaré una metáfora militar para que lo entendáis mejor, sería como intentar un pequeño asalto a una ciudad que se lo esperara en lugar de a una desprevenida. En el segundo caso podría funcionar, en el primero es un suicidio.

—Ya veo —dijo el general supremo. Hizo una pausa momentánea, al parecer sorprendido de que el maestro Blint supiese quién era; luego, de repente, sonrió—. Y además sois todo un estratega.

—¿A qué os referís?

—No se han firmado muchos contratos contra vos desde que empezasteis a contar esta anécdota, ¿verdad?

El maestro Blint sonrió de oreja a oreja. Esos dos hombres, pensó Azoth, se entendían mutuamente.

—Ni uno. Al fin y al cabo, la diplomacia es una extensión de la guerra —dijo Blint.

—Nosotros solemos decir que la guerra es una extensión de la diplomacia —observó Brant Agón—. Pero creo que estoy de acuerdo con vos. Una vez me vi superado en número y obligado a defender una posición contra los lae'knaught durante dos días, mientras llegaban mis refuerzos. Tenía unos prisioneros, de modo que los coloqué en una posición vulnerable y dije a sus guardias que recibiríamos refuerzos al amanecer. Durante los combates, permitimos que los cautivos quedaran libres y no tardaron en comunicar la noticia a sus superiores. El ejército lae'knaught quedó tan desanimado que se mantuvo a la defensiva hasta que llegaron de verdad los refuerzos. Esa diplomacia nos salvó la vida.

»Lo cual nos devuelve a la cuestión que tenemos entre manos —prosiguió el general supremo—. Necesito cierto empeño diplomático que no figura en esta lista vuestra. Me temo que no he sido del todo sincero con vos, maese Blint. Estoy aquí por orden del rey.

La cara del maestro Blint de repente quedó despojada de emociones.

—Entiendo que, al revelároslo, podríamos perder al hombre que me proporcionó vuestro nombre. Sin embargo, el rey considera que vale la pena poner en peligro las vidas tanto de un contacto como de uno de sus ministros, a saber, yo.

—No habréis cometido ninguna insensatez como rodear el edificio de soldados, ¿verdad? —preguntó el maestro Blint.

—Nada por el estilo. He venido solo.

—Entonces hoy habéis hecho una elección sensata.

—Más de una. Os hemos elegido a vos, maese Blint. Y he elegido ser sincero con vos, algo que espero que apreciéis.

»Como sabéis, el rey es rico, pero carece de fuerza política o militar. No es plato de gusto, pero tampoco es nada nuevo. Hace cien años que no tenemos reyes fuertes. Aleine de Gunder desea cambiar eso. Sin embargo, además de las rencillas internas de las que sin duda sabréis más de lo que a mí me interesa, hace poco el rey ha tenido conocimiento de otras conspiraciones bastante retorcidas para robar ingentes cantidades de dinero no solo del tesoro, sino también, a través de múltiples estratagemas, de casi todos los nobles del país. El fin último, creemos, es empobrecer tanto a Cenaria que seamos incapaces de mantener un ejército.

—Se diría que es mucho dinero para robarlo sin que nadie se entere —observó el maestro Blint.

—El tesorero real se ha enterado: es él quien lo organiza todo. Sin embargo, nadie más lo ha descubierto todavía. Las estratagemas son poco menos que brillantes. La conspiración ni siquiera estará madura hasta dentro de seis, diez años. Están colocando en puestos clave a hombres que por el momento no han hecho nada malo. Hay más, mucho más, pero no es necesario que lo sepáis.

—¿Y qué es necesario que sepa? —preguntó Blint, con los ojos entrecerrados.

—Os he estudiado a fondo, maese Blint —dijo el general supremo—, aunque cueste encontrar información sobre vos. Todo el mundo sabe que aquí el Sa'kagé posee un poder enorme. La gente de fuera del país lo sabe. Khalidor lo sabe.

»El rey os necesita para más de una docena de trabajos, que abarcarán años. Algunos conllevarán meros asesinatos, otros exigirán que sembréis informaciones falsas y varios no precisarán que matéis en absoluto, sino tan solo que os vean. El rey dios Ursuul debe creer que el Sa'kagé y sus agentes tienen una alianza con nosotros.

—Queréis que me convierta en un agente del gobierno.

—No... no exactamente.

—Y supongo que me indultaréis por todo lo que he hecho —conjeturó el maestro Blint.

—He sido autorizado a ofrecer esa condición.

El maestro Blint se puso en pie con una carcajada.

—No, general supremo. Buenos días.

—Me temo que no puedo aceptar un no por respuesta. El rey lo ha prohibido.

—Espero de corazón que no estéis planeando amenazar mi vida —dijo el maestro Blint.

—Primero —dijo el general supremo, mirando a Azoth por primera vez—, mataremos al chico.

Capítulo 19

El maestro Blint se encogió de hombros.

—¿Y qué?

—Y mataremos a vuestra amante. Creo que se llama Vonda.

—Podéis cargaros a esa zorra, aunque quizá os cueste un poco, teniendo en cuenta que lleva muerta cuatro meses.

El general supremo ni siquiera acusó el golpe.

—Y mataremos a esa tal «Mama» Kirena que parece ser vuestra única amiga. Después iremos por vos. No es lo que yo querría, pero es lo que el rey ofrece.

—Cometéis dos errores —replicó el maestro Blint—. Primero, dais por sentado que valoro unas vidas ajenas más que la mía. ¿Cómo es posible que sepáis a lo que me dedico y creáis semejante cosa? Segundo, dais por sentado que valoro mi propia vida.

—Os ruego que me entendáis. Sigo órdenes. Personalmente, preferiría no tener nada que ver con vos —aseveró el general supremo—. Creo que un rey no debería rebajarse a contratar criminales. Creo que es inmoral y estúpido por su parte cubriros de dinero en vez de cadenas. Me parecéis una aberración. Un despojo de ser humano que apenas recuerda a lo que en algún momento debió de ser un hombre. Sin embargo, el rey ha decidido que necesitamos a un mercenario como vos. Soy un soldado. Me han enviado a por vos, y no fallaré.

—Y cometéis un error táctico —dijo el maestro Blint—. El rey puede matar a mi aprendiz, a mi amiga y hasta a mí pero, como mínimo, habrá perdido a su general supremo. Un mal negocio.

—No creo que mi muerte le pareciese una gran pérdida —replicó el noble.

—Ah, ya lo habéis descubierto, ¿eh? —preguntó Blint—. Puede que esta sea la primera vez que me veis, Brant Agón, pero no es la primera que yo os veo a vos.

El general parecía perplejo.

—Vale, ya me habéis visto antes. Igual que media ciudad.

—¿Vuestra esposa todavía se cuela en vuestro lado de la cama? Qué bonito. ¿Sigue llevando ese camisón aburrido con margaritas bordadas en el dobladillo? La queréis de verdad, ¿no es así?

El general supremo se quedó petrificado.

—¿Me llamáis «aberración»? —preguntó Durzo—. ¡Me debéis la vida!

—¿Qué?

—¿Nunca os habéis preguntado por qué recibisteis un ascenso en vez de una puñalada en la espalda?

Por su expresión, hasta Azoth supo que el general, en efecto, se lo había preguntado.

—Estuve en vuestra casa la noche en que murió el rey Davin, cuando os reunisteis con Regnus de Gyre. Tenía la misión de matar a vuestra esposa como advertencia para vos. Más tarde, el príncipe os ofrecería un matrimonio mejor con una joven noble capaz de daros hijos. Y estaba autorizado a mataros tanto a vos como a Regnus si urdíais una traición. Os perdoné la vida... y eso que no cobro a menos que deje cadáveres. ¡No espero vuestra gratitud, general supremo, pero exijo vuestro respeto!

La cara de Brant Agón adoptó un color ceniciento.

—Le... Le dijisteis a Aleine que mi precio era el ascenso. Creyó que me compraba con un ascenso en vez de con una esposa. —Azoth lo veía rememorar los comentarios que debía de haber oído en los últimos cuatro meses y ponerse cada vez más enfermo—. ¿Por qué?

—Vos sois el ilustre general, el viejo héroe de guerra. Decídmelo vos —replicó Durzo con sorna.

—Ponerme al mando del ejército era dividir a los enemigos del Sa'kagé. Impedía que el rey colocase a alguien de su confianza al mando de las tropas. Vuestra panda de malnacidos tiene gente en todas partes, ¿no es así?

—Yo soy solo un mercenario. Solo un despojo de ser humano.

La cara del general seguía gris, pero su espalda no llegó a torcerse un milímetro.

—Me habéis... me habéis dado mucho en lo que pensar, maese Blint. Aunque siga creyendo que los asesinatos que habéis cometido merecen la horca, os he deshonrado a vos y a mí mismo con mis palabras precipitadas. Pido disculpas. Mis disculpas, sin embargo, no alteran la determinación que tiene el rey de que le sirváis. Yo...

—Marchad —dijo el maestro Blint—. Marchad. Si os replanteáis vuestras amenazas, esperaré aquí unos cuantos minutos.

El general se puso en pie y, sin perder de vista al maestro Blint, caminó hasta la puerta. La abrió y mantuvo la mirada fija en el ejecutor hasta que la cerró a su salida. Azoth oyó sus pasos pasillo abajo.

El maestro Blint contempló la puerta y se apartó de la mesa con movimientos rápidos. En vez de relajarse ahora que el general se había ido, se tensó. Todo él transmitía estar preparado para la acción. Parecía una mangosta esperando el ataque de una serpiente.

—Apártate de la puerta, Azoth —dijo—. Quédate junto a la ventana.

No vaciló. Azoth había aprendido esa lección. No tenía que entender; solo obedecer.

Oyó un golpe en la escalera y un torrente de sonoras imprecaciones. Azoth se plantó junto a la ventana y miró al maestro Blint, pero su cara marcada no revelaba nada.

Al cabo de un momento, la puerta se abrió de par en par. El general supremo

entró hecho una furia, con la espada desenvainada.

—¿Qué habéis hecho? —rugió. Las rodillas le cedieron y tuvo que apoyar todo su peso en el marco de la puerta para no caer.

El maestro Blint guardó silencio.

El general parpadeó y trató de enderezarse, pero un espasmo le recorrió el cuerpo, seguido de un retortijón del estómago. El dolor pasó, y dijo:

—¿Cómo?

—He puesto un veneno de contacto en el pasador de la puerta —dijo el maestro Blint—. Se absorbe por la piel.

—Pero si hubiéramos llegado a un acuerdo...

—Os habría abierto yo la puerta. Si hubieseis llevado guantes, tenía otros planes. Ahora quiero que me escuchéis con mucha atención. El rey es un niñato incompetente, traicionero y malhablado, de modo que dejaré esto muy claro: yo soy un ejecutor de primera clase y él es un rey de segunda. No trabajaré para él. Si queréis, podéis contratarme vos mismo: mataré al rey, pero no mataré por él. Y ni vos ni él podéis presionarme.

»Sé que el rey no se lo creerá, porque Aleine de Gunder es la clase de hombre que piensa que puede conseguir cuanto desee. De modo que os explicaré por qué va a creerme. —El maestro Blint se puso de pie—. En primer lugar, esta noche le dejaré un mensaje en el castillo. En segundo lugar, vais a investigar lo que fue del conde Yosar Glin, el cliente que me traicionó. En tercer lugar, está lo que ya os ha pasado a vos. Y en cuarto... Sentaos, Agón, y soltad esa espada. Resulta ofensivo.

El general supremo Agón se hundió en una silla. La larga espada se le escapó de los dedos. No parecía tener fuerzas para recogerla. A pesar de todo, seguía teniendo la mirada clara, y oía hasta la última palabra que pronunciaba el maestro Blint.

—General supremo, me da igual a quién mate el rey. Sé que tenéis rodeada esta posada, que hay ballesteros cubriendo las ventanas de esta habitación. No importan. Es más: las amenazas del rey tampoco importan. No seré el perrito faldero de nadie. Sirvo a quien quiero y cuando quiero, y jamás serviré a Aleine de Gunder. Azoth, ven aquí.

Azoth se acercó a su maestro, preguntándose por qué lo habría llamado por su nombre. Se plantó delante de Blint, que apoyó las manos en sus hombros y lo volvió de cara al general Agón.

—Azoth es mi mejor aprendiz. Es ágil. Es listo. Asimila las cosas a la primera. Trabaja sin descanso. Azoth, cuéntale al general lo que has aprendido sobre la vida.

Sin vacilar, Azoth dijo:

—La vida está vacía. 1.a vida no tiene sentido. Cuando quitamos una vida, no arrebatamos nada de valor. Los ejecutores matamos. Es todo lo que hacemos. Es todo lo que somos. No hay poetas en el oficio amargo.

—General supremo —dijo Blint—, ¿me seguís hasta aquí?

—Os sigo —respondió el general, con los ojos encendidos de ira.

La voz del maestro Blint se hizo de hielo.

—Pues sabed lo siguiente: mataría a mi propio aprendiz antes de permitir que lo usarais contra mí.

El general dio una sacudida brusca en su silla como si se hubiera sobresaltado. Miraba fijamente a Azoth. El chico siguió su mirada hasta su propio pecho.

De su cuerpo sobresalían varios centímetros de acero ensangrentado. Azoth los vio y sintió una incómoda sensación de presión que se extendía desde su espalda y lo atravesaba por el centro. Parecía fresca, luego cálida, luego dolorosa. Parpadeó lentamente y devolvió la mirada al general, cuyos ojos estaban horrorizados. Azoth contempló de nuevo el acero.

Reconocía esa hoja. Era la que había limpiado el día que salió a buscar a Muñeca. Aquel día había deseado que el maestro Blint por lo menos le pasara una tela antes de llevársela a él para que la limpiase. En la hoja tenía una filigrana que hacía surco y retenía la sangre si se dejaba secar. Había tenido que usar la punta de un estilete para sacarla. Tardó horas.

Entonces prestó atención a la ubicación de la daga. En ese ángulo y en el pecho de un niño, debía de haber cortado el vaso grueso que bajaba hasta el corazón. De ser así, el muriente caería en cuanto se retirara la daga. Habría mucha sangre. El muriente fallecería en cuestión de segundos.

El cuerpo de Azoth dio una sacudida al desaparecer la daga. Fue vagamente consciente de que se le doblaban las rodillas. Cayó de lado como un fardo y notó que algo cálido se le derramaba sobre el pecho.

Los tablones de madera del suelo lo golpearon sin piedad cuando se derrumbó sobre ellos cuan largo era. Quedó boca arriba. El maestro Blint sostenía una daga ensangrentada en la mano y decía algo.

«¿Acaba de apuñalarme el maestro Blint?» Azoth no podía creérselo. ¿Qué había hecho? Pensaba que el maestro Blint estaba complacido con él. Debía de ser por Muñeca. Debía de seguir enfadado por aquello. Con lo bien que parecían ir las cosas. Había una luz blanca y dorada por todas partes. Y sentía calor. Cuánto calor.

Capítulo 20

—¡Majestad, por favor!

El rey Aleine IX de Gunder se dejó caer en el trono.

—Brant, es un hombre. ¡Uno solo! —Lanzó un torrente de imprecaciones—. ¿Me pides que mande a mi familia al campo por miedo a un único hombre?

—Majestad —insistió el general supremo Brant Agón—, la definición de «hombre» quizá se quede corta para Durzo Blint. Comprendo las consecuencias de...

—¡Eso! ¿Tienes idea de cuántas habladurías causará que saque de aquí a mi familia sin previo aviso? —El rey volvió a maldecir sin poner atención—. Sé lo que dicen de mí. ¡Lo sé! No les daré ese gusto, Brant.

—Majestad, este asesino no es proclive a las amenazas vacías. ¡Por todo lo más sagrado, asesinó a su propio aprendiz solo para dejar clara su postura!

—Una farsa. Vamos, general. Estabas drogado. No sabías lo que pasaba.

—Mi cuerpo estaba afectado, no mi cabeza. Sé lo que vi.

El rey olisqueó y después frunció el labio al captar un leve olor a azufre en el aire.

—¡Maldita sea! ¿Es que estos idiotas no saben hacer nada a derechas?

Uno de los conductos que transportaba aire caliente desde la Grieta de la isla de Vos, justo al norte del castillo, había vuelto a estropearse. «No aprecia lo mucho que nos ahorran al año los ingenieros calentando el castillo entero con tuberías empotradas en la misma piedra. No le importa que las ruedas de aspas que hacen girar el viento de la Grieta le proporcionen la potencia de doscientos molinos. Lo que lo enfurece es oler a azufre una vez cada dos semanas.» Agón se preguntó a qué dios habría ofendido Cenaria para merecer semejante rey.

Debería haber presionado a Regnus de Gyre. Debería habérselo expuesto con mayor claridad. Debería haberle mentido sobre lo que pasaría con los hijos de Nalia y Aleine. Podría haber servido a Regnus con orgullo. Con orgullo y honor.

—Puede que lo vieras matar a un niño —dijo el rey—. ¿A quién le importa? —«A ti debería importarte. A Regnus le habría importado»—. Seguro que era un rata de las calles que recogió con el afán de impresionarte.

—Con el debido respeto, majestad, os equivocáis. Me las he visto con hombres formidables. Me enfrenté a Dorgan Dunwal en combate singular. Luché contra los lanceros lae'knaught del teniente Graeblan. Yo...

—Sí, sí. Miles de malditas batallas de la maldita época de mi padre. Muy impresionante —interrumpió el rey—. Pero nunca has aprendido nada sobre gobernar, ¿a que no?

El general Agón se puso tenso.

—No como vos, majestad.

—Pues bien, si hubieses aprendido algo, «general», sabrías que no puedo tirar

piedras contra mi propia reputación. —Volvió a maldecir, largo y tendido pero de forma inconexa—. ¡Huir de mi propio castillo en plena noche!

No había quien trabajara con él. Era una vergüenza para Agón y debería avergonzarse de sí mismo. Pese a todo, Agón le había jurado lealtad, y había decidido tiempo atrás que un juramento daba la medida del hombre que lo pronunciaba. Era como su matrimonio; no iba a romper sus votos solo porque su mujer no pudiera darle hijos.

«Sin embargo, ¿siguen siendo válidos los votos cuando tu propio rey ha conspirado para quitarte la vida? ¿Y no en un combate honorable, sino mediante el cuchillo nocturno de un asesino?»

Aquello había sucedido antes de que Agón jurase lealtad al rey, de todos modos. Ahora había empeñado su palabra y ya no tenía ninguna importancia que, de haber sabido entonces lo que sabía ahora, habría preferido la muerte que servir a Aleine IX de Gunder.

—Majestad, ¿tengo permiso al menos para organizar un ejercicio esta noche, con mis guardias y también vuestro mago? El capitán tiene por costumbre hacer ese tipo de cosas sin anunciarlas para que los hombres no se oxiden. —«Aunque me pregunto por qué estoy defendiendo tu cabeza hueca.»

—Bah, al cuerno contigo, general. Contigo y con tu paranoia de mierda. De acuerdo. Haz lo que te venga en gana.

El general Agón se volvió para salir de la sala del trono. Davin, el predecesor del rey, también había sido un cabeza hueca, pero al menos lo sabía y delegaba en sus consejeros.

Aleine X, el hijo del rey actual, solo tenía catorce años, pero prometía. Parecía haber heredado parte de la inteligencia de su madre, por lo menos. «Si Décimo fuese lo bastante mayor para asumir el poder, quizá yo provocaría a ese asesino. Dios bendito, tal vez lo contrataría.» El general Agón meneó la cabeza. Eso era traición, y no tenía cabida en el pensamiento de un general.

Fergund Sa'fasti había recibido su destino en Cenaria más por su visión política que por su Talento. Lo cierto era que a duras penas se había ganado la túnica azul. Aun así, sus talentos, ya que no su Talento, le habían sido de gran utilidad en Cenaria. El rey era estúpido a la par que temerario, pero podía trabajarse con él, siempre que a uno le trajeran sin cuidado las impertinencias y las andanadas de palabrotas.

Sin embargo, esa noche Fergund deambulaba por el castillo como si fuese un centinela. Había apelado al rey, pero Aleine IX (solo lo llamaban «el Nono» cuando estaban bebiendo entre amigos) le había insultado y lo había puesto a las órdenes del general supremo.

Por lo que a Fergund respectaba, el general supremo Agón era una reliquia. Que

pena que no hubiera sabido adaptarse al Nono.

El viejo tenía cosas que ofrecer. También era cierto que, cuantos menos consejeros tuviera el rey, más importante se volvía Fergund.

Disgustado con su cometido de esa noche, ¿qué estaba buscando, para empezar?, Fergund prosiguió su solitario recorrido por el patio de armas del castillo. Se había planteado solicitar una escolta, pero se suponía que un mago era más mortífero que cien hombres. Por mucho que eso no fuera exactamente cierto en su caso, tampoco le haría ningún bien pregonarlo a voces.

El patio era un rombo irregular de trescientos pasos de ancho y casi cuatrocientos de largo. Estaba flanqueado al noroeste y el sudeste por el río, ya que el Plith quedaba dividido en dos a lo largo de ochocientos metros por la isla de Vos y se volvía a unir con fuerza al sur del castillo.

Animaban el patio los ruidos de los hombres, caballos y perros que se preparaban para pasar la noche. Era lo bastante temprano para que todavía hubiese gente jugando en los barracones, y los compases de una lira y un insulto campechano flotaron por un momento en la espesa niebla.

Fergund se cerró la capa en torno a los hombros. El cuarto de luna no hacía gran cosa por penetrar en la fría niebla que se elevaba del río y se colaba por las puertas. El aire húmedo besaba el cuello de Fergund, que lamentó su reciente corte de pelo. El rey se había burlado de su melena, pero a la amante de Fergund le encantaba.

Y ahora que llevaba el pelo corto, el rey se burlaba por eso.

La niebla formó un abultamiento extraño en el portón de hierro y Fergund se detuvo en seco. Abrazó el poder —«¿abrazar?», siempre le había recordado más a una lucha cuerpo a cuerpo— y escudriñó entre la niebla. Nada más emplearlo, el poder lo tranquilizó. Su oído y su vista se habían agudizado, y no descubrió nada amenazador.

Respiró hondo y se obligó a seguir adelante y cruzar el portón. No sabía si eran imaginaciones suyas, pero daba la impresión de que la niebla se pegaba a las murallas del castillo como un ejército invasor y se colaba por la brecha que era el portón de hierro. La bruma se acumulaba hasta llegarle casi a los hombros, y las antorchas colgadas sobre las cabezas de los dos guardias hacían poco por disiparla.

Fergund los saludó con la cabeza, dio media vuelta y empezó a regresar hacia el castillo. Notaba un peso entre los omóplatos, como si unos ojos lo observaran fijamente, y reprimió el impulso de mirar por encima del hombro. A medida que fue acercándose a las cuadras, la sensación no hizo sino crecer. El aire se antojaba pesado, tan espeso que era como atravesar un puré. La niebla parecía enroscarse en torno a él y lamerle la nuca desnuda, provocándolo.

Con la crecida de la niebla, la luna y las estrellas desaparecieron por completo. El mundo quedó envuelto en nubes.

Fergund tropezó al doblar la esquina de las cuadras. Alargó una mano para apoyarse en la pared de madera y recobrar el equilibrio, pero tocó algo que cedió por un momento antes de desaparecer. Como si hubiese tocado a un hombre apostado allí.

Retrocedió a trompicones y buscó a la desesperada el abrazo. No podía ver nada. Allí no había nadie. Por fin su Talento acudió a él. Captó un fugaz atisbo de movimiento que entraba en las cuadras... pero podrían haber sido imaginaciones.

¿Había olido a ajo? Eso sí que tenía que ser fruto de su fantasía. Sin embargo, ¿por qué iba a imaginarse algo así? Vaciló durante bastante rato, pero era un mago débil, no un hombre débil. Preparó una bola de fuego y desenfundó su cuchillo. Giró la esquina trazando una curva amplia y agudizando todos los sentidos, mágicos y mundanos.

Entró de un salto por la puerta y miró a su alrededor frenéticamente. Nada. Los caballos estaban en sus compartimentos y sus olores se entremezclaban con la espesa niebla. Solo se oía el piafar y la respiración regular de los animales dormidos. Escudriñó la oscuridad en busca de alguna señal de movimiento, pero no halló nada.

Cuanto más miraba, más tonto se sentía. Una parte de él se inclinaba por adentrarse más en las caballerizas, y otra lo instaba a salir de inmediato. Nadie sabría que se había marchado. Podía dirigirse al otro extremo del castillo y hacer aquella parte de la ronda. Por otro lado, si atrapaba sin ayuda a un intruso, era indudable que el rey lo recompensaría bien. Si algo sabía el Nono era recompensar a sus amigos.

Poco a poco, Fergund materializó en forma visible el fuego que tenía preparado. Titiló un poco y enseguida se afianzó ardiendo en la palma de su mano. El caballo del primer compartimento se espantó y dejó escapar un resuello, y Fergund avanzó para tranquilizarlo. Sin embargo, con fuego en una mano y un reluciente cuchillo en la otra, no cosechó gran éxito.

El caballo relinchó con fuerza y corcoveó; el ruido despertó a sus vecinos.

—¡Chiss! —dijo Fergund—. Cálmate, soy yo, no pasa nada.

Sin embargo, la presencia de un desconocido con fuego mágico era demasiado para los animales. Empezaron a relinchar a pleno pulmón. El semental del segundo compartimento se puso a dar coces.

—¿Que no me pararás de arrincar a las bestias, hombre? —dijo una voz potente a sus espaldas.

Fergund se llevó tal susto que soltó el cuchillo y el fuego de la mano se esfumó. Giró sobre sus talones. No era más que el caballerizo mayor, un hombre achaparrado y barbudo de la isla de Planga. Dorg Gamet entró por donde lo había hecho Fergund, con una lámpara en la mano. Dedicó al mago una mirada de puro desdén mientras este se agachaba con aprensión para recoger su cuchillo de una pila de excremento de caballo.

Dorg recorrió a buen paso la hilera de compartimentos y, a una caricia suya y al

oír su voz, los caballos se calmaron al instante. Fergund lo observó, sintiéndose torpe. Dorg terminó y volvió a pasarle por delante de camino hacia fuera.

—Solo estaba patru...

—Usa un fanal, mostrenco —le espetó Dorg. Le encasquetó su farol en la mano y se alejó, murmurando para sus adentros—. Va, hombre, mira que arrinconarme a la caballada con fuego de brujo...

—Es fuego de mago. ¡No es lo mismo! —exclamó Fergund a su espalda.

Dorg salió hecho una furia de las cuadras y Fergund apenas había dado media vuelta cuando oyó un golpe sordo.

Salió corriendo. Dorg estaba tendido en el suelo, inconsciente. Antes de que pudiera gritar, notó algo cálido en el cuello. Empezó a levantar una mano y notó que alguien le quitaba el farol con suavidad de la otra. Los músculos se le entumecieron.

La luz se apagó.

Capítulo 21

—¿Qué demonios has hecho? —preguntó Mama K, alzando la vista cuando Durzo entró sin miramientos por la puerta.

—Un buen trabajo —respondió el ejecutor—. Y me ha sobrado tiempo para una noche de jarana. —Esbozó una sonrisa grosera. Apestaba a ajo y alcohol.

—Tus juergas me traen sin cuidado. ¿Qué le has hecho a Azoth? —Miró hacia la figura inmóvil que ocupaba la cama de su habitación de invitados.

—Na —dijo Durzo, con una sonrisilla bobalicona—. Míralo. No le pasa na.

—Pero ¿qué dices? ¡Si está inconsciente! He vuelto y las criadas estaban todas alborotadas porque te habías presentado aquí con... a mí me han dicho un cadáver. He subido y me he encontrado con Azoth. No puedo despertarlo. Está muerto para el mundo.

Por algún motivo, eso hizo gracia a Durzo, que rompió a reír.

Mama K le dio una bofetada, con fuerza.

—Dime lo que has hecho. ¿Lo has envenenado?

Eso serenó a Durzo, que sacudió la cabeza para despejarse.

—Está muerto. Tiene que estarlo.

—¿Qué demonios quieres decir?

—Gwinvere, preciosa —dijo Durzo—. No sabría decirte. Alguien me amenazó. Alguien capaz de cumplir su amenaza. Dijeron que irían primero a por Azo, después a por ti... ¡y sabían lo de Vonda!

Mama K se apartó. ¿Quién tenía el poder de amenazar a Durzo? ¿Quién o qué podía asustar a Durzo Blint?

El ejecutor se dejó caer pesadamente en una silla y hundió la cara entre las manos.

—Tienen que creer que está muerto. Y más con lo de esta noche.

—¿Has fingido que matabas a Azoth?

Durzo asintió.

—Para demostrar que no me importaba. Para demostrar que no podían presionarme.

«Pero te importa —pensó Mama K—, y sí pueden.» Sabía que Durzo estaba pensando lo mismo. El ejecutor nunca había sido tan invencible como aparentaba. Y cuando su control se resquebrajaba lo más mínimo, cedía a lo grande. Lo mejor que podía hacer Mama K era asegurarse de que Durzo fuera a alguno de sus burdeles, donde encargaría a alguien que le echara un ojo. Tal vez se quedara allí dos o tres días seguidos, pero Mama K podía mantenerlo a salvo. Relativamente.

—Yo me ocuparé del chico —se oyó decir—. ¿Tienes idea de qué hacer con él cuando se despierte?

—Se quedará con los Drake como teníamos planeado. Está muerto para este mundo.

—¿Qué has usado?

Durzo la miró, confundido.

—¿Qué veneno...? Déjalo, tú dime cuánto tiempo permanecerá inconsciente.

—A saber.

Mama K entrecerró los ojos. Le daban ganas de volver a abofetearlo. Estaba loco. Hasta para un envenenador tan brillante como Durzo era facilísimo errar la proporción cuando se trataba de un niño. Un menor no era simplemente un adulto a pequeña escala. Podría haberlo matado. Quizá Azoth nunca despertara, o quizá al despertar se hubiera quedado imbécil o hubiese perdido la movilidad de sus extremidades.

—Sabías que podía morir —dijo ella.

—A veces hay que jugársela. —Durzo se palmeó los bolsillos en busca de ajo.

—Empiezas a querer a este niño y eso te tiene muerto de miedo. Una parte de ti desea verlo muerto, ¿no es así, Durzo?

—Si no me queda más remedio que escuchar tu parloteo, ¿puedes por lo menos ofrecerme un trago?

—Responde.

—La vida está vacía. El amor es el fracaso. Mejor que muera ahora que provocar que nos maten a los dos más tarde. —Con eso, Blint pareció desinflarse. Mama K supo que no diría nada más.

—¿Cuánto tiempo te pasarás de putas? —preguntó.

—A saber —contestó Blint, sin apenas moverse.

—¡Maldito seas! ¿Más o menos de lo normal?

—Más —dijo Durzo al cabo de un minuto—. Sin duda más.

El torrente de imprecaciones anunció con diez segundos de antelación la llegada del rey al salón del trono. El general supremo Agón oyó a los sirvientes que se escabullían, vio a los centinelas de las entradas cambiar de postura con desasosiego y reparó en que todo miembro del personal cuya presencia no fuera inexcusable huía despavorido.

El rey Aleine IX irrumpió en la sala.

—¡Brant! Maldito, montón de... —El general supremo borró de su cabeza la larga lista de cosas repulsivas a las que se parecía y solo prestó atención de nuevo cuando el Nono retomó el hilo—. ¿Qué pasó anoche?

—Majestad —dijo el general—, no lo sabemos.

Otro aluvión de palabrotas, algunas de ellas más creativas de lo normal, aunque el Nono no era un dechado de inventiva y nadie osaba maldecir en su presencia, de

modo que su arsenal se limitaba a las variaciones de la palabra «mierda».

—Lo que sí sabemos es lo siguiente —dijo Brant Agón—: alguien entró anoche en el castillo. Supongo que podemos dar por sentado que fue el hombre del que hemos hablado. —No hacía falta que los espías presentes se enterasen de todo.

—Durzo Blint —dijo el rey, asintiendo.

El general supremo suspiró.

—Sí, majestad. Al parecer dejó inconscientes a un guardia del propio castillo, a Fergund Sa'fasti y a vuestro caballerizo mayor.

Más palabrotas, y luego:

—¿Cómo que «dejó inconscientes»? —El rey caminaba de un lado a otro.

—No tenían ninguna marca y no se acordaban de nada, aunque el guardia tenía un pequeño pinchazo en el cuello, como de una aguja.

El rey maldijo un rato más y luego insultó al avergonzado mago. Como de costumbre, Agón se descubrió más aburrido que ofendido. Las maldiciones del rey no significaban nada salvo «Miradme, soy un niño mimado». El Nono por fin fue a dar con otra pregunta coherente.

—¿No pasó nada más?

—Todavía no hemos descubierto nada, mi señor. Todos los guardias de vuestros aposentos y los de vuestra esposa, hijas e hijo informaron de que no vieron nada fuera de lo normal.

—No es justo —protestó el rey, mientras se dirigía con paso de niño caprichoso hacia su trono—. ¿Qué he hecho yo para merecer esto? —Se dejó caer en el trono y soltó un chillido.

Prácticamente salió volando de los cojines. Se agarró al general supremo Agón.

—¡Ay, dioses! Me mareo. ¡Me muero! ¡Malditos seáis todos! ¡Me muero! ¡Guardias! ¡Socorro! ¡Guardias! —La voz del rey se fue volviendo cada vez más aguda, hasta que rompió a llorar mientras los centinelas hacían sonar silbatos y campanas y el salón del trono se convertía en un hervidero de actividad.

El general Agón se quitó de encima las manos del rey y lo dejó con las piernas flojeando en brazos de su secuaz, Fergund Sa'fasti, que fue tan torpe que lo dejó caer. El rey se derrumbó en el suelo y se puso a gimotear como un crío. El general Agón lo dejó de lado y se acercó al trono con paso firme.

Enseguida vio lo que estaba buscando: una aguja larga y gruesa que asomaba en vertical de un desgastado cojín del trono. Intentó sacarla con los dedos, pero estaba enganchada. La habían encajado de forma que no se doblase si el rey se sentaba en un ángulo extraño.

El general Agón desenfundó su cuchillo y desgarró el cojín. Tiró de la aguja, sin prestar atención a las campanas ni a los guardias que entraban en tropel en la sala, rodeaban al rey y se llevaban a todos los presentes a una salita lateral para retenerlos

e interrogarlos.

Agón extrajo por fin la aguja. Llevaba una nota atada que rezaba: «Podría haber estado envenenada».

—¡Paso! —exclamaba un hombre menudo que se acercaba desde atrás apartando soldados de su camino. Era el médico del rey.

—Dejadle pasar —ordenó el general supremo. Los soldados se apartaron del rey, que seguía lloriqueando en el suelo.

Brant le hizo una seña al médico, le enseñó la nota y susurró:

—El rey necesitará un poco de vino de adormidera, puede que mucho. Pero no está envenenado.

—Gracias —dijo el hombre. Tras él, el monarca se había bajado los pantalones y arqueaba el cuello intentando verse la herida de la nalga—. Pero creedme, sé cómo tratar con él.

El general contuvo una sonrisa.

—Escoltad al rey a sus aposentos —ordenó a los soldados—. Montad guardia a su puerta, con dos capitanes dentro de la habitación. El resto, regresad a vuestras ocupaciones.

—¡Brant! —aulló el rey mientras los guardias lo recogían del suelo—. ¡Brant! ¡Lo quiero muerto! ¡Maldita sea, lo quiero muerto!

Brant Agón no se movió hasta que el salón del trono estuvo vacío una vez más. El rey quería declarar la guerra a una sombra, a una sombra sin más partes corpóreas que el acero de sus armas. Asesinar a un ejecutor sería equivalente a eso. O a algo peor. ¿Cuántos hombres morirían antes de que el orgullo del rey quedara restaurado?

—¿Mi señor? —preguntó una mujer armándose de valor. Era una de las dueñas. Tenía un fardo de tela en las manos—. Me han... escogido para informar en nombre de todas las señoras de honor, general. Pero como el rey se ha retirado y todo lo demás... ¿Podría...?

El general la miró con atención. Era una anciana y a todas luces temía por su vida. Supuso que la habían «escogido» por el expediente de sacar la pajita más corta.

—¿De qué se trata?

—Hemos encontrado esto. Alguien dejó uno en todas las alcobas reales, señor.

La dueña le pasó el fardo. Contenía seis dagas negras. —¿Dónde? —preguntó Agón, con un nudo en la garganta. —Bajo... Bajo las almohadas de la familia real, señor.

Capítulo 22

Unos pasitos penetraron en la consciencia de Azoth. Era algo extraño oír eso estando muerto, pero no había otra forma de describirlo. Pies pequeños y desnudos sobre un suelo de piedra. Debía de estar al aire libre, porque el sonido no rebotaba en ninguna pared. Intentó abrir los ojos y no lo consiguió. Quizá estar muerto consistía en eso. Quizá nunca se abandonaba el cuerpo. Quizá uno permanecía dentro de su cadáver, obligado a sentir su propia y lenta descomposición. Esperaba no ser pasto de los perros. O de los lobos. Había tenido sueños terroríficos en los que un lobo de ojos amarillos incandescentes le sonreía. Si estuviera atrapado en su cuerpo muerto, ¿qué pasaría si empezaban a arrancarle trozos? ¿Encontraría el olvido como si por fin durmiera o se partiría en pedacitos de consciencia que acabarían disipándose en la tierra tras pasar por la panza de una docena de animales?

Notó algo en la cara y los ojos se le abrieron de golpe. Oyó el gritito ahogado antes de que pudiera enfocar la mirada a quien lo había lanzado. Era una niña pequeña, de a lo mejor cinco años, con los ojos tan abiertos que parecían cubrirle la mitad de la cara.

—¿Nunca has visto un cadáver? —preguntó Azoth.

—¡Padre! ¡Padre! —chilló la cría con el sorprendente volumen que pueden alcanzar los niños pequeños.

Azoth gimió —los chillidos se clavaban en su cabeza como puñales— y se recostó de nuevo en las almohadas. «¿Almohadas?» Entonces no estaba muerto. Se suponía que eso era bueno.

Cuando volvió a despertarse, debía de haber pasado algo de tiempo, porque en la habitación había luz y corriente de aire. Las amplias ventanas estaban abiertas, y los muebles de cerezo y el suelo de mármol relucían a la luz del sol. Azoth reconoció el artesonado del techo; lo había contemplado antes. Estaba en el cuarto de invitados del conde Drake.

—Has regresado de entre los muertos, ¿eh? —dijo el conde. Estaba sonriendo. Al ver la expresión de Azoth, añadió—: No me hagas caso, lo siento. No pienses en eso. No pienses en nada. Come.

Dejó un plato humeante de huevos con jamón delante de Azoth, junto a una copa de vino bien aguado. La comida habló sin intermediarios con el estómago de Azoth, sorteando por completo sus funciones cognitivas superiores. Habían pasado varios minutos cuando se dio cuenta de que tanto el plato como la copa estaban vacíos.

—Mejor —dijo el conde. Se sentó al borde de la cama y limpió con aire distraído los cristales de sus quevedos—. ¿Sabes quién soy y dónde estás? Bien. ¿Recuerdas quién eres?

Azoth asintió con lentitud. «Kylar.»

—Me han transmitido unos cuantos mensajes para ti, pero si no te sientes del todo bien...

—No, adelante —dijo Kylar.

—El maestro «Tulii» dice que tu trabajo ahora es prepararte para tu nueva vida y ponerte bien. Textualmente: «Mantén el culo en la cama. Quiero que estés listo cuando vaya a buscarte».

Kylar se rió. Muy propio del maestro Blint, no cabía duda.

—¿Y cuándo vendrá?

Una expresión de congoja asomó al rostro del conde.

—Tardará lo suyo. Pero no tienes que preocuparte por eso. A partir de ahora vivirás aquí. Para siempre. Seguirás recibiendo lecciones de tu maestro, claro está, pero haremos todo lo posible por quitarte ese aspecto barriobajero. Tu maestro me ha encargado comunicarte que no te recuperarás tan pronto como esperas. Y además, hay otra cosa que quiero decirte yo. Sobre tu amiguita.

—¿Queréis decir...?

—Le va bien, Kylar.

—¿De verdad?

—Su nueva familia le ha puesto el nombre de Elene. Tiene ropa buena y tres comidas al día. Son buenas personas. La querrán. Ahora podrá tener una vida real. Sin embargo, si quieres serle de alguna utilidad, tienes que reponerte.

Kylar se sentía como si flotara. El sol que entraba a raudales por las ventanas parecía más brillante, más nítido. En el alféizar resplandecía un ramo de rosas anaranjadas y flores de lavanda. Se sentía bien, como no se había sentido desde que Rata se convirtió en el puño del Dragón Negro.

—Hasta la llevaron a una maga que dijo que se pondrá bien, pero no pudo hacer nada con las cicatrices.

Fue como si acabaran de perfilar su felicidad con alquitrán.

—Lo siento, hijo —dijo el conde Drake—. Pero has hecho todo lo que has podido, y te prometo que tendrá una vida mejor de lo que jamás hubiese conocido en la calle.

Kylar apenas lo oyó. Apartó la vista de la ventana y del conde.

—Todavía no puedo pagaros. No hasta que empiece a recibir otra vez la paga del maestro... de mi maestro.

—No hay prisa. Págame cuando puedas. Ah, y una última cosa que tu maestro me pidió que te transmitiera. Dijo: «Aprende de esta gente todo lo que vaya a hacerte más fuerte, y olvida el resto. Escucha mucho, habla poco, ponte bien y disfruta. Puede ser la única temporada feliz de tu vida».

Kylar tuvo que guardar cama durante semanas. Intentó dormir tanto como le

decían los Drake, pero tenía demasiado tiempo libre. Nunca lo había tenido, y decidió que no le gustaba. Cuando vivía en las calles, dedicaba hasta el último momento a preocuparse por su siguiente comida o por si Rata o cualquiera de los otros mayores lo aterrorizaba. Con el maestro Blint, había estado tan ocupado entrenando que no había dispuesto de tiempo para pensar.

Sentado en la cama día y noche, le sobraba tiempo. Entrenar era imposible. Leer era posible, pero también una tortura. Durante unos días, pasó el tiempo transformándose en Kylar. Con las directrices que le había dado el maestro Blint y los datos que cualquiera encontraría si los buscaba, había inventado más anécdotas sobre su familia, la región de la que provenía y las aventuras que había corrido, siempre inofensivas, como la gente prefería pensar que eran las vidas de los niños de once años.

No le costó demasiado dominar aquello, y pronto se vio pensando en sí mismo como en Kylar casi continuamente. También estaba empezando a conocer a las hijas del conde Drake. Ilena era la bella niña de cinco años a la que casi había matado del susto al recobrar la consciencia; Mags era una desgarbada muchacha de ocho años, y Serah una joven a ratos torpe y a ratos altiva de doce. Le distraían un poco, pero la condesa impedía que «molestasen» a Kylar para que pudiera «descansar como es debido».

La condesa y su marido eran fascinantes, pero el conde Drake pasaba la mayor parte del tiempo trabajando y la condesa tenía ideas muy claras sobre los niños de once años, que no coincidían para nada con lo que Kylar sabía de los chicos de su edad. Nunca pudo aclarar si la condesa estaba al tanto de quién era él y fingía desconocerlo para poder reformarlo, o si el conde la había mantenido en la ignorancia.

Era esbelta, de piel clara y ojos azules, una visión terrenal de los seres celestiales en los que creían los Drake. Al igual que el conde, sus creencias la llevaban a atender a Kylar en persona, como si quisiera demostrar que no se creía superior a él. No se trataba de una falsa humildad: la primera semana de su convalecencia, en la que se encontraba fatal y no paraba de vomitar por todo el suelo, la condesa cuidó de él y lo sujetó mientras se le pasaban los estertores; después se arremangaba y limpiaba el vómito ella misma. Kylar había estado demasiado mareado para horrorizarse debidamente hasta mucho después.

Había perdido la cuenta de las veces en que la condesa había entrado para atiborrarlo de comida, ver si se encontraba bien o leerle estúpidos libros infantiles. Los libros estaban llenos de héroes valerosos que mataban a brujos malvados. Los niños nunca tenían que hurgar en la basura y el vómito acumulados delante de una posada, buscando alguna migaja comestible. Los chicos más mayores nunca intentaban follárselos. Nunca abandonaban a sus amigos. Las princesas que

rescataban nunca tenían la cara destrozada a golpes. Nadie sufría unos cortes tan atroces que ni una maga podía borrarlas del todo.

Kylar odiaba las historias, pero sabía que la condesa solo quería lo mejor para él, de modo que asentía, sonreía y vitoreaba cuando los héroes ganaban... como siempre hacían.

«No me extraña que todos los noblecitos quieran dirigir ejércitos. Si fuese como en los libros que les leen sus madres, sería divertido. Estaría bien sentirse satisfecho cuando el malo muriese, en vez de querer vomitar por haber visto el cartílago y un chorro de sangre después de cortarle una oreja. Sangre que se extiende por el agua en un millón de preciosos remolinos mientras el malo se desangra, mantenido bajo el agua por la soga que le has atado al tobillo.»

Después de contarle sus historias, la condesa siempre achacaba sus temblores y náuseas a que necesitaba más reposo, de modo que, tras despertar esos recuerdos que invadían la habitación de Kylar, lo dejaba solo con sus furiosos fantasmas.

Todas las noches Kylar se convertía en Azoth. Todas las noches Azoth se daba la vuelta en el taller de barcas y veía avanzar a Rata hacia él, desnudo, peludo, enorme, con los ojos encendidos de lujuria. Todas las noches Azoth veía chapotear a Rata en el agua, luchando contra el peso atado a su tobillo. Todas las noches veía cómo Rata rajaba la cara de Muñeca.

Las pesadillas lo despertaban, y se quedaba en la cama combatiendo los recuerdos. Azoth había sido débil, pero Azoth ya no existía. Kylar era fuerte. Kylar había actuado. Kylar sería como el maestro Blint. Nunca tendría miedo. La situación había mejorado. Era mejor tener pesadillas tumbado en una cama que oír los sollozos de Jarl mientras lo violaban.

Dormirse otra vez solo le servía para cambiar de pesadilla. El día traía poco consuelo, y los recuerdos tardaban en desvanecerse. Todas las mañanas se decía que había hecho lo que era necesario, que había tenido que matar a Rata, que había tenido que abandonar a Muñeca, que había tenido que dejar a Jarl, que más valía que no volviera a verlos jamás, que no podía haber sabido lo que le pasaría a su amiga. Se decía que la vida estaba vacía, que no se arrebataba nada de valor cuando se quitaba una vida.

No habría salido adelante sin las visitas de Logan de Gyre. Cada dos días, el chico pasaba a verlo, inevitablemente acompañado de Serah Drake. Al principio, Kylar pensó que lo visitaba porque aún se sentía culpable, pero esa idea no tardó en pasar. Disfrutaban con su mutua compañía, y se hicieron buenos amigos. Logan era extraño: tan listo como Jarl y además había leído cientos de libros. Kylar pensaba que no sobreviviría ni una semana en las Madrigueras pero, al mismo tiempo, hablaba de la política cortesana como si fuera lo más fácil del mundo. Conocía los nombres, historias, amigos y enemigos de docenas de cortesanos, y los principales hechos y las

motivaciones en la vida de cualquier noble de alta cuna del reino. La mitad del tiempo Kylar no entendía de qué le hablaba Logan, fuese porque todo formaba parte de la vida cortesana que él nunca había conocido o porque a su amigo le gustaba usar palabras complicadas. Se calificaba a sí mismo de prosopopéyico, fuera eso lo que fuese.

Pese a todo, la amistad prosperó, y Serah Drake contribuyó a ello entrando a menudo con cualquier pretexto para poder estar con Logan. Ella llenaba los huecos. Kylar perdió la cuenta de las veces en que se había quedado callado por no haber entendido alguna referencia de Logan. El silencio empezaba a alargarse pero, antes de que su amigo pudiera preguntarle por qué no lo entendía, Serah se impacientaba y cambiaba de tema por completo. El parloteo podría haber vuelto loco a Kylar si no le hubiese estado tan agradecido. En cualquier caso, quizá todas las chicas nobles fueran así.

Una mañana estaba sentado en la cama, después de otra noche asustado bajo las sábanas. Había soñado que era él quien pegaba a Muñeca, que eran sus pies los que la pateaban y sus ojos los que resplandecían de euforia al ver fundirse la belleza de su amiga al calor de su furia.

Entró el conde Drake. Llevaba los dedos manchados de tinta y parecía cansado. Acercó una silla a la cama.

—Creemos que el peligro ha pasado —dijo.

—¿Cómo decís? —preguntó Kylar.

—Lamento que hayamos tenido que mantenerte a oscuras, Kylar, pero debíamos asegurarnos de que no cometieras ninguna imprudencia. En las pasadas semanas, ha habido varios intentos de asesinar a tu maestro. En consecuencia, ahora mismo hay cuatro ejecutores menos en la ciudad. Después del tercer intento, tu maestro hizo saber al rey que, si sufría un ataque más, el siguiente en morir sería él.

—¿El maestro Blint ha matado al rey? —preguntó Kylar.

—¡Chiss! No pronuncies ese nombre. Ni siquiera aquí —advirtió el conde Drake —. Uno de los Nueve, Dabin Vosha, el hombre al mando del contrabando del Sa'kagé, se enteró de la amenaza de tu maestro al rey. Decidió que sería un buen momento para hacer su asalto al poder, de modo que envió un ejecutor a por Durzo, creyendo que este moriría o mataría al rey en revancha. Durzo lo descubrió y mató tanto al ejecutor como a Vosha.

—¿Y decís que todo esto ha ocurrido mientras yo vagueaba en la cama?

—No podías ayudar de ninguna manera —dijo el conde Drake.

—Pero ¿qué tenía Dabin Vosha contra el maestro... contra mi maestro? —Kylar ni siquiera había oído el nombre en su vida.

—No lo sé. A lo mejor nada. Así funciona el Sa'kagé, Kylar. Hay conspiraciones dentro de conspiraciones, y la mayoría no llegan a ninguna parte. Muchas de ellas

dan el primer paso y mueren, como esta. Si te preocupas por lo que intenta hacer todo el mundo, te conviertes en un espectador, en vez de ser un jugador.

»Sea como fuere, el rey se ha enterado de ese último intento de matar a tu maestro y se ha asustado mucho. Por lo general eso sería una buena noticia, pero el rey está consolidando su poder con la torpeza habitual. Logan tendrá que pasar una temporada fuera de la ciudad.

—Ahora que empezábamos a ser amigos —protestó Kylar.

—Créeme, hijo, un hombre como Logan de Gyre será tu amigo toda la vida.

Capítulo 23

Alguien abofeteó a Kylar. Sin miramientos.

—Despierta, chaval.

Kylar salió a trancas y barrancas de una pesadilla y vio la cara del maestro Blint, a dos palmos, a punto de darle otra bofetada.

—Maestro... —Se contuvo—. ¿Maestro Tulii?

—Me alegro de ver que me recuerdas, Kylar —dijo el maestro Blint. Luego se levantó y cerró la puerta—. No tengo mucho tiempo. ¿Ya estás recuperado? No mientas para complacerme.

—Sigo algo débil, señor, pero voy mejorando. —A Kylar le latía el corazón a toda velocidad. Llevaba semanas desesperado por ver al maestro Blint, pero ahora que lo tenía delante sentía una ira inexplicable.

—Probablemente estarás hecho polvo unas cuantas semanas más. O bien el parvurriesgo y la pasta de avorida interactuaron de un modo que no me esperaba, o bien la reacción tiene algo que ver con tu Talento.

—¿Qué significa eso? ¿El Talento? —preguntó Kylar. Su tono fue más brusco de lo que pretendía, pero Blint no pareció darse cuenta.

—Bueno, si es que fue eso. —El maestro Blint se encogió de hombros—. A veces el cuerpo no reacciona bien a la magia al principio.

—Lo que pregunto es qué significa. ¿Podré...?

—¿Volar? ¿Volverte invisible? ¿Escalar paredes? ¿Lanzar fuego? ¿Pasearte como un dios entre mortales? —Blint hizo una mueca—. Lo dudo.

—Iba a preguntar si podré moverme tan rápido como vos. —Una vez más apareció ese tono mordiente en su voz.

—No lo sé todavía, Kylar. Podrás moverte más deprisa que la mayoría de los hombres sin Talento, pero no hay muchos tan dotados como yo.

—¿Qué podré hacer, entonces?

—Estás débil, Kylar. Ya hablaremos de esto más adelante.

—¡No tengo nada que hacer! Ni siquiera puedo levantarme de la cama. Nadie me cuenta nada.

—De acuerdo. El Talento lo significa todo y no significa nada —explicó el maestro Blint—. En Waeddryn o Alitaera, te llamarían mago y seis escuelas diferentes se pelearían para decidir dónde y qué deberías estudiar, y de qué color deberías llevar la túnica. En Lodricar o Khalidor, te llamarían meister, te dejarías crecer el vir en los brazos como si llevaras tatuajes y adorarías a tu rey como un dios mientras planeabas la forma de apuñalarlo por su regia espalda. En Ymmur, serías un acechador, un respetado y honorable cazador de animales y, en ocasiones, de hombres. En Friaku, serías un gorathi, un invencible guerrero fanático de tu clan y,

algún día, un rey versado en las artes del sometimiento y la esclavitud. En el oeste, en fin, estarías en el océano. —Sonrió.

Kylar no.

—Los magos suponen (ellos dirían «conjeturar», para que sonase más respetable) que los diferentes países producen distintos Talentos y que por eso los hombres de piel pálida y ojos azules se vuelven brujos mientras que los de tez morena son guerreros gorathi. Dicen que por eso los únicos magos que les llegan de Gandu son sanadores. Ven hombres de piel amarilla que saben sanar y proclaman que piel amarilla equivale a curación. Pero se equivocan. Nuestro mundo está dividido, pero el Talento es uno. Todos los pueblos reconocen alguna variedad de magia. Bueno, salvo los lae'knaught, que odian la magia y a la vez no creen en ella, pero esa es otra historia. El caso es que todos los pueblos tienen sus propias expectativas para el Talento. Hubo un tiempo en que Gandu produjo algunos de los archimagos más destructivos que ha conocido el mundo. Vieron horrores que no podrías ni imaginarte y, por eso mismo, dieron la espalda a la magia como arma. La única magia que valoran es la curativa. Así, con el paso de los siglos, han ampliado enormemente sus conocimientos sobre las magias de sanación, y perdido casi todos los demás. Un gandiano dotado de gran Talento con el fuego es una deshonra para sí mismo y su familia.

—De modo que nunca oiríamos hablar de él —adivinó Kylar.

—Exacto. Se da una intersección entre lo que te puede enseñar tu gente porque lo conoce bien, las aptitudes naturales que tengas y lo que estés en condiciones de aprender. Por eso el Talento es, al mismo tiempo, lo que es y lo que debe ser. Igual que la mente.

Kylar lo observó sin decir nada.

—Míralo así: hay gente que puede sumar de cabeza largas listas de números, ¿verdad? Y otros capaces de hablar una docena de idiomas. Para hacer esas cosas, tienen que ser listos, ¿no? —Sí.

—Sin embargo, que puedas aprender a sumar listas de números no quiere decir necesariamente que vayas a hacerlo. Pero una mujer que maneje libros de contabilidad y tenga un don para los números tal vez aprenda. Como un diplomático, que puede tener don de lenguas pero, si nunca aprende otro idioma, seguirá sabiendo solo uno.

Kylar asintió.

—La mujer con buena cabeza para los números probablemente podría aprender otro idioma si se esforzase lo suficiente, pero nunca dominaría una docena, igual que el diplomático nunca podría sumar de cabeza columnas de números. ¿Ves adonde quiero ir a parar?

Kylar recapacitó, mientras el maestro Blint esperaba.

—Sabemos que tengo Talento pero no cómo ni cuánto, por eso no podéis decirme qué seré capaz de hacer.

—Exacto —dijo el maestro Blint—. Conmigo como maestro, sin duda aprenderás algunas cosas. ¿Que necesitas esconderte? Tu Talento desviará algo de luz. ¿Que tienes que caminar en silencio? Amortiguará el sonido de sus pasos. Pero, como cualquier talento, tiene sus límites. Si caminas a pleno sol del mediodía, te verán. Si pisas hojas secas, te oirán. Tienes Talento, no eres un dios. Tal vez tengas más labia que nadie pero, si insultas al rey, te las verás con el verdugo.

—Si domino doce idiomas y me hablan en un decimotercero, no entenderé lo que me dicen.

—A veces sí que escuchas —reconoció el maestro Blint—. Ahora tengo que irme. El conde Drake cuidará de ti. Es un buen hombre, Kylar. Demasiado bueno. Puedes confiarle tu vida; eso sí, no le dejes que empiece con el rollo de tu alma. Y piensa en ti mismo siempre como en Kylar. Azoth está muerto.

—¿Muerto? —La palabra liberó todos los recuerdos, el miedo y la ira que se habían acumulado dentro de Kylar como si los hubieran disparado con ballesta. Su máscara cayó al instante y fue Azoth una vez más.

Agarró el brazo del maestro Blint.

—¿De ve... de verdad mo...?

—¡No! No moriste. ¿A ti esto te parece el infierno? —Blint hizo un gesto—. Ja. Y en el cielo no me dejarían entrar a verte.

Sin embargo, Azoth recordaba haber visto el cuchillo que le sobresalía del pecho... qué real había parecido. «¿Cómo pudo pasar algo así?»

—No podía trabajar para ellos —dijo el maestro Blint—. Para esa gente yo sería una espada ensangrentada. No podrían limpiarme y no podrían envainarme. Habrían acabado matándome. Es más fácil tener controlados a tus enemigos que a tus amigos.

—¿Por eso os habéis dedicado a matar ejecutores? —preguntó Azoth, intentando dominarse. Durante semanas había apartado de su pensamiento aquella tarde, pero ya no podía evitarlo. Recordó la expresión de los ojos del general supremo, el pasmo absoluto. Recordó que había seguido esos ojos hasta su propio pecho.

—Nadie bueno aceptaría el encargo de matarme. Los hombres como Wrable, Patíbulo y Severing se ganan demasiado bien la vida con sus trabajos habituales para jugarse el pellejo enfrentándose a un verdadero ejecutor. Y ahora, recuerda: eres un Stern. Estás orgulloso de eso, aunque seas pobre. Los Stern son barones, de modo que pertenecen a la alta nobleza, pero en su nivel más bajo...

—Lo sé —lo interrumpió Azoth—. Lo sé.

¿Eran imaginaciones suyas, o el maestro Blint acababa de poner cara de culpabilidad? El ejecutor metió la mano en un bolsillo y se echó un diente de ajo a la boca. Si se hubiera tratado de cualquier otra persona, Azoth habría jurado que

intentaba distraerlo, que ardía en deseos de salir de la habitación antes de que Azoth le echara algo en cara. «¿Por qué tenía tantas ganas de complacer a un hombre dispuesto a asesinarme?»

«Creía que le importaba.» En las semanas que había pasado en la cama, Kylar había estado solo. Había dejado atrás todo lo perteneciente a su antigua vida. Jarl y Muñeca habían sido auténticos amigos. Se preocupaban por él. Ahora fingía ser amigo de Logan de Gyre... y hasta él se había ido. Ni siquiera Mama K pasaba a visitarlo.

Sentía un dolor casi físico cuando el conde y la condesa entraban al mismo tiempo. Su amor mutuo era evidente, un vínculo genuino que les proporcionaba seguridad y felicidad. Hasta Logan y Serah intercambiaban a veces unas miradas que ponían de manifiesto que se gustaban. Esas miradas, ese amor, llenaban a Kylar de un anhelo tan hondo que creía que le abriría un hueco en el pecho. No era simple hambre; un rata de hermandad conocía el hambre igual que conocía las alcantarillas donde se acurrucaba buscando calor en invierno. El hambre no era cómoda, pero resultaba familiar y no era algo que temer. Lo suyo era más una sed, como si su cuerpo entero estuviese reseco, cuarteado, a punto de desmigajarse. Moría de sed a orillas del lago más grande del mundo.

Todo aquello le estaba vedado. Para él, ese lago era un océano. Era agua salada que solo le daría más y más sed, hasta causarle la locura y la muerte. El amor era la muerte para un ejecutor. Locura, debilidad, vulnerabilidad y muerte, no solo para el propio ejecutor, sino también para cualquiera al que amase. En la vida de Azoth todo era muerte. Había jurado no amar jamás, pero cuando lo prometió no había visto nada parecido a lo que compartían el conde y la condesa. Resultaría tolerable si por lo menos le importase a alguien.

En la temporada que llevaba con el maestro Blint, había empezado a creer que el ejecutor lo apreciaba, que lo cuidaba. Había creído que en ocasiones el maestro Blint incluso se enorgullecía de él. Pese a que Azoth no tenía nada que ver con el canoso general supremo, hubo algo correcto en la indignación y la incredulidad que expresó el viejo militar cuando el maestro Blint apuñaló a su aprendiz. No debería haber hecho eso. Azoth rompió a llorar.

—¿Cómo pudisteis hacerlo? ¿Qué os pasa? No estuvo bien.

Pilló a Blint desprevenido por un momento, aunque después montó en cólera. Agarró a Azoth por la túnica y lo sacudió.

—¡Maldito seas! ¡Usa la cabeza! Si no eres más espabilado, debería haberte matado de verdad. ¿Me creyó el general cuando dije que no me importaba si te mataban?

Azoth apartó la vista, su maestro tenía razón.

—Lo teníais planeado desde el principio.

—¡Pues claro que sí! ¿Por qué te crees que te descoloramos el pelo? Era el único modo de salvarte. Azoth debía morir para que Kylar viviese. De otro modo hubiesen tenido una palanca. Cualquier lazo que establezcas en esta vida será usado contra ti. Por eso somos fuertes. Por eso cuatro ejecutores no han podido matarme. Porque no tengo lazos. Por eso no puedes enamorarte. Te vuelve débil. En cuanto hallas algo a lo que no puedes renunciar, estás atrapado, condenado. Si alguien piensa que me importa un pelo de culo de rata lo que te pase, tú te conviertes en un blanco. Para todo el mundo.

«¿Cómo lo hace? ¿Cómo es tan fuerte?»—Y ahora mira. ¡Mírame las manos, joder!

Blint las levantó. Las dos estaban vacías. Cerró un puño y se golpeó con él el otro brazo. Una daga ensangrentada asomó por el otro lado. Retiró la mano y el cuchillo salió atravesándole la carne. Después se deshizo en volutas como si fuera de humo y desapareció.

—Tengo un poco de Talento para las ilusiones, Kylar. Con la tuya me esmeré más porque tenía que dar el pego, pero lo único que hice fue clavarte en la espalda una aguja envenenada y mantener la ilusión hasta que hizo efecto.

—Pero yo lo sentí —dijo Kylar. Estaba recobrando el equilibrio. Las lágrimas se habían secado. Volvía a pensar en sí mismo como en Kylar.

—Claro que lo sentiste. Sentiste que te golpeaba y viste salir una daga de tu pecho. Al mismo tiempo tu cuerpo intentaba luchar contra una docena de venenos suaves. Sacaste las conclusiones que pudiste. Fue una apuesta arriesgada. Esa ilusión consumió casi todo el poder que puedo usar en un día. Si los hombres de Agón hubiesen irrumpido en la habitación, habría sido nuestro fin. Los venenos que usé sembraron el caos en tu cuerpo. Podrían haberte matado. Una vez más, era un riesgo que debía correr.

«Al maestro Blint sí le importa lo que me pase.» El pensamiento lo asaltó como un rayo. El maestro Blint se había arriesgado gastando todo su poder para salvar a Azoth. Aunque solo fuera el afecto que puede sentir un maestro por su aprendiz aventajado, la aprobación de Blint inundó a Azoth —«¡Kylar!»— como si el ejecutor le hubiese dado un abrazo.

A ningún adulto le había importado nunca lo que le pasara. La única otra persona que había arriesgado alguna vez algo por él era Jarl, y Jarl formaba parte de otra vida.

La verdad era que Azoth odiaba a Azoth. Azoth era cobarde, pasivo, débil, temeroso y desleal. Azoth había vacilado. El maestro Blint no lo sabía, pero los venenos de la aguja sí habían matado a Azoth. En adelante sería Kylar, y Kylar sería todo lo que Azoth no se había atrevido a ser.

En ese momento, Azoth se convirtió en Kylar y Kylar se entregó a Blint. Si alguna vez había obedecido a su maestro con desgana o por miedo, si alguna vez

había fantaseado con regresar un día y matarlo por lo duro que era el entrenamiento, todo eso se lo acababa de llevar el viento. El maestro Blint era duro con Kylar porque la vida era dura. La vida era dura pero Blint era más duro, más fuerte y más resistente que todo lo que las Madrigueras pudieran ponerle por delante. Prohibía el amor porque el amor destruiría a Kylar. El maestro Blint era más sabio que él. Era fuerte, y haría fuerte a Kylar. Era temible, y Kylar sería temible. Pero todo lo hacía por Kylar. Todo lo hacía para protegerlo, para convertirlo en el mejor ejecutor que pudiera ser.

De acuerdo, no era amor. ¿Y qué? Era algo. A lo mejor los nobles tenían la suerte de vivir a la orilla de ese lago y beber a su antojo. Esa vida no estaba escrita para un rata de hermandad. La existencia de Kylar transcurría en el desierto. Pero hay vida en el desierto, y un pequeño oasis llevaba su nombre. No había sitio para Azoth. El oasis era demasiado pequeño y Azoth tenía demasiada sed. Sin embargo, Kylar podía sobrevivir. Kylar sobreviviría. Haría que el maestro Blint estuviera orgulloso.

—Bien —dijo el maestro Blint. Por supuesto, no podía ver lo que pensaba, pero Kylar sabía que la ansiedad de sus ojos era inconfundible—. Ahora, chaval, ¿estás preparado para convertirte en una espada en las sombras?

Capítulo 24

—Levántate, chaval. Es hora de matar.

Kylar se despertó en el acto. Tenía catorce años y el entrenamiento le había calado lo suficiente para que repasara su lista de supervivencia al instante. Cada pregunta encontraba solo una respuesta lacónica. Cada sensación recibía apenas un brevísimo instante de su atención. «¿Qué te ha despertado?» Una voz. «¿Qué ves?» Oscuridad, polvo, luz de la tarde, chabola. «¿Qué hueles?» Blint, alcantarilla, el Plith. «¿Qué tocas?» Manta caliente, paja limpia, mi cama, sin hormigueo de advertencia. «¿Puedes moverte?» Sí. «¿Dónde estás?» Es una casa segura. «¿Hay peligro?» La última pregunta, por supuesto, era la culminación. Podía moverse, las armas estaban en sus fundas, todo iba bien.

Era algo que no se daba por sentado, ni siquiera allí, en esa destartalada casa segura a la sombra de uno de los pocos tramos del antiguo acueducto que seguía en pie. Más de una vez, Durzo había atado una espada al techo por encima de la cama de Kylar, y el maldito trasto era casi invisible cuando se miraba directamente a la punta. Durzo lo despertaba y, si no reconocía el peligro en menos de tres segundos, cortaba la cuerda. Por suerte, la primera vez había puesto un botón en la punta de la espada, y también la segunda. La tercera, no.

En otra ocasión, Durzo había encargado a Wrable Cicatrices —solo Durzo lo llamaba Ben— que despertase a Kylar. Wrable hasta se había puesto la ropa de Durzo y había imitado su voz a la perfección; formaba parte de su Talento. En esa ocasión, Kylar no se había dejado engañar. Ni siquiera una comida con mucho ajo daba el mismo aliento que masticar los dientes crudos.

Lo último que hizo fue descodificar las palabras de Durzo. «Hora de matar.»

—¿Creéis que estoy preparado? —preguntó Kylar, con el corazón en un puño.

—Estabas preparado hace un año. Solo estaba esperando al trabajo adecuado para tu estreno en solitario.

—¿De qué se trata? —«¿Cómo que estaba preparado hace un año?» Los cumplidos de Blint llegaban así, cuando llegaban. Además, por lo general hasta un cumplido a regañadientes iba seguido de alguna crítica.

—Es en el castillo, y tiene que hacerse hoy. Tu muriente tiene veintiséis años, carece de formación militar y no debería ir armado. Pero cae bien a la gente, es una abejita muy laboriosa, siempre de flor en flor. Un «asesino» dejaría... víctimas accesorias. —Dijo asesino con desprecio, como haría cualquier ejecutor—. Todo eso no cambia nada en cuanto al encargo. El muriente debe morir y punto. Haz tu trabajo.

A Kylar no le cabía el corazón en el pecho. De modo que así iba a ser. No se trataba de una simple prueba. No era «¿Puede Kylar matar él solo?», sino «¿Puede Kylar hacer lo que hace un ejecutor? ¿Puede Kylar decidir una estrategia de entrada

adecuada (en el mismísimo castillo, nada menos)? ¿Puede matar él solo, puede hacerlo sin llevarse inocentes por delante, puede escapar después del golpe? Ah, y ¿puede usar su Talento, auténtica medida de lo que separa a un ejecutor de un asesino común?».

«¿Cómo diablos se le ocurren a Blint estas cosas?» El maestro tenía un don para localizar y explotar las debilidades de Kylar, sobre todo la más sangrante: Kylar no había sido capaz de usar el Talento. Todavía no. Ni siquiera una vez. A esas alturas ya debería haber brotado, según Blint, que no dejaba de presionarle de nuevas maneras con la esperanza de que alguna situación de tensión extrema, de necesidad perentoria, lo hiciera aflorar. Hasta el momento nada había funcionado.

Durzo se había preguntado en voz alta si no sería mejor matar a Kylar y punto. En lugar de eso, había decidido que, mientras su aprendiz pudiera hacer todo lo que estaba al alcance de un ejecutor, seguiría entrenándolo. También le había prometido que, al final, fracasaría. Era imposible. Un ejecutor no era un ejecutor sin el Talento.

—¿Quién ha encargado el trabajo? —preguntó Kylar.

—El shinga.

—¿Y me confiáis eso?

—Tú vas esta tarde. Si la jodes, yo entro por la noche y le llevo al shinga dos cabezas. —Kylar no necesitaba preguntar a quién pertenecería la segunda.

—¿Qué ha hecho el muriente?

—No necesitas saberlo.

—¿Acaso importa?

Apareció un cuchillo en la mano de Durzo, pero no había violencia en sus ojos. Estaba pensando y, mientras tanto, se pasaba el cuchillo de un dedo a otro. Dedo, dedo, dedo, pausa. Dedo, dedo, dedo, vuelta. Kylar se lo había visto hacer a un bardo con una moneda, pero solo Durzo usaba un cuchillo.

—No —dijo su maestro—. No importa. Se llama Devon Corgi y digamos simplemente que mucha gente, cuando intenta alejarse de la oscuridad, prefiere llevarse consigo unas cuantas bolsas bien cargadas. Esas bolsas los entorpecen. Nunca se salen con la suya. En toda mi vida, solo he conocido a un hombre que estuviera dispuesto a pagar el precio completo de dejar el Sa'kagé.

—¿Quién?

—Chaval, dentro de dos horas tienes una cita con un muriente. Tienes mejores preguntas que hacer.

—¿Devon Corgi? —El centinela arrugó la frente—. No, no lo conozco. Oye, Gamble, ¿tú conoces a un tal Devon Corgi? —preguntó a otro guardia que cruzaba la enorme puerta occidental del castillo.

Era casi demasiado fácil. Kylar había robado hacía tiempo la túnica y la bolsa que

constituían el uniforme del servicio de correos más utilizado de la ciudad. La gente que no tenía servidumbre propia empleaba a mozos —chicos del lado este, nunca ratas de hermandad— para que llevaran sus mensajes. Cada vez que veía a un guardia con pinta de hacer preguntas, Kylar se acercaba a él para pedirle unas señas.

«¿Es que no se dan cuenta? ¿Es que no lo ven?» Esos hombres eran centinelas, se suponía que debían proteger a Devon Corgi y a los demás habitantes del castillo, ¿e iban a indicarle a un asesino cómo llegar hasta Corgi? ¿Cómo podían ser tan tontos? Era una inquietante sensación de poder. Resultaba gratificante que todas las horas con Blint estuvieran dando fruto. Kylar estaba volviéndose peligroso. Y aun así... ¿cómo podían no ver lo que era?

—Claro, es ese que vino la semana pasada con el tic en el ojo y asustándose por nada. Creo que está en la torre norte. Si quieres que le lleve tu mensaje, puedo hacerlo. Entro de servicio dentro de diez minutos y es la primera parada de mi ronda.

—No, gracias. Quiero ver si me cae una buena propina. ¿Por dónde se va?

Mientras los guardias le daban las indicaciones, Kylar intentó formular su plan. La muerte en sí no debería resultar difícil. Un chico podía acercarse mucho más que un adulto sin levantar sospechas, y después sería demasiado tarde. Lo difícil era encontrar al blanco. Devon no tenía un despacho a su nombre en un sitio fijo. Se movía de un lado a otro. Eso añadía todo tipo de riesgos, sobre todo porque Kylar necesitaba matarlo ese mismo día. La torre norte sonaba bien. Aislada. Que el guardia fuera a pasar por allí sonaba peor. Kylar acababa de hablar con él y le había contado a quién buscaba.

Con el maquillaje que le había puesto Blint, parecía otra persona, años más joven. Sin embargo, convenía dejar que cada muerte fuese un misterio. «Un ejecutor deja cadáveres, no pistas.» Por tanto, debía encontrar a Corgi y esconderse hasta que el centinela llegase y partiera; después lo mataría.

«Entrar y salir, ningún problema, aun sin Talento.»

El castillo impresionaba. Aunque Blint siempre hablara de él con sorna, era la edificación más imponente que Kylar había visto nunca. Estaba hecho con el mismo granito negro que los viejos acueductos de las Madrigueras, extraído de las montañas de la frontera ceurí. Toda la industria de las canteras era propiedad del Sa'kagé, de modo que en tiempos recientes solo los ricos podían permitirse construir con piedra. Era uno de los motivos por los que habían desaparecido casi todos los pilares del acueducto. Los pobres de las Madrigueras que no pertenecían al Sa'kagé saqueaban las piedras para su propio uso o para venderlas a las clases medias en su propio mercado negro del mercado negro, con el claro peligro que conllevaba burlar al Sa'kagé.

El castillo había sido construido cuatrocientos años atrás, cuando Cenaria era una gran potencia gracias a los treinta años en el trono del rey Abinazae. Aquel monarca

apenas había terminado el castillo cuando decidió expandirse por el este e intentó tomar la Capilla; varios miles de magas pusieron fin para siempre a sus ambiciones. La fortaleza original se había erigido al menos un siglo antes de aquello, siguiendo el diseño clásico de montículo y patio amurallado. Habían transportado tierra a la isla de Vos hasta formar una colina, rodeada por el foso natural del río Plith, sobre la que habían levantado la fortificación. El lado norte de las actuales Madrigueras había sido el patio de armas original. Las Madrigueras ocupaban una estrecha península que caía a pico al mar salvo en el último medio kilómetro, que se allanaba hasta alcanzar la costa. El terreno era tan fácil de defender que nadie había tomado jamás la fortaleza de madera ni las Madrigueras, amuralladas con el mismo material. Sin embargo, la ciudad se había expandido al mismo ritmo que el orgullo del rey Abinazae, de modo que reconstruyeron con piedra el Castillo de Cenaria y la ciudad saltó a la orilla oriental del Plith. Los acueductos, aun así, seguían siendo un misterio. Estaban allí mucho antes que el rey Abinazae y no parecían cumplir función alguna, ya que por el Plith bajaba agua potable... aunque no fuese la más limpia del mundo.

Kylar dejó el patio romboidal del castillo y subió por una escalera de piedra tan utilizada a lo largo de los siglos que la parte central de cada escalón se hundía varios centímetros respecto a los lados. Los guardias no le prestaron ninguna atención, y Kylar adoptó la actitud de un criado. Era uno de sus personajes más habituales. A Blint le gustaba decir que un buen disfraz camuflaba a un ejecutor mejor que las sombras. Kylar podía pasar inadvertido por delante de casi todos sus conocidos, salvo el conde Drake. No había mucho que escapara a los ojos del conde.

Pronto atravesó el grueso de la bulliciosa actividad que llenaba el patio interior y el gran salón. Dejó atrás la cola de personas que esperaban a entrar en la sala del trono para recibir audiencia, pasó por las dobles puertas abiertas de los jardines y se dirigió a la torre norte. Encontró ajetreo en todos los salones hasta que puso el pie en la antesala de la torre.

Devon Corgi no estaba allí. Esmerándose por primera vez en no hacer ruido, Kylar abrió la puerta que daba a la escalera y empezó a subir en silencio. Era una escalera desprovista de adornos, hornacinas, estatuas, cortinajes decorativos o cualquier otro elemento que pudiera ofrecerle un escondrijo.

Llegó hasta la última planta de la torre. La ocupaba, al parecer, una única alcoba grande, que en ese momento no albergaba invitados. Un joven que sostenía con apuros un gran libro de contabilidad estaba revisando los cajones de una cómoda, era posible que haciendo inventario de las sábanas pulcramente dobladas que correspondían a la enorme cama de plumas y de las cortinas de repuesto para el gran ventanal con los postigos cerrados. Kylar esperó. Devon estaba vuelto de lado a la puerta, y sin el Talento para enmascarar sus movimientos, era muy posible que el hombre lo viera entrar.

La espera siempre era lo peor. Con los nervios a flor de piel y sin escapatoria, Kylar empezó a fantasear con que el centinela subiría por la escalera en cualquier momento. Al verlo allí, tan tarde, lo registraría. Al registrarlo, encontraría la raja en los pantalones de Kylar. Al encontrar una raja del tamaño de una mano, hallaría el largo cuchillo atado al interior de su muslo. Pero ya no podía hacer nada al respecto. Esperó al otro lado de la puerta, escuchando, intentando que sus oídos captaran incluso el rasgueo de la pluma en el libro.

Al final, echó un vistazo y vio desaparecer a Devon en el gabinete del fondo de la habitación, que era casi circular. Kylar entró con sigilo en la alcoba y buscó lugares donde esconderse. Sus pies no causaban sonido alguno, ni siquiera el roce del cuero contra la piedra. El maestro Blint le había enseñado a hervir la savia del árbol de caucho para fabricar una suela de zapato blanda y silenciosa. Era cara de importar, y solo un poquito más silenciosa que el cuero bien trabajado, pero, para el maestro Blint, hasta el más mínimo margen importaba. Por eso era el mejor.

No había buenos escondrijos. Un escondrijo magnífico sería un lugar donde Kylar pudiera ver la habitación entera, tener sus armas a punto y gozar de libertad de movimiento para atacar o escapar con rapidez. Un escondrijo bueno le proporcionaría una vista decente y la posibilidad de golpear o huir con tan solo un mínimo de dificultad. Esa habitación no tenía rincones oscuros; era prácticamente un círculo. Había biombos de papel de arroz, pero estaban doblados y apoyados contra la pared. Lamentablemente, el único lugar donde esconderse era debajo de la cama. Si Kylar hubiera sido un verdadero ejecutor, quizá podría haber tomado impulso en una pared y colgarse de las cadenas de la araña, pero no tenía esa opción.

«¿Bajo la cama? El maestro Blint se reirá de mí durante toda la vida por esto.»

Sin embargo, no había más remedio. Se tumbó y se escurrió bajo el lecho. Era una suerte que todavía fuese menudo, porque no había mucho espacio. Ocupaba incómodo su escondrijo cuando oyó que alguien subía por la escalera.

«El centinela. Por fin. Ahora echa un vistazo rápido y lárgate por dónde has venido.»

Había escogido el lado de la cama con vistas al gabinete y no a la escalera, pero el sonido de los pasos le hizo saber que no era un guardia. Devon salió del gabinete con un cofre en los brazos y adoptó una expresión de culpabilidad.

—No puedes estar aquí, Bev —dijo.

—Te vas —replicó la mujer a la que Kylar no veía. Era una acusación.

—No —dijo él. Le salió el tic en el ojo.

—Les robaste a ellos y ahora le robas al rey. No sé por qué me extraña que me mientas. Eres un cabrón. —Kylar la oyó volverse y entonces Devon se acercó a la cama; dejó el cofre encima de ella, con las piernas a apenas unos centímetros de Kylar.

—Bev, lo siento. —Se dirigía hacia la puerta, y Kylar sintió un acceso de pánico. ¿Y si Devon salía en pos de ella y se marchaban escalera abajo? Entonces tendría que matarlos a ambos mientras bajaban, sabiendo que el centinela llegaría en cualquier momento—. Bev, por favor...

—¡Muérete! —exclamó la mujer, y cerró de un portazo.

«Deseo concedido.» Era humor del más negro, humor del de Durzo. Al maestro le gustaba decir que la ironía de las conversaciones oídas a escondidas era uno de los mejores extras del oficio amargo, aunque afirmaba que la sabiduría de las últimas palabras estaba muy sobrevalorada. «¿Deseo concedido?» A Kylar ni siquiera le gustaba que se le hubiese ocurrido el comentario. Todo lo que ese hombre había planeado estaba a punto de terminar, y a él se le ocurrían bromitas al respecto.

Devon soltó un reniego, pero no siguió a la mujer.

—¿Y dónde está el dichoso centinela? Ya tendría que haber llegado.

Siempre era así, le había explicado Durzo. Llegabas al final de un drama, tanto si acababa de empezar como si llevaba años, y rara vez conseguías saber de qué iba la historia. ¿Quién era Bev para Devon? ¿Su amante? ¿Su socia en el delito? ¿Solo una amiga? ¿Su hermana?

Kylar no lo sabía. No lo sabría nunca.

Se oyó un tintineo en la escalera, amortiguado por la puerta cerrada. Devon recogió su libro de cuentas. La puerta se abrió.

—Buenas, Dev —dijo el guardia.

—Ah, hola, Gamble. —Devon parecía nervioso.

—¿Ha venido el correo?

—¿Qué correo?

—Se habrá perdido, el muy memo. ¿Va todo bien por aquí?

—Vaya, estupendamente.

—Hasta luego.

Devon esperó treinta segundos tras la partida del centinela y después se acercó a la cama y empezó a atiborrarse los bolsillos. Kylar no veía con qué.

«Ya estamos.» El centinela se encontraría ya lo bastante lejos para que, aunque Devon lograse gritar, no lo oyera. El joven se alejó en dirección a la cómoda y Kylar salió arrastrándose como una cucaracha de debajo de la cama. Se puso en pie y desenfundó el cuchillo. Devon se encontraba a apenas unos pasos. A Kylar se le aceleró el pulso. Le parecía oír el fragor de la sangre en sus oídos.

Lo hizo todo bien. La postura baja y preparada, el avance silencioso pero rápido, equilibrado para que ninguna reacción posible del muriente lo pillase a contrapié. Elevó el cuchillo hasta el nivel de sus ojos mientras se preparaba para agarrar a Devon y practicarle lo que Durzo llamaba la sonrisa roja: un tajo profundo que atravesase la yugular y la tráquea.

Entonces se imaginó a Muñeca mirándolo como lo había mirado cuando se quedó el pedazo de pan más grande. «¿Qué estás haciendo, Azoth? Sabes que eso está mal.»

Se recuperó tarde, y fue como si hubiera olvidado todo su entrenamiento. Estaba a centímetros de Devon, que todavía no lo había oído, pero la proximidad misma aterrorizó a Kylar. Lanzó una puñalada hacia el cuello de Devon y debió de emitir algún sonido, porque el joven empezó a girarse. El cuchillo se le clavó en la nuca, tocó la columna y salió rebotado. Como lo tenía agarrado con la mano tensa, algo por lo que Durzo le habría pegado, el puñal se le escapó de la mano.

Devon se volvió y soltó un gritito. Parecía más sorprendido por la repentina aparición de Kylar que por el pinchazo en el cuello. Dio un paso atrás al mismo tiempo que Kylar. Se llevó una mano a la nuca, se miró los dedos y vio la sangre. Luego bajaron los dos la vista al cuchillo.

Devon no se lanzó a por él. Kylar lo recogió del suelo y, mientras se ponía en pie, su objetivo se hincó de rodillas.

—Por favor —suplicó . Por favor, no.

Parecía increíble. El hombre tenía los ojos muy abiertos por el miedo... y miraba a Kylar, cuyo disfraz lo hacía parecer aun más joven y menudo. No tenía nada de terrorífico, ¿o sí? Sin embargo, Devon parecía un hombre que hubiera visto llegarle la hora. Tenía la cara blanca, los ojos como platos, la expresión penosa, impotente.

—Por favor —repitió.

Kylar le rajó la garganta llevado por la furia. ¿Por qué no se protegía? ¿Por qué no lo intentaba siquiera? Era más grande que él. Tenía una oportunidad. ¿Por qué debía actuar como un cordero? Un cordero humano grande y estúpido, demasiado idiota hasta para moverse. El corte atravesó la tráquea, pero no le seccionó del todo la yugular. Era lo bastante profundo para matar, pero no deprisa. Kylar cogió a Devon por el pelo y le asestó dos tajos más, con el filo un poco levantado para que la sangre salpicara hacia abajo en vez de hacia el techo. No le cayó ni una gota encima. Lo había hecho exactamente como Durzo le había enseñado.

Oyó algo en la escalera.

—Devon, lo siento —dijo Bev antes incluso de entrar en la habitación—. Tenía que volver. No quería... —Entró en la alcoba y vio a Kylar.

Le vio la cara, vio el puñal en su mano, lo vio agarrando al moribundo Devon por el pelo. Era una joven poco agraciada con un vestido blanco de sirvienta. Caderas anchas, ojos separados, la boca abierta en un pequeño círculo y una preciosa melena azabache.

«Remata el trabajo.»

El entrenamiento tomó las riendas. Kylar cruzó la habitación en un santiamén. Tiró de la mujer hacia delante, metió un pie, rotó sobre él y la chica cayó al suelo como un fardo. Kylar fue tan inexorable como Durzo Blint. Tenía a la mujer debajo,

cara al suelo sobre la alfombra. El siguiente movimiento era hundirle el cuchillo entre las costillas. Apenas notaría nada. Kylar no tendría que verle la cara.

Vaciló. Era su vida contra la de ella. Lo había visto. Su disfraz solo era útil mientras nadie supiese que andaba suelto un asesino de catorce años. Ella le había visto la cara. Había irrumpido en la ejecución de un muriente. Era un daño colateral. Una víctima accesoria, había dicho Blint. Un ejecutor haría lo que había que hacer. Era menos profesional, pero a veces inevitable. No importa, había dicho Blint. Remata el trabajo.

Blint solo le permitiría vivir el tiempo que demostrase que podía hacer cuanto hacía un ejecutor, aun sin el Talento.

Y allí estaba ella, boca abajo, con Kylar encima a horcajadas, reteniéndola contra el suelo, con la punta del puñal pinchándole el cuello, su mano derecha retorciéndole el pelo, intentando no imaginar la sangre roja extendiéndose por su vestido blanco de sirvienta. Ella no había hecho nada.

«La vida está vacía. La vida no tiene sentido. Cuando quitamos una vida, no arrebatamos nada de valor. Lo creo. Lo creo.»

Tenía que haber otra manera. ¿Podía decirle que huyera? ¿Que no se lo contara a nadie? ¿Que dejara el país y no volviese jamás? ¿Lo haría ella? No, claro que no. Correría hasta el guardia más cercano. En cuanto estuviese en presencia de algún fornido centinela del castillo, cualquier miedo que Kylar pudiera haberle inspirado parecería tan pequeño y débil como un rata de hermandad con un cuchillo.

—Le avisé de lo que pasaría si robaba al Sa'kagé —dijo la joven, con una extraña calma en la voz—. Qué hijo de puta. Como si no me hubiera quitado suficiente, ni siquiera ha tenido la decencia de morir solo. Yo venía a disculparme, y ahora tú me matarás, ¿no es así?

—Sí —respondió Kylar, pero era mentira. Había colocado el cuchillo en el punto correcto de su espalda, pero el arma se negaba a moverse.

Con el rabillo del ojo vio variar una sombra en la escalera. No se movió, no dio muestras de haberlo visto, pero sintió un escalofrío. Estaban en plena tarde; no había antorchas encendidas, ni velas. Esa sombra solo podía ser el maestro Blint. Había seguido a Kylar. Lo había presenciado todo. El encargo era para el shinga, y no permitiría ninguna metedura de pata.

Kylar coló el cuchillo entre las costillas, lo deslizó de lado y sintió el estremecimiento y el suspiro de la mujer que moría bajo su cuerpo.

Se puso en pie y retiró el cuchillo de la carne de su víctima, con repentino distanciamiento, apartándose de sí mismo como había hecho aquel día en el taller de barcas con Rata. Limpió la hoja roja en el vestido blanco de su víctima, la guardó pegada a su muslo y se miró en el espejo de la alcoba para ver si tenía manchas de sangre, tal y como le habían enseñado.

Le molestó constatar que estaba limpio. No tenía sangre en las manos.

Cuando se volvió, Blint estaba plantado en el umbral de la alcoba, con los brazos cruzados. Kylar lo miró sin decir nada; todavía flotaba al margen de su propio cuerpo, agradecido por la insensibilidad.

—No ha sido ninguna maravilla —dijo Durzo—, pero sí aceptable. El shinga estará complacido. —Frunció los labios al ver la mirada distante de Kylar—. La vida no tiene sentido —recitó, mientras volteaba un diente de ajo entre los dedos—. La vida está vacía. Cuando quitamos una vida, no arrebatamos nada de valor.

Kylar lo miró con rostro inexpresivo.

—¡Repítelo, maldito seas! —Durzo movió la mano y un cuchillo surcó el aire como una flecha y se clavó con un chasquido en la cómoda que Kylar tenía detrás.

El chico ni siquiera se inmutó. Repitió las palabras de forma mecánica, con un hormigueo en los dedos, sintiendo una y otra vez que se abría fácilmente la carne al paso del cuchillo. ¿Tan sencillo era? ¿Tan simple? ¿Un empujoncito y llegaba la muerte? No tenía nada de espiritual. No pasaba nada. Nadie salía disparado hacia el cielo o el infierno de los que hablaba el conde Drake. La gente se paraba, sin más. Paraba de hablar, paraba de respirar, paraba de moverse, finalmente paraba de retorcerse. Paraba.

—El dolor que sientes —dijo el maestro Blint casi con amabilidad— es el dolor de abandonar un espejismo. El espejismo es el sentido, Kylar. No existe un propósito superior. No hay dioses. No hay árbitros del bien y del mal. No te pido que te guste la realidad; solo te pido que seas lo bastante fuerte para afrontarla. No hay nada más allá de eso. Está solo la perfección que alcanzamos convirtiéndonos en armas, tan fuertes y despiadadas como una espada. Vivir no es intrínsecamente bueno. La vida no es nada en sí misma. Es una ficha que marca quién gana, y nosotros somos los vencedores. Siempre somos los vencedores. Ganar es lo único que hay, y ni siquiera la victoria significa nada. Ganamos porque perder es un insulto. El fin no justifica los medios. El medio no justifica los fines. No hay nadie ante quien justificarse. No hay justificación. No hay justicia. ¿Sabes a cuántas personas he matado?

Kylar negó con la cabeza.

—Yo tampoco. Antes lo sabía. Recordaba el nombre de todas las personas a las que había matado fuera de una batalla. Después fueron demasiadas, y solo recordaba la cifra. Después únicamente grababa en la memoria a los inocentes. Luego me olvidé hasta de eso. ¿Sabes qué castigos he sufrido por mis crímenes, por mis pecados? Ninguno. Soy la prueba viva de cuán absurdas son las abstracciones que más valoran los hombres. Un universo justo no toleraría mi existencia.

Cogió a Kylar de las manos.

—De rodillas —ordenó.

Kylar se arrodilló al borde del charco de sangre que manaba del cuerpo de la

mujer.

—Este es tu bautismo —prosiguió el maestro Blint, mientras llevaba las dos manos de Kylar a la sangre. Estaba caliente—. Esta es tu nueva religión. Si tienes que rezar, reza como hace el resto de los ejecutores. Reza a Nysos, dios de la sangre, el semen y el vino. Al menos son cosas que tienen poder. Nysos es una mentira, como todos los dioses, pero al menos no te volverá débil. Hoy te has convertido en un asesino. Ahora vete y no te laves las manos. Y una cosa más: cuando tengas que matar a un inocente, no le dejes hablar.

Kylar recorrió las calles dando tumbos como un borracho. Le fallaba algo. Debería sentir algo, pero en su lugar había solo un vacío. Era como si la sangre en sus manos hubiese brotado de alguna herida en el alma.

La sangre ya se estaba secando, volviéndose pegajosa, y el rojo había dado paso a un marrón apagado en todas partes salvo el interior de su puño cerrado. Escondió las manos, escondió la sangre, se escondió a sí mismo, y su mente —menos embotada que su corazón— supo que todo eso también tenía un sentido. Iba a ser un ejecutor, y andaría siempre escondiéndose. El propio Kylar era una máscara, una identidad adoptada con fines prácticos. Podría ajustarse esa máscara y todas las que vendrían porque, antes de terminar su entrenamiento, cualquier rasgo característico del Azoth que una vez fue habría sido eliminado. Todas las máscaras le valdrían, todas las máscaras engañarían a cualquier curioso, porque no habría nada debajo de ellas.

Kylar no podía entrar en las Madrigueras con su disfraz de correo (los mensajeros nunca entraban en el barrio), de modo que se dirigió a una casa segura de la orilla oriental, en una manzana atestada de diminutos domicilios pertenecientes a artesanos y a los sirvientes que no se alojaban en las villas de sus señores. Dobló una esquina y chocó de bruces con una chica. La habría tirado al suelo si no la hubiese sujetado de los brazos por reflejo.

—Perdón —dijo.

Reparó en el sencillo vestido blanco de sirvienta, el pelo recogido y la cesta llena de hierbas recién cogidas. Por último vio las macabras manchas rojas que acababa de dejarle en ambas mangas. Pero antes de que pudiese desaparecer, de arrancar a correr calle abajo sin dar tiempo a que la chica viera cómo la había puesto, advirtió las cicatrices de su cara en forma de arcos y cruces, y las piezas del rompecabezas encajaron.

Eran blancas, eran ya cicatrices y no los cortes rojos e inflamados que tenía grabados a fuego en la memoria, junto con los reventones sanguinolentos de tejido, el dificultoso jadeo y el sordo gorgoteo al tragar sangre, que había formado burbujitas en la nariz destrozada. Solo tuvo tiempo de ver unas cicatrices inconfundibles y unos inolvidables ojos castaños y grandes.

Muñeca miró al suelo con recato, sin reconocer a Azoth en aquel asesino. Bajar la vista le reveló las manchas de sus mangas, y entonces alzó los ojos, con el horror escrito en todos los rasgos que no estaban ya marcados por las cicatrices.

—Dios mío —dijo—, estás sangrando. ¿Te encuentras bien?

Él ya estaba corriendo, atravesando el mercado a toda velocidad y sin mirar. Sin embargo, por muy rápido que corriese, no podía dejar atrás la preocupación y el horror de aquellos ojos preciosos. Aquellos ojazos castaños lo seguían. De algún modo, supo que siempre lo harían.

Capítulo 25

—¿Estás listo para ser un campeón? —preguntó el maestro Blint.

—¿De qué estás hablando? —dijo Kylar.

Habían terminado la práctica de la mañana y le había ido mejor de lo normal. Ni siquiera creía que fuese a tener agujetas al día siguiente. Había cumplido ya los dieciséis años, y parecía que el entrenamiento por fin empezaba a dar sus frutos. Por supuesto, todavía no había ganado un solo combate contra su maestro, pero empezaba a albergar esperanzas. Por otro lado, Blint llevaba toda la semana de un humor de perros.

—El torneo del rey —contestó.

Kylar cogió un trapo y se secó la cara. La casa segura en la que se encontraban era pequeña, y en ella hacía un calor asfixiante. El rey Aleine IX de Gunder había convencido a los maestros de armas de que organizasen un torneo oficial en Cenaria. Como siempre, los maestros se reservaban el derecho de presenciarlo y luego decidir que ni siquiera el ganador era lo bastante bueno para ser maestro de armas aunque, por otro lado, también podían juzgar dignos a tres o cuatro participantes. Un maestro de armas, aunque fuera solo del primer grado, podía hacerse con un trabajo estupendo en cualquier corte real de Midcyru. Sin embargo, normalmente Blint solía mofarse de aquellos asuntos.

—Dijiste que el torneo real era para desesperados, ricos y tontos —observó Kylar.

—Ajá —replicó Blint.

—Pero quieres que pelee de todas formas —dijo Kylar. Supuso que eso lo calificaba de «desesperado». El Talento de la mayoría de los chicos cuajaba hacia el principio de su adolescencia. El suyo todavía no lo había hecho, y Blint empezaba a perder la paciencia.

—El rey celebra el torneo para contratar a los ganadores como guardaespaldas. Quiere asegurarse de que no contrata a ningún ejecutor, de modo que este torneo tiene una regla especial: no se acepta a nadie con Talento. Habrá una maga para examinar a todos los participantes, una sanadora formada en la Capilla. También se encargará de encantar las espadas para que los participantes no se maten entre ellos y de curar a los heridos. Los Nueve han decidido enseñar las uñas. Quieren que gane uno de los suyos para recordarle a todo el mundo quién manda en esta ciudad. En otras palabras, la situación te viene como pata de palo al tullido. No es que sea una afortunada coincidencia: este torneo ni siquiera se estaría celebrando si no lo hubieran sugerido ellos. Los Nueve lo saben todo sobre ti y tu problemilla.

—¿Qué? —Kylar no daba crédito. Ni siquiera sabía que estuvieran al corriente de quién era. ¿Y si perdía?

—Hu Patíbulo alardeó de su aprendiza Viridiana ante los Nueve esta semana. Una

chica, Kylar. La vi luchar. Tiene Talento, por supuesto. Te ganaría sin problemas.

Kylar se moría de vergüenza. Hu Patíbulo era un asesino de la peor calaña. Le encantaba matar, amaba la crueldad gratuita. Nunca fallaba, pero también mataba siempre a alguien más aparte del objetivo. Blint lo despreciaba. Kylar estaba dejando en evidencia a su maestro ante un carnicero.

—Espera —dijo Kylar—. ¿El torneo no era hoy?

Era mediodía cuando Kylar llegó al estadio, en el lado norte de las Madrigueras. Durante los últimos doce años solo se había usado para carreras de caballos. Antes había sido la sede de los Juegos Mortales. Al acercarse, oyó el griterío del público. El aforo del estadio era de quince mil personas, y sonaba como si estuviera lleno.

Adoptó unos andares chulescos. La intención no era solo parecer un espadachín joven y arrogante, sino también disimular su paso natural. El conde Drake no asistiría a un acto que según él recordaba a los Juegos Mortales, pero Logan de Gyre quizá sí, como también cualquiera de los jóvenes nobles que Kylar frecuentaba bastante a menudo. Por lo general, no se ponía nervioso cuando iba disfrazado. En primer lugar, porque ya no sentía la sensación de peligro y se le daban bien los disfraces. En segundo lugar, porque el nerviosismo atraía la atención como una piedra imán. Sin embargo, en esa ocasión tenía el estómago revuelto porque el disfraz que llevaba era todo menos un disfraz.

El maestro Blint le había dado la ropa sin mediar palabra. Eran vestiduras grises de ejecutor, de tan buena calidad como cualquier conjunto del propio maestro Blint. Las manchas grises y negras del atuendo funcionaban mejor en la oscuridad que el negro puro, ya que el moteado descomponía la figura humana. Las finas prendas le venían clavadas; eran ajustadas en las extremidades pero no hasta el punto de entorpecer los movimientos. Sospechaba que el corte ajustado tenía otro fin: los Nueve querían que pareciese lo más joven posible. «Hemos enviado a un crío sin Talento como campeón. Os ha dado una paliza. ¿Qué pasará cuando enviemos un ejecutor?»

Completaban su vestimenta una capa negra de seda —¡de seda!— y una máscara del mismo color y material, que solo dejaba unos agujeros para los ojos, una rendija para la boca y un mechón de pelo oscuro al descubierto. Se había untado todo el cabello con un potingue para que fuese completamente negro, y se lo había puesto de punta en mechones cortos y descuidados. En vez de su arnés negro para las armas, Blint le había entregado uno dorado, con fundas de oro para las dagas, los cuchillos arrojadizos y la espada. Destacaban claramente sobre los discretos grises de ejecutor. Blint había puesto los ojos en blanco al entregarle el arnés.

—¿No querías melodrama? Pues toma melodrama —había dicho.

«Como si esto fuera idea mía.»

Había poca gente por las calles, pero cuando Kylar se acercó con paso decidido a la entrada lateral del estadio, todos los espectadores y mercachifles se lo quedaron mirando. Pasó al interior y encontró la cámara de los luchadores. Había más de doscientos hombres y un par de docenas de mujeres. Iban desde matones descomunales que Kylar reconocía, hasta mercenarios y soldados, pasando por jóvenes nobles indolentes y campesinos de las Madrigueras a los que más valdría no intentar blandir una espada. Desesperados, ricos y tontos, ciertamente.

Repararon en él enseguida, y fue extendiéndose el silencio entre los bravucones que bromeaban a voces, los soldados que hacían estiramientos y las mujeres que comprobaban una y otra vez sus hojas.

—¿Estáis todos? —preguntó una mujer con aspecto de erudita que entró desde una sala lateral. Estuvo a punto de chocar contra el hombretón que la había precedido cuando aquel paró en seco.

A Kylar se le cortó la respiración. Era Logan. No iba a asistir como espectador, iba a competir. Entonces la maga vio a Kylar, y ocultó su sorpresa mejor que la mayoría.

—Ah... Ya veo. Bueno, joven, ven conmigo.

Muy atento a mantener sus andares de gallito, Kylar pasó por delante de Logan y los demás. Resultaba extrañamente satisfactorio oír los susurros que estallaban a sus espaldas.

La enfermería se había utilizado antaño para atender a los combatientes esclavos heridos. Tenía aspecto de haber presenciado muchas muertes. Incluso había canales que recorrían la base de todas las paredes, para que fuese más fácil lavar la sangre.

—Soy la hermana Drissa Nile —dijo la mujer—. Y aunque los maestros aprenden a usar todas las armas de filo, para este torneo solo puedes usar tu espada. Tengo que pedirte que te quites el resto de las armas.

Kylar le dedicó su mejor mirada a lo Durzo Blint. La hermana carraspeó.

—Supongo que podría unirlas mágicamente a sus fundas. No podrás desenvainarlas hasta dentro de unas seis horas, cuando las tramas se disipen.

Kylar asintió en señal de conformidad. Mientras la maga murmuraba las tramas de magia con que iba envolviendo cada una de las fundas, él examinó el cuadro de emparejamientos que había colgado en la pared. No tardó en encontrar a Logan y entonces dedicó unos instantes a buscarse a sí mismo antes de caer en la cuenta. «Ya, como que los Nueve iban a inscribirme con mi auténtico nombre.»

—¿Cómo figuro en la lista? —preguntó.

La maga hizo una pausa y señaló.

—Voy a jugármela y suponer que eres ese. —El nombre constaba como «Kagé». Drissa murmuró y de la nada apareció un acento sobre la «e»—. Kagé, la Sombra. Si no te ha enviado el Sa'kagé, jovencito, más te vale procurarte un caballo rápido.

No hacía falta preocuparse. Kylar se alegró de ver que estaba en el grupo opuesto al de Logan. Su amigo había crecido hasta dar cuerpo a su estatura. Logan de Gyre ya no era torpe, llegaba muy lejos con los brazos y era fuerte, pero entrenar una hora cada dos días no era lo mismo que adiestrarse varias horas diarias bajo la tutela del maestro Blint. Logan era buen luchador, pero de ningún modo llegaría a los últimos cruces de su grupo, lo que significaba que Kylar no tendría que enfrentarse a él.

Sacó su espada y la hermana Nile le aplicó la salvaguardia mágica. Kylar probó la hoja y no solo estaba plana, sino embotada en un pequeño círculo alrededor de cada filo, lo que demostraba que la hermana sabía lo que se hacía. Hasta una espada de prácticas podía cortar si se asestaba un tajo lo bastante fuerte. Por otra parte, las tramas no parecían añadir peso alguno a la hoja ni cambiar su recorrido en el aire.

—Bien —dijo Kylar. Estaba intentando ser tan lacónico como Durzo para no dar a conocer su voz. La mayoría de las voces impostadas de Kylar seguían haciéndole parecer un niño que intentaba sonar como un hombre. Era más embarazoso que eficaz.

—Las normas del torneo son que gana el primer espadachín que toque tres veces a su oponente. He enlazado una salvaguardia al cuerpo de todos los combatientes que hace reaccionar la espada del oponente. La primera vez que toques al adversario, tu espada brillará de color amarillo. La segunda, naranja, y la tercera, rojo. Ahora viene lo último —dijo la hermana—. Asegurarme de que no tienes Talento. Para eso tendré que tocarte.

—Pensaba que podrías Ver.

—Y puedo, pero he oído rumores de gente capaz de camuflar su Talento, y no faltaré a mi juramento de asegurarme de que este combate sea justo, ni siquiera aquí, ni siquiera por el Sa'kagé.

Drissa puso la mano encima de la suya y empezó a murmurar para sus adentros. Según Blint le había explicado, las mujeres necesitaban hablar para usar su Talento, aunque al parecer no hacía falta que dijesen nada comprensible.

Drissa paró de repente y lo miró a los ojos. Se mordió el labio y después volvió a ponerle la mano encima.

—Eso no es ningún camuflaje —dijo—. Nunca había visto... ¿Lo saben? Deben de saberlo, supongo, o no lo habrían enviado a él, pero...

—¿De qué estás hablando? —preguntó Kylar.

La hermana Nile dio un paso atrás a regañadientes, como si la incomodara tener que tratar con un ser humano cuando tenía entre manos algo mucho más interesante.

—Estás roto —le dijo.

—Que te den.

La maga parpadeó.

—Lo siento, quería decir... La gente suele hablar de «tener el Talento» como si

nada, como si fuera tan sencillo. Pero no lo es. Para que un hombre o una mujer se convierta en mago deben coaligarse tres factores. Primero, está el *glore vyrden*, que vendría a ser la magia vital. Se trata de magia que se recolecta de los procesos vitales, igual que obtenemos energía de la comida, o es posible que provenga del alma... No lo sabemos, pero es interna. La mitad de la gente tiene glore vyrden. Puede que todos lo tengan, y que en la mayoría sea demasiado pequeño para detectarlo. En segundo lugar, hay personas que tienen un conducto o proceso que traduce ese poder en magia o acción. Suele ser muy estrecho. A veces está bloqueado. Pero pongamos que alguien ve que a su hermano se le cae encima un carro cargado de heno; en ese caso extremo, ese alguien podría echar mano de su glore vyrden por única vez en su vida y ser capaz de levantar el carro. Por su parte, los hombres que tienen glore vyrden y un conducto abierto tienden a ser atletas o soldados. A veces se demuestran muy por encima de quienes los rodean, pero luego, como a todo el mundo, les cuesta recuperarse. La cantidad de magia que usan es pequeña y se agota con rapidez. Si se les dijera que están usando magia, no lo creerían. Para que un hombre sea un mago, necesita también un tercer componente: debe ser capaz de absorber magia del sol o del fuego para poder recargar su glore vyrden una y otra vez. La mayoría absorbemos la luz a través de los ojos, pero otros lo hacen por la piel. Creemos que por eso los gorathi de Friaku van a la batalla desnudos, no para intimidar a sus enemigos sino para acceder al máximo de magia posible.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? —preguntó Kylar.

—Jovencito, tú puedes absorber magia, sea por los ojos como un mago, sea a través de la piel, que prácticamente te brilla de magia. Diría que tienes una inclinación natural hacia la magia corporal. ¿Y tu glore vyrden? Nunca he visto otro igual. Podrías tirarte media noche usando magia y no la agotarías. Es perfecto para un ejecutor. Pero... —Hizo una mueca—. Lo siento. Tu conducto...

—¿Qué le pasa, está bloqueado? ¿Está mal? —Kylar ya sabía que lo tenía bloqueado. Blint llevaba años intentando romper el bloqueo. Eso explicaba también por qué Blint le hacía tumbarse al sol o acercarse peligrosamente a fuegos de forja: había intentado forzar una sobrecarga de magia, para que Kylar no tuviera más remedio que usarla.

—No tienes conducto.

—¿Lo puedes arreglar? El dinero no es problema —dijo Kylar, con el corazón encogido.

—No se trata de hacer un agujero con un taladro. Vendría a ser más bien como fabricar unos pulmones nuevos. Esto no es algo que ninguna sanadora de la Capilla haya visto nunca, y mucho menos tratado de arreglar; además, con la magnitud de tu Talento, yo diría que intentarlo resultaría letal tanto para ti como para la sanadora. ¿Conoces a algún mago dispuesto a jugarse la vida por ti?

Kylar negó con la cabeza.

—Entonces, lo siento.

—¿Podrían ayudarme los gandíanos? Ellos tienen a los mejores sanadores, ¿no?

—Preferiré no darme por ofendida por ese comentario, aunque la mayoría de las hermanas lo harían. He oído historias estrambóticas sobre la escuela verde masculina. No es que me lo crea, pero oí de un mago que había salvado al hijo nonato de una moribunda metiéndolo en el vientre de su hermana. Aunque sea cierto, eso es atender un embarazo, y las sanadoras nos las vemos con embarazos difíciles a diario. Lo tuyo no lo vemos nunca. La gente acude a nosotras porque está enferma. Llevan a sus hijos a la Capilla o a una de las escuelas masculinas porque han prendido fuego al granero, curado a un compañero de juegos o lanzado una silla a alguien usando solo su mente. La gente como tú no acude a nosotros; se queda frustrada por la vida, como si estuvieran destinados a más pero nunca pudieran alcanzarlo.

—Gracias —dijo Kylar.

—Lo siento.

—Así que eso es todo. ¿No tengo remedio?

—Estoy segura de que los antiguos podrían haber hecho algo por ti. A lo mejor hay algún viejo manuscrito olvidado en una biblioteca gandiana que pueda ayudarte. O quizá haya alguien en la Capilla que esté estudiando los trastornos del Talento sin que yo me haya enterado. No lo sé. Podrías intentarlo. Pero yo en tu lugar, no tiraría mi vida por la borda buscando algo que nunca vas a encontrar. Resígnate.

En esa ocasión, Kylar no tuvo que esforzarse. La mirada de Durzo Blint acudió a sus ojos sin ningún problema.

Capítulo 26

Kylar saltó a la arena del estadio dispuesto a hacer daño a alguien. Las gradas estaban llenas a rebosar. No había visto nunca a tanta gente. Los vendedores circulaban por los pasillos anunciando arroz, pescado y botas de cerveza. Los nobles tenían criados que los abanicaban para aliviar el creciente calor, y el rey ocupaba un trono, bebiendo y bromeando con su séquito. Kylar creyó avistar incluso al general supremo Agón a un lado, con cara de pocos amigos. La aparición de Kagé desató los murmullos del público.

Entonces se abrió la puerta que tenía delante y por ella salió un campesino grandote. Se oyeron unos vítores poco entusiasmados. A nadie le importaba en realidad quién ganase, tan solo se alegraban de que fuese a empezar otra pelea. Sonó un cuerno y el corpulento campesino desenvainó una gran espada bastarda herrumbrosa. Kylar desenfundó su propio acero y esperó. El campesino cargó contra él y levantó su espada para asestarle un mandoble de arriba abajo.

Kylar le salió al paso de un salto, le clavó la espada con fuerza en el estómago y, mientras el campesino pasaba de largo tropezando, le lanzó sendos cortes al riñón y el gemelo. Su espada brilló amarilla, naranja, roja.

Pareció pillar desprevenido a todo el mundo salvo a los maestros de armas, que ocupaban una sección especial con sus capas de color rojo y gris acero. Tañeron una campana en el acto.

Sonaron unos pocos aplausos y otros pocos abucheos, pero la mayor parte del público parecía más perpleja que otra cosa. Kylar envainó su espada y volvió caminando a la cámara de los luchadores, mientras el campesino se sacudía el polvo entre maldiciones.

Esperó a solas, inmóvil, sin hablar con nadie. Justo antes de su siguiente turno, un matón descomunal con un rayo tatuado en la frente se sentó a su lado. Kylar creía que se llamaba Bernerd. A lo mejor era Zocato... no, Zocato era el gemelo de la nariz rota.

—Ahí fuera tienes Nueve hinchas que estarían encantados si la próxima vez dieras un poco de espectáculo —le comunicó el forzudo antes de marcharse.

El segundo oponente de Kylar era ymmurí. Los señores de los caballos no acudían a menudo a la ciudad, de modo que el público estaba emocionado. Era un hombre menudo, cubierto por varias capas de cuero marrón de caballo, cuero que le ocultaba hasta la cara. También él había conservado sus cuchillos en el cinto, unos grandes gurkas curvados hacia delante. Su espada era una cimitarra, excelente para dar tajos yendo a caballo, pero no tan buena para un combate de esgrima. Además, estaba borracho.

Fiel a sus órdenes, Kylar jugó con él, esquivando fuertes mandobles en el último momento, intercalando patadas giratorias y acrobacias y, en pocas palabras,

saltándose todo lo que Durzo le había enseñado. Contra un rival competente, decía Durzo, nunca intentes una patada por encima de la rodilla. Sería demasiado lenta. Y ten siempre un pie en el suelo. Saltar te compromete con una trayectoria que no puedes cambiar. El único uso de una patada voladora era el que los ceuríes le habían dado al inventarla: desmontar a la caballería desde el suelo cuando no quedaba más opción. En la arena, el público enloqueció con la victoria de Kylar.

Mientras se retiraba tras el combate, Kylar vio salir a Logan. Su oponente era Bernerd, o Zocato. Kylar esperaba que el gemelo no fuese demasiado duro con él. Al cabo de unos minutos, sin embargo, Logan entró acalorado y triunfal en la cámara. Bernerd (o Zocato) debía de haber pecado de exceso de confianza.

En su tercer duelo Kylar tuvo por contrincante a un maestro de esgrima local que se ganaba la vida adiestrando a jóvenes nobles. El hombre miraba a Kylar como si fuese la serpiente más vil de todo Midcyru, pero contraatacaba con demasiado ímpetu y, tras tocar a Kylar una sola vez, perdió y se alejó hecho una furia.

Hizo falta que Logan ganara su tercer combate contra otro maestro de esgrima para que Kylar empezase a ver gato encerrado. Después él mismo ganó su cuarto duelo contra un soldado veterano; curiosamente, un soldado raso que no venía de buena familia, pero que debería haberle dado más guerra. El soldado no era buen actor. Kylar casi no atacó por las aberturas que dejaba en su guardia: clamaban tanto al cielo que estaba seguro de que eran trampas.

Entonces lo entendió. El campesino había sido real. El ymmurí estaba drogado. Al maestro de esgrima lo habían intimidado. El soldado estaba comprado. Era un torneo de eliminatorias, de manera que ya solo quedaban dieciséis hombres. Reconoció a cuatro como miembros del Sa'kagé, por lo que a buen seguro habría otros cuatro que no conocía. Los Nueve habían amañado los emparejamientos. Eso lo enfureció. Sin embargo, superó con facilidad sus últimos combates como si tuvieran importancia, repartiendo patadas giratorias voladoras, llaves de brazos, barridos con las piernas, complicadas combinaciones para desarmar al rival y cualquier otra maniobra ridícula que se le ocurriese.

Había pensado que los Nueve creían en él, que le daban una auténtica oportunidad de demostrar su valía, de vencer o morir. Pero aquello no era más que otro timo. Había grandes guerreros, pero los habían sobornado. Sin duda los corredores de apuestas estaban haciendo su agosto mientras Kylar ascendía por un grupo de emparejamientos y nada menos que Logan de Gyre iba saliendo airoso en el otro. Logan, el alto y apuesto Logan, vástago de una de las mejores familias, gozaba de una inmensa popularidad. De modo que el Sa'kagé había amañado los primeros cruces de Logan para que fuesen muy reñidos y mejorar los beneficios de las apuestas a su favor. Después el joven señor de Gyre había barrido en las últimas rondas. Los grandes luchadores se dejaban caer en momentos improbables y llenaban aún más las

arcas del Sa'kagé.

En la mayoría de los casos, el teatro resultaba convincente. Cuando un espadachín mínimamente diestro lanzaba una estocada, no hacía falta fingir mucho para fallar el bloqueo. Sin embargo, Kylar lo notaba, y notaba que los maestros de armas lo notaban. Parecían furiosos, e imaginó que tardarían mucho tiempo en permitir que se celebrara otro torneo oficial en Cenaria. El proceso debía de parecerles tan clamorosamente corrupto que Kylar dudaba de que le concediesen el rango de maestro de armas aunque se lo ganase de sobra.

Resultaba igual de obvio que el rey no había notado nada, por lo menos no hasta que un maestro de armas fue a hablar con él. Aleine se puso en pie de un salto y a sus consejeros les llevó un tiempo calmarlo para que volviera a sentarse. Así pues, los Nueve habían hecho llegar su mensaje al rey, pero todavía quedaba dinero por ganar y, si las suposiciones de Kylar eran correctas, los Nueve querían transmitir su mensaje a la ciudad entera.

Asqueado, saltó a la arena para enfrentarse a Logan. Era el último combate, el que valía el campeonato. No había una salida digna. Se sentía tentado de tirar su espada a los pies de Logan y rendirse, pero el rey pensaría que el Sa'kagé estaba declarando su apoyo al señor de Gyre. Después sería solo cuestión de tiempo que contratase un ejecutor para que hiciera una visita a la villa de Logan, o a un asesino cualquiera si el Sa'kagé no aceptaba el trabajo. Tampoco podía dejarle ganar tras un combate reñido. Ahora que Aleine sabía que el Sa'kagé había amañado la competición entera, pensaría que intentaban que Logan quedara bien. Así pues, ¿qué se suponía que debía hacer Kylar? ¿Humillar a su mejor amigo?

La euforia de las primeras rondas había desaparecido por completo del rostro de Logan. Llevaba una hermosa y ligera cota de malla con anillas negras que dibujaban la forma de un halcón gerifalte en el pecho y la espalda. El público rugió cuando se situaron frente a frente, pero ninguno de los dos jóvenes le prestó la menor atención.

—No soy lo bastante bueno para haber llegado tan lejos. Me habéis tendido una trampa —dijo Logan—. He estado pensando qué hacer al respecto. Una idea era tirar la espada y capitular para fastidiaros el numerito, pero tú eres del Sa'kagé y yo soy un Gyre. Jamás me rendiré ante la oscuridad y la corrupción. Entonces, ¿qué va a ser? ¿Tienes escondido otro cuchillo que no está mágicamente protegido? ¿Vas a matarme en público, solo para recordarle a Cenaria qué bota tiene en la garganta?

—Yo soy solo una espada —dijo Kylar, con voz ronca como la de Blint.

—¿Una espada? —se mofó Logan—. No excusarás lo que eres tan fácilmente. Eres un hombre que ha traicionado hasta el último jirón de su parte más noble, que en todas las encrucijadas ha decidido sumirse más en la oscuridad, ¿y por qué? Por dinero. —Logan escupió—. Mátame si eso es para lo que te han pagado, Sombra, porque te digo una cosa: yo haré lo posible por matarte a ti.

¿Dinero? ¿Qué sabía Logan del dinero? Había tenido dinero todos los días de su vida. Con el precio de uno de sus guantes gastados podría alimentarse a un rata de hermandad durante meses. Sintió que una furia abrasadora le corría por las venas. Logan no sabía nada... y aun así no podía tener más razón.

Kylar saltó adelante en el preciso instante en que sonaba el cuerno, aunque tampoco le importaba si seguía las normas o no. Logan empezó a desenvainar, pero Kylar ni se molestó en hacerlo. Se lanzó al frente con el pie dirigido a la mano de la espada de Logan.

La patada llegó antes de que Logan hubiese sacado media espada de su funda. Le arrancó de los dedos la empuñadura y lo torció de lado. Kylar embistió contra él, enroscó una pierna en torno a las suyas e hizo que los dos cayeran al suelo. Aterrizó encima y oyó el bufido de Logan al quedarse sin aire. Le agarró los dos brazos, los unió de un tirón a su espalda y los sujetó con una mano. Con la otra lo cogió del pelo y le estrelló la cara contra la arena con todas sus fuerzas, una y otra vez, pero el terreno era demasiado blando para dejarlo inconsciente.

Kylar se puso en pie y desenvainó. Los gemidos de Logan y su propio jadeo parecían los únicos sonidos del mundo. El estadio había quedado en silencio. Ni siquiera corría viento. Hacía calor, un calor del demonio. Kylar golpeó con saña el riñón izquierdo de Logan y luego el derecho. La espada estaba protegida, de modo que, por supuesto, no cortó, pero aun así los golpes fueron como garrotazos.

Logan gritó de dolor. Qué joven sonó de repente. Apenas tenía dieciocho años por muy grande que fuera, pero el grito hizo que Kylar sintiera vergüenza ajena. Era una muestra de debilidad. Era humillante, enfurecedor. Paseó la mirada por el estadio. Los Nueve lo miraban desde algún lugar, todos vestidos como personas corrientes, fingiendo compartir el horror de sus vecinos. Fingiéndose amigos de hombres a los que despreciaban, hombres a los que traicionarían por simple dinero.

Oyó un ruido a su espalda y vio que Logan había logrado ponerse a cuatro patas. Estaba luchando por levantarse. Le sangraba la cara por un centenar de minúsculos cortes abiertos a causa de la arena, y tenía la mirada vidriosa.

Kylar elevó su espada de color naranja resplandeciente hacia el público. Después giró sobre sus talones y estrelló la parte plana de la hoja contra la nuca de Logan. Su amigo se vino abajo, inconsciente, y el público soltó un grito ahogado.

Humillar a Logan había sido el único modo de salvarlo, pero una humillación servida con tanto deshonor no llamaría la atención sobre la derrota de Logan, sino hacia el Sa'kagé. Eran gente vil, indecente y todopoderosa, y ese día Kylar era su avatar. Tiró la espada roja y levantó de nuevo las manos hacia el público, regalándole en esa ocasión sendos saludos con el dedo en alto. «Que os den a todos. Que me den a mí.»

Después salió corriendo.

Capítulo 27

Las ventanas del Club Modainí de Fumadores estaban hechas de placas de cristal plangano, talladas en cuñas y curiosos motivos zoomorfos. Quien contemplara las formas del cristal podía abstraerse por completo del mundo exterior, lo cual era la intención. Quien contemplara las formas no vería los barrotes al otro lado del cristal. Kylar estaba ante esa ventana, observando por entre esos barrotes a una chica en el mercado de Sidlin.

La chica regateaba con un vendedor de hortalizas. Muñeca —Elene— se estaba haciendo mayor: tendría tal vez quince años, ahora que Kylar había cumplido los dieciocho. Era hermosa, por lo menos desde esa distancia segura. Desde allí Kylar veía su cuerpo, unas curvas esbeltas envueltas en un sencillo vestido de sirvienta, el pelo recogido y resplandeciente como el oro a la luz del sol, y el destello de una sonrisa fácil. Aunque no distinguía las marcas de su cara desde tan lejos. El cristal tintado convertía su vestido blanco en rojo sangre. Los plomados adornos zoomorfos le recordaban las líneas de sus cicatrices.

—Te destruirá —dijo Mama K a sus espaldas—. Pertenece a un mundo distinto de cualquiera que tú vayas a conocer.

—Lo sé —replicó él con calma, echando un breve vistazo por encima del hombro. Mama K había entrado en la habitación con una chica nueva, una del lado este, joven y guapa. Mama K le estaba peinando la melena rubia. El Club Modainí de Fumadores era muy diferente de la mayoría de los burdeles de la ciudad. Las cortesanas de allí estaban tan versadas en las artes de la conversación y la música como en las de la alcoba. No había vestidos escandalosos, ni desnudez ni magreos en las salas públicas, y no se permitía la entrada de plebeyos.

Mama K se había enterado hacía mucho de las excursiones de Kylar, por supuesto. Era imposible ocultarle nada. Había discutido con él y todavía hacía comentarios siempre que lo pillaba allí, pero, una vez se convenció de que Kylar no dejaría de ir al mercado, le hizo jurar que entraría en el club y observaría desde dentro. Ya que estaba decidido a hacer el idiota, dijo, por lo menos que lo hiciera a salvo. Si salía, tarde o temprano toparía con la chica, hablaría con ella, se acostarían, se enamoraría de ella y se haría matar por desobedecer a su maestro.

—No seas tímida —le dijo Mama K a su aprendiza—. Pronto harás mucho más con un hombre en la habitación que cambiarte de ropa.

Kylar no se volvió al oír el roce de las prendas al caer al suelo. Justo lo que necesitaba. Como si no estuviera ya bastante deprimido.

—Sé que la primera vez da miedo, Daydra —prosiguió Mama K con dulzura—. Se hace duro. ¿No es así, Kylar?

—Más vale que sí. No sirve de mucho cuando está blando.

Daydra soltó una risilla, más por los nervios que por el ingenio de Kylar, sin duda. Él no apartó la vista de la ventana con barrotes. Se estaba empapando la vista de Elene. ¿Qué dirían sus claros ojos castaños al mirar a la chica que tenía detrás, preparándose para su primer cliente?

—Al principio te sentirás culpable, Daydra —dijo Mama K—. Tienes que estar prevenida y no hacer caso. No eres una zorra, no eres una embustera. Eres una acompañante. Los hombres no compran un buen vino sethí porque tengan sed. Lo compran porque les hace sentir bien y al pagarlo se sienten satisfechos consigo mismos. Aquí vienen por lo mismo. Los hombres siempre pagarán por sus vicios, ya sean beber vino o levantar una falda...

—O asesinar —dijo Kylar, tocando la bolsa llena de monedas y la daga que llevaba al cinto.

Casi sintió helarse el aire, pero Mama K no le hizo caso y siguió.

—El secreto es decidir qué es lo que no estás dispuesta a vender. Nunca vendas tu corazón. Hay chicas que no besan. Algunas no dejan que las reserve un solo hombre. Otras se niegan a ofrecer ciertos servicios. Yo lo hice todo, pero conservé mi corazón.

—¿Ah, sí? —dijo Kylar—. ¿De verdad?

Se volvió y al instante le faltó el aliento. Gracias a los buenos oficios de Mama K, Daydra parecía idéntica a Elene. La misma figura, las mismas curvas gloriosas, el mismo pelo resplandeciente como el oro, el mismo vestido sencillo de criada... Se parecía en todo salvo en que ella estaba en su lado de los barrotes, lo bastante cerca para tocarla, mientras que Elene seguía allí fuera. Daydra esbozaba una sonrisa vacilante, como si no pudiera creerse que Kylar hablara de aquel modo a su jefa.

Mama K estaba furiosa. Cruzó la habitación de tres zancadas y cogió a Kylar de la oreja como si fuese un crío travieso. Lo sacó a rastras de la sala al rellano del segundo piso. Estaba lleno de butacas mullidas y alfombras de calidad; había un guardaespaldas sentado en una esquina y cuatro puertas que llevaban a habitaciones de cortesanas. La escalera bajaba a un salón decorado con cuadros sugerentes pero no explícitos y libros encuadernados en cuero. Mama K le soltó la oreja por fin y cerró sin aspavientos la puerta por la que habían salido.

—Maldito seas, Kylar. Daydra ya está aterrorizada. ¿Qué demonios estás haciendo?

—Decir una fea verdad. —Se encogió de hombros—. Decir mentiras. Qué más da.

—Si quisiera la verdad me miraría al condenado espejo. Esta vida no va de buscar la verdad, va de sacarle el máximo partido a lo que tienes. Todo esto es por esa chica, ¿no es así? La locura de siempre. La salvaste, Kylar. Ahora olvídate de ella. Te lo debe todo.

—Me debe sus cicatrices.

—Eres tonto de remate. ¿Has investigado alguna vez lo que fue del resto de las chicas de tu hermandad? No han pasado ni diez años y ya son borrachas y fumadoras de hierba jarana, cortabolsas y tullidas, mendigas y putas baratas, madres de quince años con hijos famélicos o incapaces de concebirlos por haber tomado demasiada infusión de tanaceto. Te aseguro que Elene no es la única chica de tu hermandad a la que algún sádico ha marcado. Sin embargo, es la única con esperanzas y futuro. Tú se los diste, Kylar.

—Tendría que haber...

—Lo único que podrías haber hecho mejor sería haber matado antes a ese chico, antes de que te hiciera nada. Si hubieras sido el tipo de niño capaz de asesinar, no habrías sido el tipo de niño al que le importase la suerte de una cría. La verdad es que, hasta si Fuesen culpa tuya, las cicatrices de Elene son un precio pequeño por la vida que le diste.

Kylar apartó la vista. El rellano también tenía una ventana con vistas al mercado. Era de cristal simple, transparente, sin dibujos ni colores como los de la alcoba. También tenía barrotes, aunque estos eran lisos y de hierro, con los bordes tan afilados como uno de los cuchillos de Blint. Elene se había acercado y podía verle las cicatrices, pero entonces ella sonrió y parecieron esfumarse.

¿Con qué frecuencia esbozaban sonrisas como aquella las chicas de las Madrigueras? Kylar se descubrió sonriendo a su vez. Se sentía más ligero de lo que recordaba haberse sentido nunca. Se volvió y dedicó la sonrisa a Mama K.

—No esperaba encontrar en ti la absolución.

Ella no alegró el semblante.

—No es la absolución, es la realidad. Y soy la persona ideal para dártela. Además, llevas los remordimientos tan mal como Durzo.

—¿Durzo? Durzo nunca siente remordimientos por nada —dijo Kylar.

Un fugaz gesto de desagrado asomó a las facciones de Mama K, que volvió la cabeza para mirar a Elene.

—Acaba con esta farsa, Kylar.

—¿De qué hablas?

—Durzo te explicó las reglas: puedes follar pero nunca amar. Él no ve lo que estás haciendo, pero yo sí. Crees que amas a Elene, de modo que no quieres follar con nadie. ¿Por qué no te quitas ese peso de encima? —Dulcificó la voz—. Kylar. No puedes tener a esa chica de ahí fuera. ¿Por qué no tomas lo que sí puedes tener?

—¿De qué hablas?

—Ve adentro con Daydra. Ella te lo agradecerá. Invita la casa. Si te preocupa tu falta de experiencia, ella también es virgen.

«¿También? Dioses, ¿acaso Mama K tiene que saberlo todo?»—No —respondió Kylar—. No, gracias, no me interesa.

—Kylar, ¿a qué esperas? ¿A una gloriosa unión de almas con esa chica de ahí fuera? Solo es follar, y es lo único a tu alcance. Ese era el trato, Kylar, y lo sabías cuando empezaste. Todos hacemos nuestros tratos. Yo lo hice, Durzo lo hizo y tú también.

Mama K se rindió e indicó por señas a uno de sus matones de abajo que dejara pasar a un cliente.

Un indeseable con los nudillos peludos subió resollando por la escalera. Aunque llevaba ropa cara, estaba gordo, era feo, olía mal y sonreía de oreja a oreja con sus dientes negruzcos. Hizo una pausa en el rellano y se relamió, la viva imagen de la lujuria con mejillas flácidas. Saludó con la cabeza a Mama K, dedicó un guiño cómplice a Kylar y entró en la habitación de la cortesana virgen.

—A lo mejor esos tratos fueron mala idea —observó Kylar.

—Da igual. No hay vuelta atrás.

Capítulo 28

Feir Cousat llamó a una puerta en lo más alto del interior de la gran pirámide de Sho'cendi. Dos golpes, pausa, dos, pausa, uno. Cuando Dorian, Solon y él eran estudiantes en la escuela del fuego para magos, no habían merecido unas estancias tan prestigiosas. Sin embargo, si Dorian y él habían recibido esas habitaciones, no era tanto para agradecer su historial de servicios como para tenerlos controlados.

Se entreabrió la puerta y el ojo de Dorian apareció al otro lado. A Feir siempre le había parecido gracioso: Dorian era un profeta. Podía predecir la caída de un reino o el ganador de una carrera de caballos (un truco lucrativo cuando Feir podía convencerlo de que lo explotara), pero no podía saber quién llamaba a su puerta. Él decía que profetizar sobre sí mismo lo sumía demasiado en la espiral de la locura.

Dorian hizo pasar a Feir y atrancó la puerta de inmediato. Feir sintió que atravesaba una serie sorprendentemente numerosa de salvaguardas mágicas. Las examinó. La defensa contra oídos indiscretos se la esperaba. La protección contra intrusos no era nada común si el mago se hallaba en la habitación. Sin embargo, la rara de verdad era una defensa para mantener la magia dentro de la estancia. Feir palpó las hebras de la trama mientras sacudía la cabeza, asombrado. Dorian era un mago de los que nace uno por generación. Después de estudiar en Hoth'salar, la escuela de sanadores de Gandu, y dominar a los dieciséis años todo lo que podían enseñarle, había acudido a la escuela del fuego y dominado la magia ígnea sin siquiera fingir que le interesaba. Se había quedado únicamente porque había trabado amistad con Feir y Solon. Los talentos de Solon residían casi exclusivamente en el fuego, pero era el más poderoso de los tres. Feir no estaba seguro de por qué Solon y Dorian se habían hecho amigos suyos. Quizá porque no se sentía amenazado por lo brillantes que eran. Resultaba tan obvio que los dos estaban tocados por los dioses que pasó mucho tiempo antes de que Feir pensase siquiera en sentir celos. Tal vez había ayudado que fuera de origen campesino. Probablemente también que, cuando se rezagaba en los estudios y empezaba a ponerse celoso, uno u otro de sus amigos lo retaba a un combate de prácticas.

Feir parecía gordo, pero sabía moverse y se entrenaba a diario con los maestros de armas, que tenían su centro principal de adiestramientos a unos pocos minutos de Sho'cendi. Para Solon o Dorian, ofrecerse a practicar con él suponía ofrecerse a recibir una tunda. Dorian podía curar los hematomas más tarde, pero aún seguían doliendo.

Dorian tenía unas alforjas a medio llenar sobre la cama. Feir suspiró.

—Sabes que la Asamblea te ha prohibido partir. Les da igual Cenaria. Para ser sincero, si Solon no estuviera allí, a mí tampoco me importaría. Podríamos mandarle un mensaje para que se fuera. —Los dirigentes de la escuela no lo habían formulado

de ese modo, claro está. Lo que más les preocupaba era evitar que el rey dios pusiera sus zarpas en el único profeta del continente de Midcyru, tal vez del mundo.

—Todavía no sabes lo mejor —dijo Dorian, sonriendo como un niño.

Feir se sintió palidecer. De repente las defensas para mantener la magia en la habitación cobraban sentido.

—No estarás planeando robarla.

—Podría argumentar que es nuestra. Fuimos nosotros quienes le seguimos la pista, la encontramos y la trajimos. Ellos nos la robaron primero, Feir.

—Reconociste que aquí estaría más segura. Dejamos que nos la quitaran.

—Y ahora la recupero —dijo Dorian, con un encogimiento de hombros.

—O sea que vuelves a ser tú contra el mundo entero.

—Soy yo por el mundo entero, Feir. ¿Vendrás conmigo?

—¿Que si iré contigo? ¿Ya has sucumbido a la locura? —Cuando afloró el don para la profecía de Dorian, una de las primeras cosas que intentó predecir fue su propio futuro. Descubrió que, hiciera lo que hiciese, un día se volvería loco. Escudriñar su futuro no haría sino acelerar la llegada de ese día—. Creía que habías dicho que todavía te quedaba una década o así.

—Ya no tanto —explicó Dorian. Se encogió de hombros como si no importara, como si no le rompiese el corazón, exactamente como se había encogido de hombros al enviar a Solon a Cenaria, sabiendo que le costaría el amor de Kaede—. Antes de responder, Feir, debes saber una cosa: si me acompañas, lo lamentarás muchas veces y nunca volverás a pisar los pasillos de Sho'cendi.

—Tú sí que sabes ser convincente —dijo Feir, con los ojos en blanco.

—También me salvarás la vida al menos dos veces, tendrás una forja, serás conocido de uno a otro confín como el más grande maestro armero viviente, pondrás tu granito de arena para salvar el mundo y morirás satisfecho, si bien no tan mayor como tú o yo desearíamos.

—Anda, eso está mejor —dijo Feir con sarcasmo, pero el estómago le daba vueltas. Dorian rara vez contaba lo que sabía pero, cuando lo hacía, nunca decía mentiras—. ¿Solo un granito de arena para salvar el mundo?

—Feir, tu propósito en la vida no es tu propia felicidad. Formamos parte de una historia mucho más grande. Nos pasa a todos. Si tu aportación no se recoge en baladas, ¿la hace eso menos meritoria? Nuestro propósito en este viaje no es salvar a Solon. Es ver a un chico. Afrontaremos muchos peligros para llegar hasta allí. La muerte es una posibilidad muy real. ¿Y sabes lo que ese chico necesita de nosotros? Cuatro palabras. O solo tres, si el nombre cuenta como una sola. ¿Quieres saber cuáles son?

—Claro.

—Pregunta a Mama K.

—¿Eso es todo? ¿Qué significa? —dijo Feir.

—No tengo ni idea.

A veces los adivinos tocaban mucho las narices.

—Me pides mucho —dijo Feir.

Dorian asintió.

—Si acepto, ¿lo lamentaré?

—Muchas veces. Pero no al final.

—Quizá sería más fácil si me contaras menos.

—Créeme —dijo Dorian—, ojalá no tuviese una imagen tan clara de lo que te espera si sigues cada una de las posibles elecciones. Si te contase menos, me odiarías por callarme. Si te explicara más, quizá no tuvieses valor para seguir adelante.

—¡Basta! —Dioses, ¿tan malo iba a ser?

Feir se miró las manos. Tendría una forja. Sería conocido en el mundo entero por su trabajo. Ese había sido uno de sus sueños. Quizá hasta podría casarse, tener hijos. Pensó en preguntar a Dorian, pero no se atrevió. Suspiró y se frotó las sienes.

Dorian exhibió una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Bien! Ahora ayúdame a planear cómo vamos a sacar a Curoch de aquí.

Feir estaba seguro de no haberlo oído bien. Después sintió que se quedaba blanco como la pared. En la habitación había defensas para mantener la magia dentro...

—Cuando dices «aquí» te refieres a «aquí, en la escuela», como si todavía tuviese una oportunidad de convencerte de que no intentes robar el artefacto más protegido de Midcyru. ¿Verdad?

Dorian retiró las mantas de la cama. Sobre ella había una espada envainada. Parecía un arma normal y corriente, salvo que toda la funda estaba hecha de plomo y cubría la espada por completo, hasta la empuñadura, para contener la magia. Sin embargo, tampoco era una espada mágica cualquiera: se trataba más bien de La Espada Mágica, con mayúsculas. Era Curoch, la espada del emperador Jorsin Alkestes. La espada del poder. La mayoría de los magos ni siquiera eran lo bastante fuertes para usarla. Si Feir (o casi cualquier otro) lo intentaba, le mataría en un segundo.

Dorian había dicho que ni siquiera Solon podía usarla con seguridad. Sin embargo, a la muerte de Jorsin Alkestes, hubo bastantes magos que sí pudieron... y destruyeron más de una civilización.

—Al principio, pensé que tendría que profetizar mi propio futuro para conseguirla, pero en lugar de eso he vaticinado el de los centinelas. Todo ha salido a pedir de boca salvo por un guardia, que ha aparecido por un pasillo que tenía como una posibilidad entre mil de coger. He tenido que dejarlo inconsciente. La buena noticia es que le devolverán la salud los cuidados de una encantadora enfermera con la que más tarde se casará.

—¿Me estás contando que hay un guardia inconsciente allí arriba, ahora mismo, esperando a que alguien lo encuentre? ¿Mientras tú y yo estamos aquí de cháchara? Pero ¿se puede saber por qué haces todo esto?

—Porque él lo necesita.

—¿El? ¿Piensas robar a Curoch para el chico de «pregunta a Mama K»?

—Oh, no; bueno, no directamente. El chico que necesita blandir Curoch, el chico que todo el mundo necesita que blanda Curoch, ni siquiera ha nacido todavía. Pero esta es nuestra única oportunidad de llevárnosla.

—Dioses, hablas en serio —dijo Feir.

—Deja de fingir que esto cambia algo. Ya te has decidido. Nos vamos a Cenaria.

«¿Decía que a veces los adivinos tocan mucho las narices? Más bien siempre.»

Capítulo 29

—¿A ti qué te pasa? —gritó el maestro Blint.

—No me... —dijo Kylar.

—¡Otra vez! —rugió Blint.

Kylar paró el cuchillo de prácticas con un bloqueo en cruz, atravesando los antebrazos en forma de equis a la altura de las muñecas. Intentó agarrar la mano a Durzo y retorcérsela, pero el ejecutor se escabulló a un lado.

Fueron maniobrando por la sala de entrenamiento de la nueva casa segura de Blint, rebotando en las paredes, acorralándose contra columnas e intentando aprovechar cualquier saliente irregular del suelo contra el rival. Sin embargo, la pelea estaba igualada.

Los nueve años que Kylar había pasado bajo la tutela de Blint lo habían visto endurecerse y crecer. Tendría ya unos veinte años. No era tan alto como Blint ni lo sería nunca, pero tenía un cuerpo esbelto y nervudo, y sus ojos seguían siendo del mismo azul claro. Combatía y sudaba, consciente de todos los músculos de los brazos, el pecho y el estómago, que movía con precisión para ejecutar los movimientos, pero era incapaz de concentrarse de verdad.

Durzo Blint lo notaba, y eso le enfurecía. Renegando con profusión y elocuencia, el maestro comparó desfavorablemente su actitud con la de una prostituta perezosa, su cara con órganos corporales inverosímiles y enfermos, y su inteligencia con la de varias especies de animales de granja. Cuando Durzo volvió a atacar, se hizo evidente que había subido el listón.

Una de las muchas características peligrosas del maestro Blint era que, aun cuando estaba furioso, nunca se le notaba en la forma de luchar. Solo daba rienda suelta a su ira cuando ya tenía a su rival tumbado en el suelo, por lo general sangrando.

Fue empujando poco a poco a Kylar hacia un lado de la sala, con la mano cerrada en un puño o extendida como una hoja, mientras el puñal de prácticas centelleaba en veloces arcos y estocadas. Extendió demasiado una puñalada y esa fracción de segundo permitió que Kylar ganara espacio y le diera un golpe en la muñeca.

Sin embargo, el maestro Blint no soltó el cuchillo y, al doblar el codo, la hoja embotada chocó con el pulgar de Kylar.

—Esa impaciencia te ha costado un pulgar, chaval.

Kylar hizo una pausa, respirando fuerte pero sin perder de vista al maestro Blint. Ya habían practicado con espadas de varios tipos y cuchillos de diversa longitud. A veces luchaban con las mismas armas, a veces en desigualdad: el maestro Blint agarraba una espada ancha de doble filo contra una hoja gandiana o Kylar medía un estilete contra una gurka.

—Cualquier otro habría perdido el puñal —protestó.

——No estás luchando contra cualquier otro.

—No me enfrentaría a ti si estuvieras armado y yo no.

El maestro Blint echó atrás el brazo del puñal y lo lanzó volando junto a la oreja de Kylar, que no movió ni un músculo. No porque ya no se preguntase de vez en cuando si el maestro Blint iba a matarlo, sino porque sabía que no podía impedírselo.

Cuando Blint volvió a acometer, lo hizo a toda velocidad. Hubo patadas bloqueadas con las piernas, puñetazos desviados, golpes cortos esquivados e impactos absorbidos con brazos, piernas y caderas. Ni trucos ni virguerías, solo velocidad.

En mitad del remolino de extremidades Kylar comprendió, como de costumbre, que el maestro Blint ganaría. Era mejor y no había vuelta de hoja. Solía ser a esas alturas cuando Kylar intentaba algo a la desesperada. El maestro Blint estaría esperándolo.

Kylar desencadenó una tormenta de golpes, rápidos y ligeros como una brisa de montaña. Ninguno bastaría por sí solo para hacer daño al maestro Blint aunque acertara, pero cualquiera de ellos le haría errar el siguiente. Kylar aumentó el ritmo mientras su maestro desviaba los golpes o los dejaba impactar en carne tensada para encajarlos.

Un golpe de mano de lanza atravesó las defensas de Blint y se le clavó en el abdomen. Cuando su maestro se dobló involuntariamente, Kylar lanzó otro golpe con todas sus fuerzas a la barbilla de Durzo... y lo contuvo. Blint reaccionó con la suficiente velocidad para haber parado el puñetazo pero, al no producirse el contacto donde lo esperaba, sobreextendió el movimiento de bloqueo y no pudo recomponer la guardia antes de que el puño aún cerrado de Kylar se dirigiera contra su nariz.

Sin embargo, Kylar no alcanzó al maestro Blint. El ataque fue desviado por una fuerza invisible, como una mano fantasmal. Kylar trastabilló, intentó recobrarse y atajar la patada de Durzo, pero esta le dobló las manos con fuerza sobrehumana. Se estrelló contra la columna que tenía detrás con tanta fuerza que la oyó crujir. Cayó al suelo.

—Tu turno —dijo Blint—. Si no me tocas, te tengo reservado un castigo especial.

«¿Un castigo especial? Estupendo.»

Agachado en el suelo, con ambos brazos doloridos, Kylar no respondió. Se puso en pie pero, al volverse, en lugar de Blint estaba Logan. Aunque la sonrisa burlona de su rostro era la de Durzo Blint en estado puro. Se trataba de una ilusión, una ilusión de dos metros diez que se adaptaba como un guante a los movimientos de Blint. Kylar le lanzó una patada malintencionada a la rodilla, pero su pie atravesó la efigie y quebró la ilusión sin tocar nada en absoluto. Blint estaba medio metro más atrás. Mientras Kylar perdía el equilibrio, su maestro levantó una mano. Hubo un ruido

sibilante, y de la mano salió disparado un puño fantasmal que lanzó a Kylar por los aires.

Kylar se puso de pie a tiempo de ver saltar a Blint. El techo estaba a cuatro metros de altura, pero su maestro lo alcanzó con toda la espalda y se quedó pegado a él. Empezó a reptar por el techo y desapareció cuando unos tentáculos de sombra lo envolvieron para fundirse con la penumbra general de las alturas. Al principio Kylar lo oyó deslizarse hasta un punto situado por encima de su cabeza, y luego el sonido se interrumpió de repente. El Talento de Blint estaba apagando hasta el roce de su cuerpo contra la madera.

Sin dejar de moverse, Kylar escudriñó el techo en busca de cualquier sombra que desentonase.

—Wrable Cicatrices puede hasta proyectar su voz, o cualquier otro sonido —dijo Blint, desde la esquina opuesta del techo—. Me pregunto si tú podrías.

Kylar vio, o creyó ver, que la sombra regresaba hacia él. Le lanzó un cuchillo arrojadizo; la sombra se despedazó y dejó el cuchillo clavado y temblando en la madera. Era otra ilusión. Kylar se volvió poco a poco, tratando de oír el más mínimo sonido fuera de lugar por encima del latido desbocado de su corazón.

El leve roce de una tela al tocar el suelo a sus espaldas lo hizo girar sobre sus talones y atacar. Sin embargo, allí no había nada salvo la túnica que Blint había tirado. Un golpe sordo anunció el aterrizaje de Blint en persona por detrás de Kylar. El joven se dio la vuelta una vez más, pero algo le atrapó la mano izquierda, y luego la derecha.

El maestro Blint lo observaba con una mirada inexpresiva, el pecho desnudo y sus auténticas manos a los costados. La magia sostenía las muñecas de Kylar en el aire. Poco a poco, se le separaron los brazos hasta que los tuvo en cruz, y después más. Kylar aguantó en silencio tanto como pudo, hasta que gritó cuando sintió que sus articulaciones estaban a punto de dislocarse.

Las sujeciones mágicas cayeron y Kylar se vino abajo, derrotado.

Durzo sacudió la cabeza con gesto decepcionado... y Kylar atacó. Su patada fue perdiendo fuerza a medida que se acercaba a la rodilla de Durzo, como si se hundiera en un muelle, y finalmente salió despedida hacia atrás. El impulso le hizo dar una vuelta brusca sobre sí mismo y caer rodando al suelo.

—¿Has visto lo que acaba de pasar? —preguntó Durzo.

—Me has vuelto a dar una paliza ——dijo Kylar.

—Antes de eso.

—Casi te doy —respondió Kylar.

—Me has engañado y me habrías destruido, pero he usado mi Talento y tú aún te niegas a usar el tuyo. ¿Por qué?

«Porque estoy roto.» Desde que hablara con Drissa Nile hacía cuatro años, Kylar

había pensado cien veces en explicarle a Durzo Blint lo que la maga le había contado: que no tenía conducto y nadie podía arreglarlo. Sin embargo, las reglas siempre habían estado claras. Kylar llegaba a ejecutor o moría en el intento. Y, como Blint acababa de demostrar una vez más, Kylar nunca sería un ejecutor sin el Talento. Decirle la verdad a Blint siempre le había parecido una manera rápida de morir. Había hecho todo lo posible para activar su Talento o enterarse de algo que pudiera ayudarle, pero no había encontrado nada.

Blint respiró hondo. Cuando habló de nuevo, lo hizo con voz tranquila.

—Va siendo hora de aceptar algunas verdades, Kylar. Eres un buen luchador. Deficiente aún con las armas de asta, las ballestas y... —Empezaba a sermonearlo y se dio cuenta de ello—. En fin, que se te da bien el combate cuerpo a cuerpo y no tienes nada que envidiar a nadie con esas espadas ceuríes de mano y media que te gustan. Hoy me habrías pillado. No será la próxima vez, pero empezarás a ganar. Tu cuerpo sabe qué hacer y tu cabeza también lo tiene casi todo claro. A lo largo de los próximos años, tu cuerpo se volverá algo más rápido y algo más fuerte, y tú te volverás mucho más listo. Pero tu entrenamiento con armas ha concluido, Kylar. El resto es práctica.

—¿Y? —preguntó Kylar.

—Sígueme. Tengo algo que podría ayudarte.

Kylar siguió a Blint hasta su taller. Era más pequeño que el que había visto Azoth en la vieja casa segura de Durzo, pero al menos el de ahora tenía puertas entre los corrales y la zona de trabajo. Olía mucho mejor. Además, ya se había acostumbrado a él. Los libros alineados en los estantes eran como viejos amigos. Blint y él incluso les habían añadido docenas de recetas. En los últimos nueve años, había llegado a apreciar el dominio que Blint tenía de los venenos.

Todos los ejecutores usaban venenos, por supuesto. La cicuta, la flor de sangre, la raíz de mandrágora y el ariamu eran todas especies locales y bastante mortíferas. Sin embargo, Blint conocía centenares de sustancias tóxicas. Había páginas enteras de sus libros tachadas, con notas garabateadas con su letra prieta y angulosa: «Patán. Eso diluye el veneno». Había otras entradas corregidas, desde cuánto tardaba el veneno en hacer efecto hasta cuáles eran los mejores métodos para administrarlo, pasando por cómo mantener vivas las plantas en climas foráneos.

El maestro Blint cogió una caja.

—Siéntate.

Kylar se sentó a la alta mesa, apoyando un codo sobre la madera y la barbilla en la mano. Blint volcó la caja delante de él.

Una serpiente blanca cayó a la mesa con un ruido sordo. Kylar apenas tuvo tiempo de reconocer lo que era antes de que saltase contra su cara. Vio abrirse su boca, inmensa y de colmillos resplandecientes. Él retrocedió, pero demasiado

despacio.

Entonces la serpiente desapareció y Kylar se cayó del taburete al suelo. Aterrizó cuan largo era sobre su espalda, pero se puso en pie de un salto.

Blint sostenía a la serpiente por detrás de la cabeza. La había agarrado en el aire en mitad de su ataque.

—¿Sabes qué es esto, Kylar?

—Es un áspid blanco. —Se trataba de una de las serpientes más mortíferas del mundo. Eran pequeñas, rara vez superaban la longitud del antebrazo de un hombre adulto, pero las víctimas de sus mordeduras fallecían en cuestión de segundos.

—No, es el precio del fracaso. Kylar, luchas mejor que cualquier hombre sin Talento al que haya conocido. Pero no eres un ejecutor. Has dominado los venenos, conoces las técnicas de matar. Tu velocidad de reacción no tiene parangón, tus instintos son buenos, te escondes bien, te disfrazas bien, luchas bien. Pero hacer todo eso bien es una mierda, no es nada. Un asesino hace todo eso bien. Por eso los asesinos tienen blancos. Los ejecutores tienen murientes. ¿Por qué los llamamos murientes? Porque, cuando aceptamos un encargo, el resto de sus cortas vidas es un puro trámite. Tienes el Talento, Kylar, pero no lo usas. No quieres usarlo. Has visto una muestra de lo que podría enseñarte, pero no puedo ponerme a ello hasta que accedas a tu Talento.

—Lo sé, lo sé —dijo Kylar, negándose a mirar a su maestro a la cara.

—La verdad es, Kylar, que no necesitaba un aprendiz cuando apareciste tú. Nunca lo necesité. Pero oí el rumor de que en Cenaria se ocultaba un antiguo artefacto: el ka'kari de plata. Cuentan que lo fabricó Ezra el Loco en persona. Es una bola pequeña y plateada pero, cuando alguien se enlaza a ella, lo vuelve invulnerable a cualquier hoja y prolonga su vida de forma indefinida. Todavía pueden matarte por cualquier medio en el que no intervenga un metal, pero ¡la inmortalidad, Kylar! Y entonces apareciste tú. ¿Sabes lo que eres? ¿Te lo contó la maga aquella, Drissa Nile?

¿Durzo sabía lo de Drissa Nile?

—Me dijo que estaba roto.

—Los ka'kari se crearon para personas «rotas» como tú. Se su pone que existe una atracción entre quienes poseen un Talento in menso pero carecen de conducto y los ka'kari. La idea era que tú lo llamases, Kylar. Como no sabes enlazarlo a ti, lo llamarías, me lo entregarías y yo sería inmortal.

—Y yo seguiría roto —añadió Kylar con amargura.

—Una vez yo lo tuviese, podríamos haberle encargado a Drissa que lo estudiara. Es una gran sanadora. Aunque le hubiese llevado unos años, no habría pasado nada. Pero se nos está acabando el tiempo —dijo Durzo—. ¿Sabes por qué no puedo dejarte que seas un simple asesino? —Incluso entonces cargó la palabra de desprecio.

Kylar se lo había preguntado infinidad de veces, por supuesto, pero siempre había

pensado que se debía a que el orgullo de Blint no le permitiría tener un aprendiz fracasado.

—Nuestro Talento nos permite prestar un juramento de servicio al shinga que es mágicamente vinculante. Mantiene al shinga a salvo y a nosotros libres de sospecha. Se trata de una coacción débil, pero el ejecutor que quisiera romperla debería ponerse en manos de un mago o un meister, y todos los magos de la ciudad trabajan para el Sa'kagé y solo un idiota se sometería a un meister. Te has convertido en un diestro asesino, Kylar, y eso empieza a poner nervioso al shinga. No le gusta estar nervioso.

—¿Por qué iba yo a hacer nada contra el shinga? Sería como firmar mi propia sentencia de muerte.

—Eso no viene al caso. Los shingas que no son paranoicos no viven mucho tiempo.

—¿Cómo has podido no contarme nada de esto hasta ahora? —preguntó Kylar indignado—. Todas las veces que me has pecado por no usar mi Talento... ¡Es como pegar a un ciego por no saber leer!

—Tu desesperación por usar el Talento es lo que llama al ka'kari. Yo te estaba ayudando. Y voy a ayudarte un poco más. —Señaló la serpiente que sostenía en la mano—. Esto es motivación. También es el veneno más dulce que conozco. —El maestro Blint mantuvo inmóvil a Kylar con la mirada—. Conseguir ese ka'kari siempre ha sido tu prueba final, chico. Obtenlo. Si no...

El aire pareció enfriarse. Allí estaba. La última advertencia para Kylar.

El maestro Blint guardó la serpiente, cogió unas cuantas de sus armas, levantó la bolsa que ya tenía preparada y descolgó Sentencia de sus ganchos de la pared. Revisó la gran hoja negra y luego volvió a deslizarla dentro de su funda.

—Salgo un rato —dijo.

—¿No te acompaño?

—Serías un estorbo.

«¿Un estorbo?» La indiferencia con que Blint lo dijo casi dolía tanto como el hecho de que fuera cierto.

Capítulo 30

—No me gusta —dijo Solon.

Regnus de Gyre daba la cara a los vientos que hacían volar su melena plateada hacia atrás. Ese día los Gemelos estaban callados, de modo que solo se oía el viento que pasaba por encima de la muralla. El duque lo escuchaba como si intentara contarle algo.

—Después de diez años, os convoca —insistió Solon—. ¿Por qué iba a hacer el rey semejante cosa en la víspera de la mayoría de edad de vuestro hijo?

—¿Cuál es el mejor motivo para reunir a todos tus enemigos en un sitio? —preguntó Regnus, sin apenas alzar la voz lo suficiente para que se oyera por encima del viento.

No había dejado de hacer frío ni con la llegada de la primavera. En Aullavientos no hacía nunca calor. El viento del norte atravesaba la lana y se burlaba de las barbas y melenas que los hombres se dejaban para retener un ápice más de calor.

—Para acabar con ellos —respondió Solon.

—Mejor acabar con ellos antes de que puedan reunirse —dijo Regnus—. El rey sabe que haré cuanto esté en mi mano por estar en casa para la ceremonia de mi hijo. Eso significa viajar deprisa. Eso significa una escolta pequeña.

—Muy inteligente por parte de Aleine no ordenaros llevar una escolta pequeña —observó Solon—. No lo creía capaz de tanta sutileza.

—Ha tenido diez años para pensar en esto, amigo mío, y la ayuda de su comadreja.

Su comadreja era Fergund Sa'fasti, un mago que no era exactamente el moralista más riguroso de Sho'cendi. Para colmo, Fergund conocía a Solon de vista y le encantaría revelar al mundo que era un mago si veía algún beneficio en ello. Fergund era el motivo de que Solon hubiera acabado pasando el año entero con Regnus a medida que Logan asumía más responsabilidades en la corte.

Empezaba a creer que había sido un grave error.

—¿De modo que creéis que nos atacarán por el camino? —preguntó Solon.

Regnus asintió de cara al viento.

—¿Y supongo que no podré convenceros de que no vayáis? —preguntó Solon.

Regnus sonrió, y Solon no pudo evitar amarlo. Pese al descalabro que había supuesto para su familia y cualquier ambición que tuviese de ocupar el trono algún día, asumir el mando de Aullavientos había dado vida a Regnus.

Había fuego en Regnus de Gyre, algo fiero y orgulloso como en los reyes guerreros de antaño. Su mando revestía una autoridad clara, y el poder de su presencia lo hacía padre, rey y hermano para sus hombres. En la sencilla pugna contra el mal, destacaba, se deleitaba incluso. Los montañeses de Khalidor, algunos

de los cuales jamás habían hincado la rodilla ante hombre alguno, eran un pueblo guerrero. Vivían para la batalla, consideraban una deshonra morir en la cama y creían que la única inmortalidad se alcanzaba mediante los hechos de armas que cantaban sus juglares.

Llamaban a Regnus el *Rurstabk Slaagen*, el Diablo de las Murallas, y en los últimos diez años sus jóvenes se habían estampado contra esas murallas: habían intentado escalarlas, sortearlas a escondidas, atravesarlas mediante sobornos; habían escalado los Gemelos e intentado caer sobre Aullavientos desde la retaguardia. En todas las ocasiones, Regnus los había machacado. Con frecuencia, lo hacía sin perder un solo hombre.

Aullavientos estaba compuesto por tres murallas en los tres puntos más estrechos del único puerto de montaña entre Cenaria y Khalidor. Entre las murallas había mortíferos campos que los ingenieros de Regnus habían sembrado de abrojos, fosos, lazos y trampas de avalancha con piedras de las montañas circundantes. En dos ocasiones los clanes habían superado la primera muralla. Las trampas habían recogido tal cosecha de muerte que no había sobrevivido nadie para contar lo que habían encontrado.

—Podría ser de buena fe, supongo —dijo Solon—. Logan dice que el príncipe y él son buenos amigos. A lo mejor esto es fruto de la influencia del hijo.

—No tengo una gran consideración por el príncipe —objetó Regnus.

—Pero él sí la tiene por Logan. Podemos tener fe en que el príncipe haya salido a su madre. Esto podría hasta ser obra de ella.

Regnus no dijo nada. No deseaba pronunciar el nombre de Nalia, ni siquiera después de tanto tiempo.

—¿Esperar lo mejor, pero prepararnos para lo peor? —preguntó Solon—. ¿Diez de nuestros mejores hombres, caballos de refresco para todos y viajar por la costa en vez de por la carretera principal?

—No —respondió Regnus—. Si han montado una emboscada, habrán montado dos. Puestos a elegir, prefiero que hagan su jugada en campo abierto.

—Sí, señor. —Solon tan solo desearía saber quiénes eran los otros jugadores.

—¿Sigues escribiendo cartas a esa tal Kaede?

Solon asintió, pero se puso rígido. Sentía un hueco en el pecho. Pues claro que el comandante lo sabía. Una carta enviada todas las semanas y ninguna respuesta.

—Bueno, si después de esto no recibes carta, por lo menos sabrás que no es porque las tuyas sean aburridas. —Regnus le dio una palmada en el hombro.

Solon no pudo evitar una sonrisa compungida. No sabía cómo se las ingeniaba Regnus, pero de alguna manera en su compañía resultaba tan fácil afrontar un corazón roto como la muerte.

Mama K se encontraba en el balcón de una mansión que no debería estar donde estaba. Saltándose los dictados de la tradición y la cordura, Roth Grimson había construido su opulenta mansión en pleno centro de las Madrigueras.

No le caía bien Roth, nunca le había gustado, pero en su trabajo conocía a poca gente que le cayese bien. La cuestión era que debía tratar con Roth porque no podía permitirse no hacerle caso. Era uno de los valores en alza del Sa'kagé. No solo era inteligente, sino que parecía convertir en oro todo lo que tocaba. Tras las guerras de las hermandades, se había dado a conocer como líder de los Matones Rojos, hermandad con la que no había tardado en apoderarse de la mitad de las Madrigueras.

Por supuesto, el Sa'kagé había tomado cartas en el asunto —la muerte de Corbin Fishill a manos de Durzo fue solo la primera—, pero habían hecho falta años para calmar del todo las aguas. Entre los Nueve había cundido la curiosidad por saber cómo había manejado Roth su hermandad para apropiarse de tanto territorio. Y a Roth no le habían hecho gracia las preguntas de Mama K, pero las había aceptado. Una palabra de ella y jamás entraría en los Nueve. Otra palabra, y estaría muerto. Era lo bastante listo para saberlo.

Roth tenía casi treinta años. Un joven alto e imponente que se comportaba como un príncipe entre perros. Ojos azules bastante juntos, pelo moreno, gusto por la ropa de buena calidad: ese día llevaba una túnica gris decorada con los trenzados planganos que empezaban a ponerse de moda, pantalones a juego y botas altas recamadas en plata. Llevaba el pelo moreno ligeramente aceitado, y de vez en cuando le caía un rizo sobre los ojos.

—Si alguna vez te cansas de trabajar para nuestro maestro de la moneda, te iría bien en uno de mis burdeles. A los hombres les encantarías —dejó caer Mama K con el único fin de ver cómo lo encajaba.

Roth se rió.

—Lo tendré presente.

Con un gesto de la mano indicó a los sirvientes que les llevasen el desayuno. La mesita estaba pegada al borde del balcón, y estaban sentados uno al lado del otro. Al parecer, Roth quería que Mama K admirase su villa. Probablemente esperaba que le preguntase por qué la había construido allí.

Mama K no pensaba darle esa satisfacción. Aparte, ya lo había investigado por su cuenta. Sabía que los motivos eran bastante buenos. El terreno daba al río por un extremo, lo que le permitiría contrabandear a pequeña escala, pero el embarcadero era demasiado pequeño para obtener grandes beneficios y llamar la atención de la Corona. Además, había podido adquirir los terrenos por una miseria, aunque había tenido que contratar a tantos vigilantes durante la construcción que había perdido lo ahorrado. Los pobres a los que había desplazado, tanto los honrados como los ladrones, se habían lanzado a robar tanto como pudieran de aquel insensato que

levantaba una mansión en su lado del río. A Mama K no le extrañaría que los matones hubiesen molido a palos a centenares de ellos. Sabía que habían matado por lo menos a media docena. Ser descubierto en los terrenos de Grimson sin permiso acarreaba la muerte.

Los muros eran altos, coronados por cristales rotos y pinchos de metal que destacaban como sombras afiladas a la luz del amanecer. Vigilaban esos muros varios matones, hombres eficientes que además disfrutaban con su trabajo. Ya no intentaba colarse nadie de por allí. Los aficionados ya habían pagado el precio de intentarlo o bien conocían a alguien que lo había hecho. Los profesionales sabían que podían cruzar el puente de Vanden y encontrar botines más fáciles.

Sus jardines eran bonitos, aunque se limitaban a las flores y las plantas que no crecían alto para que sus arqueros no tuviesen un ángulo de tiro reducido. Las manchas de carmesí, verde, amarillo y naranja de los jardines contrastaban vivamente con los sucios grises y marrones de las Madrigueras.

Los sirvientes llegaron con el primer plato, naranja sanguina cortada por la mitad con una capa de azúcar caramelizado. Roth rompió el hielo con un comentario sobre el tiempo. No era una elección muy inspirada, pero Mama K tampoco esperaba más.

El anfitrión pasó a hablar de sus jardines mientras los criados les servían bollos calientes. Tenía la irritante costumbre de los nuevos ricos de revelar cuánto habían costado las cosas. Debería haber sabido que ella podía imaginarse con exactitud cuánto se gastaba en aquella mansión a partir de la calidad del servicio y la comida. ¿Cuándo iría al grano?

—Conque va a haber una vacante en los Nueve —dijo Roth.

Muy brusco. Debería haber explicado alguna anécdota divertida de su trabajo para luego aprovecharla y sacar el tema. Mama K empezaba a albergar dudas.

—Sí —dijo.

Lo dejó así. No pensaba ponérselo fácil. El sol empezaba apenas a asomar por el horizonte y el cielo estaba adquiriendo un precioso tono anaranjado. Iba a hacer un día tórrido; pese a ser tan temprano apenas necesitaba el chal que llevaba a los hombros.

—Llevo seis años trabajando con Phineas Seratsin. Conozco el puesto mejor que nadie.

—Has trabajado para el trematir, no con él.

Hubo un destello en los ojos de Roth, pero no dijo nada. Un mal genio peligroso, pues. A maese Grimson no le gustaba que le corrigiesen.

—Creo que tus espías no deben de ser tan avispados si no han visto la cantidad de trabajo que hago yo en comparación con el viejo.

Mama K alzó una ceja.

—¿Espías?

—Todo el mundo sabe que tienes espías en todas partes.

—Bueno. Todo el mundo lo sabe. Debe de ser verdad, entonces.

—Ah, ya veo —dijo Roth—. Es una de esas cosas que todos saben pero no debo mencionar porque es de mala educación.

—Hay gente dentro de esta organización con la que es peligroso ser maleducado, muchacho. Si estás pidiendo mi voto, te convendría que fuéramos amigos.

Roth hizo una seña a sus sirvientes, que se llevaron los platos y los sustituyeron por una fuente de carne muy especiada y huevos al plato con queso.

—No lo estoy pidiendo replicó con calma.

Mama K se terminó los huevos y empezó con la carne. Delicioso. El tipo debía de haberse traído un chef de Gandu. Comió y contempló el cielo que clareaba, el sol que se elevaba poco a poco sobre la gran reja de hierro de la villa de Grimson. Si retiraba su último comentario, le dejaría vivir.

—No sé cómo tienes tanta influencia en los Nueve, pero sé que necesito tu voto, y lo tendré —explicó Roth—. Será tu voto o tu sobrina.

La carne que a Mama K se le había antojado tan bien condimentada, que se deshacía en su boca, de repente supo como un bocado de arena.

—Una niña preciosa, ¿verdad? Unas trencitas adorables. Es una pena que su madre muriese, pero qué maravilla tener una tía rica que le haya encontrado un lugar donde vivir, ¡y nada menos que en el castillo! Aun así, una ex puta rica no tendría que haberse conformado con que una sirvienta criase a su sobrina.

Se quedó helada. «¿Cómo lo ha descubierto?»

Los libros de cuentas. Todos los libros de cuentas estaban codificados, pero Phineas Seratsin era el maestro de la moneda del Sa'kagé. Tenía acceso a más registros financieros que las siguientes cinco personas del reino juntas. Roth debía de haber seguido los registros hasta encontrar unos pagos efectuados a una criada del castillo. La sirvienta era una mujer asustadiza. Una sola amenaza de Roth debió bastar para doblegarla.

Roth se puso en pie, con el plato ya vacío.

—No, no, siéntate. Acaba el desayuno.

Eso hizo Mama K, mecánicamente, aprovechando el tiempo para pensar. ¿Podía sacar a la niña del castillo a escondidas? Para eso no podía recurrir a Durzo, pero tampoco era el único ejecutor al que conocía.

—Soy un hombre cruel, Gwinvere. Quitar una vida es... —Roth se estremeció de éxtasis al rememorarlo—. Mejor. Mejor que cualquiera de los placeres que vendes. Pero yo controlo mis apetitos. Y eso es lo que nos hace humanos en vez de esclavos, ¿o no?

Se estaba poniendo un grueso guante de cuero. El rastrillo de la entrada principal iba subiendo mientras hablaba. Mama K vio que fuera se habían congregado docenas

de andrajosos campesinos. Se trataba a todas luces de un ritual diario.

Abajo, cuatro sirvientes sacaron al jardín una mesa cargada de comida. La colocaron y volvieron adentro.

—Estos desgraciados son esclavos de sus apetitos. Esclavos, no hombres.

Los famélicos campesinos de detrás empujaron y los que ocupaban las primeras filas entraron forzados por la presión. Contemplaron el rastrillo con pinchos que tenían encima y luego a Roth y Mama K, pero más que nada observaban la comida. Parecían animales, asalvajados por el hambre.

Una joven arrancó la primera. Salió corriendo hacia delante. Cuando hubo dado unos pasos, otros la siguieron. Había viejos y jóvenes, mujeres y niños; lo único que parecían tener en común era la desesperación.

Sin embargo, Mama K no veía el motivo de su frenesí. Llegaron a la comida y se abalanzaron sobre ella, se llenaron los bolsillos de salchichas y atiborraron sus bocas de exquisiteces tan sabrosas que probablemente les sentarían mal.

Un criado entregó una arbalesta a Roth. Ya estaba tensada y cargada.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Mama K.

Los campesinos lo vieron y se dispersaron.

—Mato siguiendo un patrón muy sencillo —dijo Roth, mientras alzaba el arma. Pulsó el disparador y un joven cayó con un virote clavado en la columna vertebral.

Roth bajó la punta de la arbalesta, pero en vez de girar la manivela para tensar la cuerda, la agarró con el guante y tiró de ella con su propia fuerza. Por un momento fugaz, unas marcas negras parecidas a tatuajes afloraron como si estuvieran bajo la superficie de su piel y se retorcieron llenas de poder. Era imposible.

Volvió a disparar y la joven que había corrido en primer lugar cayó como un fardo.

—Doy de comer a mi pequeño rebaño todos los días. La primera semana del mes, mató el primer día. La segunda semana, el segundo día. —Hizo una pausa mientras alzaba de nuevo la arbalesta cargada. Disparó y otra mujer cayó cuando un virote le atravesó la cabeza—. Etcétera. Pero nunca mato a más de cuatro.

La mayoría de los campesinos había desaparecido ya, salvo por un anciano que retrocedía muy despacio hacia la puerta, que tenía todavía a treinta pasos. El disparo le alcanzó en la rodilla. Cayó con un grito y empezó a arrastrarse.

—Los esclavos nunca lo adivinan. Se rigen por sus estómagos, no por sus cerebros. —Roth esperó a que el anciano llegase a la puerta, erró un tiro, volvió a intentarlo y lo mató—. ¿Ves a ese?

Mama K vio entrar a un campesino por debajo del rastrillo. Todos los demás habían huido.

—Ese es mi favorito —siguió diciendo Roth—. Ha descubierto el patrón.

El hombre entró confiado, saludó a Roth con la cabeza y después se acercó a la

mesa y empezó a comer sin prisas.

—Por supuesto, podría contárselo a los demás y salvar un puñado de vidas. Pero entonces yo podría cambiar el patrón, y perdería su ventaja. Es un superviviente, Gwinvere. Los supervivientes están dispuestos a hacer sacrificios. —Roth pasó la arbalesta y el guante a un criado y observó a Mama K—. Así pues, la pregunta es: ¿eres tú una superviviente?

—He sobrevivido a más de lo que nunca sabrás. Tienes tu voto.

Lo mataría más adelante. No debía mostrar debilidad en ese momento. Daba igual cómo se sintiera. Él era un animal, y notaría su miedo.

—Bueno, quiero algo más que un voto. Quiero a Durzo Blint. Quiero el ka'kari de plata. Quiero... mucho más. Y lo conseguiré, con tu ayuda. —Sonrió—. ¿Te ha gustado el estofado a la campesina?

Mama K sacudió la cabeza, distraída, mientras miraba sin verlo su plato vacío. Entonces se quedó paralizada. En el jardín, los criados estaban recogiendo los cuerpos y llevándolos adentro.

—No lo dirás en serio —dijo.

Roth se limitó a sonreír.

Capítulo 31

—Bueno, bueno, si pareces el lado sur de un caballo rumbo al norte —dijo Logan mientras interceptaba a Kylar en el centro del patio de los Drake.

—Muchas gracias —dijo Kylar. Siguió andando, pero su amigo no se movió—. ¿Qué quieres, Logan?

—¿Cómo? —preguntó Logan.

Era la viva imagen de la inocencia, por lo menos si una imagen de la inocencia pudiera ser tan alta. Tampoco le acababa de salir bien el papel de grandullón sin muchas luces. Para empezar, Logan era demasiado inteligente para que nadie se tomase en serio sus alardes de simpleza. Además, era demasiado guapo, el condenado. Si había un modelo de masculinidad perfecta en el reino, ese era Logan. Parecía la estatua de un héroe hecha carne. Los seis meses al año que pasaba con su padre habían cubierto de músculo su gran armazón y le habían conferido un matiz de dureza que traía loca a más de una jovencita cenariana. Completaban el retrato unos dientes perfectos, un pelo perfecto y, por supuesto, las cantidades astronómicas de dinero que serían suyas al cumplir los veintiún años, tres días más adelante. Atraía casi tanta atención como su amigo el príncipe Aleine, e incluso más de las chicas que no estaban interesadas en acostarse una noche y ser abandonadas a la siguiente. A Logan solamente lo redimía su absoluta ignorancia de lo atractivo que era o de la admiración y envidia que despertaba. Por eso Kylar lo había apodado Ogro.

—Logan, a menos que estuvieras aquí plantado en el patio, has salido cuando me has visto pasar por la puerta, lo que significa que estabas esperándome. Ahora estás aquí parado en vez de caminando conmigo, lo que significa que no quieres que nadie oiga lo que me vas a decir. Serah no está en su lugar de costumbre a dos pasos de ti, lo que significa que está con tu madre comprando vestidos o algo por el estilo.

—Bordados —reconoció Logan.

—¿Qué pasa, entonces? —preguntó Kylar.

Logan desplazó el peso de un pie a otro.

—Odio que hagas eso. Podrías haberme dejado sacar el tema a mi manera. Tenía la intención... Oye, ¿adónde te crees que vas?

Kylar siguió caminando.

—Te estás yendo por las ramas.

—Vale. Para ya. Solo pensaba que en algún momento tendríamos que retomar nuestro antiguo pugilato —dijo Logan.

«Pugilato.» Y la gente se esperaba que alguien tan grande fuera tonto.

—Me dejarías para el arrastre —mintió Kylar, con una sonrisa. Si luchaban, Logan haría preguntas. Sentiría curiosidad. Era improbable, pero hasta podría adivinar que en realidad no hacía nueve años desde su última pelea.

—No crees que ganaría yo, ¿verdad? —preguntó Logan. Desde que lo humillaran en el combate del estadio, Logan se había tomado muy en serio su entrenamiento. Echaba horas al día con los mejores maestros de la ciudad que no pertenecían al Sa'kagé.

—Siempre que hemos peleado me has dado un repaso. Estoy...

—¿Siempre? ¡Una vez! ¡Y fue hace diez años!

—Nueve.

—Da lo mismo —dijo Logan.

—Si me pillaras con uno de esos yunques que tienes por puños, ya no me levantaría nunca —protestó Kylar. Al menos eso era cierto.

—Iría con cuidado.

—No soy rival para un ogro. —Algo iba mal. Logan le pedía que peleasen más o menos una vez al año, pero nunca con tanta insistencia. El honor de Logan no le permitiría presionar a un amigo que había dejado clara su decisión, aunque no entendiese los motivos—. ¿De qué va esto, Logan? ¿Por qué quieres pelear?

El señor de Gyre bajó la vista y se rascó la cabeza.

—Serah me ha preguntado por qué no practicamos juntos. Cree que sería un buen emparejamiento. No es que quiera ver que nos hacemos daño, pero... —Logan, incómodo, dejó la frase en el aire.

«Pero no puedes evitar las ganas de lucirte un poco», pensó Kylar, aunque dijo:

—Hablando de emparejamientos, ¿cuándo vas a desfilar hacia el cadalso y casarte con ella de una vez?

Ogro exhaló un gran suspiro. Todos sus suspiros eran grandes, pero ese lo fue a conciencia. Llevó un tiempo. Agarró el taburete de un mozo de establos y se sentó en él, sin prestar atención a que arrastraba su hermosa capa por el suelo de tierra.

—A decir verdad, hablé de eso con el conde Drake hace un par de días.

—¿De verdad? —preguntó Kylar—. ¿Y?

—Lo aprueba...

—¡Felicidades! ¿Cuándo será, pedazo de cabrón soltero por poco tiempo?

Ogro se quedó con la mirada perdida.

—Pero está preocupado.

—¿Estás de broma?

Logan negó con la cabeza.

—Si te conoce desde que naciste. Vuestras familias son amigas de toda la vida. Serah se casa por encima de sus expectativas en cuanto a títulos. Muy por encima. Tienes un futuro muy prometedor y lleváis años prácticamente comprometidos. ¿Qué puede preocuparle?

Logan clavó la mirada en Kylar.

—Me dijo que tú lo sabrías. ¿Está enamorada de ti? «Uf.»

—No —respondió Kylar después de una pausa demasiado larga, que no pasó por alto a Logan.

—¿Lo está?

Kylar vaciló.

—Creo que no sabe ni ella misma a quién quiere. —Era una mentira por omisión. Logan iba desencaminado. Serah no amaba a Kylar, y a él ni siquiera le gustaba ella.

—La he querido toda la vida, Kylar.

Kylar no tenía nada que decir.

—¿Kylar? —Ogro lo miró fijamente. —¿Sí?

—¿Tú la amas?

—No. —Se sentía asqueado y furioso, pero su rostro no revelaba nada. Le había dicho a Serah que debía confesar ante Logan, se lo había exigido. Ella había prometido que lo haría.

Logan lo miró, pero su cara no se despejó como Kylar se había esperado.

—Señor —dijo una voz a la espalda de Kylar. Ni siquiera había oído acercarse al portero.

—¿Sí? —preguntó al anciano.

—Acaba de llegar un mensajero que os traía esto.

Kylar abrió el mensaje sin lacrar para no tener que mirar a Logan. Decía: «Tienes que venir a verme. Esta noche a la décima hora. Jabalí Azul. Jarl».

Kylar sintió un escalofrío. «Jarl.» No sabía nada de él desde que había dejado las calles. Se suponía que su viejo amigo lo daba por muerto. Eso significaba que Jarl lo buscaba bien porque necesitaba a Kylar Stern, bien porque sabía que Kylar era Azoth. El problema era que Kylar no podía imaginar ningún motivo por el que Jarl pudiese necesitar a Kylar Stern.

Si Jarl conocía su identidad, ¿quién más estaría al corriente?

El maestro Blint ya se había ido, pero más tarde Kylar tendría que hablar con él. De momento debería ocuparse solo.

—Tengo que irme —dijo. Se volvió y arrancó a caminar con paso firme hacia la puerta.

—¡Kylar! —exclamó Logan.

Kylar se volvió.

—¿Confías en mí? —preguntó.

Logan alzó las manos en señal de impotencia.

—Sí.

—Entonces, confía en mí.

El Jabalí Azul era uno de los mejores burdeles de Mama K. Estaba en una travesía del paseo de Sidlin en el lado este, no muy lejos del puente de Tomoi. Tenía

fama de servir algunos de los mejores vinos de la ciudad, dato que mencionaban no pocos mercaderes cuando sus mujeres les hacían preguntas incómodas. «Una amiga me ha dicho que hoy te ha visto entrar en El Jabalí Azul.» «Sí, claro, cariño. Una reunión de negocios. La carta de vinos es excepcional.»

Era la primera visita de Kylar. El burdel tenía dos pisos. La planta baja, donde se servía la comida y el vino, parecía una acogedora posada. Un cartel calificaba el primer piso de «salón» y el segundo como «habitaciones de huéspedes».

—Saludos, mi señor —dijo una voz sensual junto a Kylar, que se había quedado quieto e incómodo junto a la entrada.

Se volvió y sintió que se ruborizaba. La mujer estaba muy cerca de él, lo bastante para que lo asaltara el aroma especiado de su perfume. Además había adoptado una voz ronca e incitante, como si compartiesen secretos o pudieran compartirlos pronto. Sin embargo, eso no era nada comparado con lo que llevaba puesto. Kylar no sabía si debía llamarlo vestido, pues, aunque la cubría del cuello a los tobillos, estaba confeccionado de encaje blanco, era bastante suelto y dejaba ver que no llevaba nada debajo.

—¿Disculpad? —dijo, devolviendo la mirada a sus ojos y poniéndose más colorado todavía.

—¿Puedo ayudaros de alguna manera? ¿Os gustaría que os trajera una copa de tinto sethí y os explicase nuestra gama de servicios? —Parecían divertirle los apuros de Kylar.

—No, gracias, mi señora —dijo.

—Quizá preferiríais venir al salón y hablar conmigo más... en privado —dijo ella, pasándole un dedo por la mandíbula.

—En realidad, preferiría, esto, que no. Gracias de todas formas.

Ella alzó una ceja como si Kylar hubiese sugerido algo diabólico.

—Normalmente me gusta que un hombre me prepare un poco, pero si queréis que pasemos directamente a mi habitación, no habría...

—¡No! —la atajó Kylar, y se dio cuenta de que había alzado la voz y la gente lo estaba mirando—. Quiero decir que no, gracias. He venido a ver a Jarl.

—Ah, sois uno de esos —dijo ella, la voz súbitamente normal. El cambio fue absoluto, desconcertante. Kylar reparó por primera vez en que era incluso más joven que él. No podía pasar de los diecisiete. Sin querer, pensó en Mags—. Jarl está en el despacho. Por ahí —indicó.

Ahora que había renunciado a seducirlo, Kylar la vio con otros ojos. Parecía dura, crispada. Mientras se alejaba, le oyó decir:

—Parece que los guapos siempre se pasan a la otra acera.

No sabía a qué se refería, pero siguió andando, preocupado de que se estuviese riendo de él. A medio camino del despacho, se volvió entre las mesas para mirarla. La

chica ofrecía sus servicios a un mercader más mayor, a cuyo oído susurraba. El hombre estaba radiante.

Kylar llamó a la puerta del despacho, que se abrió.

—Adelante, rápido —dijo Jarl.

Kylar pasó adentro, con la cabeza hecha un lío. Jarl —pues se trataba sin duda de su viejo amigo— se había convertido en un hombre apuesto. Iba vestido de forma impecable a la última moda, con una túnica de seda añil y unas ceñidas calzas beis adornadas con un cinturón de plata labrada. Llevaba el pelo oscuro recogido en una infinidad de trencillas largas, cada una de ellas aceitada y estirada hacia atrás. Parecía evaluarlo con la mirada.

Kylar oyó un leve roce de tela sobre tela procedente de la esquina. Alguien se le acercaba desde detrás de su campo visual. Lanzó una patada instintivamente.

Alcanzó al guardaespaldas en el pecho. Aunque era un hombre corpulento, notó que le rompía las costillas. El tipo salió disparado contra la pared, se deslizó por ella y cayó al suelo, donde quedó inmóvil.

Kylar repasó la habitación en un instante y no detectó ninguna amenaza más. Jarl tenía las manos extendidas para demostrar que no llevaba armas.

—Ese hombre no iba a atacarte. Solo quería cerciorarse de que no ibas armado. Lo juro. —Jarl miró al hombre del suelo—. Por los huevos del Gran Rey, lo has matado.

Kylar frunció el entrecejo y observó al guardaespaldas, que seguía inconsciente en la esquina. Se arrodilló a su lado y le puso los dedos en el cuello. Nada. Luego bajó la mano por el pecho para ver si alguna costilla rota podía habérsele clavado en el corazón. Entonces le pegó un puñetazo fuerte en el pecho. Y otro.

—¿Qué demonios estás...? —Jarl se calló cuando de repente se alzó el pecho de su guardaespaldas.

El hombre tosió y gimió. Kylar sabía que cada respiración sería un tormento para él, pero viviría.

—Que alguien se ocupe de él —dijo—. Tiene las costillas rotas.

Con los ojos muy abiertos, Jarl salió al comedor y volvió al cabo de un momento con dos guardaespaldas más. Eran grandes y musculosos como el primero, y a primera vista parecían capaces de manejar las espadas cortas que llevaban al cinto. Con un mero vistazo furioso a Kylar, recogieron al caído entre los dos. Se lo llevaron y Jarl cerró la puerta.

—Has aprendido una cosa o dos, ¿verdad? —dijo—. No estaba poniéndote a prueba. Ha insistido él en quedarse. No pensaba... Da igual.

Tras contemplar a su amigo durante un rato, Kylar dijo:

—Tienes buen aspecto.

—¿No querrás decir: «Por los nueve infiernos, ¿cómo me has encontrado, Jarl»?

—preguntó su amigo con una carcajada.

—Por los nueve infiernos, ¿cómo me has encontrado, Jarl?

Jarl sonrió.

—Nunca te perdí. Nunca creí que estuvieras muerto.

—¿No?

—Nunca pudiste ocultarme nada, Azoth.

—No pronuncies ese nombre. Ese chico está muerto.

—¿Ah, sí? —preguntó Jarl—. Es una pena.

Se hizo el silencio en la habitación mientras los dos hombres se miraban. Kylar no sabía qué hacer. Jarl había sido su amigo, o amigo de Azoth, por lo menos. Pero ¿lo era de Kylar? Que supiera quién era él, quizá desde hacía años, le indicaba que no se trataba de un enemigo. Por lo menos de momento. Una parte de él quería creer que Jarl tan solo deseaba verlo, que anhelaba la ocasión de despedirse que las calles nunca les habían brindado. Sin embargo, llevaba demasiados años con el maestro Blint para adoptar una perspectiva tan cándida. Si Jarl lo había llamado ahora, era porque quería algo.

—Ha llovido mucho para los dos, ¿eh? —dijo Jarl.

—¿Me has hecho venir para hablar de eso?

—Mucho, sí señor —prosiguió Jarl, decepcionado—. En parte esperaba que no hubieses cambiado tanto como yo, Kylar. Hace años que quiero verte. Desde que te fuiste, en realidad. Quería pedirte perdón.

—¿Perdón?

—No era mi intención dejarla morir, Kylar. Es que muchas veces no podía escaparme. Lo intentaba, pero a veces, hasta cuando lograba escabullirme, no la encontraba. Ella tenía que moverse mucho. Pero un buen día desapareció sin más. Nunca supe lo que pasó. Lo siento mucho. —A Jarl se le llenaron los ojos de lágrimas y apartó la vista, apretando la mandíbula.

«Cree que Elene está muerta. Se culpa. Ha vivido con esos remordimientos todos estos años.» Kylar abrió la boca para decirle que estaba viva, que le iba bien según todas las informaciones que le llegaban, que a veces la observaba desde lejos los días en que salía de compras, pero no le salió ningún sonido. Dos pueden guardar un secreto, decía Blint, pero solo si uno de ellos está muerto. Y Kylar no conocía a ese Jarl. Estaba administrando uno de los burdeles de Mama K, de modo que sin duda respondía ante ella, pero a lo mejor respondía ante más gente.

Era demasiado peligroso. No podía contárselo. «Las relaciones son sogas que atan. El amor es un nudo corredizo.» Lo único que mantenía a Kylar a salvo era que nadie sabía de la existencia de un nudo corredizo con su nombre. Ni siquiera él sabía dónde estaba Elene. Se encontraba segura en algún lugar del lado este. Casada, tal vez, a esas alturas. Tendría ya diecisiete años, al fin y al cabo. A lo mejor hasta era

feliz. Lo parecía, pero Kylar no se atrevía a acercarse demasiado aunque fuera a escondidas. El maestro Blint tenía razón: lo único que mantenía a Elene a salvo era estar lejos de Kylar.

La seguridad de Elene tenía más peso que los remordimientos de Jarl. Más que cualquier otra cosa. «Maldita sea, maestro Blint, ¿cómo puedes vivir así? ¿Cómo puedes ser tan fuerte, tan duro?»

—Nunca te he culpado por ello —dijo. Era una respuesta lamentable y sabía que no ayudaría en nada, pero no podía ofrecer otra cosa.

Jarl parpadeó y, cuando volvió a cruzar la mirada con Kylar, sus ojos oscuros estaban secos.

—Si eso fuera todo, no te habría pedido que vinieras. Durzo Blint tiene enemigos, y tú también.

—Eso no es exactamente una noticia —dijo Kylar. Daba igual que Blint y él nunca hablasen de los encargos que realizaban y que cualquiera que conociera su trabajo de primera mano estuviese muerto. Las cosas se sabían. Las cosas siempre acababan sabiéndose. Otro ejecutor les atribuía un trabajo, o un cliente se jactaba de a quién había contratado. Tenían enemigos a los que habían agraviado, y otros que solo creían que Durzo los había agraviado. Era uno de los precios de ser el mejor. Las familias de los murientes nunca atribuían un golpe exitoso a un ejecutor de segunda fila.

—¿Te acuerdas de Roth?

—Uno de los mayores de Rata, ¿no? —dijo Kylar.

—Sí. Al parecer, es más listo de lo que nos creíamos. A la muerte de Rata... bueno, todo el mundo huyó como de la peste. El resto de las hermandades se aprovecharon y tomaron nuestro territorio. Todos tuvimos que buscarnos la vida. Roth no había hecho demasiados amigos cuando era la mano derecha de Rata, y estuvieron a punto de matarlo media docena de veces. Parece ser que siempre te culpó a ti.

—¿A mí?

—Por matar a Rata. Si no te lo hubieses cargado, nadie se habría atrevido a ir por Roth. Tampoco se creyó nunca que estuvieras muerto, pero no estaba en condiciones de descubrir en quién te habías convertido. Eso está cambiando.

Kylar notó una opresión en el pecho.

—¿Sabe que estoy vivo?

—No, pero ocupará un lugar entre los Nueve en cuestión de un año, puede que menos. Hay una vacante ahora mismo que está intentando cubrir. Desde una posición de tanto poder, te encontrará. Yo no lo conozco en persona, pero circulan unas historias... Es un auténtico sádico. Cruel. Vengativo. Me da miedo, Kylar. Me da miedo como no me lo había dado nadie desde ya sabes quién.

—¿Y por eso me has invitado aquí? ¿Para avisarme de que Roth va a por mí? —preguntó Kylar.

—Sí, pero eso no es todo —advirtió Jarl—. Va a haber una guerra.

—¿Una guerra? Espera. ¿Qué papel tienes tú en esta historia, Jarl? ¿Cómo sabes todo esto?

Hubo una pausa.

—Tú te has pasado los últimos diez años bajo la tutela del maestro Blint. Yo me los he pasado bajo la de Mama K. Y tal como tú has aprendido algo más que a pelear, yo he aprendido algo más que a... fornicar. Los secretos de esta ciudad fluyen por sus alcobas. —Eso último eran palabras de Mama K, sin duda.

—Pero ¿por qué me estás ayudando? Mucho ha cambiado desde que éramos ratas de hermandad y robábamos pan juntos.

Jarl se encogió de hombros y volvió a apartar la mirada.

—Eres mi único amigo.

—Claro, cuando éramos pequeños...

—No «eras». Eres. Eres el único amigo que he tenido nunca, Kylar.

¿Cuánto hacía que él no pensaba en Jarl? Tratando de contener su repentino sentimiento de culpa, Kylar dijo:

—¿Qué pasa con toda la gente de aquí? ¿La gente con la que trabajas?

—Colegas, empleados y clientes. Hasta tengo una especie de amante. Pero amigos, no.

—¿Tienes una amante y no es tu amiga?

—Se llama Stephan y es un tratante de telas con cincuenta y tres años, mujer y ocho hijos. Me da protección y ropa bonita y yo le doy sexo.

—Oh. —De pronto cobraron sentido los murmullos de la ramera sobre la otra acera—. ¿Eres feliz aquí, Jarl?

—¿Feliz? ¿Qué clase de pregunta es esa? La felicidad no pinta nada en todo esto.

—Lo siento.

Jarl soltó una carcajada amarga.

—¿Cuándo has recuperado la inocencia, Kylar? Has dicho que Azoth estaba muerto.

—¿De qué estás hablando?

—¿Vas a irte ahora que sabes que soy un marica?

—No —respondió Kylar—. Eres mi amigo.

—Y tú el mío. Pero si no hubieses estado a punto de matar a Gerk delante de mis narices, dudaría que de verdad fueses un ejecutor. ¿Cómo matas gente y mantienes tu alma intacta, Kylar? —Pronunció el nombre con algo de retintín.

—¿Cómo la mantienes tú intacta haciendo de puto?

—No la mantengo.

—Yo tampoco —dijo Kylar.

Jarl se quedó callado y observó a Kylar detenidamente.

—¿Qué pasó aquel día?

Kylar sabía lo que le estaba preguntando. Lo recorrió un temblor.

—Durzo me dijo que, si quería ser su aprendiz, debía matar a Rata. Después de lo que le hizo a Muñeca... lo maté.

—Así de fácil, ¿eh?

Kylar se planteó mentir, pero si alguien se merecía la verdad, ese era Jarl. Había sufrido más que ningún otro a manos de Rata. Después de callarse lo de Muñeca, no podía ocultarle aquello.

Le contó toda la historia, como no se la había contado a nadie desde el maestro Blint.

La descripción de la sangre y la impotencia de Rata no conmovió a Jarl, que mantuvo una expresión pasiva.

—Se lo merecía. Se merecía eso y más —dijo—. Solo desearía haber tenido yo el valor para hacerlo. Ojalá lo hubiese visto. —Le restó importancia con un gesto afeminado de la mano—. Espero a un cliente, de modo que escucha. Khalidor piensa invadirnos. Hay varias secciones del Sa'kagé movilizadas, pero son sobre todo cortinas de humo. Es probable que solo los Nueve sepan lo que está pasando de verdad, quizá únicamente el shinga. Ni siquiera sé decirte de qué bando nos pondremos.

»La cuestión es que no podemos permitirnos que Cenaria pierda esta guerra. No sé si los Nueve son conscientes de eso. Los Ursuul reclaman derechos sobre Cenaria desde hace generaciones, pero fue hace unos meses cuando el rey dios Ursuul exigió como tributo una gema especial y derecho de paso por el reino, declarándose más interesado en llevar la guerra a Modai que aquí. El rey Gunder le dijo adonde podía irse... y no precisamente usando las carreteras reales.

»Una fuente me contó que el rey dios había jurado hacer un escarmiento con nosotros. Tiene más de cincuenta brujos, puede que muchos más. No creo que el rey Gunder pueda oponerles ni diez magos.

—Pero el Sa'kagé sobrevivirá —dijo Kylar. Tampoco era que le importase un pimiento. Pensaba en los Drake y en Logan. Los khalidoranos los matarían.

—El Sa'kagé sobrevivirá, Kylar, pero si queman todos los negocios no habrá dinero que extorsionar. Si todos los mercaderes están arruinados no pueden apostar ni ir de putas. De algunas guerras podemos beneficiarnos. Esta nos arruinará.

—¿Y por qué me lo cuentas?

—Durzo está de por medio.

—Claro que lo está —dijo Kylar—. Probablemente, la mitad de los nobles del ejército intentan liquidar a sus superiores en la cadena de mando para ocupar sus

puestos. Pero el maestro Blint nunca aceptaría un trabajo que pusiera en grave peligro a la ciudad, sobre todo si la situación es tan mala como la pintas. Jarl negó con la cabeza.

—Creo que trabaja para el rey.

—El maestro Blint nunca trabajaría para el rey —replicó Kylar.

—Lo haría si tuviesen a su hija.

—¿Su qué?

Capítulo 32

El general supremo Agón esperaba en el centro de la explanada de grava blanca rastrillada del jardín de estatuas del castillo e intentaba no delatar la incomodidad que sentía.

«Vaya un sitio para encontrarse con un asesino.»

Por lo general, le parecería un buen sitio para encontrarse con un asesino. Aunque Blint le había ordenado no llevar soldados, si hubiese optado por hacerlo allí tenía muchos sitios donde esconderlos. Por supuesto, que ese encuentro tuviera lugar dentro del recinto del castillo también debería haberle tranquilizado. Debería, si no fuese porque el lugar lo había propuesto Blint.

El viento nocturno tapó la luna con una nube y Agón agudizó el oído para detectar el mínimo crujido de grava que pudiese anunciar la llegada de Blint. No le cabía duda de que el ejecutor sería capaz de entrar en el castillo. Su memoria estaba tan afilada como las dagas que encontraron aquel día bajo las almohadas reales. Aun así, tenía sus órdenes.

Contempló las estatuas que lo rodeaban. Eran héroes, todos y cada uno de ellos, y Agón se preguntó qué hacía él en su compañía. Por lo general ese jardín era un refugio. Le gustaba recorrer los adoquines blancos y negros del paseo y contemplar a esos héroes de mármol, preguntarse cómo actuarían si estuvieran en su pellejo. Esa noche, sus sombras lo acechaban sin descanso. Por supuesto eran imaginaciones suyas, pero no olvidaba que Blint había estado en su dormitorio diez años atrás, preparado para cometer un asesinato. Nada estaba a salvo con un hombre así.

Se oyó un levísimo crujido de grava junto a una de las estatuas. Agón se volvió y, sin pensar, echó mano de su espada.

—No os molestéis —dijo Durzo Blint.

Agón giró otra vez sobre sus talones. Durzo estaba a menos de medio metro de distancia. Dio un paso atrás.

—El ruidoso era uno de los vuestros, no yo. —Blint sonrió con sorna—. Uy, un momento, ¿no os dije que no trajerais hombres?

—No he traído —aseveró Agón.

—Ya.

—Llegáis tarde —dijo Agón. Ya había recobrado la compostura. Era inquietante tratar con un hombre que no valoraba la vida, y ahora en verdad creía que Blint no la valoraba. Además, veía los motivos en sí mismo. La única manera que tenía de tratar con Blint era ser consciente de que podía acabar muerto, pero eso no era importante; su vida o su muerte no eran el motivo de que hubiese convocado a Blint; su vida o su muerte no eran vitales para el objeto de su conversación. Con todo, una parte de él se preguntaba: ¿cómo pueden vivir siempre así los ejecutores?

—Solo quería asegurarme de saber dónde estaban escondidos todos vuestros soldados —dijo Blint.

Iba vestido para matar, descubrió Agón con inquietud. Una túnica moteada de algodón gris oscuro, fina y cortada para facilitar los movimientos, calzas del mismo material y correajes con una veintena de armas arrojadizas, algunas de las cuales el general ni siquiera reconocía. Lo que sí reconoció fue que las puntas de varias de esas armas tenían algo más que acero. Veneno.

«¿Es un farol?» Agón no había llevado soldados. Aunque su vida no fuese esencial para lo que tenían entre manos, no iba a jugársela por nada.

—Soy fiel a mi palabra, aunque se la dé a un matón del Sa'kagé —dijo.

—Lo gracioso es que os creo, general supremo. Sois muchas cosas, pero no creo que seáis un hombre sin honor o lo bastante tonto para traicionarme. ¿Seguro que no queréis que mate al rey? Tenéis el ejército. Si sois lisio y tenéis suerte, podríais acabar en el trono vos mismo.

—No —dijo Agón—. Soy fiel a mis juramentos. —«Ojalá esas palabras no me quemaran al pronunciarlas.»

—Os haría descuento. —Blint se rió.

—¿Estáis listo para oír el encargo? —preguntó Agón.

—Diría que ya hemos tenido esta conversación —observó Blint—. Mi respuesta sigue siendo la misma. Solo me he presentado porque echaba de menos vuestra sonrisa, general supremo. Y para demostraros que vuestras, seamos sinceros, más bien patéticas defensas seguirían sin impedirme la entrada en caso de que os diera por complicarme la vida.

—Ni siquiera habéis oído en qué consiste el trabajo. Ahora el rey respeta vuestros talentos. Os pagará mejor de lo que nadie os ha pagado nunca. Quiere que...

—Proteja su vida. Lo sé. Hu Patíbulo ha aceptado un encargo contra él. —Durzo no hizo caso de la expresión de asombro de Agón—. Lo siento. No aceptaré el trabajo. Nunca aceptaré un trabajo para ese inmundo saco de pedos. Seamos sinceros. Aleine de Gunder, que tiene la ridícula pretensión de hacerse llamar «Noveno» como si tuviera alguna relación con los anteriores ocho reyes que llevaron el nombre de Aleine, es un mamarracho.

Un hombre salió bruscamente de debajo de la alta estatua del duque de Gunder que había detrás de Agón. Al general se le cayó el alma a los pies al reconocer sus andares.

Aleine de Gunder se retiró la capucha.

—¡Guardias! ¡Guardias!

Brotaron arqueros y ballesteros de todos los balcones, arbustos y sombras a la vista. Otros llegaron corriendo desde el perímetro del jardín.

—Mi señor, qué sorpresa —dijo Blint mientras trazaba una perfecta reverencia

protocolaria—. ¿Quién habría esperado encontraros escondido a la sombra de vuestro padre?

—¡Pedazo de mierda... mierda... mierdosa! —chilló el rey—. ¿A qué estáis esperando? —gritó a los guardias—. ¡Rodeadlo!

Los soldados encerraron a Durzo, Agón y el rey en un círculo estrecho. Parecían nerviosos por ver al rey tan cerca de un ejecutor, pero ninguno osaba atraerse la ira del rey separándolos por la fuerza.

—Majestad —dijo Agón, mientras cerraba el paso al rey antes de que intentara pegar a Durzo Blint. ¡Pegar a Durzo Blint!

—Trabajarás para mí, asesino —afirmó el rey.

—No. Ya lo he dicho antes, pero a lo mejor necesitáis oírlo en persona. Estoy dispuesto a mataros, pero no mataré por vos.

A los guardias no les hizo gracia oír eso, pero Agón levantó una mano. Con el denso grupo de soldados tan cerca, los arqueros resultaban inútiles. «Brillante, majestad.» Si llegaba la sangre al río, tanto él como el rey eran hombres muertos, e incluso apostaría a que Blint no.

—Pues muy bien —dijo el rey.

—Pues muy bien. —Blint sonrió sin alegría.

El rey correspondió a la sonrisa.

—Mataremos a tu hija.

—¿Mi qué?

La sonrisa del rey se ensanchó.

—Infórmate. —Soltó una carcajada.

Transcurrió un peligroso segundo y Agón se preguntó si estaba a punto de sostener a un rey muerto en sus brazos. Después estalló un remolino de movimiento. Aunque lo estaba mirando directamente, Durzo Blint se movió más deprisa de lo que su ojo podía seguir. Saltó por encima del corro de soldados, se apoyó en una estatua y cambió de trayectoria.

Al cabo de un momento se oyó en la parte superior de la muralla un sonido parecido al que haría un gato con las uñas al trepar a un árbol.

Uno de los soldados se sobresaltó y disparó su ballesta; por suerte, estaba apuntada al aire. Agón lo fulminó con la mirada. El hombre tragó saliva.

—Lo siento, señor.

Aleine de Gunder entró al castillo y pasaron todavía dos minutos antes de que Agón cayera en la cuenta de cuánto lo había acercado Durzo a cometer traición delante del rey.

Kylar sintió que el aire se movía cuando alguien abrió la puerta principal de la casa segura. Alzó los ojos del libro que tenía enfrente y estiró el brazo hacia la espada

corta desenfundada sobre la mesa.

Veía perfectamente la puerta desde su silla, por supuesto. El maestro Blint no distribuiría su taller de otra manera. Sin embargo, habría sabido que era su maestro aunque fuera solo por el sonido: clic-CLIC-clic. Clic-CLIC-clic. Clic-CLIC-clic. El maestro Blint siempre corría, descorría y volvía a correr todos los cerrojos. Era otra de sus supersticiones.

No preguntó a su maestro por el encargo. A Blint nunca le había gustado hablar de un trabajo justo después. Decía que los Ángeles de la Noche lo veían con malos ojos. Kylar lo interpretaba como: «Deja que se me apaguen los recuerdos».

El frasco de veneno de áspid blanco estaba sobre la mesa con el resto de la colección de Blint pero, por distraerse a sí mismo tanto como a su maestro, Kylar dijo:

—No creo que funcione. He estado repasando tus libros. No sale nada sobre esto.

—Tendrán que escribir un nuevo libro —replicó Blint. Empezó a colocar los cuchillos envenenados en unos estuches especiales y a limpiar los que llevaban una sustancia que se degradaba con el tiempo.

—Sé que hay animales que pueden comer algunos venenos sin ponerse enfermos, y sé que luego quien se coma su carne sí que enfermará. Nuestros experimentos lo han demostrado. Pero con eso solo consigues enfermar al muriente. Bien si no buscas nada más, pero eso del veneno dual... no lo entiendo.

Blint colgó sus correajes para las armas.

—El muriente come cerdo y no nota nada. Como mucho se siente un poco achispado. Come codorniz, y se marea. Come de las dos cosas, se muere. Se llama «potenciación». Los venenos se combinan de tal modo que alcanzan su máximo potencial.

—Aun así habría que colarle al catador un cerdo y una bandada de codornices.

—Los sitios grandes usan varios catadores. Para cuando sospechasen algo, el muriente estaría muerto —dijo Blint.

—Pero entonces has envenenado a todos los comensales. No puedes controlar...

—¡Yo lo controlo todo! —gritó Blint. Tiró un cuchillo al suelo y salió con un portazo tan fuerte que hizo tintinear todas las armas de las paredes.

Elene contempló la página en blanco y volvió a mojar la pluma en el tintero antes de que se secara del todo. En la otra punta de la mesa del comedor de los Drake, Mags e Ilena jugaban a un juego de tablero. Mags, la mayor, estaba muy concentrada, pero a Ilena se le iban los ojos hacia Elene.

—¿Por qué me enamoro siempre de hombres inalcanzables? —preguntó Elene Cromwyll. Era amiga de Mags e Ilena Drake desde hacía años. La brecha social entre una criada y las hijas de un conde tendría que haber impedido la relación, pero los

Drake tenían a todos por iguales ante el Dios Único. Con la edad, las chicas se habían dado cuenta de lo extraña que era su amistad y la habían hecho más privada, pero no menos real.

—Aquel jardinero, Jaén, era alcanzable —observó Ilena, mientras movía una pieza. Mags frunció el ceño a la jugada y después a su hermana de quince años.

—Aquello me duró dos horas —dijo Elene—. Hasta que abrió su bocaza.

—En algún momento tuviste que estar colada por Pol —comentó Mags.

—En realidad, no. Lo que pasaba era que él me quería tanto que pensé que tenía que corresponderle —dijo Elene.

—Por lo menos Pol era real —terció Ilena.

—Ilena, no seas repelente —la reprendió Mags.

—Lo que te pasa es que estás enfadada porque vuelves a perder.

—¡No pierdo! —exclamó Mags.

—Ganaré en tres movimientos.

—¿Ah, sí? —Mags estudió las piezas—. Mocosa repipi. Yo, por lo menos, me alegro de que rechazaras a Pol, Elene —dijo Mags—.

Pero es cierto que eso te deja sin acompañante para nuestra fiesta.

Elene había soltado la pluma y hundido la cara entre las manos. Suspiró.

—¿Tenéis idea de lo que le escribí el año pasado? —Contempló la hoja en blanco que tenía delante.

—No creía que Pol supiese leer —dijo Ilena.

—No a Pol, a mi benefactor.

—Escribieras lo que escribieses, no dejó de mandarte dinero, ¿verdad? —preguntó Ilena, sin hacer caso de la mirada furibunda de su hermana. Ilena Drake solo tenía quince años pero casi siempre parecía tener bastante bajo control a Mags, cuando no a la mayor de las tres, Serah.

—Nunca ha parado. Ni siquiera cuando le dije que teníamos dinero más que suficiente. Pero no es cuestión de dinero, Lena —dijo Elene—. El año pasado le dije que estaba enamorada de él. —No tuvo valor para confesar que había corrido la tinta con sus propias lágrimas—. Le dije que iba a llamarle Kylar, porque Kylar es simpático y nunca llegué a saber el nombre de mi benefactor.

—Y ahora te gusta Kylar... con el que tampoco has hablado nunca.

—No tengo remedio. ¿Por qué os dejo que me habléis de chicos? —preguntó Elene.

—Ilena no puede evitar hablar de Kylar —dijo Mags con aires de hermana mayor a punto de imponer su autoridad—. Porque ella también está coladita por él.

—¡No es verdad! —chilló Ilena.

—Entonces, ¿por qué lo escribiste en tu diario? —presionó Mags, y pasó a imitar a su hermana con un sonsonete—: «¿Por qué Kylar no me habla más?» «Hoy Kylar

ha hablado conmigo en el desayuno. Ha dicho que soy una monada. ¿Eso es bueno o todavía me ve solo como una niña pequeña?» Es asqueroso, Ilena. Es prácticamente nuestro hermano.

—¡So bruja! —aulló Ilena. Saltó por encima de la mesa y atacó a Mags, que chilló mientras Elene observaba la escena, paralizada entre el horror y la risa.

Entre grandes chillidos, Ilena se puso a tirar del pelo de Mags, que contraatacó. Elene se puso en pie, pensando que más valía pararlas antes de que se hicieran daño.

La puerta se abrió de golpe, casi desencajándose de sus bisagras, y allí estaba Kylar, espada en mano. El ambiente de la habitación cambió en un abrir y cerrar de ojos. Kylar emanaba un aura palpable de peligro y poder. Era la masculinidad en estado puro. La sensación asaltó a Elene como una ola que amenazase con arrastrarla hasta el mar. Apenas podía respirar.

Kylar entró con movimientos fluidos en la sala en una postura baja y sosteniendo la espada desnuda con ambas manos. Escrutó de un solo vistazo fugaz cada salida, cada ventana, cada sombra y hasta cada esquina del techo. Las chicas se quedaron quietas en el suelo, con un puñado del pelo de Mags todavía en la mano de Ilena, con la culpabilidad dibujada en sus caras.

Qué familiares le parecían esos ojos azules tan pálidos. ¿Fueron solo las fantasías de Elene las que vieron en ellos un destello de reconocimiento? Esos ojos tocaron los suyos y notó que un hormigueo le recorría toda la columna. La estaba mirando; a ella, no a las cicatrices. Los hombres siempre miraban sus cicatrices. Kylar veía a Elene. Quería hablar, pero no tenía palabras.

Kylar separó los labios como si también él estuviese a punto de decir algo, pero entonces se puso blanco como una sábana. Enfundó la espada a la velocidad del rayo y dio media vuelta.

—Señoritas, ruego que me disculpéis —dijo, agachando la cabeza. Después salió.

—Dios mío —exclamó Mags—. ¿Habéis visto eso?

—Daba miedo —dijo Ilena— y...

—Embriagaba —concluyó Elene. Estaba acalorada. Se dio la vuelta mientras las chicas se levantaban, se sentó y cogió la pluma. Como si pudiese escribir después de aquello.

—Elene, ¿qué pasa? —preguntó Mags.

—Cuando me ha mirado a la cara, parecía que hubiese visto un fantasma —dijo Elene. «¿Por qué?» Apenas había prestado atención a las cicatrices, que eran lo que espantaba a la mayoría de los chicos.

—Ya se le pasará. Eres un ángel, dale una oportunidad. Le pediremos que venga contigo a la fiesta y todo —dijo Ilena.

—No. No, os lo prohíbo. Es un barón, Lena.

—Un barón pobre cuyas tierras han caído en manos de los lae'knaught.

—No es más que otro hombre inalcanzable. Lo superaré.

—No tiene por qué ser inalcanzable. Si se uniera a la fe... A ojos del Dios, todos los hombres son creados iguales.

—Va, Lena, no me vengas con esas. Yo soy una criada. Una criada cubierta de cicatrices. Da igual lo que vea el Dios.

—¿Da igual lo que vea el Dios? —preguntó Mags con dulce reprobación.

—Tú ya me entiendes.

—Logan podría casarse con Serah, y eso es un salto tan grande como el que hay entre un barón pobre y tú.

—Ya se ve con malos ojos que la alta nobleza emparente con la baja, pero ¿con una plebeya?

—No estamos diciendo que te cases con él. Solo déjanos invitarlo a la fiesta.

—No —insistió Elene—. Lo prohíbo.

—Elene...

—Es mi última palabra. —Elene miró a las chicas hasta que las dos transigieron a regañadientes—. Pero —añadió luego— podríais contarme un poco más sobre él.

—Kylar —lo llamó el conde Drake cuando intentaba pasar a hurtadillas por delante de su despacho para ir al piso de arriba—, ¿puedes venir un momento?

No quedaba más remedio que obedecer, por supuesto. Kylar maldijo para sus adentros. El día se le estaba haciendo larguísimo. Tenía la esperanza de conciliar unas horas de sueño antes de cumplir con sus tareas previas al alba para el maestro Blint. Se barruntaba lo que quería el conde, de modo que entró en el despacho intentando no sentirse como un niño al que su padre está a punto de hablar de sexo.

Los años no habían pasado para el conde. Seguiría aparentando cuarenta aunque viviese hasta los cien. Su escritorio estaba en el mismo sitio, su ropa era del mismo corte y color y, cuando preparaba el terreno para una conversación difícil, seguía frotándose el caballete de la nariz donde apoyaba sus quevedos.

—¿Le has hecho el amor a mi hija? —preguntó.

Kylar se quedó boquiabierto. Vaya preparación de terreno. El conde lo observaba impasible.

—No le he puesto la mano encima, señor.

—No te preguntaba por tus manos.

Kylar lo miró con los ojos como platos. ¿Ese era el hombre que hablaba tanto del Dios como los granjeros del tiempo?

—No, no te preocupes, hijo. Te creo. Aunque sospecho que no habrá sido por falta de empeño por parte de Serah.

El rubor encendido que cubrió las mejillas de Kylar fue respuesta suficiente.

—¿Está enamorada de ti, Kylar?

Sacudió la cabeza, casi aliviado ante una pregunta que podía responder.

—Me parece que Serah quiere lo que cree que no puede tener, señor.

—¿Incluye eso hacer el amor a numerosos jóvenes, ninguno de los cuales es Logan?

Kylar balbució:

—No me parece correcto ni honorable por mi parte...

El conde alzó una mano, angustiado.

—Que no es la respuesta que me darías si creyeras que la acuso en falso. Me habrías dicho que de ninguna manera y que preguntarlo no te parecía correcto ni honorable por mi parte. Y habrías tenido razón. —Se frotó el caballete de la nariz y parpadeó—. Lo siento, Kylar. No he sido justo. A veces todavía uso de forma deshonrosa el ingenio que Dios me dio. Intento hacer el bien, cuadre o no con lo que los hombres consideran honorable. Hay una diferencia entre las dos cosas, ¿sabes?

Kylar se encogió de hombros, pero no se le pedía que respondiera.

—No pretendo criticar a mi niña, Kylar —explicó el conde—. He hecho cosas en esta vida mucho peores de lo que ella soñará jamás. Pero no es solo su felicidad lo que está en juego. ¿Está Logan al corriente de sus... indiscreciones?

—Le pedí que se lo contara, pero no creo que lo haya hecho, señor.

—¿Sabes que Logan me ha pedido la mano de Serah?

—Sí, señor.

—¿Debería concederle mi bendición?

—No podríais esperar un hijo mejor.

—Para mi familia, sería maravilloso. ¿Está bien para Logan?

Kylar vaciló.

—Creo que él la ama —respondió por fin.

—Quiere mi respuesta en los próximos dos días —dijo el conde—. Cuando cumpla veintiún años tomará posesión de la Casa de Gyre y se convertirá en uno de los hombres más ricos y poderosos del reino, aun después de todo lo que el rey ha interferido en su Casa en la última década. Sexto en la línea de sucesión, primero después de la familia real. La gente dirá que sale perdiendo con el matrimonio. Dirán que Serah es indigna. —El conde apartó la vista—. Normalmente me importa un pimiento lo que piense la gente, Kylar, porque lo piensa por los motivos equivocados. Esta vez, me da miedo que tengan razón.

Kylar no podía decir nada.

—Llevo años rezando por que mis hijas encuentren un marido adecuado. Y también he rezado porque Logan se casase con la mujer adecuada. ¿Por qué no me parece que esto sea la respuesta? —Volvió a menear la cabeza y pellizcarse el caballete de la nariz—. Perdóname, te he hecho una docena de preguntas que es imposible que me respondas, y no te he planteado la que sí puedes contestar.

—¿Cuál es, señor?
—¿Amas a Serah?
—No, señor.
—¿Y a esa chica? ¿Esa a la que envías dinero desde hace casi una década?
Kylar se ruborizó.
—He jurado no amar, señor.
—Pero ¿la amas?
Kylar salió por la puerta.
Cuando estaba en el pasillo, el conde dijo:
—¿Sabes? Por ti también rezo, Kylar.

Capítulo 33

La casa de putas había cerrado hacía horas. En el piso de arriba, las chicas dormían sobre sábanas sucias entre los olores prostibularios a alcohol rancio, sudor revenido, sexo antiguo, humo de leña y perfume barato. Las puertas estaban cerradas con pasador. Habían apagado todas las sencillas lámparas de cobre de la planta baja menos dos. Mama K no dejaba que sus burdeles derrochasen dinero.

Solo había dos personas en el salón, una a cada lado de la barra. Alrededor del taburete del hombre yacían los restos de una docena de vasos rotos.

Se acabó la decimotercera cerveza, levantó el vaso y lo tiró al suelo, donde se despedazó.

Mama K sirvió a Durzo otro vaso del tirador, sin siquiera parpadear. No dijo una palabra. Durzo hablaría cuando estuviese preparado. Aun así, se preguntaba por qué habría escogido ese burdel. Era un tugurio. A sus chicas atractivas las mandaba a otros locales. Había comprado otros burdeles con la intención de reformarlos, pero aquel estaba escondido en las entrañas de las Madrigueras, lejos de las vías principales, en pleno laberinto de casuchas y chabolas. Allí había perdido ella su virginidad. Le habían pagado diez monedas de plata y se había dado por afortunada.

No ocupaba los primeros puestos de su lista de sitios que visitar.

—Debería matarte —dijo Durzo por fin. Eran las primeras palabras que pronunciaba en seis horas. Se acabó su cerveza y lanzó el vaso por la barra. Se deslizó durante un trecho, volcó, cayó por un lado y se rompió.

—Anda, o sea que tenías lengua —replicó Mama K. Cogió otro vaso y abrió el tirador.

—¿Y tengo una hija, también?

Mama K se quedó petrificada. Tardó demasiado en cerrar el tirador y derramó cerveza.

—Vonda me hizo jurar que no te lo contaría. Estaba demasiado asustada para decírtelo ella y cuando murió... Puedes odiar a Vonda por lo que hizo, Durzo, pero lo hizo porque te quería.

Durzo la miró con tanta incredulidad y repugnancia que a Gwinvere le entraron ganas de pegarle en esa fea cara.

—¿Qué sabrás tú del amor, so puta?

Mama K pensaba que nadie podía herirla con palabras. Había oído todos y cada uno de los comentarios sobre putas del mundo y hasta había aportado unos cuantos de su propia cosecha. Sin embargo, había algo en cómo lo dijo Durzo, algo en ese comentario —¡viniendo de él!— que le llegó al alma. No podía moverse. Ni siquiera podía respirar. Al final, dijo:

—Sé que, si hubiese tenido la oportunidad de amar que tuviste tú, habría dejado

de venderme. Habría hecho cualquier cosa por conservarlo. Yo nací en este orinal de vida, tú eres quien lo eligió.

—¿Cómo se llama mi hija?

—¿O sea que es por eso? ¿Me has traído aquí para recordarme las veces que se me follaron en este agujero maloliente? Me acuerdo. ¡Me acuerdo! Me hice puta para que mi hermana pequeña no tuviera que serlo. Y entonces apareciste tú. Me follabas cinco veces por semana y le contabas a Vonda que la querías. La dejaste embarazada. Te largaste. Le podría haber explicado que al menos eso estaba cantado. Esa parte de la historia es tan predecible que no vale la pena repetirla, ¿eh? Pero tú no eras un cliente cualquiera. No, tú conseguiste que además la secuestraran. ¿Y luego qué? ¿Fuiste a por ella? No, demostraste exactamente cuánto la querías. Querías ver el farol del rey dios, ¿eh? Siempre has estado dispuesto a apostar con las vidas de los demás, ¿o no, Durzo? Cobarde.

El vaso de Durzo explotó contra el barril que Mama K tenía detrás. El ejecutor temblaba violentamente. Le señaló con un dedo a la cara.

—¡Tú! No tienes ningún derecho. ¿Que lo hubieses dejado todo por amor? Y una mierda. ¿Dónde está el hombre de tu vida ahora, Gwin? Ya no eres puta, así que no habría nada de lo que estar celoso, ¿verdad? Pero sigue sin haber un hombre, ¿o no? ¿Quieres saber por qué eres la puta perfecta? Por el mismo motivo que no hay hombre. Porque no tienes la capacidad de amar. Eres toda coño. Exprimes a todos hasta dejarlos secos y les haces pagar por el privilegio. Conque no te las des de mártir conmigo con ese rollo de que lo hiciste para salvar a tu hermana. Para ti lo importante siempre ha sido el poder. Uy, sí, hay mujeres que se prostituyen por dinero, por fama o porque no tienen otra opción. Pero después hay putas, lo que se dice putas. Puede que ya no folles, Gwin, pero siempre serás una puta. Ahora. Dime. Cómo. Se. Llama. —Escupió cada palabra como si fuera pan mohoso.

—Uly —respondió Gwinvere con voz queda—. Ulyssandra. Vive con una niñera en el castillo.

Contempló la cerveza que todavía tenía en la mano. Ni siquiera recordaba haberla llenado. «¿Es esto a lo que Durzo me reduce? Una sumisa...» Ni siquiera sabía qué. Se sentía como si la hubieran destripado, como si, al bajar la vista, fuese a ver sus propios intestinos enroscados a sus pies.

Necesitó de todas sus fuerzas para escupir en la cerveza y dejarla sobre la barra con una mínima sombra de indiferencia.

—Bueno, ha de ser jodido ser una víctima de las circunstancias —dijo Durzo, con un deje letal en la voz.

—No irás... No matarías a tu propia hija. —Ni siquiera Durzo sería capaz de eso, ¿o sí?

—No tendré que hacerlo —repuso Durzo—. Ellos la matarán por mí.

Cogió la cerveza, sonrió a Gwinvere por encima del escupitajo y bebió. Se acabó la mitad de un trago y dijo:

—Me voy. Aquí huele a puta vieja. —Vertió el resto de su cerveza en el suelo y dejó el vaso con delicadeza en la barra.

Kylar despertó dos horas antes del alba y se preguntó por unos instantes si la muerte sería un precio demasiado alto por una noche entera de sueño. Solo había una respuesta a esa pregunta, por lo que al cabo de unos minutos salió a rastras de la cama. Se vistió en silencio y a oscuras, tras abrir el tercer cajón donde guardaba su ropa gris de ejecutor, doblada como siempre, y su frasco de ceniza para embadurnarse de negro la cara.

En los últimos nueve años, había aprendido a compensar su ausencia de Talento. Cuando Blint estaba de buen humor, algo cada vez menos frecuente, lo alababa por ello. Decía que demasiados ejecutores confiaban en su Talento para todo, mientras que él mantenía afinadas sus habilidades mundanas para situaciones impredecibles. En el oficio amargo, las situaciones impredecibles eran la norma. Además, decía Blint, si de buen principio apenas hay ruido de pisadas, no hace falta usar el Talento para acallarlo.

En ocasiones la capacidad de adaptación de Kylar se ponía de manifiesto de maneras más espectaculares, pero normalmente estaba en esos pequeños detalles, como dejar su ropa de faena siempre con los mismos pliegues y en el mismo cajón después de lavarla. Por lo menos esperaba que fuese su capacidad de adaptación, y no que Blint le estuviera contagiando su manía por tenerlo todo organizado. ¿Qué le pasaba a aquel hombre? Que si cerrar los pestillos tres veces, que si dar vueltas a cuchillos entre los dedos, que si el ajo, que si el Ángel de la Noche para arriba y el Ángel de la Noche para abajo...

Abrió la ventana en silencio y cruzó el tejado a hurtadillas. Años de práctica le habían enseñado dónde podía caminar y dónde debía arrastrarse para que no lo oyeran desde abajo. Se dejó caer por el alero de la casa, aterrizó en las losas del patio y saltó sobre una roca para impulsarse hasta el borde del muro. Levantó el cuerpo a pulso para asomar los ojos, no vio a nadie, se izó por encima de la muralla y después se alejó sigilosamente calle arriba.

Probablemente debería haber caminado sin más; el sigilo no era necesario desde que perdía de vista la casa de los Drake hasta que llegaba a las inmediaciones de la herboristería, pero no quería incurrir en malos hábitos. «Un trabajo es un trabajo, no está hecho hasta estar hecho.» Otra de las perlas de Blint. Muchísimas gracias.

Esa noche, no era solo la disciplina inculcada por Blint la que lo hacía deslizarse de sombra en sombra, prolongando un recorrido de tres kilómetros hasta el herborista durante casi una hora. Esa noche, no podía quitarse las palabras de Jarl de la cabeza:

«Tienes enemigos. Tienes enemigos».

Quizá iba siendo hora de dejar la casa de los Drake, por la seguridad de sus anfitriones. Tenía veinte años y, aunque por supuesto no disponía de las rentas de un noble, Blint era más que generoso con su paga. A decir verdad, a Blint el dinero le daba igual. No gastaba mucho en sí mismo, más allá de sus esporádicas orgías de alcohol y mujeres de alquiler. Era cierto que compraba equipo e ingredientes para venenos de la mejor calidad, pero lo que adquiría lo guardaba para siempre. Considerando lo que ganaba por cada muerte y la frecuencia con que aceptaba encargos, Blint tenía que ser rico, probablemente hasta extremos obscenos. No es que a Kylar le importara. Había adoptado en buena medida la actitud de Blint. Entregaba al conde Drake una porción de su paga para Elene y le seguía quedando de sobra. Parte la guardaba en monedas y joyas y el resto lo dividía entre las inversiones que Mama K y Logan le escogían. Para él no significaba nada porque el dinero no podía comprarle nada. Su tapadera como noble rural empobrecido y su auténtico empleo como oficial de ejecutor le impedían llevar un estilo de vida que llamase la atención. De modo que, aunque quisiera gastarse el dinero, no podía permitírselo.

Sí podía mudarse, sin embargo. Alquilar una casita más al sur en el lado este, en la periferia de alguno de los barrios menos de moda. Blint le había explicado que, si alguien compraba la casa más barata de un barrio, por caro que fuese el barrio, se volvía invisible. Aunque los vecinos le vieran, se esforzarían por no reparar en él.

Kylar llegó a la tienda. El Sa'kagé tenía desde hacía tiempo un arreglo con los herboristas de la ciudad. Ellos se aseguraban de tener a mano ciertas plantas que no eran estrictamente legales, y el Sa'kagé se aseguraba de que nadie entrase a robar en sus establecimientos. La Corona estaba al corriente, pero se veía impotente para impedirlo.

La herboristería del señor Aalyep era frecuentada por los mercaderes ricos y la nobleza, de modo que se había negado a tener hierbas ilícitas a la vista en su tienda, por miedo a que la autoridad no pudiera pasar por alto un desafío tan evidente en sus propias narices. El señor Aalyep había podido resistirse al Sa'kagé, pero nadie se resistía al maestro Blint. Aalyep suplía a Durzo de las hierbas más raras. A cambio, el maestro Blint se aseguraba de que nadie más del Sa'kagé se acercase siquiera a la tienda.

Sobre Kylar recaía la responsabilidad de recoger los artículos y dejar el dinero, como debía hacer esa noche. Lo bueno de ocuparse de esas tareas no era solo que aprendiera el oficio o entablase relaciones con las personas que lo proveerían en el futuro, sino también que podía crear su propia colección. Para tener un surtido completo como el del maestro Blint hacían falta años y miles o tal vez decenas de miles de gunders.

Lo malo era perder horas de sueño. Estaba mal visto que un joven noble durmiera

hasta el mediodía a menos que hubiese salido de parranda con sus amigos. Así, aunque no llegaría a casa hasta casi el amanecer, Kylar tendría que levantarse con el sol.

Gruñó en silencio al recordar la época en que recorrer a hurtadillas las calles de Cenaria por la noche le parecía divertido.

La puerta de atrás de la tienda, como siempre, estaba cerrada. Además, el señor Aalyep tenía buenas cerraduras. Aunque nunca había coincidido con él —solo se escribían notas—, Kylar tenía la impresión de conocer bien al propietario, y era un tipo extraño. Con la protección de Durzo Blint en el Sa'kagé, podría haber dejado sus puertas abiertas de par en par sin la menor preocupación. Nadie en la ciudad se atrevería a robarle.

Sin embargo, como decía Blint, los mayores tesoros de un hombre son sus ilusiones. Por mucho que afirmase odiar la enseñanza, su maestro parecía tener un aforismo para cada ocasión. Kylar escogió la ganzúa y el tensor adecuados del surtido que llevaba oculto en el cinturón y se arrodilló para empezar a trabajar en la puerta. Suspiró. Era una cerradura nueva, y con la marca del maestro Proel, el mejor cerrajero de la ciudad. Hasta las cerraduras nuevas de mala calidad tendían a ir más duras y, aunque perder un tensor no era el fin del mundo, siempre le irritaba romperlos.

Kylar deslizó la ganzúa por los pernos. Cuatro pernos, dos de ellos algo sueltos. Eso significaba que era obra de uno de los oficiales de Proel y no del maestro en persona. Al cabo de diez segundos dio la vuelta al tensor, que acabó doblado, y la puerta se abrió. Kylar maldijo para sus adentros (tendría que procurarse un nuevo tensor) y guardó sus herramientas. Algún día tendría que encargar un juego de ganzúas y tensores de mistarille como los del maestro Blint. O por lo menos un tensor. El mistarille se torcía sin romperse nunca, pero era más caro al peso que los diamantes.

El señor Aalyep tenía todo el derecho del mundo a calificar de herboristería su establecimiento. Tenía tres habitaciones: la tienda grande y acogedora, con frascos de cristal etiquetados para mostrar las hierbas, un pequeño despacho y el herbolario donde Kylar se encontraba. La pequeña sala era húmeda, impregnada de olores fecundos y vaporosos que abrumaban el olfato.

Kylar comprobó con satisfacción el progreso de unos cuantos hongos. Varias setas letales estarían listas al cabo de una semana. Al señor Aalyep no le preocupaba criar setas en su local, ya que nadie podía distinguir las variedades letales de las comestibles a menos que fuera un diestro herborista o, por supuesto, un diestro envenenador.

Avanzando con cautela para no pisar ninguno de los tablones que crujían, Kylar atravesó el resto del herbolario, juzgando las plantas con ojo de experto. Levantó la

tercera maceta de la segunda hilera y vio seis paquetes cuidadosamente metidos en bolsitas de borreguillo individuales. Las sacó y comprobó que todas fuesen lo que había encargado. Cuatro paquetes para el maestro Blint y dos para sí mismo. Guardó las hierbas en la bolsa que llevaba pegada a la espalda por debajo de la capa y dejó la faldriquera con el dinero de Aalyep en el hueco, que después volvió a cubrir con la maceta.

Entonces notó que algo iba mal. En un abrir y cerrar de ojos desenfundó dos espadas cortas.

Sin embargo, no dio ni un paso. La sensación de inquietud no amainó: no era algo malo en sí, sino una presencia nueva e inmediata. No se oía nada, no se produjo ningún ataque. Solo hubo una leve presión, como el roce suavísimo de un dedo.

Kylar se concentró en aquella sensación mientras sus ojos revisaban la tienda y sus oídos se aguzaban para detectar el más mínimo sonido. Era como si lo tocaran, pero le estaba pasando de largo, en dirección a...

Sonó un chasquido en la cerradura de la puerta de atrás. Estaba atrapado.

Capítulo 34

Conteniendo el impulso de correr a la puerta y abrirla de una patada, Kylar permaneció completamente quieto. No había nadie más en la habitación, de eso estaba seguro. Pero creía... sí, oía a alguien respirando en la tienda.

Entonces cayó en la cuenta de que eran más de una persona. Uno respiraba con bocanadas rápidas y superficiales, agitado. El otro tenía la respiración ligera pero lenta. No estaba tenso ni emocionado. Eso asustaba a Kylar.

¿Quién podía tender una emboscada a un ejecutor y no estar ni siquiera nervioso?

Temeroso de perder toda la iniciativa, Kylar avanzó poco a poco hasta el tabique que separaba el herbolario de la tienda. Si estaba en lo cierto, uno de los hombres se encontraba justo al otro lado. Tras enfundar silenciosamente y con angustiosa lentitud una de sus espadas cortas, desenvainó la espada ceurí de mano y media que llevaba a la espalda.

Acercó la punta de la hoja al tabique y esperó a oír algún sonido.

No hubo nada. Ya ni siquiera oía la respiración del hombre nervioso, por lo que debía de estar al otro lado del tabique, mientras que el tranquilo se habría alejado.

Kylar esperó. Tembló de expectación. Uno de los hombres era un brujo. ¿Estarían con los khalidoranos sobre los que le había advertido Jarl? Se quitó la idea de la cabeza. De eso podía preocuparse más tarde. Fueran quienes fuesen, lo tenían atrapado. Daba igual si lo habían tomado por el maestro Blint o por un ladronzuelo cualquiera.

Sin embargo, ¿cuál era el brujo? ¿El nervioso? No lo creía, pero la sensación que había cerrado la puerta después de tocarlo a él había parecido dirigida desde aquel lado.

Crujió un tablón.

—¡Feir! ¡Atrás! —gritó el hombre más alejado.

Kylar atravesó con su espada la madera de pino de un dedo de grosor. Luego retiró la hoja a la vez que cargaba por la entrada. Atravesó la cortina que separaba las dos estancias y se lanzó, desde la jamba y por encima del mostrador, hacia el hombre al que había intentado ensartar.

Este seguía en el suelo, y se apartó rodando mientras Kylar lanzaba un tajo hacia su cabeza. Era enorme. Más grande incluso que Logan, pero proporcionado como un tronco de árbol, macizo por todas partes, sin cintura o cuello definibles. Pese a todo, aun tumbado boca arriba, estaba alzando una espada para bloquear el golpe de Kylar.

Y lo habría parado si la espada de Kylar hubiese estado entera. Sin embargo, la mitad de la hoja ceurí yacía en el suelo junto al hombre, partida mediante magia un instante después de que la clavara a través del tabique.

Al no encontrar una espada donde la había esperado, el grandullón hizo un

bloqueo demasiado abierto mientras Kylar aterrizaba de rodillas para completar su ataque. La hoja partida de Kylar voló hacia el estómago del gigante, tan ligera y rápida que no había reacción posible.

Entonces Kylar sintió como si su cabeza estuviera dentro de una campana de templo. Hubo una sacudida, grave pero concentrada, como si una enorme piedra angular hubiera caído desde un segundo piso a escasos centímetros de su cabeza.

La fuerza del impacto lo mandó despedido de lado, llevándose por delante un estante de frascos de hierbas hasta empotrarse contra un segundo anaquel y caer encima de los dos con estrépito.

Durante un rato no vio nada salvo un resplandor deslumbrante. Su espada había desaparecido. Parpadeó y fue recuperando poco a poco la visión. Estaba boca abajo en el suelo con un estante despedazado, tumbado entre restos de frascos hechos añicos y hierbas desperdigadas.

Oyó un gruñido del grandullón, y luego unos pasos. Kylar se quedó quieto, sin tener que fingir mucho para parecer incapacitado. A unos centímetros de la nariz, poco a poco fue capaz de distinguir algunas de las plantas. Semilla de pronwi, capullo de ubdal, raíz de milenrama. Ese estante debería tener... Allí estaba, cerca de su mano: delicada semilla de tuntun, molida en polvo. Si se aspiraba, provocaba hemorragias en los pulmones.

Los pasos se acercaron y Kylar se puso en movimiento: giró hacia un lado y lanzó el polvo de tuntun trazando un arco. Se puso en pie y desenfundó un par de cuchillos largos.

—Basta, Caminante de las Sombras.

El aire se coaguló en torno a Kylar como una gelatina. Intentó saltar a un lado, pero la gelatina se volvió dura como la roca.

Los dos hombres observaron a Kylar a través de la nube de semilla de tuntun que pendía, paralizada, en el aire.

La montaña rubia cruzó unos brazos como rollos de carne sobre el pecho.

—No me digas que te esperabas esto, Dorian —dijo al otro hombre con un gruñido.

Su amigo sonrió.

—Pues no parece gran cosa, ¿verdad? —siguió diciendo la Montaña.

El hombre más menudo, Dorian, llevaba una barba corta morena bajo sus intensos ojos azules; tenía la nariz afilada y una dentadura blanca y rectilínea. Estiró el brazo y atrapó entre dos dedos un poco del polvo de tuntun que flotaba en el aire. Pelo negro algo aceitado, ojos azules y piel blanca. Khalidorano, sin duda. Él era el brujo.

—No seas mal perdedor, Feir. La cosa habría pintado mal para ti si no hubiese roto su espada.

Feir puso cara de pocos amigos.

—A mí me parece que podía defenderme.

—En realidad, si no hubiese intervenido, ahora mismo nuestro amigo se estaría preguntando cómo mover un cadáver tan grande. Y eso sin su Talento.

Eso provocó un gruñido descontento. El hombre más pequeño hizo un gesto de la mano y el polvo de tuntun cayó al suelo en un pulcro montoncillo. Observó a Kylar y los lazos que lo inmovilizaban se desplazaron para obligarlo a ponerse en pie, con las manos pegadas a los costados, aunque todavía sostuviesen los cuchillos.

—¿Así estás más cómodo? —preguntó. Sin esperar ninguna respuesta, tocó la mano de Kylar con un solo dedo y lo miró fijamente, como si lo abriera en canal con los ojos. Arrugó la frente— . Mira esto —le dijo a Feir.

Feir aceptó la mano que Dorian le puso en el hombro y contempló al joven de la misma manera. Kylar esperó sin saber qué decir o hacer, con la cabeza llena de preguntas que no estaba seguro de si debía pronunciar.

Al cabo de un rato largo, Feir dijo:

—¿Dónde está su conducto? Casi parece formado, como si hubiese un hueco para... —Soltó el aire de golpe—. Por la Luz, debería ser...

—Terrorífico. Sí —dijo Dorian—. Es un ka'karifer nato. Pero eso no es lo que me preocupa. Mira esto.

Kylar sintió que algo se retorcía en su interior. Era como si lo estuviesen volviendo de dentro afuera. No sabía lo que veía Feir en él, pero sin duda lo asustaba. Su rostro permaneció impasible, pero a Kylar no se le escapó la repentina tensión en sus músculos, el leve tufillo del miedo en el aire.

—Aquí hay algo que se me resiste —dijo el de los ojos claros—. La corriente me está venciendo. El Embozado en Sombras empeora las cosas.

—No sigas por ahí —dijo Feir—. Quédate conmigo.

Kylar sintió que desaparecía lo que fuera que lo había abierto en canal, aunque su cuerpo seguía inmovilizado. Dorian se tambaleó hacia atrás sobre sus talones y las manos rollizas de Feir lo agarraron de los hombros para sostenerlo.

—¿Qué me habéis llamado? ¿Quiénes sois? —exigió saber Kylar.

Dorian esbozó una sonrisa y recuperó el equilibrio como si lo hiciera a base de puro buen humor.

—¿Y tú nos preguntas quiénes somos, Portador de Nombres? Ahora es Kylar, ¿no es así? Un juego de palabras en jaerano antiguo. Eso me gusta. ¿Fue tu sentido del humor o el de Blint? —Ante la expresión perpleja de Kylar, se respondió—: Parece que el de Blint.

Dorian volvió a mirar el interior de Kylar, como si allí hubiese una lista que estuviera leyendo.

—El Sin Nombre. Marati. Cwellar. Spex. Kylar. Hasta Kagé; ese no fue muy original, que digamos.

—¿Qué? —preguntó Kylar. Aquello era ridículo. ¿Quiénes eran esos hombres?

—Sa'kagé significa Señores de la Sombra —explicó Dorian—. Así, «Kagé» significa «Sombra», pero supongo que eso no fue culpa tuya. En cualquier caso, deberías ser más curioso. ¿Nunca se te ocurrió preguntarte por qué tus compañeros tenían nombres comunes como Jarl o Bim, o nombres de esclavo como Muñeca y Rata, mientras que a ti te tocó cargar con Azoth?

Kylar se quedó frío. Había oído que los brujos podían leer el pensamiento, pero nunca lo había creído. Y esos nombres. No era una lista al azar.

—Sois brujos. Los dos.

Feir y Dorian se miraron.

—Eso es cierto a medias —dijo Dorian.

—Un poco menos que a medias, en realidad —puntualizó Feir.

—Pero yo sí fui brujo ——dijo Dorian—. O, para ser más exactos, un meister. Si tienes la desgracia de encontrarte algún día con uno, quizá prefieras no usar un apelativo insultante.

—¿Qué sois? —preguntó Kylar.

—Amigos —dijo Dorian—. Hemos viajado desde muy lejos para ayudarte. Bueno, no solo para ayudarte, sino para ayudarte a ti y...

—Y hemos venido a un gran coste personal y a un riesgo aún mayor —interrumpió Feir mientras fulminaba a Dorian con la mirada.

—Esperamos que no te quepa duda de que podríamos matarte. De que, si quisiéramos hacerte daño, ya podríamos habértelo hecho —dijo Dorian.

—Matar no es la única manera de hacer daño. Eso un ejecutor lo sabe —observó Kylar.

Dorian sonrió, pero Feir todavía parecía no tenerlas todas consigo. Kylar sintió que las ataduras se soltaban. Eso lo puso nervioso. Habían visto lo rápido que podía moverse y aun así lo liberaban, armado.

—Permíteme que nos presentemos —dijo Dorian—. Este es Feir Cousat, llamado a ser el espadero más famoso de todo Midcyru. Es un vy'sana y maestro de armas del segundo grado.

«Estupendo.»

—¿Y tú? —preguntó Kylar.

—No te lo vas a creer. —Dorian estaba disfrutando con aquello.

—Inténtalo.

—Soy un sa'seurano y un hoth'salar, y en un tiempo fui un vürdmeister de la duodécima *shu'ra*.

—Impresionante. —Kylar no tenía ni idea de lo que significaba nada de todo eso.

—Lo que debería importarte es que soy un profeta. Me llamo Dorian —dijo este con su acento khalidorano natal—. Dorian Ursuul.

—Tenías razón —dijo Feir—. No te cree.

Aparte de un descuido, lo único que podía matar a un ejecutor eran otros ejecutores, los magos y los brujos. A ojos de Blint, los brujos eran los peores. No había descuidado la educación de Kylar.

—Déjame verte los brazos —dijo.

—Ajá, conque te han hablado del vir —contestó Dorian—. ¿Qué sabes al respecto? —Se arremangó hasta los codos. No tenía marcas en los brazos.

—Sé que todos los brujos los tienen, que crecen en consonancia con su poder y que su grado de intrincamiento es indicativo del nivel de maestría del brujo —recitó Kylar.

—No lo hagas, Dorian —aconsejó Feir—. No pienso perderte por esto. Dile las palabras y larguémonos de aquí.

Dorian no le hizo caso.

—Solo los hombres y las mujeres con Talento pueden usar el vir. Es más fácil de manipular y más poderoso que el Talento. También es terriblemente adictivo y, para quien se atreva a hablar en absolutos morales como yo, maligno —dijo Dorian, con los ojos brillantes fijos en Kylar—. A diferencia del Talento, que puede ser bueno o malo como cualquier talento, es perverso en sí mismo y corrompe a quien lo usa. Tener marcados a todos los meisters se ha demostrado útil para mi familia, de modo que lo están. Mis antepasados nunca vieron motivo para que nosotros mismos estuviéramos marcados a menos que así lo deseáramos. Los Ursuul pueden hacer que su vir desaparezca a su antojo, siempre que no lo estén usando.

—Blint debió de saltarse esa lección —dijo Kylar.

—Pues es una pena. Somos los vürdmeisters más peligrosos que puedas imaginarte.

—Dorian, dile las palabras y punto. Vamos a...

—¡Feir! —exclamó Dorian—. Silencio. Ya sabes qué hacer.

El grandullón obedeció, al tiempo que echaba una mirada furibunda a Kylar.

—Kylar —dijo Dorian—, le estás pidiendo a un alcohólico que ha dejado de beber que se tome una copita de vino. Esto me supondrá semanas de tormento. Feir tendrá que vigilarme a todas horas para asegurarse de que no me dejo llevar por esa locura. Pero tú lo vales.

Feir apretó los labios, pero no pronunció palabra.

Dorian extendió los brazos, y un resplandor los recorrió. Mientras Kylar los miraba, pareció que las venas del interior se estuviesen retorciendo, como si lucharan por salir a la superficie de la piel. Entonces, rápidamente, afloraron todas a la vez. Los brazos de Dorian se volvieron negros como si se estuviesen aplicando, unos encima de otros, un millón de tatuajes nuevos. Se entretejía una capa sobre otra, todas distintas, entrelazadas con las de arriba y las de abajo, oscuro sobre claro mientras

por encima surgía otra más oscura todavía. Era hermoso y terrorífico. El vir se movía hinchado de poder, no solo con los brazos de Dorian sino por su cuenta. Parecía ansioso por liberarse de los confines de la piel. La oscuridad del vir se extendió a la habitación, y Kylar estuvo seguro de que no eran imaginaciones: estaba absorbiendo la luz de la sala.

Las pupilas de Dorian se dilataron hasta reducir los iris azules a un finísimo contorno. Un júbilo feroz se apoderó de su cara, que parecía diez años más joven. El vir empezó a inflarse con un audible crepitar.

Feir alzó a Dorian como un hombre normal podría coger a un muñeco y lo sacudió con violencia. Lo zarandeó sin parar. Habría resultado cómico si Kylar no hubiese tenido demasiado miedo para moverse. Feir siguió zarandeando a su amigo hasta que desapareció el poder que había oscurecido la habitación. Entonces depositó a Dorian en una silla.

El hombre gimió y de repente volvió a parecer frágil y más mayor. Habló sin levantar la cabeza.

—Me alegro de que estés convencido, Caminante de las Sombras.

Lo había convencido, pero eso Dorian no podía saberlo.

—¿Cómo sé que no ha sido una ilusión? —preguntó Kylar.

—Las ilusiones no absorben la luz. Las ilusiones... —dijo Feir.

—Solo está siendo cabezota, Feir. Se lo cree. —Dorian echó un vistazo a Kylar y apartó la vista enseguida. Gimió—. Uf, ahora ni siquiera puedo mirarte. Todos tus futuros... —Cerró los ojos con fuerza.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Kylar.

—Puedo ver el futuro, Sin Nombre, pero soy tan solo un humano, de modo que rezo por poder equivocarme. Rezo por estar equivocado. Según todo lo que veo, si no matas a Durzo Blint mañana, Khalidor tomará Cenaria. Si no lo haces pasado mañana, todo aquel al que amas morirá. Tu conde del Sa'kagé, el shinga, tus amigos viejos y nuevos, todos ellos. Si haces lo correcto una vez, te costará años de remordimientos. Si haces lo correcto dos veces, te costará la vida.

—¿De eso se trata? ¿Todo esto no es más que un montaje para que traicione al maestro Blint? ¿Creyeron vuestros amos que me lo tragaría? —exclamó Kylar—. Uy, sí, habéis descubierto mucho sobre mí, debe de haber costado una fortuna comprar toda esa información.

Dorian alzó una mano cansada.

—No te pido que te lo creas todo ahora. Es demasiado de golpe. Lo siento. Ahora piensas que somos khalidoranos y que queremos que traiciones a Blint para que no pueda detenernos. A lo mejor esto te convence de que te equivocas: lo que te suplico por encima de cualquier otra cosa es que mates a mi hermano. No le dejes conseguir el ka'kari.

Kylar se sintió como si le acabasen de clavar un aguijón.

—¿El qué?

—Feir —dijo Dorian—, pronuncia las palabras que hemos venido a pronunciar.

—Pregunta a Mama K —recitó Feir.

Kylar sacudió la cabeza.

—¡Un momento! ¿Qué? ¿Que le pregunte por el ka'kari?

—Pregunta a Mama K —repitió Feir.

—¿Qué pasa con tu hermano, quién es?

—Si te lo digo ahora, perderás cuando te enfrentes a él. —Dorian negó con la cabeza, pero siguió sin mirar a Kylar—. Maldito sea este poder. ¿De qué sirve si no puedo decírtelo de una manera en que lo entiendas? Kylar, si el tiempo es un río, la mayoría viven sumergidos. Algunos se asoman a la superficie y pueden adivinar lo que pasará a continuación o entender el pasado. Yo soy diferente. Cuando no me concentro, me despego del flujo del tiempo. Mi consciencia flota por encima del río. Veo mil veces mil senderos. Pregúntame dónde caerá una hoja, y no sabré decírtelo. Hay demasiadas posibilidades. Hay tanto ruido que es como si intentara seguir una gota de lluvia que cayera de las nubes a un lago y después se precipitara por una catarata, y luego tuviera que encontrarla dos leguas río abajo. Si puedo tocar a alguien o recitar unos versos, me concentro. A veces.

Dorian parecía mirar a través de la pared, perdido en un ensueño.

—A veces —prosiguió—, a veces, cuando trasciendo el río, empiezo a ver un patrón. Entonces deja de ser como agua y se convierte en un tejido hilado con todas las decisiones insignificantes de todos los campesinos, igual que con las grandes decisiones de los reyes. Cuando empiezo a aprehender la inmensidad e intrincamiento de esa urdimbre, mi mente comienza a desintegrarse.

Parpadeó y volvió los ojos hacia Kylar. Luego los entrecerró, como si le doliera con tan solo mirarle.

—A veces son meras imágenes, del todo inopinadas. Veo la angustia del joven que me observará morir, pero no sé quién es, cuándo sucederá ni por qué le importará. Sé que mañana un jarrón cuadrado te dará esperanzas. Veo una niña pequeña llorando sobre tu cuerpo. Intenta alejarte a rastras pero pesas demasiado. ¿Alejarte de qué? No lo sé.

Kylar sintió un escalofrío.

—¿Una niña? ¿Cuándo? —¿Sería Ilena, Drake?

—No sé decírtelo. Espera. —Dorian parpadeó y se le tensó la cara—. Vete, vete ya. ¡Pregunta a Mama K!

Feir abrió de par en par la puerta delantera. Kylar miró de un mago a otro, atónito por la brusquedad de su despedida.

—Vete —insistió Feir—. ¡Vete!

Kylar salió corriendo a la noche.

Durante un largo rato, Feir lo observó alejarse. Escupió. Con la vista todavía puesta en las profundidades de la noche, dijo:

—¿Qué es lo que no le has contado?

Dorian emitió un tembloroso suspiro.

—Él morirá. Pase lo que pase.

—¿Cómo cuadra eso?

—No lo sé. A lo mejor ese chico no es lo que esperábamos.

Capítulo 35

Kylar corría, pero la duda era más rápida. El cielo empezaba a iluminarse por el este y la ciudad daba sus primeras señales de vida. Las posibilidades de topar con una patrulla eran escasas, sobre todo porque Kylar tuvo la sensatez de evitar las vías con tiendas para ricos que, por algún motivo, veían patrullas con más frecuencia que las calles de establecimientos pobres. Aun así, no sabría qué decir si lo paraban los guardias. «Es que he salido a dar un paseíllo matutino con ropa gris oscura, plantas ilegales, un pequeño arsenal y la cara embadurnada de ceniza.» Ya.

Fue frenando hasta caminar. El local de Mama K no quedaba ya lejos, de todas formas. ¿Qué estaba haciendo? ¿Obedecer a un loco y a un gigante? Casi veía el vir elevándose desde los brazos de Dorian, una imagen que le revolvió el estómago. Quizá no fuera un loco. Sin embargo, ¿qué sacaban ellos del asunto? Las únicas personas que Kylar conocía que hacían cosas solo porque era su deber eran los Drake, y los tenía por la excepción a la regla. En el Sa'kagé, en la corte, en el mundo real, la gente hacía lo que más le convenía.

Feir y Dorian no habían negado que tuvieran otros motivos para acudir a Cenaria, pero sin duda actuaban como si él fuese lo más importante. ¡Se habían comportado como si de verdad creyeran que él cambiaría el curso del reino! Era una locura. Aun así, los había creído.

Si no fueran más que unos mentirosos, ¿no habrían intentado decirle lo maravilloso que sería todo si mataba a Blint? ¿O en eso mismo se apreciaba que eran más listos que la mayoría de los mentirosos? Tal como lo había explicado Dorian, daba la impresión de que Kylar lo perdería todo hiciera lo que hiciese. ¿Qué clase de adivino hacía semejante vaticinio?

Pese a todo, Kylar se descubrió al trote una vez más, y después corriendo, por lo que asustó a una lavandera que estaba llenando sus cubos de agua. Paró ante la puerta de Mama K y de repente volvió a sentirse incómodo. La maestra de los placeres siempre se acostaba tarde y se levantaba temprano pero, si en algún momento del día era seguro que estaría en la cama, era en ese. Era el único momento de la jornada en que su puerta estaría cerrada. «Maldita sea, toma una decisión de una vez.»

Kylar llamó con discreción, reprendiéndose por ser un cobarde pero decidiendo aun así que se iría si no contestaba nadie.

La puerta se abrió casi al instante. La doncella de Mama K parecía casi tan sorprendida como Kylar. Era una anciana en camisón y con un chal sobre los hombros.

—Caramba, buenos días, mi joven señor. Vaya pinta traes. No podía dormir, no paraba de pensar que se nos había acabado la harina por algún motivo, aunque lo comprobé anoche mismo, no sé por qué no podía quitarme de la cabeza que había

desaparecido toda. Justamente pasaba por delante de la puerta para echar un vistazo cuando has llamado... Oh, por los doce pezones de Arixula, estoy parloteando como una vieja chocha.

Kylar abrió la boca, pero era imposible colar una palabra en las fisuras del monólogo de la ex prostituta, ni siquiera de canto.

—«Lo mejor para mí sería un golpe certero en la cabeza y al río conmigo, señora», le digo yo siempre, y ella se ríe de mí. Ay, si volviera a ser joven, aunque solo fuera un momentito, para ver cómo ponías la cara de tonto que provocaba yo antes. En mis tiempos estos viejos pellejos hacían que los hombres se estiraran para fijarse. La gente se empotraba contra las paredes porque no podía apartar la vista. En aquellos tiempos, verme en mi ropa de noche... claro que no llevaba trapos de vieja como estos, tampoco, aunque si me pusiera el tipo de prendas que lucía entonces, me temo que asustaría a los niños. Hace que eche de menos...

—¿Está despierta Mama K?

—¿Qué? Ah, pues mira, creo que sí. Últimamente no duerme tranquila, la pobre. A lo mejor una visita le sienta bien. Aunque creo que fue una visita de ese tal Durzo lo que la tiene de los nervios. A su edad es difícil, pasar de lo que ha sido ella a ser como yo. Ya tiene casi cincuenta años. Me recuerda a...

Kylar se abrió paso por su lado y subió la escalera. Ni siquiera estaba seguro de que la anciana se hubiese dado cuenta.

Llamó y esperó. No hubo respuesta. Por los resquicios de la puerta se adivinaba un poco de luz, sin embargo, de modo que abrió.

Mama K estaba sentada de espaldas a él. Dos velas casi consumidas proporcionaban la única iluminación del cuarto. Apenas se movió al oírlo entrar. Al final, se volvió poco a poco hacia él. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos, como si llevase toda la noche en vela y llorando. «¿Llorando? ¿Mama K?»

—¿Mama K? Mama K, estás hecha una pena.

—Siempre has sabido decirle a las damas la palabra exacta.

Kylar entró en la habitación y cerró la puerta. Fue entonces cuando reparó en los espejos. El espejo de al lado de la cama en el que se maquillaba, su espejito de mano y hasta su espejo de cuerpo entero, todos destrozados. En el suelo centelleaban los añicos a la luz de las velas.

—¿Mama K? ¿Qué pasa aquí?

—No me llames así. No vuelvas a llamarme nunca por ese nombre.

—¿Qué pasa?

—Mentiras, Kylar —dijo ella, bajando la vista a su regazo, con la cara medio oculta en sombras—. Mentiras bonitas. Mentiras que he llevado puestas tanto tiempo que ya no recuerdo qué hay debajo.

Se volvió. Se había desmaquillado media cara. El lado izquierdo de su rostro

estaba libre de cosméticos por primera vez desde que Kylar la conocía. La hacía parecer vieja y ajada. Unas finas arrugas surcaban las facciones, antes delicadas y ahora solo pequeñas y duras, de Gwinvere Kirena. Unas marcadas ojeras le conferían una vulnerabilidad fantasmal. El efecto que causaban media cara perfectamente acicalada y la otra media al natural era ridículo, feo, casi cómico.

Kylar fue demasiado lento en disimular su asombro, aunque nunca había podido ocultar gran cosa a Mama K, pero ella pareció regodearse en la herida.

—Daré por sentado que no has venido solo a contemplar al monstruo de feria. ¿Qué quieres, Kylar?

—No eres un monstruo...

—Responde a la pregunta. Sé qué aspecto tiene un hombre con una misión. Vienes buscando mi ayuda. ¿Qué necesitas?

—Mama K, maldita sea, deja de...

—¡No, maldito seas tú! —La voz de Mama K chasqueó como un látigo. Después sus ojos dispares se suavizaron y miraron más allá de Kylar—. Es demasiado tarde. Esto lo escogí yo. Maldito sea él, pero tenía razón. Yo escogí esta vida, Kylar. He escogido cada paso. No conviene cambiar de puta a medio polvo. Vienes por Durzo, ¿no es así?

Kylar se dio unos golpecitos en la frente con los nudillos, descolocado, aunque no tanto como para confundir la expresión de Mama K. Decía: «No me discutas». Kylar se rindió. ¿Estaba allí por Durzo? Bueno, era un punto de partida tan bueno como cualquier otro.

—Dijo que va a matarme si no encuentro el ka'kari de plata. Ni siquiera sé realmente lo que es.

Mama K respiró hondo.

—Llevo años intentando convencerle de que te lo cuente —dijo—. Se fabricaron seis ka'kari para los campeones de Jorsin Alkestes. Las personas que usaban los ka'kari no eran magos, pero los ka'kari les conferían unos poderes propios de ellos. Y no de magos débiles como los de hoy en día, no; magos de los de hace siete siglos. Tú eres lo que ellos eran. Eres un ka'karifer. Naciste con un agujero en tu Talento que solo un ka'kari puede cruzar.

Mama K y Durzo sabían todo eso, ¿y no se lo habían contado hasta ahora?

—Ah, muy bien, gracias. ¿Puedes indicarme dónde queda la tienda de artefactos mágicos más cercana? ¿Alguna que haga descuentos para ejecutores? —preguntó Kylar—. Aunque esas cosas existieran, estarían en poder de los magos, en el fondo del océano o algo por el estilo.

—Algo por el estilo.

—¿Me estás diciendo que sabes dónde está el de plata?

—Míralo de este modo —dijo Mama K—. Eres un rey. Logras hacerte con un

ka'kari, pero no puedes usarlo. A lo mejor nadie de tu confianza puede. ¿Qué haces? Guardarlo para el día de mañana o para tus herederos. A lo mejor nunca dejas escrito lo que es porque sabes que la gente rebuscará entre tus posesiones cuando mueras y robará tus tesoros más valiosos, de modo que planeas contárselo a tu hijo algún día, antes de que suba al trono. De un modo u otro, sin embargo, como suele pasarles a los reyes, consigues que te maten antes de poder tener esa charla. ¿Qué pasa con el ka'kari?

—El hijo lo hereda.

—Exacto, y no sabe lo que es. Quizá incluso sepa que es importante, que es mágico, pero, como bien has dicho, también sabe que si se lo cuenta a los magos, ellos se lo quitarán a él o a sus herederos tarde o temprano. De modo que lo guarda y lo mantiene en secreto. Con el paso de las generaciones, se convierte en una joya más del tesoro real. Para cuando han transcurrido setecientos años, ha cambiado de manos docenas de veces, pero nadie tiene ni idea de qué es. Hasta que, un día, el rey dios de Khalidor exige un tributo que incluye una joya en concreto y un rey conocido por su estupidez le regala esa misma joya a su amante.

—Quieres decir...

—Acabo de enterarme hoy mismo de que el Nono le regaló a la duquesa de Jadwin el ka'kari de plata, el Orbe de los Filos. Parece una joya pequeña con un extraño brillo metálico, como un diamante con un toque de plateado. Resulta que también es una de las joyas favoritas de la reina Nalia. Ella cree que se ha perdido y está furiosa, así que mañana por la noche el rey mandará a alguien de su confianza, no sé a quién, para recuperarlo. Mañana por la noche los Jadwin celebran una fiesta, de modo que el ka'kari estará a tiro. Ni guardias de la Corona, ni magos ni cámara del tesoro salvaguardada con magia. O bien la duquesa de Jadwin lo llevará puesto, o bien estará en su habitación. Kylar, tienes que entender lo que está en juego. Se supone que los ka'kari eligen a sus propios amos, pero los khalidoranos creen que podrían forzar un enlace por medios mágicos. Si tienen éxito... Imagina el caos que sembraría un rey dios si pudiera vivir para siempre.

La idea provocó un hormigueo en la nuca de Kylar.

—Lo dices en serio, ¿no es así? ¿Se lo has contado a Durzo?

—Durzo y yo... Ahora mismo no me siento muy inclinada a ayudar a Durzo. Pero hay más, Kylar. No soy la única que sabe todo esto. —La angustia desfiguró sus facciones, y apartó la vista.

—¿Qué quieres decir?

—Khalidor ha contratado a alguien para conseguirlo. Así es como mis espías se enteraron del asunto. Se supone que el trabajo será un robo limpio.

—¿Se supone?

—Han contratado a Hu Patíbulo.

—Nadie contrataría a Hu para un robo limpio. Ese hombre es un carnicero.

—Lo sé —dijo Mama K.

—Entonces, ¿quién es su muriente?

—Elige tú. La mitad de los nobles del reino estarán presentes. Tu amigo Logan ha aceptado la invitación, quizá estará el príncipe. Esos dos parecen inseparables, y mira que son como la noche y el día.

—Mama, ¿quién es tu espía? ¿Puedes conseguirme una invitación?

Mama K le dedicó una sonrisa misteriosa.

—Mi espía no puede ayudarte, pero conozco a alguien que sí. En realidad, a pesar de todos mis esfuerzos, tú también la conoces.

Capítulo 36

Kylar se había acercado a hombres a plena luz del día y a menos pasos de la guardia de la ciudad para matarlos. Se había arrastrado bajo una mesa mientras un gato lo arañaba y los centinelas buscaban intrusos en la habitación. Había tenido que esconderse en una cuba de vino mientras el catador de un noble escogía la botella apropiada para la cena. Había esperado a un metro de un horno a fuego vivo después de envenenar un estofado mientras un cocinero rumiaba al lado qué especia habría echado de más para darle ese sabor tan raro.

Sin embargo, nunca había estado tan nervioso.

Contempló consternado la estrecha puerta de servicio que veía a lo lejos. Iba a hacerse pasar por un mendigo que suplicaba un pedazo de pan. Llevaba el pelo lacio y grasiento, ensuciado con ceniza y sebo. Tenía la piel correosa y morena, las manos sarmentosas y artríticas. Para llegar hasta esa puerta, debía superar a los centinelas de la alta entrada de la villa.

—Oye, abuelo —dijo un guardia retaco armado con una alabarda—, ¿qué es lo que quieres?

—He oído que mi niñita está aquí. La señorita Cromwyll. Esperaba que pudiera encontrar un mendrugo para mí, no más.

Eso despertó al otro centinela, que solo le había dedicado una mirada fugaz.

—¿Qué has dicho? ¿Eres familia de la señorita Cromwyll? —El aire protector que emanaba el hombre, que debía de tener casi cuarenta años, era palpable.

——No, no, no es mía —explicó Kylar, sacando una risa ronca—. Solo una vieja amiga.

Los guardias se miraron.

—¿Quieres ir a buscarla y sacarla aquí a estas horas del día y con la que hay montada para esta noche? —preguntó Retaco.

El otro sacudió la cabeza y, con un gruñido, empezó a cachear a Kylar con repugnancia.

—Te juro que algún día me pegará los piojos un vagabundo de estos de la señorita Cromwyll.

—Ya, pero la chica lo merece, ¿eh que sí?

—No te pones tan tiernote cuando cacheas tú a los mendigos, Birt.

—Bah, cállate.

—Adelante. La cocina está por allí —le dijo a Kylar el centinela más mayor—. Birt, te paso muchas por alto, pero como vuelvas a decirme que me calle, vas a catar esta bota en...

Kylar avanzó poco a poco hacia la cocina fingiendo una rodilla entumecida. Los centinelas, pese a su parloteo, eran profesionales. Sostenían sus armas como si

supieran qué hacer con ellas y, aunque no habían descubierto su disfraz, no habían descuidado su deber de cachearlo. Tanta disciplina no presagiaba nada bueno para él.

Aunque se tomó su tiempo en el trayecto para memorizar el trazado de los terrenos, la distancia no era ni mucho menos suficiente. Los Jadwin eran duques desde hacía cinco generaciones, y su mansión una de las más bellas de la ciudad. La villa tenía vistas al río Plith y directamente al Castillo de Cenaria. Justo al norte estaba el Puente Real de Oriente, cuyo uso ostensible era el militar, aunque se rumoreaba que el rey lo utilizaba más a menudo para sus escapadas nocturnas. Si la dama Jadwin era de verdad la amante del rey, la villa de su familia no podía disponer de mejor acceso. Además, el rey obligaba al marido a viajar por todo Midcyru en unas misiones diplomáticas que nadie salvo el duque tenía por más que pura farsa.

La mansión en sí estaba ubicada sobre un promontorio central que permitía contemplar el río desde arriba a pesar de los muros de cuatro metros, rematados por pinchos, que bordeaban toda la propiedad.

Con una mano temblorosa que enmascaró como perlesía, Kylar llamó a la puerta de servicio.

—¿Sí? —Se abrió la puerta y una joven miró a Kylar a la expectativa mientras se secaba las manos en el delantal.

Era una mujer hermosa, de unos diecisiete años, con un talle de reloj de arena que, pese al recato de su indumentaria de lana de sirvienta, habría sido la envidia de cualquier chica de alquiler de Mama K. Las cicatrices seguían allí, una X en la mejilla, una X cruzándole los labios carnosos y una curva desde la comisura de la boca hasta el rabillo del ojo. Esa última le confería una sonrisilla permanente, pero la amabilidad de su boca suavizaba la crueldad de la marca.

Kylar recordaba el aspecto que había tenido su ojo, hinchadísimo. Había temido que nunca llegara a ver bien otra vez. Sin embargo, sus dos ojos, limpios y de un castaño brillante, chispeaban de bondad y felicidad. A Muñeca le habían hecho cisco la nariz, y la de Elene no estaba recta del todo, pero no quedaba mal. Y tenía todos los dientes... Pues claro, pensó, era lo bastante joven para haber perdido solo dientes de leche en la paliza.

—Pasa, abuelo —dijo la chica con voz queda—. Te buscaré algo de comer.

Le ofreció el brazo y no pareció ofenderle que la mirase fijamente. Lo acompañó hasta una salita lateral con una mesa estrecha, pensada para los criados que necesitaban oír si los llamaban desde la cocina. Con calma, Elene explicó a una mujer diez años mayor que ella que necesitaba que la sustituyese mientras se ocupaba de su invitado. Por su tono y por la reacción de la mujer más mayor, Kylar supo que allí adoraban a Elene y que ella cuidaba de mendigos a todas horas.

—¿Cómo estás, abuelo? ¿Te traigo un bálsamo para las manos? Sé que duelen en estas mañanas heladas.

¿Qué había hecho él para merecer eso? Se había presentado como un mendigo de la más inmunda calaña y ella lo colmaba de atenciones. Él no tenía nada que darle, y aun así lo trataba como un ser humano. Esa era la mujer a la que casi habían matado su arrogancia y su estupidez, su fracaso. La única fealdad de su vida se la debía a Kylar.

Creía haber superado los remordimientos dos años atrás, cuando Mama K le había hecho ver la simple verdad de que había evitado a Elene peores cosas que las cicatrices. Sin embargo, mirar de cerca esas marcas amenazaba con sumirlo de nuevo en aquel infierno.

Elene puso sobre la mesa un mendrugo cubierto de salsa de carne recién hecha y empezó a cortarlo en trozos más pequeños.

—¿Quieres sentarte? Vamos a dejar esto un poco más fácil de masticar, ¿de acuerdo? —dijo ella, subiendo la voz como aprendían a hacerlo quienes trabajaban con personas mayores. Sonrió y las cicatrices le tiraron de los labios carnosos.

«No.» Él la había colocado allí, con aquella gente que la adoraba, donde podía permitirse compartir un mendrugo. Elene había tomado sus propias decisiones para convertirse en quien era, pero él había hecho posibles esas decisiones. Si alguna vez hizo algo bueno, era eso. Cerró los ojos y respiró hondo. Cuando los abrió y la miró sin que la culpa le enturbiara la vista, la vio deslumbrante. Elene tenía el cabello dorado y lustroso, una piel inmaculada aparte de las cicatrices, los ojos grandes y luminosos, pómulos marcados, labios sensuales, dientes blancos, cuello esbelto y una figura fascinante. Estaba inclinada para cortarle el mendrugo y su corpiño se abría un poco por la parte delantera...

Kylar apartó la vista con gran esfuerzo e intentó calmarse el pulso. Ella reparó en su movimiento brusco y lo miró. Kylar le sostuvo la mirada. La expresión de Elene era preocupada, limpia. ¿De verdad iba a pedirle a esa mujer que traicionase a sus patrones?

Una maraña de emociones que Kylar había mantenido arrinconadas en algún cuartucho oscuro de su alma se desbordó y echó la puerta abajo. Ahogó un sollozo y parpadeó con fuerza. «Contrólate.»

Elene le rodeó los hombros con el brazo, impasible a su hedor y su ropa andrajosa. No dijo nada, no preguntó nada; tan solo lo tocó. Sintió un cosquilleo por todo el cuerpo, y sus emociones volvieron a desbocarse.

—¿Sabes quién soy? —preguntó Kylar. No usó la voz de mendigo.

Elene Cromwyll lo miró extrañada, sin comprender. Kylar quería permanecer encorvado, esconderse de esos ojos amables, pero no podía. Enderezó la espalda, se puso en pie y estiró los dedos.

—¿Kylar? —preguntó Elene—. ¡Eres tú! ¿Qué haces aquí? ¿Te envían Mags e Ilena? Oh, Dios mío, ¿qué te han contado? —Se le ruborizaron las mejillas y se le

encendieron los ojos de esperanza y vergüenza. No era justo que una mujer pudiera ser tan hermosa. ¿Sabía lo que le estaba haciendo?

Tenía la cara de una chica sorprendida para bien por un chico que no le era indiferente. Oh, dioses. Creía que estaba allí para preguntarle si iría con él a la fiesta de Mags. Las expectativas de Elene estaban a punto de chocar con la realidad como un niño pequeño que cargase contra la caballería alitaerana.

—Olvídate de Kylar —dijo, aunque le doliera—. Mírame y dime a quién ves.

—¿A un anciano? —preguntó ella—. Es un disfraz muy bueno, pero no es una fiesta de disfraces. —Volvió a ponerse colorada, como si estuviese dando demasiado por sentado.

—Mírame, Muñeca —dijo con un hilo de voz.

Se quedó inmóvil, paralizada, escudriñando sus ojos. Le tocó la cara y se quedó atónita.

—Azoth —susurró. Apoyó una mano en la mesa para mantener el equilibrio—. ¡Azoth!

Se lanzó sobre él tan deprisa que Kylar casi intentó bloquear su ataque. Entonces empezó a estrujarlo. Se quedó quieto como una estatua mientras su cabeza se avenía por fin a entender que lo estaba abrazando.

No podía obligarse a moverse, no podía pensar; solo sentía. La suave piel de la mejilla de Elene rozó su pómulo desaliñado y sin afeitar. Su pelo le llenó el olfato del limpio aroma de la juventud y la promesa. Elene lo abrazó con más fuerza, añadiendo la fuerza de unos brazos fibrosos al acorde de absoluta aceptación que componían la firmeza de su abdomen y su espalda y la pura blandura femenina de su pecho contra el de Kylar.

Con cuidado, Kylar levantó las manos de sus costados y le tocó la espalda. Notó un sabor salado en sus propios labios. Una lágrima, una lágrima suya. Su pecho padeció una convulsión incontrolable y de repente rompió a sollozar. La agarró, y ella lo abrazó con más fuerza aún. También él la sintió llorar, con unos sollozos entrecortados que le sacudían el cuerpo entero. Por un momento, el mundo quedó reducido a un solo abrazo: reencuentro, alegría y aceptación.

—Azoth, oí que habías muerto —dijo Elene, acabando demasiado pronto con el momento.

«Siempre estarás solo.» Kylar se quedó paralizado. Si las lágrimas pudieran detenerse mejilla abajo, las suyas lo habrían hecho.

Soltó a Elene con movimientos decididos y dio un paso atrás. Ella tenía los ojos enrojecidos, pero todavía resplandecientes mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo. Un súbito deseo de levantarla en brazos y besarla lo asaltó como una ola. Parpadeó y se mantuvo inmóvil hasta que recobró la compostura. Abrió la boca y no pudo decir nada, no podía echarlo a perder. Volvió a intentarlo, dispuesto a enhebrar

las mentiras; fue incapaz. «Las relaciones son sogas. El amor es un nudo corredizo. Durzo me lo dijo. Me dio una oportunidad. Podría haber sido flechero, herborista. Escogí esto.»

—Me ordenaron no verte nunca. Fue mi maestro. —Tenía la lengua como de plomo—. Durzo Blint.

Notó que hasta Elene había oído hablar de Durzo Blint. Entrecerró los ojos, confusa. Kylar imaginaba lo que pasaba por su pensamiento: si Durzo era su maestro, eso significaba... Vio una rápida sonrisilla de incredulidad, como si estuviese a punto de decir: «Pero los ejecutores son monstruos, y tú no lo eres». Entonces la sonrisa se desvaneció. ¿Por qué otro motivo no la habría buscado su Azoth? ¿De qué otra manera podía desaparecer por completo un rata de hermandad?

Su mirada se volvió distante.

—Cuando me hicieron daño, te recuerdo discutiendo con alguien, exigiéndole que me salvara. Creí que había sido un sueño. Aquel era Durzo Blint, ¿no es así?

—Sí.

—Y tú... ¿ahora eres lo mismo que él? —preguntó.

—Más o menos. —«En realidad, ni siquiera soy un monstruo con todas las de la ley, solo soy un asesino, un chapuzas.»

—¿Te hiciste su aprendiz para que me salvara? —preguntó ella, apenas más alto que un susurro—. ¿Te convertiste en lo que eres por mí?

—Sí. No. No lo sé. Me dio una oportunidad de dejarlo después de que matase a Rata, pero no quería tener miedo nunca más, y Durzo nunca tenía miedo, y, aunque solo fuese un aprendiz, me pagaba lo bastante bien para que pudiera... —Se calló.

Elene entrecerró los ojos mientras deducía el resto.

—Para que pudieras mantenerme —terminó. Se tapó la boca con las manos.

Kylar asintió. «Tu bonita vida está construida con dinero ensangrentado.» ¿Qué estaba haciendo? Debería mentirle, la verdad solo podía destruir.

—Lo siento. No debería habértelo dicho. Yo...

—¿Que lo sientes? —lo interrumpió Elene. Kylar sabía cuáles serían las siguientes palabras en salir de su boca: «Eres un fracasado, mira lo que me has hecho»—. ¿De qué estás hablando? ¡Me lo has dado todo! Me diste de comer en las calles cuando era demasiado pequeña para encontrar comida yo sola. Me salvaste de Rata. Me salvaste cuando tu maestro iba a dejarme morir. Me colocaste en una buena familia que me quiso.

—Pero... ¿no estás enfadada conmigo?

Pareció sorprendida.

—¿Por qué iba a estarlo?

—Si no hubiese sido tan arrogante, ese hijo de puta no habría ido a por ti. ¡Lo humillé! Tendría que haber estado atento. Tendría que haberte protegido mejor.

—¡Tenías once años! —exclamó Elene.

—Todas las cicatrices de tu cara son por culpa mía. ¡Dioses, mírate! ¡Habrías sido la mujer más bella de la ciudad! En lugar de eso, aquí estás, dando mendrugos a los mendigos.

—¿En vez de dónde? —preguntó ella con calma—. ¿Conoces alguna chica que haya sido prostituta desde niña? Yo sí. He visto de lo que me has salvado. Y doy gracias por ello todos los días. ¡Doy gracias por estas cicatrices!

—Pero... ¡tu cara! —Kylar volvía a estar al borde de las lágrimas.

—Si esta es la peor fealdad de mi vida, Azoth, me puedo dar con un canto en los dientes. —Sonrió y, a pesar de las cicatrices, la habitación se iluminó. Era deslumbrante.

—Eres preciosa —dijo Kylar.

Elene se ruborizó. Las hermanas Drake eran las únicas chicas que Kylar había visto ruborizarse, y Serah ya no lo hacía.

—Gracias —dijo ella, y le tocó el brazo. Su contacto le provocó escalofríos en todo el cuerpo.

Kylar la miró a los ojos y también él se ruborizó. Nunca había pasado tanta vergüenza en su vida. ¡Ruborizarse! Eso no hacía sino empeorar las cosas. Elene se rió, no de él por sus apuros, sino llevada por un júbilo tan inocente que le dolía. Su risa, como su voz, era grave, y lo acariciaba como una brisa fresca en un día de calor.

Después su risa pasó y una expresión de profunda pena se apoderó de su cara.

—Cuánto lo siento, Azoth... Kylar. Siento lo que has tenido que pagar para colocarme aquí. Ni siquiera sé qué pensar. A veces parece que la mano del Dios no llega muy adentro de las Madrigueras. Lo lamento. —Lo miró durante mucho tiempo y otra lágrima descendió por su mejilla. Ella no le hizo caso, absorta en él por completo—. ¿Eres un hombre malo, Kylar?

El vaciló. Entonces dijo:

—Sí.

—No te creo —replicó Elene—. Un hombre malo habría mentido.

—A lo mejor soy un villano sincero. —Kylar se volvió de espaldas.

—Creo que todavía eres el chico que compartía el pan con sus amigos cuando se moría de hambre.

—Siempre me quedaba el trozo más grande —susurró él.

—Entonces lo recordamos de distinta manera —dijo Elene. Emitió un hondo suspiro y se secó las lágrimas con la mano—. ¿Has venido...? ¿Estás aquí por trabajo?

Fue un disparo en el plexo solar.

—Vendrá un ejecutor a matar a alguien y robar una cosa en la fiesta de esta noche. Necesito una invitación.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó ella.

A decir verdad, Kylar apenas había pensado en ello.

—Voy a matarlo —dijo.

Y era la verdad. Hu Patíbulo era la clase de sádico que empezaba a matar mendigos cuando pasaba demasiado tiempo entre dos trabajos. Necesitaba el asesinato como un borracho necesita el vino. Si Kylar entraba y robaba antes el ka'kari de plata, Hu Patíbulo iría a por él. Hu era un ejecutor hecho y derecho, con fama de ser tan buen luchador como Durzo. La única posibilidad que tendría de matarlo sería pillarlo desprevenido. Esa misma noche.

Elene seguía sin mirarlo.

—Si eres un ejecutor, tienes otros medios para colarte. Debes de conocer falsificadores. Kylar Stern debe de tener contactos. A lo mejor una invitación mía sería la manera más fácil de entrar, pero no has venido por eso. Has venido para estudiar la casa, ¿no es así?

Su silencio fue respuesta suficiente.

—Todos estos años —dijo Elene, dándole la espalda—, he pensado que Azoth estaba muerto. Y a lo mejor lo está. A lo mejor contribuí a matarlo. Lo siento, Kylar. Daría mi vida por ayudarte, pero no puedo entregarte lo que no es mío. Mi lealtad y mi honor pertenecen al Dios. No puedo traicionar la confianza de mi señora. Me temo que tendré que pedirte que te vayas.

Era una expulsión más cortés de lo que se merecía, pero una expulsión a fin de cuentas. Kylar se encorvó, retorció los dedos hasta formar unas garras artríticas y se fue. Volvió la cabeza en cuanto llegó a la puerta, pero Elene ni siquiera estaba mirando.

Capítulo 37

Llegó, como todas las buenas emboscadas, en el momento y lugar que menos la esperaban. Solon, Regnus y sus hombres habían dejado atrás las montañas y las llanuras centrales, y se encontraban a menos de cuatro kilómetros de los confines septentrionales de Cenaria.

El duque de Gyre y su escolta pasaban por un camino elevado entre dos anchos arrozales cuando alcanzaron a un hombre que llevaba de la brida al caballo que tiraba de un carro. En los campos había varios campesinos trabajando, pero llevaban ropa sencilla, calzas con las perneras arremangadas hasta las rodillas, y era imposible que escondiesen armas o armaduras. El carretero hizo a un lado su caballo y observó atentamente a los hombres de armas.

Solon tendría que haberse fijado antes, por supuesto. Los campesinos nunca llevaban manga larga en los arrozales. Sin embargo, no cayó en la cuenta hasta que estuvo a menos de veinte pasos del carretero. El vürdmeister soltó las riendas del caballo, juntó las muñecas y un fuego verde descendió por su vir con un rugido y le llenó las dos manos. Golpeó una muñeca contra la otra y el fuego de brujo salió chisporroteando hacia delante.

El chorro mágico alcanzó al guardia que estaba a la izquierda de Solon y lo atravesó de parte a parte. El conjuro estaba ideado para fundirse en capas como un carámbano a medida que perforaba a los hombres. Tenía el diámetro de una cabeza al atravesar al primero, el de un puño al llegar al segundo y el de un pulgar cuando alcanzó al tercero. En un instante los tres estaban muertos, las llamas devoraban su carne y ardían en la sangre que derramaban los caídos como si fuese aceite.

Un segundo más tarde, dos chorros de fuego más alcanzaron a los guardias desde ambos lados; dos vürdmeisters más, uno en cada margen de la carretera, lanzaron la muerte al seno de la compañía. Cayeron otros tres hombres.

Quedaban Solon, el duque de Gyre y dos guardias. Decía mucho de la disciplina de los hombres que reaccionaran siquiera, pero Solon sabía que estaban perdidos. Un guardia arrancó al galope por la derecha. El duque de Gyre y el otro soldado cargaron hacia la izquierda, lo que dejaba a Solon a cargo del vürdmeister del camino.

Solon no se movió. El vürdmeister había planeado la emboscada de forma que les sobrase tiempo para arrojar dos o tres bolas de fuego de brujo. Doce espadachines no eran rivales para tres brujos.

No había tiempo de sopesar las consecuencias. No había tiempo siquiera de absorber y convertir en magia el sol que caía sobre los arrozales. Solon recurrió directamente a su glore vyrden y lanzó tres chispas diminutas por los aires. Volaron raudas como flechas y de algún modo lograron evitar al duque y sus guardias. Los dos vürdmeisters estaban acumulando sendas bolas de fuego verde una vez más

cuando las chispas, ninguna mucho mayor que una uña, les tocaron la piel.

No eran letales ni muchísimo menos. Solon no tenía magia suficiente para vérselas a solas con un vürdmeister, y mucho menos con tres a la vez. Sin embargo, las chispas los sobresaltaron. Un pequeño susto, pero suficiente para tensar sus músculos por un segundo y romperles del todo la concentración. Antes de que se recobraran, tres espadas cayeron sobre ellos con la fuerza entera de tres caballos al galope y de tres brazos endurecidos en el campo de batalla, y los dos brujos de los flancos murieron.

La última chispa que habían soltado los dedos de Solon era para el brujo del camino, que pudo bloquearla. En realidad más que bloquearla la apagó como una vela: la chispa voló hacia él y luego murió, como si fuese una ramita ardiendo lanzada al océano.

Su contraataque fue un chorro de fuego que avanzó disparado hacia Solon con el fragor y la furia de una llamarada de dragón.

No había manera de bloquearlo. Se tiró de la silla de montar y lanzó otra chispa mientras caía al suelo y salía rodando de la carretera.

El brujo ni siquiera se molestó en apagar la chispa, que le pasó a más de tres metros por un lado. Se volvió, domeñando una lengua de fuego de casi quince metros como si fuera un ser vivo y moviéndolo en sus manos para que siguiera a Solon.

La chispa alcanzó al caballo en el ijar. El viejo animal ya estaba aterrorizado por la sangre, el ruido y el resplandor del fuego antinatural. Pegó un tirón al carro y después piafó y se puso a dar coces.

Con el rugido de las llamas, el vürdmeister no llegó a oír siquiera el relincho del caballo. En un momento estaba dirigiendo el caudal de fuego terraplén abajo hacia Solon, y al siguiente un casco le golpeó en la espalda. Cayó de bruces, consciente tan solo de que la situación se había torcido mucho. Jadeó y se volvió para ver al caballo recobrar el equilibrio. Entonces animal y carro le pasaron directamente por encima y lo aplastaron contra la carretera.

Solon salió del agua y el fango del arrozal mientras el caballo galopaba como no debía de haberlo hecho en diez años. Su propia montura estaba muerta, por supuesto, con el cráneo hecho una ruina humeante y el cuerpo medio destrozado, apestando a pelo quemado y carne asada.

Quedaban unos rescoldos de fuego de brujo en los cuerpos de su escolta. Solon los vio apagarse. El fuego de brujo se propagaba a una velocidad terrorífica, pero únicamente duraba unos diez segundos.

«¿Diez segundos? ¿Solo ha pasado ese tiempo?»

Un sonido de cascos devolvió a Solon a la realidad. Alzó la vista hacia el duque de Gyre, que lo miraba con rostro impasible y duro.

—Eres un mago —dijo el duque.

—Sí, mi señor —confesó Solon con pesar.

El guión ya estaba escrito, firmado por el silencio de Solon. El duque no tenía elección. Ante una sorpresa de ese calibre, un hombre más astuto habría fingido estar al corriente de que Solon era mago; así podría haber decidido qué hacer con él más adelante. El duque de Gyre era demasiado directo para eso. En ello radicaba su fuerza y su debilidad.

—Y has estado informando sobre mí a otros magos.

—Solo... solo a amigos, mi señor. —Solon sabía que el argumento era débil y lo hacía sonar débil a él por esgrimirlo, pero no concebía que todo fuera a desaparecer sin más. Su amistad con Regnus, esos diez años de servicio, sin duda todo aquello merecía algo más.

—No, Solon —dijo el duque de Gyre—. Los vasallos leales no espían a sus señores. Hoy me has salvado la vida, pero llevas años traicionándome. ¿Cómo has podido?

—No fue...

—A cambio de mi vida, te concedo la tuya. Parte. Quédate uno de los caballos y vete. Si vuelvo a verte la cara, te mataré.

«Quédate con él —había dicho Dorian—. Su vida depende de ello. Un reino depende de ello. Por una palabra tuya, o un silencio, un rey hermano yace muerto.» Lo que nunca le había dicho era cuánto tiempo tenía que servir a su señor de Gyre, ¿verdad? Solon hizo una profunda reverencia ante su amigo y cogió las riendas que le tendía Gurden, quien parecía demasiado atónito para sentir emoción alguna. Solon montó y dio la espalda al señor de Gyre.

«¿Hoy he salvado Cenaria o la he condenado?»

Capítulo 38

La tarde de Kylar había sido frenética. Había tenido que conseguir que Logan consiguiese que otra persona le consiguiera una invitación, y después, cuando había intentado dar con Durzo, solo había encontrado la habitual nota lacónica: «Trabajo». Durzo no solía dar a Kylar muchos detalles sobre sus encargos, pero de un tiempo a esa parte el joven se sentía cada vez más excluido, como si su maestro intentase crear un espacio entre ellos para facilitar la muerte de Kylar llegado el momento.

La ausencia de Durzo no era desafortunada del todo. Kylar no tuvo que confesarle que, de un plumazo, había hablado con Elene, había metido la pata y probablemente había reforzado la seguridad en la villa de los Jadwin. El nuevo problema era que, como le había dicho a Logan que iría a la fiesta, tendría que asistir sin disfrazar pero, como le había dicho a Elene que acudiría, ella denunciaría su presencia de inmediato.

Por eso había ido en carruaje, aunque lo normal en un joven noble soltero sería llegar a caballo. El carruaje paró a la puerta y Kylar entregó a Birt su invitación. El centinela no lo reconoció, por supuesto. Se limitó a revisar con atención la tarjeta e indicarle que entrara. Kylar se alegró de ver al mismo guardia. Que siguiera vigilando la puerta significaba que los Jadwin no tenían suficientes hombres para relevar al turno de la mañana y proteger la fiesta al mismo tiempo. Quizá no habían creído a Elene. Al fin y al cabo, ¿cómo iba a saber nada una sirvienta sobre conspiraciones y ejecutores?

Iba a salir del carruaje cuando se quedó paralizado. El vehículo que quedaba directamente enfrente del suyo estaba abierto, y de él bajaba un hombre delgado como una caña. Era Hu Patíbulo, vestido de la cabeza a los pies con cuero y sedas color chocolate, como un gran señor, y la melena rubia peinada, resplandeciente, enmarcando la sonrisa desdeñosa de quien se sabe superior a quienes le rodean. Kylar volvió a meterse en el carruaje a toda prisa. De modo que era cierto. Contó hasta diez y entonces, temeroso de que su cochero se preguntara qué hacía y tal vez llamara la atención sobre él, salió de nuevo. Vio desaparecer a Hu en la casa. Siguió sus pasos, volviendo a enseñar la invitación a los centinelas de la gigantesca puerta de roble blanco.

—¿Así que el vejestorio te ha dado permiso? —preguntó el príncipe Aleine.

Logan miró a su amigo, al otro lado de la larga mesa llena a rebosar de todas las exquisiteces con que los Jadwin pretendían impresionar a sus invitados. La mesa estaba cerca de una de las paredes del inmenso gran salón, decorado con mármol blanco y madera de roble también blanco. Sobre el fondo monocromo, los nobles formaban un remolino de colores. Varios de los hecatonarcas, o sacerdotes de los cien

dioses, más influyentes del reino se mezclaban vestidos con sus túnicas abigarradas entre los invitados. Una banda de juglares ataviados con capas vistosas se disputaba la atención de los asistentes con los señores y las señoras de mayor o menor alcurnia. Terah de Graesin se había presentado en la anterior fiesta importante, dos semanas atrás, con un vestido rojo escandalosamente escotado y corto de vuelo. Terah ocupaba el octavo puesto en la línea de sucesión al trono, después del príncipe, las hijas de Gunder, Logan y su propio padre, el duque de Graesin, y adoraba la atención que le granjeaba su posición. Su atrevimiento había desencadenado una nueva moda, de manera que esa semana todos los vestidos eran rojos o se atrevían a mostrar más pierna, pecho o ambas cosas que la mayoría de las prostitutas. Eso no incomodaba a Terah de Graesin, quien de algún modo lograba parecer glamurosa en vez de ordinaria. Muchas mujeres no tenían tanta suerte.

—He hablado con el conde esta maña... —decía Logan cuando lo silenciaron unos pechos que pasaban por delante. No, no unos pechos. Los pechos. Eran perfectos. Sin asomar demasiado pero de inmejorables proporciones, pasaron flotando ante sus ojos sostenidos por el abrazo vaporoso de un tejido que se regocijaba de aferrarse a aquellas curvas núbiles. Logan ni siquiera le vio la cara a la mujer. Cuando pasó de largo, sus ojos descendieron las dulces curvas de unas caderas contoneantes y atisbaron unas pantorrillas esbeltas y musculosas.

—¿Y? —preguntó el príncipe. Miró a Logan a la expectativa, sosteniendo un plato con pequeñas muestras de todos los manjares de la mesa—. ¿Qué ha dicho?

Logan se puso colorado. Demasiado tiempo en el campo. Aunque en realidad no era del todo por eso. Sus ojos parecían independientes por completo de su cerebro, como controlados desde otra parte. Siguió avanzando al ritmo de la cola, intentando recordar de lo que hablaba, con el plato aún vacío después de rechazar varias delicias flambeadas, escarchadas o en fricasé.

—Me ha dicho... ¡Hombre, mi favorito! —Logan se lanzó a amontonar fresas en su plato; cogió un cuenco y lo llenó de chocolate fundido.

—No sé lo que habrá dicho el conde Drake, pero me da la impresión de que no ha sido «Hombre, mi favorito» —dijo el príncipe Aleine, con una ceja alzada—. Si te ha dicho que no, no debes avergonzarte. Todo el mundo sabe que el conde Drake está un poco ido. Su familia se mezcla con plebeyos.

—Ha dicho que sí.

—Ya te lo decía yo, está un poco ido —dijo el príncipe. Sonrió y Logan se echó a reír—. ¿Cuándo le pedirás matrimonio?

—Mañana. Será mi cumpleaños. Entonces nadie podrá impedírmelo.

—¿Lo sabe Serah? —preguntó el príncipe.

—Sospecha que podría pedírselo pronto, pero cree que necesito algo de tiempo para consolidar la posición de mi familia y hablar del tema antes con mis padres.

—Bien.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Logan.

Habían llegado al final de la larga mesa. El príncipe se acercó a él.

—Yo también quería hacerte un regalo de cumpleaños. Sé lo que sientes por Serah y lo respeto, pero Logan, eres hijo de un duque. Mañana te convertirás en uno de los hombres más poderosos del reino, detrás solo de los otros dos duques y de mi familia. A mi padre le encantaría que te casases con Serah, y los dos sabemos por qué. Si lo haces, alejarás a tu familia del trono durante dos generaciones.

—Alteza —dijo Logan, incómodo.

—No, es verdad. Mi padre te tiene miedo, Logan. Aquí te admiran, te respetan, hasta te reverencian. Que te hayas pasado fuera seis meses al año no te ha distanciado, como esperaba mi padre. En lugar de eso te ha vuelto un personaje de romance. Un héroe que parte a luchar por nosotros en las fronteras y mantiene a raya a los khalidoranos. El rey te tiene miedo, pero yo no, Logan. Sus espías te miran y no dan crédito a que seas lo que aparentas: un erudito, un guerrero y un amigo leal del príncipe. Son conspiradores, de modo que ven conspiraciones. Yo veo un amigo. No faltan quienes desean destruir a tu familia por cualquier medio, Logan, y a mí no me cuentan sus planes... pero no lo permitiré. De hecho, haré todo lo que pueda por impedirlo. —Bajó la vista y se sirvió un plátano frito de una bandeja—. Esta noche he venido a hacerle un favor a mi padre. A cambio, me ha prometido concederme cualquier cosa que le pida. Cualquier cosa.

—Será un buen favor —dijo Logan.

El príncipe hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Su estúpida majestad regaló a su amante la joya favorita de mi madre. He venido a recuperarla. Eso es lo de menos. ¿Conoces a mi hermana?

—Pues claro. —Jenine estaba en la fiesta, en alguna parte. Solían describirla como «risueña»: muy guapa, y muy quinceañera.

—Está loca por ti, Logan. Lleva dos años enamorada de ti. No te le caes de la boca.

—Estás de broma. Apenas he cruzado dos palabras con ella.

—¿Y qué? —dijo el príncipe—. Es una chica estupenda. Es guapa, y más que lo será, y ha heredado la inteligencia de mi madre. Sé lo importante que es eso para ti, mi vituperante amigo.

—Yo no soy vituperante —protestó Logan.

—¿Lo ves? Yo ni siquiera sé si lo eres o no. Solo he soltado el palabro más gordo que conozco. Pero Jeni lo sabría.

—¿Qué me estáis diciendo exactamente, alteza?

—Jenine es mi regalo de cumpleaños, Logan. Si la quieres. Cásate con ella. Me basta una palabra tuya.

Logan estaba atónito.

—Es... Caramba, es todo un regalo de cumpleaños.

—Tu familia recuperará su sitio. Nuestros hijos crecerán juntos. Uno de tus nietos podría compartir el trono con uno de los míos. Has sido el mejor amigo que un hombre podría desear, Logan, y eso es algo que se concede a pocos príncipes. Quiero tratarte bien. Serás feliz, te lo prometo. Jenine se está convirtiendo en una mujer fantástica. Como creo que has notado. —El príncipe señaló con la cabeza.

Entonces Logan la vio, mirándolo desde la otra punta del salón, y se dio cuenta de que ya había reparado en ella esa noche. O al menos en sus pechos.

Le ardía la cara. Intentó hallar palabras, pero lo abandonaron todas. Allí estaba Jenine, al otro lado de la sala y luciendo una elegancia impropia de su edad, por lo menos hasta que una amiga le hizo un comentario y empezaron a soltar risitas.

El príncipe se rió.

—Dime que sí y podrás hacer todo lo que te imaginabas hace un minuto. Legítimamente.

—Hum, eh... —Por fin Logan recuperó el habla—. Estoy enamorado de Serah, alteza. Gracias por el ofrecimiento, pero...

—¡Logan! Haznos un favor a todos. Di que sí. Tus padres se volverán locos de alegría. Tu familia se salvará. Jenine estará en las nubes.

—No se lo habrás dicho a ella, ¿verdad?

—Pues claro que no. De todos modos, piénsatelo. Serah es genial, aunque seamos sinceros: es guapilla, pero no tan lista como a ti te gustan, y ya sabes los rumores que corren sobre sus devaneos...

—No es casquivana sino todo lo contrario, Aleine. Ni siquiera ha ido más allá de besarme.

—Pero los rumores...

—Los rumores se deben a que la gente odia a su padre. Yo la amo. Voy a casarme con ella.

—Disculpadme —dijo una joven rubia.

Se deslizó entre los dos y estiró el cuerpo más allá del príncipe para coger un bollo. Era un escándalo en color rojo. La fricción entre su ropa y la del príncipe estuvo a punto de sacarle los pechos del vestido, con un escote que parecía más pensado para el ombligo que para el busto. Logan observó que el príncipe se había fijado. Aunque claro, solía fijarse. Igual que Logan.

—Soy Viridiana —dijo la chica, sosteniendo la mirada del príncipe cuando esta volvió hacia arriba—. Lo siento mucho, disculpad. —La frase tenía tanto de disculpa como lo anterior de accidente.

Viridiana volvió a escurrirse entre la multitud, robando a Logan los ojos y los pensamientos del príncipe con su cuerpo de bailarina.

—Bueno, eso, eh, piénsatelo. Mañana hablamos, antes de que se lo pidas —dijo el heredero del trono, mientras seguía con la mirada a Viridiana, que se dirigía hacia el porche de atrás. La chica miró por encima del hombro y, al verlo, sonrió.

El príncipe bajó la vista a su plato, lleno a rebosar de todos los manjares de la mesa. Después contempló el de Logan, rebosante de una sola cosa.

—Esta, amigo mío —dijo—, es la diferencia entre nosotros. Si me disculpas, he visto un plato que debo probar de todas todas.

Logan suspiró. Sus ojos volvieron a dar en Jenine, que seguía mirándolo. Parecía que sus amigas la estaban instando a ir a hablar con él.

«Maldición. ¿Dónde se ha metido Serah?»

Capítulo 39

Había guardias en todas las escaleras. Eso no era buena noticia. Kylar se había abierto paso con disimulo entre la fiesta, intentando parecer tan corriente que nadie se molestara en mirarlo dos veces, pero no era fácil. Y mucho menos si al mismo tiempo debía andarse con cien ojos por si aparecía Hu Patíbulo, quien probablemente estaría haciendo lo mismo. Si Hu lo veía, perdería su única ventaja.

Llegó hasta el porche de atrás. En circunstancias normales, lo habría evitado, porque estaba lleno de parejas. Si algo garantizaba a uno sentirse solo, era ver a otra gente besándose con pasión en un mirador a la luz de la luna.

En esa ocasión, sin embargo, lo que Kylar buscaba era una manera de llegar al primer piso. Justo encima del porche había un balcón; si imaginaba la manera, podría encaramarse a él lo bastante rápido para que nadie lo viese. Por supuesto, una vez en el piso de arriba, aún le quedaría encontrar el ka'kari, pero apostaba por mirar primero en la habitación de la duquesa. A la gente le gustaba guardar cerca sus joyas favoritas.

La pared no tenía emparrado. Quizá podría usar la barandilla para saltar hacia arriba, coger impulso rebotando en la pared y agarrarse al balcón, que estaba a unos cuatro metros y medio. Probablemente podría, pero tendría que conseguirlo a la primera. Si caía, todos oirían el ruido cuando aterrizase sobre los rosales de debajo.

«Sigue siendo mejor que quedarse aquí como un pasmarote.» Respiró hondo.

—¿Kylar? —Era una voz de mujer—. Kylar, hola. ¿Qué haces aquí?

Se volvió con expresión de culpabilidad.

—¡Serah! Hola. —Daba la impresión de que la chica se había pasado el día entero arreglándose para la fiesta. Su vestido era de corte recatado, pero clásico, bello y, obviamente, mucho más caro de lo que el conde Drake podía permitirse—. Caramba, Serah. Ese vestido...

Ella sonrió, radiante, pero solo un momento.

—Me lo regaló la madre de Logan.

Kylar se volvió y apoyó las manos en la barandilla. Al otro lado del río, tras las altas murallas, las torres del castillo resplandecían a la luz de la luna, tan cercanas e inalcanzables como la propia Serah. La chica se acercó y se puso a su lado.

—¿Sabes que Logan va a...? —preguntó ella.

—Lo sé.

Serah puso una mano sobre la suya. Kylar se volvió y se miraron a los ojos.

—Estoy tan confusa, Kylar. Quiero decirle que sí. Creo que le amo. Pero también...

Kylar la agarró bruscamente entre sus brazos, con una mano en su espalda y otra en la nuca. La acercó a él y la besó. Por un momento, ella se quedó paralizada. Después correspondió al beso.

A lo lejos, como si fuese al otro lado del río, en algún punto del castillo, oyó un portazo. Pero estaba tan lejos que no tendría ninguna importancia. Entonces notó que Serah se ponía rígida entre sus brazos y se apartaba.

Una mano se posó en su hombro, con poca delicadeza.

—¡Qué diablos estás haciendo! —gritó Logan, mientras le hacía girarse.

Asomaron las cabezas desde todos los rincones y el porche quedó en silencio. Kylar vio la cara del príncipe entre las demás.

—Algo que debería haber hecho hace mucho tiempo —dijo Kylar—. ¿Pasa algo?

—Oh, mierda —exclamó el príncipe, que empezó a intentar desenmarañarse de la joven rubia agarrada a él en un saliente del porche.

Kylar dio la espalda a Logan como si pretendiera besar a Serah de nuevo, pero Logan volvió a darle media vuelta sin miramientos. Lo primero en llegar fue el puño de Kylar, que chocó con la mandíbula de Logan. El hombretón trastabilló hacia atrás y parpadeó.

Serah se hizo a un lado, horrorizada, pero nadie se acordaba de ella. Logan dio un paso al frente, con las manos levantadas como un digno boxeador. Kylar adoptó una postura baja de combate cuerpo a cuerpo, el Viento en los Álamos.

Logan atacó y luchó como Kylar sabía que lo haría: de forma honorable. Sus puñetazos iban dirigidos por encima de la cintura. Golpes cortos y ganchos de manual. Era más rápido de lo que aparentaba pero, luchando con un estilo tan encorsetado, podría haber sido un tullido. Kylar bailaba entre sus puñetazos, desviándolos con gestos medidos y retrocediendo poco a poco.

En cuestión de un momento se reunió una multitud. Alguien gritó que había pelea y la gente empezó a salir al porche en tropel.

Los guardias, con admirable diligencia, fueron los primeros en llegar. Se dispusieron a separarlos.

—No —dijo el príncipe—. Que peleen.

Los guardias se detuvieron. Kylar se quedó tan sorprendido que no esquivó y el siguiente puñetazo le cortó la respiración. Se tambaleó hacia atrás mientras Logan lo acorralaba contra la barandilla, cargando el peso en los dedos de los pies.

Kylar jadeó durante unos instantes, bloqueando con dificultad los puñetazos de su amigo. Cuando recobró la respiración, sintió un acceso de rabia. Paró un puñetazo alto, se agachó por debajo del brazo de Logan y descargó cuatro golpes rápidos en las costillas mientras se apartaba de la barandilla.

Logan se volvió adelantando una pierna y aprovechó la inercia para lanzar un amplio gancho lateral. Kylar esquivó por debajo y dio un rápido puntapié en la pelvis de su amigo. En vez de completar el paso, Logan descubrió que su pie no estaba donde él le había ordenado, y cayó. Entonces Kylar le asestó un puñetazo en la cara y lo derrumbó en el suelo.

—No te levantes —dijo.

Cundió un silencio atónito entre la multitud, seguido de murmullos. Nunca habían visto nada parecido a lo que Kylar estaba haciendo pero, por eficaz que fuese, no era noble pegar patadas cuando se boxeaba. A Kylar le daba igual. Tenía que poner fin a aquello de inmediato.

Logan se puso a cuatro patas y después de rodillas, con la evidente intención de levantarse. Dioses, lo mismo que en el estadio. No sabía cuándo quedarse en el suelo. Kylar lo tumbó de una fuerte patada en la sien.

Serah corrió junto a Logan.

—Bueno, Serah, siempre has querido vernos pelear. Parece que gano yo. —Kylar le dedicó una sonrisa triunfal. Los murmullos comenzaron de inmediato, todos ellos desaprobatorios.

Serah le dio un bofetón seco que le hizo castañetear los dientes.

—No eres ni la mitad de hombre que Logan. —Se arrodilló al lado del joven noble, y Kylar constató que de repente ya no formaba parte de su mundo.

Se alisó la túnica y la capa y se abrió paso entre la multitud. Las primeras filas le cedieron el paso, como si el mero contacto con él pudiera abochornarlos, pero al adentrarse fue topando con invitados que empujaban para salir, desesperados por presenciar una pelea de cuyo final aún no sabían. A unos pocos pasos de la puerta, se convirtió en otro noble más entre la multitud. Siguió una pared hasta la escalera de servicio, momentáneamente desprotegida, y subió por ella.

Bueno, no podía decirse que hubiera sido un éxito clamoroso. Le había costado su reputación y muy probablemente había revelado su presencia a Hu Patíbulo. Sin embargo, le había procurado vía libre al piso de arriba, que por el momento era todo lo que importaba. Ya se preocuparía de las consecuencias al día siguiente. El resto del trabajo sería más fácil. Tenía que serlo, ¿verdad?

Hu Patíbulo había sentido el impulso de subir por la escalera en cuanto los centinelas fueron a detener una pelea idiota entre nobles. Una escalera sin vigilancia era una tentación, pero Hu confiaba en sus habilidades. Además, su plan funcionaría de todos modos, y le proporcionaría información que no podía conseguir si subía enseguida.

La dama Jadwin estaba de pie cerca de la salida al porche, consternada o fingiendo estarlo. Que el rey la hubiese escogido como amante era uno de esos pequeños misterios de la vida. Sin duda tenía que haber mujeres más atractivas dispuestas a acostarse con un rey, incluso con ese rey. La dama Jadwin era la prueba viviente de los peligros de la endogamia. Era una mujer alta de rostro caballuno, lo bastante corpulenta y lo bastante mayor para que su vestido de esa noche resultara inapropiado, y conocida por su voracidad sexual, extensiva a todos los habitantes del

reino... salvo su marido.

Supuso que la consternación era fingida. La dama Jadwin era una mujer apasionada, pero en general imperturbable. Seguramente aprovecharía el incidente como excusa para subir al piso de arriba.

«Ahí estamos.» La noble cruzó unas breves palabras con uno de sus guardias y retomó sus disculpas ante los invitados que regresaban del porche, la mayoría decepcionados por haberse perdido la diversión.

El guardia, con la sutileza característica de los soldados, fue directo al centinela que en ese momento regresaba a su puesto en la escalera de servicio. Se le acercó y le susurró una orden. El centinela asintió. Entretanto, la duquesa esperó a que el príncipe entrara por la puerta. Le dijo unas palabras y después empezó a fingir más consternación todavía mientras él se quitaba de encima a una joven rubia que llevaba del brazo.

Al cabo de unos segundos más, la duquesa se excusó, le dijo a su marido que no se encontraba bien, rechazó lo que debió de ser un ofrecimiento de enviar a alguien con ella y se dirigió sola a la escalinata principal. Sin duda, le había explicado que solo necesitaba echarse un ratito. «Disfruta tú de la fiesta, querido», le habría dicho, o algo parecido.

El príncipe fue más discreto, pero no más difícil de seguir. Caminó hacia los dulces, charló cortésmente con unas cuantas damas, se disculpó y se dirigió al aseo, que se encontraba justo pasada la escalera de servicio. Salió del oscuro pasillo al cabo de un minuto, echó un vistazo rápido para asegurarse de que nadie lo miraba y pasó por delante del centinela, que fingió no verlo.

Hu siguió de cerca al príncipe, envolviéndose en sombras. El guardia estaba tan ocupado no viendo al heredero que seguramente el ejecutor podría haberle pasado por delante incluso sin ellas.

La escalera de servicio daba al pasillo principal, a la altura de los aposentos del duque. El suelo del corredor era del mismo mármol blanco, con una alfombra roja en el centro que lo recorría de un ala a otra, desde las habitaciones del duque hasta las de la duquesa. Las luces habían sido atenuadas para indicar a los invitados que esa vez la primera planta no estaba abierta a los huéspedes.

Kylar no sabía de cuánto tiempo disponía para conseguir el Orbe de los Filos, pero estaba seguro de que cuanto antes lo encontrara, mejor. Se le ocurrió que tal vez no fuera el único que había aprovechado la oportunidad que brindaban las escaleras desprotegidas. Quizá Hu Patíbulo ya estuviera en el piso de arriba.

La única ventaja que tenía Kylar, o eso esperaba, era que Hu probablemente no estaba allí solo para un robo limpio; lo más seguro era que pretendiese matar a alguien. Si ese hubiera sido el objetivo de Kylar, la manera más sencilla habría sido

esperar a que la duquesa entregara el ka'kari al agente del rey, quienquiera que fuese, y entonces liquidarlos a los dos. Haciéndolo así, Hu saciaría su sed de sangre matando a las dos personas que conocían la historia a ciencia cierta. El rey ignoraría si la joya había sido robada o no, y no podría preguntarlo sin reconocer en público que la dama Jadwin era su amante.

Si estaba en lo cierto, Kylar tenía tiempo hasta que la dama Jadwin subiera para coger el Orbe de los Filos. En una hora o en dos minutos.

Un guardia caminaba hacia él a medio pasillo de distancia. Kylar volvió a esconderse tras la esquina, donde las sombras eran más profundas, pero el hombre giró a un lado y bajó por la escalinata principal. Era su oportunidad. Avanzó con paso ligero, desentendiéndose del sigilo. Se le aceleró el pulso al pasar por la única zona del corredor que estaba bien iluminada. El rellano que remataba la escalinata estaba bañado de luz, pero lo cruzó con seis zancadas y la vista fija al frente.

El pasillo estaba jalonado de turbadoras esculturas y cuadros excelentes. Si Kylar no andaba desencaminado, el duque tenía una veta artística. Los brillantes y variopintos cuadros habían sido seleccionados a todas luces por alguien con buen ojo y una bolsa bien cargada. Aunque no menos llamativas, las estatuas eran producto inconfundible de un mismo gusto.

Unas figuras atormentadas parecían querer desgajarse de la roca. Una mujer tropezaba y miraba por encima del hombro con las facciones transidas de terror. Un hombre contemplaba enfurecido la nube de mármol negro que le envolvía las manos. Una mujer desnuda se recostaba eróticamente, con expresión de éxtasis, en la nube que la devoraba.

Aun con las prisas, una escultura paró en seco a Kylar. Era hermosa. Devastadora. Mezclaba la sensualidad con algo perturbador que no podía identificar. Y era, más allá de toda duda, Elene.

«Esto es lo que hay. —Kylar se sentía como si algo le desgarrara las paredes del estómago. Se sentía vacío, en carne viva—. Pues claro que se acuesta con él. Es un duque y ella, una sirvienta; cuesta decir que no. Eso si ella quisiera negarse, que a lo mejor no. Es muy habitual.»

Examinó la estatua con atención, con un vistazo de pasada a los miembros esbeltos, la cintura estrecha y los pechos altos, y descubrió lo que buscaba. Aunque el duque le había proporcionado una nariz perfecta, solo con un ligerísimo arañazo, sí había insinuado las cicatrices de su rostro. De modo que el hombre no las veía solo como imperfecciones. Le interesaban los misterios que ocultaban.

«No es momento para apreciar obras de arte, maldito seas.» Con un nudo en la garganta, Kylar siguió trotando pasillo abajo casi de puntillas. Echó mano de la bolsa que llevaba a la espalda y, cuando llegó a la puerta, ya tenía listas sus ganzúas. De la habitación no salía luz ni sonido alguno, de modo que forzó la cerradura con rapidez.

Al tener solo tres pernos, la abrió en tres segundos. Entró y cerró la puerta a sus espaldas. Si Hu llegaba a la puerta, dispondría de tres segundos de ventaja.

Kylar sacó la daga testicular que se había sujetado con correas a la rabadilla. La hoja medía treinta centímetros y Kylar habría preferido algo diez veces mayor si debía enfrentarse a Hu, pero era lo mejor que había podido entrar a escondidas.

Registró la habitación con rapidez. La mayoría de las personas, conscientes de las muchas dificultades que complicaban ya la vida de un ladrón, tenían la amabilidad de usar siempre los mismos cuatro escondrijos. Kylar comprobó debajo del colchón, miró detrás de los cuadros y hasta buscó trampillas en el suelo bajo la cómoda y varias de las sillas. Nada. Abrió los cajones del escritorio en busca de dobles fondos. Nada.

La gente que guardaba objetos de mucho valor quería poder echarles un vistazo sin demasiadas molestias, así que ni siquiera se metió en el descomunal ropero. A menos que a la duquesa de Jadwin no le importase dejar su posesión más preciada en manos de las criadas, el Orbe estaría en algún lugar de fácil acceso.

Por desgracia, la duquesa parecía ser toda una coleccionista. Había baratijas por todas partes. Además, probablemente con motivo de la vuelta a casa del duque, todas las superficies planas estaban cargadas de flores que obstaculizaban su visión.

De modo que el duque había comprado flores para su mujer. Y, a juzgar por el olor almizclado del aire y las sábanas revueltas, se diría que había recibido una calurosa bienvenida.

Entonces uno de los jarrones llamó la atención de Kylar. Estaba hecho de jade labrado, pero lo más importante era que tenía la base cuadrada. Lo levantó del escritorio. Rosas, florecillas silvestres, azucenas y bocas de sierpe asomaban en todas las direcciones. Sin hacer caso de las flores, llevó el jarrón a la repisa de la chimenea y apartó un joyero de madera noble.

Había una depresión en la piedra de la repisa. Una depresión cuadrada. Kylar sintió un brote de esperanza.

«El profeta tenía razón.»

La base encajaba con la marca y Kylar hizo girar el jarrón; se oyó un chasquido apagado. Quitó todas las baratijas de la repisa y las dejó en el suelo. La repisa entera se abrió a un lado sobre bisagras ocultas.

Tras apartar los documentos y el lingote de oro que había en el hueco, Kylar agarró el joyero. Era grande, lo bastante para contener el Orbe de los Filos. Lo abrió.

Vacío.

Con un rechinar de dientes, dejó el estuche en su sitio y cerró la repisa de la chimenea. Ahí tenía su lección de profecía. «Un jarrón cuadrado te dará esperanzas», había dicho Dorian. No había aclarado que resultarían ser falsas. «¡Maldita sea!» Se tomó el tiempo suficiente para colocar una aguja con veneno paralizante en una

pequeña trampa, por si Hu entraba allí en lugar de seguir a la duquesa.

Mientras recolocaba las baratijas y devolvía el jarrón al escritorio, intentó pensar. ¿Dónde estaría el ka'kari? Todo lo que podía salir mal esa noche había salido mal. El único rayo de luz era que no se había cruzado con Elene.

¡Elene! El peso en su estómago confirmó a Kylar que sabía exactamente dónde estaba el ka'kari.

Capítulo 40

El príncipe notó que unas manos lo agarraban en cuanto puso el pie en el rellano. Un instante después, la duquesa de Jadwin apretaba unos labios cálidos contra su boca. Se pegó a él y lo hizo retroceder hasta que toparon con la puerta de los aposentos del duque.

Intentó apartarla, pero la duquesa estiró el brazo a su espalda y giró el picaporte. El príncipe estuvo a punto de caer de espaldas cuando se abrió la puerta. Su anfitriona cerró después de entrar y echó el pestillo.

—Mi señora —dijo el príncipe—, parad. Por favor.

—Uy, sí, pararé —replicó la duquesa—. Cuando me plazca. ¿O debería decir mejor «cuando me plazcáis»?

—Ya os lo dije, hemos terminado. Si mi padre se entera...

—Bah, que le den a vuestro padre. Es tan torpe fuera de la cama como dentro de ella. Nunca se enterará.

—Vuestro marido está abajo mismo... Bueno, da igual, Trudana. Ya sabéis para qué he venido.

—Si vuestro padre quiere su orbe, que venga él a buscarlo —espetó la duquesa, poniéndole la mano en la bragueta.

—Ya sabéis que no podía venir a veros aquí —insistió el príncipe—. Sería una bofetada a mi madre.

—Me lo dio a mí. Fue un regalo.

—Es mágico. Mi padre creía que no era más que una piedra, pero Khalidor se lo ha exigido. ¿Por qué iban a hacer eso si no fuera...? ¡No! —Le apartó la mano de una palmada cuando la duquesa empezaba a desatarle los lazos.—Sé que os gusta —dijo ella.

—Sí que me gusta, pero hemos terminado. Fue un error, y no se repetirá. Además, Logan me espera abajo. Le he dicho lo que venía a hacer.

La mentira le salió con facilidad. Cualquier cosa con tal de librarse de esa mujer. Lo peor era lo bien que se lo había pasado con ella. Tal vez no fuera una belleza, pero tenía más habilidades que casi cualquier otra con la que se hubiera acostado. Aun así, despertar y que ella fuera lo primero que veía por la mañana era algo en lo que preferiría no pensar.

—Logan es vuestro amigo. Lo entenderá.

—Es un gran amigo —dijo el príncipe—, pero ve las cosas en blanco y negro. No sabéis hasta qué punto le ha incomodado que lo dejara allí abajo mientras subía a ver a la amante de mi padre. Necesito la gema. Ya. —A veces daba gracias a los dioses de que Logan fuese un mojigato reconocido.

—Bien —cedió ella con tono malhumorado.

—¿Dónde está? Vuestro marido podría venir en cualquier momento.

—Mi marido ha llegado a casa hoy mismo.

—¿Y qué?

—Que, con todos sus defectos, el cerdo es fiel, así que prácticamente arde de pasión siempre que regresa de una misión diplomática. Se está recuperando en el piso de abajo. El pobre, creo que lo he agotado. —Se rió, y fue un sonido cruel y desagradable—. Todo el rato me imaginaba que erais vos... —Con lo que ella debía de tomar por una mirada seductora, encogió los hombros hasta dejar caer la parte superior del vestido. Se frotó contra el cuerpo del príncipe y volvió a afanarse con los lazos de sus calzas.

—Trudana, por favor. Dejaos eso puesto. ¿Dónde está? —Ni siquiera miró su cuerpo, y notó que eso la enfurecía.

—Como os decía —explicó la duquesa por fin—, sabía que vendríais esta noche, de modo que le di el orbe a mi doncella. Está dos puertas más allá. ¿Contento? —Se subió el vestido y caminó hacia el tocador. Se miró en el espejo.

El príncipe se volvió sin decir nada. Había creído que el asunto resultaría fácil, que iba a conseguir que su padre le debiera un favor enorme sin hacer prácticamente nada. En ese momento comprendió que Trudana de Jadwin sería una enemiga de por vida. «Nunca más —se prometió—. No volveré a acostarme con una mujer casada.»

Ni siquiera prestó atención al sonido de un cajón que se abría. No quería mirar a Trudana ni pensaba quedarse lo necesario para atarse las calzas. Hasta un segundo de más se le antojaba demasiado.

Tenía la mano sobre el pasador cuando oyó los pasos rápidos de la duquesa. Entonces algo caliente, como un aguijón de avispa, se le clavó en la espalda. El cuerpo de Trudana se aplastó contra el de él, y notó que el aguijón se hundía más. Se dio de cabeza contra la puerta, y volvió a sentir el pinchazo.

No podía ser un aguijón. Era demasiado profundo. Boqueó mientras un rugido le invadía los oídos. Le pasaba algo en uno de los pulmones. No respiraba bien. Aquello se le clavó aún más y los rugidos amainaron. El mundo cobró una asombrosa nitidez.

Lo estaban matando a puñaladas. Una mujer. En realidad resultaba embarazoso. Él era el príncipe, uno de los mejores espadachines del reino, y aquella vieja culona con las tetas caídas y tuertas estaba matándole.

La duquesa le echaba el aliento encima, prácticamente le jadeaba en la oreja, como la vez que hicieron el amor. Y le hablaba, llorando como si cada puñalada de algún modo la hiriese a ella. La muy zorra encima se autocompadecía.

—Lo siento, oh, oh, cuánto lo siento. No lo conocéis, no sabéis cómo es. He de hacerlo he de hacerlo he de hacerlo.

Continuaba apuñalándole, y eso lo irritó. Ya se estaba muriendo, tenía los pulmones encharcados. Intentó despejárselos tosiendo, y solo consiguió rociar la

puerta de sangre; sus pulmones eran picadillo y la hemorragia los volvió a llenar enseguida.

Se hundió, cayó de rodillas ante la puerta y la duquesa por fin paró. Se le estaba nublando la vista, y su cara chocó contra la madera.

Lo último que vio, por el agujero de la cerradura, fue un ojo que, al otro lado de la puerta, contemplaba impasible su muerte.

Encontró la puerta sin problemas. Estaba cerrada con llave, pero la forzó en cuestión de segundos. «Que esté dormida, por favor.»

Lo primero que vio Kylar al abrir la puerta de la minúscula habitación fue un descomunal cuchillo de carnicero. Lo sostenía Elene, que estaba muy despierta.

A oscuras, la chica obviamente no lo reconoció. Parecía indecisa entre chillar o cortarle algo. Clavó la vista en la daga que llevaba en la mano y decidió hacer las dos cosas.

Kylar le dio un golpe seco en la mano con la parte plana de su daga para que soltara el cuchillo. Esquivó un puño y al instante estaba detrás de Elene, tapándole la boca con una mano.

—Soy yo. ¡Soy yo! —dijo mientras se veía obligado a retorcerse para esquivar una lluvia de codazos. No podía mantener una mano sobre su boca, inmovilizarle los dos brazos y detener las patadas que le daba—. ¡Quieta o tu señora morirá!

Cuando pareció que recobraba la cordura, Kylar la soltó.

—¡Lo sabía! —exclamó ella, furiosa pero sin alzar la voz—. Sabía que no podía fiarme de ti. Sabía que ibas a ser tú.

—Lo que quería decir es que tu señora morirá porque el escándalo que estás montando atraerá aquí al ejecutor.

Silencio, y luego:

—Ah.

—Sí. —Costaba estar seguro en aquella habitación en penumbra, apenas iluminada por el reflejo de la luna, pero Kylar creyó verla sonrojarse.

—Podrías haber llamado a la puerta —dijo Elene.

—Lo siento. La costumbre.

De repente incómoda, Elene recogió el cuchillo y lo escondió bajo la almohada de la cama. Al bajar la vista hacia su camisón, decepcionantemente casto, pareció avergonzarse. Cogió una bata y se dio la vuelta mientras se la ponía.

—Bueno —dijo Kylar cuando le dio la cara de nuevo—, un poco tarde para mostrarse tan recatada. He visto tu estatua. Estás guapa desnuda. —¿Por qué le había dado retintín a la última frase, como si quisiera insinuar que era una cualquiera? Aunque estuviera acostándose con el duque, ¿qué otra cosa podía hacer? Era una criada en la casa de su señor. No era justo, pero aun así se sentía traicionado.

Elene se dobló como si le hubiese pegado en el estómago.

—Le supliqué que no la expusiera —dijo Elene—. Pero estaba muy orgullosa de ella. Me dijo que yo también debería estarlo.

—¿Orgullosa? ¿Quién?

—La duquesa —respondió Elene.

—¿La duquesa? —repitió Kylar como un tonto. No el duque. ¿No el duque?

Sintió un alivio enorme y a la vez mayor confusión que nunca. ¿Por qué iba a sentirse aliviado?

—¿Te has creído que posaría desnuda para el duque? —preguntó Elene—. ¿Qué te crees que soy, su amante? —Abrió mucho los ojos al ver la expresión de su cara.

—Bueno... —Kylar se sintió como si la hubiese acusado injustamente, y entonces se enfadó porque ella lo avergonzaba por llegar a extraer una conclusión perfectamente razonable, y después se enfadó más aún por perder el tiempo hablando con una chica mientras probablemente en el pasillo le esperaba un ejecutor. «Esto es una locura»—. A veces pasa —dijo a la defensiva.

«¿Por qué estoy haciendo esto?»

«Por el mismo motivo por el que la he observado desde lejos. Porque me hace perder la cabeza.»

—A mí no —replicó Elene.

—Claro, ahora me dirás que eres... —La frase pretendía ser hiriente, pero la dejó a medias. ¿Por qué intentaba herirla?

—¿Virgen? Sí —respondió Elene, sin avergonzarse—. ¿Y tú?

Kylar apretó la mandíbula.

—Yo... Mira, anda por aquí un asesino.

Elene pareció a punto de insistir en su pregunta, pero entonces se le ensombreció el semblante.

—Dos —dijo con voz queda.

—¿Qué?

—Dos asesinos.

Se refería a él. Kylar asintió, notando de nuevo ese nudo en la garganta, y de repente se avergonzó de lo que era.

—Sí, dos. He visto entrar a Hu, Elene. ¿El Orbe está a salvo?

La estaba mirando a los ojos. Como era de esperar, buscaron rápidamente el lugar donde lo había escondido: el fondo de su armario.

—Sí —respondió ella—. Está... —Se le quebró la voz—. Vas a robarlo.

—Lo siento —dijo Kylar.

—Y ahora sabes dónde lo he escondido. Me has tendido una trampa.

Era inocente, pero no tonta. —Sí.

Se le llenaron los ojos castaños de ira.

—¿Hay por lo menos un asesino, o todo ha sido mentira?

—Lo hay. Te doy mi palabra —aseveró Kylar, apartando la vista.

—Que vale lo que vale.

«Eso ha dolido.»

—Lo siento, Elene, tengo que hacerlo.

—¿Por qué?

—Es difícil de explicar —dijo Kylar.

—Me he pasado el día entero avergonzándome de todo lo que te he escrito estos años. Me he pasado el día entero lamentando todo lo que te he costado. Ni siquiera les he dicho a los guardias que ibas a venir porque he pensado que... he pensado... Estás hecho una buena pieza, «Kylar» —dijo—. Supongo que es cierto que Azoth murió.

«Así no. Así no.»

—De verdad que tengo que llevármelo —dijo Kylar.

—No puedo permitírtelo —replicó ella.

—Elene, si te quedas aquí, pensarán que me has ayudado. Si Hu no te mata, tal vez lo hagan los Jadwin. Te arrojarán a las Fauces. Elene, ven conmigo. No me perdonaría nunca que te hicieran eso.

—Te las apañarás. Ponte un nombre nuevo. Tapa con dinero lo que sea que te haga sentir culpable.

—¡Te matarán!

—No traicionaré a quienes me han acogido.

Kylar se estaba quedando sin tiempo. Tenía que salir de allí. Suspiró. Al parecer esa noche todo tenía que hacerse del modo más difícil.

—Entonces te pido perdón por esto —dijo—, pero es para salvarte.

—¿El qué? —preguntó Elene.

Kylar le dio un puñetazo, y luego otro. El primero en la boca, lo bastante fuerte para hacerla sangrar, y el siguiente en sus preciosos y penetrantes ojos, lo bastante fuerte para amoratarlos y que quedasen cerrados por la hinchazón, ciegos a lo que hacía él. Elene trastabilló hacia atrás; Kylar la hizo girar sobre sus talones y la inmovilizó en una llave. La chica se revolvió en vano, creyendo sin duda que iba a matarla. Sin embargo, solo quería que estuviera quieta mientras le clavaba una aguja en el cuello. Cayó inconsciente en cuestión de segundos.

«Nunca me lo perdonará. Ni yo tampoco.» La tumbó en el suelo y sacó un cuchillo. Se hizo un corte en la mano y vertió algo de sangre en la cara de Elene, como si la hubieran pegado. El contraste entre su belleza y la asquerosa brutalidad de lo que estaba haciendo le despertó unos escrúpulos impropios de él, pero era necesario. Elene debía parecer una víctima. Verla allí, inconsciente, era como probar en sus carnes una cucharadita del oficio amargo. La amargura del oficio era la verdad

del oficio. Incluso allí, sin haber matado, sin tener que bañarse en el persistente hedor de la muerte, Kylar había cerrado los únicos ojos que veían la verdad en él, había ennegrecido los ojos de luz que iluminaban su oscuridad, había ensangrentado y cegado los ojos que lo atravesaban. «¿Quién dice que no hay poetas en el oficio amargo?»

Destrozado, dispuso las extremidades de Elene en una posición creíble.

El ka'kari de plata estaba guardado en una zapatilla al fondo del armario. Kylar lo sostuvo en alto para examinarlo a la luz de la luna. Era una esfera lisa y metálica, sin el menor rasgo distintivo. En realidad, decepcionaba un poco. Tenía una pátina metálica y aun así era translúcido, lo que suponía una novedad. Kylar nunca había visto nada parecido, pero había tenido la esperanza de que el ka'kari hiciera algo espectacular.

Guardó la esfera en una bolsa y se acercó a la puerta. Hasta el momento, todo bien. Bueno, en realidad, hasta el momento esa noche venía a ser un desastre absoluto. Sin embargo, salir debería traerle pocos problemas. Si no lograba evitar al guardia de la escalera de servicio, podía acercársele como si tal cosa y explicarle que tenía tanta urgencia que había entrado en el primer baño libre. El guardia le advertiría que el piso de arriba estaba vedado, Kylar le replicaría que si no querían que la gente subiese deberían haber apostado centinelas al pie de las escaleras, el guardia se sentiría mortificado y Kylar se marcharía a casa. No era infalible, pero de todas formas esa noche habría desconfiado de que algo lo fuera.

Miró el pasillo por el ojo de la cerradura y escuchó con atención durante treinta segundos. Ahí fuera no había nada.

Apenas había abierto una rendija de la puerta cuando alguien arreó una patada desde el otro lado con una fuerza sobrehumana. La madera se estampó en la cara de Kylar y en su hombro, y lo lanzó de espaldas hacia el centro de la habitación.

Habría logrado mantener el equilibrio, pero tropezó con el cuerpo inconsciente de Elene y cayó. Se deslizó por el suelo de piedra hasta chocar la cabeza contra la pared.

Los ojos le hicieron chiribitas negras, y luchó para no perder la consciencia. Debía de haber desenfundado las dos dagas de manera instintiva, porque sus manos protestaron doloridas cuando le obligaron a soltarlas de una patada.

—¿Chaval?

Kylar tuvo que parpadear varias veces antes de poder ver. Cuando se le despejó la vista, lo primero que apareció fue la punta de un cuchillo a unos centímetros de su ojo. Subió la mirada por la manga gris hasta el cuerpo encapuchado.

Todavía grogui, se preguntó por qué no estaba muerto. Lo supo, sin embargo, antes incluso de que Hu se retirase la capucha.

Mama K los había traicionado. Lo había mandado a matar al hombre equivocado.

—¿Maestro Blint? —preguntó.

Capítulo 41

—¿Qué estás haciendo? —El maestro Blint le propinó un sonoro bofetón con el dorso de la mano. Se puso en pie, furioso, mientras las facciones ilusorias de Hu Patíbulo se desvanecían como el humo.

Kylar se levantó con esfuerzo; la cabeza todavía le daba vueltas y le pitaban los oídos.

—Tenía que... Tú te habías marchado...

—¡Me había marchado a planear esto! —exclamó Durzo Blint con un susurro ronco—. ¡A planear esto! Ya da igual. Tenemos tres minutos hasta la siguiente ronda del guardia.

Tanteó la forma inerte de Elene con un pie.

—Sigue viva —dijo—. Mátala. Después busca el ka'kari mientras yo me ocupo del cadáver del muriente. Ya hablaremos más tarde de tu castigo.

«Llego demasiado tarde.»

—¿Has matado a la duquesa? —preguntó Kylar mientras se frotaba el hombro donde lo había golpeado la puerta al irrumpir Durzo.

—El muriente era el príncipe. Alguien se me ha adelantado.

Sonaron unas botas pesadas en la escalera. Durzo desenvainó a Sentencia y echó un vistazo al pasillo.

«Dioses, ¿el príncipe?» Kylar observó a la chica inconsciente. Su inocencia era irrelevante. Aunque no la matara, creerían que había ayudado a robar el ka'kari y asesinar al príncipe.

—¡Kylar!

El joven alzó la vista, desconcertado. Era todo como una pesadilla. No podía estar pasando.

—Ya he... —Tendió la bolsita con la mano flácida.

Con el ceño fruncido, Durzo se la arrebató y le dio la vuelta. El Orbe de los Filos cayó en su mano.

—Maldición. Justo lo que me imaginaba —dijo.

—¿Qué? —preguntó Kylar.

Sin embargo, Durzo no estaba de humor para responder preguntas.

—¿La chica te ha visto la cara?

El silencio de Kylar fue suficiente respuesta.

—Ocúpate de ello. No es una petición, Kylar, es una orden. Mátala.

Unas gruesas cicatrices blancas surcaban lo que había sido una cara preciosa. Los ojos se le estaban hinchando y amoratando, y eso era tan culpa de Kylar como las marcas de diez años de antigüedad.

«El amor es un nudo corredizo», le había dicho Blint al poco de acogerlo como

aprendiz una década atrás.

—No —dijo Kylar.

Durzo volvió la vista.

—¿Qué has dicho? —De Sentencia goteaba sangre negra que formaba un charco en el suelo.

Aún había tiempo para rectificar. Tiempo para obedecer, y vivir. Si dejaba que Elene muriera, en cambio, Kylar se perdería en la sombra para siempre.

—No la mataré. Y no te dejaré matarla. Lo siento, maestro.

—¿Tienes idea de lo que significa eso? —le espetó Durzo—. ¿Quién es esta chica para que valga la pena que te den caza durante el resto de tu corta...? —Dejó la frase en el aire—. Es Muñeca.

—Sí, maestro. Lo siento.

—¡Por los Ángeles de la Noche! ¡No quiero disculpas! Quiero obedien... —Durzo alzó un dedo para imponer silencio. Los pasos estaban ya cerca. Abrió la puerta y salió al pasillo como un borrón de movimiento, a una velocidad inhumana; la tenue luz arrancaba destellos plateados de Sentencia.

El guardia cayó de dos golpes. Era Retaco, el centinela entrado en años que había cacheado a Kylar con tantos remilgos esa mañana, cuando había venido a reconocer el terreno.

El fanal del pasillo que Durzo tenía detrás envolvía en sombras al hijo favorito de la oscuridad, proyectaba su forma sobre Kylar y volvía invisible su cara. De la punta de Sentencia goteaba sangre negra. Plic, plic. Durzo habló con la voz tensa como acero doblado.

—Kylar, es tu última oportunidad.

—Sí —dijo Kylar al tiempo que su daga testicular siseaba contra su funda y él se volvía para enfrentarse al hombre que lo había criado, que había sido más que un padre para él—. Lo es.

Se oyó rodar algo metálico sobre el mármol. El sonido se acercaba a Kylar. Extendió un brazo y sintió que el ka'kari se le pegaba a la palma abierta.

Giró la mano y vio que el ka'kari brillaba de un color azul incandescente. Lo tenía enganchado a la palma. Ante sus ojos empezaron a formarse runas en la superficie de la esfera. Se desplazaron y cambiaron, como si intentaran hablarle. Una luz azulada le bañó la cara y pudo ver a través del ka'kari. Estaba absorbiendo sangre del corte que tenía en la palma. Alzó la vista y vio el rostro desesperado del maestro Blint.

—¡No! ¡No, es mío! —gritó Blint.

En un instante, el ka'kari se deshizo en un charquito como si fuera aceite negro.

La luz azulada explotó como una supernova. Entonces llegó el dolor. El frío que Kylar sentía en la mano se convirtió en presión. Parecía que su mano estuviese despedazándose. Al contemplar con horror el charquito de su palma, que ardía de

manera uniforme, vio que estaba encogiéndose. Se estaba colando dentro de su mano. Sintió que el ka'kari le entraba en la sangre. Todas sus venas se inflaron y contorsionaron, helándose al paso del ka'kari.

Nunca supo cuánto tiempo había durado el proceso. Sudaba, un sudor frío acompañado de temblores. Poco a poco el frío se desvaneció de sus extremidades. Más despacio todavía, empezó a reemplazarlo una calidez. Quizá segundos, quizá media hora después, Kylar se descubrió en el suelo.

Lo extraño era que se sentía bien. Incluso boca abajo sobre la piedra, se sentía bien. Completo. Como si se hubiese tendido un puente sobre un abismo o se hubiera colmado un agujero. «Soy un ka'karifer. Nací para esto.»

Entonces se acordó. Alzó la vista. A juzgar por la expresión de horror helado en el rostro de Durzo, debían de haber pasado meros segundos. Kylar se puso en pie de un salto, sintiéndose más fuerte, más sano y más lleno de energía de lo que recordaba haberse sentido nunca.

La expresión en la cara de Durzo no era de ira. Era de pena. Desconsuelo.

Kylar giró despacio la mano. La piel de la palma seguía cortada, pero había dejado de sangrar. Le había parecido que el ka'kari se hundía en...

«No.» No podía ser.

Por todos los poros de su mano brotó como sudor un fluido negro que luego se solidificó. Al cabo de un momento, el ka'kari reposaba sobre su palma.

Invadió a Kylar un extraño júbilo, que luego dio paso al miedo. No estaba seguro de que la alegría fuera solo suya. Era como si el ka'kari se alegrara de haberlo encontrado. Volvió a mirar a Durzo, sintiéndose tonto, tan perdido que no sabía cómo actuar.

Fue entonces cuando reparó con qué claridad veía el rostro de Durzo. Su maestro estaba en el pasillo, con el candil a sus espaldas. Un momento antes, antes del ka'kari, su cara había resultado poco menos que invisible. Kylar seguía distinguiendo la sombra del cuerpo de Durzo en el suelo, pero veía a través de ella. Era como mirar por un cristal: sabías que el cristal estaba en medio, pero no impedía la visión. Miró a su alrededor y constató que sucedía lo mismo allí donde posara la vista. Ahora la oscuridad recibía a sus ojos con los brazos abiertos. Tenía la vista más nítida, más clara. Veía más lejos: distinguía el castillo al otro lado del río como si fuera mediodía.

—Tengo que quedarme el ka'kari —dijo Durzo—. Si no se lo doy, matará a mi hija. Que los Ángeles de la Noche se apiaden de nosotros, Kylar, ¿qué has hecho?

—¡Nada! ¡No he hecho nada! —exclamó Kylar. Le tendió el ka'kari—. Toma. Puedes quedártelo. Recupera a tu hija.

Durzo lo cogió. Miró a Kylar a los ojos y su voz se llenó de tristeza.

—Lo has enlazado a ti. Es un vínculo de por vida, Kylar. Ahora tu Talento funcionará, lo lleves o no, pero el resto de sus poderes no le servirán a nadie más

hasta que estés muerto.

Se oyeron unos pasos a la carrera en la escalinata. Alguien debía de haber oído gritar a Durzo. Kylar tenía que irse de inmediato. Apenas empezaba a asimilar lo que acababa de oír.

Su maestro se volvió para hacer frente a quien estuviera subiendo, y las palabras del profeta resonaron en los oídos de Kylar: «Si no matas a Durzo Blint mañana, Khalidor tomará Cenaria. Si no lo haces pasado mañana, todo aquel al que amas morirá. Si haces lo correcto una vez, te costará años de remordimientos. Si haces lo correcto dos veces, te costará la vida».

Tenía la daga testicular en la mano. Durzo estaba de espaldas. Podía solucionarlo en ese mismo momento. Ni siquiera los reflejos de Durzo lo detendrían estando tan cerca. Supondría impedir una invasión, salvar a sus seres queridos... Eso tenía que significar que en ese instante tenía en sus manos la vida de Elene. La de Logan. Quizá la de los Drake. A lo mejor la invasión entera dependía de eso. A lo mejor cientos de miles de vidas pendían en ese momento de la punta de su daga. Una puñalada rápida e indolora, y Durzo moriría. ¿No decía él que la vida era vacía, sin valor ni sentido, barata? No perdería nada valioso al perder su vida, eso lo había jurado.

Había dicho todo eso y más, pero Kylar nunca se lo había creído de verdad. Mama K ya había apuñalado a Durzo por la espalda con sus mentiras; Kylar no podía hacerlo con las manos.

El momento cobró una claridad asombrosa. Se congeló como un diamante y rotó ante sus ojos; todas las facetas refulgían, todos los futuros se desgajaban resplandecientes. Kylar paseó la mirada de Elene a su derecha a Durzo a su izquierda, de Durzo a Elene, de Llene a Durzo. Allí estaba su elección, y los futuros de ellos. Podía matar a Elene, la mujer que amaba, o podía matar a Durzo, que lo había criado como a un hijo. En cada faceta centelleaba la misma verdad implacable: si uno vivía, el otro debía morir.

—No —dijo Kylar—. Maestro, hazlo. Mátame.

Durzo lo miró como si no diera crédito a lo que oía.

—Ella solo me ha visto a mí. No supondrá una amenaza para nadie si estoy muerto. Puedes llevarte el ka'kari y salvar a tu hija.

En los ojos de Blint asomó una expresión que Kylar no había visto nunca. La máscara dura y afilada del rostro de su maestro pareció suavizarse, haciéndole parecer un hombre distinto: no tan mayor ni cansado, sino más joven, con un parecido al propio Kylar que el chico jamás había creído posible en él. Durzo parpadeó para evitar que se desbordaran sus insondables pozos de dolor en forma de lágrimas. Sacudió la cabeza.

—Vete, hijo.

Kylar quería irse. Quería escapar, pero tenía razón. Era el único modo. Se quedó allí, paralizado, pero no por la indecisión. Solo rezaba por que Durzo actuase antes de que le fallara el valor. «¿Qué estoy diciendo? No quiero morir. Quiero vivir. Quiero sacar a Elene de aquí. Quiero...»

La puerta de los aposentos del duque se abrió y por ella salió a trompicones la duquesa, cubierta de sangre, chillando:

—¡Asesino! ¡Asesino! ¡Ha matado al príncipe!

Durzo actuó al instante. Empujó a Kylar al interior de la habitación de Elene. Kylar necesitó toda su presencia de ánimo para no pisotear a la chica inconsciente, pero Durzo seguía avanzando. Agarró a Kylar por la capa y lo lanzó con la sorprendente fuerza y velocidad de su Talento. Kylar atravesó el cristal de la ventana hacia la noche.

Por la gracia del Dios, por Su crueldad, por pura suerte o la habilidad sobrehumana de Durzo, Kylar aterrizó en un seto. Rodó por él y acabó tendido en el suelo. Era ridículo: no tenía nada roto, ni torcido, ni siquiera un arañazo. Alzó la vista y vio que algunos invitados se asomaban por la barandilla del porche en el que hacía tan poco había besado a Serah, pero estaban al otro lado de los fanales y no podían distinguirlo.

Entonces, a los gritos de la duquesa se sumaron otros, voces masculinas y femeninas. Se oían órdenes a viva voz y los hombres armados corrían entre un tintineo de cotas de malla. Kylar miró hacia el primer piso con el corazón en la boca, sin saber si maldecir o reír. La decisión había dejado de estar en sus manos por el momento. Seguía vivo, y era una sensación agradable.

No podía hacer otra cosa. Corrió hasta la puerta de la villa, rompió el cerrojo y desapareció en la noche.

Capítulo 42

El rey dios Garoth Ursuul estaba despierto antes de que el funcionario llamase a la puerta de su dormitorio. Nadie podía acercarse a esa habitación sin despertarlo. Significaba menos sueño del que tal vez sería deseable, pero ya era un anciano y no necesitaba dormir mucho. Además, así los esclavos no se confiaban.

La alcoba no era lo que cabría esperar de un rey dios. Era abierta, luminosa y aireada, adornada con hermosos vitrales planganos y espejos de marfil, con encaje sethí en la cama, alfombras de oso gigante de los Hielos en el suelo y flores recién cortadas en la mesa y la chimenea, todo escogido y dispuesto por un esclavo con sensibilidades artísticas. A Garoth le traía todo sin cuidado menos los cuadros. Cubrían las paredes retratos de sus esposas. Había tenido mujeres de casi todas las naciones de Midcyru y, salvo escasas excepciones, habían sido hermosas. Menudas o esbeltas, exuberantes o aniñadas, pálidas o morenas, todas las imágenes complacían a Garoth Ursuul. Era un entendido en la belleza femenina, y no reparaba en gastos para concederse su vicio. Al fin y al cabo, debía hacer a su familia y al mundo el servicio de engendrar a los mejores hijos posibles. Ahí era donde entraban en juego las mujeres poco atractivas. Había hecho experimentos secuestrando a mujeres de familias reales con la esperanza de que alumbraran hijos más aceptables. Dos de sus nueve posibles herederos habían nacido de esas mujeres, por lo que Garoth suponía que las nobles podían producir una tasa de hijos aceptables algo más elevada que la chusma, pero era muchísimo más tedioso procrear con una mujer fea.

Pensando en parte en sus hijos y en parte en su propia diversión, hasta se había dado el capricho de hacer que algunas de las mujeres lo amasen. Había resultado sorprendentemente fácil; no había tenido que mentirles tanto como esperaba. Las mujeres estaban más que dispuestas a mentirse ellas solas. Había oído que el amor mejoraba el sexo, pero a él no le convenció. Mediante la magia podía hacer que el cuerpo de una mujer respondiera a sus acciones como le viniera en gana, y era una delicia verlas intentar contener la furia y el odio mientras su magia las complacía de modos que jamás habían sentido. Por desgracia, tales placeres tenían un precio y a esas esposas había que vigilarlas de cerca: se le habían suicidado dos.

El funcionario aporreó la puerta con la mano y Garoth la hizo abrirse con un gesto. El hombre entró de rodillas y avanzó con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Mi dios, mi rey majestuoso...

Garoth se incorporó.

—Desembucha. Traes un mensaje de esa zorra de Jadwin.

—Nos comunica que ha matado al príncipe, pero ha perdido la posesión del ka'kari. Lo lamento, santidad.

—Sin duda sería otra falsificación —dijo Garoth, más para sí que para el

funcionario—. ¿Han llegado los barcos para la invasión de Modai?

De Cenaria podía encargarse cuando le apeteciera, pero una marcha directa al sur entretendría a sus ejércitos durante semanas o meses. Ese maldito duque de Gyre había convertido las defensas de Aullavientos en un obstáculo serio. Podía tomarlo, por supuesto. Probablemente podía derrotar a cualquier ejército del mundo salvo el alitaerano, pero un rey dios no desperdiciaba hombres o meisters en asaltos frontales. No cuando tenía otras opciones.

Además, ¿qué conquistador querría un avispero como Cenaria? Casi le valdría más exterminar a todos sus habitantes y colonizar la ciudad con sus propios súbditos.

A Garoth Ursuul no le interesaba el poder temporal. Sus maniobras para hacerse con Cenaria eran un mero pasatiempo. Fuentes mucho más fiables le indicaban que el ka'kari rojo se hallaba en Modai. Una vez allí, tendría Cenaria rodeada. Lo más probable era que pudiese tomar el país sin combatir siquiera. Después, Ceura y un mazazo en el corazón de los magos, Sho'cendi. No tendría que vérselas con Alitaera hasta estar seguro de la victoria.

—Todavía hay dos barcos de camino, en aguas cenarianas.

—Bien, entonces...

—Santidad... —Al hombre se le escapó un gallo al caer en la cuenta de a quién acababa de interrumpir.

—¿Saltamontes?

—¿Sí, santidad? —Su voz era apenas un susurro.

—No vuelvas a interrumpirme nunca.

Saltamontes asintió, con los ojos desorbitados.

—Y ahora, ¿qué tenías que decirme?

—La duquesa de Jadwin afirma haber visto que alguien enlazaba el ka'kari delante de su habitación. Su descripción es... certera.

—Por la sangre de Khali —dijo el rey dios en voz baja. Un ka'kari, después de tanto tiempo. Un ka'kari que alguien había enlazado a su persona. Eso casi facilitaba las cosas. Un ka'kari sin dueño era lo bastante pequeño para permanecer oculto o perdido para siempre, pero si alguien había enlazado uno lo mantendría cerca de él—. Que esos barcos cambien de rumbo. Y ordénale a Roth que tire adelante con los asesinatos. Los Gyre, el shinga, todos ellos. Dile que tiene veinticuatro horas.

Algo iba terriblemente mal. Regnus de Gyre lo supo en cuanto llegó a las puertas de su casa. No había centinelas apostados fuera. Aun teniendo en cuenta todos los sirvientes y guardias que el rey había ahuyentado o les había obligado a despedir en la última década, la ausencia era alarmante. Las lámparas seguían encendidas dentro de la mansión, lo cual era extraño cuando pasaba una hora de la medianoche.

—¿Doy una voz, mi señor? —preguntó Gurden Fray, su guardia.

—No. —Regnus desmontó y buscó en sus alforjas hasta encontrar la llave. Abrió la puerta y desenvainó.

A cada lado de la puerta, donde no llegaba la luz, había un cuerpo. Los dos tenían la garganta cortada.

—No —dijo Regnus—. No. —Y arrancó a correr hacia la mansión.

Irrumpió por la puerta delantera y vio rojo por todas partes. Al principio su mente se negó a aceptarlo. En todas las habitaciones encontró muertos. A todos parecían haberlos pillado desprevenidos. No había nada roto. No había el menor indicio de violencia, salvo los cuerpos. Ni siquiera los guardias habían luchado. A casi todos los habían degollado. Después habían vuelto los cuerpos de modo que sangrasen lo máximo posible. Allí estaba el viejo Dunnel, sentado boca abajo en una silla. Más allá Marianne, que había sido el ama de cría de Logan, yacía en las escaleras con la cabeza en el escalón más bajo. Era como si la Muerte en persona se hubiese dado un paseo por la casa y nadie hubiera intentado siquiera detenerla. Por todas partes Regnus vio sirvientes y amigos de confianza, muertos.

Se descubrió corriendo escalera arriba, por delante de la estatua de los Gemelos Grasq, hacia la habitación de Catrinna. En el pasillo vio los primeros indicios de pelea. Una espada perdida había destrozado una vitrina. A un retrato de su abuelo le faltaba un pedazo de marco. Allí los centinelas habían muerto luchando, pues tenían las heridas mortales en el pecho o la cara. Sin embargo, el ganador estaba claro, porque todos los cuerpos tenían la garganta cortada y las piernas levantadas contra las paredes. Los charcos procedentes de una docena de hombres confluían y cubrían el suelo como si fuese un lago de sangre.

Gurden se arrodilló y tocó con los dedos el cuello de un amigo.

—Todavía están calientes —dijo.

Regnus abrió de una patada la puerta de su habitación, que se estrelló con estruendo contra la pared. Si en algún momento de la noche había estado cerrada con llave, ya no lo estaba.

Dentro había cuatro hombres y dos mujeres, sin ropa, tumbados boca abajo en un círculo abierto. Por encima de ellos, desnuda, colgada del revés por un pie atado a la lámpara del techo mientras la otra pierna pendía suelta en una postura grotesca, estaba Catrinna. Grabada a cuchillo en los cadáveres, una palabra en cada espalda, estaba la frase: con mucho cariño, hu patíbulo. El cuchillo clavado en su mayordomo Wendel North hacía las veces de punto.

Regnus corrió. Corrió de habitación en habitación, buscando el pulso a los muertos, llamándolos por su nombre, volviéndolos para mirarlos a la cara. De pronto fue consciente de que Gurden lo zarandeaba.

—¡Señor! ¡Señor! No está. Logan no está. Tenemos que irnos. Acompañadme.

Dejó que Gurden lo sacara a rastras de la casa y el olor del aire limpio de sangre

fue una delicia para sus sentidos. Alguien repetía una y otra vez:

—Dios mío Dios mío Dios mío...

Era él mismo. Estaba balbuciendo. Gurden tiraba de él, dando traspiés, sin prestarle atención.

Alcanzaron la entrada al mismo tiempo que seis de los lanceros de élite del rey llegaban a caballo con las armas en ristre.

—¡Alto! —ordenó el teniente de lanceros. Sus hombres rodearon en abanico a Regnus y Gurden—. ¡Alto! ¿Sois Regnus de Gyre?

Algo en el acero desnudo y el sonido de su propio nombre lo despertó.

—Sí —dijo, mirándose la ropa ensangrentada. Después, con más fuerza—: Sí, ese soy yo.

—Señor de Gyre, tengo órdenes de arrestaros. Lo siento, señor. —El teniente era joven. Tenía los ojos muy abiertos, como si no pudiera creerse a quién estaba prendiendo.

—¿Arrestarme? —Su pensamiento volvía poco a poco a su control, como un caballo que se hubiese desbocado y al cabo de un rato de galope estuviera dispuesto a someterse de nuevo.

—Sí, mi señor. Por el asesinato de Catrinna de Gyre.

Una ola de frío se abatió sobre Regnus. Podía afianzar los pies o dejarse llevar por ella. Apretó la mandíbula, y las lágrimas que asomaron a sus ojos ofrecieron un extraño contraste con su voz de mando.

—¿Cuándo te han dado esas órdenes, hijo?

—Hace una hora, señor —respondió el teniente, y acto seguido pareció contrariado por haber respondido sin pensar a un hombre al que en teoría debía prender.

—No lleva muerta ni quince minutos. Así que cuéntame: ¿qué dice eso de tus órdenes?

El teniente se quedó blanco. Al cabo de un momento, las lanzas vacilaron.

—Nuestro capitán dijo que os habían visto mat... hacerlo, señor. Hace una hora lo dijo. —El teniente miró a Gurden—. ¿Es cierto?

—Id a comprobarlo vos mismo —dijo Gurden.

El teniente entró, dejando encargado a sus hombres, nerviosos, que vigilaran al duque y a Gurden. Algunos de los soldados se asomaron a las ventanas y se apartaron enseguida. Regnus se consumía de impaciencia; si pudiera disponer de algo más de tiempo, podría reflexionar, distanciarse. Volvían a correrle lágrimas por las mejillas, y no sabía por qué. Tenía que pensar. Podía averiguar el nombre del capitán, pero ese también estaría obedeciendo órdenes. Procediesen del Sa'kagé, o del rey.

Al cabo de unos minutos, el teniente regresó. Tenía la barba manchada de vómito y se estremecía violentamente.

—Podéis iros, duque de Gyre. Y lo siento... Dejadle marchar.

Los hombres se retiraron y Regnus montó, pero no se fue todavía.

—¿Serviréis a los hombres que han masacrado a mi familia entera? —preguntó —. Pienso encontrar a mi hijo, y pienso encontrar a quien... —Le falló la voz, y tuvo que aclararse la garganta—. Venid conmigo, y os juro que serviréis con honor. —Se le quebró la voz en la última palabra, y supo que no podía decir nada más.

El teniente asintió.

—Estamos con vos, señor. —Los hombres asintieron, y Regnus tuvo su primer escuadrón—. Mi señor —prosiguió el teniente—. La he... La he bajado, señor. No podía dejarla así.

Regnus no podía hablar. Dio un golpe feroz a sus riendas y salió al galope hacia las puertas de la villa. «¿Por qué no he hecho yo eso? Era mi esposa. ¿Qué clase de hombre soy?»

El general supremo Agón era uno de los pocos nobles que no habían estado en la fiesta de los Jadwin la noche anterior. No había sido invitado, aunque le importaba bien poco.

El sol asomaba apenas por el horizonte, y la situación no mejoraba gran cosa a la luz del día. En circunstancias ordinarias, por supuesto, de los asesinatos se ocupaban los alguaciles. Pero en circunstancias ordinarias las víctimas del asesinato no estaban en la línea de sucesión al trono. Agón tenía que supervisar la investigación en persona.

—¿Por qué no me contáis lo que sucedió realmente, duquesa? —preguntó. Hiciera lo que hiciese, de allí iba a salir perdiendo.

La duquesa de Jadwin sorbió por la nariz. Su consternación era genuina, de eso Agón estaba seguro. Lo que no tenía tan claro era si se debía a que la habían pillado o a que lamentaba la muerte del príncipe.

—Ya os lo he dicho —respondió la noble—. Un ejecutor...

—¿Un qué?

La duquesa guardó silencio.

—¿Cómo sabéis lo que es un ejecutor, Trudana?

Ella meneó la cabeza.

—¿Por qué intentáis confundirme? Os lo estoy contando: había un asesino, aquí en este mismo pasillo. ¿Creéis que yo decapité a mi propio guardia? ¿Creéis que soy lo bastante fuerte? ¿Por qué no escucháis a Elene? Ella os lo contará.

«Cuernos.» Agón ya había pensado en eso. No solo dudaba que la duquesa de Jadwin fuese lo bastante fuerte para decapitar a un hombre, sino que además no tenía un arma con que hacerlo. Y si acababa de asesinar al príncipe sin decir una palabra, ¿por qué chillar y atraer gente al piso de arriba antes de limpiarse la sangre de las

manos y la cara?

—Explicadme esto —dijo. Levantó el vestido rojo que la duquesa llevaba la noche anterior. Sus hombres lo habían descubierto hecho un fardo en el armario. Seguía húmedo de sangre que empezaba a formar costras. Mucha sangre.

—Después de... Después de que el asesino lo apuñalara, el príncipe se cayó, y yo... yo lo recogí. Y murió en mis brazos. Intenté ir a buscar ayuda, pero el asesino seguía en el pasillo. Estaba aterrorizada. Me entró el pánico. No podía soportar llevar encima toda esta sangre.

—¿Qué hacíais vos y el príncipe a solas en el dormitorio?

La duquesa lo miró con los ojos como brasas ardientes.

—¡Cómo osáis!

—¿Cómo osáis vos, Trudana? —dijo Agón—. ¿Cómo osáis engañar a vuestro marido no solo con el rey, sino también con su hijo? ¿Qué clase de perverso placer os procuraba eso? ¿Os satisfacía que el príncipe traicionase a su padre?

Ella intentó darle una bofetada, pero Agón se apartó.

—No podéis abofetear a todos los habitantes del reino, Trudana. Hemos encontrado el cuchillo ensangrentado en vuestra habitación. Vuestras sirvientas juran que es vuestro. Yo diría que lo más probable es que acabéis siendo decapitada. A menos, claro está, que el rey decida que merecéis la muerte de un traidor plebeyo, en la rueda.

Al oír eso, Trudana de Jadwin palideció primero y luego su piel adquirió un tono verdoso, pero no dijo otra palabra. Agón hizo un gesto furioso con la mano y sus hombres se la llevaron.

—Eso ha sido indigno de vos —dijo una mujer.

Agón se volvió y vio a Elene Cromwyll, la doncella de los Jadwin a la que habían encontrado apaleada e inconsciente en su habitación. Era curvilínea, guapa salvo por las cicatrices y los moratones de su cara. La duquesa de Jadwin se las daba de artista, de manera que le gustaba rodearse de cosas bonitas.

—Sí —dijo Agón—. Supongo que tienes razón. Pero al ver lo que ha hecho... Qué desperdicio.

—Mi señora ha tomado muchas decisiones erróneas —dijo Elene—. Ha hecho daño a mucha gente, ha destrozado matrimonios, pero no es una asesina, general supremo. Mi señor, yo sé lo que pasó aquí anoche.

—¿De verdad? Conque eras tú la que lo sabía. —Lo dijo con tono más cortante de lo que pretendía. El mismo seguía intentando ensamblar las piezas. ¿Cómo habían matado a ese guardia, Retaco, ahora más merecedor que nunca de su apodo? ¿Por qué iba a matar la duquesa al príncipe en silencio y luego cambiarse de ropa, pero no terminar de lavarse las manos ni la cara antes de pedir ayuda a gritos?

Si había matado al príncipe a sangre fría, tal vez en un arrebato de ira al verse

abandonada, y si había conservado la serenidad suficiente para empezar a ocultar pruebas, sin duda habría rematado la faena en vez de pedir ayuda a voces.

Aunque también era cierto que algunos invitados afirmaban que era una voz de hombre la que primero habían oído. ¿El centinela? ¿Había topado con el asesino, chillado algo incoherente y luego muerto decapitado? Decapitar a alguien no era fácil, Agón lo sabía. Aunque se cortase entre las vértebras, requería una fuerza considerable. Él mismo había examinado a Retaco y la hoja había atravesado una vértebra de parte a parte.

Devolvió la mirada a Elene.

—Lo siento —dijo—. Ha sido una noche difícil. Cualquier ayuda que puedas prestarme será bienvenida.

La sirvienta alzó la vista, y tenía lágrimas en los ojos.

—Sé quién mató al príncipe. Es un ejecutor que se hace pasar por noble. Yo sabía lo que era y sabía que vendría, pero no creí que fuera a hacer daño a nadie. Se llama Kylar. Kylar Stern.

—¿Qué? —preguntó Agón.

—Es cierto. Lo juro.

—Mira, jovencita, tu lealtad a tu señora es admirable, pero no tienes por qué hacer esto. Si te reafirmas en esa historia, irás a la cárcel. Como mínimo. Si se te considera cómplice, aunque sea involuntaria, del asesinato del príncipe, podrían ahorcarte. ¿Estás segura de que quieres pasar por eso, solo para salvar a Trudana de Jadwin?

—No es por ella. —Tenía las mejillas cubiertas de lágrimas.

—¿Entonces es por el tal Kylar Stern? ¿Hablamos del joven que se peleó con Logan de Gyre? Debes de odiarlo a muerte.

Elene apartó la vista. A la luz del sol naciente, las lágrimas de sus mejillas resplandecían como joyas.

—No, señor. En absoluto.

—General supremo —dijo un soldado con voz queda desde la puerta. Parecía alterado—. Acabo de llegar de la villa de los Gyre, señor. Aquello es un caos. Hay cientos de personas deambulando por la casa, llorando, señor. Están muertos, señor.

—Contrólate. ¿Cómo que «muertos»? ¿Quieres decir asesinados?

—Masacrados, más bien, señor.

—¿A quién han asesinado, soldado?

—Señor, a todos ellos.

Capítulo 43

El rey se revolvía en su trono. Era una pieza inmensa de marfil y asta con tracería de oro, y le hacía parecer un niño. El salón de audiencias estaba vacío a excepción hecha de los guardias de siempre, varios soldados ocultos en las salidas secretas de la sala y Durzo Blint. Con tan poca gente allí, la estancia parecía una gran caverna. Estandartes y tapices decoraban las paredes, pero no lograban mitigar el frío propio de una sala de piedra tan grande. Siete pares de columnas sostenían el alto techo, y dos tramos de siete escalones cada uno conducían al trono.

Durzo esperaba en silencio a que el rey empezase la conversación. Ya tenía un plan de batalla, por si llegaban a eso. Era algo instintivo en él. El mago situado al lado del rey tendría que morir el primero, después los dos guardias que flanqueaban el trono y luego el propio monarca. Con su Talento, probablemente podría saltar del trono al pasadizo que había justo encima de él y que en ese momento tapaba un estandarte. Mataría al arquero apostado en el túnel y, desde allí, nadie podría atraparlo.

Como todos los planes de batalla, solo se tendría en pie hasta el primer movimiento, pero siempre era útil preparar una estrategia general, sobre todo cuando se ignoraba cuánto sabía el enemigo. Durzo se descubrió buscando a tientas la bolsita de ajos, pero se obligó a tener las manos quietas. No era momento de demostrar nervios. Le costó más contener su mano de lo que había pensado; el picor del ajo tenía algo que lo reconfortaba cuando se veía bajo presión.

—Dejaste morir a mi hijo —dijo el rey, que se puso en pie—. ¡Anoche mataron a mi hijo y no hiciste nada!

—No soy un guardaespaldas.

El rey cogió la lanza del guardia que tenía a su lado y la arrojó. A Durzo le sorprendió lo bueno que fue el lanzamiento. Si se hubiera quedado quieto, la lanza le habría alcanzado en el esternón.

Por supuesto, no se quedó quieto. Se balanceó a un lado, sin siquiera mover los pies, con desenfadada (y esperaba que irritante) facilidad.

La lanza rebotó en el suelo y se deslizó con un siseo de madera y acero contra piedra. Se oyó un tintineo de armaduras y un susurro de arcos tensados por todo el salón, pero los guardias no atacaron.

—¡No eres una mierda a menos que yo te lo diga! —exclamó el rey. Descendió con furia los dos tramos de siete escalones para plantarse delante de Durzo. Tácticamente, una pésima maniobra. En ese momento bloqueaba los disparos de al menos tres de los arqueros—. ¡Eres...! ¡Eres mierda! ¡Un pedazo de mierda mierdosa!

—Majestad —dijo Durzo con tono grave—, el vocabulario ofensivo de un hombre de vuestra talla debería extenderse más allá de una tediosa reiteración de las

deyecciones que llenan el vacío entre sus orejas.

El rey pareció confuso por un momento. Los guardias se miraron entre ellos, horrorizados. Al captar su expresión, el rey cayó en la cuenta de que lo habían insultado. Dió un revés a Durzo, y el ejecutor encajó el golpe sin inmutarse. Un movimiento rápido en aquel instante y cualquier arquero nervioso podría soltar su flecha.

El rey llevaba anillos en todos los dedos, y dos de ellos labraron sendos arañazos en la mejilla de Durzo.

Apretó la mandíbula para ahogar la furia negra que se apoderaba de él. Respiró una vez, dos veces. Luego dijo:

—El único motivo por el que estáis vivo ahora mismo no es que no esté dispuesto a cambiar mi vida por la vuestra, Aleine. Es que odiaría que me matasen unos aficionados. Pero debéis saber una cosa: si volvéis a ponerme la mano encima, estaréis muerto en menos de un segundo. Majestad.

El rey Aleine IX de Gunder levantó la mano, planteándose seriamente convertirse en el difunto rey Aleine IX de Gunder. Al final la bajó, pero un resplandor de triunfo iluminó sus ojos.

—No haré que te maten todavía, Durzo. No haré que te maten porque tengo algo mejor que la muerte para ti. Verás, lo sé todo sobre ti, Durzo Blint. Lo sé. Tienes un secreto, y yo lo conozco.

—Perdonadme el tembleque.

—Tienes un aprendiz. Un joven que se hace pasar por noble, un tal Kyle no sé qué. Un joven que vive con esos santurrones de los Drake, un estudiante muy bueno con la espada, ¿no es así, maese Tulii?

A Durzo le recorrió la columna un escalofrío. «Que los Ángeles de la Noche se apiaden de mí.» Lo sabían. Eso era malo, peor que malo. Si sabían que Kylar era aprendiz suyo, no tardarían mucho en endilgarle la muerte del príncipe. Sobre todo con el espectáculo que había montado Kylar al pelearse con Logan de Gyre. Si el aprendiz de Durzo había estado implicado en el asesinato del príncipe, el rey daría por sentado que lo había hecho con el consentimiento de Durzo, si no bajo sus órdenes.

A Roth no le gustaría.

El ajo crujió en su boca y transmitió una relajante sacudida a sus sentidos. Respiró hondo y se obligó a calmarse. «¿Cómo se han enterado?»

«Maese Tulii. Maldición. Cualquier cosa puede salir mal y alguna siempre lo hará.» A Durzo no lo habían traicionado. No había ninguna gran conspiración. Ese nombre solo significaba que un espía del rey había estado observando a los Drake. Probablemente no fuera más que la vigilancia rutinaria a un hombre antaño poderoso. El espía había visto entrar a Durzo y lo había reconocido. Seguramente había sido

uno de los guardias con los que el rey había intentado impresionarlo en el jardín de las estatuas. Daba igual.

—Uy, ojalá estuviera presente Brant para verte esa cara, Durzo Blint. Por cierto, ¿dónde está Brant? —preguntó el rey a un chambelán.

—Mi señor, ya está en el castillo, de camino hacia aquí para informaros. Ha pasado por la villa de los Gyre después de investigar los... sucesos en casa de los Jadwin.

A Durzo se le hizo un nudo en la garganta. Agón habría atado los cabos sobre Kylar. Si no se marchaba antes de que llegara el general, era hombre muerto.

El rey se encogió de hombros.

—Él se lo pierde. —Al pensar en pérdidas, la rabia y la pena transformaron al reyezuelo en un hombre distinto—. Les dejaste matar a mi hijo, pedazo de mierda, así que yo mataré al tuyo. Su muerte llegará de la última mano que se espera y llegará... vaya, en cualquier momento.

—Tengo entendido que anoche tuviste unas palabras con Logan —dijo el conde Drake.

Kylar parpadeó, adormilado, y pasó de muerto de cansancio a completamente despabilado en un segundo. Solo había dormido un par de horas y había vuelto a tener la pesadilla de siempre. Todas las muertes que presenciaba le hacían soñar con la de Rata.

Estaban sentados a la mesa del desayuno y Kylar tenía un tenedor cargado de huevo delante de la boca. Se lo metió para ganar un poco de tiempo.

—Mo vue mada —farfulló.

Menuda calamidad. Si el conde Drake estaba al corriente de la pelea, quizá se habría enterado también de la muerte del príncipe. Kylar había creído que tendría tiempo de recoger sus cosas y partir esa mañana antes de que los Drake supiesen nada. Que debía marcharse era innegable. Tan solo había creído que tendría más tiempo.

—Serah estaba muy alterada —prosiguió el conde—. Se llevó a Logan a casa de su tía, cerca de la mansión de los Jadwin, para que le curasen las heridas. Ha vuelto hace solo unos minutos.

—Ah. —Kylar masticó más huevo sin notar el sabor. Si Serah había salido justo después de la pelea, ni ella ni el conde Drake sabían aún lo del príncipe. Al parecer se interrumpía la perfecta racha de mala suerte de Kylar. Sin embargo, ahora que sabía que no lo amenazaban cuestiones de vida o muerte, comprendió que el regreso a casa de Serah y las explicaciones a su padre sobre lo acontecido la noche anterior tendrían otras consecuencias.

—Ayer di mi permiso a Logan para proponerle matrimonio. Lo sabías, ¿no?

Era la manera educada del conde de decir: «¿Por qué demonios besaste a mi Serah y pegaste una paliza a mi futuro yerno después de decirme que no sentías nada por ella?».

—Esto... —Con el rabillo del ojo, Kylar vio a alguien que pasaba veloz junto a la ventana y, unos pasos por detrás, al viejo portero que lo seguía ultrajado.

La entrada de la mansión se abrió con estrépito. Al cabo de un momento, la puerta del comedor golpeó la pared con tanta fuerza que los platos temblaron sobre la mesa.

—Mi señor —protestó el portero.

Logan irrumpió en la habitación, con los ojos enrojecidos pero majestuoso. En la mano llevaba un montante del tamaño de Alitaera.

Kylar se levantó de un salto y con el movimiento estrelló su silla contra la pared. Estaba arrinconado. El conde Drake se levantaba, gritando algo, pero era demasiado lento. Nada podía detener ya a Logan, que alzó la enorme espada a dos manos. Kylar esgrimió el cuchillo de la mantequilla.

—¡Estoy comprometido! —gritó Logan. Dejó a un lado el montante y alzó a Kylar del suelo con un abrazo descomunal.

Para cuando Logan lo soltó, el corazón de Kylar había vuelto a latir. El conde Drake se dejó caer en su silla, aliviado.

—¡Pedazo de cabrón! —exclamó Kylar—. ¡Enhorabuena! Te dije que funcionaría, ¿a que sí?

—¿Qué funcionaría? —preguntó el conde Drake, que había recuperado la voz.

—Bueno —prosiguió Logan, sin hacer caso al conde—, no hacía falta que me pegaras tan fuerte.

—Tenía que convencerla —replicó Kylar.

—¡Casi la dejas viuda! No me llevaba tantos palos desde aquel combate en el estadio.

—Perdonad —terció el conde—. ¿Funcionar? ¿Convencerla?

Se callaron y miraron al conde con cara de culpabilidad.

—Bueno —explicó Logan—. Kylar me dijo que Serah me quería de verdad y que solo necesitaba que se lo recordasen, y... —Dejó la frase en el aire.

—Kylar, ¿me estás diciendo que la pelea estaba preparada? ¿Que te pusiste en evidencia en público, engañaste a mi hija y canjeaste sus afectos como si fueran una vulgar baratija?

—No es exactamente... —No pudo aguantar la mirada del conde—. Sí, señor.

—¿Y arrastraste a Logan a esto? ¿A Logan, a quien tenía por más sensato? —insistió el conde.

—Sí, señor —dijo Kylar. Por lo menos Logan parecía igual de mortificado que él.

El conde los miró a los dos y después esbozó una sonrisa.

—¡Que el Dios te bendiga! —dijo, envolviendo a Kylar en un abrazo.

Después de soltarlo, el conde Drake se volvió. Tenía lágrimas en los ojos al agarrar los antebrazos de Logan.

—Y que el Dios te bendiga a ti también. Hijo.

El general supremo Agón llegó al patio del castillo hecho una furia, flanqueado por sus guardaespaldas. El día ya había sido largo, y el sol aún no llevaba más de tres horas en el firmamento.

Al verle la expresión, los centinelas se apresuraron a abrirle las puertas del castillo para no hacerlo esperar. Los sirvientes desaparecieron raudos de los pasillos.

Al entrar en la sala de audiencias, se cruzó con un hombre envuelto en una capa que le resultó vagamente familiar, pero llevaba la capucha puesta y no se le veía la cara. Uno de los espías del rey, sin duda. Agón no tenía tiempo para él.

No traía buenas noticias. Los Gyre eran la familia más importante del reino. Que los hubieran asesinado la misma noche que al príncipe era demasiado doloroso. Agón tenía simpatía por el príncipe, pero los Gyre siempre habían sido sus amigos, y lo que había visto en su villa no se lo desearía ni a su peor enemigo. Las piezas no encajaban.

Aquello tenía toda la pinta de una jugada, una gran jugada, una maniobra en pos del trono, pero ¿por qué de ese modo? Matar al príncipe hacía tambalear el reino, por supuesto, pero la muerte de los criados y la señora de Gyre no tenían repercusiones políticas. ¿O sí? En ese mismo día, su cumpleaños, Logan de Gyre se convertía en el señor de su Casa en ausencia de su padre. Si alguien quería exterminar una familia, empezaba por los herederos y no por todos los demás; a menos que la noticia estuviera todavía en camino, el duque y su heredero seguían vivos.

La muerte del príncipe no solo suponía un revés tremendo a la línea sucesoria de los Gunder, sino también un escándalo enorme. La gente había pasado por alto las aventuras del rey, pero encontrar al príncipe muerto después de, en apariencia, mantener relaciones con la amante del monarca dejaría en muy mal lugar a todo el linaje. El magnicidio, si tal era, no constituía tan solo una tragedia. Era un horror y una vergüenza.

El general supremo se preguntó si el rey tendría más presente el horror que la vergüenza, o a la inversa. ¿Qué haría la reina?

Se acercó al trono y subió los escalones. Estaban los hombres de costumbre, hablando con el rey. Agón no confiaba en ninguno de ellos.

—Fuera —rugió—. ¡Fuera todos!

—Disculpad —dijo Fergund Sa'fasti—, pero como principal...

—¡FUERA! —vociferó Agón en su cara.

El mago se encogió y se unió a los hombres que desfilaban hacia la puerta. Agón indicó a sus guardaespaldas que también salieran.

El rey ni siquiera alzó la vista. Al cabo de un rato, dijo:

—Estoy acabado, Brant. ¿Qué dirá la historia de mí?

«Que fuiste débil, ineficaz, egoísta e inmoral.»

—Majestad, tenemos problemas más inmediatos.

—Es la comidilla de todo el mundo, Brant. Mi hijo... Ella asesinó a mi hijo... —El rey rompió a llorar.

«De modo que el tipo es capaz de pensar en los demás. Si tan solo demostrara su humanidad más a menudo.»

—Majestad, la duquesa no mató a vuestro hijo.

—¿Qué? —El rey miró a Agón con los ojos empañados de lágrimas.

—Majestad, fue un ejecutor.

—¡No me importa quién descargara el golpe, Brant! Trudana está detrás. Trudana y Logan de Gyre.

—¿Logan de Gyre? ¿De qué estáis hablando?

—¿Te crees que eres la única persona que tengo trabajando en esto, Brant? Mis espías ya me lo han contado. Logan lo planeó todo. Esa zorra de Trudana no fue más que su ayudante. Ya he enviado hombres a arrestarlo.

Agón se tambaleó. No podía ser. En realidad, estaba seguro de que no era así.

—¿Por qué haría Logan semejante cosa? —preguntó—. Era uno de los mejores amigos de vuestro hijo. No alberga la menor ambición. Por los dioses, acaba de comprometerse con Serah Drake. ¡La hija de un conde!

—No ha tenido nada que ver con el poder o la ambición, Brant. Han sido celos. Logan creía que mi hijo lo había humillado por completo en no sé qué asunto trivial. Ya sabes cómo se ponen los chicos. Es muy propio de los Gyre codiciar todos nuestros éxitos. Además, tengo testigos que oyeron a Logan amenazarle.

Todo iba ocupando su lugar, las piezas iban girando y cayendo en su sitio. Kylar Stern, el falso noble, el ejecutor, era un buen amigo de Logan. En una rabieta, Logan contrató a Kylar para matar al príncipe. Todo cuadraba... salvo que era Logan. Agón lo conocía bien y no se creía esa versión.

—¿A qué ejecutor contrataron, Brant? —preguntó el rey.

—A Kylar Stern —dijo Agón.

El rey soltó un bufido.

—Ja. Los dioses deben de estar conmigo por una vez.

—¿Majestad?

—Acabo de contratar a la aprendiza de Hu Patíbulo para que lo mate; una chica ejecutora, lo que me faltaba por ver. Kylar es el aprendiz de Blint. O lo era. Probablemente ya esté muerto.

«¿Kylar es el aprendiz de Blint?» La imagen que poco a poco había ido cobrando forma saltó en pedazos. ¡El rey había contratado a Blint! El aprendiz del ejecutor no

hubiese matado al hijo de su cliente, ¿verdad?

El nombre de Hu Patíbulo estaba grabado en los cuerpos de la villa de los Gyre. Por supuesto, solo un necio dejaría marcado su nombre en semejante matanza. Sin embargo, tras pasar horas en la mansión, Agón estaba seguro de que todos los asesinatos eran obra de un solo hombre. No se le ocurría nadie capaz de matar a tanta gente aparte de un ejecutor, y el estilo desde luego cuadraba con lo que había oído de Patíbulo. No se imaginaba a Durzo Blint mutilando cuerpos. Blint lo consideraría poco profesional.

Hu Patíbulo solo firmaría la masacre si creyera que las autoridades nunca tendrían la oportunidad de ir a por él. El rey había dicho que el asesinato del príncipe no tenía nada que ver con el poder, pero estaban en Cenaria. Allí todo tenía que ver con el poder.

Si el aprendiz de Durzo Blint realmente había matado al príncipe, ¿por qué dejaría un testigo? El aprendiz de Blint sería igual de profesional que su maestro. Un testigo era un cabo suelto fácil de atar.

Todo tenía que ver con el poder.

Agón arrugó la frente.

—¿Ha llegado alguna noticia de la guarnición de Aullavientos?

—No.

—De manera que el ejército khalidorano está al menos a cuatro días de distancia. ¿Qué pensáis hacer con la fiesta de esta noche?

—No pienso celebrar el solsticio de verano el día después de la muerte de mi hijo.

Al general se le cayó el alma a los pies.

—Mi rey, creo que tal vez deberíais.

—No celebraré una fiesta para los asesinos de mi hijo. —Hubo un destello en los ojos del monarca; fue la primera vez que Agón le veía más aspecto de rey que de niño malcriado—. ¡Tengo que hacer algo! —exclamó—. Todo el mundo pensará...

Aleine siguió hablando, pero el general dejó de escucharle.

«Todo el mundo pensará.» Esa era la clave. «¿Qué pensará todo el mundo?»

El príncipe estaba muerto, asesinado de una forma vergonzosa bien por la amante del rey, bien por un ejecutor. Los adorados Gyre estaban muertos o encarcelados. Agón se temía que, con toda probabilidad, algún asesino habría llegado a Aullavientos para matar también a Regnus. No tendría sentido dejarlo vivo. No cuando alguien se estaba tomando tantas molestias para poner sus planes en marcha.

Todo el mundo pensaría que el rey había mandado matar a su propio hijo en un arrebato de celos y que, para vengarse de su infiel amante, lo había organizado todo para culpar a la duquesa.

Con los rumores adecuados, también podía dirigirse el desconcierto generalizado que había sembrado el asesinato de los Gyre. La gente relacionaría todas las muertes,

pero ¿cómo?

Los Gyre eran los siguientes después de los Gunder en la línea sucesoria al trono, aunque la familia nunca había desafiado al rey. Resultaría muy fácil presentar al monarca, débil y celoso, como un paranoico. Y los Gyre eran mucho más respetados que los Gunder. Se interpretaría que el fiel servicio del señor de Gyre había sido recompensado con la traición y el asesinato.

Logan, el nuevo señor de Gyre, había sido apresado por el rey, y la inclinación natural del monarca sería mantenerlo en prisión. Sin embargo, Logan era conocido por su impecable moralidad y su ausencia de ambiciones. ¡Por todos los dioses, si hasta se había comprometido con una humilde Drake!

Así pues, si el rey moría, ¿quién iba a ocupar el trono?

Logan de Gyre, enormemente popular, estaría en la cárcel, donde sería fácil matarle. El hijo del rey había muerto. Su hija mayor tenía quince años, demasiados pocos para ocupar el trono de una nación en guerra. Su esposa Nalia podría intentar hacerse con el poder, pero el rey le tenía miedo y la había marginado todo lo posible, y ella parecía satisfecha manteniéndose ajena a la política. Los Jadwin estaban acabados tras su papel en el escándalo. Eso dejaba los otros dos ducados del reino. Tanto el duque de Graesin como el de Wesseros, padre de la reina, podrían postularse. Sin embargo, el hermano de la reina, Havrin, estaba fuera del país, de modo que se antojaba un usurpador improbable. El duque de Graesin era débil. Cualquiera de una docena de familias menores podría intentar hacerse con el trono.

Sin embargo, ninguna podría conservarlo. Sería una guerra civil en la que los cuatro bandos principales se enfrentarían en igualdad de fuerzas. Una guerra civil mucho peor que la que Regnus había temido diez años atrás, cuando permitieron que Aleine subiera al trono.

¿En qué posición dejaba eso al resto de los actores que tanto le habían preocupado en los últimos tiempos? ¿Dónde encajaban el Sa'kagé y Khalidor? Por un precio adecuado, Khalidor podía comprar la ayuda del Sa'kagé.

Y entonces todas las piezas encajaron de golpe en su cabeza.

El general supremo Agón soltó un juramento en voz alta. Maldecía tan raramente que el rey dejó una frase a medias. Aleine miró a Agón a la cara y lo que leyó le dio miedo.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa, Brant?

Todos esos años, él y el rey se habían centrado tanto en Khalidor que nunca se les había ocurrido que la amenaza pudiera venir de dentro. Khalidor estaba eliminando la línea sucesoria entera y manipulando al rey para que colaborase. En cuanto hubieran desaparecido todos los herederos que fuesen legítimos a la par que poderosos, Khalidor mataría al rey. Actuarían con rapidez, antes de que tuviera tiempo de establecer una nueva línea sucesoria, antes de que acertara a consolidar el poder o

restablecer los lazos que estaba a punto de cortar. Entonces podrían ser espectadores del caos y entrar desfilando cuando les apeteciera.

—Majestad, debéis escucharme. Esto es el preludio de un golpe de estado. Quizá solo tengamos unos días. Si empieza, todos nuestros preparativos contra Khalidor habrán sido inútiles. Y vos seréis el primero en morir.

Al rey se le demudaron las facciones de miedo.

—Te escucho —dijo.

Capítulo 44

Después de felicitar a Logan unas cuantas veces más, Kylar se había retirado para dejar que el joven duque hablase con su futuro suegro. Serah estaba cambiándose en la parte de atrás de la casa, y habían decidido que probablemente no debería ver que Logan y Kylar seguían siendo amigos hasta después de la boda.

—Lo entenderé si no me invitáis —había dicho Kylar— pero, si se lo cuentas alguna vez, esperaré una disculpa. Enhorabuena.

Subió la escalera, entró en su habitación, lanzó su túnica a una esquina y se miró en el espejo.

«Y enhorabuena a ti. Tu maestro va a matarte y todas las mujeres de tu vida te odian.»

Al lado del espejo, reparó en una pila de cartas atadas con una cinta. Las cogió. Había una nota garabateada en un pedazo de papel con la letra de Blint: «Como has cruzado la línea, supongo que ya no hay motivo para seguir escondiéndotelas».

«¿De qué habla?»

Kylar desató la cinta y leyó la primera carta. La había escrito una niña, con letras grandes e ideas inconexas:

> Muchas ~~grazias~~ gracias. Estoy muy bien aquí. Eres genial. Hoy es mi cumpleaños. Te quiero.
>
> Elene

Y un adulto había añadido debajo:

> Disculpad, conde Drake, nos oyó hablar de su señor benefactor. Lleva queriendo mandar esta carta desde que la enseñamos a escribir. No ha habido manera de quitarla la idea de la cabeza. Decidnos si no queréis que la dejemos escribir más.
>
> Vuestro humilde servidor,
>
> GARE CROMWYLL

Kylar quedó hechizado. Había una carta por año, cada una más larga que la anterior y con mejor letra. Sentía como si estuviera viendo crecer a Elene ante sus ojos. También ella se había cambiado de nombre, pero en sus escritos no renegaba de

lo que había sido, no se disociaba de la niñita débil y vulnerable.

Cuando tenía quince años, escribió:

> Pol me ha preguntado si no me enfado porque me rajaron la cara. Dice que no es justo. Yo le he dicho que no es justo que yo saliese de las Madrigueras cuando tantos otros no pudieron. ¡Mira todo lo que tengo! Y es gracias a ti...

Kylar tuvo que hojear las cartas y leerlas solo por encima. No tenía tiempo que perder. Tarde o temprano llegaría la noticia de la muerte del príncipe. ¡Y mira que la chica podía llegar a escribir! Pasó a la última carta. Llevaba fecha de hacía apenas unos días.

> No sabes lo que has hecho por mí. Ya te he hablado de todas las maneras en las que tu dinero ha salvado a mi familia, sobre todo cuando murió mi padre adoptivo, pero has hecho más que eso. Ya solo saber que en alguna parte hay un joven señor que se preocupa por mí (¡por mí!, ¡una hija de esclavos con la cara llena de cicatrices!) lo ha cambiado todo. Has hecho que me sienta especial. Pol me propuso matrimonio la semana pasada.

Kylar sintió un repentino impulso de encontrar al tal Pol y pegarle una paliza.

> Tal vez le habría dicho que sí, aunque odio su mal genio y... también otras cosas. La cuestión es que saber que estás ahí, que te importo, me hace creer que merezco algo más que un matrimonio desdichado con el primer hombre dispuesto a pedir la mano de una chica con la cara marcada. Me da fe en que el Dios me reserva algo mejor.

Anda, así que Elene creía en el Dios. Estupendo. Así debió de ser como conoció a los Drake.

> Gracias. Y perdón por mi última carta, me horroriza pensar en lo que escribí. No hagas caso de nada de lo que dije, por favor.

¿Cómo? Kylar retrocedió a la carta anterior y no pudo evitar sonreír. A los dieciséis años, Elene había sucumbido a un profundo arrebato de romanticismo adolescente.

> Creo que estoy enamorada de ti. A decir verdad, estoy segura. El año pasado, cuando fui a casa del conde Drake a dejar mi carta (madre por fin me deja hacer algunas cosas por mi cuenta), creo que te vi. A lo mejor no eras tú, pero podrías haberlo sido. Allí vive un chico, un joven señor como tú. Es guapísimo y lo adoran con locura. Basta oír cómo lo ponen por las nubes, hasta el conde Drake. Sé que no eres tú de verdad porque él no es rico. Como su familia es pobre, vive con los Drake...

A Kylar se le cortó la respiración. Elene lo había visto. Lo había visto hacía un año y lo había encontrado guapo. ¿Lo había encontrado guapo?

> ... pero ¿qué importa el dinero cuando se tiene amor?

Había... no... Sí, había salpicaduras de lágrimas en la página.

Bueno, Kylar había crecido rodeado de tres chicas. No le sorprendía del todo. Solo se preguntaba cuándo habría empezado Elene a llorar.

> Así que, como eres de los fuertes y callados, y nunca respondes a mis cartas, he decidido que te llamaré Kylar. ~~Supongo que podrías ser gordo, feo, narigón y~~... Lo siento MUCHO. Soy una cría. Pero ¿no puedes responderme aunque sea una sola vez? ¿Que el conde Drake me dé una respuesta el año que viene cuando deje mi carta? Pol dice que no estoy encaprichada con un hombre, sino con una bolsa de dinero.

Era cierto que Elene no sabía nada de él, pero bueno, eran cosas de los dieciséis años, y Kylar seguía queriendo pegarle una paliza al tal Pol.

> Pero no es verdad. Y no es un encaprichamiento. Te quiero, Kylar.

Las últimas palabras le provocaron un escalofrío. ¡Cuánto había ansiado oírlas! ¡Cuánto había ansiado oírselas a ella! Y allí estaban. Allí estaban entre los nudos y más nudos de su duplicidad. Elene le decía esas palabras, sin saber que él era él, sin saber que el conde Drake le daba sus cartas a Durzo, sin saber que Kylar en realidad era Azoth, sin saber que Kylar era un asesino, sin saber que por aquella única vez que ella lo había visto él la había espiado en centenares de ocasiones: dos veces por semana, siempre que podía, en el mercado del paseo de Sidlin. La había visto crecer en ese mercado, se había dicho mil veces que la semana siguiente no iría para intentar atisbarla un segundo, y siempre había sucumbido. La había observado desde lejos y había llegado a encapricharse a su vez, ¿o no? Se había dicho que veía a Elene como una fruta prohibida, que eso era todo lo que le atraía de ella. Se había dicho que solo quería comprobar que estaba bien. Cuando eso dejó de funcionar, se había dicho que ya se le pasaría.

Kylar había cumplido los veinte años y seguía esperando a que se le pasara. Su repentina esperanza (¡ella estaba encaprichada de él!) chocó con la realidad como una porcelana de Gandu contra el suelo. La delicada tracería de finas posibilidades se despedazó. La cara de asombro de Elene el día anterior cobraba más sentido. Las revelaciones que tan conmovedoras podrían haber resultado para ella («¡Yo soy Kylar y Azoth y tu joven señor y yo también te quiero!») la golpearon en cambio como un mazazo. «Soy Kylar y Azoth y tu joven señor... y un asesino. Ayúdame. Otórgame tu confianza para que pueda traicionarla.»

No había tiempo para la autocompasión, y Kylar ya se había permitido demasiada. Había dejado atrás una testigo que sabía que era un ejecutor, sabía que era Kylar Stern y lo creía culpable de robar el Orbe de los Filos, si no de algo peor. De modo que, muy posiblemente, había tirado por la borda una identidad que le había llevado diez años construir a cambio de una bolita que ni siquiera se había quedado.

Los cubos de agua caliente que la doncella solía dejar en su habitación por la mañana estaban vacíos. Por algún motivo, eso lo hizo estallar. Notó que le escocían los ojos y que estaba a punto de llorar. Era tan ridículo que casi se echó a reír. Los cubos vacíos eran una contrariedad insignificante, pero era como si los dioses o el Dios Único de Drake quisieran machacarlo. Todo lo que podía salir mal había salido mal.

El maestro Blint iba a matarlo. La mujer por cuya salvación estaba dando la vida lo odiaba. Hasta Serah Drake, que la noche anterior no sabía si lo amaba a él o a Logan, había pasado a aborrecerlo. Y todo por culpa suya, que era lo peor. Todo lo que podía salir mal había salido mal por decisiones que había tomado él.

Bueno, por lo menos los cubos vacíos no eran culpa suya. Los cogió y salió al pasillo. Topó con la doncella, que subía las escaleras con dos cubos llenos de agua humeante.

—Hola —dijo. No la reconoció, pero era más guapa que la mayoría de las chicas que contrataba la señora Bronwyn.

—Hola siento mucho el retraso es mi primer día y no sé dónde están las cosas de verdad que lo siento —dijo ella. Pasó rozando por su lado y Kylar no pudo por menos que reparar en cómo se deslizaron los grandes pechos de la muchacha por su torso desnudo. La chica desapareció en su habitación y él la siguió.

—Puedo cogerlos yo si...

—¿No estáis enfadado verdad? —preguntó la doncella—. Por favor no le digáis al conde Drake o la señora Bronwyn que he llegado tarde no creo que le caiga bien y si meto la pata el primer día seguro que me echa y necesito muchísimo este trabajo señor. —Había dejado los cubos y estaba retorciéndose las manos.

—Eh, eh —exclamó Kylar—. Cálmate. No estoy enfadado. Soy Kylar. —Le tendió una mano y una sonrisa.

Ella pareció tranquilizarse al instante. Sonrió y le cogió la mano. Sus ojos se deslizaron de manera fugaz por el pecho y el abdomen desnudos de Kylar. Fugaz, pero apreciativa.

—Hola. Me llamo Viridiana.

El portero dejó pasar al estudio a un apuesto varón ladeshiano. Logan había salido para buscar algo de comer en la cocina, de modo que el conde Drake estaba a solas.

—Señor —dijo el portero—, ha insistido en que debía entregar un mensaje en persona.

—Muy bien. Gracias —dijo el conde.

El ladeshiano tenía tanta prestancia que se antojaba raro que actuase de mensajero. Parecía más bien un cortesano o un bardo. Llevaba en la mano algo que hizo que el conde Drake perdiese la curiosidad por el aspecto del recién llegado. Era una flecha; la habían pintado entera, incluidas la punta de acero y las plumas, de un rojo brillante, como de sangre fresca.

En cuanto salió el portero, el mensajero dijo:

—Buenos días, mi señor. Ojalá nuestro encuentro se produjera en distintas circunstancias, pero me temo que mi mensaje es de suma importancia. Esto procede de Durzo Blint. Me ha dicho: «Si el chico sigue vivo, dale esto y dile que vaya a cenar conmigo en La Fulana Alegre».

El hombre hizo una reverencia y entregó al conde la flecha roja.

Desde la puerta, Logan se rió.

—¿«Si el chico sigue vivo»? Supongo que algún amigo de Kylar me habrá visto entrar esta mañana, ¿eh?

El conde Drake soltó una risilla.

—Seguro que habrás asustado a cualquiera que te haya visto.

Se volvió hacia el mensajero—. Se la entregaré, muchas gracias.

—Mi señor —dijo el ladeshiano, dirigiéndose a Logan—. Nuestro más sentido pésame. —Hizo otra reverencia y salió.

Logan sacudió la cabeza.

—¿Eso era un chiste porque me caso?

—No lo sé. Estuve una vez en Ladesh y es cierto que nunca entendí su sentido del humor. A lo mejor debería subir esto arriba.

—Y yo que pensaba que estábamos a punto de tener la gran charla paternofilial sobre las intimidades conyugales.

El conde Drake sonrió.

—Qué formal lo pones.

—Serah es bastante formal —observó Logan.

—Créeme, las intimidades conyugales no tienen nada de formal. —El conde Drake observó la flecha que tenía en la mano y la dejó a un lado—. Bueno, lo primero que debes entender sobre hacer el amor es...

Viridiana se frotó el hombro y dijo:

—Es genial ver a alguien simpático pensaba que iba a ser espantoso trabajar en este sitio con lo mala que fue la señora Bronwyn a vos no os importa ¿verdad?

—No, no, en absoluto —respondió Kylar, sin estar muy seguro de qué no le importaba, pero convencido de que esa era la respuesta que se esperaba de él.

Como si fuese lo más natural del mundo, Viridiana se deshizo los nudos del corpiño, que, como Kylar había observado, llevaba inusualmente apretado.

—Uf, así está mejor —dijo ella, respirando hondo. Cerró la puerta, echó el pestillo y después caminó hasta los cubos mientras se quitaba el corpiño y lo dejaba caer.

—Hum —musitó Kylar. Entonces Viridiana se inclinó para recoger los cubos de agua.

Debía de llevar dos metros de escote, porque Kylar se perdió por completo en él. Abrió la boca, pero no salió ninguna palabra.

Apartar la mirada le costó un esfuerzo indecoroso. Viridiana lo estaba observando y, aunque a él le ardía el rostro, vio que la chica estaba cualquier cosa menos disgustada. Con un movimiento diestro se soltó el pelo recogido, que cayó en cascada alrededor de su cara en largos rizos.

—¿Estáis listo para vuestro baño, mi señor?

—¡No! O sea... O sea...

—Queréis bañaros después —dijo ella mientras daba un paso al frente, se llevaba las manos a la espalda y empezaba a desabrochar botones.

¿Después? Kylar retrocedió, pero su resistencia se estaba desmoronando. «¿Por

qué no? ¿Qué demonios he estado esperando? ¿A Elene?» Viridiana llenaba su visión: los labios carnosos, el adorable pelo que ya anticipaba en la punta de los dedos y sobre su pecho. Esos senos. Esas caderas. Y ella lo deseaba. Sería sexo, solo sexo, nada de hacer el amor. Nada de grandilocuentes expresiones de romanticismo y compromiso. Solo pasión. Más sencillo. Más parecido a la versión de las cosas de Mama K. Menos cercano a la versión del conde Drake. Pero qué demonios, su cuerpo tenía mejores argumentos que una sala llena de eruditos.

Topó con las pantorrillas contra la cama y estuvo a punto de caer.

—Yo, yo, la verdad, no me siento muy cóm...

Viridiana le puso la mano en el pecho, y entonces le dio un golpetazo con ella. Kylar estaba cayendo hacia atrás cuando la otra mano de la chica salió de detrás de su vestido trazando un fulgurante arco metálico.

Para cuando la cabeza de Kylar aterrizó en la cama, Viridiana ya estaba a horcajadas sobre él, pegándole los brazos a los costados con las rodillas mientras con una mano le agarraba el pelo y con la otra le apretaba un cuchillo contra el lado del cuello.

—¿Cómodo? —dijo, terminando la frase de Kylar.

No jugaba con el cuchillo: lo sostenía firme contra una arteria, justo en el ángulo que rompería la piel con la menor presión. Kylar se vio obligado a respirar con bocanadas superficiales y no mover el cuello.

—Mierda —dijo—. Eres Vi, la aprendiza de Hu Patíbulo. Viridiana, Vi, ¿cómo se me ha escapado?

Ella sonrió sin alegría.

—¿Para quién trabajas? El príncipe era mi muriente.

—De verdad. Qué embarazoso. Mira que dejarme pillar por otro ejecutor. Estarás disfrutando.

—No como tú quisieras. —Frotó las caderas contra él y Kylar se ruborizó.

Viridiana le pellizcó la mejilla.

—No eres feo del todo, ¿sabes? Lamentaré matarte.

—Más lo lamentaré yo, puedes estar segura.

—No te tortures —dijo ella—. El hechizo erótico forma parte de mi Talento. Bastante mérito tiene que no estuvieras babeando.

—¿Quieres decir que esas son iluso...?

—Mueve las manos y morirás —advirtió ella—. El cuerpo es real, gracias.

—Debería agradecértelo yo a ti, pero este cuchillo en mi garganta rebaja un poco mi aprecio.

—Si intentas engatusarme para que te deje vivir, necesitas práctica. ¿Para quién trabajas?

—Tú trabajas para el rey —dijo Kylar—, ¿no es así?

—Agallas —comentó ella—. Eso me gusta.

—Si me hiciera pis encima sería un desastre para los dos —dijo Kylar. Viridiana soltó una risilla y Kylar sonrió con todo el encanto que pudo reunir—. ¿Mejor?

—Mejor. Cederé una vez en reconocimiento de tu esfuerzo. Este trabajo me lo encargó el rey. Está un poco molesto por que hayas matado a su hijo. Acepto su dinero, pero las órdenes las recibo de Roth. Última oportunidad. —Apretó un poco más el cuchillo contra su piel, y Kylar tuvo que ladear la cabeza para que no lo cortase.

—Quizá puedas apreciar mi dilema —dijo, estirando el cuello—. Si no respondo, me matarás de forma dolorosa pero tardarás un rato. Si respondo, me matarás rápidamente pero enseguida.

—O también puedes estirar la situación tanto tiempo como sea posible con la esperanza de que alguien te salve. Eres listo. Supongo que era de esperar, todos nos preguntábamos por qué Blint escogió a un aprendiz sin Talento. Supongo que la explicación buena es que eres listo.

—¿Todos? ¿Habéis apostado sobre mí? Espera, ¿comentan que no tengo el Talento?

—Como dicen ellos, en el Sa'kagé no hay secretos que valga la pena saber —dijo Vi—. De modo que no vas a contarme para quién trabajabas, ¿verdad? Probablemente no eres más que otro tipo enviado por Roth. Cuando quiere un trabajo hecho, se asegura de que se haga. Hasta corre el rumor de que le hizo el encargo a la duquesa de Jadwin, pero reconozco la obra de un ejecutor en cuanto la veo.

—Eres un poco parlanchina, ¿no? —dijo Kylar.

Si hubiese tenido una mano libre, se habría abofeteado. «Nota: cuando intentes ganar tiempo, no critiques la verborrea de tu captor.»

La hermosa cara de la ejecutora se volvió fea por un momento, y Kylar vio al Hu Patíbulo que llevaba dentro. Después la chica sonrió, pero Hu no salió de sus ojos.

—En la próxima vida —dijo— trabaja en ese encanto.

La siguiente sensación sería el deslizamiento del cuchillo, el rasgado de la carne de su cuello, la calidez. Kylar tensó los músculos, presa de la necesidad y la desesperación.

Llamaron a la puerta.

—¿Kylar? —dijo el conde. Vi se sobresaltó y giró el cuello.

Kylar echó la cabeza a un lado y se revolvió con la intención de quitársela de encima. Al menos eso le dijo a su cuerpo que hiciera. En lugar de eso, sintió que brotaba de él una energía que era como un rayo controlado. Una fugaz euforia, un poder que lo invadía, un bienestar como si llevara enfermo toda la vida y de pronto se sintiera sano por vez primera. Era el Talento que Durzo siempre había dicho que tenía y que ahora por fin era suyo.

Vi salió despedida, pero se agarró al pelo de Kylar y una de sus piernas se enredó con una de él. De modo que, en lugar de alejarla de su cuerpo, la ejecutora se elevó por los aires y después cayó de nuevo sobre él. Intentó rajarlo, pero Kylar ya tenía las manos libres. Agarró los dos brazos de la chica y rodó.

Cayeron de la cama y él aterrizó encima. Vi gruñó y alzó una rodilla entre sus piernas. Fue como si le explotara el sol en las calzas. Kylar gimió y bastante hizo con no soltarle las manos mientras ella se colocaba rodando encima de él.

—¿Kylar? —gritó el conde desde el otro lado de la puerta—. ¿Tienes una dama ahí dentro?

«Yo no la llamaría dama.» A Kylar le dolían tanto los atributos que apenas podía moverse, y mucho menos luchar.

—¡Socorro!

—Das pena —dijo ella.

Kylar solo pudo gruñir.

Vi se apartó de él y se levantó de un salto. Kylar intentó ponerse en pie mientras la puerta se abría de golpe, pero fue demasiado lento. La chica ya estaba lanzando su cuchillo al conde Drake.

El conde se hizo a un lado y esquivó el arma. En un visto y no visto tenía su propio cuchillo arrojadizo en la mano, pero vaciló. Viendo el brazo alzado, Vi saltó por la ventana.

Kylar le quitó al conde el cuchillo de la mano y lo lanzó mientras la ejecutora desaparecía bajo el alféizar. Le pareció ver que se le clavaba en el hombro. Agarró la espada que guardaba escondida bajo la cama pero, al mirar afuera, Vi ya no estaba.

El conde parecía alterado. En la otra mano sostenía una flecha roja.

—He vacilado —dijo. Viniendo de cualquier otro, habría sonado al reconocimiento de una derrota, pero el conde Drake parecía victorioso—. Después de todos estos años tenía mis dudas, pero es cierto. He cambiado de verdad. Gracias, Dios.

Kylar lo miró extrañado.

—Pero ¿qué decís?

—Kylar, tenemos que hablar.

Capítulo 45

—Estaré muerta dentro de un día o dos, de modo que presta atención, Jarl —dijo Mama K.

Jarl vaciló un momento y después bebió del ootai que ella le había servido.

«Maldita sea, sí que puede ser frío este chico.» Aunque claro, por eso mismo tenía esa conversación con él y no con ningún otro.

—Mañana o pasado, Kylar o Durzo vendrán aquí y me matarán —dijo—. Porque envié a Kylar a matar a un hombre que él creía que era Hu Patíbulo, pero en realidad era Durzo disfrazado. El que haya sobrevivido a la lucha sabrá que mentí y que los traicioné a los dos. Sé que en un tiempo fuiste amigo de Kylar, Jarl...

—Lo sigo siendo.

—Bien. No pensaba pedirte que me vengases. Estoy preparada para la justicia. La vida no es más que una sucesión de decepciones, de todas formas. —¿Era piedad lo que detectaba en los ojos del joven? Eso le parecía, pero no tenía importancia. El chico lo entendería si llegaba a su edad.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte, Mama K?

—No quiero que me ayudes. Los acontecimientos se precipitan, Jarl. Quizá demasiado. Roth está maniobrando para convertirse en shinga. Sospecho que en cualquier momento nos llegará la triste noticia de que Pon Dradin ha muerto.

—¿No vas a avisarle? ¿Vas a dejar que Roth lo mate sin más?

—Dos motivos, Jarl. Conocer cualquiera de ellos podría costarte la vida. ¿Estás preparado para actuar en este escenario?

Jarl frunció el ceño, pensó seriamente en la pregunta y luego asintió.

—En primer lugar, dejaré morir a Pon Dradin porque tengo las manos atadas. Roth me hizo chantaje para que traicionase a Durzo y a Kylar. No compartiré cómo, ya me he humillado bastante. Lo único que importa es que Roth me tiene pillada. No puedo enfrentarme a él de ningún modo que le sea remotamente posible detectar o sospechar, o me costará algo que valoro más que mi vida. Por tanto, voy a morir. Quiero que tú me sustituyas.

—¿Quieres que ocupe tu puesto en los Nueve?

Mama K sonrió contemplando su ootai.

—Nunca fui solo la maestra de los placeres, Jarl. He sido shinga durante diecinueve años. —Le procuró cierta satisfacción ver cómo abría los ojos su inmutable protegido.

Jarl se recostó en la silla.

—Dioses —exclamó—. Eso explica unas cuantas cosas.

Mama K se rió, y por primera vez en años lo hizo de buen grado. Si exponer la garganta siempre provocaba esa sensación, creía entender por fin que Durzo amara

los riesgos de su trabajo. Encontrarse tan cerca de la muerte hacía que apreciara más estar viva.

—Cuéntame cómo funciona —dijo Jarl.

Es lo que habría dicho ella en su lugar. Habría aceptado lo que el shinga decía sobre su muerte y se habría puesto de inmediato a averiguar cómo le afectaría a ella, en lugar de expresar pena alguna por el inminente fallecimiento de su interlocutor. Quizá, en el lugar de Jarl, ella habría puesto carita de pena al oír que su maestra iba a morir, pero hubiese sido un gesto falso. Jarl no fingió nada parecido; había aprendido bien sus lecciones, y a lo mejor debería respetarlo por ello. Pero aun así dolía.

—Lo siento —dijo Jarl.

Sonaba sincero. A lo mejor lo era. O quizá solo lamentaba que la mujer que le había enseñado a manipular sus propias penas y amores se hubiera ablandado tanto, en la hora de la muerte, que ahora deseaba que aplicara en ella lo aprendido. No sabía decirlo. Jarl era lo que ella había hecho que fuese. Era peor que mirarse a un espejo.

—Todos los miembros del Sa'kagé saben quién es su superior. Los más listos saben quién es su representante en los Nueve. Por supuesto, la identidad del shinga es un secreto compartido, lo que significa que no tiene nada de secreto. Suma todo eso y, si interrogas a un puñado de ladrones y putas, puedes deducir toda la estructura de poder del Sa'kagé. El sistema ha funcionado durante los últimos catorce años porque ha habido mucha estabilidad.

—¿Esa estabilidad ha sido fruto de tu dirección, o pura suerte? —preguntó Jarl.

—Mi dirección —respondió ella con sinceridad—. Hice que mataran al rey anterior y coloqué a Aleine en el trono para no tener presiones desde arriba, y he manejado bien todas las presiones que venían de dentro. Sin embargo, el estado natural de cualquier Sa'kagé es la revuelta, Jarl. Los ladrones, los asesinos, los cortabolsas y las putas no tienden a permanecer unidos. Abundan los asesinatos políticos. Durante tu vida ha habido mucha más paz que en cualquier período anterior.

»En mis primeros cinco años como shinga, perdimos ocho "shingas". Seis fueron víctimas de asesinatos ordenados desde fuera. A dos tuve que mandarlos matar yo misma porque intentaron quitarme el poder. Solo dos puestos de los Nueve permanecieron sin cambios. Durante los últimos catorce años, Pon Dradin ha podido entregarse a sus vicios con libertad siempre que asistiera a las reuniones, mantuviese la boca cerrada y no se pasara de listo. Nunca esperé que durara tanto.

—Entonces, ¿solo los Nueve saben quién es el auténtico shinga?

—Y los ejecutores, pero ellos prestan un juramento de servicio que es mágicamente vinculante. El sistema tiene sus pegas, no lo niego. Dradin se ha hecho casi tan rico como yo solo a base de sobornos, y todo nuevo miembro de los Nueve descubre que ha estado lamiendo los traseros incorrectos durante el tiempo que le

haya llevado trepar por el escalafón. A algunos los irrita una barbaridad, pero también mantiene fuera de los Nueve a algunos que no merecen estar dentro. Lo mejor del sistema es que me ha mantenido viva y en el poder.

—¿Qué pinta Roth en todo esto?

—Roth acaba de unirse a los Nueve. No está al corriente del secreto. Por eso Dradin morirá en algún momento de hoy o mañana. Roth cree que matarlo lo convertirá en shinga, pero eso en realidad evidencia el mayor defecto de todo mi secretismo: si solo ocho personas saben quién es el auténtico shinga, Roth no tiene más que convencerlas de que ahora lo es él.

—Si tanto miedo le tiene el resto de los Nueve, ¿cómo le arrebato el poder? —preguntó Jarl.

Mama K sonrió.

—Exacto. Se lo arrebatas. No te dejaré indefenso, por supuesto. —Sacó un librito de su escritorio—. Mis espías. Confío en que no haga falta decirte que, cuanto más tardes en quemar este libro, menos valdrá tu vida.

Jarl lo cogió.

—Lo memorizaré de inmediato.

Mama K se reclinó en su silla.

—Roth está en una posición de fuerza, Jarl. La gente le tiene terror.

—¿Y eso es todo? —preguntó Jarl.

—Me perdonarás que no te cuente dónde guardo todas mis riquezas. Una anciana tiene que protegerse, no sea cosa que sobreviva a todo esto. Además, si muero, tendrás tiempo de sobra para descubrirlo.

—¿Puedo pedirte consejo? —preguntó Jarl. Mama K asintió—. Seguí a los hombres que me dijiste.

Mama K asintió. No intentó azuzar a Jarl con preguntas. Habían trabajado juntos lo bastante para estar segura de que se lo contaría todo.

—Eran brujos, sin ninguna duda. Destinaron un pequeño contingente para tender una emboscada a Regnus de Gyre al norte de la ciudad. Eliminaron a la mayoría de sus hombres, y los habrían matado a todos si Regnus no hubiese tenido un mago con él.

Mama K alzó una ceja.

—Lo observé todo desde lejos, pero Regnus y el mago se pelearon después y se fueron cada uno por su camino. Mi teoría es que el duque de Gyre no sabía que su hombre era un mago.

—¿Ese mago derrotó a tres brujos?

—Todo lo espectacular lo pusieron los brujos pero, cuando el humo se despejó, y lo digo literalmente, él era el único que quedaba en pie. Luchó con la cabeza. Despistó a dos de los brujos hasta que los soldados del señor de Gyre cayeron sobre

ellos. Hizo que un caballo pisoteara al tercero. No entiendo de magia, así que quizá se me pasó algo por alto, pero esa es la impresión que me dio.

—Sigue.

—Al duque de Gyre solo le quedaba un hombre después de su pelea con el mago. Cruzaron la ciudad dando muchos rodeos y llegaron a su mansión pasada la medianoche. ¿Te has enterado de lo que se encontraron?

—Veintiocho muertos. Dieron rienda suelta a Hu Patíbulo.

—¿Ordenes de Roth? —preguntó Jarl.

Mama K asintió.

—Por desgracia, el juramento de los ejecutores tiene una serie de lagunas.

—Fue espantoso. En fin, el duque de Gyre convenció a los hombres enviados a apresarlo de que, en vez de eso, se unieran a él, y ahora están escondidos en casa de un primo mientras intentan reunir discretamente todo el apoyo que puedan. El mago es sethí y su nombre de pila, Solon. Todavía no he podido descubrir nada más. Al menos hace media hora se alojaba en La Grulla Blanca.

—Nunca fallas, Jarl.

El joven estaba a punto de hacerle una pregunta cuando llamaron a la puerta. Entró una doncella y entregó un trozo de papel a Mama K, quien se lo pasó a Jarl.

—La clave está al principio de tu libro.

Al cabo de un minuto tenía el mensaje descifrado.

—Pon Dradin ha muerto. —Alzó la vista hacia Mama K—. ¿Qué hago ahora?

—Eso, mi aprendiz —respondió ella—, es tu problema.

—Kylar, quiero que hablemos de tu futuro.

«No dará para mucho.»

El conde Drake sacó los quevedos del bolsillo de su chaleco pero no se los puso. Solo los meneó mientras hablaba.

—Tengo una propuesta para ti. Le he dado muchas vueltas al asunto y, Kylar, no tienes madera de ejecutor. No, escúchame; quiero proporcionarte una salida, hijo. Kylar, quiero que te cases con Ilena.

—¿Señor?

—Sé que parece repentino, pero quiero que te lo pienses.

—Señor, solo tiene quince años.

—Claro, no me refería a ahora. Lo que te propongo es, en fin, Kylar, que os comprometáis. Ilena lleva años prendada de ti, y mi propuesta es que nos concedamos unos años para ver si el asunto sale adelante, mientras tú... bueno, mientras tú aprendes mi oficio.

—No estoy seguro de entenderlo. En realidad, estoy seguro de que no lo entiendo.

El conde se dio un golpecito en la palma de la mano con los quevedos.

—Kylar, quiero que tú... Quiero darte la oportunidad de dejar esa vida que llevas. Aprende mi negocio y herédalo algún día. He hablado con la reina y, con su permiso, he descubierto que puedo transferirte mi título. Serías conde, Kylar. Ya sé que no tiene nada de especial, pero al menos te legitimaría. Podrías ser de verdad lo que has estado fingiendo todos estos años.

Kylar se quedó boquiabierto.

—¿Transferir vuestro título? ¿Cómo que transferirlo?

—Venga, Kylar, a mí el título no me ha servido para nada bueno, de todas formas. ¡Bah! Y tampoco tengo hijos varones a los que legarlo. Tú lo necesitas y yo no. Es algo que quiero hacer, aunque no te atraiga la idea del compromiso con Ilena. Esto te concedería tiempo, Kylar. Tiempo para pensar en lo que quieres hacer con tu vida. Te permite liberarte. Liberarte de ellos.

Ser libre. Estar fuera del Sa'kagé. Era el gesto más noble que Kylar había visto nunca... y después de la noche anterior, llegaba demasiado tarde. Miró al suelo y asintió.

—No funcionará, señor. Lo siento. Creedme, estoy... Habéis sido más que bueno conmigo, mucho más de lo que merezco. Pero no creo que eso... —señaló con la cabeza hacia el almuerzo al aire libre que compartían Logan y Serah en el jardín— sea para mí.

—Sé que planeas marcharte, Kylar.

Así era el conde. Directo al grano.

—Sí, señor —reconoció.

—¿Pronto?

—Mi idea era haberme ido ya.

—Entonces quizá el Dios me ha enviado a hablar contigo ahora mismo. Supongo que Durzo te dijo que no escucharas mis sermones. —El conde Drake estaba mirando por la ventana; había pesar en su voz.

—Me dijo que, si os hacía caso, acabaría muerto.

—Una afirmación bastante justa, supongo —dijo el conde Drake. Se volvió de cara a Kylar—. Antes trabajaba para mí, no sé si lo sabías.

—¿Cómo? ¿Durzo?

Su cara de sorpresa arrancó una breve sonrisa al conde.

—¿Antes de ser ejecutor? —Kylar ni se imaginaba una época anterior a que Durzo Blint fuese un ejecutor, aunque supuso que debía de haber existido.

El conde negó con la cabeza.

—No. Mataba gente para mí. Así es como nos conocimos. Así supo que podía confiarte a mí. Durzo no tiene una gran vida social fuera del trabajo, ¿sabes?

—¿Vos? ¿Vos ordenabais muertes?

—No hables tan alto. Mi mujer lo sabe, pero no hay necesidad de asustar a las

doncellas. He intentado no calentarte la cabeza con palabras, sino más bien dejar que mi vida fuese testimonio de lo que sé, Kylar. Pero a lo mejor ha sido un error. Un santo dijo una vez: «Predicad a todas horas. Cuando sea necesario, usad palabras». ¿Puedo robarte un minuto de tiempo?

Una parte de Kylar quería decir que no. No solo resultaba embarazoso oír a una persona a la que respetaba intentar venderle algo que sabía que no iba a comprar, sino que además el tiempo corría en su contra. En cualquier momento llegaría la noticia de que se acusaba a Kylar del robo de la noche anterior, y esa bella estampa familiar estallaría como una burbuja. Logan lo conocería por lo que era. Serah tendría otro motivo para reprenderlo. El conde pondría esa cara de decepción que cortaba hasta el hueso. Sabía que el conde se llevaría un desengaño, que nunca sabría de verdad cuánto bien había hecho Kylar la noche anterior ni a qué precio para sí mismo. El conde acabaría decepcionado con Kylar en cualquier caso, pero no tenía ganas de presenciarlo.

—Por supuesto —dijo. Era la respuesta correcta. Ese hombre lo había criado, le había permitido llevar una vida imposible para un rata de hermandad. Se lo debía.

—Mi padre heredó una gran fortuna del suyo, lo suficiente para codearse con Gordin de Graesin, Brand de Wesseros y Darvin de Makell... No creo que sepas quiénes son los Makell, fueron diezmados en la guerra de los Ocho Años. En fin, el caso es que intentó impresionar a aquellos hijos de duques gastando dinero a espuertas. Fiestas de postín, juego, alquilar burdeles enteros... No ayudó que su padre muriese cuando él todavía era joven. Por supuesto, la familia no tardó en hallarse en la pobreza. Mi padre se quitó la vida. De modo que, a los diecinueve años, tomé las riendas de una Casa al borde de la ruina. Tenía buena cabeza para los negocios, pero me parecían algo indigno. Como pasa a mucha gente sin motivos para el orgullo, esa ausencia de razón me volvía más orgulloso.

»Sin embargo, ciertas realidades acaban por imponerse, y las deudas son una de ellas. Uno de los acreedores de mi padre, que por supuesto quería cobrar, me dijo que existían formas de hacer "dinero fácil". Empecé a trabajar para el Sa'kagé. El hombre que me reclutó era el trematir. Si se le hubiese dado mejor su trabajo, solo me habría endeudado cada vez más con el Sa'kagé, pero pronto descubrí que entendía mejor que él a los hombres, el dinero y las diferentes combinaciones entre ambos. Además tenía menos escrúpulos que él, lo que tiene su mérito.

»Invertí mi dinero en cualquier cosa que diera réditos. Burdeles especializados para satisfacer todos los apetitos, por depravados que fuesen. Inauguré garitos de juego y traje expertos de todo el mundo que me ayudaran a desprender mejor a mis clientes de su dinero. Organicé expediciones para comerciar con especias y soborné a guardias para que no registraran los cargamentos. Cuando amenazaban alguno de mis negocios, tenía matones que se ocupaban del problema. La primera vez que se les fue

la mano y mataron a un hombre sin querer, me impresionó, pero no era nadie que me cayese bien, lo hacía por mi familia y no había tenido que presenciarlo, de modo que eso lo hizo digerible. Cuando tuve un encontronazo con el trematir, fue una decisión fácil contratar a Durzo. Era tan inocente que no caí en la cuenta de que antes acudiría al shinga para pedirle permiso. Se lo concedió, y yo pasé a ser el maestro de la moneda del Sa'kagé.

Kylar no se perdía ni una palabra, pero no podía creérselo. Ese no podía ser el conde Drake con el que había crecido. ¿Rimbold Drake había sido de los Nueve?

—Viajé mucho para montar negocios en otros países, con bastante éxito, y fue entonces cuando tuve mi espantosa revelación. Por supuesto, en su momento no me pareció espantosa. Solo podía ver mi brillantez. En aquellos cuatro años había saldado las deudas de mi familia pero, en ese momento, vi una manera de ganar dinero de verdad. Convencí al Sa'kagé de la idea. Nos llevó diez años, pero colocamos a nuestra gente en los sitios precisos y legalizamos la esclavitud. Se introdujo de forma limitada, por supuesto. Solo reclusos y los más desposeídos. Personas que no podían cuidar de sí mismas, nos dijimos. Nuestros burdeles se llenaron de esclavas a las que ya no debíamos pagar para que trabajaran. Inauguramos los Juegos Mortales, otra de mis brillantes ideas, y fueron una sensación, causaron furor. Construimos el estadio, cobramos entrada y monopolizamos la venta de vino y comida, controlábamos las apuestas y a veces las amañábamos. Ganábamos dinero más deprisa de lo que jamás hubiésemos creído posible. Contraté a Durzo tan a menudo que nos hicimos amigos. Ni siquiera él aceptaba todos los trabajos que le proponía. Siempre tuvo su propio código. Aceptaba encargos contra personas que intentaban arrebatarme el negocio pero, si quería ver muerto a alguien que solo pretendía pararme los pies, tenía que recurrir a Anders Gurka, Wrable Cicatrices, Jonus Severing o Hu Patíbulo.

»Debes entender que, a todo esto, yo nunca me consideré una mala persona. No me gustaban los Juegos Mortales. Nunca iba, nunca bajaba a las bodegas de las galeras de esclavos donde los hombres vivían y morían encadenados a sus remos, nunca visité las granjas de bebés que en ocasiones se convertían en burdeles infantiles, nunca estuve en los escenarios del trabajo de Durzo. Solo decía las palabras apropiadas, y el dinero entraba como llovido del cielo. Lo curioso era que yo ni siquiera era ambicioso. Era la persona más rica del reino con la excepción de algunos miembros de la alta nobleza, el shinga y el rey, y con eso me conformaba. Lo único que no podía soportar era la incompetencia. Si hubiera sido de otro modo, estoy seguro de que el shinga me habría matado. Pero no tuvo que hacerlo, porque yo no suponía ninguna amenaza y Durzo se lo hizo saber. —El conde sacudió la cabeza—. Divago, lo siento; es que ya nunca tengo la oportunidad de contar estas historias.

Suspiró y prosiguió:

—Mi error llegó al enamorarme de la mujer equivocada. Por algún motivo, Ulana me atraía. No solo me atraía sino que me obsesionaba, y tardé mucho tiempo en averiguar por qué. Llegué al punto de evitarla, tanto me dolía estar en su presencia. Pero al final deduje que el motivo era cuán distinta era ella de mí. Entiéndelo, Kylar, era pura. Y lo extraño era que también parecía amarme. Por supuesto, no tenía la menor idea de quién era yo en realidad. Nunca hacía negocios con mi nombre real, y muy pocos nobles estaban al tanto de la cantidad de riquezas que iba amasando. Cuanto más me hundía en la oscuridad, más la amaba y más crecía mi vergüenza. ¿Cómo puede alguien amar la luz y vivir en la oscuridad?

La pregunta atravesó a Kylar como una lanzada. Se sentía avergonzado.

—Ulana empezó a trabajar en el asunto de la esclavitud, Kylar, y decidió que visitaría las granjas de bebés, las galeras y los locales de peleas. Era impensable que la dejase ir sola, de modo que, por primera vez, contemplé mi obra. —Los ojos del conde se perdieron en la distancia—. Oh, Kylar, cómo se movía mi Ulana entre aquellos infelices. En mitad del hedor a residuos humanos, desesperación y maldad, ella era una brisa fresca, un hálito de esperanza. Era la luz en los lugares oscuros que yo había creado. Vi a un campeón de lucha, un hombre que había matado a cincuenta congéneres, llorar con una caricia de ella.

»Yo me estaba desgarrando por la mitad. Decidí dejarlo todo pero, como la mayoría de los cobardes morales, no quería pagar el precio completo. De modo que viajé a Seth, donde tan diferente es la esclavitud. Volví y en secreto ayudé a promulgar una ley que liberaría a todos los esclavos cada siete años. El Sa'kagé consintió su aprobación pero la acompañó de una cláusula que en la práctica la dejaba en nada. Un día Ulana, que entonces era mi prometida, llegó a mi villa llorando. Su padre y su madre estaban malheridos tras un accidente de carruaje. Creía que su madre iba a morir, y me necesitaba. Al mismo tiempo, los Nueve se reunían en mi salón porque el rey Davin estaba a punto de legalizar de nuevo la esclavitud y eso, por supuesto, nos costaría millones. ¿Sabes a quién eché, Kylar?

—¿Echasteis a los Nueve? —Kylar estaba horrorizado. Semejante insulto supondría la muerte.

—Eché a Ulana.

—Maldición... Uy, lo siento.

—No, no, así es como me sentí. Maldito. Allí fue cuando el Dios me encontró, Kylar. No podía seguir con aquello. Estaba muerto por dentro. Pensé que me costaría la vida cortar mis lazos con el Sa'kagé, sobre todo cuando comprendí que no bastaría con entregar intacto mi imperio a alguien que pudiera perpetuarlo. En lugar de eso, tenía que usar toda mi astucia para legarlo a varios hombres que lo hicieran pedazos.

»Y eso fue lo que hice. Utilicé el dinero que había ganado para financiar a personas ansiosas por reconstruir el bien que yo había destruido y destruir las

obscenidades que había levantado. Cuando acabé, estaba sin una moneda, mi familia se hallaba en la bancarrota y tenía docenas de enemigos poderosos. Fui a ver a Ulana, se lo conté todo y rompí nuestro compromiso.

—¿Qué hizo ella? —preguntó Kylar.

—Le partió el corazón enterarse de lo que yo había sido, Kylar, y descubrir lo poco que sabía de mí cuando creía conocerlo todo. Le llevó su tiempo, pero terminó perdonándome. Yo no me lo podía creer, pero de verdad me perdonó. A mí me costó más perdonarme a mí mismo pero, al cabo de un año, una vez ilegalizada de nuevo la esclavitud, en parte por mis esfuerzos contra ella, nos casamos. He tenido que trabajar duro estos últimos veinte años. A menudo he sentido el lastre de mi vieja reputación, y a veces también el de la nueva. Ya sabes cómo miran los nobles a aquellos de nosotros que osamos trabajar. Sin embargo, mi dinero es limpio. Y el Dios ha sido generoso. A mi familia no le falta de nada. Mis hijas son mi alegría. Logan ha propuesto matrimonio a Serah y ella ha aceptado. Voy a ganar un gran hijo en Logan. ¿Cómo no considerarme bendecido? En fin, tendría que haberte contado esto hace tiempo. Quizá ya sabías una parte a través del Sa'kagé.

—No, señor, no tenía ni idea —dijo Kylar.

—Hijo, espero que ahora veas que lo entiendo. Conozco las mentiras que cuenta el Sa'kagé y sé lo que puede costar salir. El Dios fue magnánimo conmigo. No me hizo pagar todo lo que debía, pero a lo mejor es porque yo estaba dispuesto a pagar el precio completo. Es la diferencia entre arrepentimiento y remordimientos. Yo lamentaba cómo había salido el asunto de la esclavitud, pero no estaba dispuesto a aceptar mi responsabilidad por ello. En cuanto lo estuve, el Dios pudo hacer algo conmigo.

—Pero, señor, ¿cómo seguís vivo? Lo digo porque no es solo que lo dejaseis, ¡destruisteis un negocio que les rendía millones!

El conde Drake sonrió.

—El Dios, Kylar. El Dios y Durzo. A Durzo le caigo bien. Cree que soy un bobo, pero le caigo bien. Me ha protegido él. No es un hombre al que se le busquen las cosquillas a la ligera.

«Gracias por recordármelo.»

—La cuestión, Kylar, es que si quieres renunciar a tu oficio, puedes. Quizá lo eches de menos. Supongo que eres excelente, y la excelencia es una fuente de satisfacción. No puedes pagar por todo lo que has hecho, pero tampoco estás más allá de la redención. Siempre hay una salida. Y si estás dispuesto a hacer el sacrificio, el Dios te dará la oportunidad de salvar algo de incalculable valor. Aquí estoy yo para decírtelo: los milagros existen. Como este. —Señaló hacia fuera de la ventana y meneó la cabeza con incredulidad—. Mi hija casándose con un hombre tan bueno como Logan. Que el Dios los acompañe.

Kylar parpadeaba entre lágrimas, de modo que casi no vio al conde inclinarse más para mirar hacia las puertas de la villa. Se le despejaron los ojos en cuanto distinguió a los soldados que entraban apartando al viejo portero. Se puso de pie en el acto, pero los soldados no llegaron hasta la puerta de la casa. Se detuvieron junto a Logan y Serah, y el conde abrió la ventana para oír al capitán mientras este desenrollaba un pergamino.

—Duque Logan de Gyre, por la presente quedáis bajo arresto por alta traición en relación con el asesinato del príncipe Aleine de Gunder.

Capítulo 46

El conde Drake salió por la puerta al instante. Kylar se demoró en el mismo lugar donde diez años atrás había chocado con Logan e iniciado su amistad a puñetazos. No debería salir. No había tiempo para pensar cuánto sabían los soldados pero, si creían que Logan estaba implicado en la muerte del príncipe, ¿qué más creerían? el rey debía de estar totalmente paranoico. Pasara lo que pasase, nunca era buena idea llamar la atención de los guardias.

Sin embargo, el desconcierto en el rostro de Logan lo reconcomía. Estaba allí plantado mientras esos hombres más pequeños que él lo desarmaban. Parecía un perro que hubiese recibido una patada sin motivo, con los ojos muy abiertos. Maldiciéndose por su estupidez, Kylar siguió al conde Drake.

—Exijo una explicación —dijo este. A pesar de su cojera, de algún modo se movía con autoridad. Todos los ojos se volvieron hacia él.

—Estamos... Esto es un arresto, señor. Me temo que es lo único que puedo deciros —explicó el capitán. Era un hombre grueso y bajito de piel amarilla y ojos rasgados, pero parecía necesitar de todo su valor para aguantar de pie delante del conde y no salir corriendo.

—Estáis intentando arrestar a un duque y no tenéis autoridad para eso, capitán Arturian. Según la tercera enmienda al derecho consuetudinario del octavo año de reinado del rey Hurol II, el arresto de duques del reino debe justificarse mediante habeas corpus, dos testigos y un móvil. Su reclusión exige dos de esas tres condiciones.

El capitán Arturian tragó saliva y dio la impresión de mantener la espalda recta solo a fuerza de voluntad.

—Tenemos, hum... ¿*habeas corpus* es tener el cadáver? ¿De modo que debo traer dos testigos o proporcionar un móvil antes de que se me permita arrestar al duque?

—Si tenéis el cadáver —dijo el conde Drake.

El capitán asintió.

—Lo, esto, lo tenemos, señor. El cuerpo del príncipe fue hallado anoche en la mansión de los Jadwin, y el móvil es una cuestión de... buf. No me hagáis decirlo en voz alta, señor.

—Si intentáis arrestar al duque de Gyre en mi casa desatendiendo las estipulaciones de la ley, como noble del reino que soy tengo el derecho y la obligación de protegerlo con la fuerza de las armas.

—¡Acabaríamos con todos vosotros! —exclamó uno de los guardias con una carcajada.

—Y, si lo hicierais, desencadenaríais una guerra civil. ¿Es eso lo que queréis? —preguntó el conde Drake. El hombre que había hablado se calló, y Vin Arturian se

puso gris—. O exponéis un motivo que pudiera impulsar a un hombre de moral intachable como el duque de Gyre a matar a uno de sus mejores amigos, o partís.

—Mi señor, disculpadme —dijo el capitán Arturian, mirando al suelo—. El motivo fueron los celos.

Por alguna razón, los ojos de Kylar se desviaron hacia Serah. La chica parecía atónita por la noticia pero, mientras el bochorno del capitán iba en aumento, ella se encogía como si supiera lo que vendría a continuación.

—El duque de Gyre descubrió que el príncipe estaba manteniendo... relaciones sexuales con vuestra hija.

—¡Eso es absurdo! —intervino Logan—. Es lo más ridículo que he oído en mi vida. ¡Si ni siquiera ha hecho el amor conmigo! ¡Y soy su prometido! Aleine es un poco calavera, pero nunca...

Logan miró a Serah y no terminó la frase.

—Serah, tú... No es verdad. Dime que no lo es. —Fue como si hubiesen desnudado su alma para clavarle todos los dardos del mundo a la vez.

Serah dejó escapar un sonido, un lamento tan afligido que desgarraba el corazón, pero ninguno de los hombres se movió. La chica salió corriendo y se metió en la casa. Todos los demás se quedaron paralizados por el dolor de Logan, que se volvió hacia el conde.

—¿Lo sabíais?

Rimbold Drake afirmó con la cabeza.

—No sabía con quién, pero ella me dijo que te lo había contado. Que estaba todo perdonado.

Logan miró a Kylar.

—Lo mismo —contestó este con voz queda.

Logan lo encajó como otro dardo. Le costaba respirar.

—Capitán —dijo—, iré con vosotros.

El soldado que había hablado antes se adelantó a una señal del capitán y empezó a ponerle las manillas a Logan.

—Caramba, chico —dijo en voz baja para que solo lo oyera el joven, aunque sus palabras fueron perfectamente audibles en la quietud del jardín—, estás jodido y ni siquiera te han jodido.

Fue la segunda vez que Kylar veía perder los nervios a Logan, pero en la anterior era un crío, ni de lejos tan fuerte como ahora. Quizá un ejecutor habría reparado en cómo se le tensaban los músculos de los hombros y los brazos, quizá un ejecutor habría tenido reflejos suficientes para esquivar, pero el guardia no pudo hacer nada. Logan retiró la mano antes de que se cerrase al segundo grillete y golpeó al guardia en la cara. Kylar no creía haber visto a nadie pegar tan fuerte. El maestro Blint, reforzando sus músculos con el Talento, seguramente podía desarrollar la misma

potencia, pero el golpe no iría respaldado por una masa como la de Logan.

El guardia salió volando hacia atrás. Literalmente. Sus pies se despegaron del suelo y tumbó a los dos soldados que tenía detrás.

El acero ceurí de Kylar estaba en su mano antes de que los guardias tocaran suelo, pero el conde le hundió los dedos en el antebrazo e impidió que saltara al ataque.

—¡Kylar, no! —exclamó Rimbold Drake.

Los guardias se lanzaron en tropel sobre Logan, que rugió.

—No —repitió el conde—. Es mejor... —Su cara reflejaba la misma angustia que la de Logan, a caballo entre la tristeza y la convicción—. Es mejor sufrir el mal que hacerlo. No matarás hombres inocentes en mi casa.

Logan no se defendió. Los soldados lo tiraron al suelo, le ajustaron las manillas por detrás de la espalda, le colocaron grilletes en los pies y, por fin, lo pusieron en pie.

—¿El conde os ha llamado Kylar? ¿Kylar Stern? —preguntó el capitán Arturian.

Kylar asintió.

—La Corona os acusa de traición, pertenencia al Sa'kagé, aceptación de pago por asesinato y el asesinato del príncipe Aleine de Gunder. Tenemos testigo, cadáver y móvil, conde Drake. Hombres, arrestadlo.

El capitán quizá fuera comprensivo, pero no era tonto. Kylar había estado tan absorto en lo que sucedía a Logan que no había reparado en los hombres que lo rodeaban por detrás. Al oír la orden, notó que dos soldados le sujetaban los brazos.

Echó los brazos hacia delante con la intención de hacer perder el equilibrio a los soldados y escurrirse hacia atrás entre ellos. Sin embargo, su Talento volvía a estar allí presente como una víbora dispuesta a atacar; de pronto tuvo más fuerza que nunca en su vida. Sus brazos describieron un semicírculo, y los dos soldados salieron despedidos hacia delante y chocaron en medio con la hoja de la espada que Kylar no había soltado en ningún momento. A pesar de que llevaban gambesones de cuero hervido, podría haberlos destripado simplemente girando el filo. En lugar de eso, envainó la espada. ¿Cómo lo había hecho tan rápido...? Aún estaba cayendo hacia atrás por el inesperado impulso al lanzar a los guardias, y la espada ya estaba enfundada.

Convertir su caída en un mortal hacia atrás fue un juego de niños. Tan pronto como sus pies tocaron suelo corrió hacia un muro lateral del pequeño jardín del conde. Saltó para asir el borde de la pared de casi cuatro metros y se encontró con que el borde le quedaba a la altura de las rodillas. El impulso le hizo sobrevolar la pared dando vueltas sin control, y solo encogiéndose como una pelota y con bastante suerte pudo caer al otro lado sin matarse.

Se puso en pie y dejó que se disipara el Talento. Al otro lado del muro se oían gritos, pero no lo atraparían nunca. Ya era un ejecutor con todas las de la ley, y se

preguntó qué diría Blint. Kylar había alcanzado el sueño de toda su vida, y no podría haber estado más triste.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Agón al capitán Arturian, mientras los dos avanzaban por los pasillos del castillo en dirección a las Fauces.

—Ha sido... horrible. Absolutamente horrible, señor. Diría que a la altura de las peores cosas que he hecho nunca.

—¿Remordimientos, capitán? Dicen que ha matado a uno de vuestros hombres.

—Para seros sincero, me ha librado de un necio al que no podía dar la patada porque su hermana es baronesa. El muy idiota se lo había buscado. Sé que no me corresponde a mí decirlo, general, pero tendríais que haber visto la cara de Logan. No es culpable. Pondría la mano en el fuego.

—Lo sé. Lo sé, y haré todo lo posible por salvarlo.

Pasaron por delante de los guardias apostados en la puerta subterránea que separaba los túneles del castillo de los de las Fauces. Las celdas de los nobles estaban en el primer nivel. Eran pequeñas pero, en términos relativos, lujosas. Agón tenía a Elene encerrada en una de ellas, aunque al ser plebeya no le correspondiera. No podía soportar la idea de recluirla más abajo y, si el rey preguntaba, diría que prefería tenerla cerca para posteriores interrogatorios.

Agón paró ante la celda de Logan.

—Vin —dijo—, ¿sabe ya lo de su familia?

El achaparrado capitán negó con la cabeza.

—Ya he perdido un hombre, señor. No sabía de qué sería capaz si se lo contábamos.

—Es comprensible. Gracias.

Agón no habría despedido así a ningún subordinado suyo pero, si bien solo el rey precedía en rango al general supremo, el capitán de la guardia real no estaba técnicamente a sus órdenes. Por suerte, aunque no eran amigos, se llevaban lo bastante bien para que el capitán Arturian captase la indirecta y se excusara.

No iba a ser agradable contarle a un hombre encerrado por un asesinato que no había cometido que habían matado a toda su familia, pero era el deber de Agón. Él siempre cumplía con su deber.

Antes de abrir la puerta, llamó como si estuviera de visita. Como si estuvieran en cualquier otro lugar que no fuera las Fauces. No hubo respuesta.

Abrió la puerta. Las celdas de los nobles eran de tres por tres metros, con las paredes de roca lisa pulida para evitar suicidios. Todas contenían un banco de piedra pelada que hacía las veces de cama, y paja que se cambiaba todas las semanas. Únicamente podía considerarse un lujo si se comparaba con el resto de las Fauces y, aun con la paja fresca, nada podía eliminar el hedor a huevos podridos o la peste

rancia a humanidad hacinada que llegaba del resto de las celdas. Logan no parecía darse cuenta de todo ello. Tenía un aspecto horrible. Corrían lágrimas por su rostro magullado. Alzó la vista cuando Agón entró, pero tardó mucho en enfocar la mirada. Parecía perdido, con los anchos hombros encorvados, las manazas abiertas en su regazo y el pelo revuelto. No estaba solo. La reina estaba sentada a su lado, sosteniendo una de esas manos flácidas y abiertas como haría con un niño.

Bendita fuera esa mujer. Había ido a contárselo ella misma.

El rey Aleine IX se había equivocado de medio a medio con Nalia de Wesseros. Podría haber tenido en ella a su mayor aliada. «Qué reina habría sido para Regnus de Gyre.» En lugar de eso, había aceptado, incluso de buena gana, verse relegada a un segundo plano, y había hecho todo lo posible para educar a sus cuatro, ya tres, hijos. Agón sospechaba desde hacía tiempo que los niños eran su única razón para vivir.

—Mi reina. Mi señor —saludó.

—Perdonad que no me levante —dijo Logan.

—No es necesario que os disculpéis.

—Dicen que mi padre también ha muerto. O dicen que fue él. Que el rey envió hombres a apresarlo por matar a mi madre. ¿Qué ocurrió? —preguntó Logan.

—Por lo que sé, vuestro padre está vivo. Llegó anoche con apenas uno o dos hombres. Lo atacaron en las afueras de la ciudad. Alguien intentaba exterminar a todos los Gyre menos a vos. Se enviaron hombres a arrestarlo, pero no por orden del rey. No he descubierto quién la dio. Todavía. Los soldados encargados del arresto huyeron de la ciudad o se unieron a vuestro padre. No sé cuál de las dos opciones.

—General supremo, yo no maté a Aleine —dijo Logan—. Era mi amigo. Aunque hiciese... lo que dicen que hizo.

—Lo sabemos. Nosotros, la reina y yo, no creemos que fueras tú.

—Anoche habló conmigo, justamente. Sabía que iba a proponerle matrimonio a Serah. Intentó convencerme de que no lo hiciera. Me recordó los rumores que circulaban sobre ella. Tenía la descabellada idea de que me casara con Jenine. Me pareció raro, pero pensé que lo hacía por magnanimidad. No era eso, sino remordimientos. ¡Maldito!

Logan miró a la reina.

—Lo siento. No debería hablar así, pero estoy tan, tan enfadado... ¡y a la vez me siento culpable por ello! Los habría perdonado a los dos, majestad. De verdad. ¡Dioses! ¿Por qué no me lo dijeron y punto?

Lloraron juntos en silencio; la reina le apretaba la mano sin decir nada.

Al cabo de un minuto, Logan alzó la vista hacia Agón.

—Dicen que fue Kylar. En casa del conde Drake he visto lo que es capaz de hacer. Fue rápido, demasiado rápido. Pero ¿estáis seguro?

«Dioses.» Al chico acababan de traicionarle su prometida y el príncipe; ahora

quería saber si también lo había traicionado su mejor amigo. Agón dudaba si Logan podría sobrevivir a todo aquello, y él necesitaba que lo hiciera, pero se merecía saber la verdad. Era lo mínimo que podía ofrecerle.

—Estoy seguro de que Kylar se encontraba en el piso de arriba cuando Aleine murió. Estoy seguro de que es un ejecutor. Dudo que su nombre real sea Kylar o que sea un Stern, pero eso no lo sabré hasta dentro de dos semanas. Hemos mandado un jinete a las posesiones de la familia, pero hay una semana a caballo de ida y otra de vuelta. No puedo encajar las piezas de ninguna otra manera, hijo, y no será que no lo haya intentado.

—Sois muy amable por haber venido —dijo Logan, que enderezó la espalda—, y no es mi intención menospreciar vuestro gesto, pero imagino que queréis algo de mí o no habríais bajado los dos. No ahora, no tan pronto.

La reina y el general cruzaron una mirada significativa. El general dijo:

—Tienes razón, Logan. La verdad es que el reino está en peligro. Me gustaría que pudiésemos mostrarnos sensibles con tu dolor. Sabes que tu padre es uno de mis más queridos amigos y lo que ha sucedido en tu casa es más que una tragedia. Es una monstruosidad.

»Pero tenemos que pedirte que dejes de lado tus sentimientos, por un tiempo. No sabemos lo grave que es la amenaza, aunque yo creo que es acuciante. Cuando hace diez años el rey decidió quitarse de encima a tu padre, fui yo quien sugirió que lo mandara a Aullavientos. Sabía que tu padre convertiría la guarnición en una auténtica fortaleza, y creía que Khalidor nos invadiría tarde o temprano. Quizá porque ha hecho un trabajo excelente, esa invasión no ha llegado. La mayoría quiere creer que no llegará, porque sabe que, si el poderío de Khalidor marcha a la batalla, no tenemos ninguna posibilidad.

»Creo que el príncipe, tu madre y tus sirvientes fueron las primeras bajas de una guerra. Un nuevo tipo de guerra que se vale de asesinos en vez de ejércitos para alcanzar sus objetivos. Podemos detener ejércitos, nos hemos estado preparando para eso. Los asesinos son harina de otro costal.

—Con el perdón de la reina —dijo Logan—, ¿por qué debería importarme que rodase la cabeza del rey? Nunca ha sido un amigo para los Gyre.

—Una pregunta justa —reconoció la reina.

—Desde un punto de vista personal —explicó Agón—, debería importarte porque, si el rey muere, o te pudrirás en la cárcel o te matarán. Desde el punto de vista del reino, si el rey muere, estallará una guerra civil. Las tropas se dividirán entre las Casas a las que son leales y entonces los ejércitos de Khalidor rebasarán nuestras fronteras. Ni siquiera unido nuestro país podría resistir la embestida de Khalidor. Nuestra única estrategia siempre ha consistido en hacer que tomarnos fuera tan costoso que no valiera la pena. Con nuestros ejércitos dispersados, no habría defensa

posible.

—Entonces, ¿creéis que se avecina un intento de regicidio? —preguntó Logan.

—En cuestión de días. Sin embargo, los planes de Khalidor se basan en ciertas premisas, Logan. Por el momento se han demostrado válidas. Sabían que serías arrestado. Sin duda ya han sembrado rumores para soliviantar al pueblo contra el rey, sugiriendo que todo lo sucedido ha sido culpa suya o por su voluntad. Tenemos que hacer algo que escape a todas las previsiones de Khalidor.

—¿Y eso qué es?

La reina tomó la palabra.

—Khalidor ha contratado a Hu Patíbulo, tal vez el mejor ejecutor de la ciudad. Si quiere matar a Aleine, probablemente lo consiga. La mejor manera de salvar la vida del rey es que Khalidor no gane nada matándolo. Quizá sea la única manera. Tenemos que asegurar la línea sucesoria. En época de paz o si fuera más mayor, Jenine podría ocupar el trono, o podría hacerlo yo, pero ahora... Sencillamente no sería posible. Algunas de las Casas se negarían a seguir a una mujer a la guerra.

—Bueno, ¿y qué se supone que vais a hacer? ¿Tener otro hijo?

Agon parecía incómodo.

—Más o menos.

—Necesitamos a alguien —aclaró la reina— que sea lo bastante popular para restaurar la confianza del pueblo en la Corona y cuyo derecho al trono resulte incontrovertible.

Logan la miró y de repente lo entendió todo. En su rostro se libró una batalla de emociones.

—No sabéis lo que me estáis pidiendo.

—Sí que lo sé —replicó la reina con voz queda—. Logan, ¿te ha hablado tu padre de mí alguna vez?

—Solo en los términos más elogiosos, majestad.

—Tu padre y yo estuvimos comprometidos, Logan. Durante diez años, creímos que nos casaríamos. Nos enamoramos. Pusimos nombre a los hijos que un día tendríamos. El rey estaba muriendo sin herederos, y nuestro matrimonio habría asegurado el trono para la Casa de Gyre. Entonces mi padre traicionó a Regnus y rompió la palabra que había dado a tu abuelo casándome en secreto con Aleine de Gunder. Solo asistieron los testigos necesarios para garantizar la validez del matrimonio. Ni siquiera me permitieron enviar un mensaje a tu padre. El rey vivió durante catorce años más, lo bastante para que yo tuviera hijos, lo bastante para que Regnus se casase y te tuviera a ti, lo bastante para que tu padre asumiera el control de la Casa de Gyre. Lo bastante para que la Casa de Gunder se sacara de la manga una historia ridícula que supuestamente concedía a Aleine el derecho a ser llamado Aleine IX, como si fuese un rey legítimo. Cuando el rey Davin murió, Regnus podría

haber declarado una guerra para hacerse con el trono. Podría habérselo apropiado, pero no lo hizo, por mí y por mis hijos.

»Me vendieron con un matrimonio que yo despreciaba, Logan, a un hombre al que nunca amé y por el que nunca pude hacer brotar el amor en mi pecho. Sé lo que es que te vendan por motivos políticos. Hasta conozco mi precio exacto en tierras y títulos: los que se aseguró mi familia a la muerte del rey. —Lo dijo con voz acerada, clara, tranquila, una reina de los pies a la cabeza—. Todavía amo a tu padre, Logan. Apenas hemos hablado en veinticinco años. Tuvo que casarse con una Graesin después de mi boda con un Gunder, solo para evitar que la Casa de Gyre quedase aislada y acabaran con ella como sucedió a los Makell. Aceptó un matrimonio que, según tengo entendido, tenía poco que ver con el amor. De modo que, si te crees que me complace hacerte lo que me hicieron a mí, no podrías estar más equivocado.

El padre de Logan nunca le había comentado nada de eso, pero su madre —qué claro lo veía de repente—, su madre se lo había reprochado a Regnus durante años. Sus indirectas. Sus constantes sospechas de que Regnus tenía amantes, aunque Logan sabía que no. La vez que, en un arrebato, su padre dijo a su madre que solo tenía derecho a envidiar a una mujer...

—Tengo esperanzas de que tu matrimonio no será el tormento que ha sido el mío —añadió la reina Gunder.

Logan hundió la cara en las manos.

—Majestad, las palabras no pueden expresar la... ira que siento hacia Serah. Pero le di a su padre mi palabra de que me casaría con ella.

—El rey tiene la potestad legal de disolver esos lazos, si es por el bien del reino —dijo Agón.

—¡El rey no puede disolver mi honor! —exclamó Logan—. ¡Lo juré! ¡Además, maldita sea, todavía amo a Serah! A pesar de todo. Lo que me proponéis es puro teatro, ¿verdad? ¿Cuál es el plan, que el rey me adopte? ¿Que sea su heredero hasta que le deis otro hijo varón?

—Ese teatro, como dices, nos hace salvar una crisis, hijo —observó Agón—. E impide la destrucción de tu familia. Tienes que mantenerte vivo si quieres evitar que eso suceda. De paso también te libra de la deshonra y la cárcel, aunque estemos errados con lo de la conspiración.

—Logan —intervino la reina, con voz nuevamente calmada—, no es teatro, pero hemos convencido al rey de que lo es. Es un hombre despreciable y, si dependiera de él, jamás consentiría que el hijo de Regnus llegara al trono.

—Majestad —interrumpió Agón—, no hace falta que Logan...

—No, Brant. Cualquiera merece saber lo que se le está pidiendo. —La reina lo miró a los ojos y, al cabo de un momento, el general bajó la vista. Nalia se volvió hacia Logan—. Mi esperanza siempre han sido mis hijos, Logan, y culpo a mi marido

de la muerte de Aleine. Si no se hubiese liado con esa ramera de los Jadwin... —Parpadeó, negándose a dejar que cayeran las lágrimas—. He dado al rey todos los hijos que obtendrá de mí. No volveré a compartir su cama. Nunca. Se le comunicará que, si intenta llevarme a su lecho a la fuerza o sustituirme como reina, nos hemos procurado los servicios de un ejecutor para garantizarle una muerte prematura. En pocas palabras, Logan, si nos dices que sí, algún día serás rey.

El joven no dijo nada.

—Casi todos los hombres aceptarían la oportunidad de alcanzar semejante poder sin pensárselo dos veces —dijo Agón—. Claro que casi todos serían unos reyes pésimos. Sabemos que tú no querías esto, pero no solo eres el hombre adecuado para el trono; eres el único que hay.

—Logan era el nombre que Regnus y yo habíamos decidido para nuestro primogénito —dijo la reina—. Sé lo que te estoy pidiendo, Logan. Y te lo pido.

Capítulo 47

La partida no iba bien. Las piezas estaban desplegadas ante Dorian como si fueran ejércitos. Y en realidad lo eran, aunque en ese juego pocos de los soldados llevaran uniforme. Incluso los que lo llevaban se movían a regañadientes. El Rey Tonto avergonzaba al Comandante. El Rey Reacio estaba de rodillas en alguna parte en ese momento. El secreto del Mago en Secreto lo había separado del Rey Que Podría Haber Sido. La Sombra que Camina y la Cortesana no sabían decidir de qué lado estaban. El Chico de Alquiler se movía deprisa, pero demasiado lento, demasiado lento. El Príncipe de las Ratas había reunido a sus alimañas, que se alzarían desde las Madrigueras como una marea de escoria humana. Hasta el Príncipe Renegado y el Herrero podían desempeñar un papel, si...

¡Maldición! Bastante difícil era visualizar en qué lugar estaban las piezas. A partir de ahí, a menudo podía concentrarse en una y ver las opciones que afrontaba: el Comandante mientras un rey borracho le gritaba a la cara, la Sombra que Camina mientras se enfrentaba al Aprendiz en una alcoba de luna de miel. Sin embargo, en el preciso instante en que fijaba las piezas en el espacio y establecía sus posiciones relativas, empezaba a vislumbrar una o más en un momento distinto del tiempo. Ver dónde estaría el Herrero al cabo de diecisiete años, encorvado sobre una forja e instando a su hijo a que volviera al trabajo, no le servía de nada para dilucidar cómo mantener vivo a Feir hasta ese día.

Volvió al trabajo. A ver, ¿dónde estaba la Secuestrada?

A veces se sentía como si no fuese más que un soplo de viento sobre el campo de batalla. Lo veía todo, pero lo máximo a lo que podía aspirar era a que una bocanada suya desviara un par de flechas asesinas. «¿Dónde se ha metido el Mago en Secreto? Ah.»

—Abre la puerta, rápido —dijo Dorian.

Feir levantó la vista de la mesita donde estaba sentado, pasando una piedra de afilar por la hoja de su espada. Se encontraban en una casa que habían alquilado en una travesía del paseo de Sidlin, donde Dorian había dicho que estarían tranquilos. Feir se levantó y abrió la puerta.

Un hombre acababa de pasar por delante y seguía avanzando con paso decidido por la calle. Su pelo y sus andares le sonaban. El paseante debió de ver algo con el rabillo del ojo —la montaña de pelo rubio que era Feir se hacía difícil de pasar por alto—, porque giró sobre sus talones y bajó su mano a la espada.

—¿Feir?

El gigante rubio parecía casi tan sorprendido como Solon, de modo que Dorian dijo:

—Adentro, los dos.

Entraron. Feir refunfuñó como de costumbre que Dorian nunca le contaba nada y el profeta se limitó a sonreír. «Tanto por ver, tanto por saber.» Era fácil perderse cosas que pasaban ante sus mismas narices.

—¡Dorian! —exclamó Solon. Abrazó a su viejo amigo—. Tendría que retorcerte el pescuezo. ¿Sabes cuántos problemas me ha causado tu gracia del «señor de Gyre»?

Dorian se rió. Lo sabía.

—Oh, amigo mío —dijo mientras agarraba los brazos de Solon—. Lo has hecho bien.

—Y tienes buen aspecto, además —comentó Feir—. Estabas gordo cuando te fuiste, y mírate ahora: una década de servicio militar te ha sentado bien.

Solon sonrió, pero la sonrisa se desvaneció enseguida.

—Dorian, en serio, tengo que saberlo. ¿Quisiste decir que debía servir a Logan, o te referías a Regnus? Me parecía que habías dicho «señor de Gyre» y no «duque de Gyre», pero cuando llegué había dos señores de Gyre. ¿Hice lo correcto?

—Sí, sí. Los dos te necesitaban, y los salvaste a ambos en varias ocasiones. Algunas las sabes, otras no. —Tal vez lo más importante que había hecho Solon era algo que él nunca apreciaría: fomentar la amistad de Logan con Kylar—. Pero no te mentiré. Que mantuvieras tu secreto era algo que no previ. Pensaba que lo habrías revelado hace años. A lo largo de la mayoría de los caminos que veo ahora, Regnus de Gyre perderá la vida.

—Soy un cobarde —se lamentó Solon.

—Bah —dijo Feir—. Eres muchas cosas, Solon, pero no un cobarde.

Dorian guardó silencio y dejó que sus ojos transmitieran comprensión. El sabía la verdad. El silencio de Solon sí había sido cobardía. Docenas de veces había intentando hablar, pero nunca reunía el valor suficiente para arriesgar su amistad con Regnus de Gyre. Lo peor era que Regnus lo habría entendido y se habría reído, si lo hubiese oído de labios del propio Solon. Sin embargo, a un hombre cuya prometida le había sido arrebatada para entregarla a otro, descubrir el engaño de un amigo se le antojaba una traición.

—Tus poderes han crecido —observó Solon.

—Sí, ahora está realmente insoportable —corroboró Feir.

—Me sorprende que los hermanos de Sho'cendi os dejaran venir —dijo Solon.

Dorian y Feir se miraron.

—¿Os fuisteis sin permiso? —preguntó Solon.

Silencio.

—¿Os fuisteis contraviniendo órdenes directas?

—Peor —dijo Dorian.

Feir soltó una carcajada que dejó claro a Solon de que se había dejado llevar por otro de los inconcebibles planes de Dorian.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó.

—En realidad nos pertenecía. Fuimos nosotros quienes la volvimos a encontrar. Ellos no tenían ningún derecho —dijo Dorian.

—No puede ser.

Dorian se encogió de hombros.

—¿Dónde está? —preguntó Solon. Al ver sus caras de circunstancias, lo supo—. ¡No la habréis traído aquí!

Feir caminó hasta el camastro y retiró las mantas. Curoch descansaba envainada sobre el lecho. La funda era de cuero blanco, con inscripciones repujadas en caracteres hirílicos dorados y una contera de oro.

—No será la vaina original.

—Una obra como esta es lo que me quita las ganas de ser espadero —dijo Feir—. La funda es la original. Recubierta con un tupido entramado de magia tan fina como la seda gandiana, y creo que es solo para conservar el cuero. No se ensucia ni le queda ninguna marca. La inscripción en oro es real, por si fuera poco. Oro puro. Endurecido hasta el punto en que resistiría contra el hierro o incluso el acero. Si pudiera rescatar aunque solo fuera esa técnica, mis descendientes serían ricos hasta la duodécima generación.

—A duras penas hemos osado desenvainar la espada, y desde luego no hemos intentado usarla —explicó Dorian.

—Menos mal —dijo Solon—. Dorian, ¿por qué la has traído aquí? ¿Has visto algo?

El profeta meneó la cabeza.

—Los artefactos de tanto poder distorsionan mi visión. Ellos mismos y las ansias que suscitan son tan intensos que me enturbian la clarividencia.

De repente Dorian sintió que se alejaba flotando a la deriva otra vez, aunque flotar era un verbo demasiado suave para describirlo. Su visión quedó clavada en Solon y vio desfilar un caudal de imágenes. Visiones imposibles. Solon contra enemigos en apariencia imbatibles. Solon como un anciano de pelo blanco, solo que no era anciano sino... Maldición, la imagen desapareció antes de que pudiera entenderla. Solon Solon Solon. Solon muriendo. Solon matando. Solon en un barco a merced de la tormenta. Solon salvando a Regnus de un ejecutor. Solon matando al rey. Solon condenando Cenaria a la perdición. Solon impulsando a Dorian al interior de Khalidor. Una mujer hermosa en una sala con un centenar de retratos de mujeres hermosas. Jenine. A Dorian le dio un vuelco el corazón. Garoth Ursuul.

—¿Dorian? ¿Dorian? —La voz sonaba lejana, pero Dorian se asió al sonido y con un esfuerzo se dirigió hasta él.

Se sacudió, boqueando como si emergiera de un lago de aguas gélidas.

—Va a peor cuanto más poderoso te haces, ¿no es así? —preguntó Solon.

—Trueca su raciocinio por las visiones —protestó Feir—. No me hace caso.

—Mi cordura no es necesaria para el trabajo que debo cumplir —explicó Dorian como si fuera lo más sencillo del mundo—. Mis visiones sí.

Los dados estaban en su mano, no solo dos sino un puñado entero, cada uno con doce caras. «¿Cuántos doces puedo sacar?» Lanzaría a ciegas; notaba que Solon ya estaba pensando que debía partir, que por mucho que se alegrara de ver a sus viejos amigos, tenía que intentar salvar a Regnus de Gyre. Pero Dorian tenía un presentimiento. Eso era lo deplorable de su visión: a veces era tan lógica como una partida de adrej, a veces poco más que un pálpito.

—En fin, ¿por dónde íbamos? —preguntó, haciéndose el adivino despistado—. Feir no tiene Talento suficiente para usar a Curoch. Si lo intentase, ardería o explotaría. No te ofendas, amigo, tienes un control más preciso que ninguno de nosotros. Yo podría usarla, pero no sin riesgo a menos que lo hiciera como meister; mis poderes de mago probablemente no sean lo bastante fuertes. Por supuesto, usarla con el vir sería un completo desastre. No sé ni qué haría. Solon, tú eres el único mago en la sala, por no decir en el país, que podría aspirar a sostenerla siquiera sin morir, aunque iría de un pelo. Morirías si intentaras usar algo más que una fracción de su poder. Hum. —Miró hacia la nada como si de repente lo hubiera asaltado otra visión. El anzuelo estaba echado.

—No me dirás que la has traído tan lejos para nada —dijo Solon.

Echado y mordido.

—No. Teníamos que alejarla de los hermanos. Era nuestra única oportunidad de hacerlo. Si hubiésemos esperado a volver, habrían sabido que no podían confiar en nosotros. La habrían mantenido bien apartada.

—Dorian, todavía crees en ese Dios único tuyo, ¿verdad?

—A mí me parece que a veces se confunde a sí mismo con Él —dijo Feir.

La acritud del tono era impropia de él y caló hondo a Dorian. La frase dolía porque era merecida. Era lo que estaba haciendo en ese preciso momento.

—Feir tiene razón —reconoció—. Solon, te estaba enredando para que cogieras la espada. No debería tratarte así. Te mereces algo mejor y lo siento.

—Maldición —dijo Solon—. ¿Sabías que estaba pensando en llevármela?

Dorian asintió.

—No sé si es lo correcto o no. No sabía que entrarías por nuestra puerta hasta un segundo antes de que lo hicieras. Con Curoch, todo se distorsiona. Si la usas, bien podría suceder que Khalidor nos la arrebatase. Sería una calamidad mucho mayor que perder a tu amigo Regnus, o incluso que perder este país entero.

—El riesgo es inaceptable —opinó Feir.

—¿De qué le sirve a nadie si no la usamos? —preguntó Solon.

—¡La mantiene apartada de los vürdmeisters! —exclamó Feir—. Que no es poco.

Solo hay un puñado de magos en el mundo capaces de blandir a Curoch sin morir, y lo sabes. También sabemos que hay docenas de vürdmeisters que sí podrían. Con Curoch en sus manos, ¿qué podría pararlos?

—Tengo un presentimiento —dijo Dorian—. A lo mejor es que el Dios intenta darme pistas. Creo que es lo correcto. Me da la sensación de que está relacionado con el Guardián de la Luz.

—Pensaba que habías renunciado a esas viejas profecías —replicó Solon.

—Si te llevas a Curoch, el Guardián nacerá en nuestra época. —En el momento mismo de decirlo, Dorian supo que era verdad—. He vivido mucho tiempo diciendo que tenía fe, pero no es fe de verdad cuando uno hace simplemente lo que ve, ¿no os parece? Creo que el Dios quiere que corramos este riesgo descabellado. Creo que logrará que sea para bien.

Feir levantó las manos.

—Dorian, el Dios siempre es tu salida. Topas contra una pared racional y dices que es el Dios quien te habla. Es ridículo. Si ese Dios tuyo lo creó todo como dices continuamente, también nos otorgó el raciocinio, ¿o no? ¿Por qué demonios nos impulsaría a hacer algo tan irracional?

—Tengo razón.

—Dorian —dijo Solon—. ¿De verdad puedo usarla?

—Si la usas, lo sabrá todo el mundo en ochenta kilómetros a la redonda. Quizá hasta los no dotados. Correrás todos los riesgos normales de absorber demasiado poder, pero tu límite superior es más alto que su umbral más bajo. Los acontecimientos se suceden demasiado deprisa para que vea gran cosa, pero esto sí te digo, Solon: la fuerza invasora se dirigía a Modai. —«Hasta que Kylar renunció a matar a Durzo Blint»—. De modo que estaba preparada para un tipo de guerra distinto. Los barcos llegan esta noche. Tienen sesenta meisters.

—¡Sesenta! Eso es más que algunas de nuestras escuelas —dijo Feir.

—Hay al menos tres vürdmeisters entre ellos capaces de invocar sierpes del abismo.

—Si veo algún hombrecillo con alas, saldré corriendo —dijo Solon.

—Estás loco —protestó Feir—. Dorian, tenemos que irnos. El reino está perdido. Capturarán a Curoch, te capturarán a ti, y entonces, ¿qué esperanza le quedará al resto del mundo? Necesitamos escoger una batalla que podamos ganar.

—A menos que el Dios esté con nosotros, no ganaremos ninguna batalla, Feir.

—¡No me vengas con la monserga del Dios! No permitiré que Solon coja a Curoch, y a ti te llevaré de vuelta a Sho'cendi. Tu locura se está apoderando de ti.

—Demasiado tarde —dijo Solon. Alzó la espada de la cama con un movimiento rápido.

—Los dos sabemos que puedo quitártela —advirtió Feir.

—En un combate de esgrima, seguro —reconoció Solon—. Pero si intentas cogerla, extraeré poder de ella y te detendré. Como ha dicho Dorian, todo meister en ochenta kilómetros a la redonda sabrá que tenemos un artefacto aquí, y vendrán todos a por él.

—No serías capaz —dijo Feir.

La cara de Solon adoptó una intensidad que Dorian no había visto desde que dejara Sho'fasti vestido con su primera túnica azul. Ahora, como entonces, aquel hombre fornido parecía más un soldado que uno de los magos más eminentes de su época.

—Lo haré —dijo Solon—. He dado diez años de mi vida por este país de mala muerte, y han sido unos buenos años. Me ha sentado de maravilla defender algo en vez de limitarme a observar desde un lado y criticar a todos los que actuaban de verdad. Deberías intentarlo. Antes lo hacías, ¿recuerdas? ¿Qué fue del Feir Cousat que recuperó esta misma espada sin pensárselo dos veces? No me quedaré quieto, voy a hacer algo. No eches a perder mi oportunidad de que sea algo útil. Venga, Feir, si podemos luchar contra Khalidor, ¿cómo vamos a no hacerlo?

—En cuanto tomas una decisión, eres más o menos tan fácil de disuadir como Dorian —dijo Feir.

—Gracias —replicó Solon.

—No era un cumplido.

Capítulo 48

El hombre que había dado la orden de arrestar a Regnus no había servido de mucho. Lo habían capturado al salir de una posada después de comer. Su interrogatorio había sido corto, ya que no amable. Les había dado el nombre de su oficial al mando, un tal Thaddeus Blat.

En ese momento Thaddeus Blat se hallaba en buena compañía en el piso de arriba de un burdel llamado El Guiño de la Moza. Regnus y sus hombres esperaban abajo, repartidos en varias mesas e intentando con escaso éxito no llamar la atención.

Todo aquello ponía nervioso a Regnus. No conocía a ese hombre, pero los soldados solo visitaban los burdeles a media tarde cuando sabían que se avecinaba algo gordo. Algo de lo que podrían no volver. Además, tampoco le gustaba estar a la vista de todo el mundo. Años atrás, no habría podido ir a ninguna parte sin que la gente reconociera su cara. Entonces todos daban por hecho que sería el siguiente rey, al fin y al cabo. Hacía muchos años de eso, y pocas personas se paraban a mirarlo en ese momento. Era un hombre corpulento y amenazador en las Madrigueras, lo que, al parecer, pesaba más que ser un noble rico en las Madrigueras.

Al fin, el hombre bajó. Era moreno de piel, sus cejas formaban una sola tupida y negra, y tenía una expresión de pocos amigos grabada a perpetuidad. Regnus se puso en pie cuando el tipo pasó por delante y lo siguió hasta la cuadra. Ya habían pagado al mozo para que abandonara su puesto y, cuando Regnus llegó, Thaddeus Blat sangraba por la nariz y la comisura de la boca, desarmado, sostenido por cuatro soldados y maldiciendo.

—No es eso lo que quiero oír de tu boca, teniente —dijo Regnus.

Hizo un gesto y sus hombres le patearon las corvas para ponerlo de rodillas delante del abrevadero. Regnus lo agarró del pelo y le hundió la cabeza en el agua.

—Atadle las manos. Esto podría llevarnos unos minutos —ordenó.

Blat emergió boqueando y dando manotazos, pero los soldados le inmovilizaron las manos en un periquete. Thaddeus Blat escupió hacia Regnus, falló y lo maldijo.

—No aprendes —dijo Regnus, y empujó hacia abajo. Blat se hundió de nuevo y en esa ocasión el duque esperó hasta que dejó de revolverse—. Cuando paran de luchar —explicó a sus hombres—, significa que empiezan a entender que realmente podrían morir, a menos que se concentren de verdad. Creo que esta vez nuestro amigo será un poco más educado.

Sacó a Blat, con el flequillo pegado a la frente hasta tocarle la ceja; durante un buen rato, el hombre se reservó su aliento para respirar.

—¿Quién eres? —preguntó luego.

—Soy el duque Regnus de Gyre, y vas a contarme todo lo que sepas sobre la muerte de los míos.

El hombre volvió a maldecirlo.

—Giradlo un poco —ordenó Regnus.

Sus soldados obedecieron, y él hundió el puño en el plexo solar de Blat, vaciándole de aire los pulmones. El cautivo solo tuvo tiempo de inspirar media bocanada antes de que le volvieran a zambullir la cabeza en el abrevadero.

Regnus lo mantuvo debajo hasta que salieron burbujas a la superficie y al verlas le sacó la cabeza, pero solo por un momento. Volvió a hundirlo enseguida. Repitió el proceso cuatro veces. Cuando sacó a Blat por quinta vez, le soltó la cabeza.

—Me estoy quedando sin tiempo, Thaddeus Blat, y no tengo nada que perder si te mato. Ya he matado a mi mujer y a todos mis sirvientes, ¿recuerdas? De modo que, si tengo que hundirte la cara en esa agua otra vez, la dejaré allí hasta que estés muerto.

En la cara del teniente se dibujó, como una acuarela goteante, auténtico miedo.

—A mí no me cuentan nada... ¡No, esperad! Lo juro. No recibiré mis nuevas órdenes hasta esta noche. Pero todo esto viene de lo más alto. Lo más alto de la Familia, ¿comprendéis?

—¿El Sa'kagé? —Sí.

—Con eso no basta. Lo siento.

Volvieron a hundirle la cabeza en el agua y se revolvió como un demonio pero, de rodillas y con las manos atadas, no tenía nada que hacer.

—Hay que fijar un límite y luego saltárselo —dijo Regnus—. La mayoría de la gente puede resistir cuando cree que hay un límite. Se dicen: «Hasta ahí puedo aguantar». Sacadlo.

Blat salió tosiendo el agua que había tragado y jadeando.

—¿Te has acordado de algo más? —preguntó Regnus, pero no le dio tiempo para responder antes de volver a hundirlo.

—Señor —dijo uno de los soldados, algo inquieto—, si no es indiscreción, ¿cómo sabéis todo esto?

Regnus se sonrió.

—Los lae'knaught me capturaron durante una incursión fronteriza cuando era joven. Pero no tenemos tiempo de usar todo lo que aprendí de ellos. Arriba.

—¡Esperad! —exclamó esta vez Thaddeus Blat—. Les oí decir que el próximo muriente de Hu Patíbulo sería la reina. Ella y sus hijas. Es todo lo que sé. Dioses, es todo lo que sé. Piensa matarlas esta noche en los aposentos de la reina después del banquete. No me matéis, por favor. Juro que eso es todo lo que sé.

A Kaldrosa Wyn le habían prometido un navío de guerra y en lugar de eso le habían asignado una barcaza lenta como una vaca marina. La pirata sethí no había podido rechazar el dinero. «La madre que me parió, ¿por qué no me negué?» Miró a babor, ladró una orden y los marineros corrieron a ajustar las velas para aprovechar

otra migaja de viento. «¿Velas? Sábanas, más bien.» Eran demasiado pequeñas. Ese barco y el que lo acompañaba eran tan pesados y lentos de maniobra que no dejarían atrás ni un bote de remos tripulado por un mono manco. En pocas palabras, tendrían encima a los barcos de guerra cenarianos en menos de diez minutos y no había una mierda que Kaldrosa Wyn pudiera hacer al respecto.

—Si teníais pensado hacer algo, ahora sería un buen momento —dijo al círculo de brujos sentados en la cubierta del barcucho.

—Moza —advirtió el cabecilla de los brujos—, nadie le dice a un meister cuál es su trabajo, ¿entendido? —Los ojos del hombre no se elevaron de sus pechos desnudos hasta la última palabra.

—Pues que os den a todos —le espetó Kaldrosa. Escupió por la borda, sin desvelar la náusea que le provocaban esos ojos de brujo en su piel. Los muy hijos de puta llevaban todo el viaje mirándole las tetas. Por lo general, con extranjeros a bordo se habría cubierto, pero le gustaba poner incómodos a los khalidoranos. Los brujos eran otro asunto.

Kaldrosa ordenó arrizar las velas y puso a remar a los hombres de debajo de la cubierta, pero ni siquiera eso serviría de nada. Los artesanos de Khalidor, puag, ¡hasta los remos estaban mal diseñados, eran demasiado cortos! A pesar de llevar a bordo centenares de hombres, no podía traducir su fuerza a velocidad porque no podían sentarse varios al mismo remo, ni podían imprimir largas paladas. Maldijo su propia codicia y a los brujos... en silencio.

En cuestión de minutos tenían encima a los tres navíos de guerra cenarianos. Era una pena. En todo el océano, Cenaria no podía tener más que una docena de barcos en su armada, y Kaldrosa había ido a topar con sus tres mejores naves. A bordo de su Gavilán o de cualquier otro barco sethí con tripulación nativa, estaría a salvo.

Los brujos por fin se pusieron en pie cuando el primer barco cenariano se acercó a menos de cien pasos. Pretendían embestir a su barcaza y partirle los remos. Ochenta pasos. Setenta. Cincuenta. Treinta.

Los brujos tenían las manos entrelazadas. Estaban recitando, y en la cubierta había más oscuridad que un momento antes, pero no sucedía nada. Los marineros y los soldados del barco cenariano se gritaban entre ellos y la insultaban a ella, preparándose para la colisión y la batalla que la seguiría.

—¡Malditos seáis —chilló—, haced algo!

Con el rabillo del ojo creyó ver pasar algo inmenso bajo el casco. Se volvió para agarrarse antes del choque, pero lo único que recibió fue un chorro de agua directo a la cara. Oyó un crujido tremebundo y, cuando se secó los ojos, vio pedazos del barco cenariano volando por los aires. No muchos. No los suficientes para responder del navío entero.

Entonces divisó el resto del barco bajo las aguas azules y poco profundas. De

algún modo se había hundido en un instante. Los trozos que salieron volando eran maderos de la cubierta y los mástiles que se habían desprendido cuando las aguas se cerraron sobre la nave.

El mar se volvió negro, como si un grueso nubarrón hubiera tapado el sol, aunque su superficie ondulaba. A Kaldrosa le llevó un momento comprender que había algo pasando bajo su barco. Algo absolutamente inmenso. Vio recitar a los brujos, y ya no eran solo sus manos las que se entrelazaban. Parecía que los tatuajes negros que todos llevaban se hubieran desgajado de sus brazos y se agarrasen entre sí, latiendo de poder. Los brujos sudaban, sometidos a una enorme tensión.

Se formó una ola como si alguien hubiera disparado una flecha descomunal a ras de agua, y se detuvo al llegar al segundo navío de guerra cenariano. Los tripulantes de su cubierta, a cincuenta pasos de distancia, gritaban, disparaban flechas al agua y blandían espadas, mientras el capitán intentaba virar el barco.

Durante cinco segundos no pasó nada, y luego dos bultos gigantescos y grises se pegaron a la cubierta del bajel cenariano. Eran demasiado grandes y, en un primer momento, Kaldrosa no pudo adivinar de qué se trataba; cada uno cubría casi la cuarta parte del casco del barco. Entonces el navío se elevó diez pasos por encima del mar, derecho hacia arriba, y Kaldrosa comprendió que eran los dedos de una inmensa mano gris. Después la mano bajó y el barco entero desapareció bajo las olas, tras estallar en pedazos al estrellarse contra la superficie y lanzar despedida una ráfaga de astillas.

La forma negra volvió a moverse, demasiado gigantesca para ser real. Los hombres del último barco cenariano gritaban desesperados. Kaldrosa escuchó órdenes a voz en cuello, pero había demasiada confusión en cubierta. La embarcación derivó, a pesar de que había reducido la distancia a su barcaza mientras los otros navíos se hundían y ya casi estaba rozándola.

El mar se abombó de nuevo, pero en esa ocasión no hubo pausa. El leviatán nadó bajo el barco cenariano a una velocidad increíble, emergiendo lo suficiente para que las espinas dorsales se elevasen diez metros en el aire.

Las espinas cortaron el navío por el centro y sendos latigazos de una cola gris sepultaron las dos mitades en el océano. Los soldados khalidoranos que abarrotaban la cubierta (Kaldrosa ni los había visto salir) prorrumpieron en vítores.

Estaba a punto de ordenarles que volvieran a sus puestos cuando se quedaron mudos de repente. Los soldados señalaron con el dedo. Kaldrosa siguió sus miradas y vio elevarse el mar de nuevo, en una onda que esa vez avanzaba directa hacia ellos. Los brujos sudaban con profusión, con un pánico manifiesto pintado en la cara.

—¡No! —gritó un joven brujo—. Eso no funcionará. Hagámoslo así.

Una onda inmaterial partió de los brujos hacia el leviatán. Alcanzó a la bestia que se acercaba, y no pasó nada. Los soldados gritaron horrorizados.

Entonces la inmensa criatura dio media vuelta y se alejó mar adentro.

Los soldados vitorearon y los brujos se derrumbaron en la cubierta, pero no todo había concluido. Kaldrosa lo notó enseguida.

Mientras ordenaba retirar los remos e izar las velas una vez más, no perdió de vista a los brujos.

El cabecilla estaba hablando con el joven que, si las suposiciones de Kaldrosa eran correctas, había tomado las riendas y les había salvado a todos la vida. El joven negó con la cabeza, mirando fijamente la cubierta bajo sus pies.

—Obediencia hasta la muerte —le oyó decir.

El cabecilla habló de nuevo, demasiado bajo para que Kaldrosa lo entendiera, y los otros once brujos formaron un corro en torno a sus dos compañeros. Pusieron las manos sobre el joven que los había salvado a todos, cuyos tatuajes empezaron a elevarse desde debajo de la piel. Se fueron hinchando hasta dejarle los brazos negros y luego estallaron, no hacia fuera, no alejándose del cuerpo del brujo, sino hacia dentro, como si fuesen venas demasiado llenas que reventaban. Los tatuajes despedazados sangraron bajo la piel del joven, que se derrumbó sobre la cubierta entre violentas sacudidas. En cuestión de segundos, su cuerpo entero era de color negro. Se agitó emitiendo unos ruidos ahogados y en un abrir y cerrar de ojos estaba muerto.

La tripulación del barco se había cuidado de no mirar hacia los brujos. Kaldrosa descubrió que solo ella había presenciado el suceso. El cabecilla de los brujos dio una orden, y sus compañeros arrojaron el cadáver por la borda. Después el cabecilla se volvió y la observó con sus ojos demasiado azules.

«Nunca más —se juró Kaldrosa—. Nunca más.»

—¿Sabes cuál es el secreto de un chantaje eficaz, Durzo? —preguntó Roth. Estaba sentado a una bella mesa de roble que resultaba incongruente en aquella casucha típica de las Madrigueras. Durzo, de pie ante él, parecía un cortesano aguantando una regañina del monarca. Roth hasta había elevado su silla. Había que ser presuntuoso.

—Sí —respondió Durzo. No estaba de humor para juegos.

—Recuérdamelo —dijo Roth, alzando la vista de los informes que había estado leyendo. No bromeaba.

Durzo se maldijo y maldijo al destino. Había hecho todo lo posible por impedir aquello, había pagado el precio entero de amargura, y aun así había sucedido.

—Usar la primera amenaza para conseguir otra mejor.

—Tú me lo has puesto difícil, Durzo. Has convencido al mundo de que todo te trae sin cuidado.

—Gracias. —Durzo no sonrió. No servía para el papel de sirviente humillado.

—Pero no eres consciente que soy más listo que tú.

—Consciente «de» que.

Roth entrecerró los ojos, muy juntos, al oír la réplica despreocupada de Blint. Era un joven delgado, con la cara angulosa y medio oculta por la melena y una perilla morena y aceitada. No le gustaba hablar por hablar. No le gustaba la gente. Tendió una mano abierta y esperó.

Durzo le lanzó el bello cristal plateado.

Roth lo examinó por un momento y después se lo tiró de vuelta, sin sonreír.

—No juegues conmigo, asesino. Sé que allí había uno auténtico. Tenemos a dos espías que vieron cómo alguien se lo enlazaba.

—Entonces también deberían haberte contado que alguien se me adelantó.

—De verdad.

Roth estaba imitando la tendencia de Mama K a formular preguntas como si fuesen afirmaciones. Debía de pensar que eso le confería autoridad. Andaba muy desencaminado si creía que imitar a Mama K sería suficiente para mantener el poder. Una parte de Durzo deseaba contarle que Mama K era el shinga. Era evidente que Roth no lo sabía, y Mama K había traicionado a Durzo, pero él no era de los que usaban ratas para hacer el trabajo de un hombre. Si mataba a Gwinvere, lo haría con sus propias manos. «¿Cómo que "si"? Me estoy ablandando. Cuando. Me traicionó. Debe morir.»

—De verdad —respondió, sin entonación.

—Entonces creo que va siendo hora de que conozcas otra de mis «bazas».

No hubo ninguna señal que Durzo pudiera detectar, pero un anciano entró en la chabola al instante. Era un tipejo bajito y encorvado por los años, más años de los que debería soportar un cuerpo mortal. Tenía los ojos azules y penetrantes y una cortinilla de pelo cano peinada sobre una cabeza por lo demás calva.

El hombre le dedicó una sonrisa desdentada.

—Soy el vürdmeister Neph Dada, consejero y vidente de su majestad.

No un brujo cualquiera; un vürdmeister. Durzo Blint se sintió viejo.

—Cuánto honor. Pensaba que llamabais «su santidad» a esos perros que tenéis por reyes —dijo.

—Su majestad —aclaró Neph Dada— Roth Ursuul, noveno hijo aspirante al trono del rey dios. —Hizo una reverencia hacia Roth.

Por los Angeles de la Noche, hablaba en serio.

Neph Dada agarró la barbilla de Durzo con una mano endeble y tiró de ella hasta que sus ojos estuvieron a la misma altura.

—Sabe quién se llevó el Orbe de los Filos —sentenció Neph.

Ya no podía negarlo. No con un vürdmeister presente. Se decía que los vürdmeisters podían leer la mente. No era cierto, pero se acercaba bastante. Durzo

sabía que pocos de ellos podían, y esos pocos no leían exactamente los pensamientos. Tal y como se lo habían explicado a Durzo, hacía más tiempo de lo que quería recordar, lo que captaban no era más que atisbos de imágenes que había visto el sujeto. Con todo, los mejores vürdmeisters podían intuir mucha verdad a partir de unas pocas imágenes. En su situación no había casi diferencia entre una y otra cosa. «¿Cómo puedo aprovechar lo que he visto para ocultar lo que sé?»

—Fue mi aprendiz —dijo.

Roth Ursuul —«Por los Ángeles de la Noche, ¿Ursuul?»— alzó una ceja.

—No sabe lo que es —prosiguió Durzo—. No sé quién lo envió. Nunca acepta trabajos sin consultarme.

—¿Quizá no deberías estar tan seguro de eso? —insinuó Neph.

—Os conseguiré el ka'kari. Solo necesito algo de tiempo.

—¿Ka'kari? —preguntó Roth.

El joven jamás había empleado aquella palabra. Durzo acababa de cometer un error estúpido, del todo impropio. Se estaba viniendo abajo.

—El Orbe de los Filos —aclaró.

—Te he dado la oportunidad de ser sincero conmigo, Durzo. Así pues, lo que voy a hacer es culpa tuya. —Roth le hizo una seña a uno de los guardias apostados a la entrada de la chabola—. La niña.

Al poco, entraron con una niña pequeña a cuestas. Estaba drogada, por medios químicos o mágicos, y al guardia le costaba un poco sostener su cuerpo inerte. Tendría unos once años y estaba delgada y sucia, pero no eran la delgadez y la suciedad de un rata de hermandad; estaba flaca y mugrienta, pero sana. Tenía el pelo oscuro, largo y rizado, y la misma cara entre angelical y demoníaca que había tenido su madre. Algún día sería más guapa incluso que Vonda. Había heredado la altura de Durzo pero, gracias a los dioses, en todo lo demás había salido a su madre. Uly era una niña preciosa. Era la primera vez que Durzo veía a su hija.

Hacía que le doliera una herida que no era nueva.

—Has escogido resistirte a cooperar, Durzo —dijo Roth—. En circunstancias normales haría un escarmiento contigo, pero los dos sabemos que no me es posible. Te necesito demasiado, por lo menos durante los próximos días. Así que a lo mejor debería, no sé, cortarle la mano como advertencia y hacerle saber que la pierde porque a ti no te da la gana impedirlo. Que prefieres verla sufrir. ¿Quizá algo así me ayudaría a obtener tu colaboración?

Durzo estaba paralizado, con la vista clavada en su hija. ¡Su hija! ¿Cómo la había puesto en manos de ese hombre? Había sido la baza del rey, y Roth se la había quitado a Aleine delante de sus narices.

—¿Qué te parece esta otra idea? —prosiguió Roth—. Nosotros le cortamos una mano o tú le cortas un dedo.

Había una salida. Incluso a esas alturas, había una salida. Uno de sus cuchillos estaba envenenado. Lo había untado con el veneno de áspid. Para Kylar. Sería indoloro, sobre todo para una niña tan pequeña. Estaría muerta en cuestión de segundos. A lo mejor sorprendería lo suficiente a Roth para poder escapar. A lo mejor.

Podía matar a su hija y probablemente acabar muerto, y Kylar viviría. Si no, ese tal Roth Ursuul le exigiría que matase a Kylar y consiguiera el ka'kari. Sería bastante fácil fingirlo todo si Roth no ni viese un vürdmeister.

¿Podía matar a su propia hija? Si no lo hacía, les estaba dejando matar a Kylar.

—Ella no ha hecho nada —dijo.

—Ahórramelo —replicó Roth—. Tienes demasiada sangre en las manos para venirme llorando con el sufrimiento de los inocentes.

—Hacerle daño no es necesario.

Roth sonrió.

—Sabes, viniendo de cualquier otro, me reiría. ¿Te acuerdas de lo que pasó la última vez que quisiste ver el farol de un Ursuul? —Durzo no pudo mantener la expresión impasible; un destello de pena afloró a la superficie—. ¿Quién lo habría imaginado? —dijo Roth—. Mi padre coge a la madre y yo a la hija. ¿Has aprendido la lección, Durzo Blint? Creo que sí. A mi padre le complacerá ver que estoy cerrando el círculo. El intentó chantajearte para obtener un ka'kari falso y falló; yo te chantajeo a cambio de uno real y lo consigo.

A Neph se le encendieron los ojos cuando Roth dijo eso. Estaba claro que no aprobaba las ínfulas del príncipe, pero Durzo seguía descolocado. No veía ninguna manera de explotar esa minúscula división entre los dos.

—Te explicaré cómo funcionará el chantaje en tu caso, Durzo Blint: si creo que te me estás resistiendo, tu hija morirá. Y hay otras... digamos que «indignidades», que sufrirá primero. Deja que tu imaginación trabaje en cuáles podrían ser; es lo que haré yo. Será una cáscara vacía para cuando hayamos terminado. Pasaré meses exprimiendo hasta la última gota de sufrimiento de su mente y su cuerpo antes de que la matemos, y disfrutaré con el trabajo. Soy uno de los discípulos más devotos de Khali. ¿Me entiendes, Blint? ¿Me expreso con claridad?

—Perfectamente. —Tenía la mandíbula tensa. No podía matarla. Por los Ángeles de la Noche, no podía y punto. Ya se le ocurriría algo. Siempre se le ocurría algo. Tenía que haber una salida para esa situación. La encontraría y mataría a esos dos hombres.

Roth sonrió.

—Ahora cuéntame todo sobre ese aprendiz tuyo. Y todo quiere decir todo.

Capítulo 49

Kylar salió de entre las sombras de la oficina del Jabalí Azul y agarró a Jarl por el cuello con un brazo, mientras le tapaba la boca con la otra mano.

—¡Mmm mmmf! —protestó Jarl contra su palma.

—Tranquilo, soy yo —le susurró Kylar al oído. Temeroso de que se pusiera a gritar, soltó despacio a su amigo.

Jarl se frotó la garganta.

—Maldita sea, Kylar, ten cuidado. ¿Cómo has entrado?

—Necesito tu ayuda.

—No me digas. Justamente iba a salir a buscarte.

—¿Qué?

—Mira en el cajón de arriba. Tardarás lo mismo en leerlo que yo en explicártelo —dijo Jarl.

Kylar abrió el cajón y leyó la nota. Roth era Roth Ursuul, un príncipe khalidorano. Acababan de elegirlo shinga. Kylar era sospechoso del asesinato del príncipe; los hombres del rey lo andaban buscando. Dejó la nota a un lado.

—Necesito tu ayuda, una última vez, Jarl.

—¿Me estás diciendo que ya sabías todo eso?

—No cambia nada. Necesito tu ayuda.

—¿Esto me costará la vida?

—Necesito saber dónde se esconde Mama K.

Jarl entrecerró los ojos.

—¿Debo preguntar por qué?

—Voy a matarla.

—¿Después de todo lo que ha hecho por ti? Eres...

—Me ha traicionado, Jarl, y lo sabes. Me manipuló para que intentara matar a Durzo Blint. Lo hizo tan bien que pensaba que había sido idea mía.

—A lo mejor deberías oír su versión antes de matarla. A lo mejor el asesinato no debería ser tu primer recurso contra las personas que te han ayudado —sugirió Jarl.

—Me convenció de que, para salvar a un amigo, debía matar a Hu Patíbulo. Solo que no era Hu, sino Durzo. Nos traicionó a él y a mí. Por su culpa he hundido a un amigo y le he arrebatado todo lo que ama.

—Lo siento, pero no puedo ayudarte.

—No te lo estoy pidiendo —advirtió Kylar.

—¿Me lo vas a sacar a hostias? —preguntó Jarl.

—Haré lo que haga falta.

—Está escondida —dijo Jarl, impasible—. Tuvo una pelea tremenda con Blint no hace mucho. No sé sobre qué discutieron. Pero me ha ayudado, y no la traicionaré.

—Sabes que ella te la jugaría sin pensarlo un segundo, Jarl.

—Lo sé —dijo su amigo—. Quizá me dedique a vender mi cuerpo, Kylar, pero hago lo que puedo para preservar el resto de mí. Solo me quedan unos pocos retazos de dignidad. Si me los quitas, no estarás matando únicamente a Mama K.

—Una cosa es decir que te llevarás un secreto a la tumba y otra muy distinta hacerlo realidad —avisó Kylar—. Nunca he torturado a nadie, Jarl, pero sé cómo se hace.

—Si fueses a torturarme, ya habrías empezado, amigo mío.

Se miraron a los ojos hasta que Kylar apartó la vista, derrotado.

—Si necesitas ayuda con cualquier otra cosa, soy todo tuyo, Kylar. Espero que lo sepas.

—Lo sé. —Kylar suspiró—. Solo estate preparado, Jarl. Van a pasar muchas cosas antes de lo que nadie se imagina.

Llamaron a la puerta.

—¿Sí? —dijo Jarl.

Un guardaespaldas asomó la cabeza calva.

—Du... Durzo Blint desea veros, señor. —Parecía aterrorizado.

Kylar intentó recurrir a su Talento para camuflarse en las sombras como había hecho al entrar en El Jabalí Azul.

No pasó nada. «Oh, mierda.» Prácticamente se lanzó de cabeza detrás del escritorio de Jarl.

—¿Señor? —preguntó el guardaespaldas, que no había visto a Kylar por la rendija de la puerta que había abierto.

—Ah, sí, que pase —dijo Jarl.

La puerta se cerró y volvió a abrirse al cabo de poco. Kylar no se atrevió a mirar. Si se asomaba lo bastante para ver a Durzo, Durzo lo vería a él.

—No voy a desperdiciar tu tiempo ni el mío —oyó decir a Durzo. Unos pasos avanzaron con suavidad por el suelo y el escritorio crujió cuando alguien se sentó sobre él—. Sé que eres amigo de Kylar —dijo Durzo, apenas unos centímetros por encima de su aprendiz.

Jarl lo admitió con un gruñido inarticulado.

—Quiero que le transmitas un mensaje lo antes posible. Ya se lo he mandado por otros medios, pero tengo que asegurarme de que lo reciba. Dile que debo hablar con él. Estaré en La Fulana Alegre durante las próximas dos horas. Dile que será *arutayro*.

—Deletrea eso —dijo Jarl, mientras se acercaba a su escritorio y cogía una pluma del tintero.

Durzo lo deletreó y entonces se oyó una protesta ahogada de Jarl, probablemente porque Durzo lo había agarrado.

—Házselo llegar rápido, chico de alquiler. Es importante. Te haré responsable si no lo recibe. —El escritorio volvió a crujir cuando Durzo se levantó para salir del despacho.

En cuanto se cerró la puerta, Kylar salió a rastras de debajo del escritorio. Jarl abrió los ojos sorprendido.

—¿Estabas debajo de la mesa?

—No siempre se puede hacer bonito.

Jarl sacudió la cabeza.

—Eres increíble. —Mientras arrugaba el papel que contenía su nota, dijo—: ¿Qué significa *arutayro?*

—Sin sangre. Significa que no intentaremos matarnos durante la reunión.

—¿Y te fías de él? ¿Después de que lo intentaras matar anoche?

—Blint me matará, pero lo hará de manera profesional. Cree que al menos eso me lo merezco. ¿Te importa que use la ventana? Tengo mucho que hacer antes de encontrarme con él.

—Tú mismo.

Kylar abrió la ventana y se volvió hacia su amigo.

—Lo siento, Jarl. Tenía que intentarlo. Debo matarla y tú eras el camino más rápido para encontrarla.

—Lamento no haber sido de ayuda.

Kylar salió por la ventana, se apartó del ángulo de visión de Jarl y después intentó alzar las sombras de nuevo. Esa vez funcionó a la primera. «Perfecto.» Ni siquiera entendía qué había hecho diferente en el despacho.

«Por los Angeles de la Noche.» Kylar se imaginaba que aprender a controlar su Talento ya habría sido lo bastante difícil si hubiese tenido a Durzo para explicárselo. Averiguarlo por su cuenta sería poco menos que imposible.

Regresó a la ventana. Al cabo de un minuto, Jarl se asomó por ella y después volvió a su mesa y escribió una nota rápida. Llamó a un mozo a su despacho y le entregó el papel.

Kylar dio la vuelta al edificio y siguió al chico tras verlo salir por una puerta lateral. Sabía de antemano que Jarl no se lo diría, y esperaba que su amigo nunca descubriese que aun así lo había utilizado.

Los sucesivos mensajeros fueron de diversa calidad. Algunos pasaban la misiva con tanta discreción que Kylar apenas podía seguirlos con la vista. Otros se limitaban a tenderle la carta al siguiente muchacho.

Les llevó media hora llegar a una casa pequeña del lado oriental. Kylar reconoció al guardia que recibió el mensaje del último mozo. Era un ymmurí de ojos rasgados y pelo liso moreno al que había visto otras veces en casa de Mama K. Era prueba suficiente. Mama K estaba allí. Se las vería con ella más tarde.

Se dirigió hacia La Fulana Alegre.

Durzo Blint estaba sentado contra una pared y había un fardo sobre la mesa. Kylar se sentó con él, se quitó la faja de la cintura y dejó en la mesa sus armas: la daga y el wakizashi que llevaba escondidos en la faja, la espada ceurí de mano y media de la espalda, dos dagas de sus mangas, cuchillos arrojadizos y dardos del cinturón y un tanto de una bota.

—¿Nada más? —preguntó Blint con sarcasmo.

Kylar enrolló la faja y la dejó junto a la de Blint, que era igual de grande.

—Parece que los dos trabajaremos pronto.

Blint asintió y dejó una jarra de inmunda cerveza ladeshiana en el centro exacto de un tablón, de modo que no pisara ninguna rendija.

—¿Querías hablar conmigo? —preguntó Kylar, que se sorprendió de que Blint estuviera bebiendo. Nunca bebía cuando tenía que trabajar.

—Tienen a mi hija. Han hecho amenazas. Amenazas creíbles. El tal Roth es todo un sádico.

—La matarán si no les das el ka'kari —conjeturó Kylar.

Blint solo bebió a modo de respuesta.

—De modo que tienes que matarme —prosiguió Kylar.

Blint lo miró a los ojos. Era un sí.

—¿Es solo un trabajo, o porque yo he fallado? —preguntó, sintiendo un hormigueo en el estómago.

—¿Fallar? —Blint alzó la vista de la cerveza oscura y bufó—. Muchos ejecutores atraviesan lo que llamamos el Crisol. A veces está diseñado a propósito para ejecutores noveles que tienen algún problema serio, cualquier cosa que impida a un aprendiz dotado convertirse en un ejecutor dotado. A veces le pasa a un ejecutor cuando ya es maestro. Es uno de los motivos por los que hay tan pocos ejecutores viejos.

»Mi Crisol fue Vonda, la hermana pequeña de Gwinvere. Nos creíamos enamorados. Creíamos que ciertas realidades no valían para nosotros. Me convertí en un ejecutor con una debilidad manifiesta, y Garoth Ursuul la secuestró. Buscaba un ka'kari, y sigue buscándolo. Igual que yo.

—No sé para qué sirve. Ni siquiera puedo usar mi Talento siempre que quiero. ¿Puedo usar el ka'kari cuando ni siquiera lo tengo en mi poder?

—Deja de interrumpir. Esta historia tiene su sentido, y si esperas que te dé un cursillo el mismo día en que voy a tener que matarte, es que no me conoces —dijo Durzo—. Baste decir que el poder de un ka'kari es inmenso. Yo llevaba años trabajando para conseguir uno. Garoth Ursuul también. El creía que un ka'kari le daría ventaja sobre los otros príncipes y los vürdmeisters para poder convertirse en rey dios. Por eso secuestró a Vonda, me hizo saber dónde la retenía y me dijo que, si

iba a por el ka'kari, la mataría.

—Nunca se te han dado bien las amenazas —comentó Kylar.

—Yo diría que siempre se me han dado de maravilla —replicó Durzo—. La cuestión era que había un tiempo limitado para conseguir el ka'kari. El hombre que supuestamente lo había enlazado se hallaba en su lecho de muerte, con lo que el momento de obtenerlo sería inmediatamente después de que estirase la pata. Como es natural, Garoth retenía a Vonda muy lejos de la ciudad. Yo sabía que el Sa'kagé pensaba envenenar a aquel hombre esa noche. Supuse que Garoth también lo sabía. Al no poder estar en dos sitios a la vez, tuve que tomar una decisión.

»Conocía a Garoth Ursuul. Es un maestro de las trampas. Es más listo que yo. Más retorcido. De modo que supuse que, si iba a por Vonda, acabarían conmigo o bien las trampas o bien unos meisters a sus órdenes. Sabía de una trampa que Garoth había usado en otras ocasiones, una en la que mi llegada sería lo que disparase el mecanismo que la mataría. Era propio de él, hacer que mi intento de rescatar a Vonda fuese lo que provocara su muerte. Si además conseguía el ka'kari de ese modo, mejor que mejor para él. Ese fue mi Crisol, Kylar. ¿Me lanzaría de cabeza a una trampa intentando ser un héroe, o usaría la cabeza, daría a Vonda por perdida e iría a por el ka'kari?

—Elegiste el ka'kari.

—Era una falsificación. —Durzo examinó la mesa, y le tembló la voz—. Después, salí corriendo, robé un caballo y lo reventé del esfuerzo, pero pasaba media hora del amanecer cuando llegué a la casa donde se encontraba Vonda. Estaba muerta. Repasé todas las ventanas, pero no pude encontrar indicio alguno de trampas.

Nunca sabré si fue porque alguien las retiró, si eran puramente mágicas o si nunca hubo ninguna trampa en ellas. Qué hijo de puta más grande. Lo hizo a propósito. —Blint echó un trago largo de su cerveza—. Soy un ejecutor, y el amor es un nudo corredizo. La única manera de redimirme por la elección que tomé era convertirme en el mejor ejecutor de todos los tiempos.

Kylar sentía un nudo en la garganta.

—Por eso no podemos conocer el amor, Kylar. Por eso hice todo lo que pude para alejarte de sus garras. Cometí un error, me permití ser débil una vez, y ahora, después de tantos años, vuelve para atormentarme. No vas a morir porque fallases, Kylar. Morirás porque fallé yo. Así funcionan las cosas. Siempre pagan otros por mis errores. Fallé, Kylar, porque pensé que solo se pasa una vez por el Crisol. Me equivocaba. La vida es el crisol.

Por lo que Kylar podía ver, la decisión de Durzo nunca había dejado de atormentarlo. El hombre era una cáscara vacía. Era un ejecutor legendario, pero lo había sacrificado todo a ese dios. Kylar siempre había querido ser Durzo, siempre lo habían fascinado sus habilidades. Durzo era el mejor, pero ¿dónde estaba el hombre

tras la leyenda?

—Entonces mi Crisol fue Elene. —Kylar sonrió amargamente al vacío que sentía dentro—. ¿No hay manera de que luches junto a mí y contra ellos?

—¿Y dejar que Roth torture y mate a mi hija? He aquí mi alternativa, chico: o mueres tú o muere mi hija. —Durzo sacó un gunder de oro de una bolsa—. Corona gana Roth, castillo pierdo yo.

Lanzó la moneda, que rebotó sobre la mesa e, increíblemente, aterrizó de canto.

—Siempre hay otra opción —dijo Kylar, soltando poco a poco su Talento. «Joder, ha funcionado.»

Blint centró y volvió a centrar su jarra vacía sobre la mesa.

—Trabajé durante casi quince años para conseguir el Orbe de los Filos, Kylar. No sabía dónde estaba. No sabía si estaba enlazado a alguien. No sabía qué clase de defensas mágicas lo protegían. Sabía que las personas como tú en teoría llamaban a los ka'kari, y que tu necesidad de él reforzaría esa llamada. Por eso te llevé a trabajos en todos los rincones de la ciudad. ¿Cómo podía saber que lo tenía el rey Gunder y lo tomaba por una joya cualquiera? Nadie hablaba de él porque nadie sabía que era especial. A nadie le importaba. Y pensé que a lo mejor me equivocaba, que solo tenías un bloqueo. Que, si te presionaba lo bastante, usarías tu Talento. Después de perseguirlo durante quince años, ¿te creías que sería fácil entregarlo sin más? ¿Crees que es fácil renunciar a quince años de tu vida?

—Pero ibas a hacerlo. —Kylar estaba asombrado.

—Y un cuerno. En cuanto lo hubiese tenido, no lo habría regalado nunca —dijo Durzo.

Kylar no le creyó. Blint tenía planeado darle el ka'kari desde el principio... hasta que llegó Roth.

—Maestro, trabaja conmigo. Juntos podemos con Roth.

Durzo guardó silencio durante unos instantes.

—¿Sabes? Yo también fui como tú, chico. Durante mucho tiempo. Deberías haberme conocido entonces. Te habría caído bien. Podríamos haber sido amigos.

«Me caes bien, maestro. Me gustaría ser amigo tuyo», dijo Kylar, pero solo en su cabeza. Por algún motivo las palabras no lograron abrirse paso entre sus labios. Quizá no importaba: Durzo no le creería, de todas formas.

—Roth es un príncipe khalidorano, chico. Tiene un vürdmeister. Pronto tendrá más brujos que magos hay en las tierras del sur, y de remate un ejército. Es el dueño del Sa'kagé. No hay esperanza. Ya no hay modo de plantarle cara. Ni los mismísimos Ángeles de la Noche lo intentarían.

Kylar levantó las manos, harto del fatalismo y las supersticiones de Blint.

—Y yo que pensaba que eran invencibles.

—Son inmortales. No es lo mismo. —Blint se echó a la boca un diente de ajo—.

Puedes llevarte lo que quieras de mi casa. No me gustaría verte morir solo porque yo tengo mejor equipo.

—No lucharé contra ti, maestro.

—Lucharás. Morirás. Y te echaré de menos.

—¿Maestro Blint? —dijo Kylar, al recordar algo que Dorian había dicho—. ¿Qué significa mi nombre?

—¿«Kylar»? ¿Conoces la palabra «huésped»?

—Quiere decir invitado, ¿no? —preguntó Kylar—. Como en una casa de huéspedes, por ejemplo.

—Sí, pero a la vez puede referirse al anfitrión. En otras palabras, huésped significa al mismo tiempo «el que hospeda» y «el que es hospedado». Dos sentidos opuestos. Así es tu nombre: significa «el que mata» y «el que es matado».

—No lo entiendo —dijo Kylar.

—Ya lo entenderás. Que los Angeles de la Noche cuiden de ti, chico. Recuerda, tienen tres caras.

—¿Qué?

—Venganza, Justicia y Piedad. Siempre saben cuál enseñar. Y recuerda la diferencia entre venganza y revancha. Ahora vete.

Kylar se puso en pie y guardó sus armas con movimientos de experto. Al levantarse rozó la mesa con la cadera y la moneda en equilibro se tambaleó y cayó antes de que pudiera pararla recurriendo a su Talento. No hizo caso, porque se negaba a ver el resultado como un presagio.

—Maestro Blint —dijo, mirando a su maestro a los ojos e inclinándose con respeto—, *kariamu lodoc*. Gracias. Por todo.

—¿Gracias? —bufó el maestro Blint. Recogió la moneda. Había salido castillo. «Castillo pierdo yo.»—. ¿Gracias? Siempre has sido la repera, chaval.

Capítulo 50

Kylar disponía de una hora antes de que Durzo fuera a por él. Lo sabía porque le había visto beberse una jarra entera de cerveza, y Durzo Blint no trabajaba cuando tenía alcohol en el organismo.

Era la ocasión perfecta para ir a la casa segura del maestro. Quizá tuviera suerte y pudiese averiguar cómo pensaba matarlo a partir de los instrumentos que faltasen.

Por prudencia, usó los callejones para llegar a la casa segura. En un abrir y cerrar de ojos desarmó la trampa de la cerradura y luego buscó la segunda. De haber sido plenamente visible, se habría sentido expuesto, pero su Talento lo obedeció por esa vez y lo cubrió de sombras. Seguía sin tener ni idea de lo bien oculto que estaba, pero en esa calle oscura y poco frecuentada no le inquietaba tomarse su tiempo. La segunda trampa estaba incrustada en el marco, delante del pasador. Kylar negó con la cabeza. Y Blint decía que las trampas no eran lo suyo. Armar una trampa que se disparaba al desaparecer la presión del propio pestillo no era tarea fácil.

Tras desarmar ese mecanismo, Kylar empezó a forzar la cerradura en sí. Blint siempre le había dicho que colocar más de dos trampas en una puerta era una pérdida de tiempo. Debería cazarse a alguien con la primera trampa, pero si estaba tan mal montada que el intruso se confiaba, podría sorprendérsele con una segunda perfectamente camuflada. Después de eso, solo un idiota dejaría de revisar la puerta con atención hasta encontrar cualquier otro dispositivo escondido.

Kylar no tuvo que tantear con la ganzúa. Llevaba años practicando con esa puerta, de modo que la clavija entró en su hueco al instante. Entonces notó algo raro. Separó los dedos y dejó caer la ganzúa en el preciso instante en que se activaba el resorte. Una aguja negra pasó disparada entre sus dedos abiertos; le rozó el nudillo y estuvo a punto de atravesar la piel.

—Uf.

El compuesto negro de la aguja era beleño y parvurriesgo. No habría resultado fatal, pero lo habría dejado enfermo durante días y no habría tenido tiempo de alejarse mucho antes de que el veneno hiciera efecto. La trampa tenía muy mala idea, y significaba que el maestro Blint seguía poniéndolo a prueba. «Solo un idiota dejaría de revisar la puerta con atención después de dos trampas. ¡Dioses!»

Kylar entró con cuidado. Esa casa segura no era tan espaciosa como la de sus primeros meses con el maestro Blint y, al tener dentro todos los animales, era tremendamente ruidosa, apestosa y sucia.

Los animales habían desaparecido. Kylar arrugó la frente. Un examen superficial le indicó que por la mañana todavía estaban en sus sitios.

Pasó más adentro y encontró una carta doblada encima del escritorio de Durzo. Sacó un cuchillo con cada mano y la desplegó sin tocarla. Dudaba que su maestro

fuese a usar un veneno de contacto en el papel, pero tampoco había creído que fuera a colocar una tercera trampa en la puerta.

El texto estaba escrito con la letra prieta y controlada de Durzo:

> Kylar:
>
> Cálmate. Matarte con un veneno de contacto sería de lo más insatisfactorio. Me alegro de que la tercera trampa no te pillara pero, si te hubieses basado en lo que creías saber sobre mí en vez de comprobarlo, te lo habrías merecido.
>
> Te echaré de menos. Eres lo más parecido a una familia que tendré nunca. Siento haberte metido en esta vida. Mama K y yo hicimos todo lo posible por convertirte en un ejecutor. Supongo que nuestro fracaso te honra. Significas más para mí de lo que jamás creí que pudiera significar otra persona.

Kylar parpadeó para contener las lágrimas. De ninguna manera podía matar al hombre que había escrito eso. Durzo Blint era más que su maestro: era su padre.

> Esta noche termina todo. Si quieres salvar a quien te importa, más te vale encontrarme.
>
> AT

«¿AT?» Parecía una firma pero no coincidía con el nombre de Blint. Tal vez era una abreviatura de algo, como «atentamente», que no pegaba nada, o una pista sobre dónde estaría su maestro. ¿Y qué quería decir con lo de salvar a quien le importaba? ¿Acaso sabía Durzo dónde estaba Elene? ¿Por qué la amenazaba? ¿O estaba hablando de Jarl? Kylar se puso pálido.

Los animales no estaban. Todas las demás propiedades de Blint seguían allí, de modo que no estaba de mudanza.

Los animales no tendrían nada raro a ojos de un cocinero, y el catador que probase los alimentos tardaría horas en notar los efectos, tiempo más que suficiente para servirlos en la cena.

Blint solo bebía después de terminar un trabajo.

Los animales no estaban. Ninguno de ellos. No había muchos lugares que pudieran servirlos todos.

—Mierda. —Blint pretendía envenenar a los nobles en el banquete del solsticio de verano. Elene no estaría allí, por supuesto. Tampoco Jarl. Blint debía de saber algo

que Kylar ignoraba. Quien asistiría sería Logan.

Roth pensaba intentar su golpe de estado. Esa misma noche.

Kylar se mareó. Apoyó una mano en la mesa para mantener el equilibrio e hizo tintinear entre sí los frascos de cristal y las redomas. Sus ojos fueron a dar en un recipiente en el que se fijaba desde hacía años. Contenía el veneno de áspid, y quedaba poco. Blint no bromeaba con sus amenazas. Si Kylar había pensado por un momento que Blint no lo mataría después del arutayro o al leer la carta, se equivocaba. Para Blint era cuestión de dignidad profesional. Había cruzado una línea años antes al dejar morir a Vonda, y no había vuelta atrás.

Era muy propio de Durzo Blint. Estaba dando una oportunidad a Kylar, proporcionándole información suficiente para que se presentara y motivándolo para luchar pero, a la hora de la verdad, haría todo lo posible para ganar. Siempre lo hacía.

El cuerpo de Kylar conocía el siguiente paso, aunque su mente estuviera lejos. Pasó unas hebras de algodón por los diminutos agujeros de un pequeño cuchillo de envenenador y las empapó con unas gotas de veneno de áspid.

A Logan no le gustaba el conejo, de modo que Kylar preparó los antídotos para los venenos que habían dado a los faisanes y los estorninos, y confió en que su amigo no tocase el cerdo. Por sí mismo no resultaría letal, pero no había antídoto para ese veneno. Si Logan se ponía muy enfermo, a Kylar le sería imposible cargarlo a peso.

Se frotó el cuerpo sin usar jabón para oler lo menos posible. Se ató cuchillos a los antebrazos desnudos y un tanto a una pantorrilla. Luego se puso los pantalones y la túnica de algodón gandiano que se ajustaban al cuerpo, en moteado negro y gris. Se ajustó el arnés para las armas. Comprobó que sus venenos y garfios estuviesen en el cinturón. Deslizó el cuchillo de envenenador en su funda especial. Por último, envainó unas dagas y su espada ceurí de mano y media.

Entonces vio a Sentencia. Blint había dejado la gran espada negra colgada en la pared. Había dejado su espada favorita para Kylar. Sin duda tendría algo ingenioso que decir sobre recuperarla de su cadáver o, si se torcía la situación para Durzo, no la necesitaría más.

«Va en serio. Esto es a vida o muerte de verdad.» Kylar alzó la espada con reverencia y se la colgó a la espalda. Era más pesada que lo que estaba acostumbrado a utilizar pero, con su Talento, resultaría perfecta.

Listo por fin, se dirigió hacia la puerta y se detuvo ante ella. Apoyó la frente en la madera y respiró, solo respiró. ¿Cómo habían llegado a ese punto? Esa noche moriría él o moriría el maestro Blint. Ni siquiera sabía lo que debía hacer cuando llegase al castillo. Sin embargo, si no hacía nada, Logan iba a morir.

Capítulo 51

Durzo avanzó a rastras por una de las enormes vigas que sostenían el techo del gran salón del Castillo de Cenaria, embozado en sombras. En su oficio había mucha variedad, eso siempre le había gustado. Aunque nunca había querido hacer el trabajo de una sirvienta.

Sin embargo, de algún modo había acabado pasando un trapo húmedo por la madera, recogiendo el polvo con meticulosidad mientras avanzaba poco a poco tras limpiar cada centímetro. Por increíble que fuera, nadie se había molestado recientemente en quitar el polvo a unas vigas que estaban a quince metros de altura. Y Durzo odiaba ensuciarse.

Aun así, por cuidadoso que fuera, no podía evitar que se levantaran pequeñas cantidades de polvo de vez en cuando, que se dispersaban como nubes cargadas de nieve y caían hacia el salón, delatando su por lo demás invisible avance.

Los nobles de abajo, por suerte, no estaban precisamente mirando hacia el techo. Los festejos se hallaban en su apogeo. Los sucesos de la noche anterior habían atraído a todo el mundo al castillo. Las voces flotaban hasta las vigas en un sordo fragor mientras hombres y mujeres celebraban el solsticio y chismorreaban sobre lo que haría el rey. Por supuesto, el tema más candente era qué hacía Logan en la mesa real. Todos sabían que lo habían arrestado y nadie le quitaba ojo de encima. ¿Por qué estaba allí?

Por su parte, Logan estaba sentado como un condenado a muerte... que era exactamente lo que Durzo sospechaba que era. Conociendo a Aleine, el rey habría invitado a Logan para humillarlo en público delante de todos los grandes del reino. Quizá anunciaría la pena de muerte para Logan. Quizá ejecutaría la sentencia en la misma mesa.

Durzo volvió a moverse y desprendió una gran costra de polvo centenario. Observó, impotente, mientras caía en espiral hacia una de las mesas laterales. Parte se deshizo en el aire, pero el resto aterrizó en el brazo de una noble que gesticulaba.

La dama se sacudió el brazo y prosiguió con su anécdota sin interrumpirse.

Durzo apretó los dientes y siguió limpiando polvo y avanzando por la viga ascendente poco a poco. Estaba perdiendo facultades. Claro que siempre se había recriminado que estaba perdiendo facultades. Eso lo mantenía atento. A lo mejor esa vez, sin embargo, era verdad. Sucedían demasiadas cosas. Era todo demasiado personal.

Llegó a una encrucijada en la que coincidían varias vigas para aguantar el techo. Era imposible continuar por la que había recorrido; tendría que rodear el bloque que formaba la confluencia o pasar por debajo. Quienquiera que hubiese diseñado la estructura, no había tenido en cuenta la comodidad de los espías.

Durzo se ajustó unos garfios de escalada a las dos muñecas y encajó los dedos en la juntura de dos vigas que se unían en ángulo. Era doloroso, pero un ejecutor aprendía a vencer el dolor. Aguantándose de las manos, dejó que sus pies abandonaran la viga y quedó colgando en el vacío. Se preguntó qué pensaría la noble gorda de debajo si de repente caía una sombra del techo a su plato. Estaba suspendido de las puntas de los dedos, y se sirvió de su propio peso para encajarlos todavía más en el doloroso resquicio. Después soltó la mano derecha y se balanceó para agarrarse al otro lado del punto donde confluían todas las vigas.

Si lo logró fue gracias a su envergadura. Coló tres dedos en el ángulo del otro lado. Al desplazar su peso, el polvo acumulado en aquella juntura bastó para que se le escurrieran los dedos.

Blint dobló la mano hacia abajo cuando perdió el agarre. Cayó unos ocho centímetros y entonces el garfio de la muñeca se hundió en la grieta que sus dedos acababan de dejar. El gancho aguantó. Blint soltó la mano izquierda y balanceó el cuerpo una vez más. En esta ocasión caería directamente encima de la mujer, en vez de en su comida. Con ayuda del garfio de hierro, que se le clavaba en la muñeca, se izó lo suficiente para agarrarse con los dedos. Con otro balanceo, liberó el garfio y se cogió al borde de la viga con la otra mano.

Se quedó allí colgado, con todo su peso sostenido con la punta de los dedos en el mismo lado de la viga, resbaladiza por culpa de un dedo de polvo acumulado. ¿Y en algún momento había pensado que le gustaba ese trabajo?

Sin embargo, se balanceó a un lado con la elegancia que da la práctica y subió un pie a la viga. Se encaramó con destreza por el borde, sin hacer caso del polvo que desplazaba. Algunos riesgos eran inevitables.

«Y otros pueden evitarse. No puede decirse que haya minimizado mis riesgos, ¿verdad?» Durzo trató de no pensar en ello, pero arrastrarse por la viga haciendo de moza de la limpieza no requería su plena atención. Había dado a Kylar todas las pistas que necesitaba para interrumpir lo que Roth tenía planeado allí. Y le había dado motivos para asegurarse de que acudiera en vez de dejar la ciudad. «Mala suerte para el viejo Durzo.» Sin embargo, ¿qué más le daba la mala suerte llegado ese punto? Iba a perder pasara lo que pasase.

En la mesa real, el rey se puso en pie. Estaba rojo y se tambaleaba. Alzó su copa.

—Amigos míos, súbditos míos, hoy es la noche del solsticio de verano. Tenemos mucho que celebrar y mucho que llorar. Yo... Nos faltan las palabras a la vista de lo que sucedió ayer. Nuestro reino ha soportado la dolorosa pérdida de Catrinna de Gyre y su casa entera a manos de su sanguinario marido, y la pérdida de nuestro querido príncipe.

El rey se ahogó con las palabras, y su emoción era tan evidente que no pocos ojos se anegaron de lágrimas. El príncipe había sido joven y gallardo, por bien que

imprudente, y los Gyre gozaban de respeto como personas desde hacía décadas y como familia desde hacía generaciones.

—Hoy nos reunimos para celebrar el solsticio de verano. Alguno se podría preguntar por qué festejamos a la sombra de tan funestos sucesos. Os diré por qué. Deseamos celebrar la vida de nuestros seres queridos, no llorar sus muertes todavía.

A la izquierda del rey, el general supremo Agón asentía con la cabeza con expresión adusta. Durzo se preguntó cuánto de aquel discurso llevaba la firma de Agón. Casi todo, supuso.

El rey bebió de su copa, olvidando que se encontraba en mitad de un brindis. Los nobles de todo el salón parecían confusos. ¿Debían beber, o el rey no había terminado? Una mitad se inclinó por cada opción, pero el rey siguió hablando, en voz más alta.

—Os diré por qué estamos aquí. ¡Estamos aquí porque los cabrones que asesinaron a mi hijo no van a detenerme! No acabarán conmigo. ¡No me impedirán que haga lo que me venga en gana!

El general supremo Agón parecía alarmado. Aleine IX había pasado del plural mayestático a la primera persona del singular. Debía de haber bebido más de lo que aparentaba.

—Y os diré lo que viene en gana a vuestro soberano. Hay conspiradores, intrigantes, ¡traidores!, hoy aquí. ¡Sí! Y os lo juro, traidores, ¡moriréis! —El rey se había puesto púrpura de rabia—. Sé que estáis aquí. ¡Sé lo que estáis haciendo! ¡Pero os vais a joder, jodidos traidores!

«Hombre, mira quién ha aprendido una palabra nueva.»

—¡No, siéntate, Brant! —gritó el rey cuando el general se levantó.

Los nobles guardaban un atónito silencio.

—Algunos de vosotros nos habéis traicionado con Khalidor. ¡Habéis asesinado a nuestro príncipe! ¡Habéis matado a mi niño! ¡Logan de Gyre, en pie!

Serah Drake se sentaba casi al fondo del salón, como correspondía a su rango pero, incluso desde tan arriba, Durzo distinguió el terror de sus facciones. Creía que el rey iba a ordenar la ejecución pública de Logan, y no era la única.

Logan de Gyre se levantó, afectado. Era apuesto y popular entre los nobles y el pueblo llano además de, por lo que Durzo tenía entendido, un hombre formidable.

—Logan —gritó el rey—, has sido acusado de la muerte de mi hijo. Y aun así aquí estás, esta noche, ¡de celebración! ¿Mataste a mi hijo?

Varios nobles lanzaron exclamaciones de angustia y gritaron que Logan jamás participaría en algo semejante. Los soldados del rey parecían asustados. Buscaron con la mirada al capitán Arturian, esperando instrucciones. Su capitán les hizo un gesto con la cabeza, y dos guardias se situaron junto a Logan.

«Bueno —pensó Durzo, que por fin había llegado directamente encima de la

mesa de honor donde comían el rey y Logan—, si las amenazas no hacen que Kylar quiera matarme, esto lo hará. Los inocentes siempre pierden.»

—¡Dejad que hable él! —rugió el rey. Soltó una sarta de maldiciones y la gente se calló. La tensión podía cortarse con un cuchillo.

Logan habló alto y claro.

—Majestad, vuestro hijo era mi amigo. Niego todas las acusaciones.

El rey guardó silencio durante un largo instante. Después dijo:

—Os creo, duque de Gyre. —Se volvió hacia los nobles—. El señor de Gyre ha sido hallado inocente a nuestros ojos. Logan de Gyre, ¿serviréis a vuestro país a cualquier precio?

Durzo se quedó quieto, tan atónito como los nobles.

—Lo haré. —Logan hablaba con claridad, pero había una tensión evidente en su cara. Tenía la mirada fija en Serah Drake.

«¿Qué demonios pasa?» Aquello tenía toda la pinta de estar preparado.

—Siendo así, señor de Gyre, os declaramos príncipe de la corona de Cenaria y anunciamos vuestro matrimonio de esta tarde con nuestra hija Jenine. Logan de Gyre, seréis nuestro heredero hasta el momento en que nazca un vástago de nuestra casa real. ¿Aceptáis este deber y este honor?

—Lo acepto.

La aprensión que se respiraba en el gran salón dio paso a la incredulidad y luego al sobrecogimiento.

Jenine de Gunder se situó junto a Logan, evidenciando sus quince años en lo incómoda que parecía. Durzo oyó un gritito de Serah Drake, que se tapó la boca con las manos y luego salió corriendo. Sin embargo, nadie aparte de él y de Logan se dio cuenta, ya que mientras ella salía por la puerta estalló un vítor que se extendió con rapidez a todas las gargantas.

El rey apuró su copa y los nobles se le unieron brindando por Logan.

—¡Príncipe de Gyre! ¡Príncipe de Gyre! ¡Logan de Gyre!

El rey se sentó, pero los vítores continuaban. Todos los ojos estaban puestos en Logan y Jenine. El rey parecía irritado. Que los nobles coreasen «príncipe de Gyre» en vez del tradicional «príncipe Logan» podría deberse a que no estaban acostumbrados a tratarlo por el nombre de pila, pero también era un recordatorio de que Logan no era un Gunder... y a todo el mundo le parecía fantástico.

Logan, con elegancia aunque algo envarado, aceptó el aplauso y saludó a sus amigos con la cabeza, antes de enrojecer cuando su flamante esposa le cogió la mano. La cara de Jenine ardió de vergüenza por su propia osadía y la adoración que le inspiraba su marido. A los nobles les encantó. Sin embargo, cuanto más rugía el clamor de la aprobación, más irritado parecía el rey.

Y aun así las aclamaciones se prolongaron. Los sirvientes aplaudían. Los

soldados vitoreaban. Era como si los nobles sintieran que se retiraba un nubarrón negro de sus futuros. Más de uno comentaba: «¡Qué gran rey será Logan de Gyre!». Resonaban los hurras.

Aleine de Gunder se estaba poniendo púrpura de nuevo, pero nadie le prestaba la menor atención.

—¡Príncipe de Gyre! ¡Príncipe de Gyre!

—¡Larga vida al príncipe de Gyre! ¡Hurra!

El rey se puso en pie de un salto, hecho una furia.

—¡Idos ya! Id a consumar este matrimonio —gritó a Logan, que no estaba ni a cinco pasos. El general supremo Agón se levantó, pero el rey lo apartó de un empellón.

Logan miró a Aleine, anonadado. Los nobles se callaron.

—¿Estás sordo? —chilló el rey—. ¡Vete a follarte a mi hija!

La princesa palideció. Logan también. Luego ella se puso roja, muerta de vergüenza. Parecía desear que la tierra se la tragase. Al mismo tiempo, una furia a duras penas controlada se apoderó de las facciones de Logan como una ola carmesí. Los guardias de honor situados a cada lado de él parecían estupefactos. Durzo se preguntó si el rey se había vuelto loco.

Los nobles no emitían ni un sonido. Nadie osaba respirar siquiera.

—¡Fuera! ¡Largaos! A follar. ¡A FOLLAR! —chilló el rey.

Tembloroso, enfurecido, Logan apartó la vista y sacó a su esposa del salón. Los guardias, nerviosos, los siguieron.

—Y el resto de vosotros —continuó el rey—: mañana lloraremos a mi hijo, y os juro que descubriré quién le mató, ¡aunque tenga que colgaros a todos uno detrás de otro!

El rey se sentó de golpe y rompió a sollozar como un crío. Durzo se había quedado paralizado durante toda la escena. Los nobles parecían desconcertados, horrorizados. Se sentaron poco a poco, observando al rey en silencio.

Durzo pensaba a toda velocidad. Roth no había previsto aquello. Era imposible. Sin embargo, estaba seguro de que Roth se encontraba en el castillo, quizá en ese mismo salón. El guardia de uno de los nobles de segunda fila era quien debía dar la señal en su nombre. Si se quitaba el casco, el golpe quedaba cancelado.

Eso le daba un momento para digerir lo que acababa de pasar; no la locura del rey, sino el matrimonio de Logan. Era una intriga brillante. Ahora, si mataban al rey, en vez de quedar cuatro Casas con iguales aspiraciones a la corona mientras Logan de Gyre se pudría en las Fauces, a todas luces él ocuparía el trono. Con su reputación y el apoyo de los Gunder, conseguiría la obediencia de las casas nobiliarias más deprisa incluso de lo que la había logrado el rey actual.

Era una maniobra brillante, pero llegaba demasiado tarde. Roth tenía hombres

repartidos por todo el castillo y probablemente no podía permitirse volver a intentarlo más tarde. Si el golpe se hubiese planeado para el día siguiente, el matrimonio de Logan podría haberlo cambiado todo. Dada la situación, la única diferencia sería que añadirían a Logan y Jenine a la lista de quienes debían morir.

Tras esperar un poco, Durzo comprobó que Roth compartía su razonamiento. Un criado se acercó al guardia encargado de la señal y habló con él. El soldado asintió y mantuvo las manos alejadas del casco. El golpe seguía adelante.

Los cambios que Roth tuviera que hacer al plan original incluirían ahora matar al príncipe Logan de Gyre, que por otro lado sería fácil de encontrar en la aislada torre norte. Roth probablemente querría encargarle esa tarea a Durzo, pero él no tenía intención de darle la oportunidad al khalidorano. Haría lo que había prometido, pero no mataría al amigo de Kylar.

Durante el primer plato, los nobles ya habían comido los conejos que Durzo había preparado. Llevaba un año agregándoles cicuta en la comida. La dosis presente en cada porción era lo bastante pequeña para que no surtiera efecto a menos que los comensales hubiesen probado también los estorninos de aperitivo. En menos de media hora, los nobles empezarían a sentirse mal; el envenenamiento por cicuta arrancaba con bastante suavidad. Primero las piernas perderían la sensibilidad, aunque como mucho las notarían un poco pesadas. Al poco, la sensación se extendería hacia arriba. Entonces comenzarían los vómitos. Cualquiera lo bastante desafortunado para haber repetido empezaría a sufrir convulsiones.

Ahora lo complicado era controlar los tiempos. El envenenamiento no era una ciencia exacta, y en el momento menos pensado alguien podía darse cuenta de que pasaba algo. Durzo debía actuar antes de que eso sucediera.

Ató un extremo de su cuerda a la viga. Era de seda negra: astronómicamente cara, pero la más fina y menos visible que poseía. Se ajustó el arnés que había diseñado de manera específica para esa misión, pasó la cuerda por las anillas y se dejó caer por el borde.

Tras detener su balanceo agarrándose a la viga, Durzo bajó la vista hacia su objetivo. Tenía al rey directamente debajo. Pegó las rodillas al pecho y se dobló hacia delante. El arnés se le clavó en los hombros y soltó cuerda para deslizarse hacia el suelo de cabeza.

Ahora los tiempos eran cruciales. Con una mano aguantaba la cuerda. Ajustando su posición y tensión contra el arnés, podía descender rápidamente hacia el suelo o pararse sin esfuerzo. Cuando se moviera, tendría que hacerlo con celeridad. El estaba envuelto en sombras y resultaba casi invisible, pero no podía camuflar la cuerda.

En un salón tan gigantesco, alguien se fijaría en una cuerda que se mecía por encima del rey como si sostuviera un peso. Los guardias reales eran buenos. Vin Arturian se aseguraba de ello.

Con la otra mano, sacó dos minúsculas bolitas. Ambas eran compuestos de diversas setas. Había podido hacerlas muy pequeñas, pero tardarían en disolverse y para ese trabajo no podía usar polvos.

Los nobles seguían callados. El rey apenas lloraba ya, pero se dio cuenta de que sus invitados lo observaban.

—¿Qué miráis? —gritó. Los maldijo largo y tendido—. ¡Es el banquete de bodas de mi hija! ¡Bebed, malditos! ¡Hablad! —El rey volvió a apurar su copa.

Los nobles fingieron que conversaban, pero pronto ese fingimiento dio paso a un hervidero de conjeturas. Durzo supuso que se preguntaban si el rey habría perdido la cabeza. Él mismo se hacía la pregunta.

Se preguntó qué pensarían después de que Aleine de Gunder bebiera su siguiente copa de vino.

Llegó un sirviente y llenó la copa del rey. El copero real dio un sorbo primero y paladeó el vino. Después pasó la copa al monarca, que la dejó sobre la mesa con un golpe.

—Majestad —dijo el general supremo Agón, a su izquierda—, ¿podemos hablar un momento?

El rey se volvió y Durzo empujó la cuerda hacia delante. Cayó como un rayo. A tres metros por encima de la mesa, tiró de la cuerda y se detuvo con una sacudida. Tres metros seguían siendo mucha distancia para lanzar algo tan ligero, pero había practicado. Sin embargo, la cuerda se torció al tensarse y, de repente, Durzo se encontró girando sobre su eje. No muy rápido, pero girando.

Daba igual. No había tiempo para volver a intentarlo.

La primera bolita aterrizó de lleno en el centro de la copa del rey. La segunda dio en el borde y salió rebotada. Rodó unos centímetros por la mesa junto al plato del rey.

Durzo sacó otra bolita sin ponerse nervioso y la dejó caer con puntería. Acertó.

El rey cogió la copa y estaba a punto de beber cuando el general Agón dijo:

—Majestad, puede que ya hayáis bebido suficiente. —Estiró el brazo para quitarle la copa al rey.

Durzo no perdió tiempo esperando a ver qué hacía el monarca. Se sacó un tubito de la espalda y miró más allá de Agón, hacia el mago real Fergund Sa'fasti. Lo vio, pero la cuerda lo hizo girar antes de que pudiera disparar con la cerbatana.

Su intención era darle en la espinilla. Esperaba que la cicuta hubiera insensibilizado lo suficiente las piernas del mago para que ni siquiera notase el pinchazo. Sin embargo, en la siguiente rotación no pudo apuntar bien porque el rey y el general supremo estaban gesticulando con pasión.

«¡Malditas túnicas!» Los ropajes del mago dejaban apenas quince centímetros de su pantorrilla a la vista. Durzo dio otra vuelta y se olvidó del disparo a la espinilla. Fergund había movido los pies y Durzo solo tenía un dardo, impregnado con una

sustancia secreta khalidorana desconocida para él que supuestamente anulaba la capacidad mágica del mago.

Sopló por la cerbatana y el dardo se clavó en el muslo del mago.

Vio un fugaz destello de irritación en la cara de Fergund, que empezó a bajar la mano hacia su muslo... hasta que lo zarandeó por el hombro el criado a sueldo del Sa'kagé.

—Disculpad, señor. ¿Más vino? —preguntó el sirviente al mago, mientras le arrancaba el dardo.

Era bueno. Con unas manos como esas, debía de ser uno de los mejores cortabolsas de la ciudad.

Pero claro, Roth solo usaba a los mejores.

—La tengo llena, idiota —dijo el mago—. Se supone que estás para servir el vino, no para bebértelo.

Durzo dio media voltereta y trepó a toda velocidad por la cuerda, una hazaña nada fácil siendo de seda. Descansó al llegar a la viga. No tenía ni idea de si el rey había bebido o no el vino. En todo caso, él había cumplido con su parte. Solo quedaba esperar.

Capítulo 52

—Emborrachaos como una cuba, pues —dijo Agón. No le importaba si el rey lo oía. No le importaba si el rey lo mataba.

«Justo cuando pensaba que podría tratar con él, el muy hijoputa deshonra a su propia hija y avergüenza a un hombre que ha renunciado a todo lo que ama para servir al trono.»

Agón había podido convencer al rey del matrimonio entre Logan de Gyre y Jenine de Gunder, pero el monarca detestaba la idea. Estaba celoso del aspecto y la inteligencia de Logan, celoso de la aprobación que generaba su decisión y furioso porque a Jenine le había encantado la idea de casarse con el joven, en lugar de resignarse a ella.

Con todo, si algo había hecho bien Agón en sus diez años al servicio de ese malcriado engendro del infierno, fue convencerlo de que nombrase a Logan príncipe heredero.

Lo peor era que Logan no se lo perdonaría nunca, pero había sido por el bien del reino. A veces el deber exigía de un hombre acciones que desearía evitar casi a cualquier precio. Había sido el deber lo que había empujado a Agón a servir a Aleine IX, y nada más que el deber. Como Agón, Logan no era un hombre que rehuyera su deber pero, también como Agón, eso no significaba que tuviera que gustarle.

Lo más probable era que Logan lo odiase durante el resto de su vida, pero Cenaria tendría un buen rey. Con la inteligencia, popularidad e integridad de Logan, el país hasta podría convertirse en algo más que una cueva de ladrones y asesinos. Agón estaba dispuesto a pagar el precio, pero le pesaba. Se había visto reflejado en los ojos de Logan, consciente de haberse comprometido con un destino que nunca habría escogido. Había visto la expresión de Serah Drake. Logan viviría con los remordimientos de esa traición durante el resto de su vida. La imagen se le había quedado grabada. Apenas había podido probar bocado en toda la noche.

El rey se bebió el resto del vino. Los nobles seguían cuchicheando. No era el agradable murmullo de conversaciones propio de la víspera del solsticio. Los tonos eran discretos, las miradas furtivas. Todo el mundo daba su opinión sobre lo que estaba haciendo el rey, por qué nombraba un heredero y luego lo ofendía al minuto siguiente.

Era una locura.

Poco a poco, el rey se sobrepuso a sus lágrimas y su silencio. Paseó una mirada cargada de odio por el gran salón. Movió los labios, pero Agón tuvo que inclinarse hacia él para oír lo que decía. No le sorprendió descubrir que estaba farfullando palabrotas, una detrás de otra, en una cantilena interminable, trastornado en su ira.

Luego rompió a reír. El salón quedó en silencio una vez más, y el rey se carcajeó

con más fuerza. Señaló a uno de los nobles, un conde apocado llamado Burz. Todo el mundo siguió el dedo del rey y miró fijamente al conde.

El noble se puso rígido y colorado, pero el rey no dijo nada. Perdió el interés y se puso de nuevo a maldecir para sus adentros. Durante un buen rato los nobles siguieron mirando al conde Burz, y después al rey.

Entonces el canciller Stiglor, que estaba sentado a la mesa de honor, se puso en pie con un chillido y gritó:

—¡Han echado algo en la comida! —El canciller se tambaleó y se derrumbó otra vez en la silla, con los ojos en blanco.

A su lado, el señor de Ruel, un hombre al que el rey siempre había odiado, se desplomó de improviso hacia delante. Su cara se estrelló contra el plato y se quedó inmóvil.

El rey soltó una carcajada y Agón se volvió hacia él. Ni siquiera estaba mirando al señor de Ruel, pero no podría haber elegido peor momento para reírse.

Alguien gritó:

—¡Nos han envenenado!

—¡El rey nos ha envenenado!

Agón se volvió para ver quién había gritado, pero no pudo distinguirlo. ¿Lo había dicho un criado? No, un sirviente no se atrevería...

Otra voz se hizo eco del grito.

—¡El rey! ¡El rey nos ha envenenado!

Sin parar de reír, Aleine IX se puso en pie de un salto y trastabilló como un beodo. Gritó obscenidades mientras el caos se adueñaba del gran salón. Chirriaron las sillas mientras damas y grandes señores se ponían en pie. Varios se tambalearon y cayeron al suelo. Un anciano noble empezó a vomitar sobre su plato. Una joven dama se derrumbó entre sonoras arcadas.

Agón estaba de pie, gritando órdenes a los soldados.

La puerta lateral cercana a la mesa de honor se abrió de golpe y un hombre vestido con la librea de los Gyre irrumpió en el salón con las manos alzadas para demostrar que iba desarmado. Llevaba la ropa rasgada y ensangrentada. Tenía la cara entera cubierta de sangre que manaba de un corte junto a los ojos.

«¿La librea de los Gyre?» Aquella noche no había ningún sirviente de Logan en el castillo.

—¡Traición! —gritó el criado—. ¡Socorro! ¡Unos soldados intentan asesinar al príncipe Logan! ¡Los soldados del rey quieren asesinar al príncipe Logan! Son más que nosotros. ¡Ayuda, por favor!

Agón se volvió hacia los guardias del rey y desenvainó su espada.

—Tiene que haber un error. Tú, tú y tú, venid conmigo. —Se volvió hacia el mensajero ensangrentado—. Llévanos a...

—¡No! —aulló el rey, su risa transformada en furia.

—Pero señor, debemos proteger...

—No te llevarás a mis hombres. ¡Se quedarán aquí! ¡Os quedaréis aquí! ¡Y tú también, Brant! Sois míos. ¡Míos! ¡Míos!

A Agon le parecía estar viendo al rey por primera vez. Había tenido a Aleine IX por un crío malévolo y grosero durante tanto tiempo que había olvidado lo que podía hacer un crío malévolo y grosero con una corona.

Miró a los guardias reales, que tenían el asco escrito en la cara. Notó que ansiaban acudir en defensa de Logan, su príncipe, pero su sentido del deber les impedía desobedecer al rey.

«Logan, su príncipe.»

Qué sencillo pareció todo de repente. El deber y el deseo se unieron por primera vez en años.

—Capitán Arturian —ladró Agón con su voz de mando, para que le oyeran todos los guardias—. ¡Capitán! ¿Cuál es vuestro deber si muere el rey?

El hombre achaparrado parpadeó.

—¡Señor! Mi deber sería proteger al nuevo rey. El príncipe.

—Larga vida al rey —dijo Agón.

El rey lo miraba fijamente, confundido. Abrió mucho los ojos cuando Agón echó atrás el brazo de la espada.

Aleine no pudo completar la maldición que estaba pronunciando cuando la hoja del general supremo le cortó la cabeza.

El cadáver del rey Aleine IX de Gunder golpeó la mesa y tiró varias sillas antes de acabar tendido en el suelo.

Antes de que ninguno de los guardias pudiera atacarle, Agón levantó la espada por encima de su cabeza con ambas manos.

—Responderé por esto, lo juro. Matadme si es preciso, pero ahora vuestro deber es para con el príncipe. ¡Salvadlo!

Durante un segundo, nadie se movió. El pánico que imperaba en el salón parecía muy lejano: las damas que chillaban, los nobles vociferantes, los sirvientes armados solo con cuchillos de carne que intentaban defender a sus descompuestos señores, los gritos de «¡Traición!» y «¡Asesinato!» que resonaban en el aire.

Entonces el capitán Arturian gritó:

—El rey ha muerto, ¡larga vida al rey! ¡Por el príncipe! ¡Por el rey Gyre!

Juntos, Agón, los guardias reales y una docena de nobles armados con cuchillos salieron corriendo del gran salón.

Kylar dejó de correr y aminoró el paso antes de ponerse a la vista del Puente Real de Occidente. Se concentró en ser una sombra, y luego se miró. Parecía un fragmento

de oscuridad toscamente recortado. Eso era bueno: Durzo le había explicado que los bordes irregulares camuflaban la forma humana y volvían al ejecutor más difícil de distinguir. Kylar supuso que su Talento también estaría ahogando el sonido de sus pasos —le había ordenado mentalmente que lo hiciese—, pero no había forma de saber si era así. No podía permitirse descubrirlo a las malas.

Dobló la esquina y vio a los guardias. El acceso al Puente Real de Occidente se controlaba con un portón parecido a los del castillo: roble de un palmo de grosor con remaches de hierro, de seis metros de altura, con pinchos de remate y una portezuela más pequeña en medio. Los corpulentos centinelas, equipados con cotas de malla, parecían nerviosos. El más inquieto no paraba de girar la cabeza para mirar a los lados. Su compañero, algo más tranquilo, vigilaba con mucha atención en todas direcciones salvo río abajo. Kylar se acercó más. Reconoció a los guardias a pesar de sus cascos, y no solo porque los gemelos tuvieran sendos tatuajes de un rayo en la cara. Eran matones, y de los buenos: Zocato, el de la nariz torcida, y Bernerd.

Kylar miró hacia donde Bernerd no lo hacía. En la oscuridad distinguió una gabarra en el río, cargada y lenta como una vaca marina varada. Tenía todas las compuertas abiertas, pero no había ninguna luz. Sin embargo, la oscuridad ya no afectaba a los ojos de Kylar. De haber tenido más tiempo, se habría maravillado por ello: al caer la noche, su visión incluso mejoraba a medida que las sombras se volvían más uniformes.

Tras las compuertas abiertas de la barcaza había filas y filas de soldados. Todos llevaban los colores de Cenaria, pero con un pañuelo rojo atado a un brazo: los soldados en el izquierdo y los oficiales en el derecho.

Aquellas tropas no eran cenarianas. Bajo el casco, camuflados por las sombras de la noche, Kylar distinguió los rasgos marcados y fríos de los norteños: pelo negro como ala de cuervo y ojos azules como lagos helados. Eran hombres grandes, huesudos, curtidos y endurecidos por la exposición a los elementos y la batalla. Por tanto, no eran khalidoranos del montón. Eran montañeses de Khalidor, las tropas más fieras y selectas del rey dios. Todos ellos.

A la luz del día eso hubiese resultado evidente para cualquier cenariano del castillo. Sin embargo, de noche, los soldados locales tardarían en descubrir que los atacaba un enemigo extranjero. Los soldados de Cenaria averiguarían que los khalidoranos usaban los brazaletes para identificarse, pero llevaría tiempo. Cada nuevo grupo que topara con los invasores tendría que aprenderlo por sí mismo.

Kylar vio que se acercaba otra gabarra por el río, a solo cien pasos de distancia. Los montañeses khalidoranos tendían a ser más anchos y gruesos de pecho que la mayoría de sus compatriotas. Aún quedaban unas pocas tribus independientes en las montañas, pero las que había absorbido el imperio eran ahora sus guerreros más temibles.

Cuatrocientos o quinientos montañeses. Kylar no estaba seguro, pero suponía que la otra barcaza también iba llena de soldados de élite. De ser así, Khalidor pretendía tomar el castillo esa misma noche. El resto del país se vendría abajo como un cuerpo despojado de su cabeza.

Varios brujos hablaban entre ellos mientras subían por el camino zigzagueante que llevaba de la orilla al puente. Tenían la vista puesta en el cielo por encima del castillo, en apariencia a la espera de alguna señal.

Kylar se quedó paralizado sin saber qué hacer. Una opción era entrar para salvar a Logan, ya que sin duda Roth habría encargado a Hu o Durzo que mataran a todos los duques, y más después de lo mucho que había combatido Logan en la frontera khalidorana. Era igual de seguro que el asesinato se produciría en breve, si no había ocurrido ya. Kylar podía entrar e intentar impedir la matanza o bien quedarse fuera y tratar de detener a los khalidoranos.

«¿Yo solo? Una locura.»

Aun así, lo enfurecía ver acercarse la barcaza al puente. No tenía motivo para sentir lealtad alguna hacia Cenaria, pero sí era leal a Logan y al conde Drake. Si ese ejército entraba en el castillo, sería una matanza.

De modo que debía luchar dentro y fuera. Estupendo.

Observó a los impostores del Sa'kagé que custodiaban el puente. Unos matones como ellos no sabrían utilizar las defensas de la estructura, ni les interesarían, y mucho menos tendrían la disciplina necesaria para desmantelarlas. Se habían limitado a abrir paso a las barcazas accionando el enorme torno que alzaba la compuerta del río.

Entonces, elevándose en el cielo por encima del castillo, Kylar divisó un arco de fuego azul verdoso. Empezó a caminar.

Los brujos parecían complacidos. Hablaron con un oficial, que se puso a ladrar órdenes. Uno de los khalidoranos alzó una antorcha y la movió dos veces de lado a lado. Zocato y Bernerd cogieron sendas antorchas, se colocaron uno a cada lado del puente y también las agitaron dos veces.

«¿Todo despejado? Ya lo veremos.»

Kylar desenfundó a Sentencia. El siseo del acero al salir de la vaina hizo volverse a los matones. Zocato parpadeó y se inclinó hacia delante. Las antorchas que llevaban en la mano entorpecían su visión nocturna, por lo que lo único que vieron fue una tira fina de metal oscuro que flotaba y cabeceaba en el aire. Luego se movió con tremenda velocidad.

En cuestión de un momento, los dos hombres estaban muertos. Kylar dejó en su sitio la antorcha que había cogido de la mano de Bernerd y echó un vistazo a los incursores de las barcazas. Los grupos de cubierta ya habían formado y avanzaban en fila india por los angostos y retorcidos caminos que subían al puente.

Agarró las llaves del cuerpo de Bernerd, abrió la cerradura del portón y se metió por la portezuela empotrada. Allí estaban el torno y la palanca de la compuerta del río, que no era más que un gigantesco rastrillo con contrapeso que podía dejarse caer al agua. O en su caso, sobre un barco.

Kylar soltó la palanca, la compuerta cayó medio metro... y no se oyó un crujido, sino un golpe metálico. Se asomó por el lado del puente. El rastrillo se había estrellado contra unas barreras mágicas que resplandecían y centelleaban en la oscuridad. Había brujos en la cubierta de la primera barcaza, gritando.

Corrió a la garita de los guardias. Encontró un fuego de leña con un caldero lleno de estofado, utensilios de cocina, un casco, varias capas, cofres para los efectos personales de los soldados y un juego de tabas en la mesa baja. Había un armario lleno de viejas alfombras anchas embutidas en gruesos cubos.

Salió a toda velocidad del cuarto de guardia. El rey jamás habría dejado el puente que defendía el castillo tan desprotegido... Los pilares del puente eran de madera recubierta de hierro, invulnerables al fuego. La madera revestida se humedecía, pero no podía respirar y sudar el agua que absorbía, y con el paso de los años había que ir reemplazando las vigas podridas.

¿Por qué se tomaría el rey tantas molestias en previsión de un incendio?

Entonces vio el motivo. A lo largo de cada lado del puente había unas largas barras de madera montadas sobre pivotes. Al final de cada barra había una enorme esfera de arcilla que medía de ancho tanto como Kylar de alto. Al menos parte de la arcilla estaba moldeada sobre hierro, porque de la parte superior de la esfera asomaba un aro metálico al que iba atada una amarra. También sobresalían varias asas pequeñas de los costados.

Kylar tiró de un asa y descubrió que sacaba un tapón. Al retirarlo le saltó a la cara una vaharada de vapores aceitosos.

Necesitó contemplar el ingenio entero durante unos preciosos segundos para comprenderlo. Los brazos de madera girarían en arco por encima del borde del puente, sosteniendo las esferas llenas de aceite que luego soltarían sobre cualquier embarcación que pasara por debajo. Con suerte, provocarían un incendio espectacular.

Volvió corriendo al portón y cogió las antorchas que habían llevado los centinelas. Cerró la puerta y echó la tranca con rapidez. La avanzadilla de los khalidoranos ya casi estaba en el puente.

«¿Qué estoy haciendo?»

La primera barcaza empezaba en ese momento a pasar por debajo del puente. No había tiempo. Kylar retiró de una patada el pasador de seguridad que inmovilizaba la barra de madera y la empujó. No se movió. Kylar tropezó con las cuerdas tensas que tenía a los pies y estuvo a punto de caer al suelo. Maldijo y volvió a lanzarse contra la

viga. ¿Acaso los malditos soldados no habían engrasado nunca ese trasto?

Al final se le ocurrió usar su Talento. Sintió fluir el poder en su interior; habría podido cargarse un carro a la espalda. Empujó la barra con todas sus fuerzas y sintió que su cuerpo rielaba, pues la negrura irregular cubría y descubría su piel a medida que él redirigía su Talento.

«Con suerte, ni siquiera sabrán que estoy aquí hasta que sea demasiado tarde.»

Una bola de crepitante fuego verde de brujo pasó volando a menos de un metro por encima de la esfera. Abajo sonaron chillidos. Hubiesen visto a Kylar o solo sus antorchas, los brujos no estaban contentos.

Kylar redobló sus esfuerzos con la barra pero, al no poder afianzar los pies, solo consiguió deslizarse por los tablones del suelo. La madera apenas se movió.

Una bola de fuego de brujo rebotó contra la esfera de hierro y arcilla y salió volando hacia el cielo. Kylar no prestó atención. Algo blanco cobraba forma sobre la cubierta de la barcaza, que ya se encontraba directamente debajo de él. Delante de un brujo pelirrojo se materializó una pequeña criatura que salió volando hacia arriba como un colibrí. Con las marcas de su vir hinchadas de poder, el brujo canturreó para dirigir a la criatura.

Kylar hizo otro esfuerzo y las cuerdas que tenía a los pies lo hicieron tropezar de nuevo.

El homúnculo cobró forma mientras volaba hacia Kylar. Era pequeño, de apenas treinta centímetros, y de una palidez malsana. Llevaba la apariencia del brujo pelirrojo como si fuera una vestimenta que le quedaba mal. Se posó con suavidad en la esfera y luego clavó unas garras aceradas en el hierro como si fuese mantequilla. Se volvió hacia Kylar y siseó mientras descubría sus colmillos.

Kylar retrocedió a toda prisa y estuvo a punto de caer por el borde del puente.

Debajo sonó una sacudida. El aire que el brujo pelirrojo tenía delante ondeó como cuando se tira un guijarro en una laguna. Algo se movía como si estuviese justo bajo la superficie del aire. Algo enorme. La realidad misma parecía estar tensándose...

Y desgarrándose. Kylar entrevió el infierno y un destello de piel cuando la propia realidad se rasgó para dejar salir la sierpe.

Iba a por él.

A seis metros del joven, la realidad se deshilachó y rompió. Kylar vislumbró una gigantesca boca circular, como la de una lamprea: un cono erizado de púas que parecía proyectarse hacia fuera en una serie de anillos. Entonces el anillo más estrecho alcanzó al homúnculo y un primer círculo de dientes se cerró con un chasquido sobre la pálida criatura. Cada círculo dentado se fue cerrando sucesivamente y con fuerza espantosa sobre todo lo que rodeaba al homúnculo, mientras el cono se replegaba y lo consumía todo.

El último y mayor círculo de dientes se cerró con un golpe seco sobre la parte

ancha de la esfera de hierro, y entonces la sierpe del abismo regresó a su agujero con la misma velocidad con la que había surgido. El aire ondeó de nuevo y las vibraciones fueron apagándose como si nada hubiese pasado.

El homúnculo había desaparecido. También tres cuartas partes de la esfera; quedaban marcas de mordeduras en la arcilla y trozos de hierro desgarrado como si fuese manteca. El aceite goteaba sobre el agua, junto a la barcaza. Los soldados vitorearon. La primera gabarra había superado el puente y la segunda empezaba a salir de él en ese mismo momento.

Sintiéndose débil, Kylar se dio la vuelta rápido y estuvo a punto de caer al tropezar de nuevo con las cuerdas. Maldijo en voz alta. Entonces sus ojos siguieron los cabos. Estaban conectados a un sistema de poleas... enganchado a la barra de madera.

—¡Pero seré idiota!

Agarró una cuerda y haló de ella con las dos manos tan rápido como pudo. El brazo de madera que sostenía la segunda esfera giró hasta asomar por encima del borde del puente, con suavidad y sin problemas. Kylar oyó un chillido y vio pasar dos proyectiles verdes.

Al lado de la polea había otro cabo. Delgado. Probablemente importante.

Kylar le dio un tirón y la barra que sostenía la esfera de arcilla cayó de repente hacia abajo. La esfera descendió con ella. Durante un momento, Kylar temió haber tirado al agua su única arma, pero la soga de anclaje balanceó la esfera como un péndulo unos treinta centímetros por encima del río. Se estrelló contra la segunda barcaza a la altura de la línea de flotación.

No hubo explosión. El costado de la esfera que golpeó la embarcación era de hierro bajo una fina capa de arcilla cocida. Atravesó el casco de la barcaza como si fuese corteza de abedul y arrolló a las hacinadas hileras de montañeses.

El resto de la esfera era de arcilla. Se desintegró, y el aceite que la llenaba roció con violencia a los soldados y empapó las cubiertas de madera.

Kylar observó la barcaza desde arriba. Un bonito agujero decoraba el lateral del casco, y los hombres de dentro gritaban, pero se había esperado algo más impresio...

¡BUM!

La barcaza explotó. El agujero que había abierto la esfera se llenó de llamas que lo extendieron al triple de su radio original. Brotaba fuego por las escotillas. Los gritos redoblados de los invasores quedaron ahogados por el repentino rugido del incendio.

Quienes se hallaban en la cubierta del barco perdieron el equilibrio, y no pocos cayeron al agua. Su armadura los hundió sin remisión bajo las suaves olas.

Con la misma rapidez con que había estallado, el fuego desapareció. Seguía saliendo humo de las escotillas, y los hombres subían en tropel a cubierta. La barcaza

estaba muy escorada. Un oficial, que sangraba de un corte en la cabeza, gritaba órdenes a pleno pulmón, pero nadie las obedecía. Los hombres saltaban de la cubierta para llegar nadando a esa orilla tan cercana... y se hundían como piedras. El agua no era muy profunda, pero sí demasiado para cualquiera que llevase armadura pesada.

Tras una pausa en la que dejó de alimentarse de aceite para devorar madera, el fuego volvió a avanzar como una bestia insaciable. Rugía en todas las cubiertas y, aunque la barcaza seguía avanzando a la deriva, Kylar vio que no llegaría a la orilla. Un puñado de hombres tuvieron el sentido común de quitarse la armadura antes de saltar por la borda, mientras que otros se agarraron a los pilares del puente, pero al menos doscientos montañeses no combatirían jamás sobre suelo cenariano. El portón de detrás de Kylar se sacudió bajo un golpe. Se maldijo a sí mismo. No tendría que haberse quedado a mirar cuando podría haber estado corriendo.

Ningún soldado cenariano había acudido a la carrera durante esa batalla, ni tampoco lo hacía ahora, dos minutos después de la primera señal. Por mala que fuera la situación en el puente, la del castillo debía de ser peor.

El portón saltó por los aires y unos brujos radiantes de poder atravesaron sus restos humeantes.

Kylar corrió hacia el castillo.

Capítulo 53

Roth cruzó la pasarela a toda velocidad, seguido de Neph Dada y una docena de soldados con uniforme cenariano. Llegó a una habitación pequeña, giró a la derecha y subió a paso ligero un tramo estrecho de escaleras.

Era un desconcertante laberinto de pasillos, pasarelas y escaleras de servicio, pero llevaría a Roth y sus hombres hasta la torre norte el doble de rápido que cualquier otra ruta. El tiempo era esencial. Muchísimos planes que Roth había sembrado, regado y ayudado a florecer darían fruto esa noche. Como un niño codicioso, quería saborearlos todos y notar cómo se le escurrían por la barbilla los sanguinolentos jugos.

La reina y sus dos hijas pequeñas estaban muriendo en ese preciso instante, pensó Roth con pesar. Era una lástima. Una lástima no poder presenciarlo. Esperaba que nadie moviese los cuerpos antes de que él tuviese ocasión de inspeccionarlos, y de hecho había dado instrucciones al respecto. Confiaba en que Hu Patíbulo las ejecutaría al pie de la letra, pero aquello era una guerra. Nadie sabía lo que podía suceder.

Había que resignarse. Por nada del mundo se habría perdido la muerte del rey.

¡Qué exquisitez! Si no estuviera corriendo y doblando esquinas, se echaría a reír.

Su plan original había sido tener un virote cargado en su ballesta y apuntado a la frente del rey toda la noche. Tenía pensado matar al rey en persona, pero el capitán Arturian había dispuesto una seguridad demasiado estricta. Roth había podido entrar en el gran salón, pero no con un arma encima; un pequeño desastre. Si Durzo Blint le hubiese fallado, la trama entera habría fracasado. Su padre lo habría matado.

Sin embargo, no fracasó. Durzo no le había fallado, y la suya había sido una actuación digna de un virtuoso. El envenenamiento de los invitados había sido brillante. Roth había estado presente en las cocinas mientras los catadores probaban todos los platos, y ni uno solo de ellos se había puesto malo. La administración del veneno al rey había sido un prodigio de agilidad. El preparado en sí había funcionado incluso mejor de lo que Blint había prometido. Roth encontraría más trabajos para ese hombre. Con Durzo como herramienta, administraría los tormentos más exquisitos que jamás había imaginado. ¡Hierbas! Ni se le había ocurrido que tuvieran tanto potencial. Durzo sería la persona idónea para ilustrarlo en todos sus usos. ¿Quién habría imaginado que unas hierbas administradas al rey serían la gota que colmaría el vaso de Agón?

No había podido contener una risilla cuando el general supremo libró de su cabeza al idiota del rey. Mejor que hacerlo en persona. Nunca antes había sentido la peculiar emoción de presenciar cómo un hombre cometía lo que a sus propios ojos debía de constituir traición. Había algo muy hermoso en ver a un hombre condenarse

a sí mismo.

Roth y sus hombres habían permanecido en el gran salón el tiempo suficiente para confirmar que el general supremo y sus soldados picaban el anzuelo y partían, y después habían salido corriendo.

Si lo había planeado bien, y Roth lo planeaba todo bien, esa noche saborearía frutos más deliciosos aun que la traición de Agón. Qué satisfecho estaría su padre.

Seiscientos montañeses de élite del rey dios llegarían al castillo en la próxima media hora. Mil más se presentarían al amanecer. El rey había comunicado a Roth que esperaba encontrar más de la mitad para cuando llegara al frente de las tropas de ocupación al día siguiente.

Roth creía que perdería una cuarta parte. Quizá mucho menos. Superaría su *uurdthan* con honores. El rey dios lo nombraría rey de Cenaria, y reservaría para sí el título de gran rey. Con el tiempo legaría su imperio entero a Roth.

Apartó de su cabeza las glorias futuras y se detuvo en el último pasillo estrecho para que sus hombres lo alcanzaran. La puerta que tenía delante se abría sobre bisagras ocultas y daba a la planta baja de la torre norte. Hizo una seña a sus hombres.

Los soldados derribaron la puerta secreta e irrumpieron en la sala, con las espadas desnudas. Los dos guardias de honor apostados en la base de la torre no tuvieron ninguna oportunidad. Ni les dio tiempo a sorprenderse antes de morir.

—Hay que defender esta puerta. Que Agón no suba —dijo Roth—. Los siguientes son el príncipe y la princesa.

Comprobó el estado de su ballesta.

Logan esperaba sentado al borde de la cama. Cerró los ojos y se frotó las sienes. Por el momento estaba solo en el dormitorio ubicado en lo más alto de la torre norte. Jenine de Gunder —no, Jenine de Gyre— lo había dejado para prepararse.

«Para prepararse.»

Se sentía enfermo. Había fantaseado con la idea de hacer el amor, por supuesto, pero había hecho lo posible por confinar sus deseos a una mujer... y esa mujer no era Jenine.

Cuando Serah había aceptado su propuesta, había pensado que sus fantasías iban a hacerse realidad. Esa misma mañana habían estado planeando su boda.

«Y ahora esto.»

Oyó el suave roce de unos pies descalzos sobre la alfombra y alzó la vista. Jenine se había soltado el pelo, que le caía en exuberantes rizos hasta media espalda. Llevaba puestos un camisón de seda blanca transparente y una sonrisa nerviosa. Era arrebatadora. Hacía honor a todo lo que había insinuado su vestido la noche anterior (¡dioses!, ¿solo había pasado un día?), superaba toda promesa de sensualidad. Los

ojos de Logan se empaparon de sus curvas, sus caderas que daban paso a una estrecha cintura, la cintura que se abría hacia esos pechos perfectos, una curva siguiendo a la otra con la dulzura que inspiraba al arte. Se regaló los ojos con el dorado de su piel a la luz de las velas, los círculos más oscuros de sus pezones que se adivinaban bajo el camisón, el aleteo del pulso en su garganta, la timidez de su postura. La deseaba. Quería tomarla. La lujuria rugía en su interior, ocultaba el resto de la alcoba y se tragaba el mundo entero salvo la belleza que tenía delante y sus pensamientos sobre lo que estaba a punto de hacer.

Apartó la vista, avergonzado. Se le formó un nudo en la garganta que le cortó la respiración.

—¿Tan fea soy? —preguntó Jenine.

Logan alzó los ojos y vio sus brazos cruzados sobre el pecho, las lágrimas en sus ojos. Dolorido, volvió a desviar la mirada.

—No. No, mi señora. Por favor, venid aquí.

Ella no se movió. No era suficiente.

Logan la miró a los ojos.

—Por favor. Sois tan guapa, tan, tan preciosa que me desconcertáis. Me duele solo miraros. Venid a sentaros conmigo. Por favor.

Jenine se sentó junto a él en la cama, cerca pero sin tocarlo. Logan había sabido poco de ella antes de ese día. Hasta Regnus de Gyre la había considerado un enlace demasiado ambicioso para él. Solo sabía que era muy querida, «risueña», que estaba «sentando la cabeza» y que todavía no había cumplido los dieciséis años. Logan entendía lo de «risueña»: durante la cena parecía radiante de alegría... hasta que habló su padre. Qué malnacido. Logan comprendía un poco cómo debió de haberse sentido su propio padre al ver casarse con aquel engendro a la mujer que amaba.

También habían aplicado la expresión «sentar la cabeza» al hermano de Jenine. En el caso del príncipe, había significado que la gente pensaba que por fin había renunciado a sus calaveradas más escandalosas y empezaba a asumir parte de las responsabilidades de un gobernante. Logan supuso que para Jenine «sentar la cabeza» probablemente significaba que ya no jugaba al escondite por el castillo.

Era muy diferente de Serah... y era su esposa.

—Estoy... Esta mañana estaba prometido a otra mujer. Una mujer a la que he amado durante años... Todavía la amo, Jenine. ¿Puedo llamarte así?

—Podéis llamarme como os plazca, mi marido y señor. —Su tono era gélido. Le había hecho daño. Estaba dolida, y por motivos incorrectos. Maldición, qué joven era. Aunque también era cierto que no solo a Logan le habían llovido muchas sorpresas ese último día.

—¿Has estado enamorada alguna vez, Jenine?

Ella reflexionó sobre la pregunta con más gravedad de la que habría esperado en

una quinceañera.

—Me han... gustado chicos.

—No es lo mismo —le espetó Logan. Lamentó su tono al instante.

—¿Vais a ponerme los cuernos? —replicó Jenine de inmediato—. ¿Con ella?

Eso alcanzó a Logan de lleno. Aquello tampoco podía ser fácil para Jenine. ¿Cómo debía de sentirse, recién casada con un hombre que le gustaba, sabiendo que estaba enamorado de otra? Hundió la cara en las manos.

—Juré los votos matrimoniales porque el rey me lo pidió, porque la nación lo necesitaba. Pero los juré, Jenine. Te seré fiel. Cumpliré con mi deber.

—¿Y vuestro deber de engendrar un heredero? —preguntó la princesa.

La gelidez de su tono no se había derretido. Logan supo que no debía responder, pero lo hizo: —Sí.

Jenine se dejó caer en la cama, se levantó el camisón con movimientos bruscos y abrió las piernas.

—Vuestro deber os espera, mi señor —dijo, apartando la cara y mirando a la, pared.

—Jenine... ¡mírame! —Logan cubrió su desnudez y, gracias a los dioses, la miró solo a la cara mientras hablaba, aunque ahora el cuerpo femenino lo llamara a gritos. Lo hacía sentirse como un animal—. Jenine, seré tan buen marido como me sea posible. Pero no puedo darte mi corazón, todavía no. Te miro y... y me siento mal por querer hacerte el amor. ¡Pero eres mi esposa! Maldita sea, sería más fácil si no fueses tan... ¡tan preciosa, puñeta! Si tan solo pudiera mirarte sin tener ganas de... de hacer lo que se supone que debemos hacer esta noche. ¿Lo entiendes?

Era evidente que no, pero Jenine se volvió a sentar y cruzó las piernas por debajo del cuerpo. De repente volvía a ser una niña, ruborizada por lo que acababa de hacer, pero con la mirada muy atenta.

Logan levantó las manos.

—No te culpo. Ni yo mismo lo entiendo. Está todo tan enmarañado... Nada tiene sentido desde que Aleine...

—Te ruego que no hables de mi hermano esta noche. ¿Por favor?

—Lo he perdido todo. Todo está... Todo está mal. —¿Cómo podía ser tan egoísta? Se había quedado sin un amigo, pero ella había perdido a su hermano mayor. También debía de estar destrozada—. Lo siento —dijo.

—No. Lo siento yo —replicó Jenine, con los ojos llorosos pero la mirada firme —. Durante toda mi vida he sabido que me casaría con quienquiera que el país necesitara. He intentado no enamoriscarme siquiera, porque sabía que mi padre podría decirme el día menos pensado que me necesitaba. Llevo dos años intentando que no me gustes tú. Sé que piensas que soy una cría tonta, pero ¿sabes quiénes eran algunos de mis potenciales maridos? Un príncipe ceurí al que le gustan los chicos,

otro de sesenta años, un alitaerano de seis, un lodricario que no habla nuestro idioma y ya tiene dos esposas, khalidoranos que tratan a sus mujeres como pertenencias y un modainí que ha enviudado dos veces en circunstancias sospechosas.

»Y luego estabas tú. Le caes bien a todo el mundo. Un buen rey habría asegurado el enlace para limar asperezas entre nuestras familias, pero mi padre te odia. Así que tuve que observarte, oír historias sobre ti a mi hermano y todas las demás chicas, oír que eres valiente, honorable, leal y listo. Mi hermano me dijo que eras el único hombre que no se dejaría intimidar por mi inteligencia. ¿Sabes lo que es tener que usar palabras sencillas y fingir que no entiendes las cosas para no labrarte una mala reputación?

Logan no estaba seguro de haberla entendido. Bueno, las mujeres nunca tenían que hacerse las tontas. ¿O sí?

—Cuando he descubierto que me casaría contigo —continuó Jenine—, me he sentido como si todos mis sueños de la infancia se estuvieran haciendo realidad. Incluso con mi padre comportándose como... Y Serah... Y Aleine... —Respiró hondo —. Lo siento, mi marido y señor. Habéis sido sincero conmigo. Sé que no pedisteis esto. Lamento que tuvierais que perderla a ella para que yo pudiera teneros. Sé que de un tiempo a esta parte habéis recibido muchas sorpresas desagradables. —Levantó la barbilla y habló como una princesa—. Pero haré todo lo que pueda por seros una agradable sorpresa, mi señor. Pienso luchar para hacerme merecedora de vuestro amor.

«¡Por los dioses, qué mujer!» Logan había mirado a Jenine la noche anterior y había visto unos pechos. La había visto reírse con sus amigas y había visto a una niña. Era un necio. Jenine de Gunder —Jenine de Gyre— era una princesa nacida para ser reina. Su porte, su capacidad de sacrificio, su fuerza, todo en ella lo sobrecogía. Había esperado que su esposa pudiera llegar a convertirse en una buena pareja para él. Ahora esperaba poder ponerse algún día a su altura.

—Y yo haré todo lo posible para que nuestro amor crezca, Jenine —dijo Logan —. Solo...

Ella le puso un dedo en los labios.

—¿Te importa llamarme Jeni?

—¿Jeni? —Logan tocó la suave piel blanda de su mejilla, dejó que sus ojos se pasearan por todo su cuerpo y pensó: «Tengo permiso para hacer esto. Puedo hacerlo. Debo hacerlo»—. ¿Jeni? ¿Puedo besarte?

De repente volvió a encontrarse ante una niña insegura, hasta que sus labios se encontraron. Entonces, aun con todas sus vacilaciones, su incertidumbre y su inocencia, para Logan ella pasó a ser todo lo cálido, suave, bello y cariñoso del mundo. Era la femineidad y era absolutamente encantadora. La envolvió con los brazos y la acercó hacia sí.

Al cabo de unos minutos, Logan se apartó de ella en la cama y volvió la cabeza hacia la puerta.

—No pares —dijo Jenine.

Botas con tachuelas atronaron en la escalera al otro lado de la puerta. Muchas botas.

Logan se apartó rodando de Jenine y, sin pensar siquiera en ponerse la ropa, empuñó su espada en la penumbra.

Capítulo 54

Regnus de Gyre retrocedió hasta un pasillo para ocultarse de Brant Agón, que pasaba corriendo seguido de una docena de guardias reales e, inexplicablemente, de un puñado de nobles gordos.

—¡Larga vida al rey! ¡Por el príncipe! —gritó uno de ellos.

¿El príncipe? Los rumores debían de ser infundados, entonces. Regnus había oído que Aleine de Gunder había sido asesinado la noche anterior.

Si el general supremo hubiese estado solo, Regnus habría llamado a su viejo amigo, pero no con Vin Arturian delante. El deber obligaba a Vin a arrestar a Regnus y lo cumpliría, aunque no le gustase.

Se oían gritos a lo lejos, hacia el centro del castillo, pero Regnus no distinguía las palabras. Le preocupaba que estuvieran sucediendo tantas cosas que no comprendía, pero no podía hacer nada acerca de lo que estuviera pasando en el resto del castillo. Solo tenía seis hombres y ninguno llevaba armadura. Bastante difícil había sido entrar haciéndose pasar por criados y aun así introducir sus espadas. No podía aspirar más que a encontrar a Nalia y sacarla de allí.

Los aposentos de la reina se hallaban en la segunda planta, en el sector nordeste. Regnus y sus hombres habían cruzado el castillo con disimulo, en dos grupos de tres e intentando no llamar la atención de los sirvientes, pero en ese momento hizo un gesto claro y decidido. Sus hombres fueron a él y todos se pusieron de nuevo en marcha a paso ligero.

Llegaron a las estancias de la reina sin topar con un solo sirviente o guardia. Fue una suerte increíble. Un par de guardias reales, que estarían armados y protegidos por armaduras, podrían haber acabado con Regnus y sus expuestos hombres.

El duque aporreó la gran puerta y luego la abrió. La dama de compañía que se acercaba a ver quién era retrocedió de la sorpresa.

—¡Vos! —exclamó—. ¡Mi señora, huid! ¡Asesino!

Nalia de Gunder estaba sentada en una mecedora; en el regazo tenía un bordado que ni había tocado. Se puso en pie de inmediato e hizo una seña a la criada para que se fuera.

—No seas boba. Vete.

Sus dos hijas pequeñas, Alayna y Elise, tenían cara de haber estado llorando. Se levantaron indecisas; ninguna de las dos era lo bastante mayor para reconocer al duque de Gyre.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la reina Nalia—. ¿Cómo has llegado?

—Tu vida está en peligro. El hombre que atacó mi casa anoche ha sido contratado para matarte hoy a ti. Por favor, Nal... Por favor, mi reina. —Apartó la vista.

—Mi señor —dijo ella. Era el trato que daría una reina a un vasallo que gozara de

su favor. También era la forma en que una dama podía dirigirse a su marido. En esas dos palabras, Regnus la oyó decir: «Nunca he amado a otro que a ti»—. Mi señor —repitió la reina—, Regnus, iré adonde me lleves, pero no podemos partir sin ellos. Si yo estoy en peligro, ellos también.

—Tus hijos pueden venir.

—Me refiero a Logan y Jenine. Se han casado esta tarde.

«¡Larga vida al rey! ¡Por el príncipe!» Los sucintos gritos de los nobles de repente cobraban sentido. Lo habían abreviado: el rey ha muerto, larga vida al rey. Querían decir «larga vida al nuevo rey». El príncipe. Logan.

El rey Gunder estaba muerto. Logan era el nuevo rey.

Regnus sabía que un buen hombre habría pensado antes en otras cosas... un buen marido habría pensado antes en otras cosas... pero la primera idea que le cruzó fue que el esposo de Nalia estaba muerto. El odioso hombrecillo que tanta infelicidad había causado ya no estaba; su propia esposa también había fallecido. De repente Nalia y él se veían milagrosamente liberados de veintidós años de esclavitud. Veintidós años, y de improviso les conmutaban lo que había creído una cadena perpetua.

Se había contentado con las satisfacciones de un padre orgulloso y un comandante capaz, sin creer nunca que en casa le esperaría otra cosa que un tormento conyugal. En ese momento, la felicidad no era solo una posibilidad borrosa, sino que estaba allí mismo, a un paso de distancia, sonriéndole radiante con los ojos llenos de amor. Qué diferente sería volver a casa con Nalia, compartir su hogar, su conversación, su vida, su cama.

Si ella lo aceptaba, podía casarse con Nalia. Se casaría con ella.

El resto de las consecuencias las entresacó más despacio. ¿Logan era el nuevo rey? Los genealogistas tendrían pesadillas si Regnus y Nalia engendraban hijos. Le traía sin cuidado.

Se rió en voz alta, tal era su alegría. Al momento se detuvo en seco. Agón, los guardias y los nobles se dirigían hacia su hijo, armados con cuchillos de mesa.

Logan estaba en peligro. Esos hombres corrían para salvarlo. Logan estaba en peligro y Regnus había ido en la dirección contraria.

No había tiempo de explicarlo todo, de contarle a Nalia que era libre, que Aleine estaba muerto. Regnus debía actuar. No tenía ni idea de cuánto tiempo les quedaba.

—¡Están en peligro! ¡Sígueme! —gritó, mientras blandía su espada—. Hemos... —Algo caliente le perforó la espalda y después desapareció.

Regnus se volvió y se frotó el pecho, irritado. Vio algo negro y veloz que se fundía con las sombras mientras, de repente, brotaba sangre de la garganta de uno de sus hombres. Como si fueran marionetas con los hilos cortados, sus soldados cayeron uno tras otro en rápida sucesión, muertos. Regnus se retiró la mano del pecho y la

notó pegajosa.

Bajó la vista. La sangre se extendía por su túnica a la altura del corazón. Miró a Nalia. La sombra estaba detrás de ella, sosteniéndola. Una mano negra le levantaba la barbilla y la otra blandía la espada de hoja estrecha y larga que había matado a Regnus, pero Nalia tenía los ojos clavados en él, desorbitados por el horror.

—Nalia —dijo.

Cayó de rodillas y todo se volvió blanco. Intentó mantener los ojos abiertos, pero entonces cayó en la cuenta de que ya lo estaban, y de que ya no importaba.

El general supremo Agón y su variopinta banda de nobles y guardias reales no llevaban un buen ritmo. A lo largo de los siglos, el castillo había vivido varias ampliaciones y ninguna simplificación. Por dos veces los hombres del general se habían visto detenidos por una puerta cerrada con llave, habían debatido los pros y contras de echarla abajo o dar un rodeo y habían decidido probar por un camino distinto.

En ese momento atravesaban a la carrera el último pasillo previo a la torre norte: los guardias a toda velocidad, Agón al trote y varios de los nobles jadeando corredor abajo. Los pares del reino habían renunciado a sus anteriores gritos entusiastas de «¡Por el príncipe!» y «¡Larga vida al rey!». Preferían ahorrar aliento.

Agón entró en la antecámara de la torre, donde sus hombres aporreaban la puerta de la escalera entre maldiciones.

Uno de los guardias reales, el coronel Gher, estaba de pie junto a la entrada a la antecámara.

—Deprisa, mis señores —instó a los últimos dos nobles rechonchos.

Agón paseó la mirada por la sala y dejó que sus hombres, más jóvenes y en forma, arremetieran contra la gruesa puerta de la escalera. La habitación no era grande, de apenas seis por seis metros, con pocos muebles y unos techos tan altos que se perdían en la oscuridad; solo tenía dos puertas: la de la escalera y la que daba al pasillo por el que habían llegado. Con esa puerta no había rodeo que valiera.

Y... algo no iba bien. Que la puerta estuviese cerrada con llave significaba que los guardias apostados ante ella estaban muertos o comprados.

El general supremo Agón miró por encima del hombro hacia el coronel Gher, que metía prisas a los últimos nobles para que entrasen en la habitación. Agón apartó al primo de Logan, el rollizo señor de lo-Gyre, una rama menor de la familia, y empezó a gritar una advertencia. Antes de poder pronunciar una palabra, el guante de malla del coronel Gher se estampó contra su mandíbula.

Cayó al suelo, desde donde pudo ver que el coronel salía al pasillo, cerraba de golpe la puerta y echaba el pasador.

Uno de los guardias reales estrelló su hombro contra la puerta al segundo

siguiente, pero no pudo tumbarla y, al cabo de un momento, Agón oyó que la atrancaban.

—Atrapados —dijo el señor de Urwer, sagaz.

Por un momento, todos los hombres se quedaron quietos. Mientras se levantaba con la ayuda de los guardias reales, el general supremo vio que sus acompañantes se iban haciendo cargo de la situación.

Si acababa de traicionarlos uno de los suyos, entonces el atentado contra el príncipe no era algo aislado o mal planificado. Todo lo sucedido en los últimos días había sido orquestado, desde la muerte del príncipe Aleine hasta su propia llegada a ese callejón sin salida. Las posibilidades de salir con vida eran escasas.

—¿Qué hacemos, señor? —preguntó un guardia.

—Atravesar esa puerta —dijo Agón, señalando el acceso a la escalera.

Probablemente era demasiado tarde. Probablemente encontrarían soldados enemigos y guardias reales muertos en esa escalera. Sin embargo, había aprendido hacía mucho a no perder tiempo en el campo de batalla lamentando lo que debería haberse hecho, lo que debería haberse visto venir. Las recriminaciones podían esperar a después, si había un después.

Los guardias habían retomado su asalto a la puerta cuando se oyó tuang-sssss: el tañido de la cuerda de una ballesta y el siseo del virote que había disparado.

Cayó un guardia real; le habían atravesado la cota de malla como si fuera de seda. Agón maldijo y buscó troneras en las paredes de la habitación. No vio ninguna.

Los hombres miraban a su alrededor como locos, intentando defenderse de un enemigo que los atacaba desde ninguna parte.

Tuang-sssss. Otro guardia chocó contra sus camaradas y cayó muerto.

Agón y los hombres alzaron la vista hacia la oscuridad. Una lámpara colgada a baja altura hacía imposible ver más allá. Una grave carcajada resonó en la penumbra.

Guardias y nobles por igual se lanzaron en busca de cualquier cobertura que pudieran encontrar, aunque la sala ofrecía bien pocas.

Un soldado se tiró detrás de un mullido sillón de orejas. Un noble arrancó de la pared un retrato del señor de Robin y lo sostuvo ante él como un escudo.

—¡La puerta! —gritó Agón, aunque la desesperanza le nublaba el corazón.

No había escapatoria. El hombre u hombres que les disparaban no solo contaban con infiltrados y traidores en el castillo, sino que además conocían los secretos de la fortaleza. El paranoico rey Hurlak había llenado su ampliación del castillo con un laberinto de habitaciones secretas y mirillas para espiar. Ese asesino sabía dónde se encontraban, no tenía más que quedarse donde estaba y matarlos a todos. No había manera de detenerlo.

Tuang-sssss. El soldado parapetado tras el sillón quedó rígido cuando el virote atravesó el respaldo y se le clavó en la espalda. El asesino les hacía saber lo

desesperado de su situación.

—¡La puerta! —gritó Agón.

Con esa clase de valentía que muchos oficiales exigían pero pocos obtenían, los guardias restantes se levantaron y empezaron a golpear la puerta con las espadas. Sabían que algunos morirían en el intento, pero también que era su única salida, su única esperanza de vivir.

Tuang-sssss. Otro guardia real se derrumbó a mitad de un mandoble a la puerta. El señor de Ungert, que sostenía con brazos temblorosos el retrato frente a su cuerpo, gimoteó como una niña pequeña.

Tuang-sssss. Un soldado pareció saltar a un lado cuando una saeta se le clavó en el oído y lo empotró entre salpicaduras de sangre contra el marco de la puerta.

Consiguieron abrir una grieta en la puerta. Uno de los tres guardias reales que quedaban soltó un grito de triunfo.

Una flecha entró volando por la hendidura recién creada y se le clavó en el hombro. El soldado giró sobre sus talones una vez antes de que un proyectil disparado desde arriba le partiese el espinazo.

Los dos últimos guardias se quedaron anonadados. Uno soltó la espada y se hincó de rodillas.

—Por favor —suplicó—. No, por favor. No, por favor. Por favor...

El último guardia en pie era el capitán Arturian. Arremetió contra la puerta como un poseso. Era un hombre fuerte. La puerta tembló y se estremeció bajo sus golpes mientras la brecha se ensanchaba en dirección a la cerradura.

Apartó la cabeza para esquivar dos flechas que atravesaron el agujero y después arremetió otra vez. Otra flecha pasó volando junto a Vin Arturian y Agón le vio echar la cabeza hacia atrás. Un arañazo le recorría la mejilla en línea recta hasta la oreja, partida por la mitad.

Con un grito, el capitán Arturian arrojó su espada por el agujero como si fuese una lanza. Agarró el pasador y lo arrancó de la puerta con un movimiento brusco, que terminó en sacudida cuando una flecha le atravesó el brazo. Sin hacerle caso, el capitán asió la puerta y tiró hasta arrancarla de su marco.

Cinco arqueros khalidoranos ataviados con los colores de Cenaria esperaban en la escalera con los arcos tensados. Tras ellos había seis espadachines y un brujo. Otro arquero yacía a sus pies, con la espada del capitán clavada en el estómago. Los cinco arqueros dispararon a la vez.

Acribillado a flechazos, el capitán Vin Arturian cayó hacia atrás. Su cuerpo aterrizó junto al guardia arrodillado, que soltó un chillido.

Tuang-sssss. El chillido terminó en borboteo y el joven cayó, ahogado en su propia sangre.

Entonces se produjo uno de esos momentos de una cotidianidad aterradora que se

daban en pleno caos de una batalla; Agón los había presenciado antes y nunca podría acostumbrarse.

Uno de los arqueros pasó su arma a un compañero, entró en la sala y cogió la puerta.

—Disculpa —dijo al capitán que acababa de contribuir a matar. En su voz no había sarcasmo, sino simple educación. Arrancó la puerta de los dedos agarrotados del capitán caído, volvió al hueco de la escalera y colocó la puerta en su quicio ante la mirada del general Agón y los nobles.

En ese momento atemporal, antes de que la realidad se les echara encima de nuevo, el general Agón observó a los nobles. Ellos lo miraron. Esos eran los hombres que habían estado dispuestos a jugarse la vida para rescatar al príncipe. Hombres valientes, por muy necio que fuera alguno, pensó mirando al señor de Ungert escudado tras un cuadro. Esos eran los hombres que había conducido a la muerte.

La trampa era inteligente. El «sirviente de los Gyre» que había anunciado el ataque a Logan sin duda era un agente del usurpador. La estratagema no solo dividía a la guardia real, pues alejaba del gran salón a la mayoría de sus hombres, sino que también separaba limpiamente el grano de la paja. Los nobles que habían acompañado a Agón ni siquiera eran exactamente los que habría esperado ver defendiendo al príncipe Logan, pero todos ellos habían demostrado sus lealtades del único modo que importaba: con sus actos.

Al matar a esos hombres, los khalidoranos eliminaban a quienes más probablemente se les opondrían. Brillante.

Por debajo del borboteo y la respiración trabajosa del soldado moribundo, Agón oyó otro sonido. Sus oídos lo identificaron de inmediato: el cabestrante de una ballesta al cargarla.

Clic, clic, clac. Clic, clic, clac.

—Para que sepáis a quién maldecir cuando muráis —dijo una voz con siniestro regodeo desde su escondrijo en las alturas—, soy el príncipe Roth Ursuul.

—¡Ursuul! —El señor de Braeton lo maldijo.

—Ah, entonces es un honor —dijo el señor de lo-Gyre.

El virote acertó a lo-Gyre en su barrigón con tanta fuerza que salió por la espalda, llevándose por delante buena parte de sus vísceras. El noble cayó sentado bruscamente contra una pared.

Varios de los nobles maldijeron a Ursuul como este les había invitado a hacer. Algunos fueron a atender al señor de lo-Gyre, que jadeaba entre convulsiones en el suelo. El general supremo Agón permaneció de pie. La muerte lo encontraría derecho.

Clic, clic, clac. Clic, clic, clac.

—Quiero daros las gracias, general supremo —dijo Roth—. Me habéis servido

bien. Primero matáis al rey por mí, bonita traición, por cierto, y luego aún habéis podido conducir a estos hombres hasta mi trampa. Seréis bien recompensado.

—¿Qué? —preguntó el viejo señor de Braeton, mirando alarmado a Brant—. Decidme que no es cierto, Brant.

El siguiente proyectil atravesó el corazón del venerable anciano.

—Es mentira —respondió Agón, pero el señor de Braeton ya estaba muerto.

Clic, clic, clac. Clic, clic, clac.

El señor de Ungert miró a Agón, aterrorizado. El lienzo le temblaba en las manos.

—Por favor, decidle que pare —suplicó a Agón en cuanto vio que era el último noble que quedaba—. Yo ni siquiera quería seguiros. Mi mujer me ha obligado.

Apareció un pequeño agujero en el escudo que sostenía el caballero pintado en el cuadro y el señor de Ungert trastabilló hacia atrás. Durante un largo momento, permaneció apoyado en la pared, con una mueca en la cara y el marco todavía en la mano. Parecía contrariado, como si el lienzo debiera haber detenido el virote. Después cayó sobre el cuadro y redujo el marco a astillas.

Clic, clic, clac. Clic, clic, clac.

—Hijo de puta —dijo el señor de lo-Gyre entre tenues jadeos, mirando fijamente al general supremo Agón—. Pedazo de bastardo.

El siguiente proyectil lo alcanzó entre los ojos.

El general Agón alzó la espada en señal de desafío.

Roth se rió.

—No mentía, general supremo. Tendréis vuestra recompensa.

—No tengo miedo —dijo Agón.

Clic, clic, clac. Clic, clic, clac. El virote hirió a Agón en la rodilla y sintió quebrarse el hueso. Tropezó hasta topar con el sillón y cayó al suelo. Al cabo de un momento, otro proyectil le alcanzó en el codo. Sentía como si le hubiera arrancado el brazo de cuajo. Apenas podía mantenerse sentado en el suelo, agarrado al brazo del sillón como si se estuviera ahogando.

—Mi ejecutor me aseguró que podía confiar en que correríais a ciegas hasta esta trampa. Al fin y al cabo, fuisteis lo bastante tonto para confiar en él —dijo Roth.

—¡Blint!

—Sí. ¡Pero no me avisó de que traicionaríais a vuestro rey! Eso ha sido delicioso. ¿Y lo de entroncar al señor de Gyre con la familia real? Amigo vuestro, ¿no? Eso le ha costado la vida a Logan. Sé que no tenéis miedo a morir, general —prosiguió Roth —. La recompensa que te otorgo es tu vida. Sigue viviendo con tu vergüenza. Ahora lárgate. Aléjate a rastras, gusano.

—Pasaré el resto de mi lamentable vida dándote caza —juró Agón entre dientes apretados.

—No, no lo harás. Eres un perro apaleado, Brant. Podrías haberme parado. En

lugar de eso, me has ayudado en todo momento. Ahora mis hombres y yo subiremos al piso de arriba. El príncipe y la princesa morirán porque tú no me detuviste. ¿Por qué debería matarte? No podría haber logrado todo esto sin ti.

Roth dejó allí al general supremo, boqueando en el suelo. Destrozado.

Capítulo 55

El sargento Bamran Gamble tensó el arco largo alitaerano con los anchos músculos de su espalda. Daba igual ser fuerte como un buey; no podía tensarse un arco largo alitaerano solo con los brazos. Ese arco era de grueso tejo, medía dos metros diez sin tensar y podía atravesar una armadura a doscientos pasos. Había oído de hombres que habían acertado a un blanco de menos de metro y medio a más de quinientos pasos pero, gracias al Dios, él no necesitaba hacer eso.

Estaba en el patio del castillo, subido al tejado del barracón. Los había encerrado en él un traidor, pero al cobarde le había faltado el valor o la antorcha necesarios para prender fuego a la caseta con ellos dentro. Los hombres de Gamble habían agujereado el techo y lo habían subido a peso.

El primer rayo de la bruja había pasado por encima de la cabeza del sargento antes incluso de que tensara el arco. Era la única meister del patio, destinada allí con la clara misión de echar un ojo por si pasaba algo. Desde su altura, Gamble veía llegar más tropas por el Puente Real de Occidente, pero solo tenía ojos para la bruja. Era pelirroja y de piel pálida. Respiraba trabajosamente, como si el último rayo la hubiera dejado seca, pero ya se estaba recuperando y empezaba a recitar, mientras el vir negro de sus brazos se hinchaba.

Si Gamble fallaba el tiro, no tendría una segunda oportunidad. La bruja apuntaría más abajo y prendería fuego al tejado de paja del barracón. Más de cuarenta hombres del sargento Gamble morirían.

Flexionó la espalda y la flecha de punta ancha se deslizó hacia atrás. Los tres dedos llegaron a su cara; la cuerda de tripa le tocó los labios. No apuntó. Era un acto puramente instintivo. Una bola de fuego brotó en las palmas de la bruja. La flecha lanzada con una potencia que atravesaría corazas, no tuvo ningún problema para perforar una bola de fuego etérea ni el esternón de una joven. La bruja salió despedida por el impacto como si estuviera atada a un caballo al galope. La flecha clavó su cuerpo a la gran puerta que tenía a la espalda.

El sargento Gamble no era consciente de haber preparado otra flecha. De haber tenido elección, habría escogido bajar del tejado y liberar a sus hombres pero, de repente, la fiebre de la batalla corría por sus venas. Después de diecisiete años como soldado, estaba luchando por primera vez.

La flecha tocó sus labios y salió volando. Alcanzó a otra bruja que cruzaba el puente a la cabeza de una columna de montañeses. Fue un disparo impresionante, de los mejores que había hecho Gamble en toda su vida. Pasó entre tres filas de soldados que avanzaban corriendo y se clavó en la axila de la bruja aprovechando el vaivén de sus brazos al correr. El impacto se la llevó a un lado hasta hacerla caer por el borde del puente. Se precipitó, inerte, a las aguas del Plith.

Los montañeses ni siquiera aminoraron el paso. Fue entonces cuando el sargento Gamble supo que la situación era grave. Dos arqueros y un brujo se separaron del grupo y empezaron a buscar al autor del disparo, pero el resto de los hombres siguió cruzando el puente. Cuando los arqueros cargaron sus flechas, el brujo las tocó y prendió fuego a cada punta.

Gamble se deslizó tejado abajo y se dejó caer al patio en el mismo momento en que las dos flechas ardientes se clavaban en la paja. El fuego se extendió con una rapidez antinatural. Para cuando desatrancó la puerta, ya salía humo del interior del barracón.

—¿Qué hacemos, señor? —preguntó uno de los hombres mientras se reunían a su alrededor.

—No pueden con todos a la vez, de modo que intentan separarnos. Diría que son doscientos, puede que trescientos. Tenemos que llegar a los barracones de abajo. —Allí habría doscientos hombres. Eso los equipararía a los invasores, por lo menos, aunque el sargento Gamble no creía que la igualdad numérica significase gran cosa, no contra montañeses y brujos khalidoranos.

—Al cuerno —exclamó un joven guardia—. No pienso morir por el Nono. Todavía controlamos el Puente Real de Oriente. Yo me largo.

—Si te vas hacia ese puente, Jules, será lo último que hagas —avisó el sargento Gamble—. Para esto nos pagan. Cualquier cosa que no sea cumplir con nuestro deber es traición, igualito que cuando Conyer nos ha encerrado a todos en el barracón para que muriésemos.

—Nos pagan una mierda.

—Ya sabíamos lo que pagaban cuando nos alistamos.

—Haced lo que tengáis que hacer, señor. —Jules envainó su espada y se volvió, confiado. Arrancó a trotar hacia el puente.

Sus treinta y nueve hombres miraban al sargento Gamble.

Sacó una flecha, susurró una oración por dos almas mientras la cuerda tocaba sus labios y atravesó el cuello de Jules con su disparo. «Me estoy volviendo todo un héroe de guerra, ya lo creo. Una máquina de matar mujeres y compañeros de armas.»

—Vamos a luchar —dijo—. ¿Alguna pregunta?

Kylar atravesó corriendo las dependencias del servicio sin que nadie lo viera. Todavía no se había cruzado con ningún guardia que acudiera a la defensa. Muy mal debían de ir las cosas en alguna parte para que los soldados no hubiesen organizado ninguna resistencia.

De repente, se encontró metido en una pelea. Por lo menos un destacamento de montañeses debía de haber entrado por otro camino, porque había veinte de ellos enfrascados en masacrar al doble de soldados cenarianos.

Los defensores estaban a punto de dispersarse, pese a las órdenes que les gritaba su sargento. Al verle la cara, Kylar paró en seco. Conocía a ese sargento. Era Gamble, el guardia que había entrado en la torre norte la noche en que Kylar había matado a su primer muriente.

Se unió a la refriega y mató khalidoranos con la facilidad con que una guadaña siega el trigo. Era un trabajo sencillo. No obtuvo ningún placer de matar a unos hombres que apenas podían verlo.

Al principio, nadie se fijó en él. Era un borrón de penumbra en lo más profundo de un castillo hecho de piedra oscura e iluminado por antorchas titilantes. Salvó la vida a Gamble decapitando a un khalidorano y eviscerando a otro cuando tenían acorralado al suboficial.

Kylar ni siquiera frenó. Era un remolino. Era la primera cara de los Ángeles de la Noche, era la venganza. Matar ya no era una actividad, sino un estado del ser. Kylar se convirtió en la matanza. Si cada gota de sangre culpable que derramara podía borrar una gota de sangre inocente, esa noche quedaría limpio.

La sensación de la malla al partirse, el cuero al separarse, la carne al rasgarse bajo el juicio gélido que era el filo de Sentencia lo llenó de gozo. Kylar estaba sumido en la locura, en una especie de extraña meditación, entre giros, estocadas, acometidas, tajos, pinchazos, dislocaciones, golpes, caras destrozadas y futuros segados. Pasó demasiado rápido: en lo que no podía haber sido más de medio minuto, hasta el último khalidorano había muerto. Ninguno agonizaba siquiera. Si algo tenía la ira homicida era ser concienzuda.

El efecto sobre los cenarianos fue impresionante. Aquellas ovejas con armadura de soldado se quedaron boquiabiertas ante la oscuridad mal recortada que era Kylar. Ni siquiera tenían las armas levantadas. No estaban en posiciones de combate. Solo se maravillaban ante el avatar de la Muerte que tenían delante.

—El Ángel de la Noche lucha por vosotros —dijo Kylar. Ya había perdido demasiado tiempo. Logan podía estar muriendo en ese preciso instante. Siguió adentrándose a la carrera en el castillo.

Todas las puertas estaban cerradas, y en los salones reinaba un silencio escalofriante. Supuso que los sirvientes estarían acurrucados en sus habitaciones o ya habrían huido.

El atronar de muchos pies marcando el paso lo detuvo. Se hundió en las sombras de una puerta cercana a una esquina. Quizá estuviera a salvo de los ojos de los hombres, pero esa noche en el castillo había cosas más peligrosas que los hombres.

—Debe de haber como mínimo doscientos de sus soldados atrapados abajo —le decía un oficial a otro hombre cuya constitución enclenque lo delataba como brujo aunque llevase armadura y espada—. Los retendremos allí durante unos quince minutos, meister.

—¿Y los nobles del jardín? —preguntó el brujo.

La respuesta se perdió entre el fragor de las pisadas de los montañeses mientras el grupo pasaba de largo y se alejaba de Kylar.

De modo que los nobles estaban atrapados en el jardín. Kylar nunca había estado en él (es más, había evitado el castillo entero en la medida de lo posible), pero había visto cuadros y, si los pintores no se habían tomado demasiadas licencias, suponía que podría encontrarlo. Decidió que sería tan buen lugar como otro cualquiera para buscar a Logan y Durzo.

En su avance por el castillo en dirección al jardín, vio que los salones empezaban a estar abarrotados de cadáveres y los suelos resbalaban por la sangre. Ni siquiera redujo el paso. Casi todos los muertos pertenecían a las guardias personales de los nobles.

Pobres desgraciados. Kylar no sentía mucha lástima por unos hombres que se dedicaban a las armas y no se habían molestado en adiestrarse, pero a esos los habían masacrado. Había más de cuarenta soldados entre muertos y moribundos, pateando y retorciéndose de dolor. Solo vio ocho montañeses caídos.

El rastro de sangre y cadáveres lo llevó hasta unas puertas dobles de nogal atrancadas desde su lado. Levantó la barra y las abrió un resquicio.

—¿Qué demonios? —dijo una voz ronca con acento khalidorano.

Kylar se retiró de la puerta entreabierta, se colocó detrás de la enésima estatua del Nono en pose heroica y vio a varios montañeses vigilando una sala llena de nobles. Había hombres, mujeres y hasta unos cuantos niños en el grupo. Estaban desaliñados y asustados. Algunos lloraban. Otros vomitaban, envenenados.

Oyó unos pasos fuera de su campo de visión, y los montañeses que tenía a la vista prepararon sus armas. La punta de una alabarda enganchó el canto de la puerta y la abrió hacia dentro del todo, para revelar a un compacto oficial khalidorano, tan ancho como alto.

El oficial abrió la otra puerta con la alabarda e hizo una seña, a la cual dos hombres saltaron al pasillo, espalda con espalda y armas en alto. Miraron directamente a la estatua, directamente a Kylar, que se había apretado contra la espalda de la efigie, poniendo los brazos detrás de sus brazos y las piernas detrás de sus piernas.

—Nada, señor —dijo uno.

En el jardín, que no era ni por asomo tan magnífico como en los cuadros, había diez guardias y cuarenta o cincuenta nobles, ninguno armado. Por suerte, los montañeses no tenían brujos con ellos. Kylar supuso que los meisters eran demasiado valiosos para desperdiciarlos vigilando prisioneros.

Entre los nobles había algunos de los más grandes del reino. Kylar reconoció a no pocos de los ministros del rey. Que estuvieran todos allí significaba que Roth creía

que podía tomar el castillo con rapidez y quería decidir en persona a quién matar y a quién incorporar a su gobierno.

Los hombres y las mujeres parecían desorientados. Se diría que no daban crédito a lo que les estaba sucediendo. Les resultaba incomprensible que su mundo pudiera ponerse patas arriba tan de repente. Muchos presentaban claros síntomas de intoxicación. Algunos tenían cortes y sangraban, pero otros estaban del todo indemnes. Varias damas con el pelo todavía perfectamente peinado sollozaban, mientras otras con arañazos y las faldas desgarradas parecían serenas.

Detrás de Kylar, un soldado exclamó:

—¡No fastidiemos, capi! ¡No se habrá desatrancado sola!

—Estamos aquí para vigilar este jardín, y aquí nos quedamos.

—Pero no sabemos lo que hay ahí fuera... señor.

—Nos quedamos —sentenció el capitán achaparrado en un tono que no admitía réplica.

Kylar casi lo sintió por el joven montañés. Sus instintos eran certeros. Algún día habría sido un buen oficial.

Eso no le impidió emerger de entre las sombras a un paso de él.

Se dijo que no se estaba volviendo visible con objeto de ser justo. Era porque debía guardar fuerzas para más adelante.

La espada del joven khalidorano apenas había salido de su funda cuando Kylar lo destripó. Rodeó a su víctima con un elegante giro, lanzó un cuchillo con la mano izquierda, hendió con la espada una loriga de cuero endurecido y varias costillas de un tajo ascendente y desvió una estocada enemiga por el costado para obligarla a ensartarse en otro soldado, todo en un solo movimiento fluido. Después asestó un cabezazo en la cara a un montañés y giró con rapidez agarrado a él. El extremo de la alabarda del capitán se hundió con un carnoso crujido en la espalda del khalidorano.

Kylar se dejó caer para esquivar un mandoble y clavó su wakizashi en la entrepierna de un montañés. Casi tumbado de espaldas, lanzó al hombre hacia atrás de una patada y aprovechó el impulso del movimiento para ponerse en pie.

Había seis soldados muertos o caídos. Quedaban cuatro. El primero fue impetuoso. Cargó mientras vociferaba algo sobre que Kylar había matado a su hermano. Una parada, una estocada, y los hermanos volvieron a estar juntos. Los tres últimos khalidoranos avanzaron a la vez.

Un corte rápido privó a uno de la espada y la mano que la sujetaba, y el siguiente hombre cruzó su acero con Kylar cinco veces, hasta que no se echó atrás lo suficiente y cayó ciego por culpa de un tajo a los ojos. Kylar saltó para evitar un barrido de la alabarda y se volvió para encarar al oficial. Cogió su espada al revés y lanzó una estocada hacia atrás que ensartó al soldado manco.

El oficial soltó la alabarda y desenvainó un florete. Kylar se sonrió ante los gustos

extremos del oficial en materia de armas, y entonces miró por encima del hombro del khalidorano. El oficial empezó a volverse, frunció el ceño mosqueado y decidió no mirar a su espalda.

Una bella noble le rompió una maceta en la coronilla. Volaron flores y tierra por todas partes, pero la maceta ni siquiera se agrietó.

—Gracias por salvarnos —dijo la noble entre jadeos—, pero maldito seáis por mirarme. Podrían haberme matado por vuestra culpa.

Era una de las mujeres cuyo pelo y maquillaje menos se habían resentido de la violencia empleada para llevarlas allí. No parecía inmutarla en lo más mínimo haberle destrozado el cráneo a un hombre. Sencillamente se sacudió algo de tierra del vestido y echó un vistazo por si lo arrastraba por alguna mancha de sangre. Kylar se sorprendió de que el amplio escote no se le hubiera desbordado con la carrera. Conocía a la mujer.

—Él no ha mirado atrás, ¿verdad? —le preguntó a Terah de Graesin, contento de llevar el pañuelo negro sobre la cara. Se había puesto la máscara por costumbre pero, de no llevarla, varios de esos nobles lo habrían reconocido.

—Pero bueno, será...

Llamaron a la puerta y tanto Terah como los demás nobles se quedaron petrificados. Tres golpes, dos, tres, dos. Se oyó una voz:

—¡Nuevas órdenes, capi! Su majestad dice que los matemos a todos. Necesitamos vuestros soldados para aplastar a los que resisten en el patio.

—Debéis marcharos de inmediato —dijo Kylar lo bastante alto para que lo oyeran todos los nobles—. Vienen por lo menos doscientos montañeses más por el Puente Real de Occidente. Probablemente son ellos quienes luchan en el patio ahora mismo. Si queréis vivir, recoged las armas que tengáis y liberad a los soldados que están atrapados abajo. Hay otros que ya se dirigen hacia allí. Con ellos, podéis salir del castillo. Podréis montar una resistencia. El castillo ha caído, la ciudad también. Si no os dais prisa, caeréis vosotros.

La noticia fue un jarro de agua fría para los nobles que rodeaban a Kylar. Algunos se encogieron más si cabe, pero un puñado pareció encontrar su entereza al oírlo hablar.

—Lucharemos, señor mío —dijo Terah de Graesin—. Pero algunos estamos envenenados y...

—Conozco esos venenos. Si habéis vivido hasta ahora, habéis tomado una dosis lo bastante pequeña para recobraros en cuestión de media hora. ¿Dónde está Logan de Gyre?

—Disculpad, me llamo Terah de Graesin y ahora soy la reina. Si queréis...

Kylar entrecerró los ojos.

—¿Dónde... está... Logan... de... Gyre?

—Muerto. Está muerto. El rey ha muerto. La reina ha muerto. Las princesas están todas muertas.

El mundo dio vueltas. Kylar se sintió como si le hubiesen pegado con una maza en el estómago.

—¿Estáis segura? ¿Lo habéis visto?

—Estábamos en el gran salón cuando el rey ha muerto, y luego he encontrado a la reina y sus hijas pequeñas en sus aposentos, antes de que me atraparan. Estaban... Ha sido espantoso. —Sacudió la cabeza—. No he visto a Logan ni a Jenine, pero deben de haber sido los primeros en morir. No hacía ni diez minutos que habían salido del gran salón después de que el rey anunciara su matrimonio cuando ha estallado el golpe. El general supremo se ha llevado unos cuantos hombres para intentar salvarlos, pero era demasiado tarde. Estos guardianes se estaban jactando ahora mismo de cómo habían masacrado a la guardia real.

—¿Dónde?

—No lo sé, pero es demasiado...

—¿Alguien sabe adónde ha ido Logan? —gritó Kylar.

En sus expresiones vio que algunos lo sabían, pero no pensaban decírselo porque tenían miedo de que los abandonara. Los muy cobardes. Oyó un gemido hacia el fondo del jardín y se abrió paso entre los nobles hasta ver a un hombre pálido y sudoroso tumbado de espaldas. Había espuma encostrada en la boca y un charco de vómito cerca de la cabeza. Tenía tan mal aspecto que Kylar casi no lo reconoció. Era el conde Drake.

Se arrodilló junto al conde, sacó unas hojas de su bolsita y empezó a metérselas en la boca.

—¿Tenéis un antídoto? —preguntó uno de los nobles enfermos, pero que todavía se sostenía en pie—. Dádmelo.

—¡Dádmelo a mí! —exigió otro.

Empezaron a abrirse paso hacia delante. Kylar desenfundó a Sentencia en un segundo y apuntó la hoja a la garganta de un noble.

—Si cualquiera de vosotros lo toca a él o me toca a mí, lo mato. Lo juro.

—¡Solo es un conde! —dijo una noble gorda y temblorosa—. ¡Es pobre! ¡Os daré lo que sea!

La parte dura y vengativa de Kylar quería quedarse el antídoto solo para castigar a aquella gente mezquina y ruin. En lugar de eso, cogió la bolsa y se la lanzó a Terah de Graesin.

—Dádselo a quienes más lo necesiten. No salvará a nadie que ya esté inconsciente, y cualquiera que esté de pie no lo necesita.

Terah de Graesin abrió la boca al ver que le daban órdenes con tan pocos miramientos, pero obedeció.

A Kylar se le escapaba el tiempo entre los dedos. Había llegado. Estaba en el castillo, pero no tenía ni idea de en qué parte era necesaria su presencia. Miró al conde y se preguntó si sería demasiado tarde para salvarlo.

El conde se incorporó un poco. Abrió los ojos y poco a poco los enfocó. Sobreviviría.

—Torre norte —dijo.

—¿Allí ha ido Logan?

El conde asintió y después volvió a tenderse, agotado.

—Es demasiado tarde para ellos —dijo Terah de Graesin—. Luchad con nosotros. Os concederé tierras, títulos, un indulto...

No obstante, sin hacer caso de los gritos ahogados de los nobles, Kylar se envolvió en sombras y salió corriendo.

Los hombres de Roth subieron con estrépito por la escalera y abrieron a patadas la puerta del dormitorio. Roth y Neph Dada siguieron a los once hombres que se apiñaban ya en la alcoba entre gruñidos y gritos. Las puertas dobles permitían pasar a tres hombres a la vez pero, con cuatro filas de soldados por delante, Roth no podía distinguir lo que ocurría al fondo, salvo que no era nada bueno. Se oía el golpear de carne contra carne, el tintineo de una espada al cortar una cota de malla, el chasquido de un cráneo partido como un melón.

A su lado, Neph Dada había extendido sus brazos marcados por el vir. Musitó algo y la cuarta parte de su vir serpenteó. Una inquietante sacudida silenciosa lanzó hombres volando en todas las direcciones, sin hacer distinciones con los soldados de Roth.

El impacto hizo retroceder a los tres que Roth tenía delante pero, cuando ya se preparaba para el choque, se golpearon contra la barrera invisible que Neph había erigido para protegerlo.

Neph volvió a hablar y la habitación se llenó de luz. Roth se adelantó acompañado por el brujo mientras todos los demás se recuperaban.

Logan también intentó ponerse en pie a toda velocidad, pero sus extremidades estaban pegadas al suelo como si las sujetara un gran peso. Estaba desnudo y furioso. Roth envainó la espada mientras ocho de sus hombres recogían sus armas desperdigadas. Seis yacían en el suelo, sangrando de heridas profundas. Tres de ellos estaban muertos y otros tres lo estarían pronto. Al parecer Logan de Gyre no era manco con la espada.

En la cama, vestida con un camisón transparente remangado, estaba tumbada la princesa. Se revolvía aterrorizada, pero no podía taparse. Neph también la había inmovilizado.

Roth se sentó en la cama junto a la chica y dejó que sus ojos se pasearan por su

figura núbil. Se lamió un dedo, lo puso en la base del cuello y lo fue bajando por el cuerpo de la chica.

—Espero no interrumpir nada —dijo.

A Jenine de Gunder se le endureció la mirada. Estaba ruborizada por el repaso al que la estaba sometiendo Roth, pero también furiosa.

Roth la silenció poniéndole un dedo en los labios antes de que pudiera decir nada.

—Solo vengo para felicitarte por tus recientes esponsales, paloma mía. ¿Cómo va todo? ¿Te satisface la abundancia de las dotes de tu marido? —preguntó.

Miró hacia el desnudo Logan y arrugó la frente.

—Bueno¸ supongo que sí. Y mi querido duque de Gyre... Ponedlo en pie —ordenó Roth—. ¿O debería decir príncipe de Gyre? No te desanimes. He visto a su madre desnuda, y con el tiempo le...

Logan se abalanzó hacia delante, pero sus ataduras invisibles aguantaron. Un soldado le pegó en la cara.

Roth prosiguió como si no hubiera pasado nada. Chasqueó la lengua.

—Con el tiempo. Ahí está la pega. Con el tiempo, a la princesa podrían crecerle esos pechos y esas caderas tan admirables. —Sonrió a Jenine y le pellizcó una mejilla. Luego se levantó, y la magia de Neph alzó a la princesa de la cama hasta dejarla de pie, temblorosa, junto a su marido—. Pero no os queda tiempo. Espero que hayáis disfrutado de vuestro matrimonio. Y Logan, amigo, confío en que no hayas perdido el tiempo con preliminares... porque vuestro matrimonio ha terminado.

El momento se alargó. Nada gustaba más a Roth que presenciar cómo el desconcierto daba paso al pavor y luego a la desesperación.

—¿Quién eres? —preguntó Logan, sin que sus ojos revelaran temor alguno.

—Me llamo Roth. Soy el hombre que ordenó la muerte de tu hermano, Jenine. —Vio cómo las palabras golpeaban a la chica como una ola, pero antes de que ella pudiera protestar continuó—: Soy Roth, el shinga del Sa'kagé. Soy el hombre que ordenó la muerte de tu padre, Jenine. No hace ni diez minutos he visto rodar su cabeza por la mesa real.

»Soy el príncipe Roth Ursuul de Khalidor. Soy el hombre que ordenó la muerte de tus hermanas y tu madre, Jenine. Si escuchas —se llevó una mano al oído y puso cara de burlona atención—, quizá oigas sus gritos.

»Vosotros dos sois lo único que queda entre la corona de Cenaria y yo, Jenine. Y voy a ceñirme esa corona. Me temo que tendré que mataros. ¿Queréis elegir quién de los dos muere primero?

Con cada revelación, Roth observaba los ojos de la princesa, devoraba con avidez la muerte de sus esperanzas, se regodeaba viendo madurar su desespero. Sacó un cuchillo y giró a la chica para que estuviera de cara a Logan.

El joven gritó pero sin emitir sonido alguno, pues Neph lo había amordazado. Se

revolvió y forzó sus músculos tensos y abultados contra las ataduras, pero era imposible escapar de la magia del vürdmeister. Le sería más fácil arrancar estrellas del firmamento.

—Mi señor —dijo un soldado desde el pasillo—, una de las barcazas ha sido destruida. Los meisters necesitan que ayudéis a sofocar la resistencia.

Ver florecer la esperanza en los ojos de la joven produjo en Roth un escalofrío de excitación.

—Resistencia —dijo—. ¡A lo mejor os salvarán! Pero, un momento; si el héroe ya está aquí. Logan, ¿vas a quedarte ahí plantado sin hacer nada? ¿No vas a salvarla?

Los músculos de los brazos y las piernas de Logan se hincharon y las ligaduras mágicas temblaron y se estrecharon hasta que Neph volvió a hablar y las redobló. El príncipe ya no podía moverse.

—Supongo que no —dijo Roth, que se volvió de nuevo hacia Jenine—. ¡Pero vos sois la princesa! Sin duda los guardias reales vendrán. ¡Qué digo los guardias, apuesto a que ahora mismo el general supremo dirige un contingente hacia aquí para rescataros! —Se apartó el pelo por detrás de una oreja destrozada—. Pero he matado a Agón y a todos los guardias reales. No quedan más héroes. Nadie puede salvarte, Jenine.

Roth se situó detrás de la princesa y deslizó la mano por su esbelto estómago. Le abrió el camisón de un tirón, se lo arrancó y le envolvió un pecho con la palma. Mientras brotaba una lágrima del ojo de Jenine, Roth se agachó y la besó en el cuello como un amante. Tenía la mirada fija en Logan, con expresión burlona.

Después, en el punto donde la había besado, le cortó la garganta.

Le dio un empujón y Jenine cayó en brazos de Logan, con el lado derecho del cuello convertido en un manantial de sangre. Neph aflojó las ataduras del príncipe lo suficiente para que pudiera sostener a la chica, pero no tanto que llegara a su garganta para intentar contener la hemorragia.

Los ojos de Logan eran pozos de horror y de pena. De sus labios escapó un sonido que era como música celestial para los oídos de Roth, el sonido de un alma llevada al límite del sufrimiento. Logan sostuvo contra su pecho a la chica menuda, que agonizaba entre estertores. Roth devoró su horror, intentando grabarse el recuerdo en la memoria, sabiendo que lo necesitaría en las largas noches oscuras.

Entonces Logan se apartó un poco, se volvió para que Roth no le viera el rostro y miró a Jenine a la cara.

—Estoy aquí, Jeni —dijo, mientras sostenía la mirada de la chica con la suya—. No voy a dejarte.

La dulzura de su voz enfureció a Roth. Era como si él ya no importase nada. Con su voz reconfortante, Logan apartaba a Jenine y a sí mismo del oscuro mundo para encerrarse con ella en un lugar inalcanzable a Roth.

Mientras Jenine miraba a los ojos de Logan, Roth la vio relajarse, no porque sucumbiera a la muerte sino porque se alejaba de la desesperación.

—Realmente me habrías querido, ¿no es así? —murmuró.

Roth sabía que tendría que haber hecho un corte más hondo, haberle rajado la tráquea y no solo esa arteria. Pegó a Logan en la cara, pero su bofetón tuvo tanto efecto como el zumbido de un mosquito. El fornido joven ni siquiera perdió el contacto ocular con la princesa.

—Jeni, Jeni —dijo con voz queda—. Ya te quiero. Pronto estaré contigo.

—¡Te mueres! —gritó Roth, a menos de un paso de distancia, pero podría haber sido una brisa de verano. A Jenine le temblaron las rodillas y Logan volvió a acogerla en su abrazo, cerrando los ojos y susurrándole al oído mientras ella se desangraba sobre su pecho.

—Mi señor, os necesitan ya —dijo el mensajero, con tono más apremiante.

Logan ni siquiera miró a Roth mientras Jenine se estremecía contra su pecho. Solo siguió susurrando palabras de consuelo. La princesa tomó tres alientos trabajosos más y después soltó su vida con un suspiro en los brazos de Logan, cerrando los ojos tras un último parpadeo. Neph desprendió poco a poco las ataduras que la sostenían y Jenine se derrumbó sobre el suelo.

—¡No! ¡No! —chilló Roth.

La chica ni siquiera había pasado miedo. Él lo había hecho todo bien y ella ni siquiera había temido a la muerte. ¿Quién no temía a la muerte? No estaba bien. No era justo.

Abofeteó a Logan. Una vez y otra. Y otra más. Y otra.

—Tú no morirás tan fácilmente, Logan de Gyre —gruñó. Se volvió hacia sus hombres. Tenía un tic en el músculo de la mandíbula—. Llevadlo a las Fauces y entregadlo a los sodomitas.

—¡Mi señor! —dijo el mensajero, que volvió a irrumpir en la habitación—. Debéis...

Roth agarró al mensajero por el pelo. Le acuchilló la cara en un acceso de ira, con saña, una y otra vez. Luego lo inclinó de lado e intentó rebanarle el pescuezo, pero falló y le hizo un corte más arriba de la oreja. El cuchillo se desvió y Roth acabó con una gruesa tira de cuero cabelludo en la mano. El mensajero aulló hasta que Roth volvió a agarrarlo y le degolló.

Entretanto, Neph había abierto la puerta secreta de la alcoba. Elevó el cuerpo de la princesa mediante magia y lo hizo flotar por delante de él.

—Neph, ¿qué haces?

—El rey dios desea exhibir las cabezas de toda la familia real. No sé lo que estás planeando, pero más vale que te des prisa.

El vürdmeister ni siquiera se había dirigido a Roth por su título. Todo estaba

saliendo mal y su padre no tardaría en llegar. Se volvió, jadeando y con la tira sanguinolenta de carne y pelo en el puño. Temblaba de furia y los hombres que sostenían a Logan se pusieron blancos como la pared.

—Traedme su cabeza cuando hayan terminado. Pero antes de echárselo a los sodomitas, cortadle la polla y traedme su escroto para que me haga un monedero. Quiero que muera desangrado mientras se lo follan.

Capítulo 56

La antecámara en la base de la torre norte hedía a sangre y heces excretadas en el momento de la muerte, todo entremezclado con el penetrante rastro de la orina. Kylar tuvo una arcada al desatrancar la puerta.

Un vistazo rápido lo puso en antecedentes. Los hombres habían quedado atrapados en la habitación y habían sufrido la emboscada de un ballestero. Kylar arrugó el ceño. ¿Un ballestero? ¿En una habitación tan pequeña?

Entonces divisó la estrecha plataforma cercana al techo, plenamente visible entre las sombras que ahora daban la bienvenida a sus ojos. A juzgar por la dispersión de los cuerpos, había sido un solo hombre, que había disparado a los guardias reales y los nobles como a peces en un barril.

Conque ese había sido el destino de los hombres que pretendían salvar al príncipe. A juzgar por los regueros de sangre que salían por la puerta, solo uno de ellos había sobrevivido y escapado a rastras.

Mareado, Kylar subió corriendo por la escalera. Encontró seis khalidoranos muertos en el rellano. El resto de la historia estaba bastante claro. Atrapado en la cama con su mujer —la ropa de Logan estaba esparcida por la alcoba—, su amigo se había levantado a luchar. Había matado a seis khalidoranos armados hasta los dientes pero, a juzgar por las quemaduras del suelo, lo habían herido o incapacitado mediante magia.

Después, el ancho y pegajoso charco de sangre indicaba que o bien Roth había matado a Logan poco a poco para que sangrase copiosamente o bien los había matado a él y a su esposa. Ninguno de los dos cuerpos estaba en la habitación. Los khalidoranos querrían exhibir el cuerpo de Logan junto con el resto de la familia real para que todo el reino viese que estaban muertos y se había extinguido la línea sucesoria.

Había un camisón desgarrado en el suelo. Probablemente se habrían llevado a alguna sala a la princesa, joven y bella, para violarla hasta la muerte.

Kylar intentó interpretarlo de otra manera. Su cabeza analizó la escena, tratando de contener la oleada de desesperación. ¿Era posible que hubiesen matado a la princesa y Logan siguiera vivo?

No. Ningún soldado mantendría vivo a Logan y mataría a una princesa a la que pudiera violar. Su amigo era un guerrero, un espadachín de renombre y el heredero al trono. Los otros magnicidios se habían ejecutado de forma brutal pero con precisión y cuidado. Si los khalidoranos querían hacer una excepción y perdonar una vida durante un tiempo, no sería la de Logan.

La pena sacudió a Kylar como un golpe físico. Logan estaba muerto. Su mejor amigo estaba muerto. Muerto, y Kylar no podía culpar a nadie más que a sí mismo.

El podría haberlo impedido. Podría haber matado a Durzo la noche anterior. Había tenido a Durzo de espaldas, un blanco imposible de errar. Dorian se lo había advertido. ¡Se lo había advertido!

¿Qué dolor no había causado a Logan? Había permitido el asesinato de su amigo Aleine, le había ocultado la aventura del príncipe con Serah, había hecho que lo encarcelaran por asesinato y lo había forzado a romper su compromiso. Al final Logan se había visto obligado a casarse con una chica a la que no conocía, lo habían asesinado y habían violado y matado a la que había sido su esposa durante menos de una hora.

Kylar se derrumbó en el suelo y lloró.

—Logan, lo siento. Lo siento. Todo es culpa mía.

Apoyó un brazo para equilibrarse, y descubrió que lo había metido en un charco de sangre. Se contempló la mano ensangrentada, tan ensangrentada... Ensangrentada como la había tenido en esa misma habitación, cinco años atrás, cuando había completado su primera muerte en solitario. Ensangrentada como no había dejado de estar desde que asesinó a su primer inocente. A eso lo había llevado el asesinato. Le había hecho completar el círculo: matar a un inocente había conducido sin remedio a la muerte de más. En los últimos cinco años había hecho exactamente lo que pretendía: se había vuelto cada vez más parecido a Durzo Blint. Se había convertido en una máquina de matar. Tenía el sueño intranquilo y, por lo tanto, ligero, y eso lo volvía cada vez más peligroso. Siempre estaba con los nervios de punta, y la sangre que había cubierto sus manos por primera vez en aquella misma habitación nunca se había lavado. No había hecho sino añadirle más. No era un error que en ese momento estuvieran manchadas con la sangre de Logan, no era una coincidencia.

A los Drake les gustaba hablar de la economía divina: el Dios que convertía el llanto en risa, la pena en alegría. Un ejecutor era el príncipe mercader de la economía satánica. El asesinato engendraba asesinato y, como Durzo había dicho, siempre pagaban otros.

«¿Deben pagar siempre otros por mis fracasos? ¿Acaso no hay otra manera?» La sangre en sus manos decía que no, que no. «Esta es la realidad; es dura, incómoda y odiosa, pero es la verdad.»

—Me estoy saltando mis propias reglas —dijo un borrón de sombras.

Kylar no alzó la vista. No le importaba morir. Su interlocutor no dijo nada más. Al cabo de un buen rato, Kylar preguntó con amargura:

—¿Nunca juegues limpio, una muerte es una muerte?

Durzo salió de las sombras.

—Kylar, tengo una última regla que enseñarte.

—¿Y cuál es, maestro?

—Ya eres casi un ejecutor, Kylar. Y ahora que has aprendido a ganar casi

cualquier combate, hay una regla más: nunca luches cuando no puedas vencer.

—Muy bien —dijo Kylar—. Tú ganas.

Durzo esperó durante un largo instante.

—Venga, aprendiz. Ha llegado el momento de tu Crisol.

—¿Así es toda tu vida? —preguntó Kylar, alzando por fin la vista—. ¿Pruebas y desafíos?

—¿Mi vida? Así son todas las vidas.

—Con eso no basta —replicó Kylar—. Esta gente no debería estar muriendo. Khalidor no debería ganar. No está bien.

—Nunca dije que estuviera bien. Mi mundo no está dibujado en blanco y negro, en bueno y malo, Kylar. El tuyo tampoco debería estarlo. Nuestro mundo solo tiene mejor y peor, sombras más claras y más oscuras. Pasara lo que pasase esta noche, Cenaria no podía vencer a Khalidor. De este modo muere un puñado de nobles en vez de decenas de miles de campesinos. Es mejor así.

—¿Mejor? ¡Mi mejor amigo ha muerto y probablemente están violando a su mujer! ¿Cómo puedes quedare al margen sin hacer nada? ¿Cómo puedes ayudarles?

—Porque la vida está vacía —respondió Durzo.

—¡Chorradas! ¡Si creyeras eso, habrías muerto hace mucho!

—Y morí hace mucho. Todo lo bueno pasa, y todo lo malo también, y no podemos hacer un carajo para cambiar nada o a nadie, Kylar. Y mucho menos a nosotros mismos. Esta guerra llegará y se irá, habrá un vencedor y la gente morirá por nada. Pero nosotros estaremos vivos. Como siempre. Por lo menos, yo lo estaré.

—¡No está bien!

—¿Qué quieres? ¿Justicia? La justicia es un cuento de hadas. Un mito de peluche para darle abrazos y reconfortarse.

—Un mito en el que, erase una vez, tú creías —dijo Kylar, mientras señalaba la palabra justicia grabada en la hoja de Sentencia.

—Antes creía en muchas cosas. Eso no las hace verdaderas —replicó Durzo.

—¿Quién sale mejor parado? ¿Logan o nosotros? Logan podía dormir por la noche. Yo me odio. Sueño asesinatos y me despierto con sudores fríos. Tú bebes hasta perder el sentido y despilfarras tu dinero en putas.

—Logan está muerto —dijo Durzo—. Quizá lleve corona en la próxima vida, pero ahora mismo no le sirve de mucho, ¿verdad?

Kylar lanzó una mirada extraña a su maestro.

—Y tú eres quien dice siempre que la vida está vacía y carece de sentido. Que no arrebatamos nada de valor al quitar una vida. Mira cómo te aferras a la tuya. Puto hipócrita.

—Todo hombre que vale algo es un hipócrita. —Durzo metió la mano en un bolsillo del pecho y sacó un trozo de papel doblado—. Si me matas, esto es para ti.

Explica cosas. Considéralo tu herencia. Si te mato... bueno, cuando muera haré una parada de camino al plano más profundo del infierno para charlar un rato.

Durzo se guardó el papel en el bolsillo y desenvainó una espada enorme con una larga cinta roja colgando de la empuñadura. Era una hoja más larga y pesada que Sentencia pero, con su Talento, Durzo podía blandiría con una sola mano.

—No lo hagas —dijo Kylar—. No quiero luchar contra ti.

El ejecutor se le acercó. Kylar se quedó quieto, sin realizar el menor movimiento para defenderse.

—¿Ya le has entregado el Orbe de los Filos? —preguntó.

El ejecutor se detuvo. Sacó de un bolsillo la esfera plateada.

—¿Esto? —dijo—. Esto no es nada. Otra falsificación.

Lanzó la esfera al ventanal. El artefacto perforó el vidrio y se perdió en la oscuridad.

—¿Qué has hecho? —preguntó Kylar.

—¡Por los Ángeles de la Noche! —exclamó Durzo—. Te enlazaste a mi ka'kari. Me lo robaste. ¿Es que no lo entiendes todavía?

Era como si Durzo hablara otro idioma. ¿«Enlazaste»? Kylar supuso que sí se había enlazado al ka'kari; debía de haberlo hecho, porque su Talento de repente funcionaba. ¿Y Durzo decía que no era más que cristal?

—Increíble —dijo Durzo, negando con la cabeza—. Desenfunda tu espada y pelea, chaval.

—Ahora es mi espada, ¿eh? —preguntó Kylar.

—No por mucho tiempo. No eres digno de sucederme. —Durzo levantó su acero.

—No quiero luchar contra ti —dijo Kylar, que se negaba a desenvainar—. No lucharé contra ti.

Durzo atacó. En el último segundo, Kylar desenfundó a Sentencia y paró. Sendos golpes reforzados por el Talento chocaron en el aire. Las hojas temblaron por el impacto.

—Sabía que serías capaz —dijo Durzo. Tenía una sonrisa feroz.

Si Kylar había esperado que Durzo le dejaría algún margen para acostumbrarse a usar el Talento, la ilusión se deshizo al instante. Su maestro lanzó un ataque demoledor con una rapidez inconcebible.

Kylar retrocedió a trompicones, parando algunos golpes y saltando hacia atrás para esquivar otros. Durzo empleó todas las técnicas que conocía. Su espada se perdía de vista entre las combinaciones ofensivas, convirtiendo la cinta de la empuñadura en un fascinante remolino rojo. El objetivo de la cinta era desviar los ojos del contrincante del punto de peligro. Cualquiera que se dejara distraer se encontraría un recordatorio de acero en las costillas.

Sin embargo, no era solo la espada lo que confundía a Kylar. Durzo seguía un tajo

a su cabeza con una patada a la rodilla y luego un revés a la cara usando su mano libre. Las combinaciones se sucedían y fluían como un río embravecido de ataques mortales.

Entre paradas y esquivas, Kylar fue retrocediendo cada vez más. Durzo no le dejaba tiempo para pensar, pero Kylar conocía la habitación. Ocupaba la planta superior entera de la torre, de modo que formaba un gran círculo achatado en un extremo por la entrada y en el otro por un gabinete.

La familiaridad de luchar contra Durzo poco a poco lo tranquilizó. Por supuesto, siempre había perdido, pero esa vez las cosas serían diferentes. Tenían que serlo.

La oleada de poder fluyó por sus brazos como una ráfaga hormigueante que erizó hasta el último pelo de su cuerpo. Paró una estocada y apartó a un lado la hoja de Durzo como si pesara un cuarto de su peso real. Blint se recuperó en un abrir y cerrar de ojos, pero dejó de avanzar.

Kylar se encontraba a un metro de la pared, con una cómoda de cerezo aliado. La espada de Blint destelló hacia sus ojos, pero era una finta. El auténtico ataque fue una patada a la rodilla avanzada de Kylar. El joven retrocedió de un salto hacia la pared y contraatacó levantando un pie, que detuvo al de Blint a media patada. Su maestro, que esperaba que su espada encontrara resistencia, cargó demasiado el tajo, y su pesada arma se hundió profundamente en la cómoda.

Mientras, Kylar había golpeado de espaldas contra la pared, pero rápidamente recuperó el equilibrio y se irguió. En ese mismo momento Durzo, en vez de intentar arrancar su espada del mueble, se llevó las manos a los hombros y agarró dos espadas gancho gemelas. Ambas llevaban una pequeña guarda en forma de medialuna a la altura de los nudillos, pero por lo demás eran espadas normales con la punta acabada en gancho para atrapar las armas enemigas.

—Las odio —dijo Kylar.

—Lo sé.

Kylar atacó, todavía intentando adaptarse al efecto del Talento sobre su manera de combatir. Por lo que veía, dotaba de mayor rapidez y potencia a sus músculos, pero la velocidad de la lucha tenía un límite incluso entre dos adversarios con Talento. En cambio, el Talento no ayudaba a tomar decisiones más deprisa, por lo que no se trataba de acelerar sin más un combate normal. Kylar debía ir con más cuidado, y seguía sin saber si el Talento protegería su cuerpo. Si Blint superaba sus defensas con una patada impulsada por su propio Talento, ¿se le partirían las costillas como ramitas secas, o también estarían reforzadas?

La única manera de saberlo no era manera de saberlo.

Blint dejó que Kylar avanzara, usando sus espadas gancho a la defensiva. Solo cuando ya se acercaban a la cama, empezó a utilizar los ganchos: Kylar lanzó una estocada y Durzo atrapó el filo de Sentencia con la punta curvada y la apartó a un

lado. Prolongó esa maniobra con un tajo por encima de la cabeza con la otra espada.

Kylar saltó hacia atrás y descubrió que se estaba quedando acorralado contra uno de los ventanales de la torre. Durzo cerró la distancia de una zancada y paró una estocada baja pero, en lugar de desviarla a un lado, como había hecho antes, bajó su otro gancho a la espada de Kylar y la dejó trabada.

Cuando Kylar dio un paso adelante, Blint levantó a Sentencia por encima de la cabeza y, con una torsión de muñeca, la liberó. La espada cayó al suelo detrás de Kylar con estrépito. Blint le propinó una patada en el pecho, y los brazos que Kylar había levantado para sacar sus dagas apenas pudieron frenar el golpe.

Kylar se empotró contra el ventanal. Notó romperse el cristal, astillarse la madera y saltar el pestillo. Experimentó la escalofriante sensación de precipitarse al vacío.

Dando manotazos para agarrarse a algo, a cualquier cosa, se revolvió con la gracilidad desesperada de un gato al caer. Abandonadas a la gravedad, sus dagas se alejaron girando y resplandeciendo a la luz de la luna.

Clavó los dedos en el marco de una hoja del ventanal. Asió madera y vidrios rotos mientras, de resultas de su impulso, los batientes se abrían de par en par.

Se estrelló de cara contra la pared de la torre. Su mano empezó a resbalar y el cristal le rajó la carne de sus dedos hasta raspar hueso, pero Kylar no se soltó.

Parpadeando, se quedó colgando de la mano. Le corría sangre por el brazo. Le corría sangre por la cara. Pendía a sesenta metros por encima del basalto de los cimientos del castillo y el ancho cauce del río. El vapor que surgía de la única fumarola volcánica activa en la isla de Vos ocultaba en parte una barcaza atracada en la orilla. El vapor brillaba a la luz de la luna y, muy abajo, junto a la embarcación, Kylar vio hombres hablando. Incluso desde esa altura oía el tintineo del acero y vislumbraba a los invasores khalidoranos arrollando a la infantería en el patio del castillo.

Entonces salió el sargento Gamble por la puerta delantera. Dirigía a los nobles y a más de doscientos soldados cenarianos. Intentaban huir del castillo, tal y como les había aconsejado Kylar, pero, mientras se abrían paso hacia la puerta oriental, más de cien montañeses procedentes del lado opuesto del castillo reforzaron a las tropas de Khalidor.

En cuestión de segundos, el patio se había convertido en el frente de la batalla y la guerra por Cenaria. El castillo y la ciudad estaban perdidos. Si exterminaban a los nobles, lo mismo harían con toda Cenaria. Si los nobles lograban abrirse paso entre las abarrotadas filas montañesas y cruzar el Puente Real de Oriente, podrían organizar una resistencia.

Era una esperanza muy remota, pero en Cenaria la esperanza nunca había destacado por su proximidad.

Algo cedió y Kylar cayó diez centímetros. Se izó a pulso por el marco del

batiente tan rápido como pudo mientras la siguiente bisagra se desprendía del muro. Casi al instante, la última bisagra chirrió y salió disparada.

Kylar se lanzó hacia el postigo enganchado a la pared de la torre. Sus dedos se deslizaron listón tras listón hasta que lograron asirse a uno. Partió ese y dos más; el siguiente por fin frenó su caída.

La hoja del ventanal descendió dando vueltas sobre sí misma entre el silbido del viento. Se estrelló, despidiendo astillas y esquirlas de cristal, contra las rocas a apenas unos pasos del río, exactamente donde lo haría Kylar si caía.

Alzó la vista y vio que las bisagras del postigo estaban cediendo, saliéndose poco a poco de la roca.

«Perfecto.»

Durzo Blint estaba de pie, rodeado de muerte sin verla. Había cuerpos tirados por todo el dormitorio. También unas azucenas recién cortadas junto a la cama real, flores blancas salpicadas de sangre roja.

Un camisón delicado y antaño blanco se empapaba en un gran charco carmesí cerca de sus pies. En el mosaico del suelo había una quemadura circular. El penetrante olor a fuego de brujo ahogaba el perfume que se adivinaba en el aire.

Sin embargo, Durzo solo veía el ventanal abierto que tenía delante. En su cara llena de marcas se leía la aflicción. El viento entraba aullando por el hueco, agitaba las cortinas y le metía en los ojos el pelo canoso.

Con los dedos de la mano derecha volteaba una daga. Dedo, dedo, dedo, pausa. Dedo, dedo, dedo, vuelta. Reparó en lo que estaba haciendo y guardó la daga en su funda. Recompuso su expresión y cerró sobre los hombros su capa gris y negra, hasta cubrir un cinturón cargado de dardos, dagas y numerosas herramientas y bolsitas.

«No debía acabar así. No debía parecer tan vacío.» Dio la espalda a la noche y entonces se detuvo. Ladeó la cabeza al oír algo por encima del lamento del viento.

Kylar se obligó a soltar su ensangrentada mano derecha del postigo. Al tantear solo encontró fundas de daga vacías, a juego con la vaina de espada de su espalda. Con un gruñido, hizo una contorsión para sacar el tanto que llevaba pegado a la pantorrilla. Tenía los dedos entumecidos, lacerados, débiles. El tanto estuvo a punto de escurrírsele de la mano.

Las cuerdas que sujetaban el postigo a la pared fueron fáciles de cortar. Las herrumbrosas bisagras chirriaron audiblemente y Kylar se puso rígido, pero era imposible evitar el ruido. Tras dos respiraciones rápidas, apoyó ambos pies contra la pared de la torre y se dio impulso. Sin soltar las manos, se balanceó de vuelta hacia el ventanal roto y elevó el cuerpo añadiendo Talento a su fuerza, como en un columpio

gigante.

El postigo se soltó del todo y se le quedó en las manos cuando Kylar apenas se había elevado lo suficiente para no acabar empotrado en la pared. En lugar de eso entró en el dormitorio deslizándose por el suelo.

Su cuerpo se llevó por delante los pies de Durzo, y el ejecutor cayó encima de él mientras una de sus espadas gancho salía volando por el hueco del ventanal. El postigo estaba entre sus cuerpos y atrapaba las manos de Durzo en una posición forzada. Kylar lo usó para golpear la cara de Durzo.

—¡No quiero... —Esta vez empleó toda su fuerza y Talento para estamparle el postigo en plena cara. Su maestro salió despedido de encima de él.

Kylar rodó a un lado y se puso en pie.

Sin embargo, Blint ya estaba derecho. Lanzó un taburete contra Kylar de una patada. El joven lo paró con un pie, pero el movimiento lo pilló desequilibrado y le hizo tropezar. Cayó de bruces sobre una alfombra.

Blint corrió hacia él como un rayo y alzó su otra espada gancho. En vez de intentar levantarse o rodar a un lado, Kylar agarró la alfombra y dio un tirón.

Durzo se lanzó con más fuerza de la que se esperaba y cortó solo aire mientras sus rodillas chocaban con el hombro de Kylar. Cayó hacia delante de cabeza.

La pesada espada curva de Durzo seguía encajada en la cómoda junto al ventanal, pero Sentencia estaba más cerca. Kylar la cogió y se dio la vuelta.

—... luchar...

El ejecutor se tiró para recoger del suelo la espada gancho.

—... contra ti! —Kylar saltó encima del arma de su maestro.

Durzo tiró con toda la fuerza que le daba su Talento. Durante un momento, pareció que el núcleo de hierro de la hoja aguantaría. Al siguiente la espada se partió a dos centímetros de la empuñadura.

—Puede que no quieras, hijo, pero hay algo en ti que se niega a morir —dijo Durzo. Tiró a un lado la hoja rota, pero no desenfundó ninguna otra arma.

—Maestro, no me obligues a pelear contra ti —rogó Kylar mientras le apuntaba su hoja a la garganta.

—Lo elegiste tú al desobedecerme.

—¿Por qué lo hiciste?

—No te habría tomado como aprendiz, pero pensé que eras algo que no eras. Que los Ángeles de la Noche me perdonen.

—¡No me refiero a mí! —A Kylar le temblaban las manos que sostenían la espada—. ¿Por qué me hicisteis traicionar a mi mejor amigo?

—Porque te saltaste las reglas. Porque la vida está vacía. Porque yo también me salté las reglas. —Durzo se encogió de hombros—. Se acaba pagando.

—¡Eso no basta!

Durzo formó un triángulo con las manos y frunció los labios.

—Logan ha muerto chillando, que lo sepas. Penoso.

Kylar atacó. La espada salió disparada hacia el cuello de Durzo, pero este no se inmutó. La hoja chocó contra su palma y se detuvo como si ni siquiera tuviera filo.

Sin embargo, las manos de Durzo seguían formando un triángulo ante su cuerpo. La que detenía la espada de Kylar estaba hecha de pura magia.

Y arrebató Sentencia a Kylar de un manotazo. Brotaron otras manos en el aire y lo atacaron. Kylar bloqueó y retrocedió a trompicones mientras Durzo avanzaba con tranquilidad, rebosante de Talento.

Kylar no podía hacer nada. Paró golpes cada vez más deprisa, pero las manos venían aún más rápidas. Con su propio Talento hizo aparecer unas pocas manos tenues ante sí y detuvo algunos de los ataques, pero no era suficiente. Durzo lo estaba acorralando.

Al final, varias manos mágicas apresaron las extremidades de Kylar y lo inmovilizaron contra la pared. No podía moverse ni un centímetro.

—Ay, chico —dijo Durzo—. Si te hubiese enseñado a usar tu Talento, habrías sido algo realmente especial.

Sacó una daga arrojadiza. La volteó con los dedos. La alzó. Hizo una pausa como si fuera a decir algo, y luego sacudió la cabeza.

—Lo siento, Kylar.

—No lo sientas. La vida está vacía, ¿no?

Durzo suspiró. Tenía la vista puesta en Sentencia, que resplandecía en su negrura a los pies de Kylar, tan cercana como la luz lunar y tan lejana como la luna. La expresión de su cara surcada de cicatrices era de angustia y arrepentimiento.

Siguiendo su mirada, Kylar contempló la espada negra que Durzo había llevado durante tantos años, y recordó...

Con el ceño fruncido, Durzo le había arrebatado la bolsita y le había dado la vuelta. El Orbe de los Filos cayó en su mano.

—Maldición. Justo lo que me imaginaba —dijo, con la voz ronca en el silencio del pasillo de los Jadwin.

—¿Qué? —preguntó Kylar.

Era una falsificación, otro ka'kari falso.

Sin embargo, Durzo no estaba de humor para responder preguntas.

—¿La chica te ha visto la cara?

El silencio de Kylar fue suficiente respuesta.

—Ocúpate de ello. No es una petición, Kylar, es una orden. Mátala.

—No —dijo Kylar.

—¿Qué has dicho? —preguntó Durzo con incredulidad. De Sentencia goteaba sangre negra que formaba un charco en el suelo.

—No la mataré. Y no te dejaré matarla.

—¿Quién es esta chica para que valga la pena que te den caza durante el resto de tu corta...? —Dejó la frase en el aire—. Es Muñeca.

—Sí, maestro. Lo siento.

—¡Por los Angeles de la Noche! ¡No quiero disculpas! Quiero obedien... —Durzo alzó un dedo para imponer silencio. Los pasos estaban ya cerca. Abrió la puerta y salió al pasillo como un borrón de movimiento, a una velocidad inhumana; la tenue luz arrancaba destellos plateados de Sentencia.

¿Destellos plateados? La hoja de Sentencia era negra.

Se oyó rodar algo metálico sobre el mármol. El sonido se acercaba a Kylar. Extendió un brazo y sintió que el ka'kari se le pegaba a la palma abierta.

—¡No! ¡No, es mío! —gritó Blint.

En un instante, el ka'kari se deshizo en un charquito como si fuera de aceite negro.

¿Qué había dicho Durzo antes? El de plata era otra falsificación. «Me robaste mi ka'kari.» El de Durzo. El ka'kari de plata no pintaba nada. Era un ka'kari negro. El ka'kari que Durzo había llevado consigo durante años, oculto cubriendo la hoja de Sentencia.

Los ka'kari escogían a sus propios amos. Por algún motivo, el ka'kari negro había elegido a Kylar. Quizá lo había elegido muchos años atrás, el día en que Durzo le había pegado por volver a ver a Muñeca. Aquel día en que un resplandor azul había rodeado la hoja negra. Cuando Durzo le había gritado: «¡No, eso no! ¡Es mío!», mientras un fuego azul incandescente le abrasaba los dedos. Durzo había arrojado la espada para alejarla de Kylar y que no completase el enlace, ya que si lo completaba no podría llamar al ka'kari de plata para él. Ahora sabían que no lo había llamado porque era falso. En ningún momento había existido en la ciudad otro ka'kari que el negro de Durzo.

Y su maestro supo desde aquel mismo día que, si dejaba vivir a Kylar, perdería el ka'kari negro para siempre. Hasta se lo había dejado esa noche para que tuviera alguna oportunidad.

Pero ya era demasiado tarde.

Por la cara de Durzo, se diría que había algo más que quería decirle a Kylar, una manera de desahogar su angustia. Sin embargo, nunca había sido hombre de muchas palabras.

En lugar de eso, desde apenas unos metros de distancia, lanzó el cuchillo a la cara de Kylar.

El tiempo no se frenó.

El mundo no se contrajo hasta reducirse a la punta del cuchillo giratorio.

Sin embargo, en el corazón de Kylar la desesperación se volatilizó al calor de una

esperanza descabellada. Ni siquiera reparó en que había levantado la mano; no sabía cómo se había liberado el ka'kari ni podía explicar cómo había saltado de la espada tendida en el suelo a su mano. Estaba allí, sin más.

En esa fracción de segundo no enlentecida, una sustancia viscosa negra salió disparada de la punta de sus dedos y acertó en el cuchillo que volaba girando hacia su pecho como si fuera un escupitajo.

Cuando Kylar volvió a mirar, el cuchillo no estaba.

Ding.

Kylar bajó la vista para ver de dónde venía el sonido. El ka'kari rodaba temblando hacia él por suelo. Cuando se encaramó a su bota y se disolvió en su piel, Kylar sintió una corriente de poder.

Con una sacudida de hombros mental, se quitó de encima las manos fantasmales que lo sujetaban a la pared. Tras aterrizar suavemente de pie, extendió una mano hacia su antiguo maestro y liberó el poder que lo recorría por dentro.

Durzo salió despedido hacia atrás como si se hubiera desatado toda la furia de un huracán sobre él. Rodó, se deslizó y cruzó la habitación, hasta topar contra la pared.

Kylar recogió a Sentencia usando el Talento y la llevó hasta su mano.

—No luches cuando no puedas ganar —dijo Kylar—. Y no luches cuando no quieras ganar. ¿No es así?

Durzo se puso en pie con esfuerzo, desarmado. Adoptó una postura de combate y puso media sonrisa.

—A veces hay que luchar.

—No esta vez —dijo Kylar. Levantó la espada y corrió hacia delante. Durzo no se movió; tan solo miró a Kylar a los ojos, preparado. En el último segundo, Kylar esquivó a un lado y se lanzó por el ventanal al aire que azotaba la torre norte bajo la luz de la luna.

Uno de los hombres que había visto en la barcaza era Roth.

Capítulo 57

Logan no tenía ninguna intención de dejar que nadie usara su escroto como monedero, y mucho menos Roth Ursuul. En realidad, pensaba matar a ese cabrón. No le preocupaba estar desarmado y todavía desnudo porque Roth había supuesto que eso lo despojaría de su dignidad; la furia le daba poder. Toda la crueldad, la depravación y el horror que Logan había presenciado en el último día lo habían transformado. Volvería a ser un hombre, más tarde. En ese momento era pura ira congelada, dura y transparente como el cristal. Supuso que, aun con las manos atadas, podía matar a los dos guardias. Con la furia que recorría todo su cuerpo, no creía que hubiese gran cosa capaz de detenerlo.

Salvo la magia. Eso también lo sabía Roth, que había enviado a su brujo, Neph Dada, para escoltar a Logan al calabozo. Era evidente que Neph había memorizado la planta del castillo, porque recorría sin titubeos los pasillos de servicio y las escaleras secundarias y los sótanos.

La ciudad de Cenaria solo tenía un calabozo, conectado con el castillo por un único túnel (en ese momento infestado de montañeses khalidoranos) y separado del resto de la ciudad por los dos ramales del río Plith. Los prisioneros eran llevados al calabozo en barcaza. Pocos salían. Entrar allí era como ser tragado por la tierra.

La pequeña porción de Logan que no era furia captó un olor peculiar y pensó que quizá lo llamaban «las Fauces» por otros motivos. En el norte de la isla de Vos emanaban sin cesar fumarolas que impregnaban la prisión de olor a azufre antes de disiparse en la atmósfera.

Neph Dada se detuvo ante una puerta de hierro mientras uno de los hombres que escoltaban a Logan buscaba torpemente una llave. El brujo le lanzó una mirada furibunda y movió una mano delante de la cerradura; los zarcillos negros de su brazo se movieron a un ritmo que no acababa de encajar con el del resto de la extremidad. La cerradura se abrió con un chasquido.

El guardia sacó la llave correcta y sonrió acobardado.

—Tengo otros asuntos que atender —dijo Neph—. ¿Podéis ocuparos de él por vuestra cuenta a partir de aquí?

—Sí, señor —respondió el guardia, con una mirada nerviosa a Logan.

El joven duque sonrió para sus adentros. Luchar desnudo contra dos hombres armados no era exactamente una apuesta segura, pero sí mucho mejor que hacerlo con las ataduras mágicas de Neph inmovilizándole los brazos y dejando a sus piernas el margen justo para arrastrar los pies.

—Bien. Las ataduras durarán diez minutos más —dijo Neph.

—Tiempo de sobra, señor —aseveró el guardia.

Con un bufido, Neph los dejó. El guardia de la nariz grande cerró con llave la

puerta de hierro, lo que dio tiempo a Logan para que acostumbrara la vista a la penumbra. A la derecha y a la izquierda había puertas pesadas con ventanillas cubiertas por barrotes de hierro.

—Por si te lo preguntabas —dijo Narizón—, estas son las habitaciones más lujosas del lugar. Una monada. Son para los nobles. Pero no para ti. —Soltó una risilla.

Logan lo miró a la cara sin expresión alguna.

—Esa rampa de allí lleva a la superficie. Tampoco es para ti.

El guardia con cara de comadreja miró a Narizón.

—¿Siempre incordias a los muertos?

—Siempre —respondió Narizón, mientras se hurgaba en la napia con un dedo—. ¿Qué pasa? —preguntó al ver que Comadreja lo miraba—. Me estaba rascando.

—Cállate —dijo Comadreja—. ¿Vamos al tercero?

—Sí, hay que llegar hasta los aulladores. Mejor darnos prisa. —Narizón dio unos golpes a la cuarta puerta al pasar por delante—. ¡Ahora mismo vuelvo a hacerte una visita, preciosa!

Se oyó un sollozo débil en la celda, pero la mujer de dentro no se asomó.

—Esa zorra me pone cachondo —dijo Narizón—. ¿La has visto?

Comadreja negó con la cabeza, de modo que su compañero prosiguió:

—Tiene más cicatrices en la cara que pulgas un montañés, pero ¿quién quiere mirarla a la cara, eh?

—El príncipe te arrancará la garganta si la tocas —observó Comadreja.

—Vamos, ¿cómo va a enterarse?

—Esta noche vendrá. Quiere soltar a nuestros chicos del Sa'kagé y hacer una visita a esa moza y a no sé qué niña pequeña que nos han traído también —dijo Comadreja.

—¿Esta noche, dices? Joder, yo no tardaré ni cinco minutos con la perra —dijo Narizón. Se rió.

Fueron bajando dos niveles de túneles artificiales en los que el olor a humanidad hacinada espesaba y se mezclaba con un potente hedor a azufre, alcantarilla y más cosas que Logan no lograba identificar. Ponía a prueba sus ataduras de vez en cuando, pero no notaba cambios. Apenas podía moverse. Aun así, se mantuvo atento por si surgía la oportunidad. Huir sin más no bastaría. Tenía que matar a ambos guardias, conseguir las llaves y recordar el camino de salida.

Los aulladores estaban en la tercera planta subterránea pero, cuando llegaron a las cuevas naturales, ensanchadas por la mano del hombre, Logan no oyó ningún aullido.

—No hace falta que sigamos —dijo Narizón, parado ante una puerta de hierro reforzada—. Estos cabrones de aquí ya nos valen para lo que necesitamos. No pienso llevarlo al Agujero y luego intentar sacarlo. Yo no me acerco a esos animales.

—¿El Agujero? —preguntó Logan.

Narizón le echó una mirada malévola, pero le pudieron las ganas de aterrorizarlo.

—El Ojete del Infierno. Para violadores, asesinos y sádicos tan repugnantes que ahorcarlos sería demasiado bueno para ellos. Los tiran ahí abajo y dejan que se devoren entre ellos. Tienen que sacar el agua de las piedras y los guardias nunca les echan bastante pan. A veces lo mean antes de tirárselo.

—¿Bueno, quién va a... ya sabes? —preguntó Comadreja, mientras desenfundaba su cuchillo, poco convencido—. Esas ataduras mágicas no durarán para siempre.

—¿Quién va a qué? —preguntó Narizón.

—Ya sabes. Cortárselos.

Logan puso a prueba las ligaduras, pero seguían firmes. Tenía los brazos inmóviles a los costados, la espalda erguida como una escoba y solo podía mover los pies unos centímetros a cada paso... y los guardias lo sabían. «Ay, dioses.» Se estaba quedando sin tiempo.

—Lo haré yo —dijo Narizón con una sonrisa cruel. Cogió un lazo enganchado a un palo, puso la cuerda en torno al cuello de Logan y luego le pasó el mango a Comadreja—. Sujétalo. No nos la juguemos. Dame eso.

Comadreja le pasó el cuchillo. El arma no tenía nada de especial, pero los ojos de Logan se clavaron en ella. El miedo empezó a mezclarse con la ira, y notó cómo iba fundiendo su hielo. Derritiéndolo. «Van a hacerlo. Dioses, no.» Se revolvió y sacudió los brazos y las piernas como un animal. Sin embargo, por mucho que se agitara, retorciera o estirase, apenas se movió unos centímetros.

Narizón se rió, y Comadreja se limitó a estrecharle el lazo en torno a la garganta hasta que empezó a ponerse morado. No le importaba. «Mejor que me maten ahora. ¡Oh, dioses!»

—Es una pena que no hayas trabajado conmigo durante más tiempo —dijo Narizón.

—¿Y eso? —preguntó Comadreja, que sostenía nervioso el palo con ambas manos.

Narizón le clavó el cuchillo en un ojo. Comadreja se irguió de puntillas, se sacudió con espasmos y por fin cayó.

—Porque te habría dado tajada en vez de rajarte —dijo Narizón. Rió por lo bajo y cortó el lazo que Logan tenía al cuello. El joven lo miró, enmudecido por el desconcierto, mientras su ira y su miedo tardaban en evaporarse.

Narizón no le prestó la menor atención.

—Cuando puedas moverte, ponte esto. Siento que no enviaran a nadie un poco más de tu talla —dijo, mientras quitaba la ropa al cadáver de Comadreja.

—¿Quién diablos eres? —preguntó Logan.

—Da igual —respondió Narizón, mientras le lanzaba los pantalones del muerto

—. Lo que importa es para quién trabajo. —Bajó la voz para que no lo oyeran los otros prisioneros—. Trabajo para Jarl. Un amigo de un amigo tuyo.

—¿Quién?

—Jarl me dijo que te dijera que es amigo de un amigo. —Narizón le arrancó la ropa interior a Comadreja con el cuchillo—. Yo te digo lo que me dijeron que...

—¿Qué demonios estás haciendo? —interrumpió Logan.

—Cortarle los huevos.

—¡Joder! —Logan cerró los ojos, y se habría vuelto si las ataduras mágicas se lo hubiesen permitido.

Narizón no le hizo caso y cortó.

—¡Maldita sea! Bueno, no ha quedado bonito, pero dará el pego. Qué suerte que los dos tengáis el pelo del mismo color, ¿eh? —Se puso en pie y sacudió un pedazo de carne ante Logan—. Mira, guapito de cara, esto no ha sido idea mía. Pero si Roth encuentra este escroto después de que tú y yo casualmente «muramos en el levantamiento», lo mismo salvamos la vida los dos. ¿Comprendido?

—No.

—Qué pena. No tenemos tiempo. Esas gilipolleces que iba diciendo por el camino son verdad. Hay una mujer y una niña pequeña en el primer tramo de celdas. Jarl quiere que las saquemos. Quiere saber por qué le interesan tanto a Roth. Parece que esas ataduras se están aflojando. Agarra una pierna.

Logan descubrió que podía mover los brazos si hacía la suficiente fuerza, y tenía los pies casi sueltos. Cogió un pie de Comadreja (evitando mirarle la entrepierna) y ayudó a Narizón a arrastrarlo.

—¿De modo que has dicho todo eso solo para que yo lo supiera? —preguntó.

Narizón miró con la frente arrugada los largos barrotes de hierro que bloqueaban un oscuro orificio en el suelo. El Agujero era lo bastante profundo para que, a la tenue luz de las antorchas, Logan no distinguiera el fondo. Su salvador cogió una llave y abrió una pequeña reja en el lado más cercano de los barrotes. Del Agujero se elevaban unos bufidos y gruñidos que Logan apenas hubiese calificado de humanos.

—Y para ver si sabía algo que yo no, antes de matarlo —explicó Narizón—. Ayúdame a tirarlo. No te preocupes, es la mar de profundo y las paredes son empinadísimas.

Logan se adelantó a regañadientes para ayudar. Seguía sin poder moverse lo suficiente para agacharse y coger la reja, de modo que fue Narizón quien la retiró y Logan quien empujó a Comadreja al Agujero.

Resonaron unas exclamaciones demoníacas de alborozo, y abajo no tardó en estallar una pelea.

Con un estremecimiento, Logan se apartó del Agujero.

—¿Cuál es el plan?

—¿El plan? —Narizón bajó la mirada hacia la oscuridad y sacudió la cabeza—. Salir cagando leches. Como Roth gane esta noche, irá loco por encontrarte. Jarl hará que varios hombres informen de haber visto tu cuerpo. Algún otro me habrá visto muerto a mí y, al final, admitirá que saqueó mi cadáver. Le enseñará tu «monedero» a Roth.

—No es muy convincente —objetó Logan—. ¿Quieres cerrar la maldita reja?

—Arriba hay cientos de hombres muriendo. Será imposible intentar descubrir lo que ha sido de cualquiera de ellos. Roth lo sabe. Además, es lo mejor que podemos apañar sin separarte la cabeza de los hombros. Ya decidirá Jarl si lo del «monedero» es demasiado.

Narizón volvió a contemplar el Agujero, donde podía oírse los inconfundibles sonidos de unos seres al alimentarse. Se volvió hacia Logan e hizo una mueca.

—Da que pensar, ¿eh?

Logan sacudió la cabeza, asqueado. Volvió a levantar la vista a tiempo para ver salir volando del Agujero un fino lazo que se posó limpiamente sobre los hombros de Narizón.

En un abrir y cerrar de ojos, vio que la cuerda estaba trenzada con tendones y le cruzó un pensamiento absurdo: «¿Qué animal de allí abajo es lo bastante grande para que pueda hacerse una cuerda con sus tendones?».

Los ojos de Narizón se llenaron de terror, y entonces el lazo se tensó y tiró de él con tanta fuerza que le hizo perder pie. Cayó de bruces sobre la reja abierta y extendió los brazos y las piernas para no precipitarse por ella. Por desgracia, al levantar los brazos desplazó el lazo de los hombros al cuello. En el Agujero sonó una carcajada enloquecida. Logan se lanzó hacia delante, más deprisa de lo que había podido moverse en la última media hora, pero aun así fue demasiado lento.

A Narizón se le hincharon los ojos a medida que aumentaba la presión de la cuerda en torno a su cuello. Debían de tirar de ella unos cinco hombres. Los brazos le empezaban a flaquear mientras miraba parpadeando a Logan con unos ojos que casi se salían de sus órbitas.

Entonces le cedieron los brazos y se escurrió al Agujero.

Logan intentó agarrarlo. En lugar de eso tropezó, entorpecido por los últimos vestigios de las ataduras mágicas, y se descubrió rodando a su vez hacia la abertura.

Se agarró a los barrotes y se encontró mirando hacia abajo. Distinguía de forma vaga las siluetas de unos hombres amontonados, alzando y bajando sus extremidades mientras chillaban y se daban zarpazos entre ellos y a Narizón, que se revolvía y gritaba.

Durante un minuto entero, Logan permaneció atrapado en esa posición, incapaz de mover los brazos y las piernas lo suficiente para alejarse de la abertura. Narizón poco a poco dejó de chillar y las formas oscuras se dispersaron para alimentarse.

Entonces uno de los presos vio a Logan y dio un grito.

Se impulsó hacia un lado con toda la fuerza que pudo reunir. Notó que la magia debilitada se tensaba y cedía. Rodó de espaldas sobre el suelo irregular de piedra y después se sentó y cerró la reja.

La llave se había caído de la mano de Narizón cuando la cuerda se lo había llevado, pero Logan temblaba demasiado para usar la cerradura. Vacilante, se puso en pie y arrancó a caminar por el pasillo.

Se puso la ropa de Comadreja, que venía muy ajustada a su cuerpo, más alto y musculoso. Tenía suerte de que el dueño anterior llevara ropa ancha, porque de otra manera no habría podido ni pasársela. Tras calzarse unas botas que le apretaban horrores, se levantó.

Hizo acopio de fuerzas para regresar y cerrar la reja. Aunque no volviera a ver una prisión en la vida, sabía que tendría pesadillas sobre ese día para siempre. Lo último que quería era regresar por el largo pasillo hasta el Agujero.

Sin embargo, no podía permitir que unos animales como aquellos tuvieran siquiera la más remota posibilidad de escapar.

Caminó por el largo corredor con cautela, despacio, aunque supiera que debía apresurarse. Se detuvo a unos pasos de la reja. Estaba igual que la había dejado, pero aún oía los ruidos de los presos desgarrando carne. Tuvo una arcada.

Entonces le llegó el sonido de unas voces procedentes de arriba. Las palabras recorrieron los largos pasillos de piedra.

—¡Oye, tú! —gritó alguien con marcado acento khalidorano.

Uno de los ocupantes del último grupo de celdas previo al Agujero contestó, pero Logan no pudo distinguir lo que decía.

—¿Han pasado por aquí un par de soldados con un prisionero?

Logan se quedó paralizado mientras el preso respondía algo.

—¿Lo ves? —dijo la voz—. No han venido por aquí. Y créeme, no querrás bajar al Agujero.

Logan bendijo en silencio al prisionero que había mentido, probablemente más por el hábito de engañar a las autoridades que para salvarlo.

—¿Y crees que un prisionero va a decirte la verdad? —preguntó un hombre de Khalidor con deje más culto—. El príncipe ha exigido una confirmación de que Logan de Gyre está muerto. Todos tus hombres están cooperando y registrando el resto de este calabozo. ¿Acaso intentas enredarnos?

—¡No, señor!

Una luz roja antinatural y continua iluminó el largo pasillo.

«¡Un brujo! Mierda, ¿dónde me meto yo ahora?»

Logan volvió a escudriñar el pasillo a la tenue luz de las antorchas, pero no había huecos en las paredes ni nada para esconderse debajo. Era un callejón sin salida.

«¿Me he salvado de la muerte tantas veces solo para esto?»

Se planteó cargar a lo loco contra aquellos hombres. Con solo apenas un cuchillo lo tendría difícil, pero si podía matar al brujo a la primera quizá tuviera una oportunidad.

—Este es un lugar de poder; hay tanto que hasta marea —dijo una voz diferente.

—Cierto —respondió el primer brujo—. No he sentido tanta maldad en un solo espacio desde... bueno, desde la última vez que me encontré con nuestro señor.

Por algún motivo, eso les hizo gracia. A Logan se le partió el corazón al oír reírse como mínimo a seis hombres.

Seis hombres. Tal vez cinco brujos, dos como mínimo. Aunque fuesen solo dos brujos y cuatro soldados, Logan estaba perdido. Y la luz roja cobraba intensidad; los tenía a unos pasos.

Lleno de pavor, Logan miró hacia abajo por la reja. Era la única salida. El conde Drake le había dicho que la vida era preciosa y el suicidio, la escapatoria de los cobardes. Que la vida era un don del Dios y arrojársela a su sagrada cara, un pecado.

¿Qué era lo que Kylar le había dicho una vez? Se les habían insinuado unas prostitutas del mercado negro dentro del mercado negro, chicas que trabajaban fuera del control y la protección del Sa'kagé. Las muchachas, ninguna de las cuales pasaba de los doce años, se les habían ofrecido en términos específicos para unas prácticas degradantes de las que Logan ni siquiera había oído hablar. Kylar había comentado sin más: «Te sorprendería lo que serías capaz de hacer para sobrevivir».

«Te sorprendería lo que serías capaz de hacer para sobrevivir.»

Logan abrió la reja y se deslizó al interior. Se colgó de los barrotes de hierro mientras cerraba con llave. Después se guardó la llave en un bolsillo, sacó su cuchillo y se dejó caer al infierno.

Capítulo 58

No fue hasta que estuvo volando por los aires cuando Kylar reparó exactamente en lo abajo que estaba el río. En realidad no tenía excusa: había estado colgando de una ventana, con esa misma vista, no hacía ni cinco minutos. Salvo que ahora la vista se iba ampliando. Con rapidez. Iba a evitar las rocas, eso era bueno. También iba a caer al río a una velocidad increíble, y de cabeza. Quizá un saltador entrenado podría completar tal zambullida sin hacerse daño, pero él no era un saltador entrenado.

El río llenó toda su visión y Kylar extendió los brazos. Una fina aura de Talento envolvió su cuerpo y tomó la forma de una cuña.

Entonces tocó el agua; las manos adelantadas no le sirvieron de nada, pero la cuña de Talento lo protegió y le permitió hundirse en el río como si fuese una flecha.

La cuña desapareció un instante después de zambullirse y el agua lo abofeteó con tanta brutalidad como si un gigante hubiese dado una palmada con el cuerpo de Kylar en medio.

Volvía a estar soñando, si podía llamarse sueño a cuando... ¿Cuando qué? El pensamiento se le escurrió de entre los dedos, y lo perdió.

Era el sueño que durante los últimos diez años había tenido siempre que presenciaba una muerte. Como de costumbre, por un breve instante supo que era un sueño. Supo que era un sueño pero, para cuando reparó en qué sueño era, no podía salir de él. Cobró forma a su alrededor, y volvió a tener once años.

El taller de barcas está oscuro, abandonado, frío a la luz plateada de la luna. Azoth está aterrado más allá del terror, a pesar de que ha planeado aquello. En ese momento se vuelve y Rata está detrás de él, desnudo.

Azoth se va acercando al agujero por el que en un tiempo izaban las barcas desde las inmundas aguas del Plith, se va acercando a la roca colocada junto al orificio y al lazo que ha atado en un extremo de la roca.

—Bésame otra vez —dice Rata, y está delante mismo de Azoth, agarrándolo con manos lujuriosas—. Bésame otra vez.

¿Dónde está el lazo? Lo había colocado aquí mismo, ¿no? Ve la roca que en teoría arrastrará a Rata hasta ahogarlo en el agua pero dónde está el... Rata lo acerca a sí y Azoth nota su aliento caliente en la cara, y sus manos que le quitan la ropa...

Kylar chocó contra el fondo del río con un golpe seco. Abrió los ojos y vio a Sentencia a unos centímetros de su cara. Con el golpetazo de la entrada al agua, se le había escapado de la mano. Tenía suerte de no haberse cortado a cachos con ella. Tenía suerte de que la hoja plateada hubiese caído directa al fondo con él.

Consciente de pronto de que le ardían los pulmones, cogió a Sentencia y buceó hacia la superficie.

«¿Cuánto tiempo he estado aquí abajo?» No podía haber sido más de un momento, o se habría alejado a la deriva y se habría ahogado. Al cabo de unos segundos, le sorprendió descubrirse respirando aire de nuevo e indemne, al menos de la caída. Todavía le sangraban la nariz y los dedos, que dejaban manchas fugaces en las aguas que lo rodeaban. La corriente lo empujó contra una roca y se encaramó a ella.

Había salido a flote en la orilla rocosa de la isla de Vos, bajo el Puente Real de Oriente, justo enfrente de la mansión de los Jadwin. La ribera en la que se encontraba era también la base del muro del castillo, por lo que para avanzar corriente arriba, tendría que alternar entre escalar y nadar. Necesitó diez agotadores minutos para llegar a un punto en el que pudiera volver a salir del agua.

Los muelles en los que había visto a Roth estaban en la punta septentrional de la isla. Para llegar, podía o bien seguir por el río sorteando las rocas de la orilla o bien atravesar el chato y apestoso edificio que cubría la Grieta de la isla de Vos.

Kylar no creía que pudiera seguir por la ruta de las rocas durante diez o veinte minutos más. Aun suponiendo que Roth fuera a permanecer tanto tiempo en el mismo sitio, estaba demasiado débil. La nariz por fin había dejado de sangrarle, y se había vendado la mano para contener la hemorragia, pero la herida se abriría si intentaba nadar. Notaba una palpitación en la mano y sentía el cuerpo entero debilitado por la pérdida de sangre.

Cualquier otra noche, habría dado media vuelta. No estaba en condiciones de intentar un asesinato. Sin embargo, la lógica no atendía a razones. No esa noche. No después de lo que Roth había hecho.

El edificio construido sobre la Grieta de la isla de Vos era un cuadrado de piedra de treinta pasos de lado y una única planta por encima del suelo. En teoría se trataba de una maravilla de la ingeniería, pero Kylar sabía poco al respecto. Supuso que a los nobles no les impresionaba una maravilla que apestaba a huevos podridos.

Seguir adelante era una estupidez. Estaba tan agotado que apenas podía pensar siquiera en usar su Talento, para lo que hacía falta cierto tipo particular de fuerza. Se apoyó en la pesada puerta, haciendo acopio de energías. Todavía sostenía a Sentencia. Al contemplar la hoja, se quedó mirando la palabra grabada en el filo, JUSTICIA. Solo que cuando miró no ponía «justicia». Kylar parpadeó.

PIEDAD, rezaba con las mismas letras plateadas, en el punto exacto donde antes ponía JUSTICIA en negro. En la empuñadura, perpendicular a esa palabra, también plateada cuando antes había sido negra como el ka'kari, además aparecía la inscripción VENGANZA.

El ka'kari había desaparecido. Kylar estaba tan atontado por el cansancio que por un momento desesperó. Después recordó dónde había desaparecido. «¿Se me ha metido bajo la piel?» ¿Tan cansado estaba? Sin duda debían de haber sido

imaginaciones suyas. Una alucinación.

Volvió la mano hacia arriba y de repente manó un sudor negro de su palma como si fuese aceite. Permaneció líquido por un instante y luego se solidificó formando una cálida esfera metálica. Era negra como la medianoche y totalmente lisa. Un ka'kari negro. Las historias de Logan solo mencionaban seis: blanco, verde, marrón, plateado, rojo y azul. El emperador Jorsin Alkestes y su archimago Ezra los habían entregado a seis campeones, haciendo un desprecio a uno de los mejores amigos de Jorsin, que después lo traicionó. Acabada la guerra, los seis ka'kari habían sido objeto de una gran codicia, y sus portadores no tardaron en morir.

Kylar intentó recordar el nombre del traidor. Era Acaelus Thorne. Vaya, resultaba que al final Jorsin no lo había desairado. Al fingir que lo despreciaba, Jorsin había proporcionado a su amigo la forma de escapar... y de mantener un artefacto alejado de las manos enemigas. Como nadie había estado al corriente de la existencia del negro, Acaelus no había sufrido persecución. Acaelus Thorne había sobrevivido.

Durzo había firmado su carta como «AT».

—Oh, dioses —musitó Kylar. No podía pensarlo en ese momento, no podía parar o sería incapaz de moverse de nuevo—. Ayúdame —le dijo al ka'kari—. Por favor. Sírveme.

Apretó el ka'kari, que se disolvió y cubrió en un instante toda su piel, su ropa, su rostro, sus ojos. Kylar se estremeció, pero aún veía a la perfección, aún veía en la oscuridad como si fuese pleno día. Contempló sus manos, su espada negra, y las vio brillar con un resplandor mágico y desaparecer. No estaban únicamente envueltas en sombras, como se camuflaban los ejecutores; habían desaparecido. Kylar no era una sombra como antes. Era invisible.

No había tiempo para maravillarse; tenía trabajo que hacer. Habían pasado más de diez minutos desde que había visto a Roth en el muelle. Si quería verlo muerto esa noche, tenía que ponerse en marcha. Forzó la cerradura y entró.

Dentro del edificio hacía un calor asfixiante. Unas pasarelas de madera rodeaban una gigantesca chimenea central de quince pasos de diámetro. Estaba hecha de anchas placas de metal unidas por remaches y apuntaladas por un armazón externo de madera.

La chimenea descendía una distancia de por lo menos cuatro plantas bajo tierra, hasta encontrarse con la grieta natural en la corteza terrestre.

Fue suficiente un vistazo a las sombrías profundidades de la Grieta para entender que la gente calificara aquello de maravilla. Los hombres que trabajaban allí no solo domeñaban el poder del aire caliente que surgía de la tierra misma, sino que también impedían que el río Plith se desbordara y entrase en la fisura.

Si eso sucediera, el río herviría, los peces morirían, se acabarían los pescadores y Cenaria perdería su principal fuente de sustento.

Incluso entonces, ajenos al caos que reinaba a medio kilómetro de distancia, los hombres trabajaban revisando cuerdas, comprobando poleas, engrasando engranajes y reemplazando planchas metálicas.

Kylar cruzó una larga pasarela, dobló unas cuantas esquinas y se encontró en una encrucijada donde podía tomar una puerta bajo el nivel del suelo o subir hasta una entrada de mantenimiento en un tramo horizontal del conducto de la chimenea, cercano a su salida en la fachada norte del edificio... donde estaría Roth.

Fue hacia abajo. La puerta estaba situada junto a un portón doble que se usaba para introducir piezas de maquinaria enormes. Kylar la entreabrió.

Al otro lado había una joven bruja, con el pelo recogido y los brazos cruzados, rebosantes de vir. Miraba hacia la parte superior de una larga rampa de piedra. Alguien le hablaba, pero Kylar no veía a la otra persona. Detrás de ella había una docena más, vestidos de forma parecida.

Cerró la puerta con discreción. Regresó al otro ramal de la pasarela y abrió la puerta ubicada en la sección horizontal de la chimenea.

Tras doblarse en ángulo recto, en ese punto la chimenea era más bien un túnel de vapor. Medía quince pasos de ancho y se encogía hasta tener cuatro al llegar al último ventilador. El suelo estaba cubierto de placas de metal reforzadas para que los hombres pudieran trabajar de pie tanto en el descomunal ventilador situado en el codo, justo antes de que la chimenea descendiera hacia abajo, como en el ventilador mucho más pequeño al otro extremo del túnel, por el que el aire caliente salía a la noche cenariana. Este último estaba orientado al norte y sus palas giraban tan despacio que Kylar podría echar un vistazo y comprobar si Roth seguía en el muelle.

Entró con cuidado, tanteando el suelo para ver si chirriaría al recibir su peso. No hizo ruido. Sin embargo, aun antes de cerrar la puerta a su espalda, sintió una vaga inquietud.

Enfriados tras su largo ascenso por la chimenea metálicas, los vapores sulfurosos atravesaban perezosamente el túnel en dirección al aire nocturno del exterior. Volutas y remolinos de ese gas denso llenaban el tercio inferior de la altura del túnel. La única luz provenía de la luna, filtrada por las aspas del ventilador al girar. Entre el espeso vapor y las sombras bailarinas, la visión de Kylar no era mejor que la de cualquier otro.

«Aquí hay alguien.»

Capítulo 59

El corazón de Durzo acababa de saltar por ese puto ventanal. Se acercó y miró hasta que vio salir a Kylar a la superficie del río.

Asombroso. «En todos mis años, jamás he intentado una estupidez semejante, y va él y lo intenta en su primer día... y le funciona.» Kylar subió a la orilla con esfuerzo y empezó a avanzar hacia el norte. Durzo sabía adónde se dirigía. Insensato testarudo. Siempre había tenido esa veta, ya desde que se había negado a aceptar su fracaso en el asesinato de Rata y antes de que pasaran tres horas había matado a aquel sádico.

Kylar hacía lo que le parecía correcto y al diablo las consecuencias y lo que pensara todo el mundo, hasta Durzo. Le recordaba a Jorsin Alkestes. Kylar había escogido ser leal a Durzo y le había hecho honor siempre, a pesar del propio Durzo. Había depositado la misma fe en Durzo Blint que Jorsin. Kylar no era más que un maldito crío, pero también había depositado su fe en un hombre mucho peor que Acaelus Thorne.

El dolor resonaba por cada fibra de la vida de Durzo Blint. Había sido mil clases de impostor a lo largo de los años, de modo que podía descartarse a cualquiera que hubiese creído en él llevado por esos embustes, pero Jorsin sí lo había conocido. Kylar sí lo había conocido. No por primera vez en siete siglos, la existencia le dolía. Todo el mundo era sal y Durzo Blint una herida abierta.

«¿Dónde me equivoqué?»

Se movió porque, como todas las encarnaciones de Acaelus Thorne, Durzo Blint era un hombre de acción. Su Talento formó charquitos en torno a sus manos y pies (qué curioso que siguiera funcionando así a pesar de haber perdido el ka'kari), se subió al hueco del ventanal y dio un paso fuera. No cayó.

La magia que le rodeaba los pies se adhirió a la piedra y Durzo se dejó caer hacia delante. Quedó boca abajo, con las manos apoyadas en la pared del castillo, como un insecto. Kylar no había aprendido todos los trucos de Durzo. Qué caray, ni siquiera los había visto todos.

Sabía adónde se dirigía Kylar y sabía cómo llegar antes que él, de modo que no tenía prisa. El entrechocar de las armas en el patio atrajo su atención. Se camufló en sombras y bajó reptando hasta allí.

La batalla se encontraba en un punto muerto. Los doscientos guardias cenarianos y los poco más de cuarenta nobles inútiles que los acompañaban no podían apartar a los cien khalidoranos de la puerta que daba al Puente Real de Oriente. Los invasores contaban con media docena de meisters pero, tan avanzada la batalla, poca ventaja suponían aparte de la psicológica. Habían consumido prácticamente toda la magia de la que eran capaces.

Gracias a su vista agudizada por mil batallas y las artes del asesinato, Durzo localizó las piedras angulares de la contienda. A veces era sencillo. Los oficiales solían ser importantes. Los meisters siempre lo eran. Pero en ocasiones había meros soldados en las filas que fortalecían a quienes los rodeaban. La muerte de esas piedras angulares podía cambiar el signo de la batalla entera. En el bando khalidorano, las piedras angulares eran dos oficiales, tres de los meisters y un gigantesco montañés. Por parte de los cenarianos, solo había dos: un sargento con un arco largo alitaerano y Terah de Graesin.

El sargento era un simple soldado, que probablemente vivía su primera batalla a pesar de su edad, y Durzo conocía la expresión de su cara. Era un hombre que se había alistado en la milicia para descubrir su valía y por fin la había descubierto en combate. Había pasado su propio Crisol y estaba satisfecho. Esa satisfacción era una fuerza potente, y todos los hombres que rodeaban al sargento la sentían.

Terah de Graesin, por supuesto, habría destacado entre cualquier muchedumbre. Con el pecho alto y altiva, parecía una diosa con su desgarrado vestido azul. Creía que ningún daño osaría importunarla. Creía que todos los que la rodeaban la obedecerían, y eso también lo notaban los combatientes.

—Sargento Gamble —dijo una voz familiar desde debajo de Durzo. El sargento disparó otra flecha y acabó con un meister, pero no era de los importantes.

El conde Drake salió de la puerta delantera de la torre y agarró al sargento.

—Hay otros cien montañeses en camino —dijo, su voz apenas audible entre el ruido de las armas y la aglomeración de hombres que avanzaban y retrocedían en el patio.

La visión del conde echó más sal a la herida que Kylar había abierto. Durzo había pensado que esa noche el conde se quedaría en casa, pero allí estaba, todavía enfermo por su veneno, a punto de morir con todos los demás.

—¡Maldición! —exclamó el sargento Gamble.

Durzo les dio la espalda. Los cenarianos serían aniquilados. No podía evitarlo. Él tenía su propio juicio pendiente.

—¡Ángel de la Noche! —gritó el sargento—. ¡Si todavía luchas con nosotros, hazlo ahora! ¡Ángel de la Noche! ¡Ven!

Durzo se quedó paralizado. La única conclusión posible era que Kylar ya había intervenido en el castillo de alguna manera. «Muy bien, Kylar. Haré esto por ti, y por el conde, y por Jorsin, y por todos los necios que creen que hasta un asesino puede hacer algo bueno.»—Dame tu arco —dijo Durzo. Era una voz dura y amenazadora, proyectada con el Talento para que llegara a su destino. La cabeza del sargento Gamble se volvió de golpe y tanto él como el conde Drake vieron la sombra que se destacaba sobre la puerta de la torre. El sargento le lanzó su arco y un carcaj lleno de flechas.

Durzo agarró el arco con la mano y el carcaj con su Talento. Mientras preparaba una flecha, su Talento empezó a sacar otra de la aljaba. Flexionó las rodillas y, agachado contra la pared vertical, en un instante se grabó a todos sus murientes en su cabeza.

El montañés enorme fue el primero en caer, con una flecha entre los ojos. Después los meisters, todos y cada uno de ellos, luego los oficiales y por último un destacamento entero de montañeses situados delante del puente. Durzo vació el carcaj de veinte flechas en menos de diez segundos. Fueron, en su opinión, unos disparos excelentes. Al fin y al cabo, Gaelan Fuego de Estrella había sido todo un experto con el arco largo.

Lanzó el arma de vuelta al sargento Gamble, que todavía no parecía comprender lo que había pasado. El conde Drake era harina de otro costal. Ni siquiera miró hacia el patio mientras la línea cenariana se abalanzaba hacia la brecha. No le sorprendió la repentina vacilación entre las filas khalidoranas que en cuestión de segundos daría paso a una desbandada. Miraba hacia Durzo.

El sargento Gamble profirió una maldición sobrecogida, pero la boca del conde Drake se abrió para bendecirlo. Durzo no podría soportarlo. Desapareció.

«No más bendiciones. No más piedad. No más sal. No más luz en mis rincones oscuros. Que esto termine. Por favor.»

Capítulo 60

Kylar sintió una descarga de miedo y se agachó entre el humo. Por encima de él resonaron un golpe seco y un chirrido metálico. Rodó sobre sí mismo y vio un cuchillo clavado en la puerta y otro atravesando una placa de metal de la chimenea.

—Así que ya has descubierto que puede volverte invisible, ¿eh?

La voz de Durzo Blint llegó desde la oscuridad, cerca del enorme ventilador del extremo sur del túnel.

—¡Maldita sea, Blint! Te he dicho que no quiero luchar —exclamó Kylar, y se apartó del lugar desde donde había hablado.

Escudriñó la oscuridad. Aunque Durzo no fuera invisible del todo, con el humo y los parpadeos de luz y de sombra era como si lo fuese.

—Ha sido todo un salto, chaval. ¿Intentas convertirte también en leyenda? —preguntó Durzo, pero con la voz extrañamente estrangulada, dolida.

Kylar tropezó. Su maestro se hallaba ya junto al ventilador más pequeño del extremo norte del túnel. Debía de haber pasado a un metro de Kylar para llegar allí.

—¿Quién eres? —inquirió Kylar—. Eres Acaelus Thorne, ¿verdad? —Casi se olvidó de moverse.

Un cuchillo pasó volando a un palmo de su estómago y rebotó contra la pared.

—Acaelus era un imbécil. Jugó con fuego y ahora me toca a mí pagarlo. —Durzo tenía la voz áspera y ronca. Había estado llorando.

—Maestro Blint —dijo Kylar, añadiendo el título honorífico por primera vez desde que había tomado el ka'kari—, ¿por qué no te unes a mí? Ayúdame a matar a Roth. Está ahí fuera, ¿verdad?

—Fuera con un barco lleno de meisters y vürdmeisters —respondió Durzo—. Se acabó, Kylar. Khalidor habrá tomado el castillo en menos de una hora. Al alba llegan más montañeses, y ya está marchando hacia la ciudad un ejército de infantería regular khalidorana. Todos los que habrían podido comandar el ejército para combatirlos, han muerto o huido.

Sonó un gong lejano, que reverberó por las paredes de la chimenea. Empezó a subir aire caliente desde las profundidades.

Kylar se sentía mareado. Todo su trabajo había sido en vano. Un puñado de soldados muertos, un puñado de nobles salvados... no había cambiado nada.

Se acercó al ventilador pequeño del norte, que ya giraba más deprisa. A través de sus palas, pudo ver a Roth consultando a los brujos.

Durzo tenía razón. Había docenas de meisters. Algunos regresaban a su barco, pero por lo menos una veintena se quedaron con Roth, que además tenía una docena de gigantescos montañeses como guardia personal.

—Roth ha matado a mi mejor amigo —dijo Kylar—. Voy a matarlo. Esta noche.

—Entonces tendrás que pasar por encima de mí.

—No lucharé contra ti.

—Siempre te has preguntado si podrías vencerme a la hora de la verdad —dijo Durzo—. Sé que es así. Y ahora tienes tu Talento y el ka'kari. De pequeño, juraste que no dejarías que nadie te pegara. Nunca más. Dijiste que querías aprender a matar. ¿Te he enseñado o no?

—¡Maldito seas! ¡No lucharé contra ti! ¿Quién es Acaelus? —gritó Kylar.

La voz de Durzo se alzó, recitando por encima del sonido de los ventiladores y el aire caliente:

> La mano de los malvados se alzará contra él,
> mas no vencerá.
> Sus armas serán devoradas.
> Las espadas de los impíos lo traspasarán,
> mas él no caerá.
> Saltará de los tejados del mundo
> y golpeará a los príncipes...

La voz de Durzo se apagó.

—Nunca lo conseguí —dijo con voz queda.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué era eso? ¿Una profecía?

—No habla de mí, del mismo modo que el Guardián de la Luz no se refería a Jorsin. Eres tú, Kylar. Tú eres el espíritu de la sentencia, el Ángel de la Noche. Tú eres la venganza que merezco.

«La venganza deriva del amor a la justicia y el deseo de enmendar errores, mientras que la revancha tiene afán de condena. Tres caras tiene el Ángel de la Noche, el avatar de la Sentencia: Venganza, Justicia, Piedad.»

—Pero yo no tengo nada que vengar —replicó Kylar—. Te debo la vida.

Durzo adoptó una expresión sombría.

—Sí, esta vida de sangre. Serví a ese maldito ka'kari durante casi setecientos años, Kylar. Serví a un rey muerto y a un pueblo que no merecía a ese rey. Viví en las sombras y pasé a ser como quienes las habitan. Di todo lo que era a cambio de un sueño de esperanza que nunca entendí de buen principio. ¿Qué pasa cuando arrancas todas las máscaras que lleva un hombre y debajo de ellas no encuentras una cara sino nada en absoluto? Fallé al ka'kari una vez. Una vez le fallé y ninguna más en setecientos años de servicio, y me abandonó.

»No envejecí ni un solo día, Kylar, ni un día en setecientos años. Entonces llegó Gwinvere, y Vonda. La amaba, Kylar.

—Lo sé —dijo Kylar con tono comprensivo—. Siento lo de Vonda.

Durzo negó con la cabeza.

—No. No amaba a Vonda. Solo deseaba... Deseaba que Gwinvere supiera lo que era que alguien a quien amas comparta la cama de otro. Me las follaba a las dos y pagaba a Gwinvere, pero fue a Vonda a quien traté como una puta. Por eso quería el ka'kari de plata al principio: para dárselo a Gwinvere y que no muriese como han muerto todos mis seres queridos. Sin embargo, la piedra del rey Davin era una falsificación, de modo que la dejé para que la encontrasen los hombres de Garoth Ursuul. La única manera de salvar a Vonda habría sido entregarles mi ka'kari. Puse en un platillo el valor de su vida y en el otro el de mi poder y mi existencia eterna. No la amaba, por lo que el precio se me hizo demasiado alto. La dejé morir.

»Ese fue el día en que el ka'kari dejó de servirme. Empecé a envejecer. El ka'kari pasó a no ser nada más que pintura negra sobre una espada que se burlaba de mí con la palabra justicia. Justicia era que yo envejeciese, perdiera mis facultades y muriese. Tú eras mi única esperanza, Kylar. Sabía que eras un ka'karifer. Llamarías a ti al ka'kari. Corrían rumores de que había otro en el reino. El ka'kari negro me había rechazado, pero a lo mejor el plateado me aceptaría. Una esperanza remota, pero aun así la esperanza de otra oportunidad, de redención, de vida. En cambio, solo llamaste a mi ka'kari. Empezaste a enlazarlo aquel día que te pegué, el día en que arriesgaste la vida para salvar a aquella chica. Me volví loco. Me estabas arrebatando lo único que me quedaba. Desaparecida la reputación, perdido el honor, mi excelencia decayendo, los amigos muertos y odiado por la mujer a la que amaba, llegaste tú y me robaste la esperanza. —Apartó la vista—. Quería acabar contigo, pero no pude. —Se llevó a la boca un diente de ajo—. Sabía que no tenías lo que había que tener para esa primera muerte. Ni siquiera tratándose de aquel malnacido de Rata. Sabía que no podías matar a alguien solo por lo que pudiera hacer en el futuro.

—¿Qué? —Kylar sintió un hormigueo en la piel.

—Las calles te habrían devorado. Tenía que salvarte. Aunque supiera que todo acabaría de esta manera.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Kylar. «No. Dios, por favor. Que no cuadre.»

—Rata no mutiló a Muñeca —dijo Durzo—. Fui yo.

El humo llenaba el túnel ya hasta media altura. El descomunal ventilador giraba muy despacio, mientras que el pequeño daba vueltas con la misma rapidez que latía el corazón de Kylar. La luz de la luna se descomponía en haces que caían sin concierto entre las volutas de humo.

Kylar no podía moverse. No podía respirar. Ni siquiera podía protestar. Era mentira. Tenía que ser mentira. Conocía a Rata. Le había visto los ojos. Había reconocido el mal en ellos.

Sin embargo, nunca había reconocido el mal en Durzo, ¿verdad? Había visto a su

maestro matar inocentes, pero aun así jamás se había permitido ver el mal allí.

El ventilador grande empezó a girar más deprisa. Su rítmico traqueteo —flap, flap, flap— troceaba el tiempo en pedazos y marcaba su paso como si tuviera importancia.

—No. —Kylar a duras penas pudo forzar la palabra a través del nudo de verdad que atenazaba su garganta. Blint sería capaz. «La vida está vacía. La vida está vacía. Una chica de la calle vale exactamente lo que pueda sacarse como puta.»

—¡No! —gritó Kylar.

—Acabemos ya, Kylar. —La silueta de Durzo reverberó y desapareció, abrazado por la oscuridad. Kylar sintió que lo invadía una furia descarnada y abrasadora.

Con el sonido de los ventiladores quejumbrosos y el viento caliente, Kylar apenas oyó los pasos. Dio media vuelta y se agachó.

El humo formó un remolino cuando la sombra del ejecutor pasó corriendo por su lado.

Oyó que una espada salía de su funda y desenvainó a Sentencia. Apareció una sombra, demasiado cerca, demasiado rápida. Cruzaron armas y la espada de Kylar salió volando. Dio un salto hacia atrás.

Se irguió poco a poco, en silencio, agudizando los sentidos, agachado para no sobresalir del humo. La furia se impuso a su cansancio y la canalizó para que le aportara claridad.

Buscó algo que le diera ventaja, pero no había gran cosa a su alcance. Podía acercarse al enorme ventilador del sur para que le protegiese la espalda, pero Blint podría lanzarlo fácilmente contra las aspas. No estaban tan afiladas ni giraban tan rápido que pudieran amputarle una extremidad, pero sin duda lo aturdirían. En un combate contra Durzo, eso equivalía a la muerte.

Había asideros a intervalos en las paredes y el techo del túnel, para que los obreros pudieran reemplazar secciones. En el punto donde se encontraba Kylar, estaban al menos tres metros por encima de su cabeza.

Una fugaz sacudida de Talento recorrió su cuerpo cuando saltó. Se asió a una anilla pero, al flexionar la mano derecha, estuvo a punto de soltarse. Había olvidado que el ventanal le había rajado la palma.

Se balanceó e introdujo un pie en otra anilla para estabilizarse. Su mano derecha estaba demasiado débil para sostener su peso, de modo que desenvainó el tanto con esa mano. El gong volvió a sonar mientras Kylar contemplaba el arma. Era recta, de veinte centímetros de longitud, y tenía la punta en ángulo para perforar las armaduras. Con la mano tan débil como la tenía, no podría lanzar tajos con ese cuchillo.

Enfundó el tanto, retiró el seguro de una vaina especial y sacó un cuchillo corto y curvo que medía solo la mitad que el arma anterior. Había cuatro minúsculos agujeros a lo largo del canto de la hoja, rellenos de algodón. La funda estaba mojada. Kylar no

sabía si el río se habría llevado el veneno de áspid blanco o no, pero no tenía elección.

El viento amainó y luego cesó de repente. Los ventiladores todavía giraban, traqueteando sobre sus ejes engrasados.

Se quedó quieto y esperó. El humo estaba descendiendo poco a poco y ya no llenaba el túnel entero. La próxima vez que Durzo se moviera entre la neblina, Kylar podría distinguir la alteración aunque no lograse ver al ejecutor en sí.

El sonido de las aspas se redujo a un mero susurro y, al cabo de poco, Kylar no oía otro sonido que el latido de su propio pulso en los oídos. Se esforzaba no solo en intentar ver u oír al ejecutor, sino también en no soltarse de los asideros ni dejar escapar el menor ruido.

Si Durzo lo oyera, Kylar estaría totalmente expuesto. Con los pies enganchados en la anilla, no podría apartarse con rapidez. Y ofrecería un blanco enorme.

Su única ventaja sería la sorpresa, pero Durzo le había enseñado que era la más importante de todas.

Pasó un minuto.

Los ventiladores enmudecieron por completo. Hasta el leve murmullo de las voces de fuera había desaparecido. El humo, que volvía a enfriarse, se aposentó en su lecho en el suelo del túnel.

Kylar volvió la cabeza con una lentitud agónica y con cuidado de no rozar siquiera el cuello de la túnica. Sin duda, con el humo tan bajo y desplazándose poco a poco hacia el norte, debería poder ver algo: un remolino, una voluta fuera de lugar.

Respiró igual que se movía, poco a poco y con cautela. Su nariz, ensangrentada desde que había chocado contra la pared de la torre, solo dejaba pasar el aire por un orificio. Le escocía el brazo izquierdo; le dolían las piernas, pero aun así no hizo ningún movimiento, ningún sonido.

Allí colgado notó crecer el pavor en su corazón. ¿Cómo podía luchar contra Durzo? ¿A cuántos hombres había matado su maestro? ¿Cuántas veces lo había vencido en todas las pruebas, todos los retos? ¿Cómo podría luchar Kylar en esas condiciones, herido y débil como estaba? Durzo podía esperar para siempre en el fondo del túnel. Probablemente se habría colocado junto al ventilador pequeño, el del norte. Con la luz a la espalda, vería a Kylar en cuanto se dejase caer y estaría encima de él en un segundo.

¿Quién era Kylar para matar a una leyenda?

Intentó calmar su pulso desbocado. Tenía un nudo en la garganta. Se entibió el calor de las emociones que lo habían impulsado a lo largo de la noche. Tenía frío. Se sentía vacío. Durzo estaba en lo cierto, la justicia no tenía cabida en ese mundo. Logan estaba muerto. Elene había recibido una paliza y los hombres que habían cometido todas las maldades que Kylar pudiera imaginar estaban ganando. Siempre

lo hacían. Siempre lo harían.

No podría resistir mucho más. Durzo oiría el latido de su corazón si seguía palpitando con esa intensidad. Se obligó a respirar despacio.

¡Paciencia! Paciencia.

Volvió a inspirar pausadamente y se detuvo. En el aire flotaba un levísimo rastro.

¡Ajo! Tanto el maestro como el aprendiz habían pensado lo mismo. Durzo estaba colgado exactamente como Kylar, como si fuese su reflejo, a unos centímetros, suspendido en el aire y observando el humo en busca del menor remolino.

Kylar alzó la cabeza bruscamente y atacó con el pequeño cuchillo. Debió de hacer algún ruido, porque la mancha de oscuridad que antes se hallaba apenas un asidero por encima de él también se estaba moviendo.

Su cuchillo cortó tela, y paró una acometida con la otra mano mientras ambos caían desde el techo.

Kylar aterrizó pesadamente, haciendo salpicar el charco que se había formado en el suelo. La caída fue tan violenta que sintió una punzada en el cuello. Rodó y se puso en pie con el impulso. Oyó el siseo de una espada al salir de su vaina.

Durzo se hizo visible de golpe. Kylar también se dejó ver. Estaba demasiado cansado para mantenerse invisible un segundo más. Se sentía como un trapo escurrido. Observó el metro de acero que Blint tenía en la mano y el metro y un palmo que esgrimía él.

—Conque a esto hemos llegado —dijo Durzo—. Supongo que no tendrás más trucos como el de arriba en la torre.

—Ni siquiera sé cómo ha pasado eso —replicó Kylar—. No me queda nada.

—Pues entonces menos mal que no te he dejado ir a por Roth, ¿eh? —dijo Durzo, con esa sonrisilla irritante en los labios.

Kylar no tenía fuerzas para enfadarse. Era una cáscara vacía.

—No veo qué importancia tiene —dijo—. Pero preferiría que mi sangre salpicara su cara que la tuya.

Enfundó la daga.

—Has usado el veneno de áspid, ¿no? —preguntó Durzo. Se rió—. Claro que sí.

Durzo saludó a Kylar inclinándose y envainó su espada. Entonces le fallaron las piernas y tuvo que agarrarse a un asidero de la pared para no caerse.

—Siempre me había preguntado lo que se sentía —dijo. Se llevó la mano a la raja de la túnica. Kylar creía haber cortado solo tela, pero el pecho de Durzo sangraba por una herida superficial.

—¡Maestro! —Kylar corrió hasta él e impidió que cayera cuando le volvieron a fallar las piernas.

Blint soltó una risita, con el rostro blanco como un cadáver.

—Hacía mucho que no me preocupaba morirme. No está tan mal. —Hizo una

mueca—. Tampoco está tan bien. Kylar, prométeme una cosa.

—Lo que sea.

—Cuida de mi pequeña. Sálvala. Mama K sabrá dónde la tienen.

—No puedo —dijo Kylar—. Lo haría, pero no puedo.

Volvió la cabeza y se sacó el dardo de Durzo del cuello. Al principio había pensado que el pinchazo se debía a la caída pero, con el primer movimiento, había comprendido su error. Era un dardo envenenado. Kylar también se moría.

Durzo se rió.

—Un disparo afortunado —dijo—. Sácame de este túnel. Bastante azufre oleré dentro de poco.

Kylar lo sacó por la puerta del túnel con un gran esfuerzo. Ayudó a Durzo a sentarse en la pasarela y después se situó delante de él. Estaba agotado.

«A lo mejor el dardo llevaba veneno de serpiente real con cicuta.»

—Quieres de verdad a la tal Elene, ¿eh?

—Sí —respondió Kylar—. La quiero de verdad. —Por extraño que pareciera, ese era su único remordimiento. Debería haber sido un hombre diferente, un hombre mejor.

—Ya debería estar muerto a estas alturas —dijo Durzo.

—El cuchillo se ha mojado. —¿El leve mareo sería por el veneno?

Durzo intentó reírse, pero en lugar de eso se le llenaron los ojos de tristeza.

—Jorsin me lo dijo: «Seis ka'kari para seis ángeles de la luz, pero un ka'kari monta guardia de noche». El negro te ha elegido, Kylar. Ahora eres el Ángel de la Noche. Dale a esa gente mezquina y desagradecida algo mejor de lo que se merecen. Dales esperanza. Esa será tu obra maestra: mata a Roth. Por esta ciudad. Por mi hija. Por mí. —Hundió los dedos en el brazo de Kylar hasta hacerle daño—. Lo siento, hijo. Lo siento todo. Algún día, quizá puedas perdonar... —Los ojos se le enturbiaron como si sucumbiera a la somnolencia y luchó por abrirlos y mantenerse centrado.

Estaba hablando sin sentido... Debía de ser el veneno. Sabía que Kylar estaba muriendo.

—Te perdono —dijo Kylar—. No llevemos nuestras muertes en la conciencia.

De pronto los ojos de Durzo se encendieron y pareció plantar batalla al veneno que le corría por las venas. Sonrió.

—No he envenenado... el dardo... La carta... —Durzo murió a media frase; un leve temblor recorrió su cuerpo mientras todavía clavaba los ojos en Kylar.

El joven le cerró los párpados. Sintió un vacío enorme en el estómago. Había un sollozo atrapado en algún lugar de su interior, perdido en la oscuridad hueca de su garganta. Se puso en pie con movimientos rígidos, sin prestar suficiente atención. El cadáver le resbaló del regazo y la cabeza golpeó con fuerza contra la pasarela de hierro; las extremidades caídas en una postura incómoda. Inmóviles. Como cualquier

otro cadáver. En la vida, todo hombre era único. En la muerte, todo hombre era carne. Durzo era como cualquier muriente.

Entumecido, Kylar metió la mano en el bolsillo del pecho del cadáver y sacó la carta que según Durzo era su herencia. Estaba justo debajo de donde Kylar le había hecho el corte.

Se había empapado de sangre. Fuera lo que fuese que Durzo había escrito en el papel, resultaba ilegible. Fuera lo que fuese que Durzo había querido excusar, lo que había querido explicar, el regalo que había querido hacerle a Kylar con esas últimas palabras, había muerto con él. El joven estaba solo.

Se hincó de rodillas, agotadas todas sus fuerzas. Cogió al ejecutor muerto en sus brazos y lloró. Permaneció así durante mucho tiempo.

Capítulo 61

El amanecer sorprendió a Kylar avanzando a trompicones hacia una de sus casas seguras. Antes de abandonar la isla, había erigido un túmulo de piedras sobre el cuerpo de Durzo en la punta septentrional de Vos. A esa hora no había nadie a la vista. Había robado un bote del muelle y había dejado que la corriente lo llevase hasta las Madrigueras, demasiado exhausto para remar.

Había amarrado en el mismo taller donde mató a Rata. Seguía siendo oscuro y discreto, perfecto para su tipo de trabajo. Se preguntó si Rata seguiría anclado en el lodo, si su espíritu inquieto observaría el bote de Kylar con el odio y la maldad que en un tiempo habían poblado su corazón adolescente.

Era una mañana propicia para las cavilaciones solitarias. Kylar desarmó las trampas de su puerta sin prestar atención y entró dando tumbos. Blint llevaba razón: habría sido un suicidio ir a por Roth la noche anterior. Estaba tan, tan cansado que lo atribuyó a los efectos de un veneno. Probablemente no habría podido ni con un solo meister.

Quizá valiera la pena pagar una vida con otra para librar al mundo de Roth Ursuul, pero Kylar no tenía intención de morir a cambio de nada. Echó los cerrojos y al poco se detuvo y regresó a la puerta. Cerró cada uno de los tres cerrojos tres veces. Cerrado, abierto, cerrado. «Por ti, maestro.»

Cogió la jarra de agua, llenó la palangana, sacó el jabón y empezó a limpiarse las manos de sangre. El hombre del espejo se lavaba los últimos vestigios de la vida de su maestro con el rostro frío y tranquilo. Ensució de sangre el asa de la jarra, solo un poco. Solo una manchita oscura de la sangre que tenía en las manos.

Levantó la jarra y la lanzó contra el espejo. Tanto el cristal como la jarra saltaron en pedazos y rociaron de porcelana y agua la pared, la habitación, su ropa, su cara. Cayó de rodillas y sollozó.

Al final, se durmió. Al despertarse, se sentía mejor de lo que tenía derecho a sentirse. Se lavó y se sintió refrescado. Mientras se afeitaba, se descubrió sonriendo en uno de los fragmentos del espejo.

«Blint no tenía ninguna intención de matarme, pero no pudo resistirse a clavarme un dardo solo para demostrar que podía. El viejo cabrón. —Kylar se rió—. El viejísimo cabrón.»

Era humor negro, pero necesitaba algo a lo que aferrarse.

Se vistió y armó, mientras pensaba apenado en el equipo que había perdido la noche anterior. Dagas, venenos, garfios, cuchillos arrojadizos, el tanto, la daga de envenenador... Había perdido todos sus favoritos exceptuando a Sentencia.

«Lamento la pérdida de mi equipo, pero no la de Logan, Durzo o Elene.»

Era tan ridículo que volvió a reírse.

Estaba un poco desquiciado, decidió. Quizá era natural. Antes jamás había perdido a nadie que le importase de verdad. De golpe había perdido a tres en una noche.

Las calles estaban abarrotadas al atardecer, cuando por fin salió de su casa segura. Corrían rumores sobre lo sucedido en el castillo la noche anterior. Había aparecido un ejército de la nada. Había brotado un ejército hirviente de la Grieta de la isla de Vos. Había llegado del sur un ejército de magos. No, eran brujos del norte. Los montañeses habían matado a toda alma viviente en el castillo. Khalidor iba a arrasar la ciudad entera.

Pocos de los curiosos parecían preocupados. Kylar vio a un puñado de personas a punto de abandonar la ciudad con sus pertenencias cargadas en carros, pero no eran muchas. Nadie parecía creer que le pudiera pasar nada malo.

El escondite de Mama K seguía vigilado por el fibroso ceurí que fingía reparar la valla. Kylar no se molestó en volverse invisible. Se acercó al hombre sin prisas, se inclinó hacia él para pedirle indicaciones y le puso una mano sobre la espada corta que llevaba oculta. El ceurí intentó desenfundar demasiado tarde y se encontró el arma bien sujeta por Kylar, que le rompió el esternón con la mano abierta y lo dejó boqueando como un pescado.

Le quitó las llaves del cinturón y abrió la puerta. Tras entrar, echó el cerrojo y se envolvió en las sombras.

Encontró a Mama K en el estudio, repasando los informes procedentes de sus burdeles. Kylar los leyó en silencio por encima de su hombro. La antigua cortesana intentaba dilucidar lo que había pasado en el castillo.

La aguja se hundió en la carne flácida del dorso de su brazo. Mama K soltó un grito y se dio un manotazo en la zona. Retiró la aguja y después volvió la butaca poco a poco. Parecía una anciana.

—Hola, Kylar —dijo—. Te esperaba ayer.

Kylar apareció en la otra butaca, una joven Muerte repantigada.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Si hubiera sido Durzo, el veneno me estaría matando de dolor.

—Es una tintura de raíz de ariamu y espora de jacinto —dijo Kylar—. El dolor está al caer.

—Un veneno lento. O sea que has decidido darme tiempo. ¿Para qué, Kylar? ¿Para disculparme? ¿Para llorar? ¿Para suplicar?

—Para pensar. Para recordar. Para lamentar.

—Conque esto es la sentencia. Recorre las calles un nuevo y joven asesino para dar su merecido a las viejas putas.

—Sí, y tú mereces perder lo mismo que te llevó a traicionar a Durzo.

—¿Y qué es eso, oh gran sabio? —Sonrió con la sonrisa de una serpiente.

—El control. —El tono de Kylar era plano, apático—. Y no intentes tirar de la cuerda de la campanilla. Tengo una ballesta de mano, pero no es muy precisa. Podría darte en la mano en lugar de a la cuerda.

—El control, lo llamas —dijo Mama K, con la espalda recta como un palo, sin entonarlo como una pregunta—. ¿Sabías que las violaciones no se reparten equitativamente, ni siquiera entre las profesionales? A algunas chicas las violan una y otra vez. A otras nunca. Las violadas son víctimas natas. Esos malnacidos violadores lo notan de algún modo. No es «control», Kylar. Es dignidad. ¿Sabes cuánta dignidad tiene una chica de catorce años cuando su chulo no la protege?

»Cuando yo tenía catorce años, me llevaron a casa de un noble, donde él y sus diez mejores amigos gozaron de mí durante quince horas. Después de eso tuve que hacer una elección, Kylar, y elegí la dignidad. De manera que, si te crees que dándome un veneno que me haga cagarme encima hasta la muerte vas a conseguir que suplique, cometes un triste error.

Kylar siguió impertérrito.

—¿Por qué nos traicionaste?

La actitud desafiante de Mama K se desvaneció poco a poco mientras Kylar esperaba con paciencia de ejecutor. Pasó un minuto, cinco. Kylar aguardó con toda la paciencia de la Muerte. Sabía que, a esas alturas, ella estaría empezando a tener mareos.

—Yo amaba a Durzo —dijo Mama K.

Kylar parpadeó.

—¿Cómo?

—Me he acostado con cientos de hombres casados en mi vida, Kylar, así que nunca vi la cara más amable del matrimonio. Pero si Durzo Blint me lo hubiese pedido, me habría casado con él. Durzo es... era, porque supongo que lo has matado. ¿Sí? Ya me lo parecía. Durzo era un buen hombre, a su manera. Un hombre honrado. —Le temblaron los labios—. Yo no podía afrontar la honradez. Me contó demasiadas verdades feas sobre mí misma, y esa parte dura y oscura que vive dentro de mí no pudo soportar la luz.

Se rió. Era un sonido amargo y desagradable.

—Además, nunca dejó de amar a Vonda, una mujer que no lo merecía ni por asomo.

Kylar meneó la cabeza a los lados.

—¿De modo que decidiste matarlo? ¿Y si me hubiera matado él a mí?

—Te quería como a un hijo. Me dijo lo que ocurriría cuando enlazaras el ka'kari. Una vida por una vida; él lo llamaba la economía divina. Ya sabía entonces que moriría por ti, Kylar. Sí, a veces se rebelaba, pero Durzo nunca tuvo tan pocos principios como quería creer. Además, cambió cuando murió Vonda.

»Se lo advertí, Kylar. Era una chica encantadora y despreocupada. El tipo de mujer que nace sin corazón y por eso no puede imaginarse rompiendo el de nadie. Para ella Durzo era un hombre emocionante, no más. Fue solo su forma de rebelarse, pero Vonda murió antes de que él la calara, por lo que a sus ojos nunca dejó de ser perfecta. Ella siempre fue una santa, y yo una cerveza con escupitajo.

—No la amaba —dijo Kylar.

—Oh, eso ya lo sabía, pero Durzo no. Por muchas cosas en las que fuera distinto a todos, Durzo creía que excitación más follar equivalía a amor, como cualquier hombre. —De repente se dobló de dolor al sentir un espasmo en el estómago.

Kylar sacudió la cabeza.

—Me contó que intentaba ponerte celosa, hacer que te sintieras como se sentía él cuando estabas con otros hombres. Al morir ella, pensó que nunca lo perdonarías. Gwinvere, te amaba a ti.

Ella soltó un bufido de incredulidad.

—¿Por qué diría una cosa así? No, Kylar. Durzo iba a dejar que su hija muriera.

—¿Por eso lo traicionaste?

—No podía dejarla morir, Kylar. ¿No lo entiendes? Uly es la hija de Durzo, pero no es mi sobrina.

—Entonces, ¿quién es su ra...? No.

—No podía quedármela. Eso lo sabía. Siempre odié tomar té de tanaceto, pero aquella vez directamente no pude. Me quedé sentada con la taza enfriándose en mis manos, diciéndome que pasaría algo como esto, y aun así no pude beber. Un shinga con una hija, ¿qué blanco más perfecto podría existir? Todo el mundo conocería mi debilidad. Peor, todo el mundo me vería como una mujer más. Nunca podría mantener el poder si eso sucedía. Dejé la ciudad, la tuve en secreto y la escondí. Pero ¿cómo pudo él dejar morir a Uly, aunque pensase que era de Vonda? ¿Cómo pudo? Roth lo amenazó, pero Durzo quiso ver su farol. No conoces a Roth, Kylar. Lo habría hecho. La única forma de salvar a Uly era que Durzo muriese primero. Con Durzo muerto, Roth no tendría que cumplir su amenaza. Tuve que elegir entre el hombre al que había amado durante quince años y mi hija, Kylar. Y escogí a mi hija. Durzo quería morir, de todas formas, y ahora yo también. No puedes quitarme nada que no esté dispuesta a regalar de buena gana.

—No quiso ver su farol.

Mama K no parecía comprenderlo.

—Oh, oh —balbució, sacudiendo la cabeza.

Kylar veía desmoronarse ladrillo a ladrillo el edificio de suposiciones que Mama K había construido. Un Durzo que se dejara chantajear era un Durzo al que le importaba la hija a la que nunca había visto. Un Durzo capaz de eso era un Durzo capaz de amar. Gwinvere había endurecido su corazón contra él porque pensaba que

ni sentía nada por ella ni era capaz.

Así pues, durante quince años había escondido su amor por un hombre que había estado escondiendo su amor por ella. Eso significaba que había traicionado al hombre que la amaba. Al enfrentar a Kylar con Durzo, había matado al hombre que la amaba.

—Oh, oh. No.

—Su último deseo fue que la salvara. Me dijo que tú sabrías dónde está.

—Oh, dioses. —Las palabras apenas salieron en un hilo de voz, un sonido estrangulado. La recorrió otro espasmo, y pareció dar la bienvenida al dolor. Quería morir.

—La salvaré, Mama K. Pero tienes que decirme dónde está.

—Está en las Fauces. En las celdas de los nobles, con Elene.

—¿Con Elene? —Kylar se levantó como un rayo—. Tengo que volver.

Llegó a la puerta y entonces se volvió y desenvainó a Sentencia. Mama K lo observaba con la mirada vacía, todavía absorbiendo sus palabras.

—Antes siempre me preguntaba por qué Durzo la llamó «Sentencia» y no «Justicia» —dijo Kylar. Retiró el ka'kari de la espada y dejó a la vista la palabra PIEDAD que había grabada sobre el acero—. O, si esto era lo que había debajo de la inscripción negra de JUSTICIA, ¿por qué no llamarla «PIEDAD»? Pero ahora lo sé. Me lo has enseñado tú, Mama K. A veces la gente no debería llevarse lo que se merece. Si en el mundo no hay nada más que justicia, todo es para nada.

Metió la mano en su bolsa y sacó un frasquito con el antídoto. Lo dejó en el escritorio de Mama K.

—Esto es piedad. Pero tendrás que decidir si quieres aceptarla. Te queda media hora. —Abrió la puerta—. Espero que te lo tomes, Mama K —dijo—. Te echaría de menos.

—Kylar —lo llamó ella cuando estaba a punto de salir—. ¿De verdad...? ¿De verdad dijo que me amaba?

Tenía la boca recta, la cara tensa y la mirada dura, pero por sus mejillas corrían lágrimas. Era la primera vez que la veía llorar. Kylar asintió con dulzura y entonces la dejó allí, con la espalda doblada, hundida en los cojines de su butaca, con las mejillas húmedas y los ojos fijos, mirando con expresión torva la botellita de vida.

Capítulo 62

Kylar corrió hacia el castillo. Aun dándose toda la prisa que pudiera, quizá sería demasiado tarde. Los efectos del golpe de estado empezaban a notarse por toda la ciudad. Los matones del Sa'kagé habían sido de los primeros en desentrañar la consecuencia más práctica: sin nadie a quien rendir cuentas y nadie que les pagara, los guardias de la ciudad no trabajaban. Sin guardias no había ley. Los guardias corruptos que llevaban años trabajando para el Sa'kagé fueron los primeros en empezar a saquear. Después de eso, la rapiña se extendió como una plaga. Había montañeses y meisters khalidoranos apostados en el puente de Vanden y en la orilla oriental del Plith para mantener el saqueo confinado a las Madrigueras. Al parecer, los cabecillas de la invasión querían conservar la ciudad intacta, o al menos reservarse para ellos el saqueo más provechoso.

Kylar mató a dos hombres que estaban a punto de asesinar a una mujer, pero por lo demás no prestó ninguna atención a los saqueadores. Se envolvió en sombras y cruzó a hurtadillas el río, evitando a unos meisters que deberían haber estado más atentos.

Cuando llegó al lado oriental, robó un caballo. Estaba pensando en los Ángeles de la Noche. Blint había hablado de ellos durante muchos años, pero nunca le había prestado la menor atención. Siempre había creído que eran una superstición más, el último vestigio de unos dioses antiguos y muertos.

Entonces pensó en cómo se lo tomaría Elene aunque lograra rescatarla. La idea le dio náuseas. Ella estaba en el calabozo por culpa de Kylar. Elene pensaba que él había matado al príncipe. Lo odiaba. Decidió dedicar su mente a planear cómo mataría a Roth, que estaría protegido por meisters, montañeses khalidoranos y quizá algún que otro matón del Sa'kagé. Eso tampoco lo animó. Cuanto más pensaba, peor se sentía.

Ni siquiera sabía si los meisters podían verlo cuando estaba envuelto en sombras, pero la única manera que tenía de ponerlo a prueba presentaba serias desventajas. Sin embargo, por una vez había usado la cabeza y se había echado un vistazo en un espejo para ver si el ka'kari era tan eficaz como pensaba. Se había quedado boquiabierto. Los ejecutores se jactaban de ser fantasmas, de volverse invisibles, pero no era más que eso: fanfarronadas. Nadie era invisible.

El único otro ejecutor al que Kylar había visto camuflarse parecía un gran pegote de algo indeterminado. Blint lograba parecer una mancha de oscuridad moteada de un metro ochenta, suficiente a efectos prácticos si había poca luz. Cuando Blint se quedaba inmóvil, se reducía a la sombra de una sombra.

En cambio, Kylar sí era invisible. Todos los ejecutores se volvían más visibles al moverse. Cuando Kylar se desplazaba, no provocaba ni una distorsión en el aire.

Casi le irritaba haber invertido tanto tiempo en aprender a ser sigiloso sin su Talento. Parecía un esfuerzo desaprovechado. Entonces pensó en burlar a los brujos. Quizá el esfuerzo no había sido tan inútil, a fin de cuentas.

Llevó su caballo por el paseo de Sidlin hasta el camino de Horak y después dobló por la villa de los Jadwin, donde dejó su montura y se camufló con el ka'kari. El sol se ponía cuando llegó al Puente Real de Oriente.

Como se esperaba, la seguridad era impresionante. Había una veintena de soldados khalidoranos regulares apostados ante las puertas. Entre ellos se paseaban dos meisters. Otros dos conversaban al otro lado de las puertas. Al menos cuatro barcas patrullaban la isla de Vos, a la que daban vueltas reglamentadas.

Era una suerte que Kylar no planeara entrar en el castillo. Era una suerte que llevase encima un pequeño arsenal. Saltando de roca en roca, de árbol en arbusto, Kylar llegó hasta el puente y sacó de su macuto la ballesta pesada. Odiaba las ballestas. Eran aparatosas y lentas, y podía dispararlas cualquier idiota capaz de apuntar.

Colocó el virote especial, comprobó el carrete de cuerda de seda y apuntaló el cuerpo contra el costado del puente. ¿Qué era lo que solía decirle Blint? ¿Que debía practicar más con las armas que no le gustaban?

Frunció el ceño y apuntó. Por culpa del revestimiento de hierro que tenían los pilares del puente, su blanco era minúsculo. Tendría que acertar en el pilar más lejano y por encima de la capa de hierro, donde la madera estaba expuesta, un blanco de diez centímetros de ancho a cuarenta pasos de distancia, con una ligera brisa. A ese alcance la ballesta tenía un margen de error de cinco centímetros, de modo que como mucho podía desviarse otros cinco.

Si fallaba, tenía que asegurarse de pasarse por la derecha. Si erraba por alto o por bajo, el proyectil chocaría contra el hierro y el ruido despertaría a los muertos. Si se le iba a la izquierda, el virote pasaría de largo el puente y daría en las rocas del castillo, probablemente rebotaría y caería al río con un chapoteo.

Kylar odiaba las ballestas.

Esperó hasta que la barca estuvo casi directamente debajo del puente. Si acertaba el blanco —cuando acertara el blanco, se corrigió—, aprovecharía que los tripulantes acababan de dejar atrás el resplandor del sol poniente y entraban en la sombra del castillo. No verían bien. Respiró una vez y tiró con suavidad del disparador hasta que saltó el resorte.

El virote salió disparado de la ballesta, el carrete zumbó levemente al desenrollarse... y el proyectil pasó diez centímetros a la derecha del último pilar.

Kylar agarró la cuerda que iba desenrollándose cuando empezaba a tensarse. El proyectil se detuvo en seco a menos de un metro de la muralla del castillo.

El virote empezó a caer y Kylar lo recogió tirando de la cuerda con ambas manos

tan rápido como pudo. La cuerda había pasado sobre un travesaño horizontal a la derecha del pilar, y ahora el virote se balanceaba por su propio peso de vuelta hacia él. Kylar recogió cuerda tan deprisa como pudo, pero aun así el virote acabó tintineando contra el revestimiento de hierro.

Los garfios del virote se engancharon y Kylar tensó la cuerda cuanto pudo y la alineó con la parte inferior de la pasarela.

Un meister se asomó por el borde, agarrado con nerviosismo a la barandilla. Miró abajo y vio la barca que pasaba bajo el puente.

—¡Eh! —gritó—. ¡Cuidado!

Un tripulante con armamento ligero alzó la vista, entrecerrando los ojos en la semipenumbra.

—Anda y que te... —Se tragó sus palabras al descubrir que se dirigía a un meister.

El brujo desapareció y el barquero empezó a arengar a sus remeros. Tanto él como el meister pensaban que el otro había causado aquel ruido.

Sin detenerse a pensar en la suerte que tenía, Kylar ató su extremo de la cuerda y escondió la ballesta. La siguiente barca estaba todavía a bastante distancia. Pasó una pierna por encima de la cuerda, se acercó al precipicio que caía hasta el río y se deslizó al vacío.

Durante un buen rato pensó que iba a morir porque la cuerda de seda bajaba hacia el agua. «¡Se ha soltado!» Sin embargo, se mantuvo agarrado y la cuerda al final aceptó su peso. Salvó la distancia restante casi boca arriba, tirando de su cuerpo con las manos y con las piernas cruzadas sobre la cuerda. La cuerda se había distendido demasiado, así que a partir de la mitad tuvo que trepar de lado y hacia arriba.

En vez de luchar contra la gravedad, se contentó con llegar al penúltimo pilar. Observó el revestimiento de hierro. Estaba corroído por el tiempo y las inclemencias. Además, era vertical. No podía decirse que fuera la superficie de escalada ideal.

No había una alternativa buena. Kylar tenía que abandonar la cuerda antes de que llegara la siguiente barca. El era invisible, pero la cuerda colgante no.

Se lanzó desde la cuerda hacia el pilar... y cayó. Rodeó con brazos y piernas el revestimiento de hierro, pero tenía tanto diámetro que no pudo sujetarse bien. La desigual superficie metálica no raspaba lo suficiente para detener su descenso, pero sí para desgarrarle la piel del interior de los brazos y los muslos mientras se deslizaba.

Chocó contra el agua relativamente despacio, y el chapuzón fue discreto. Volvió a salir a la superficie agarrándose al pilar, contra el que se escondió mientras pasaba la siguiente barca.

Con la cantidad de armas que llevaba no podía nadar pero, cuando se apartó del pilar, se impulsó lo bastante cerca de la orilla para poder caminar por el fondo del río y salir arrastrándose del agua antes de ahogarse. Por poco.

Avanzó hacia el norte, siguiendo la misma ruta de la noche anterior. Se alegraba

de que Blint estuviera muerto. El ejecutor jamás le habría dejado olvidar aquello. Entre el disparo fallido y los cortes indudablemente embarazosos que tendría en los muslos, Blint le hubiese tomado el pelo durante una década. A Kylar le parecía oírlo: «¿Te acuerdas de aquella vez que intentaste cepillarte al puente?».

Encontró un buen punto de observación dentro del cobertizo de los botes, donde secó sus armas. Tendría que actuar con la suposición de que el agua se había llevado todos sus venenos... por segundo día consecutivo. Escurrió su ropa, pero no se atrevió a dejarles tiempo para que se secaran del todo. Ya que estaba allí, quería entrar y salir, bien deprisa. Miró alrededor del cobertizo. No estaba vigilado. Los khalidoranos debían de opinar que bastaba con las patrullas.

Dos hombres custodiaban la larga rampa descendente que llevaba a las Fauces. Estaban tensos, claramente incómodos con su cometido. Kylar no los culpaba. Entre el hedor, los gritos periódicos y los ocasionales temblores de tierra, él tampoco se habría encontrado a gusto.

Sentencia cortó a izquierda y derecha y los centinelas murieron. Escondió sus cuerpos entre la maleza y cogió las llaves de la puerta.

La entrada de las Fauces estaba diseñada para aterrorizar a los hombres y las mujeres que encarcelaran allí. Al abrir las puertas, Kylar vio que la rampa parecía en verdad una lengua que bajara por una garganta gigantesca. Habían tallado dientes curvados en el negro cristal volcánico que tenía alrededor, y dos antorchas dispuestas tras sendos vidrios rojos parecían un par de ojos titilantes y demoníacos.

«Qué bonito.» Kylar se desentendió de todo salvo de los sonidos procedentes de personas. Bajó a paso ligero por la lengua y giró por un pasillo hacia las celdas de los nobles. Oyendo a amigos de Durzo se había formado una idea aproximada de la distribución del lugar, pero desde luego jamás había sentido el menor deseo de visitarlo.

Encontró la celda que buscaba, examinó la puerta en busca de trampas y esperó un momento en el pasillo, simplemente escuchando. Era una locura: le daba miedo abrir la puerta. Le daba más miedo vérselas con Elene y Uly que colarse entre brujos y luchar contra el Sa'kagé.

«¡Dioses!» Estaba allí para salvar a Elene, y le asustaba lo que ella le diría. Ridículo. O a lo mejor no era lo que diría, sino cómo lo miraría. ¡Lo había dado todo por ella! Pero eso Elene no lo sabía. Lo único que podía saber era que ella no había hecho nada y aun así estaba en la cárcel.

En fin, esperando no iba a arreglar nada.

Forzó la cerradura, retiró la invisibilidad del ka'kari y se bajó la máscara negra.

La celda de tres por tres estaba ocupada por un camastro y una chiquilla pequeña y guapa sentada en el regazo de Elene. Kylar apenas reparó en la niña. No podía apartar los ojos de Elene. Ella le devolvió la mirada, atónita. Su rostro era una

máscara, en un sentido más literal de lo que a Kylar le habría gustado, puesto que tenía los dos ojos morados por los golpes que él le había propinado. Parecía un mapache con cicatrices.

Si no fuera culpa suya y se tratase de otra persona, se habría echado a reír.

—¡Padre! —exclamó la niña pequeña. Se zafó del regazo de Elene, que seguía mirando fijamente a Kylar y apenas reparó en que se soltaba. Uly pasó los brazos alrededor de Kylar y lo abrazó—. ¡Madre dijo que vendrías! Juró que nos salvarías. ¿Ha venido contigo?

Kylar apartó con esfuerzo su mirada de Elene, cuyos ojos se habían entrecerrado de repente, e intentó soltarse de la pequeña.

—Hum, tú debes de ser Uly —dijo.

«¿Madre?» ¿Se refería a Mama K? ¿O a su niñera? Ya aclararía lo de «padre» más adelante. ¿Qué iba a decirle? «Lo siento, probablemente tu madre está muerta y fui yo quien la mató, pero al final cambié de idea y le di el antídoto, o sea que no es culpa mía que esté muerta, ah, y anoche maté a tu padre también. Soy su amigo. Lo siento.»

Se agachó para poder mirarla a los ojos.

—Tu madre no viene conmigo, Uly, pero estoy aquí para salvarte. ¿Puedes ser muy pero que muy silenciosa?

—No diré ni pío —dijo ella.

La niña carecía de miedo. O no tenía sentido común, o Elene había sido un prodigio calmando sus temores.

—Hola, Elene —dijo Kylar mientras se ponía en pie.

—Hola, sea cual sea tu nombre.

—Se llama Durzo, pero podemos llamarle Zoey —explicó Uly.

Kylar le guiñó un ojo, agradecido por la interrupción. Aunque los niños fueran en general insoportables, la pequeña había cortado una conversación que no le interesaba mantener, y mucho menos allí y en ese momento.

Elene miró a Uly de reojo y luego otra vez a él, preguntando con la mirada: «¿Es tuya?». Kylar sacudió la cabeza.

—¿Vienes? —preguntó.

Elene frunció el entrecejo. Lo tomó por un «sí».

—Sígueme —le dijo a Uly—. Ni pío, ¿vale? —Mejor que se pusieran en marcha, y deprisa. Los asuntos sentimentales enrevesados podían esperar a más tarde, o para siempre.

Lo siguieron mientras Kylar caminaba visible y nervioso hasta la rampa. Elene llevaba a Uly de la mano y se iba deteniendo mientras Kylar se adelantaba. Cuando llegaron a los dientes tallados, atrajo a Uly hacia sí y empezó a hablarle en tono tranquilizador.

Kylar subió por la rampa y entreabrió la puerta.

La puerta se sacudió cuando tres flechas se clavaron en la madera.

—¡Mierda! —exclamó.

Había sido demasiado fácil. Debería habérselo imaginado. Su esperanza había sido que el caos descolocara a todo el mundo. Volvió a cerrar la puerta y partió la llave en la cerradura. «Que los cabrones la echen abajo si quieren.»

—¡De vuelta al túnel! —dijo, tirando de Elene para que apretara el paso—. No me veréis, pero estaré aquí. Os protegeré. Vosotras escuchad mi voz —dijo mientras la sustancia negra del ka'kari salía burbujeando por sus poros.

Si Elene se sobresaltó al verlo desaparecer ante sus narices, lo disimuló bien. Siguió avanzando deprisa con Uly de la mano.

—¿Tengo que correr? —preguntó al aire vacío.

—Basta que camines rápido.

La puerta que conducía a los sótanos del castillo no estaba vigilada, gracias a los dioses. Quizá la confusión de tomar un país entero serviría a sus propósitos. Quizá las flechas de la puerta solo se debían a que una patrulla había encontrado los cuerpos por casualidad.

Kylar cerró la puerta y rompió la otra llave. Subieron despacio por una escalera y salieron a un pasillo de servicio en el castillo propiamente dicho.

Al cabo de poco llegaron a una intersección en el pasillo. A un lado había unos soldados khalidoranos de permiso, reclinados contra la pared y contándose chistes. Kylar detuvo a Elene y caminó hacia ellos, pero entonces oyó que uno le decía algo a un ocupante de la habitación abierta que tenían detrás.

Si los mataba, quienquiera que estuviese en la habitación daría la alarma. El podría escapar, pero Elene y Uly no. Volvió con ellas.

—Pasad cuando os lo diga —ordenó—. Ya.

Elene se echó el chal por encima de la cabeza y cruzó por delante del pasillo poco a poco, con la espalda encorvada y la cabeza gacha, un pie vuelto hacia dentro y arrastrándolo por el suelo. Parecía una vieja arpía. Y tapaba casi por completo a Uly.

Tardó más en cruzar la bifurcación pero, cuando uno de los soldados la vio, ni siquiera dijo nada a los demás.

—Buen truco —comentó Kylar, que se puso a su altura mientras ella retomaba su paso rápido normal.

—Donde yo crecí, las chicas tontas no permanecen vírgenes —dijo Elene.

—Creciste en el lado este —observó Kylar—. No es exactamente como las Madrigueras.

—¿Crees que es más seguro trabajar rodeada de nobles salidos?

—¿Adónde vamos? —preguntó Uly.

—Chis —exhortó Kylar mientras se acercaban a otra bifurcación.

El pasillo que estaban siguiendo llevaba a las cocinas. Pero, a juzgar por el jaleo que se oía dentro, no era un buen camino para llevar a las chicas. La puerta de la derecha estaba cerrada, y el pasillo de la izquierda, despejado.

Kylar sacó sus ganzúas, aceptando el riesgo de que saliera alguien de las cocinas. No le hacía gracia la idea de seguir el camino que parecía ofrecer menor peligro.

La cerradura cedió enseguida, pero habían atrancado la puerta con algo pesado desde dentro. Seguramente algún criado había hecho lo posible por bloquearla durante el golpe.

—¿Adónde vamos? —volvió a preguntar Uly.

Kylar sabía desde el principio que la niña acabaría por ponerlo de los nervios, pero había esperado que tardara más. Dejó que esa vez le mandara callar Elene.

Con su Talento, podía derribar la puerta y lo que fuera que la atrancaba, pero el ruido atraería a quien estuviese en las cocinas, y Kylar tenía una sensación de apremio. No quería dejar allí a las chicas mientras exploraba.

—A la izquierda —susurró.

Ese pasillo se torcía y subía por varios tramos de escalones. Kylar oyó un tintineo de cotas de malla y el golpeteo de unas botas con tachuelas por detrás de ellos.

—¡Deprisa! —dijo.

Los hombres que tenían detrás avanzaban a un trote tranquilo, de modo que no perseguían fugitivos sino que tan solo respondían a alguna orden. Kylar retrocedió hasta el pie de la escalera y entrevió al menos veinte soldados.

Corrió para atrapar a Elene y Uly. Iban pasando por delante de puertas y, sin preocuparse de quién pudiera oírles, Kylar empezó a probar las manecillas. Todas estaban cerradas.

—¿Por qué vamos al salón del trono? —preguntó Uly.

Kylar se detuvo. Elene miró a la niña, con cara de estar tan sorprendida como él.

—¿Qué? —preguntó Kylar.

—¿Por qué vamos al...?

—¿Cómo sabes adónde vamos? —la interrumpió Kylar.

—Vivo aquí. Madre es doncella. Nuestra habitación está justo...

—Uly, ¿conoces un camino para salir? ¿Uno que no pase por el salón del trono? ¡Rápido!

—Se supone que no debo subir aquí —dijo la niña—. Me meto en líos.

—¡Maldita sea! —exclamó Kylar—. ¿Lo conoces o no?

Uly negó con la cabeza, asustada. «Claro, habría sido demasiado fácil, ¿no?»

—Qué buena mano tienes con los niños, ¿eh? —dijo Elene. Acarició a Uly en la mejilla y se puso en cuclillas para mirarla a la cara—. ¿Has subido aquí alguna vez, Uly? —preguntó con dulzura—. No nos enfadaremos, te lo prometo.

Sin embargo, Uly estaba demasiado asustada para decir nada.

Los pasos se acercaban.

—¡Moveos! —dijo Kylar, que agarró a Elene de la mano para hacerla correr, con la mocosa a rastras.

No le gustaba aquello. Estaba demasiado claro. Era demasiado conveniente que solo hubiera un camino.

«Un camino. ¡Eso es! En este castillo nunca hay solo un camino.» Kylar estudió las paredes y los techos mientras corrían. Ni siquiera intentó abrir las puertas que iban dejando atrás. Doblaron otra esquina y derrapó hasta pararse.

Su forma parpadeó hasta volverse visible.

—Elene, ¿ves ese tercer panel? —Señaló hacia arriba.

—No —respondió ella—. Pero ¿qué tengo que hacer?

—Empujarlo. Yo te auparé. Hay pasillos secretos por todo el castillo. Busca una salida. A lo mejor Uly puede ayudarte.

Elene asintió y Kylar se agachó con la espalda apoyada contra la pared. Elene se levantó la falda y subió un pie a su muslo. Frunció el ceño al caer en la cuenta de que tendría que pasarle la falda por encima de la cabeza, pero no vaciló en trepar hasta sus hombros y, por último, sus manos. Fue ayudándose con la pared para no perder el equilibro. Entonces Kylar se puso en pie y extendió los brazos para elevarla por los aires.

Elene empujó el panel para soltarlo, lo apartó a un lado y se coló en un pasadizo bajo. Cuando Kylar alzó a Uly, ya se había dado la vuelta para asomarse.

—¿Podrás cogerla? —preguntó Kylar.

—Más vale —dijo ella. Tenían a los soldados casi encima.

Kylar lanzó a Uly por los aires con facilidad. «Hay que ver lo útil que es el Talento.»

Elene la atrapó y empezó a resbalar por la base del pasadizo hasta que llegaron a colgarle los hombros en el aire. Entonces debió de encontrar algún punto de apoyo dentro del hueco, porque dejó de escurrirse. Gruñó y, con Uly contoneándose para ayudar, consiguió subir a la niña con ella.

—Uy, aquí sí que he estado —dijo Uly.

Kylar sacó una daga y la lanzó en dirección a Elene. Ella la cogió al vuelo.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con esto?

—¿Aparte de lo obvio? —preguntó Kylar.

—Gracias. Ahora sube. Hay sitio. Date prisa.

Kylar no se movió. «Si haces lo correcto dos veces, te costará la vida», había dicho Dorian. «Hay cosas más valiosas que la vida», había dicho Blint. «No puedes pagar por todo lo que has hecho —había dicho el conde—, pero tampoco estás más allá de la redención. Siempre hay una salida. Y si estás dispuesto a hacer el sacrificio, el Dios te dará la oportunidad de salvar algo de incalculable valor.»

Miró a Elene. «Algo de incalculable valor, y tanto que sí.» Le sonrió. Ella lo miró como si estuviera loco.

—¡Kylar, date prisa!

—Es una trampa, Elene. Si me pierden aquí, buscarán por los pasadizos secretos. No puedo protegerte en esos falsos techos, no hay sitio para pelear. Sal del castillo. Ve a ver a Jarl al Jabalí Azul, él te ayudará.

—Te matarán, Kylar. Si es una trampa, no puedes...

—Sí que he mirado —la interrumpió él. Sonrió—. Y tienes unas piernas estupendas.

Le guiñó un ojo y desapareció.

Capítulo 63

El vürdmeister Neph Dada maldijo a Roth Ursuul por enésima vez ese día. En teoría servir a uno de los hijos herederos del rey dios era un honor. Como ocurría con todos los honores del rey dios, aquel también tenía su letra pequeña. Si un príncipe fracasaba en el *uurdthan*, castigaban a su vürdmeister además de a él. Y se exigía obediencia al príncipe. Una obediencia absoluta, salvo en las órdenes que pudieran contrariar al rey dios.

Y por eso maldecía Neph. No estaba exactamente desobedeciendo a Roth, pero sí deshacía algo que el príncipe había comenzado. Algo que, a decir verdad, Roth creía haber completado. Algo cuya interrupción estaba requiriendo todas las habilidades de Neph. Por suerte, Roth había estado demasiado ocupado asegurando el castillo y la ciudad para preguntar dónde se había metido su vürdmeister. Además, ya tenía sesenta meisters a sus órdenes, tres de ellos vürdmeisters casi tan poderosos como Neph. Si Roth había enviado hombres a buscarlo, la pequeña habitación de servicio que Neph se había apropiado estaba lo bastante aislada para que nunca pudieran encontrarlo.

Su obra —su insignificante engaño, su rebelión y su apuesta para granjearse el favor del rey dios— yacía estirada sobre la cama. Era una chica hermosa. No era que el rey dios anduviera escaso de jóvenes guapas, pero esa tenía coraje. Temperamental, inteligente y, lo mejor de todo, una novia viuda y virgen, además de una princesa. Jenine de Gyre era todo un trofeo. Un trofeo para coronar el harén del rey dios. Un trofeo que Neph había arrebatado de las mismísimas garras de la Muerte.

Cualquier vürdmeister tan viejo como él sabía mucho sobre la preservación de la vida, por supuesto. Obraba en su propio beneficio a medida que envejecían. «Pero yo soy un genio. Un genio.»

Su plan había cristalizado mientras Roth despotricaba, una explosión diarreica de palabras sin sentido que el chico soltaba. Como de costumbre. El corte que Roth había hecho a Jenine había sido afortunado. Solo un lado del cuello, no tan profundo que seccionara la tráquea. Neph la había dejado desangrarse hasta que perdió las fuerzas. Entonces le presionó levemente el diafragma con un sutil zarcillo de magia para extraerle el aire de los pulmones, le cerró los ojos con otros dos y usó un cuarto para sellarle la herida del cuello. Luego había actuado con rapidez para desviar la atención de su cuerpo y que nadie se fijase en que todavía respiraba, y la chica había sido suya.

Había matado a siete doncellas buscando el tipo de sangre adecuado para ella. «Un trabajo chapucero.» Debería haberlo hecho mejor, pero al menos funcionó. Había decidido dejar la cicatriz. Le daba a la princesa cierto aire. Como detalle final, había encontrado a una chica de la ciudad que se parecía a ella y había hecho empalar

su cabeza sobre la puerta oriental con el resto de la familia real. Si se encontraba el color de pelo justo y se imitaba el peinado, lo único que hacía falta para completar el parecido era golpear la cara lo suficiente. Pese a todo, pensó, había realizado un trabajo estupendo, aunque hubiese resultado agotador.

A la mañana siguiente, el rey dios llegaría y dispensaría a Roth Ursuul su favor o su castigo. En cualquier caso, Neph prosperaría.

Algo lo hizo detenerse antes de salir por la puerta. Notaba algo raro fuera. Se dirigió a su ventana, abrió los postigos de madera —las habitaciones de los criados no tenían cristales— y se asomó por el hueco al espantoso jardín de estatuas cenariano.

Los meisters habían montado allí su campamento, suponiéndolo un centro de poder. El vürdmeister Goroel siempre había disfrutado haciendo mofa de los dioses y los reyes muertos de los países conquistados. Su negativa a ocupar habitaciones en el castillo era puro teatro pero, cuando los meisters iban a la guerra, a Goroel le gustaba demostrar al rey dios que vivían como el último soldado. «Insufrible.»

Un hombre se encaramó a una de las estatuas. Neph no distinguía las facciones con claridad, pero sin duda no era khalidorano. «¿Sethí? ¿Qué hace un sethí con una espada subiéndose a una estatua en plena guerra?» A sus pies había un herrero enorme con el pelo rubio que miraba hacia todas partes con nerviosismo. Neph sacudió la cabeza. Al vürdmeister Goroel no le haría ninguna gracia un insulto semejante.

—¡Brujos del rey dios! —gritó el hombre de la estatua con voz estentórea, amplificada una docena de veces mediante magia. «¿Un mago?»—. ¡Brujos del falso rey dios, escuchadme! ¡Venid a mí! ¡Este día, sobre esta roca, seréis despedazados! ¡Venid y que vuestra arrogancia encuentre su recompensa!

Si no hubiese proferido una herejía, los brujos quizá habrían dejado que el vürdmeister Goroel se ocupase de él, pero la herejía se atajaba. Debía atajarse. Al instante. Un mínimo de treinta meisters invocaron su vir.

Los sentidos mágicos de Neph explotaron. Salió disparado contra la pared y se derrumbó. Era como si mil demonios chillaran al unísono en cada uno de sus oídos. Un foco de magia como una hoguera, como un segundo sol, explotó y engulló todo el castillo. Neph sintió el cosquilleo de su vir, que ardió a medida que el estallido de magia le pasaba por encima. No había recurrido a él, y probablemente eso fue lo que lo salvó. El poder que invadía el castillo era más magia de la que jamás había imaginado. Más magia de la que el mismísimo rey dios podía blandir.

Unas motitas de magia se alzaron para enfrentarse a la oleada. Los meisters, dedujo Neph. Los brujos que aún no habían invocado su vir recurrieron a él. Eran como moscas intentando apagar una hoguera con el viento de sus alas. La magia los buscó uno por uno, los envolvió y los quemó hasta reducirlos a montones de ceniza. Neph sintió que los zarcillos de poder de sus compañeros se quebraban y reventaban

uno tras otro.

La conflagración se había iniciado en el patio, en ese extraño jardín cenariano de estatuas. ¿Debía quedarse donde estaba y vivir? ¿Se atrevía a bajar a plantar cara a ese fuego? ¿Qué haría ese titán de mago si Neph osaba enfrentarse a él? ¿Qué le haría el rey dios si no ofrecía resistencia?

Un pensamiento extraño e inconexo asaltó a Kylar mientras abría la última puerta y caminaba hacia el salón del trono. «Por eso estaban nerviosos esos guardias de delante de las Fauces: eran un cebo. Ahora yo también lo soy.»

Su siguiente pensamiento fue sobre el credo de Durzo: la vida está vacía. Era un credo al que había faltado el propio Durzo, un credo vacío. Ni salvaba la vida ni la hacía más fácil. Para un ejecutor, la hacía más segura porque aniquilaba su conciencia. O al menos lo intentaba. Durzo había intentado vivir de acuerdo con ese credo y se había descubierto demasiado noble para ello.

Kylar se preguntó qué lo había llevado hasta allí. Estaba preparado para morir. ¿Era el orgullo, creerse capaz de superar cualquier adversidad? ¿Era el deber hacia Durzo, creer que debía pagar su deuda de vida salvando a Uly? ¿Era la revancha, odiar tanto a Roth que estaba dispuesto a morir para matarlo? ¿Era el amor?

«¿Amor? Qué tonto soy.» Sentía algo por Elene, eso era cierto. Algo intenso, embriagador e irrazonable. Tal vez fuera amor, pero ¿qué amaba, a Elene o a una imagen de ella, entrevista desde lejos, compuesta con el pegamento de las suposiciones?

A lo mejor era un último vestigio de romanticismo lo que lo había llevado hasta allí, un poso de los cuentos de príncipes y héroes que le había leído Ulana Drake. A lo mejor había pasado demasiado tiempo con personas que creían en falsas virtudes como el valor y el sacrificio personal, las que Durzo había intentado enseñarle a despreciar. A lo mejor lo habían contagiado.

Sin embargo, el porqué de su presencia allí en realidad no importaba. Era lo correcto. Él no valía nada. Si su vida vacía podía servir de rescate para la de Elene, habría logrado algo bueno. Sería lo único que hubiese hecho nunca de lo que podría enorgullecerse. Y si de paso le daba una oportunidad a Uly, tanto mejor.

Él también tendría su propia oportunidad: la de matar a Roth. Kylar había iniciado otros combates sintiéndose confiado, pero aquello era más que confianza. Al entrar en el corto pasillo que conducía al salón del trono, se sentía en paz.

Un gemido agudo rompió el silencio. Los hombres que estaban en la habitación mirando hacia la puerta agarraron sus armas con más fuerza.

«Una alarma mágica para avisarles de que he llegado.»

Había montañeses, por supuesto. Ya se lo esperaba. Pero no se había esperado treinta. Y había brujos. Con eso también contaba, pero no con cinco.

Las puertas del pasillo en el que había alzado a Elene y a Uly se abrieron de par en par y diez montañeses más le cortaron la retirada.

Dio unos pasos rápidos y se metió en el salón del trono saltando a ras de suelo, con la esperanza de dejar atrás los primeros ataques. La sala era enorme, y el trono de marfil y asta se elevaba por encima de los asientos de la asamblea mediante dos anchos tramos de escalones, separados por un rellano plano. Roth ocupaba el trono, flanqueado por dos brujos. Los otros tres estaban de pie en el rellano. Los montañeses se hallaban repartidos por todo el perímetro de la sala.

El salto lo llevó más allá de las espadas de dos montañeses que lanzaban estocadas a lo loco delante de la puerta, con la esperanza de alcanzar al ejecutor invisible por un golpe de suerte.

Kylar desenvainó a Sentencia de la funda que llevaba a la espalda y rodó hasta ponerse en pie.

Un enjambre de manos minúsculas apareció en el aire cuando los brujos empezaron a entonar cánticos. Las manos lo buscaban, le daban pellizcos. El suelo era un hervidero de manos fantasmales que saltaban y se daban zarpazos entre ellas en su afán por agarrarlo.

Kylar se apartó de un salto e intentó cortarlas, pero su espada las atravesó sin herirlas; no había nada que cortar.

El enjambre de manos lo cubrió, cada vez más espeso, reforzándose a medida que dos de los brujos empezaron a recitar al unísono. Entonces, mientras las manos lo sujetaban derecho, Kylar notó que algo más lo agarraba. Se sintió como un bebé atrapado entre los dedos de un gigante.

La fuerza desconocida debilitó de un zarpazo el camuflaje del ka'kari. Kylar lo retiró. No le serviría de mucho ser parcialmente invisible si no podía moverse.

«Bueno, ha sido glorioso. Entre todos los idiotas que se han metido a sabiendas en trampas a lo largo de la historia probablemente este sea el desenlace más lamentable.»

Kylar había deseado —qué narices, había previsto— por lo menos llevarse por delante a un puñado de guardias. Quizá un brujo. Dos habría estado bien. Durzo se revolvería en su tumba del disgusto.

—Sabía que vendrías, Blint —alardeó Roth desde el trono. Se puso en pie de un saltito e hizo un gesto a los brujos.

Kylar se elevó por los aires y salió disparado hacia delante, transportado mágicamente escalera arriba y luego depositado en el rellano de debajo del trono.

«¿Blint? Dioses, he caído en una trampa que ni siquiera estaba pensada para mí.»

Los dedos mágicos le arrancaron la máscara.

—¿Kylar? —dijo Roth, atónito. Rompió a reír.

—Mi príncipe, cuidado —le advirtió una bruja pelirroja desde el lado derecho de

Roth—. Tiene el ka'kari.

Roth dio una palmada y volvió a reír, como si no diera crédito a su suerte.

—¡Y justo a tiempo! Oh, Kylar, si no fuese como soy, casi te dejaría vivir.

La réplica ingeniosa murió en los labios de Kylar cuando se asomó a los ojos de Roth. Si la mayoría de sus murientes tenían una taza de oscuridad en sus almas, Roth contenía un río, ilimitado y sombrío, una oscuridad embravecida y devoradora con voz de trueno. Tenía ante sí un hombre que odiaba todo lo que podía ser amado.

—Capitán —dijo Roth—, ¿dónde están la niña y la criada de las cicatrices?

Uno de los hombres que había entrado detrás de Kylar informó:

—Las hemos perdido, majestad.

—Estoy decepcionado, capitán —dijo Roth, pero su voz era de júbilo—. Desperdedlas.

—Sí, alteza —respondió el soldado. Cogió a sus diez montañeses y volvió a salir al pasillo.

Roth devolvió su atención a Kylar.

—Y ahora —dijo—, el postre. Kylar, ¿sabes cuánto tiempo llevo buscándote?

Kylar parpadeó y se liberó de aquella mirada, cerró de algún modo sus sentidos a la maldad del hombre que tenía delante. Se obligó a adoptar un tono indiferente.

—Dado que soy el hombre que va a matarte, yo diría que... en fin, desde que te miraste por primera vez en un espejo y te diste cuenta de lo feísimo que eres.

Roth aplaudió.

—Muy ingenioso. Verás, Kylar, me siento como si llevaras años a mi sombra, oponiéndote a todo lo que he hecho. Lo de robarme el ka'kari me irritó mucho.

—Bueno, me gusta tocar las narices —replicó Kylar, que en realidad no estaba prestando atención. ¿Oponiéndose a él durante años? Roth estaba loco de verdad. Si ni siquiera lo conocía. Aun así, lo dejaría despotricar todo lo que quisiera. Tensó los músculos con disimulo para evaluar las ataduras mágicas.

Eran como de acero. La cosa no iba bien. Kylar no tenía plan. Ni siquiera tenía el comienzo de un plan. No creía que hubiese plan que pudiera haber funcionado aunque él fuese lo bastante listo como para idearlo. Estaba rodeado de soldados khalidoranos, los brujos lo observaban como buitres retorciendo lentamente su vir y Roth parecía demasiado satisfecho consigo mismo.

—Y vaya si las tocas. Se diría que apareces en los momentos más inoportunos.

—Igualito que ese sarpullido que te pegaron los chicos de alquiler, ¿eh?

—Oh, tienes «personalidad». Excelente. No he disfrutado de una muerte realmente satisfactoria desde ayer.

—Si te cayeras sobre tu espada, todos estaríamos satisfechos.

—Tuviste tu oportunidad de matarme, Kylar. —Roth se encogió de hombros—. Fallaste. Pero no sabía que eras un ejecutor. No averigüé tu verdadero nombre hasta

ayer mismo, pero antes de matarte tenía que ganar un reino para mi padre.

—No te lo tendré en cuenta. —«¿Tuve mi oportunidad?»

—Qué buen perder. ¿Te lo enseñó Durzo?

Kylar no tenía respuesta. Probablemente era una estupidez a esas alturas molestarse por perder un punto en la batalla dialéctica, pero al fin y al cabo, si Kylar hubiese sido más listo, para empezar no estaría allí.

—Debo decir —prosiguió Roth— que esta generación de ejecutores deja bastante que desear. La aprendiza de Hu ha sido un chasco tan grande como tú. Y mírate. Digo yo que Durzo al menos habría matado a uno de mis hombres antes de que lo atrapáramos, ¿no te parece? Me temo que eres una pobre sombra de tu maestro, Kylar. Por cierto, ¿dónde está? No es propio de él mandar a un inferior a hacer un trabajo que le concierne.

—Anoche lo maté. Por trabajar para ti.

El príncipe dio una palmada de alegría y soltó una risilla.

—Creo que es lo más encantador que he oído nunca. El me traicionó al salvarte y tú lo traicionaste por trabajar para mí. Oh, Kylar. —Roth bajó los escalones para situarse delante de él—. Si pudiera confiar en vosotros, malditos ejecutores, te contrataría en un abrir y cerrar de ojos. Pero eres demasiado peligroso. Y además tienes enlazado mi ka'kari, por supuesto.

El brujo de Roth cambió de postura, a todas luces nervioso por ver a su señor tan cerca de Kylar.

«Ese brujo debe de saber algo que se me escapa», pensó Kylar. No podía mover ni un músculo. Estaba totalmente indefenso.

«Espera, eso es. Por eso exactamente está nervioso. Cree que el ka'kari es una amenaza. Y si él lo cree, quizá lo sea.»

Roth desenfundó una bella espada larga de la vaina que llevaba al cinto.

—Me has decepcionado.

—¿Y eso? —preguntó Kylar, mientras pensaba a toda velocidad en cómo podría usar el ka'kari. ¿Qué sabía sobre él? Le permitía usar su Talento. Gracias a él veía a través de las sombras. Lo volvía invisible. Salía de su piel y lo escondía mejor de lo que podía ocultarse cualquier ejecutor.

Sí, pero ¿cómo podía usarlo?

—Tenía la esperanza de que esto fuera divertido —explicó Roth—. Pensaba contarte lo mucho que me complicaste la vida. Pero eres igual que Blint. Ni siquiera te importa si vives o mueres. —Roth alzó la espada.

—Que sí que me importa —dijo Kylar, aparentando miedo—. ¿Cómo te he complicado la vida?

—Lo siento, no pienso darte la satisfacción.

«Vamos, hombre.»

—No por mí —insistió Kylar—. Sabes que los meisters y soldados de tu padre van a informarle de todo lo que vean y oigan. ¿Por qué no explicarles a ellos la historia entera? —Era una maniobra torpe pero, con su vida en juego, pensar deprisa costaba más de lo que hubiera imaginado.

Roth hizo una pausa para reflexionar.

Era inútil darle más vueltas al tema. El ka'kari hacía lo que le daba la gana, sin más. ¡La noche anterior se había comido un cuchillo, por el amor del Dios! Era imposible saber con qué lógica funcionaba, si es que tenía alguna. Solo era magia.

«Absorbe. Come. ¡Eso es lo que hace!» Kylar había sentido una enorme sacudida de poder después de que el ka'kari absorbiera el cuchillo. «El Devorador.» Blint lo había llamado «el Devorador». Se estaba acercando, quizá.

—Lo siento —dijo Roth—. No actúo para nadie. Ni siquiera para ti. Esto es solo entre tú y yo... Azoth. —Roth entregó su espada al brujo de su izquierda y se retiró la larga melena por detrás de las orejas...

Solo que no tenía orejas. La izquierda parecía que se hubiera fundido, y le habían cortado la derecha.

Azoth estaba arrodillado en medio del taller de barcas. Había costado conseguir que Rata entrase en el oscuro edificio, pero lo había logrado. En ese momento el pie de Rata estaba en el centro del lazo que Azoth había colocado en el suelo, pero el chico no podía moverse. No podía ni respirar bien. Rata estaba a unos centímetros, terrorífico en su desnudez, dando una orden. Propinó un tortazo a Azoth, que notó un sabor a sangre en la boca. Se descubrió moviéndose. Agarró el lazo y cerró el nudo con fuerza contra el tobillo de Rata. El grandullón gritó y levantó bruscamente la rodilla contra la cara de Azoth.

Cayó sobre la gran roca, se arañó la espalda y acabó entre la piedra y el agujero en el suelo por el que antaño bajaban las barcas a las fétidas aguas del río. Se puso a cuatro patas, envolvió la roca con sus brazos flacuchos y alzó la vista, esperando encontrarse a Rata ya encima de él.

Rata miró a Azoth, el agujero, la roca, la cuerda y su tobillo. Azoth nunca olvidaría su expresión. Era de terror. Entonces Rata saltó hacia delante, y Azoth empujó la roca al agujero.

La cuerda se tensó y tiró de Rata hacia un lado a mitad de salto. Cayó a cuatro patas, intentó agarrar a Azoth y falló. Arañó el suelo de madera podrida con los dedos mientras se deslizaba y desaparecía por el agujero. Se oyó un chapuzón.

Sin embargo, al cabo de unos instantes, Azoth oyó un sollozo. Se dirigió hasta el borde del agujero.

Rata estaba agarrado por las puntas de los dedos y suplicaba. Era imposible. Entonces Azoth vio que su roca había aterrizado sobre una de las vigas de apoyo del entramado que levantaba el taller por encima del río. Estaba en un equilibrio

precario pero, mientras Rata mantuviera la tensión en la cuerda, no lo arrastraría a las profundidades.

Azoth fue hasta el montón de ropa de Rata y encontró su daga. Rata suplicaba y las lágrimas recorrían sus mejillas cubiertas de granos, pero Azoth solo escuchaba el rugido de la sangre en sus oídos. Se agachó junto a Rata, con cuidado pero sin miedo. Al matón le temblaban los brazos de sostener su peso; estaba demasiado gordo para aguantar durante mucho tiempo, demasiado gordo para soltar una mano y agarrar a Azoth.

Con un movimiento rápido, le cogió la oreja y se la rebanó. Rata dio un chillido y se soltó.

Su cuerpo golpeó la roca y la tiró hacia abajo. Lo último que vio Azoth fue su cara aterrorizada mientras se hundía bajo el agua. Después hasta eso quedó oculto por sus manos agitándose, chapoteando en busca de algo, cualquier cosa... sin encontrar nada.

Azoth esperó y esperó, y después se marchó cojeando.

Ya no tenía granos. Se había dejado barba para ocultar las pocas marcas que le habían dejado. La constitución encajaba, aunque había perdido peso desde que dejara las Madrigueras, pero esa oreja mal cortada, y sus ojos... «¡Dioses! ¿Cómo no me he fijado en esos ojos muertos?» Sus ojos eran los mismos.

—Rata —dijo Kylar con un hilo de voz.

Su plan estalló en mil pedazos. Se le paró el corazón. Volvió a sentirse como un niño, haciendo cola para que Rata le pegase, demasiado cobarde para hacer algo que no fuera llorar.

—Estoy muerto, ¿no? Qué curioso, es lo mismo que me dijeron de ti. —Roth negó con la cabeza y bajó la voz. Sus siguientes palabras eran solo para oídos de Kylar—. Neph me quemó la otra oreja para castigarme por lo que hiciste. Me costaste tres años, Azoth. Tres años para volver a hacerme jefe de una hermandad. Aguanté la respiración durante... dioses, me pareció una eternidad. Una eternidad peleándome con el nudo que me habías atado en el tobillo, desangrándome en esa agua inmunda hasta que Neph por fin me sacó. Lo había presenciado todo, me dijo que estaba sopesando si dejarme morir. Tuvo que matar a uno de mis mayores... te acuerdas de Roth, ¿verdad?, y ponerlo en mi lugar antes de que llegara tu maestro. Tuve que mudarme a una hermandad de mierda en la otra punta de las Madrigueras y empezar de cero. Casi me hiciste fallarle a mi padre. —Temblaba de furia. Volvió a enseñarle su oreja fundida—. Este fue el menor de mis castigos. Y después «moriste» oportunamente. Nunca me lo tragué, Azoth. Sabía que andabas por ahí, esperándome. Créeme, si tuviera tiempo me pasaría años torturándote, te llevaría al límite del aguante humano y más allá. Te curaría solo para volver a hacerte daño. —Cerró los ojos y bajó la voz una vez más—. Pero no tengo ese lujo. Si te dejo vivo, a mi padre

podría ocurrírsele algún otro plan para ti. Podría hacer otra cosa con el ka'kari. He pagado por tener ese ka'kari, y pienso enlazármelo de inmediato. —Le dedicó una sonrisa torva—. ¿Unas últimas palabras?

Kylar había perdido la concentración, se había distraído. El miedo y el horror le habían hecho descuidar el rompecabezas, cuando nada debería haber sido más importante. Eso no era lo que le había enseñado Durzo. El miedo debía constatarse, para luego no hacerle más caso. ¿Por dónde iba? ¿Devorador? ¿Magia?

—Mierda —dijo, sin darse cuenta de que lo hacía en voz alta.

Roth alzó una ceja.

—Hum. Poco original, pero bastante exacto. —Asió bien la espada y echó atrás el hombro al tiempo que levantaba el arma. Iba a cortarle la cabeza. Cada fibra de Kylar gritó pidiendo ayuda.

Sonó una explosión en algún punto por debajo de la audición humana, pero Kylar sintió que le sacudía el estómago como un trueno. Su visión se llenó de magia blanquiazul. La veía surcar el aire con la velocidad de una flecha. Un muro de magia.

El castillo mismo tembló y todo el mundo cayó al suelo. Dondequiera que mirase, Kylar vio las mismas expresiones de desconcierto. Roth estaba tirado en los escalones, con la espada aún en la mano y la boca abierta.

De repente sintió que se partía una de las ataduras mágicas que lo inmovilizaban. Miró hacia las demás y vio que la tromba de magia —parecía una tormenta de lluvia blanquiazul que caía de lado y atravesaba invisible paredes y personas— salpicaba las ligaduras y se acumulaba en torno a ellas. Las ataduras eran tan negras como el vir de los brujos, y la magia azul siseaba y chisporroteaba allá donde las tocaba.

Entonces la magia azul se asió al hechizo de los brujos y subió como una exhalación por los zarcillos negros, como un incendio que trepara por el monte, hacia los brujos que los sustentaban.

Los tres brujos rompieron a gritar y las ataduras de Kylar desaparecieron mientras tres antorchas vivientes azules iluminaban la sala. Sin embargo, Kylar solo tenía ojos para sí mismo. El ka'kari lo estaba cubriendo como una piel negra y, allá donde lo alcanzaba una salpicadura de magia azul, esta vibraba como un charco en la lluvia y luego desaparecía... y el ka'kari se hinchaba de poder.

El Devorador también comía magia.

Entonces la onda expansiva mágica terminó.

Se produjo un brevísimo silencio, y luego Roth dio un grito a los brujos que no habían estado usando su vir, los dos únicos brujos que quedaban vivos en la sala.

—¡Cogedlo!

Roth recogió su espada de los escalones y dio un tajo con ella hacia la cara de Kylar.

Increíblemente, los brujos obedecieron al instante. Brotaron ataduras en torno a

los brazos y las piernas de Kylar. En todos los puntos donde las ligaduras lo tocaban, y respondiendo a su voluntad, el ka'kari se inflaba, se retorcía alrededor de ellas, mutaba, aspiraba y las devoraba.

Kylar se lanzó hacia atrás contra las ataduras antes incluso de que estuvieran disueltas por completo. Las hizo saltar por los aires con toda la fuerza de su Talento mientras la espada de Roth cortaba el aire a unos centímetros de su garganta.

Se escurrió entre los restos marchitos de las ataduras mágicas y voló hacia atrás con torpeza, al haber tardado un poco más en liberar los pies. Se retorció en el aire y lanzó un cuchillo con su mano mala.

Un soldado gruñó y se desplomó.

Kylar aterrizó de lleno sobre la espalda bajo el segundo tramo de escalones. El impacto le cortó la respiración, pero ya mientras se deslizaba por el suelo su espada estaba en movimiento. Tenía montañeses a la izquierda y a la derecha, y su espada destelló dos veces, atravesando botas y tobillos a cada lado.

Tres montañeses habían caído, pero ya le atacaban otros. Kylar pasó los pies por encima de su cabeza y se puso en pie, jadeando pero listo para luchar.

Capítulo 64

Solon intentó bajarse de la estatua. El rey Logan de Verdroekan había sido uno de los primeros monarcas de Cenaria, tal vez solo una leyenda, y Solon no recordaba lo que había hecho, pero debía de ser algo heroico si Regnus de Gyre había elegido ese nombre para su hijo. Y debió de ser un hombre excepcional para merecer una estatua de ese tamaño, sosteniendo la espada en alto en ademán de desafío. Solon no la había escogido por su relevancia metafórica sino simplemente porque quería que lo viesen todos los meisters del jardín. Todo brujo en un radio de quinientos pasos que había usado el vir durante los pocos segundos que había sido capaz de sostener a Curoch estaba muerto.

Curoch yacía sobre las piedras que tenía debajo. Feir la estaba recogiendo y envolviéndola con una manta. Gritaba algo a Solon, pero este no distinguía las palabras. Aún se sentía como si ardiera. Le hormigueaban con tanta intensidad todas las venas del cuerpo que le costaba hasta sentir la espada de piedra de Verdroeken bajo los dedos. Solon se había encaramado a hombros del rey muerto y se había agarrado a la espada de piedra para mantener el equilibrio, mientras alzaba a Curoch imitando la postura de la estatua para liberar la magia. Cambió el punto de apoyo, con las piernas temblorosas, y de repente cayó.

Feir no lo atrapó del todo, pero al menos amortiguó su caída.

—No puedo caminar —avisó Solon. Le quemaba el cerebro, la vista se le teñía de todos los colores del arco iris, le daba la impresión de tener en llamas el cuero cabelludo—. Ha sido asombroso, Feir. Una muestra tan minúscula de lo que puede hacer...

Feir lo agarró y se lo cargó a hombros como podría hacer un hombre más pequeño con un niño. Dijo algo, pero Solon no acabó de entenderlo. Feir lo repitió.

—Ah, me he llevado por delante a unos cincuenta. Quedarán diez o así —dijo Solon—. Uno en el puente del este. —Mientras hablaba, intentó recordar lo que le había dicho Dorian. Era algo crucial. Una cosa que no le había permitido oír a Feir.

«No dejes morir a Feir. Él es más importante que la espada.»

—Voy a tener que bajarte —dijo Feir—. No te preocupes. No te dejaré.

Un tropel de soldados khalidoranos, una mancha de verdes y azules, se arremolinaba delante de la puerta oriental. Solon ni siquiera recordaba haber salido del jardín. Y lo que vio le hizo reír: Feir estaba usando a Curoch como si fuera una simple espada.

Observar a Feir espada en mano era más que asombroso; era un privilegio. El gigantón había nacido para la esgrima, era engañosamente rápido e increíblemente fuerte, de movimientos tan precisos como los de un bailarín. En tonos verdes, azules y rojos, Feir barrió a los soldados. No hubo largas maniobras con la espada. Como

mucho, cada soldado tenía tiempo de blandir su arma una vez, fallar o que lo parasen y luego morir.

Feir maldijo, pero cuando Solon intentó seguir su mirada, el torbellino de colores era demasiado intenso. El grandullón lo levantó, volvió a cargárselo al hombro y arrancó a correr. Solon vio la madera del puente bajo los pies de su amigo.

—Agárrate fuerte —dijo Feir.

Solon se asió al cinturón de Feir justo a tiempo, sujetándose por cada lado de su ancha espalda. El gigantón esquivó hacia un lado desplazando sus grandes hombros. Con los pies asomando por delante de Feir y la cabeza bamboleándose al tuntún a su espalda, lo único que Solon vio fue un fugaz destello de Curoch. Feir giró sobre sus talones (en el sentido adecuado para que Solon no saliera disparado) y Curoch volvió a elevarse, y al momento corría de nuevo a toda velocidad. Solon vio que dejaban atrás tres cuerpos tendidos sobre el puente. El muy bestia había matado a tres hombres mientras lo sostenía sobre el hombro. Increíble.

—Dorian me dijo que nuestra esperanza está en el agua, pero que no saltásemos. ¡Busca una cuerda! —dijo Feir.

Solon levantó la cabeza, como si fuese a servir de mucha ayuda yendo a cuestas como un fardo. No vio ninguna cuerda, pero sí a un meister detrás de ellos, conjurando una bola de fuego de brujo. Intentó chillar, pero le falló el aliento.

—¡Maldito seas, Dorian! —gritaba Feir—. ¿De qué puñetera cuerda hablabas?

—¡Al suelo! —dijo Solon.

Con los reflejos del maestro de armas que era, Feir se dejó caer al instante. El fuego de brujo pasó crepitando por encima de sus cabezas y estalló contra una docena de soldados khalidoranos que defendían la puerta al final del puente. Solon quedó tendido cuan largo era y estuvo a punto de descalabrarse contra uno de los grandes calderos de fuego que servían de defensa al puente.

El viejo brujo que los perseguía (por el grosor de su vir Solon dedujo que era un vürdmeister) volvía a acumular magia. Feir agarró a Solon por el cuello de la túnica y lo lanzó detrás del caldero, una maniobra que lo dejó a él a salvo, pero a Feir al descubierto. En esa ocasión no fue fuego de brujo, sino otra cosa que Solon no había visto nunca. Un rayo rojo furioso zigzagueó a gran velocidad en dirección a Feir, que levantó un escudo mágico y se agachó.

El escudo a duras penas desvió el rayo, de nuevo hacia un soldado que corría para unirse a la refriega, pero la fuerza de la magia reventó la barrera de Feir y lo lanzó al otro lado como si fuera un muñeco de trapo. Curoch salió disparada de sus manos.

Haciendo acopio de unas fuerzas que no sabía que tuviera, Solon cogió a Feir y lo arrastró con él hasta el cobijo del caldero de fuego.

Dos meisters más corrían para unirse al vürdmeister, y un grupo de soldados les iba a la zaga. Las puertas del otro extremo del puente se abrieron y por ellas salió un

destacamento de soldados.

Feir se sentó derecho y miró hacia Curoch, que se encontraba a seis metros de distancia.

—Puedo usarla —dijo—. Puedo salvarla.

—¡No! —exclamó Solon—. Morirás.

Los soldados y los meisters se habían detenido para reagruparse y ahora avanzaban despacio, con cautela y en orden.

—Yo no importo, Solon. No podemos dejar que se la queden.

—Ni siquiera vivirías lo suficiente para usarla, Feir. Ni aunque estuvieras dispuesto a dar la vida por un segundo de poder.

—¡Está ahí mismo!

—También esto —dijo Solon, señalando hacia el borde del puente.

Feir miró.

—Dime que es una broma.

Por debajo del borde vieron una cuerda de seda negra atada a la parte inferior de los dos extremos del puente. Solo asomaba por debajo de donde estaban ellos cuando soplaba el viento. Feir no estaba mirando la cuerda, sino la caída.

—Oye, es una profecía, ¿no? Tiene que funcionar —dijo Solon. Ojalá el mundo dejase de soltar destellos amarillos.

—¡Nunca sale exactamente como dice Dorian!

—Si te hubiese dicho que ibas a hacer esto, ¿habrías venido?

—Jamás. Y no asientas con cara de sabelotodo; para eso ya me basta con Dorian. —Feir observó a los soldados y meisters que se acercaban—. Vale. Tú primero.

«Piensa ir a por Curoch. Tiene que ser un héroe, el muy tonto.»

—No puedo —dijo Solon—. No me quedan fuerzas para agarrarme a la cuerda. Si voy solo moriré.

Feir se puso en pie.

—Solo un momento, que pruebe a... —Proyectó su Talento hacia delante y asió la espada. Al instante, unas manos de vir se abalanzaron sobre su magia y empezaron a remontarla hacia él. Solon segó el conjuro de su amigo con uno propio. El esfuerzo le hizo ver chiribitas.

—Ay, no hagas eso. No hagas eso, por favor. Ay. Cógeme a caballito, Feir. —Solon no tenía tiempo de explicarse. Los meisters estaban cerca.

—Yo estoy loco, y tú gordo —dijo Feir, pero recogió a Solon y se lo cargó a la espalda.

—Mágicamente también, ¿quieres? Tengo un plan. Y no estoy gordo.

Por muchas pegas que pusiera a los planes cuando estaban a salvo, Feir sabía obedecer durante la batalla. Se abrió sin vacilar y Solon bebió de su Talento. Se afianzó a la espalda de Feir con ataduras mágicas y después preparó deprisa y

corriendo cinco finas tramas. Seguía doliéndole, pero ni por asomo tanto como al usar su propio Talento.

—Ahora —dijo—. Salta.

Feir se tiró por el costado del puente. La cuerda estaba en el lugar idóneo, no gracias al viento o el poder de la profecía, sino porque Solon la había colocado allí usando la magia. Cuando Feir se cogió a la cuerda, Solon activó las demás tramas.

Se abrieron agujeros en los lados de cada caldero de fuego, y el aire que contenían se comprimió de repente. El aceite de dentro salió a chorro y roció el puente. La última trama de magia dejó caer una pequeña chispa en mitad del combustible.

Sonó un satisfactorio fragor. El río se encendió de reflejos anaranjados y amarillos, y una ola de calor rebasó a los dos magos que caían.

Después las cosas sucedieron demasiado deprisa para seguirles la pista. Feir se había agarrado a la cuerda con ambas manos y una pierna. Se dio la vuelta al instante y quedó de espaldas al río. El repentino cambio de dirección hizo que Solon se partiera el brazo contra el hombro de su amigo. De no haber sido por las ligaduras mágicas que lo sujetaban, habría caído como una piedra. La cuerda, atada a ambos lados del puente, cedió y se combó hacia abajo. Como Feir y Solon no habían logrado llegar al centro de la pasarela, resbalaron de cabeza por la cuerda unos quince pasos. Entonces la cuerda se partió por el extremo del castillo.

Solon veía estallar una luz por encima de ellos, vagamente consciente de que se estaban deslizando a una velocidad espantosa en dirección al río. El puente estaba envuelto en llamas que saltaban con alegría en la noche. O quizá era el dolor lo que explotaba en su cabeza. Entonces se estrellaron contra algo frío y duro.

Respiró. Era mal momento. La materia fría y dura se había convertido en fría y líquida. Estaban bajo el agua. Tosió cuando Feir salió a la superficie, y Solon pensó con distanciamiento que o bien su amigo era un nadador increíble o bien algo tiraba de ellos hacia fuera.

Feir estaba de rodillas donde no cubría, con las manos en alto. Desde su posición en la espalda de su amigo, Solon vio que la cuerda le había reducido las manos a un amasijo de carne sanguinolenta, incluso se veía el hueso.

—Vaya, habéis salido mejor parados de lo que me esperaba —decía la voz de Dorian mientras su magia los sacaba a rastras del río—. Dejad de holgazanear los dos. Tenemos que ponernos en marcha si queremos llegar a tiempo a Khalidor.

—¿Holgazanear? —preguntó Solon, contento de que le quedaran fuerzas para indignarse.

—¿Khalidor? —inquirió Feir.

—Bueno, es allí donde espera mi prometida. No veo la hora de descubrir quién es. Me parece que Curoch también encontrará la forma de acabar allí.

Feir maldijo, pero Solon, incluso con el brazo roto, las chiribitas y demás, solo se rió.

Capítulo 65

Cuando entraban dentro del arco de su espada o se ponían a tiro de sus veloces pies o sus fuertes puños, los hombres caían como el grano en una tormenta de verano. Para Kylar, que siempre había tenido un don para combatir, la batalla de repente cobraba sentido. El caos se recomponía en bellos diseños intrincados, entrelazados y lógicos.

Con un mero vistazo a la cara de un hombre, podía juzgar al instante: parada izquierda, pausa, acometida, fuera. Un hombre murió y cayó a suficiente distancia para no entorpecer sus movimientos. Siguiente, barrido derecho, vuelta interior, puño de revés a la nariz. Giro, gemelo, garganta. Parada, contraataque. Estocada.

La batalla tenía un ritmo, una música acompasada a la percusión individual de cada cámara de su corazón. No había un solo sonido fuera de lugar. El tenor del acero tintineante complementaba el bajo de los puños y los pies que aporreaban la carne —blando a duro, duro a blando— y el barítono de las maldiciones de los hombres, alternado con el punteo en *staccato* de la cota de malla al desgarrarse.

Con su Talento cantando, Kylar era un virtuoso. Luchaba en un grácil frenesí, como un bailarín poseído. El tiempo no llegaba a frenarse, pero descubrió que su cuerpo reaccionaba a imágenes que no había captado de forma consciente: giraba, se agachaba para esquivar golpes que su mente no llegaba a prever y golpeaba con la sobrecogedora velocidad y elegancia de ese ángel de la muerte, el Ángel de la Noche.

Los montañeses intentaban imponer su superioridad numérica. Sus armas cortaban el aire a un centímetro de la oreja de Kylar, a medio de su estómago, a un cuarto de su muslo. Sus rivales fueron estrechando el círculo, hasta que los cuerpos que mataba ya no caían hacia atrás, sino hacia él.

Envainó a Sentencia, agarró la mano que blandía una espada destinada a su vientre y tiró de un montañés delgaducho a través del círculo para que se la clavara a un compañero. Desvió una estocada por la espalda llevando un cuchillo por encima de su hombro mientras apuñalaba un ojo con su otra mano.

Dos lanzas lo buscaron y él se dejó caer al suelo mientras tiraba de ambas armas hacia delante. Cada una se empaló en un cuerpo. Volvió a levantarse y destrozó la cara a otro montañés de una patada.

Sin embargo, la situación era desesperada. Dentro de una jaula de armas enredadas y hombres moribundos dando manotazos, quedaría atrapado en cuestión de segundos.

Ligero como un gato, se encaramó a la espalda de un soldado que agonizaba de rodillas y saltó impulsándose en el hombro de uno de los lanceros empalados.

Mientras rodaba de lado en el aire, una bola de fuego de brujo de color verde y el tamaño de un puño surcó el aire a toda velocidad hacia él. Alcanzó su capa y se

desintegró. Kylar aterrizó de pie y se agachó para esquivar un mandoble. Un fuego verde prendió en su capa. Se la quitó mientras se lanzaba al suelo entre dos lanzas.

Sosteniendo la capa por una punta, se puso en pie y envolvió con ella a otro de sus atacantes. Las llamas verdes se abalanzaron sobre la piel del soldado y allí ardieron de un azul brillante mientras el hombre gritaba.

Otra bola de fuego de brujo surcó el aire chisporroteando y Kylar se refugió detrás de uno de los pilares que sostenían el alto techo.

Disfrutó de dos compases de descanso. Había matado o incapacitado a más de la mitad de los khalidoranos, pero los otros ya habían aprendido a explotar sus ventajas. Punto, contrapunto.

—¡Al capitán! ¡Mantened a un meister a la vista! —gritó Roth.

Los hombres corrieron junto al capitán para formar una cuña entre Kylar y su príncipe, que se había retirado hasta el trono para observar.

Kylar, sin embargo, no estaba perdiendo el tiempo al amparo del pilar. Sabía que, si quería tener una oportunidad de matar a Roth, debía liquidar a los brujos. Los dos tenían la vista clavada en los espacios entre pilares por los que Kylar tendría que salir corriendo.

Formó un charquito con el ka'kari en su mano y, obligándose a recordar el tacto de aquellos dedos de magia, lo instó a avanzar por su espada. El ka'kari, que parecía haber captado su urgencia, cubrió el acero al instante. Tanto el ka'kari como la espada reverberaron y se volvieron invisibles.

Abandonó el cobijo del pilar y los dedos mágicos se le echaron encima al instante. Cortó en un rápido círculo y los notó marchitarse y desaparecer. Agarró el borde de uno de los largos tapices que cubrían las paredes del salón del trono y corrió hacia otro pilar, pero no antes de que brotara el fuego de brujo de los dedos de un meister.

Si hubiese tenido tiempo de pensárselo, Kylar no habría intentado pararlo con su espada (era una locura intentar bloquear la magia), pero tenía esa respuesta muy arraigada. La parte plana de su espada golpeó la esfera verde de fuego. En lugar de estallar, el conjuro fue engullido por la hoja con un bramido.

Kylar bordeó un pilar, con el tapiz en una mano y en la otra su espada, ya visible por las crepitantes llamas verdes que reptaban por la hoja. Con toda la fuerza de su Talento, saltó.

Voló por el aire en mitad del salón del trono; el tapiz se enroscó en torno al pilar, lo hizo cambiar bruscamente de trayectoria y lo lanzó hacia los escalones.

El otro brujo debía de haber lanzado fuego sin que Kylar lo viera, porque el tapiz cedió y se desgarró un momento antes de lo que pensaba soltarlo. Aterrizó en el rellano entre los tramos de escalones con dos metros y medio de tapiz ardiendo en las manos. Lo lanzó hacia los montañeses y atacó con la espada al brujo que canturreaba

a menos de dos pasos de distancia.

La parte superior de la cabeza del brujo se abrió y dejó a la vista su cerebro. El hombre giró, pero sus labios completaron el sortilegio. Los gruesos zarcillos negros que se habían estado retorciendo bajo la piel de sus brazos engordaron de un modo grotesco, como músculos ondulantes, y se liberaron de las extremidades del brujo atravesando la piel.

El poder manó rugiendo del brujo agonizante, que se tambaleó intentando encontrar a Kylar. Este saltó a su espalda y le propinó una patada tan fuerte que el hombre salió volando por los aires y se empotró contra los montañeses.

Los zarcillos negros desbocados saltaron sobre los soldados como manos ácidas. Se abrieron camino por la carne con el siseo agudo de los troncos en el aserradero.

Mientras los tentáculos negros destrozaban a los montañeses, Kylar sintió más que vio la luz blanca que se formaba a su espalda. Se volvió a tiempo de ver al homúnculo que volaba como un rayo. La criatura esquivó el mandoble que lanzó a la desesperada y le clavó en el pecho sus minúsculas garras.

Ya estaba saltando a un lado cuando notó la sacudida y vio ondularse el aire. La realidad formó una burbuja en una línea que se dirigía hacia él. El aire ondulante se curvó y lo siguió mientras corría. Después ese aire se rasgó. Kylar saltó la distancia entera que le faltaba hasta la pared y estuvo a punto de recibir otra bola de fuego de brujo en la cara.

La sierpe del abismo irrumpió en la realidad y no lo alcanzó por los pelos. Se revolvió, furiosa, ensanchando el agujero y clavando sus zarpas ardientes en torno a dos de los pilares, a apenas un metro de él. Kylar se arrancó el homúnculo del pecho y se lo pegó a un soldado en la cara.

Cuando la sierpe del abismo volvió a arremeter, Kylar saltó directamente hacia arriba. La bestia proyectó hacia delante su boca de lamprea, la adhirió al montañés que gritaba y se lo llevó consigo al abismo. Cuando Kylar aterrizó, tanto la sierpe como el soldado habían desaparecido.

Dio media vuelta y saltó hacia la parte superior de la escalinata, pero fue demasiado lento. En el preciso instante en que se impulsaba para saltar, distinguió un borrón de luz que se dirigía hacia él. No había tiempo de sacar un cuchillo arrojadizo. Kylar lanzó su espada contra el último brujo.

El rayo de magia le quemó el hombro izquierdo cuando la inercia del salto lo desplazaba hacia arriba y adelante. El impacto le hizo girar sobre su eje y caer de espaldas sobre el suelo de mármol a los pies del trono. Sintió que se destrozaba la rodilla izquierda.

Durante un largo momento, todo a su alrededor se enturbió. Parpadeó y parpadeó hasta que al fin pudo enfocar la mirada. Vio a Sentencia hundida hasta la empuñadura en un brujo a diez pasos de distancia, con la hoja negra a causa de su ka'kari.

Cayó en la cuenta de que estaba viendo al brujo muerto por entre un par de piernas. Sus ojos las siguieron hacia arriba hasta el rostro de Roth.

—Levántate —le dijo, y le clavó su larga espada en la zona lumbar.

Kylar sintió náuseas cuando Roth le retorció la hoja en el riñón. Entonces se retiró el metal caliente y algo puso en pie a Kylar.

El dolor era como una nube que lo volvía todo borroso e indistinto. Confuso, Kylar observó a los brujos muertos. «¿Quién me ha levantado?»

—Todos los hijos herederos del rey dios Ursuul son brujos natos —explicó Roth —. ¿No lo sabías?

Kylar miró a Roth, atontado. ¿Roth tenía Talento? Las manos invisibles lo soltaron y se vino abajo al apoyar el peso en su pierna izquierda destrozada. El suelo de mármol volvió a castigarlo.

—¡Levántate! —ordenó Roth. Lo hirió en la ingle y lo maldijo.

Kylar dejó caer la cabeza en el mármol mientras los gritos de Roth se volvían inarticulados. El sonido de su voz no era más que un murmullo comparado con el rugido del dolor.

El dolor estalló en otro compás en su estómago cuando Roth volvió a clavarle la espada. Después el príncipe Ursuul debió de levantar a Kylar otra vez, porque este sintió que su cabeza caía hacia un lado. Si antes había sentido dolor, en ese momento experimentó una agonía.

Estaban chamuscando con fuego, mojando en alcohol y rociando de sal todas las partes de su cuerpo. Tenía los párpados forrados de cristales rotos. Unos dientes pequeños masticaban sus nervios ópticos. Y después de sus ojos, todos los tejidos, tendones, músculos y órganos se marinaron a su vez en el tormento. Estaba gritando.

Sin embargo, la cabeza se le despejó.

Parpadeó. Estaba de pie ante Roth, y estaba consciente. Consciente y desesperado. Debía de haber aterrizado sobre la rodilla izquierda al caer en el mármol, porque la tenía destrozada. Padecía hemorragias internas: sus intestinos filtraban una muerte lenta a sus vísceras, los ácidos del estómago le abrasaban las tripas y un riñón vertía sangre negra. Tenía el hombro izquierdo como si hubiera besado el martillo de un gigante.

—No morirás rápido —dijo Roth—. No lo permitiré, no después de lo que has hecho. ¡Mira lo que has hecho! Mi padre se pondrá furioso.

Allí lo tenía. Se estaba muriendo. Kylar podía sostenerse sin mucha estabilidad sobre su pierna buena, pero no tenía armas. Su espada y el ka'kari estaban a diez pasos; podrían haberse encontrado al otro lado de un océano. Estaba desarmado y Roth se cuidaba, incluso estando él en aquel estado, de no ponerse al alcance de sus manos. Kylar no tenía siquiera una navaja.

—¿Estás listo para morir? —preguntó Roth, con los ojos resplandecientes de

malevolencia.

Kylar se miraba la mano derecha. De entre todas las partes golpeadas, magulladas y machacadas de su cuerpo, sus dedos estaban sanos, perfectos, curados. ¿No era esa la mano que se había cortado con el ventanal la noche anterior?

—Estoy listo —respondió, sorprendiéndose a sí mismo.

—¿Algo que lamentar? —preguntó Roth.

Kylar lo miró a los ojos, y comprendió a Roth. Siempre había tenido la suficiente oscuridad en su alma para entender a los malvados. Roth intentaba exprimirle angustia. Quería matarlo mientras él pensaba en todo lo que no había hecho. Roth cosechaba desesperación.

—Morir bien es fácil —dijo Kylar—, solo requiere un momento de coraje. Es vivir bien lo que no he sabido hacer. ¿Qué es la muerte comparada con eso?

—Estás a punto de descubrirlo —escupió Roth.

Kylar puso media sonrisa, y la completó al ver que Roth se enfurecía.

—Matar a Logan fue más divertido —dijo Roth. Atravesó el pecho de Kylar con su espada.

«¡Logan!» El pensamiento cortó a Kylar con más crueldad que la espada que empuñaba Roth. Kylar había vivido para la espada. Morir por ella no era un desenlace inesperado ni injusto. Sin embargo, Logan nunca había querido hacer el menor daño a nadie. Que Roth matara a Logan no estaba bien. No era correcto. No era justo.

Observó el acero que tenía clavado en el pecho. Cogió la mano de Roth con la suya y tiró, tiró de él mismo espada arriba y se empaló hasta la empuñadura. Roth abrió atónito los ojos.

—Soy el Ángel de la Noche —dijo Kylar, jadeando sobre el acero que atravesaba su pulmón—. Esto es justicia. Esto es por Logan.

Se oyó un tintineo y el sonido del metal rodando por el mármol. El ka'kari saltó hacia la mano de Kylar...

Y Roth lo atrapó limpiamente en el aire. Una expresión de triunfo le iluminó los ojos. Se rió.

Kylar lo agarró por los hombros y lo miró a los ojos.

—Soy el Ángel de la Noche —repitió—. Esto es justicia. Esto es por Logan. —Alzó su mano derecha.

Roth parecía confuso. Entonces miró hacia su propia mano izquierda. El ka'kari se licuaba escurriéndosele entre los dedos. Dio manotazos como los había dado sobre el suelo de madera del taller de barcas, sin encontrar nada que asir. El ka'kari se posó en la mano de Kylar y formó una enorme daga de puño.

Kylar hundió el puño con fuerza en el pecho de Roth.

Roth bajó la vista; su incredulidad dio paso al horror cuando Kylar sacó la daga y

su horror dio paso al miedo cuando su corazón bombeó sangre directamente a sus pulmones.

Roth gritó una estridente negación de su propia mortalidad.

Kylar soltó al príncipe e intentó apartarse, pero sus extremidades se negaron a obedecerle. Su rodilla cedió y se derrumbó sobre el suelo al lado del príncipe khalidorano.

Roth y Kylar yacían cara a cara sobre el mármol al pie del trono, observándose morir uno a otro. Los dos temblaron cuando unos calambres incontrolables les recorrieron los miembros. Los dos respiraban al mismo ritmo con bocanadas trabajosas, angustiadas. Los ojos de Roth rebosaban miedo, un pánico tan intenso que paralizaba. Ya no parecía ver a Kylar, tendido a unos centímetros de distancia. Su mirada fue volviéndose más distante y se llenó de un terror que calaba hasta el alma.

Kylar estaba satisfecho. Ese Ángel de la Noche había repartido muerte, y al final había recibido su porción. Tal vez no fuera agradable, pero sí justo. Era una sentencia merecida. Al ver nublarse por fin los ojos de Roth en una muerte intranquila, deseó que en la muerte se pudiera hallar algo más bello que la justicia, pero no tenía fuerzas para dar la espalda a esa vida, esa muerte, esa justicia terrible.

Entonces alguien le dio la vuelta. Una mujer. Cobró nitidez poco a poco. Era Elene. Subió a Kylar a su regazo y le acarició el pelo; lloraba. Kylar no veía sus cicatrices. Levantó una mano y le tocó la cara. Era angelical.

Entonces vio su propia mano. Estaba perfecta, entera y, asombrosamente, sin rastro de sangre. Por primera vez en su vida, tenía las manos limpias. «¡Limpias!»

Llegó la muerte. Kylar se dejó llevar.

Capítulo 66

Terah de Graesin acababa de pagar una fortuna a uno de los hombres más guapos que había visto en su vida. Jarl se había presentado como representante del shinga, pero se comportaba con tal aplomo que Terah se preguntó si no sería el shinga en persona. Le disgustaba entregar tanto dinero al Sa'kagé, pero no le había quedado más remedio. El ejército del rey dios llegaría al amanecer, y ya había pasado demasiado tiempo en la ciudad.

El golpe no había salido conforme al plan del rey dios. Los khalidoranos controlaban los puentes, el castillo y las puertas de la ciudad, pero algunos de los puntos solo tenían una dotación simbólica. Eso cambiaría cuando llegase el resto del ejército, de modo que Terah de Graesin y sus nobles debían haber partido cuando sucediera. Si no le hubiese pagado la mitad de su fortuna a Jarl, habría tenido que dejarla atrás entera. Una reina tomaba las decisiones difíciles y, con todos los demás muertos, eso era ella ahora: la reina.

Era medianoche. Los carros estaban cargados. Los hombres esperaban. Había llegado la hora.

Terah se plantó ante la mansión de su familia. Al igual que las residencias de las demás familias ducales, la suya era una antigua y verdadera fortaleza. Una fortaleza saqueada, en ese momento. Una fortaleza saqueada que olía a los barriles y barriles de aceite que habían vertido en todas las habitaciones, sobre las valiosas reliquias demasiado pesadas para transportarlas, y dentro de los surcos que habían labrado en cada viga centenaria. Había llegado la hora. En teoría, a medianoche los ejecutores de Jarl eliminarían a los khalidoranos que guardaban la puerta este de la ciudad. Todos los demás nobles esperaban en corrillos ante sus casas. Desde su elevado porche delantero, Terah veía deambular a algunos arriba y abajo por la calle de Horak, esperando a ver si lo hacía de verdad.

Se grabó la mansión en su cabeza. Cuando volviera, la reconstruiría para su familia, el doble de espléndida que antes.

Terah de Graesin salió a la calle y cogió la antorcha que llevaba el sargento Gamble. Los arqueros se congregaron en torno a ella. Encendió en persona hasta la última flecha. A un gesto suyo con la cabeza, los arqueros dispararon.

La mansión estalló en llamas. El fuego saltaba por las ventanas y se elevaba hacia el firmamento. La reina Terah de Graesin no miró. Se subió a su caballo y dirigió su columna, su penoso ejército de trescientos soldados y el doble de sirvientes y tenderos, hasta la calle que llevaba a la puerta oriental.

De punta a punta de la orilla este, las grandes mansiones se encendieron una por una. Eran las piras funerarias de sus fortunas. No solo lo perdían todo los nobles, sino también quienes dependían de ellos para su sustento. Sin embargo, las hogueras de

destrucción eran también faros de esperanza. Puede que hayáis vencido, decía Cenaria, pero vuestra victoria no es ningún triunfo. Podéis obligarme a dejar mi casa, pero no viviréis en ella. No os dejaré más que tierra quemada.

En respuesta a esos grandes incendios, a lo largo y ancho de la ciudad se propagaron también otros fuegos más modestos. Los tenderos incendiaban sus comercios. Los herreros avivaban sus fraguas hasta que el calor las resquebrajaba. Los panaderos destruían sus hornos. Los molineros hundían sus piedras de moler en el Plith. Los propietarios de almacenes prendían fuego a sus locales. Los ganaderos sacrificaban sus rebaños. Los patrones confinados al Plith mediante la magia de los brujos hundían sus propios barcos.

Miles de personas se sumaron al éxodo. El reguero de nobles y sus criados se convirtió en marea. La marea dio paso a una hueste, un ejército que salía de la ciudad, que marchaba derrotado, pero marchaba. Algunos conducían carros, otros cabalgaban, y otros caminaban descalzos con las manos y las barrigas vacías. Había quien maldecía, quien rezaba, quien miraba por encima del hombro con ojos de angustia y quien lloraba. Algunos dejaban hermanos, hermanas, padres e hijos, pero todos y cada uno de los hijos huérfanos de Cenaria llevaban en su corazón una pequeña y tenue esperanza.

Volveré, juraban. ¡Volveré!

Neph se apartó a un lado todo lo que pudo entre los meisters, generales y soldados que esperaban para recibir al rey dios Garoth Ursuul, que cruzaba el Puente Real de Occidente seguido de su séquito. El rey dios vestía una gran capa de armiño que acentuaba la palidez de su piel norteña. Llevaba el pecho desnudo a excepción de las cadenas de oro macizo que simbolizaban su cargo. Era robusto, corpulento pero musculoso, fuerte para su edad. Detuvo su semental ante la puerta del patio. Seis cabezas montadas en postes lo esperaban. Había una séptima pica vacía.

—Comandante Gher.

—Sí, mi señor... esto, mi dios, su santidad, señoría. —El antiguo guardia real se aclaró la garganta. Las cosas no iban bien. Aunque los planes de Roth y Neph habían parecido funcionar a la perfección, de algún modo los ejércitos del rey dios habían sufrido muchas más bajas de las previstas. Todos los montañeses de un barco, muertos. Muchos de los nobles que deberían estar muertos, huidos. Grandes sectores de la ciudad, en llamas. El corazón de la industria y la economía en Cenaria, reducido a cenizas.

Todavía no existía una resistencia pero, con tantos nobles aún vivos, llegaría. Los meisters que debían formar una devastadora punta de lanza en el asalto al corazón de Modai estaban muertos. Más de cincuenta meisters muertos, de un plumazo, sin otra explicación que los rumores sobre un mago con más Talento del que se había visto

desde Ezra el Loco y Jorsin Alkestes. La invasión de Ceura terminada antes de empezar. El hijo del rey dios asesinado justo en el momento de completar su *uurdthan*.

Habría que meter en vereda al Sa'kagé y apagar fuegos literales y figurados. Alguien tendría que pagar por todo aquello. Neph Dada intentaba dar con un modo de asegurarse de que no fuera él.

—¿Por qué hay una pica vacía en mi puente? —preguntó el rey dios—. ¿Lo sabe alguien?

El comandante Hurin Gher se revolvió en su silla de montar y contempló con expresión estúpida el poste vacío.

—No hemos encontrado todavía el cuerpo del príncipe... quiero decir, el pretendiente... esto, de Logan de Gyre, mi señor. Sí... Sí sabemos que está muerto. Tenemos tres informes que confirman su muerte, pero con tanto combate... Estamos... Estamos trabajando en ello.

—Ya veo. —El rey dios Garoth Ursuul no miró a Hurin Gher. Estaba estudiando las caras de la familia real que tenía encima—. ¿Y ese «Sombra» que mató a mi hijo? ¿También ha muerto?

Neph sintió un escalofrío al captar la tranquila amenaza que contenía la pregunta del rey dios. Los primeros khalidoranos que entraron en el salón del trono pensaron que alguna unidad de élite desconocida había exterminado a todos sus compatriotas en la sala, pero Neph había podido reanimar a un hombre al que le habían cortado los pies. Juró que había visto la mayor parte de la lucha antes de desmayarse. Había sido un hombre. Una sombra. El Ángel de la Noche, lo llamó. La historia empezaba ya a circular entre los hombres.

Un hombre que se paseaba invisible y podía matar a treinta montañeses, cinco meisters y nada menos que un hijo del rey dios. Un hombre inmune al acero y la magia. Era una patraña, por supuesto. Con toda la sangre que habían encontrado, ese hombre debía de estar muerto. Pero sin un cadáver...

—Alguien se llevó a rastras su cuerpo, señor. Seguimos el rastro de sangre por los pasadizos secretos. Era muchísima sangre, mi señor. Si de verdad fue un solo hombre, está muerto.

—Parece que tenemos muchos muertos sin cuerpo, comandante. Encuéntralos. Entretanto, ensarta otra cabeza. A ser posible, una que se parezca a Logan de Gyre.

No era justo. Ferl Khalius había sido de los primeros montañeses en pisar suelo cenariano. Había sido uno de los pocos que había salido con vida de la barcaza que se quemó y hundió, y solo porque había tenido el sentido común de quitarse la armadura antes de saltar al agua para no ahogarse como tantos otros. Se había incorporado a otra unidad y había luchado con las manos desnudas hasta que había podido armarse gracias a los montañeses que murieron en el primer asalto al patio. Había matado él

solo a seis soldados y dos nobles cenarianos, seis si se contaba a los niños, aunque él no los contaba.

¿Y qué le habían dado en reconocimiento de su heroísmo, de su astucia? El trabajo más mierdoso de todos. Ciertas unidades estaban recibiendo privilegios de saqueo: las unidades buenas del lado oeste tenían asignado lo que los bárbaros llamaban las Madrigueras, y las mejores unidades saqueaban los restos de la orilla este con los oficiales. Todos los integrantes de la unidad de Ferl estaban muertos, de modo que a él lo destinaron a despejar los cascotes del puente oriental.

No solo era sucio, también era peligroso. Los brujos habían apagado el fuego, pero había muchos tablones flojos, y algunos crujían o se rompían al pisarlos. Los pilares estaban bien: el revestimiento de hierro los hacía invulnerables al fuego pero, como no podía caminar sobre ellos, no es que le sirviera de mucho.

Lo peor de la tarea eran los cuerpos. Algunos parecían filetes chamuscados, con una costra negra por fuera, pero agrietada y rezumando por dentro. ¡Y esa peste a carne asada y pelo quemado! Iba rebuscando entre los cuerpos, quedándose con cualquier cosa que pareciera prometedora y lanzando los cadáveres por el borde del puente. Algunas de las unidades habrían preferido recuperar a sus muertos para darles un entierro decente, pero Ferl no pensaba cruzar todo el puente con esos fardos apestosos a cuestas. Al abismo con ellos.

Entonces vio una espada. Debía de haber quedado bajo un cuerpo cuando empezó el incendio, porque estaba intacta. Ni siquiera había marcas de humo en la empuñadura. Era un arma preciosa, con dragones tallados en la guarda. Era una espada digna del caudillo de una horda guerrera. O de un señor de la guerra. Con una espada como esa, el clan de Ferl lo miraría con respeto. Un respeto que se merecía. Tenía órdenes de llevar cualquier objeto inusual que encontrara a uno de los vürdmeisters. «Corriendo lo haré, después de cómo me han tratado.»

Después de mirar hacia el resto de los hombres que trabajaban en el puente y constatar que ninguno lo observaba, desenvainó su espada, la dejó a un lado y deslizó su trofeo en su funda. No encajaba del todo bien, pero serviría por el momento. El problema era la empuñadura, con esos dragones, pero enseguida la envolvería con unas tiras de cuero. Era mañoso. En cuanto dispusiera de unas pocas horas, esa espada parecería otra cualquiera.

El hallazgo lo animó considerablemente. En realidad no bastaba para compensar su valor, pero era un principio.

La meister recorrió el último pasillo hasta lo que los bárbaros del sur llamaban el Ojete del Infierno. La intensidad de los tormentos la asaltó como una oleada nauseabunda y embriagadora. Tropezó y chocó contra una pared. El soldado que la acompañaba se dio la vuelta. Parecía asustado.

—No pasa nada —dijo ella.

Se acercó a la reja que cubría el agujero. Pronunció unas palabras y una luz roja se encendió delante de ella.

Las criaturas del Agujero bizquearon y se encogieron. Volvió a murmurar y la luz descendió al pozo. Examinó a todos los prisioneros. Diez hombres, una mujer y un retrasado con los dientes puntiagudos. Ninguno podía ser el usurpador.

Dio media vuelta, todavía mareada, y abandonó el lugar, intentando que no pareciera una huida.

Al cabo de un minuto, un hombre grande salió rodando de debajo de un saliente en la piedra.

La mujer lo miró y sacudió la cabeza.

—Eres tonto. Nada que puedan hacerte será tan malo como quedarse aquí. Mírate. Eres blando. El Agujero te romperá, Trece.

Logan la observó impasible. Era una mujer mugrienta con agujeros enormes en el vestido y varios dientes menos. La expresión de su cara era lo más parecido a la bondad humana que iba a encontrar en ese agujero.

—Aunque todos los detritos de la humanidad pasen por este agujero y todos los fuegos de la perdición se eleven de él, no me dejaré romper —dijo Logan.

—Pero mira qué palabras más largas que usa —dijo el hombre grande llamado Fin. Le dedicó una sonrisa llena de encías ensangrentadas, uno de los primeros síntomas del escorbuto, y volvió a enroscarse en torno al cuerpo su cuerda de tendones—. Este pedazo de gilipollas tiene mucha carne. Comeremos como reyes.

El escorbuto significaba deficiencias alimentarias. Las deficiencias alimentarias significaban que Fin había vivido lo suficiente para resentirse de su dieta. Fin era un superviviente. Logan desvió la mirada hacia él y sacó su cuchillo, su única ventaja contra esos animales.

—Lo dejaré la mar de claro —dijo, haciendo un esfuerzo para no usar la palabra «meridianamente»—. No me romperéis. El Agujero no me romperá. No me romperé. No. Me. Dejaré. Romper.

—¿Cómo te llamas, cielo? —preguntó la mujer.

Logan se descubrió sonriendo. Algo fiero y primario se estaba alzando en su interior. Algo en su fuero interno decía: donde otros han fallado, han tropezado, han caído, yo triunfaré; yo soy diferente; estoy hecho de otra pasta; saldré adelante.

—Llamadme Rey —dijo, sonrió un «que os jodan» a través de la angustia y la pena, y se sintió poderoso.

Eso era. Eso era la supervivencia. Ese era el secreto. Esa era la llama viviente escondida entre las cenizas de su corazón carbonizado. Solo esperaba que no se apagara.

Epílogo

Elene llamó a la puerta del tonelero, con el pelo tapado, la espalda encorvada y un pie torcido hacia un lado en el polvo. El ejército khalidorano había llegado el día anterior y, para recompensar a sus tropas, el rey Garoth Ursuul había permitido a un grupo selecto de soldados que tomaran lo que deseasen. No era un buen día para ser una mujer hermosa en las calles de Cenaria.

Había tardado dos angustiosos días en encontrar ese lugar. El tonelero retiró el cerrojo de la puerta y le indicó que pasase, con un gesto hacia la trastienda. Jarl estaba sentado a una mesa cubierta de papeles, con abultados sacos de dinero a sus pies.

—He encontrado la manera de que marches —dijo—. Un maestro carretero khalidorano ha accedido a llevaros. Tendrás que tumbarte en un compartimiento que usa para el contrabando de té de barush y cosas peores hasta que hayáis pasado por las puertas, pero es bastante grande para ti y para la niña. Salís al anochecer.

—¿Te fías de ese contrabandista? —preguntó Elene.

—No me fío de nadie —respondió Jarl, agotado—. Es khalidorano y tú eres guapa. Pero al ser khalidorano, es quien más posibilidades tiene de cruzar la puerta. Y lleva veinte años trabajando con nosotros. Me he asegurado de que le convenga llevaros sanas y salvas.

—Debes de haberle pagado una fortuna —dijo Elene.

—Solo media —aclaró Jarl, con una sombra de sonrisa en los labios—. La otra mitad le será pagada cuando reciba noticias tuyas de que habéis llegado sin problemas.

—Gracias.

—Es lo mínimo que podía hacer por Kylar. —Jarl bajó la vista, avergonzado—. También es lo máximo que puedo hacer.

Elene lo abrazó.

—Es más que suficiente. Gracias.

—La niña está abajo. No quiere dejar su cu... No quiere dejarlo.

Reconocía ese lugar. Lo bañaba una calidez blanca y dorada y su carne se regodeaba en la luz. Recorrió el túnel con pasos firmes y relajados. Entusiasmo sin prisa.

Unos dedos bondadosos le cerraron los ojos.

Una niña chilló. Remordimientos. Pena. Oscuridad. Frío.

Desterró la pesadilla con un parpadeo. Respiró. Dejó que la luz blanca y dorada volviera a abrazarlo.

—Cógele del brazo, Uly. Ayúdame.

Piedras frías se deslizaban bajo su espalda. Incomodidad. Dolor. Desesperanza.

Entonces hasta el frío y las sacudidas se desvanecieron.

Avanzó por el túnel con paso vacilante. Arrancó a trotar. Allí era donde debía estar ahora. Allí, sin dolor.

Una lágrima le salpicó la cara. Una mujer habló, pero él no distinguió las palabras.

Tropezó y cayó. Se quedó allí tumbado, presa del terror, pero la pesadilla no volvió. Se puso de rodillas y luego en pie. Al primer paso se topó con... nada.

Extendió las manos y palpó la barrera invisible. Era fría como el hierro y lisa como el cristal. Al otro lado, la calidez aumentaba, la luz blanca y dorada lo llamaba. ¿Eran personas eso que veía más adelante?

Algo tiraba de él hacia un lado, lo alejaba. Sintió que lo retorcían, y poco a poco cobró nitidez una estancia. Sus paredes permanecieron indistinguibles, y parecía llena de gente con intensos deseos de verlo, pero él no podía diferenciar una persona de otra. Lo único que cobró auténtica nitidez fue un hombre sentado ante él en un trono bajo, y dos puertas. La de su derecha era de oro batido. Se filtraba luz por todos sus resquicios, la misma luz blanca y dorada que acababa de abandonar Kylar. La puerta de la izquierda era de madera lisa con una simple manecilla de hierro. Dominaban la cara del hombre unos ojos lupinos y amarillos que brillaban con luz tenue. No era alto, pero emanaba autoridad, potencia.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Kylar.

Una sonrisa mostrando los dientes.

—Ni el cielo ni el infierno. Esto, si quieres ponerle un nombre, es la Antecámara del Misterio. Este es mi reino.

—¿Quién sois?

—Acaelus tenía a bien llamarme El Lobo.

—¿Acaelus? ¿Os referís a Durzo? —preguntó Kylar.

—Tienes ante ti una elección. Puedes seguir por una puerta o por la otra. Escoge el oro, y te dejaré de nuevo dónde estabas hace un momento, con mis disculpas por interrumpir tu travesía.

—¿Mi travesía?

—Tu travesía al cielo, el infierno, el olvido, la reencarnación o lo que sea que nos depara la muerte.

—¿Vos lo sabéis?

—Esta es la Antecámara del Misterio, Azoth. Aquí no encontrarás respuestas, solo elecciones. —El Lobo sonrió, y fue una sonrisa sin alegría, una sonrisa depredadora—. Por la puerta de madera, volverás a tu vida, tu cuerpo, tu tiempo... o casi. Harán falta unos días para que tu cuerpo sane. Serás en verdad el Ángel de la

Noche, como lo fue Acaelus antes que tú. Tu cuerpo será inmune a los estragos del tiempo como lo fue el de Acaelus, algo que tal vez solo se aprecie con la edad. También te curarás a un ritmo superior al de los mortales. Lo que llamas tu Talento crecerá. Todavía podrán matarte; la diferencia es que regresarás. Serás una leyenda viviente.

Sonaba maravilloso. Demasiado bueno, incluso. «Sería como Acaelus Thorne. Sería como Durzo.» Ese último pensamiento lo hizo vacilar. La carga de la inmortalidad —comoquiera que funcionase—, el poder que conllevaba o la pura presión de tanto tiempo acumulado era lo que había convertido a Acaelus Thorne, el príncipe, el héroe, en Durzo Blint, el desengañado y amargado asesino. Recordó el malicioso comentario que le había hecho a Durzo:

—*Y yo que pensaba que los Ángeles de la Noche eran invencibles.*

—*Son inmortales. No es lo mismo.*

—¿Por qué ibais a hacerme ese favor? —preguntó Kylar.

—A lo mejor yo no hago nada en absoluto. A lo mejor es obra del ka'kari.

—¿Cuál es el precio?

—Ajá, Durzo te ha enseñado bien, ¿no es así? —El Lobo parecía casi apenado—. La verdad es que no lo sé. Solo puedo decirte lo que he oído de aquellos más ilustrados que yo. Ellos creían que regresar de la muerte como harías tú supone tal violación del orden natural de las cosas que esa vida antinatural se cobra el precio del más allá. Que por sus siete siglos de vida Acaelus cambió toda la eternidad. Pero quizá se equivoquen. Quizá no tenga ni la más mínima influencia en la eternidad... o no haya eternidad en la que influir. No soy el... hombre... apropiado para preguntárselo, pues yo mismo he escogido esta vida.

Kylar caminó hacia la puerta dorada. Qué bonito había sido aquello. Qué paz había sentido. ¿Qué insensato cambiaría la paz y la felicidad eternas en esa luz dorada por la sangre, la crudeza, el deshonor, la desesperación y la duplicidad de la vida que había llevado?

Cuando se acercó a ella, la puerta cambió. El oro se derritió, formó un charco en el suelo en un instante y brotó desde abajo un mar de llamas rugientes, ansiosas por devorar a Kylar. Después la imagen desapareció, y la puerta dorada regresó a su sitio. Kylar lanzó una mirada al Lobo.

—La eternidad —comentó este— quizá no sea un lugar agradable para ti.

—¿Lo habéis hecho vos?

—Una simple ilusión. Sin embargo, si presidieras el juicio de Kylar Stern, ¿le concederías el paraíso eterno?

—Mi decisión no os resulta del todo indiferente, ¿no es así?

—Has pasado a ser un jugador, Ángel de la Noche. A nadie le es indiferente tu decisión.

Kylar no sabía cuánto tiempo permaneció allí. Lo único que sabía era que, si tomaba la decisión equivocada, podría tener mucho, pero que mucho tiempo para lamentarlo. Las fórmulas matemáticas no servían de nada: estaban llenas de infinitos y ceros, sin manera de saber en qué lado de la ecuación caerían. No había apuesta segura cuando se podría estar renunciando a una eternidad en el paraíso, evitando una eternidad en el infierno o aceptando una existencia eterna en la tierra con todos sus defectos, todo ello sopesado contra un misericordioso olvido. Kylar no tenía la fe del conde Drake en un dios lleno de amor ni la fe de Durzo en que no existía ese dios. Sabía que había cometido muchas maldades, según cualquier definición. Sabía que había hecho un poco de bien. Había dado su vida por Elene.

Elene. La joven llenó su pensamiento y su corazón de una forma tan absoluta que dolía. Si escogía la vida, aunque ella lo aceptase, después envejecería y moriría en una ínfima fracción de la vida de Kylar. Lo más probable era que no lo aceptase nunca, que jamás pudiese hacerlo.

Todos los síes y los quizá se elevaban y caían en grandes torres de suposiciones sin fundamento, pero Elene permanecía. Kylar la amaba. Siempre la había amado.

Elene era el riesgo que asumiría siempre que tuviera ocasión.

Tomó su decisión y corrió hacia la puerta lisa. Gritó...

... y se incorporó de golpe.

Elene gritó. Uly gritó.

Dando bocanadas enormes y entrecortadas, Kylar se desgarró la túnica cubierta de sangre seca.

Tenía el pecho liso, la piel perfecta. Se tocó el hombro destrozado. Estaba completo, tan sano como los dedos de su mano derecha. No había una sola cicatriz en su cuerpo.

Se quedó sentado parpadeando, sin siquiera mirar de reojo a Uly o Elene, que estaban paralizadas con la vista clavada en él.

—Estoy vivo. ¿Estoy vivo?

—Sí, Kylar —dijo Mama K, que entraba en la habitación en ese momento. Su calma era surrealista.

Kylar se quedó estupefacto durante un momento. Todo había sido real.

—Increíble —dijo—. Kylar: el que mata y el que es matado. Durzo lo sabía desde el principio.

Uly, contagiada al parecer de la tranquilidad que mostraban Kylar y Mama K, pareció tomarse como lo más normal del mundo que Kylar se incorporase y hablara cuando un momento antes estaba muerto. Elene no lo llevaba tan bien. Se puso en pie de repente y se dirigió a la puerta.

—Elene, espera —dijo Kylar—. Espera, solo dime una cosa.

La chica se detuvo y lo miró, confusa, aterrorizada y esperanzada al mismo tiempo, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Quién te dejó esas cicatrices? No fue Durzo, ¿verdad? Fue Rata, ¿no?

—¿Vuelves de entre los muertos para preguntarme eso? ¡Pues claro que fue Rata! —Salió corriendo.

—¡Espera! ¡Elene, lo lamento! —Intentó moverse, pero por lo visto había agotado todas sus fuerzas para sentarse. La chica se había ido—. Un momento, ¿qué demonios es lo que lamento?

Uly lo miró con expresión acusadora.

—No irás a dejar que se vaya, ¿verdad?

Kylar se agarró al borde de la cama como si fuera un salvavidas. Miró a Uly, alzó una mano en ademán de impotencia... y tuvo que bajarla enseguida para no caerse.

—¿Cómo voy a pararla?

Uly dio una patada en el suelo y salió de la habitación hecha una furia.

Mama K estaba riéndose, pero era una risa distinta de la que Kylar le había oído en otras ocasiones, más profunda, más plena, verdaderamente alegre, como si con el mismo acto de voluntad que le había llevado a escoger la vida hubiese dejado de lado su cinismo.

—Sé lo que estás pensando, Kylar. Durzo te mintió al contarte que había hecho daño a Elene. Pues claro que te mintió. Era la única manera de salvarte. Tenías que darle muerte para sucederlo. El ka'kari no podía completar el enlace hasta que su antiguo amo muriese.

Se quedaron en silencio, Kylar meditando sobre la luz completamente distinta que había arrojado sobre su vida la muerte de Durzo. Resultaba desconcertante pensar en lo equivocado que había estado acerca de su maestro, al considerarlo odioso hasta el extremo de verlo capaz de mutilar a Muñeca. Pero le gustaba el retrato que iba surgiendo. Durzo Blint, la leyenda, había sido Acaelus Thorne, el héroe. Se preguntó qué otros nombres de héroe habría tenido su maestro. Sintió una punzada de dolor, un vacío en el estómago, un impulso de llorar que contuvo.

—Lo echaré de menos —dijo, con un nudo en la garganta.

Los ojos de Mama K eran un reflejo de los suyos.

—Yo también. Pero todo saldrá bien. No sé por qué, pero lo creo de verdad.

Kylar asintió.

—De modo que decidiste vivir —dijo, parpadeando para ahuyentar las lágrimas. No quería venirse abajo delante de Mama K.

—Lo mismo que tú. —Lo miró con una ceja alzada, con una mirada que de algún modo lograba combinar pena, alegría y humor a la vez—. Ella te quiere, Kylar. Se dé cuenta o no. Te sacó a rastras del castillo ella sola. Se negó a abandonarte. Los hombres de Jarl la encontraron. No fue hasta que llegaron aquí cuando Uly vio que

tus heridas estaban sanando.

—Está enfadada conmigo —dijo Kylar.

—Enfadada como se enfada una mujer enamorada. Eso lo sé.

—¿Le has contado a Uly quién es su madre? —preguntó Kylar.

—No, y nunca lo haré. No quiero criarla en medio de todo esto.

—Necesita una familia.

—Tenía la esperanza de que Elene y tú estuvierais interesados en el puesto.

La noche llegó a la orilla oriental del río Plith en una nube sofocante. La ciudad llevaba todo el día ardiendo y los vientos nocturnos extendieron el olor por las calles. Las llamas se reflejaban en el Plith, y las nubes bajas apretaban el aire cargado de ceniza como una almohada contra la cara de la ciudad.

Un carro avanzaba traqueteando por una calle, conducido por un hombre encorvado que se tapaba el rostro para protegerse del aire pestilente. Alcanzó a una anciana jorobada que tenía un pie torcido hacia un lado.

—¿Te llevo? —preguntó con voz rasposa.

La mujer se volvió, expectante. También llevaba la cara tapada, pero sus ojos eran jóvenes, pese a estar ambos amoratados.

Se suponía que su carretero khalidorano sería moreno y gordo. Ese hombre tenía el pelo blanco, ni un gramo de grasa, iba encorvado y la ropa le venía enorme. La mujer negó con la cabeza y le dio la espalda.

—¿Por favor, Elene? —preguntó Kylar con su propia voz.

Ella se estremeció.

—Debería tenerte miedo, ¿no?

—Yo nunca te haría daño —dijo él.

Elene alzó las cejas con incredulidad por encima de los ojos que él le había dejado morados.

—Bueno, no te haría daño de verdad.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Elene, mirando a su alrededor. No había nadie más por la calle.

—Me gustaría sacarte de aquí —dijo Kylar, apartándose de la cara el pelo teñido y sonriendo a través del maquillaje—. A ti y a Uly. Podemos ir a cualquier parte. Lo siguiente que haré será recogerla a ella.

—¿Por qué yo, Kylar?

Se quedó atónito.

—Siempre has sido tú. Yo...

—No digas que me quieres —lo atajó ella—. ¿Cómo podrías querer esto? —Se bajó el pañuelo de un manotazo y señaló sus cicatrices—. ¿Cómo podrías querer a un

monstruo?

Kylar meneó la cabeza.

—No quiero a tus cicatrices, Elene. Las odio...

—Y nunca verás más allá de ellas.

—No he acabado —dijo él—. Elene, me he preocupado por ti desde que éramos pequeños. Durante mucho tiempo, tienes razón, no podía ver más allá de tus cicatrices. No voy a salirte con la idiotez de que son bonitas. Tus cicatrices son feas, pero tú no, Elene. La mujer que veo cuando te miro es asombrosa. Es lista, ocurrente y tiene un corazón tan grande que me hace creer que la gente puede ser buena a pesar de todas las pruebas en contra que he visto en mi vida.

Sus palabras le estaban calando, lo notaba. «Oh, Mama K, dime que he aprendido de ti algo sobre las palabras. Dime que he aprendido algo a pesar de mí mismo.»

Las manos de Elene se movieron como pajaritos.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡No me conoces!

—¿No sigues siendo Muñeca?

Las manos bajaron, los pajaritos se posaron tras un aleteo.

—Sí —respondió—. Pero no creo que tú sigas siendo Azoth.

—No —reconoció él—. No lo soy. No sé quién soy. Ahora mismo, solo sé que no soy mi maestro y que no viviré como hizo él.

A Elene pareció que se le escurría la esperanza.

—Kylar —dijo, y él vio que elegía el nombre a conciencia—. Siempre te estaré agradecida, pero seríamos un desastre. Me destruirías.

—¿De qué estás hablando?

—Mama K me dijo que tu maestro interceptó todas mis cartas.

—Sí, pero he tenido una tarde la mar de ocupada poniéndome al día —dijo Kylar.

Elene sonrió con tristeza.

—¿Y todavía no lo entiendes?

«¿Es que las chicas nunca dicen nada que tenga sentido?» Negó con la cabeza.

—Cuando éramos pequeños, tú eras quien me protegía, quien cuidaba de mí. Fuiste tú quien me colocó en una familia de verdad. Yo quería estar contigo para siempre. Después, cuando fui creciendo, tú eras mi benefactor, que me hacía especial. Eras mi joven señor secreto, al que amaba de forma tan boba y desesperada. Eras mi Kylar, mi noble empobrecido sobre el que las Drake me contaban anécdotas. Después fuiste quien me salvó en el calabozo.

Kylar esperó un buen rato.

—Lo dices como si fuera algo malo.

—Ay, Kylar. ¿Qué será de esa niña tonta cuando resulte que no soy lo bastante buena para el hombre al que he amado toda mi vida?

—¿Tú? ¿Que no serás tú lo bastante buena?

—Es un cuento de hadas, Kylar. No me lo merezco. Pasará algo. Encontrarás a otra más guapa o te cansarás de mí, y entonces me dejarás y yo nunca me recuperaré, porque el único tipo de amor que tengo para ofrecer es estúpido y ciego, y tan profundo y poderoso que me siento como si fuese a reventar solo por llevarlo dentro. No puedo despistarme y caer en la cama contigo como si tal cosa, porque tú te levantarás y seguirás adelante con tu vida, y yo nunca lo lograré.

—No te estoy pidiendo que hagas el amor conmigo.

—O sea que soy demasiado fea para...

No había maldita manera de decir algo bien.

—¡Basta! —rugió, con la voz cargada de emoción tan de repente que Elene se quedó callada—. Creo que eres la mujer más hermosa que he visto nunca, Elene. Y la más pura. Y la mejor. ¡Pero no te estoy pidiendo que follemos!

A Elene se le nublaron las facciones, pero era evidente que no le gustaba que le gritasen.

—Elene —prosiguió Kylar con voz más pausada—. Siento haberte chillado. Siento haberte pegado... aunque fuese para salvarte. He creído morir dos veces en los últimos días; a lo mejor hasta morí, no lo sé. Lo que sí sé es que, cuando pensé que me moría, tú fuiste lo único que lamentaba. ¡No! No tus cicatrices —aclaró al ver que Elene se tocaba la cara—. Lamenté no haberme convertido en la clase de hombre con el que podrías estar. Que no sería justo que estuviese contigo, aunque me aceptaras. Nuestras vidas empezaron en el mismo agujero inmundo, Elene, pero de algún modo tú te has convertido en lo que eres y yo me he convertido en esto. ¿Que no te mereces un cuento de hadas? Yo sí que no me merezco otra oportunidad, pero te la estoy pidiendo. ¿Tienes miedo de que el amor sea demasiado arriesgado? He visto lo que pasa cuando no corres ese riesgo. Mama K y mi maestro se amaban, pero tenían demasiado miedo de correr el riesgo y eso los destruyó. Lo arriesgamos todo hagamos lo que hagamos.

»Estoy dispuesto a jugármela para ver el mundo con tus ojos, Elene. Quiero conocerte. Quiero ser digno de ti. Quiero mirarme en el espejo y que me guste lo que veo. No sé qué viene a continuación, pero sé que quiero afrontarlo contigo. Elene, no te estoy pidiendo que follemos. Pero a lo mejor, algún día, me ganaré el derecho a pedirte algo más permanente. —Se volvió hacia ella, y afrontarla era más duro que vérselas con treinta montañeses. Extendió la mano—. Por favor, Elene. ¿Vienes conmigo?

Elene lo miró con el entrecejo fruncido y luego apartó la vista. Le resplandecían los ojos de lágrimas, pero tal vez fuera por la ceniza del aire. Parpadeó con rapidez antes de volver a mirarlo. Le escudriñó la cara durante un buen rato. Kylar sostuvo la mirada de sus grandes ojos castaños. ¿Cuántas veces les había dado la espalda, temeroso de que Elene viera lo que era en realidad? Le había dado la espalda, por

miedo a que no soportara la visión de su inmundicia. En esa ocasión, aguantó la mirada. Se abrió a ella. No ocultó su oscuridad. No ocultó su amor. Dejó que su mirada lo atravesara de parte a parte.

Para su asombro, los ojos de Elene se llenaron de algo más suave que la justicia, algo más cálido que la piedad.

—Tengo miedo, Kylar.

—Yo también —dijo él.

Elene le cogió la mano.

Agradecimientos

A partir del séptimo curso, todo fue sobre ruedas. Aquel fue el año en que mi profesora de Lengua, Nancy Helgath, de algún modo me convirtió en el centro de la clase cuando me animó a leer los cuentos de Edgar Allan Poe a mis compañeros durante la comida. Todos se quedaban boquiabiertos mientras leía «El pozo y el péndulo», «Berenice» y «El cuervo», pero yo solo tenía ojos para una... la chica alta y lista de la que estaba enamorado, y aterrorizado: Kristi Barnes.

Pronto empecé mi primera novela. Más adelante me convertiría en profesor de Lengua y Literatura y escritor, y me casaría con Kristi Barnes.

Este libro no existiría sin mi madre, por más motivos además de los obvios. Empecé a leer tarde y, cuando lo hice, no me gustó nada. No ayudó mucho que un profesor me gritara «¡Te trabas!» cada vez que me costaba leer en alto durante el primer curso. Mi madre me sacó del colegio durante un año para enseñarme en casa (inserten aquí sus chistes sobre la inadaptación social), y su dedicación y paciencia me inculcaron el amor por la lectura.

Gracias a mis hermanas pequeñas, Christa y Elisa, que suplicaban cuentos para irse a dormir. Un público entregado y comprensivo resulta imprescindible para el narrador adolescente primerizo. Cualquier princesa que salga en mis libros es culpa de ellas.

Una cosa es la pasión por leer y otra muy distinta escribir. Mi profesora de Lengua y Literatura del instituto, Jael Prezeau, es una profesora entre un millón. Ha inspirado a centenares de alumnos.

Es el tipo de mujer que podía reñirte, animarte, hacerte trabajar más duro de lo que habías trabajado nunca para ninguna asignatura, ponerte un notable y que te encantara. Me dijo que no tenía permiso para saltarme las reglas gramaticales hasta que hubiera publicado algo. Fue una norma que no pude respetar. Ella lo intentó.

En la universidad tuve unos breves escarceos con la política. Qué horror. Un puñado de personas me apartaron del desastre. Una de ellas fue un espía industrial al que conocí en Oxford. Cuando leyó un cuento que yo había escrito, me dijo: «Ojalá pudiera hacer lo mismo que tú». ¿Cómo? Más tarde mi mejor amigo Nate Davis se convirtió en el director de la revista literaria de nuestra facultad y organizó un concurso de cuentos. Maravilla de maravillas, me llevé el dinero del premio y caí en la cuenta de que había ganado algo un poco mejor que el salario mínimo. La experiencia me enganchó. (No volvería a irme tan bien hasta al cabo de mucho, mucho tiempo.) Empecé a escribir otra novela y, siempre que intentaba hacer mis deberes, podía estar seguro de que Jon Low llamaría a la puerta: «Oye, Weeks, ¿tienes ya otro capítulo para mí?». Era irritante y halagador a la vez. No tenía ni idea de que me estaba preparando para cuando tuviera un editor.

Debo agradecerle al Programa de Escritores de Iowa que me rechazara. Aunque a veces todavía me visto todo de negro y bebo cafés con leche, ellos me ayudaron a decidirme a escribir el tipo de libros que me gustan, en vez de los que deberían gustarme.

Es imposible exagerar mi deuda con mi esposa, Kristi. Su fe me ha hecho salir adelante. Sus sacrificios me sobrecogen. Su sabiduría me ha rescatado de más de un callejón sin salida narrativo. Para que te publiquen hay que desafiar a un sinfín de dificultades; para casarse con una mujer como Kristi, hay que machacarlas.

Mi agente Don Maass posee una comprensión de la narrativa que no tiene parangón. Don, has sido un contacto con la realidad, un sabio maestro y una fuente de ánimo. Me has hecho mejor escritor.

Un enorme agradecimiento al asombroso equipo editorial de Orbit. Devi, gracias por tus muchas sugerencias, tu entusiasmo y tu orientación a lo largo de un proceso desconocido. Tim, gracias por correr un riesgo conmigo. Jennifer, fuiste mi primer contacto en Orbit y debo decirte que el hecho de que te mandara una pregunta por correo electrónico y recibiera la respuesta esa misma mañana supuso mucho para mí. Claro que entonces empezaste a mandarme papeleo... y entonces supe que no estaba soñando. Alex, gracias por tu brillante diseño de la página web, los preciosos carteles, los anuncios a página completa en The New York Times y esos ingeniosos expositores pequeños de cartón en la cadena de librerías Borders. Son fabulosos. Lauren, gracias por tomar mis unos y ceros y hacer algo real. Hilary, prodigio de las correctoras, un agradecimiento especial por dos palabras: daga testicular. Son la clave de la novela.

También querría dar las gracias al resto de las personas de Orbit y Hachette que hacen el verdadero trabajo mientras los artistas tomamos cafés con leche vestidos de negro. Os mencionaría por vuestros nombres, pero no me los sé. Sin embargo, agradezco lo que hacéis para coger mis palabras y sacar algo de ellas. Así pues, maquetadores, diseñadores (por cierto, ¡uau!), recaderos, contables, abogados y el chico del correo, gracias.

Los soñadores locos necesitan mucha gente que los anime. Kevin, que estuvieras orgulloso de mí viene a ser lo mejor que puede recibir un hermano pequeño. Papá, uno de mis primeros recuerdos es el de compartir contigo mi preocupación de que las lanzaderas espaciales fueran a agujerear la atmósfera y dejar escapar todo el aire de la Tierra. En vez de corregirme enseguida, me escuchaste, y todavía lo haces. Jacob Klein, tus palabras de ánimo y tu amistad a lo largo de los años han tenido un valor inestimable. Estuviste en el principio mismo (cuatro de la madrugada en Niedfeldt, creo). A los compañeros de cabaña de la universidad de Hillsdale (Jon «Eslabón perdido» Low, Nate «Mi cabeza parece el trasero de PK» Davis, AJ «Mi novia lo limpiará» Siegmann, Jason «Me encanta la mantequilla» Siegmann, Ryan «Potador

misterioso» Downey, Peter «GQ» Koller, Charles «Chaleco de arena» Robison, Matt «Sin salsa especial» Schramm), no podría haber compartido una pocilga con mejores capullos. Dennis Foley, fuiste el primer escritor profesional que me concedió tiempo y consejo. Dijiste que si debía dejarlo y buscarme un trabajo de verdad me lo dirías, y que no era el caso. Cody Lee, gracias por el entusiasmo desenfrenado; todavía me hace sonreír. Shaun y Diane McNay, Mark y Liv Pothoff, Scott y Kariann Box, Scott y Kerry Rueck, Todd y Lisel Williams, Chris Giesch, Blane Hansen, Brian Rapp, Dana Piersall, Jeff y Sandee Newville, Keith y Jen Johnson: gracias por creer en nosotros y ayudarnos a hacer que los años de trabajo y espera fueran no solo tolerables, sino divertidos.

Gracias a todo aquel que, a lo largo de los años, al enterarse de que era escritor, no preguntó: «Ah, ¿has publicado algo?».

Por último, gracias a ti, curioso lector que lee agradecimientos. Eres consciente de que las únicas personas que suelen leer los agradecimientos lo hacen porque buscan su propio nombre, ¿no? Si eres lo bastante extravagante para leer agradecimientos sin conocer al autor, tú y yo nos llevaremos de maravilla. Coger un libro de un autor al que nunca has leído es un acto de fe. He aquí mi oferta: concédeme un par de páginas y yo te daré un viaje como no habías soñado.